

KAMRAN PASHA

*La mujer  
del Profeta*

LA HISTORIA NUNCA CONTADA DE AISHA,  
LA ESPOSA PREFERIDA DE MAHOMA



# LA MUJER DEL PROFETA

En lo más  
profundo de  
Arabia en pleno  
siglo VII surge la  
voz de un nuevo  
profeta llamado  
Mahoma que  
proclama la fe en  
un único dios y  
reniega de las  
deidades de sus

compatriotas.

Mientras su  
mensaje de luz y  
esperanza  
empieza a unir a  
las diferentes  
tribus árabes  
enfrentadas  
desde el  
principio de los  
tiempos, a su  
lado está Aisha,  
su favorita y la  
más joven de sus  
doce esposas.

De aguda  
inteligencia,  
desde los seis  
años supo que su  
destino era  
convertirse en la  
mano derecha de  
aquel hombre  
redentor. La  
novela cuenta la  
increíble  
transformación  
de Mahoma de  
profeta a  
guerrero,

primero, y a  
hombre de  
estado después.  
Justo después  
del más increíble  
triunfo del  
profeta y de su fe  
—la reconquista  
de La Meca—  
Mahoma muere  
en brazos de  
Aisha. La joven  
viuda se  
encuentra en el  
centro del

imperio  
musulmán y debe  
elegir entre  
quedarse al  
margen de la  
historia o  
transformarse en  
la madre de los  
creyentes:  
maestra, líder  
política y  
guerrera.

Traductor: Muhammad Asad

Autor: Kamran Pasha

Editorial: La esfera de los libros

ISBN: 9788497348652



**Kamran Pasha**

**La mujer del profeta**

más libros en [epubgratis.net](http://epubgratis.net)



La historia nunca contada de Aisha,  
la esposa preferida de Mahoma

«El paraíso yace a los pies de las  
madres».

Profeta Mahoma

*Dedicado a mi madre, prueba  
viviente de estas palabras.*

# Nota del autor

ÉSTA es una obra de ficción que, pese a basarse en hechos históricos, no es una historia de esos hechos. Por tanto animo a los lectores interesados en aprender más sobre la historia del Islam y las vidas del Profeta Mahoma y su esposa Aisha a que lean algunas de las maravillosas obras de referencia en que me he basado para componer este relato, entre las cuales se incluyen la brillante biografía escrita por Martin

Lings *Muhammad: su vida, basada en las fuentes más antiguas*, así como los excelente libros de Barnaby Rogerson, incluidos *The Prophet Muhammad: A Biography* y *The Heirs of the Prophet Muhammad*.

Quienes tengan interés en adentrarse en una perspectiva académica occidental de la vida de Mahoma y su legado deberían consultar la obra fundamental de W. Montgomery Watt *Mahoma, profeta y hombre de Estado* y la obra de gran influencia de Karen Armstrong

## *Mahoma: biografía del profeta.*

Los lectores que deseen obtener más información sobre Aisha pueden encontrar gran cantidad tanto sobre ella como sobre otras musulmanas prominentes, en el libro de Jennifer Heat *The Scimitar and The Veil: Extraordinary Women of Islam*. En cuanto a quienes sientan fascinación por la historia militar relacionada con la expansión del Islam, un análisis de lectura maravillosamente asequible es el que realiza Richard A. Gabriel en *Muhammad: Islam's First Great General*. Las grandes

*conquistas árabes* de Hugh Kennedy es también una buena obra de referencia para los que deseen profundizar en cómo un pequeño grupo de guerreros del desierto llegaron a formar un vasto imperio y una civilización que ha mantenido su energía e influencia en el mundo hasta nuestros días.

Por otra parte, los interesados en una introducción general sobre la fe y las prácticas del Islam deberían consultar *The Complete Idiot's Guide to Understanding Islam* de Yahiya Emerick, y *No god but God*

de Reza Asían. En cuanto a quienes desearían conocer mejor los valores espirituales del Islam y lo que esta religión ofrece al mundo de hoy debieran referirse a *Islam and the Destiny of Man* de Charles Le Gai Eaton y *The Secret of Islam* de Henry Bayman. Un enfoque más profundo del corazón espiritual del Islam es el que ofrece *The Vision of Islam* de los autores Sachicko Murata y William C. Chittick, y el clásico *Comprender el Islam* de Frithjof Schuon.

Existen muchas traducciones del

Sagrado Corán en el mercado, pero yo he encontrado tres que me parecen particularmente útiles para los lectores occidentales: la versión de Abdulla Yusuf Ali titulada *The Qur'an: Text, Translation and Commentary* es una de las traducciones al inglés que tienen más aceptación y resulta muy útil a quienes se inician en el estudio de la fe musulmana. La épica traducción de Muhammad Asad *El mensaje del Qur'an* posee rigor académico y está escrita desde el punto de vista de un europeo convertido que sabe cómo



explicar las escrituras a una mente occidental. Y, por fin, a quienes simplemente prefieran una traducción que no esté repleta de comentarios les recomiendo *The Qur'an*, traducido por M.A.S. Abdel Haleem para Oxford University Press. Una versión más antigua pero que goza de gran popularidad es *The Glorious Qur'an* de Muhammad Marmaduke Pickthall, un converso británico.

Escribir un libro de ficción sobre el nacimiento del Islam y las increíbles personalidades del Profeta Mahoma, Aisha y el resto de los

integrantes de la primera comunidad musulmana ha sido todo un reto además de un proceso fascinante. Si se compara con los relativamente limitados datos históricos disponibles sobre Jesús, los orígenes del Islam y la vida del Profeta se han documentado con un nivel de detalle y rigor histórico que resulta abrumador para muchos occidentales. Se ha dicho que sabemos más de Mahoma que de ningún otro personaje de la Historia debido a que sus seguidores registraron meticulosamente todo lo

que pudieron acerca de su amado maestro, desde el aspecto que tenía, pasando por sus costumbres cotidianas y hábitos alimentarios, hasta información sorprendentemente detallada sobre una cuestión íntima como la relación con sus esposas. El mérito se debe en gran parte a la increíble memoria de Aisha, que fue la responsable de transmitir más de dos mil hadices o relatos de tradición oral sobre su vida con el Profeta y las enseñanzas de éste.

El corpus de datos históricos sobre el Profeta Mahoma es

impresionante, tanto en el nivel de profundidad como en el de detalle, pero aun así su vida continúa despertando controversia. Ni que decir tiene que creyentes y no creyentes interpretarán de manera distinta los relatos en torno a Mahoma conforme a su propia perspectiva sobre la veracidad de su misión espiritual y, dentro de la comunidad musulmana misma, a menudo se plantean acalorados debates entre las diversas denominaciones suníes y chiíes del Islam acerca de la interpretación de

los hechos históricos.

Quisiera dejar constancia de que yo soy musulmán practicante; teológicamente me considero suní y espiritualmente me siento atraído por el sufismo, el corazón místico del Islam. En cuanto a mi linaje, soy un *sayid*, un descendiente directo del Profeta a través de su hija Fátima y su nieto Husein. Esta novela ha sido para mí un gratificante viaje al corazón de las tradiciones de mi religión, además de un estudio muy revelador de las gentes apasionadas y complejas que son mis

antepasados, simples hombres y mujeres viviendo en un remoto desierto a los que la historia debería de haber olvidado y que, sin embargo, lograron volver el mundo del revés por medio de la mera fuerza de la fe.

Debería también mencionar que no todos los musulmanes estarán de acuerdo con la personal interpretación del Islam que ofrezco en estas páginas ni con mi versión de la vida del Profeta y el papel de Aisha en la historia musulmana. Ningún problema. Animo a quienes

no coincidan conmigo a escribir libros que reflejen la verdad tal y como la ven sus corazones; de hecho, confío en que llegue el día en que las novelas sobre el Profeta Mahoma, Aisha y Alí sean moneda corriente en la literatura occidental como lo son las populares y variadas obras sobre figuras históricas como Alejandro Magno, Julio César, Cleopatra o la reina Isabel I.

Mi intención con esta novela es ofrecer a Occidente la oportunidad de asomarse a la increíble riqueza que encierra la tradición histórica

musulmana e invitar a todos los lectores a aprender más sobre el Islam y sacar sus propias conclusiones. En la medida en que lo haya conseguido con éxito, el mérito es de Dios y nadie más, pero los fallos sin embargo son todos míos.



# Prólogo

## El principio del fin

*¡En el nombre de Dios, el Clemente,  
el Misericordioso!*

¿Qué es la fe?

Es una pregunta que me he hecho a lo largo de los años, querido sobrino, y no estoy más cerca de la respuesta ahora que cuando mis

cabellos poseían el resplandor rojizo del sol al amanecer y no la palidez plateada de la luna, como sucede hoy.

Escribo esto para ti porque sé que me muero. No me quejo, pues hay momentos en que desearía haber fallecido hace años o, mejor aún, no haber nacido nunca. Mi corazón contempla con envidia los árboles, cuya vida consiste tan sólo en soñar con el sol y recordar la lluvia. Hay momentos en que quisiera ser una de las rocas de las colinas que hay más allá de Medina, ignoradas y

olvidadas por quienes caminaron sobre ellas.

Protestarás, estoy segura: ¿cómo puedo yo, Aisha, la hija de Abu Bakr, la mujer más famosa de mi tiempo, desear cambiar mis gloriosos recuerdos por el sueño de quienes transitan sordos y mudos por esta Tierra? Eso es lo que tienen de complicado los recuerdos, querido Abdalá, hijo de mi hermana: son como el viento, soplan a su antojo y se llevan tanto las esperanzas de la vida como los peligros de la muerte; no podemos dominarlos. No, ellos

son nuestros señores y se regocijan en sus caprichos arrastrando nuestros corazones con ellos donde les place.

Y ahora me han arrastrado a mí, en contra de mi voluntad, a este momento en el que estoy sentada en mi diminuto cuarto de adobe, a poca distancia de la tumba de mi amado, escribiendo este relato. Hay muchas cosas que no deseo rememorar, pero mis recuerdos exigen ser contados para así vivir en la memoria de los demás cuando yo me haya ido.

Así que empezaré por el principio, por un tiempo en el que un

mundo agonizaba y otro estaba a punto de nacer. El mío es un relato cuajado de gloria, de maravillas, y también de un gran pesar; es una historia que confío conserves y lleves contigo hasta los rincones más lejanos del Imperio para que las hijas y las nietas de los que todavía son niños de pecho la recuerden algún día. Gran parte de lo que relataré lo vi con mis propios ojos, el resto lo cuento tal y como me lo contaron a mí los que estuvieron presentes.

Se trata de una historia

prodigiosa, el portador de mis palabras habrá de soportar una pesada carga ante Dios y los hombres, y, de cuantos habitan la faz de la Tierra, no hay nadie en quien confíe más que en ti, Abdalá, para transmitirla. Tanto en los días gloriosos como en los tiempos de mi vergüenza has permanecido a mi lado, mostrándote más leal que cualquier hijo de mi carne y de mi sangre. Contemplo tu rostro sonriente y veo en él todo lo que he ganado y lo que he perdido como el precio de mi destino, una suerte escrita con

tinta de sueños cuando todavía era una niña.

Tenía seis años cuando me casé con el Enviado de Dios aunque nuestra unión no se consumó hasta que no comenzaron mis ciclos a la edad de nueve. Con el paso del tiempo descubrí que, debido a mi corta edad, las altaneras damas nobles de Persia y Bizancio consideraban el matrimonio escandaloso, incluso primitivo, pese a que ninguna de ellas osó jamás decírmelo a la cara. Estoy acostumbrada a los cuchicheos

crueles de las chismosas, por supuesto, más de lo que puedan estarlo la mayoría de las mujeres de mi tiempo; he tenido que padecer las dagas ocultas de envidias y rumores y, tal vez, cabía esperar que así fuera, pues ser la esposa favorita del hombre más reverenciado y odiado que jamás haya conocido el mundo ha de tener un precio.

Diles, Abdalá, que amé a Mahoma, Dios lo bendiga y le conceda paz, y que él me amó a mí, por muy indigna de su amor que haya resultado ser. De todas las vueltas y



revueltas de la tortuosa senda que ha seguido la caravana de mi vida, mi máspreciado tesoro son los diez años que pasé a su lado. En verdad, hay muchos días en que desearía haber muerto con él, que Gabriel se hubiese llevado mi espíritu junto con el suyo y hubiera podido yo así dejar este valle de lágrimas para que otros lo conquistaran. Me atormenta saber que, si yo hubiera muerto ese día, no se habrían perdido las vidas de muchos miles, de todo un ejército de creyentes a los que guíé al desastre, hombres buenos que confiaron en que

actuaba guiada por el idealismo y no el orgullo y la sed de venganza, hombres buenos como tu padre. Si mi alma hubiera partido junto con la del Enviado, ni tu padre ni tantos otros habrían muerto.

Pero ése no era mi destino.

Mi destino, por más que mi vientre nunca haya engendrado un hijo, era convertirme en la madre de una nación. Una nación elegida por Dios para cambiar el mundo, para destruir la iniquidad pese a estar permanentemente expuesta a la tentación de sucumbir a ella. Una

nación que derrotó hasta al último de sus adversarios pese a que todas las fuerzas de la Tierra se aliaron en su contra, y sobre la que después caería la maldición de tener que seguir luchado hasta el Día de la Resurrección. Una nación cuya alma, como la mía, está llena de Dios pero también consumida por las pasiones terrenales. Una nación que encarna la victoria y la justicia pero es incapaz de ocultar sus propios errores y crueldades del juicio terrible de El que Es.

Ésta es mi *Uma*, mi nación, y yo

soy su rostro a pesar de que ningún hombre que no sea de mi familia haya visto el mío desde que era niña.

Soy el clarín del gozo y la ira, la reina del amor y la envidia, heraldo de sabiduría y la mayor necia entre los necios.

Soy la Madre de los Creyentes y éste es mi relato.

# **LIBRO PRIMERO**

## **EL NACIMIENTO DE UNA FE**

# 1

Uma

La Meca, 617 d. C.

Mi primer recuerdo fidedigno es del día en que presencié la muerte por primera vez. Desde aquel día, he sido bendecida —y maldecida— con una memoria portentosa. Puedo recordar palabras que fueron

pronunciadas hace cuarenta años como si las hubieran dicho esta mañana. El aroma del instante queda grabado en mi corazón para siempre, como si viviese fuera del tiempo y cada momento de mi vida fuese el presente. El Enviado, Dios lo bendiga y le conceda paz, solía decir que yo había sido elegida para que sus palabras y obras se recordaran por los siglos de los siglos a través de mí, aquella a quien más amaba. Pero todo don tiene un reverso, al igual que el velo de la noche permanece oculto tras el sol,

aguardando paciente el momento de envolver el mundo en sombras. Con mi don de la memoria ocurre igual porque, pese a recordar cada momento de dicha, cada instante alegre de mi vida, también me acuerdo del dolor con absoluta claridad. Hay quien dice que el tiempo todo lo cura, pero no es mi caso: cada herida que he sufrido también la vuelvo a vivir con una precisión aterradora, como si se tratara de un puñal que, una vez clavado en mi corazón, dejase tras de sí una esquila afilada como el



cristal que se hundirá en mi carne de nuevo si dejo vagar mis pensamientos en esa dirección.

Esa memoria portentosa es lo que me ha convertido en la más preciada cronista de los hadices, relatos de la vida del Profeta y sus enseñanzas, que se recopilan para conocimiento de las futuras generaciones de creyentes.

Y esa memoria perfecta es la que ha cargado con el peso de la guerra a mi pueblo y astillado nuestra nación para siempre.

Pero cualquier memoria, incluso

una tan impecable como la mía, tiene que empezar con los recuerdos de un día concreto. La mía empieza el día de la gran Peregrinación. Mi padre había decidido que yo ya era lo bastante mayor como para asistir al rito anual en que las tribus de toda Arabia descendían al árido valle de La Meca para ir a rendir culto en la Casa de Dios.

Salí corriendo de casa descalza cuando me llamó mi padre, Abu Bakr, que me mandó volver adentro con una regañina, diciendo que no podría acompañarlo si no me ponía

las diminutas sandalias azules que había comprado a unos comerciantes yemeníes para mí aquel mismo verano. Hice pucheros y di patadas en el suelo, pero mi padre se limitó a arquear las cejas y se negó a abrir la cancela hasta que por fin bajé la cabeza y, cariacontecida, volví dentro a buscarlas.

Busqué por toda la casa tratando de recordar dónde las había lanzado durante una de mis pataletas de aquella mañana. Registré de arriba abajo mi pequeño dormitorio: miré debajo del jergoncillo de cuerdas

entretejidas que soportaba el mullido colchón de algodón egipcio; rebusqué en el montón de muñecas y juguetes apilados en una esquina lanzando aquí y allá las figuritas de madera y trapo, y provocando un desorden por el que mi madre, Um Ruman, sin duda me reñiría más tarde. Pero, a mí, una niña que no se preocupaba por nada más que por vivir el momento, la perspectiva de la inevitable regañina no me preocupaba. El futuro, como bien saben todos los niños, es poco más que una fantasía; lo único que

realmente existe y lo único que realmente importa es el ahora.

Con el ceño fruncido, salí de mi cuarto a la carrera y busqué por el salón principal, debajo de los sofás persas con tapicería de brocados color esmeralda, uno de los pocos lujos que aún conservábamos. Mi madre me había contado que durante los Días de la Ignorancia la casa estaba rebosante de preciosos muebles caros pero, desde que yo nací, Abu Bakr había ido vendiendo casi todas sus posesiones terrenales para dedicar su riqueza a extender el

conocimiento de la Verdad. Yo nunca había entendido por qué difundir la Verdad tenía que ser tan costoso teniendo en cuenta que era algo gratuito y al alcance de todos, pero cuando en una ocasión le pedí a Um Ruman que me lo explicara, mi madre me clavó aquella mirada adusta tan suya y con la que siempre respondía a mi letanía de preguntas impertinentes.

Llena de frustración, miré a mi alrededor y de repente vi algo azul en una esquina: fui corriendo con la rojiza melena flotando tras de mí

como una estela y allí estaban: ¡mis sandalias del Yemen!, tiradas detrás de un rico jarrón que, según mi madre, venía de una lejana ciudad llamada Damasco. Me detuve a admirar los motivos florales de cornalina, citrina y cuarzo de color verde oliva que formaban intrincados dibujos entrecruzados sobre el marfil.

Um Ruman me había enseñado los complicados nombres de las flores que decoraban el jarrón — jacintos, jazmines y flores de loto—: todas crecían en ciudades lejanas con

misteriosos nombres como Axum, Babilonia y Persépolis. A mí me encantaban las flores pero había muy pocas que se dieran bajo el sol implacable del desierto... Un mes antes, me había puesto a dar gritos de contenta al descubrir una mata de *auarach* en el barranco junto al perímetro de la ciudad, a los pies de la colina sagrada de Safa; me había puesto a recoger las flores rojas y redondeadas que había visto utilizar a otras niñas para dar color a sus mejillas, pero se me clavaron las espinas del tallo en la palma de la



mano y había acabado por volver a casa corriendo entre sollozos.

Mi madre me había sacado las espigas con cuidado para luego curarme las heriditas con savia seca de los arbustos de espino que crecían en nuestro patio. Después de secarme las lágrimas, Um Ruman me había regañado un poco por haberme alejado tanto: a partir de ahora debía quedarme a jugar donde ella pudiera verme desde casa. La Meca era una ciudad peligrosa para las niñas, sobre todo para las de las familias que apoyaban al Profeta hereje.

Recordé las palabras de mi madre en el momento en que alcancé mis sandalias y empecé a calzármelas; eran bastante hermosas, con estrellas blancas decorando las correas azules, pero a mí no me gustaban. Casi todas las otras niñas estaban obsesionadas con los zapatos y se pasaban horas parloteando sobre los méritos de los diferentes diseños y cuál era la última moda que traían las caravanas del norte y sur pero, para mí, los zapatos eran algo irritante. Me encantaba el cosquilleo de la cálida arena bajo mis pies

descalzos, hasta los pinchacitos de las piedrecillas esparcidas por las calles de la vieja ciudad. Los zapatos me hacían sentir coartada y prisionera, igual que las cabras que mi padre tenía en el corral justo detrás de nuestra casa de piedra, preparadas para el sacrificio que marcaba el punto álgido de la Peregrinación.

Corrí de vuelta con mi padre, que seguía esperándome junto a la cancela y, al ver el aire de ligera contrariedad que teñía sus facciones por haber tenido que esperar, me

apresuré a alzar uno y otro pie en el aire para enseñarle mis pies calzados y luego me puse a brincar a su alrededor en una especie de bailecillo con el que por fin logré arrancar una sonrisa exasperada de su ceñudo rostro. Siempre supe cómo hacer que la hosquedad de Abu Bakr se desvaneciera: yo estaba demasiado llena de vida para permitir a los demás el lujo de mostrarse huraños.

Mi padre me tomó la mano y juntos anduvimos por las calles polvorientas de La Meca. Brotaban

tímidas columnas de humo de los cientos de chimeneas de las casitas de piedra y cabañas de adobe que se amontonaban formando círculos concéntricos en torno a la plaza central conocida como Al Haram ('el Santuario'). A medida que avanzábamos hacia el corazón de la ciudad, vi niños corriendo por las calles, persiguiéndose o tratando de dar caza a los más variopintos bichos —cabras, corderos y unas cuantas gallinas díscolas— que se habían escapado de sus corrales.

También vi docenas de

mendigos, sobre todo mujeres y sus hijos bastardos abandonados por los padres: alargaban brazos suplicantes, y a sus patéticos gemidos que imploraban compasión casi siempre les hacían oídos sordos. Mi padre dio a una anciana un dírham de oro y la mujer, sorprendida por su generosidad, abrió los ojos como platos pues había llegado a un punto en que no esperaba más que una pieza de cobre acompañada de una mirada desdeñosa. De repente nos rodeó una nube de mendigos — habría jurado que hasta el último

mendigo de La Meca—, todos con las manos extendidas hacia la providencial fuente de generosidad. Yo me asusté ante aquella muchedumbre de viejos y jóvenes harapientos que olía peor que los perros rabiosos que merodeaban por las calles cuando caía la noche, pero Abu Bakr se mostró paciente con ellos y fue sacando de su bolsa de cuero una moneda de oro para cada uno hasta que se le acabaron.

Lo siguieron por las calles, rogándole que les diera más, pero mi padre se limitó a sonreír y negó con

la cabeza:

—Mañana traeré más, *inshalá* — les dijo usando la expresión, 'si Dios quiere', que se había convertido en la marca distintiva de los musulmanes.

El Enviado nos había enseñado que debíamos decir *inshalá* cuando habláramos del futuro, incluso si nos referíamos a algo que fuera a pasar en menos de una hora, porque hacerlo mantenía al hombre humilde y lo obligaba a reconocer que no era el único dueño de su destino.

Mi padre se las ingenió para zafarse de los mendigos más



pertinaces y agobiantes  
arrastrándome hasta un callejón y  
dando un rodeo entre callejuelas para  
llegar al Santuario. Ahora estábamos  
en la parte más antigua de la ciudad,  
de cuyas casas se decía que databan  
de hacía cientos de años, de los  
tiempos en que las primeras tribus se  
habían establecido en el valle. A mí,  
las vetustas construcciones se me  
antojaban inmensas torres, pero en  
realidad la mayoría eran edificios  
endebles de piedra y madera, y casi  
ninguno tenía más de dos plantas.  
Veía gente en las terrazas de los

tejados, con los ojos fijos en el horizonte y en la marea constante de beduinos en peregrinación que acudía desde las yermas colinas en busca de los dioses —y de los pozos portadores de vida— de La Meca. Yo contemplaba con ojos desorbitados a los extranjeros con los rostros ajados y curtidos por los años de duro trabajo bajo el sol implacable, que pasaban a lomos de camellos cubiertos con albardas de cuero y lana de vivos colores.

Mi padre notó que me estaba quedando rezagada y tiró de mí con

suavidad hasta que hubimos dejado atrás los pasadizos angostos y nuestros pies tocaron la arena roja de la explanada que marcaba los límites del Santuario. La inmensa plaza se expandía en un enorme círculo y mis ojos se posaron inmediatamente en la Caaba, el gran templo que constituía el corazón de La Meca y de toda Arabia: un majestuoso cubo que se alzaba veinte codos por encima del suelo, la construcción más alta del lugar. Sus paredes de granito estaban cubiertas de lujosas cortinas de lana, algodón e incluso seda de color

carmesí, esmeralda y azul cielo que habían traído las tribus desde todos los confines de Arabia para conmemorar su Peregrinación a la Sagrada Casa.

Cuando nos acercamos a la Caaba, vi que mi padre fruncía el ceño: la plaza estaba cubierta por una increíble variedad de ídolos, estatuillas de piedra y madera que representaban a los dioses de las tribus del desierto, trescientos sesenta en total, uno por cada día del año. Algunos eran obras de gran elegancia, tallas en mármol de un

realismo increíble con forma humana o animal; las de leones, lobos y chacales parecían ser las más populares. Otros, en cambio, eran poco más que rocas informes y hacía falta mucha imaginación para vislumbrar un parecido con alguna forma reconocible.

Clavé la mirada en dos rocas grandes que se parecían vagamente a un hombre y una mujer entrelazados haciendo el amor. Mis amigas me habían contando entre risas que una pareja de enamorados —Isaf y Naila, se llamaban—, tras haber dado

rienda suelta a su lujuria en la Caaba y en castigo por haber profanado el Santuario, habían acabado convertidos en piedra. Yo no tenía muy clara la razón por la que dos pecadores castigados por su indiscreción eran ahora adorados como dioses, pero, por lo visto, gozaban de gran popularidad y muchos jóvenes, tanto hombres como mujeres, se postraban ante ellos y prendían cordelitos en las grietas y recovecos de las figuras al tiempo que oraban a las deidades, pidiendo que les concedieran el corazón de la

persona amada o, por lo menos, la mala fortuna de sus rivales en el lance amoroso.

—Pura barbarie —masculló mi padre entre dientes para luego esbozar una mueca de asco al ver mujeres arrodilladas ante una estatuilla de piedra salpicada de vetas de color rojizo que representaba a una embarazada de pechos y caderas turgentes: Uza, una de las tres «hijas de Alá» a las que rendían culto los paganos.

Se decía que era la diosa de la fertilidad y contaba con muchas

devotas entre quienes deseaban concebir un hijo. Con ojos rebosantes de esperanza y desesperación a un mismo tiempo, las mujeres se rasgaban las túnicas y frotaban sus senos desnudos contra la fría piedra, suplicando entre grandes lamentaciones que Uza diera marcha atrás al paso de los años, para que les volviera la menstruación y pudieran alumbrar los hijos que el paso del tiempo les había negado.

Aquellos rituales extraños me fascinaban, pero mi padre tiró de mí para alejarme en dirección a la



Caaba. Una multitud de cientos de peregrinos rodeaba la Casa de Dios igual que las estrellas giran alrededor de la tierra: describían siete vueltas en total, mientras alababan a Alá, Creador del Universo. Los peregrinos iban vestidos con una gran variedad de ropajes que daban testimonio de su riqueza y clase social: los jefes tribales lucían sedas y joyas resplandecientes y hacían valer su derecho a caminar más cerca del templo, mientras que otros, envueltos en harapos, realizaban el recorrido

por la periferia; algunos incluso bailaban desnudos alrededor de la Caaba.

—No los mires —me ordenó mi padre con firmeza en el preciso instante en que mis ojos se posaban en los cuerpos desnudos de los hombres con el miembro colgando igual que los flácidos genitales de un perro.

Yo solté una risita, pero la mirada adusta de Abu Bakr me obligó a disimular mi hilaridad. Caminamos alrededor de la Santa Casa a paso tranquilo mientras mi

padre oraba en voz alta pidiendo a Dios clemencia para aquellas gentes díscolas e ignorantes.

Cuando finalizamos el sagrado rito, mi padre, ahora cubierto de sudor por culpa del abrasador sol del mediodía, me alejó de la Caaba en dirección a un pabellón azul situado en el linde del Santuario. Bajo la misericorde sombra de la tienda, se encontraba el pozo de Zamzam, que había proporcionado a la ciudad un suministro ininterrumpido de agua desde los días de los primeros pobladores: su milagrosa existencia

en medio de aquel paraje desolado había convertido a La Meca en una parada obligada para todas las caravanas que viajaban desde las fértiles tierras del Yemen, en el sur, hasta Siria, en el norte.

Este manantial de vida estratégicamente ubicado había proporcionado gran prosperidad a los mercaderes locales, pero no a la mayoría de la población, ya que los comerciantes de La Meca sólo creían en una ley: la supervivencia del más apto. Los que fueran lo bastante listos para aprovecharse de las

oportunidades que ofrecía el comercio merecían dominar a los demás con su riqueza; los que resultasen demasiado débiles, en cambio, mejor que se apresurasen a morir cuanto antes para que otros más dignos pudieran aprovechar los recursos que ellos dejaran libres. Era una actitud despiadada que el Enviado de Dios había cuestionado, y sus llamamientos en favor de una mayor justicia y de la redistribución de las riquezas de La Meca suponían una amenaza directa a la filosofía de las clases dirigentes.

En el momento en que nos colocábamos en la fila de peregrinos sedientos, deseosos de beber de las aguas sagradas, vi una caravana recién llegada de beduinos que se acercaba al Santuario en peregrinación; su líder, un hombre con una cicatriz en el rostro y la barba teñida de rojo, se apeó de un camello gris y comenzó a ayudar al resto de miembros de su clan a descender de caballos y muías. Reparé en que la piel oscura de los recién llegados y sus pómulos agudos eran característicos de los yemeníes

y, pese a mi corta edad, me di cuenta de que debían de haber realizado un viaje de al menos veinte días para asistir a la gran Peregrinación. Tenían los rostros cubiertos de gruesa arena que el torrente de sudor estaba convirtiendo en barro.

Me quedé mirándolos y vi que se les acercaba un hombre alto vestido con ropajes de fina seda y turbante azul en la cabeza. Abu Sufran no era el rey de La Meca, pero desde luego se comportaba como tal: hablando con florituras dignas de un monarca, extendió los brazos para dar la

bienvenida a los forasteros. Junto a él vi a un muchacho de unos quince años a quien la nariz aguileña y los ojos negros que nunca parpadeaban daban el aspecto de un ave rapaz. Muaiya, el hijo de Abu Sufian, era más reservado que su expresivo padre y observaba y examinaba a los recién llegados con aire astuto. Intuí que, mientras su padre abrazaba al jefe de los beduinos como si fuera un pariente al que hacía mucho tiempo que había perdido toda esperanza de volver a ver, él debía de estar calculando su riqueza e importancia



para el comercio de La Meca.

—¡Sed bienvenidos, hermanos míos, amigos míos! —resonó la voz de Abu Sufian teñida de la jovialidad perfectamente estudiada de un mercader—. ¡Bienvenidos a la Casa de Alá, que los dioses os bendigan y os concedan cuanto les pidáis!

El jefe de los beduinos se enjugó el río de sudor que le bajaba por la frente y que amenazaba con cegarlo.

—Queremos agua: nuestro viaje ha sido arduo, y el dios sol, implacable.

Los ojos de Abu Sufian se

clavaron en los imponentes anillos de esmeralda que adornaban los dedos del jefe y luego sonrió con avaricia:

—Por supuesto, amigo mío.

Y entonces el cabecilla mecano vio que los visitantes iban armados; de sus toscos cintos de cuero colgaban espadas y dagas envainadas y también llevaban lanzas y flechas atadas a las sillas de las monturas: una protección necesaria para un viaje por tierras salvajes, pero también una potencial amenaza al orden dentro de La Meca.

—Pero antes debo pedirlos que entreguéis las armas, ya que están prohibidas dentro del recinto de la ciudad santa —añadió Abu Sufian con una sonrisa de disculpa.

El beduino se quedó mirándolo un instante y luego hizo un gesto afirmativo con la cabeza a sus compañeros de peregrinaje, que dejaron caer las armas al suelo.

Muauiya dio un paso al frente con intención de recoger las espadas, pero el jefe de los beduinos le cerró el paso con ojos llenos de suspicacia.

Al darse cuenta de la inesperada tensión que había surgido, Abu Sufian se apresuró a esbozar una sonrisa conciliadora y se interpuso entre el beduino de rostro marcado y el muchacho.

—Mi hijo Muauiya se hará cargo de las armas personalmente — declaró el caudillo mecano con voz aterciopelada—, quedarán a buen recaudo en la Cámara de la Asamblea y se os devolverán en cuanto finalice vuestra peregrinación.

El beduino escupió en el suelo a los pies de Muauiya.

—Somos guerreros de Bani Abdal Lat —respondió con expresión adusta—, no dejamos nuestras armas al cuidado de un niño.

La contemporizadora sonrisa se desvaneció de los labios de Abu Sufian y de repente se reflejaron en sus facciones el orgullo y poder de su linaje:

—Mi hijo es un noble quraish, y no hay niños entre nosotros, sólo hombres de honor —dijo con una frialdad que indicaba que, al cruzar una línea invisible, el beduino había ofendido a su anfitrión.

Muauiya intervino de inmediato:

—Consideradme una prenda en seguridad de vuestras armas — propuso, demostrando el talento natural para la diplomacia que tanto le serviría en años posteriores—: si no os las devuelven todas cuando os marchéis, podéis resarciros llevándome con vosotros como esclavo.

El rudo beduino clavó la mirada en el muchachito, que se la devolvió sin inmutarse y sin apartar la vista ni un instante y, por fin, el peregrino asintió con aire satisfecho.

—El muchacho es fuerte, tiene ojos de águila —concedió en tono cortante—. Lo acepto en prenda.

A continuación hizo un gesto afirmativo a sus hombres, que se apartaron para que Muauiya pudiera recoger con aire pausado todas las espadas, lanzas y picas. La almibarada sonrisa tornó a los labios de Abu Sufian, que se dispuso a guiar a los peregrinos cubiertos de polvo hacia la tienda de Zamzam, pero, al vernos a mi padre y a mí de pie junto al pozo, brilló en sus ojos un destello amenazador, como si estuviera

lanzando una advertencia sin palabras a mi padre. Abu Bakr le sostuvo la mirada sin pestañear y luego se volvió hacia mí y me alzó en brazos para que llegara al cubo de agua que había sacado del pozo; agarré una escudilla de bronce que colgaba de una argolla a un lado del cubo de madera y bebí hasta saciar mi sed.

Abu Sufian se volvió hacia los visitantes.

—Aquí tenéis el pozo sagrado de La Meca, que nunca se agota, ni sus aguas se contaminan ni corrompen:



una señal del favor de Dios para con esta bienaventurada ciudad.

Los beduinos se acercaron y sumergieron sus odres de cuero en el agua hasta llenarlos del preciado líquido, que luego bebieron a grandes y apresurados tragos.

Mi padre miró a Abu Sufian y luego soltó una sonora carcajada.

—Eres un hombre extraño, Abu Sufian —le dijo—, reconoces el favor de Dios sobre La Meca pero sigues negándote a obedecer al Señor.

La ira contenida tiñó de rojo el

rostro del caudillo mecánico.

El jefe beduino percibió su reacción y miró a mi padre con súbito interés.

—¿Quién es este hombre?

Abu Sufian nos dio la espalda.

—No es más que un loco que dice necedades —respondió haciendo un ademán despectivo con la mano—. Por desgracia, en la época de la Peregrinación abundan mucho los necios como él, al igual que con las inundaciones se infesta todo de ratas.

Al oírlo decir esas cosas de mi padre, mi corazón de niña se enfureció, me solté de la mano de Abu Bakr y fui corriendo hacia Abu Sufian:

—¡No hables así de mi padre!  
¡El necio eres tú, tú eres la rata!

Aquel arrebato infantil provocó las risas de los peregrinos y mi padre me atrajo inmediatamente hacia sí al tiempo que me atravesaba con la mirada:

—¡Aisha! Somos musulmanes, no les faltamos al respeto a los mayores, aunque sean infieles.

A estas alturas, los beduinos estaban asombrados, y su jefe avanzó un paso:

—¿Qué significa eso de *musulmán*?

Por supuesto, aquélla era la pregunta que mi padre estaba deseando contestar.

—Alguien que se somete a la voluntad del Único Dios y nadie más —respondió solemne, igual que un maestro instruyendo a un joven alumno.

Pero Abu Sufian no estaba

dispuesto a permitir aquello, así que se colocó justo delante de mi padre y le clavó una mirada furibunda.

—No importunes más a estos peregrinos, Abu Bakr —le ordenó entre dientes—, están cansados y tienen sed, déjalos beber en paz de las sagradas aguas de Zamzam.

Abu Bakr miró a los beduinos que se saciaban con el agua del pozo.

—Haré lo que me pides si eres capaz de explicar por qué es tan sagrado este pozo.

Abu Sufian se puso tenso.

—Es sagrado porque nuestros antepasados así lo declararon, con eso me basta.

Mi padre se volvió hacia el beduino:

—Decidme, hermano mío, ¿os basta con eso? —preguntó sin alzar la voz—, ¿sabéis por qué el agua que bebéis es agua bendita?

El beduino, que parecía desconcertado, se acarició la cicatriz que le desfiguraba la mejilla izquierda.

—Nunca lo he preguntado, pero

siento curiosidad por saberlo.

Luego miró a Abu Sufian, pero el caudillo desconocía la respuesta.

Y entonces mi padre se dirigió a mí.

—Díselo tú, pequeña —me pidió al tiempo que esbozaba una amable sonrisa.

Yo alcé la vista hacia aquellos hombres de tez oscura y polvorienta y relaté la historia que conocía desde que tenía uso de razón.

—El pozo de Zamzam es un milagro de Dios, así está escrito en

el Libro de los judíos y los cristianos —les dije—. Cuando Abraham envió a nuestro padre Ismael al desierto, su madre, Agar, se puso a buscar agua para que su hijo no muriera de sed: hasta siete veces corrió entre esas dos colinas —expliqué señalando con el dedo los picos de Safa y Marua que se alzaban sobre la ciudad. En aquel momento, cientos de peregrinos recorrían a paso ligero la distancia entre los dos montes como parte del ritual de la Peregrinación aunque hiciera mucho que se había olvidado el sentido o



los orígenes de aquel rito—. Como no encontraba agua —proseguí—, volvió al lugar donde estamos y entonces se le apareció el ángel Gabriel, quien le dijo a Ismael que diera una patada al suelo. Al hacerlo, brotó bajo sus pies el pozo de Zamzam, que trajo agua al desierto y vida a La Meca.

Mientras hablaba, me di cuenta de que los beduinos escuchaban atentos a mis palabras, sin perder detalle del relato que yo iba tejiendo y que daba un nuevo sentido a los ritos ancestrales que habían cruzado

el desierto para celebrar.

Abu Sufian soltó un gruñido.

—Cuentos de niños... ¡Vamos, dejad que os guíe hasta la Casa de Dios!

Los beduinos nos miraron a mi padre y a mí con curiosidad.

—Tal vez sea un cuento de niños, pero es de los buenos —reconoció el jefe con los ojos brillantes de fascinación.

Abu Sufian, que ya no podía ocultar su enfado por más tiempo, prácticamente empujó a sus invitados

hacia la Caaba como si fueran una manada de yeguas díscolas. Mi padre y yo los seguimos porque, pese a que ya habíamos completado los rituales de la mañana, Abu Bakr notaba que los beduinos estaban dispuestos a aprender más sobre nuestra fe: esperaríamos a que dieran las siete vueltas en torno a la Caaba y Abu Sufian se hubiera marchado a atender a otros recién llegados y entonces mi padre seguramente los conduciría hasta la casa del Enviado, donde podrían oír la Verdad y recibir la salvación.

Sin embargo, a medida que nos acercábamos a la Caaba, donde el torbellino perpetuo de peregrinos seguía en movimiento, oí gritos que venían del otro lado del Santuario: la voz iracunda de un hombre resonaba por toda la plaza, por encima incluso de las oraciones más fervorosas.

—¿Quién es? —le pregunté a mi padre con más curiosidad que miedo.

—Es Umar, como de costumbre.

¡Ah, claro! Umar ben al Jattab, uno de los señores de La Meca que más violentamente se oponía al Enviado de Dios. Lo vi al otro lado

de la inmensa explanada, cerniéndose como un gigante sobre un africano menudo que reconocí de inmediato como un antiguo esclavo llamado Bilal. Mi padre había comprado la libertad del esclavo a su despiadado amo, un noble llamado Omeya que había torturado al pobre Bilal después de que éste se convirtiera al Islam. El amo había arrastrado al esclavo rebelde hasta la plaza del mercado, lo había arrojado al suelo maniatado bajo el ardiente sol de La Meca y había colocado sobre el pecho de Bilal una pesada

roca que le había roto las costillas, de modo que le era casi imposible respirar. Omeya le ordenó a Bilal que volviera a adorar a los dioses de su señor, pero las únicas palabras que el valiente esclavo alcanzó a pronunciar con voz ronca por el sufrimiento de la tortura fueron: «Un solo Dios... Un solo Dios...». Bilal habría muerto allí mismo aquel día de no ser porque mi padre intervino y pagó el abusivo precio de diez dírham de oro que Omeya pedía por su libertad.

Y ahora Umar atormentaba al

pobre liberto que estaba postrado en tierra ante la Casa de Dios, un gesto que lo identificaba de inmediato como seguidor de la nueva religión de Mahoma.

—¡Maldito hijo de perra, levántate! —retumbó la voz de Umar igual que el bramido de un elefante, aterrador y sobrenatural a un mismo tiempo.

Umar era el hombre más alto que yo había visto jamás y tenía una barba poblada muy negra que le llegaba hasta la cintura y unos brazos fornidos, gruesos como troncos,

cuyos imponentes músculos se adivinaban claramente a través de la tenue tela roja de su túnica. Con aquellas manazas más grandes que mi cabeza, agarró por el cuello de su deshilachada túnica blanca a Bilal, que no opuso resistencia, pero lo miró con una serenidad que no parecía sino enfurecer aún más a aquel cafre.

Umar abofeteó al liberto con fuerza y vi un destello blanco en el momento en que uno de los dientes del africano salía volando de su boca. Alarmado, mi padre corrió a su



lado.

—¡Umar, deja en paz a Bilal! No profanes el Santuario con tu ira.

El hijo de Al Jattab taladró a mi padre, que apenas le llegaba a la altura del pecho, con una mirada llena de profundo desprecio.

—¡Eres tú quien profana el Santuario con tus mentiras, Abu Bakr! —rugió Umar—. ¡Tú eres quien propaga el descontento y la rebelión animando a los esclavos a volverse contra sus dueños!

Mi padre permanecía tranquilo, negándose a permitir que Umar le

hiciera perder los estribos.

—Bilal ya no es el esclavo de nadie —declaró con firmeza.

Umar escupió con desdén.

—Sólo porque hayas comprado su libertad no deja de ser un esclavo.

Bilal miró a su torturador sin perder la compostura y, cuando habló, fue con voz profundamente melodiosa y musical, una voz por la que sería conocido por todos en el futuro:

—Tenéis razón, Umar, sigo siendo un esclavo: un esclavo de

Alá.

El rostro de Umar se tiñó de rojo hasta adquirir la tonalidad de una encendida puesta de sol.

—¿Y tú osas hablarme a mí de Alá ante Su misma Casa?!

Umar le propinó una brutal patada a Bilal en el vientre que hizo que el hombrecillo cayera al suelo. El diminuto africano lanzó un grito al tiempo que se abrazaba los costados retorciéndose de dolor. Entonces, cuando mi padre se inclinó para ayudar a Bilal, Umar lo apartó de un empujón y le atizó otra patada al

liberto.

Furiosa, fui corriendo hasta Umar y le di un puntapié en la espinilla.

—¡Déjalo, déjalo, le estás haciendo daño!

Una multitud de peregrinos y mecanos se había arremolinado a nuestro alrededor para seguir de cerca el altercado. Cuando me lancé contra Umar como una fiera, muchos rieron a carcajadas al contemplar la disparatada escena de una niñita enfrentándose a uno de los hombres más temidos de toda Arabia.

Al oír los abucheos de la gente,

Umar alzó la vista y reparó por primera vez en el gentío. Alarmado por el repentino espectáculo que su indómito carácter había provocado durante la sagrada Peregrinación, trató de recuperar la compostura y recobrar el control de la muchedumbre:

—¡Atrás! ¡Yo soy el guardián de la Sagrada Caaba!

Pero yo no estaba dispuesta a dejar así las cosas:

—¡No, tú no eres más que un matón! —exclamé al tiempo que le agarraba las piernas con mis bracitos

enclenques para evitar que siguiera dando patadas a Bilal, con lo que provoqué de nuevo las carcajadas de los espectadores.

Alcé la vista para comprobar que, aunque algunos se burlaban, otros —en particular los peregrinos venidos de fuera— sacudían la cabeza, escandalizados por tal violencia ante la Casa de Dios.

Y entonces vi a Talha, mi primo favorito, abriéndose paso entre la multitud y se me iluminó el rostro: de todos mis parientes, era con él con quien más intimidad tenía, había en

él una dulzura natural, como la de la miel en la colmena; además, era muy apuesto, con una frondosa cabellera castaña y sus expresivos ojos grises en los que siempre podía leerse lo que sentía. Y lo que leí en ellos fue ira.

Talha se encaró con Umar sin mostrar el menor signo de temer al gigantesco fanfarrón:

—¡Qué valiente eres, Umar, cuánto coraje debe de hacer falta para enfrentarse a alguien a quien le doblas el tamaño y a una niñita! ¿Quieres que te traiga un gato para

poner verdaderamente a prueba tu destreza?

Umar dio un paso atrás, sorprendido por los reproches de Talha: parecía desconcertado, como si no alcanzara a comprender cómo un hombre poderoso como él había perdido el control de la situación tan rápidamente; por fin clavó la mirada en Bilal, deseoso de tener la última palabra.

—Aléjate del Santuario y no ensucies sus piedras con tu carne negra nunca más —bramó desdeñoso.



Bilal se levantó con gesto digno al tiempo que se limpiaba la sangre de la boca.

—Dios me hizo negro, ése fue el carácter que me dio y lo alabo por ello —respondió orgulloso, y entonces alzó su melodiosa voz para recitar un verso del Corán, el Libro de Dios que había sido revelado a Mahoma—: «¡Carácter de Dios! ¿Quién es mejor que Dios imprimiendo carácter?».

Un murmullo de interés se abrió paso entre la multitud al oírse el lírico son de las palabras sagradas.

Vi a varios nómadas de tez oscura, acostumbrados a que los trataran con desprecio, recibirlas con una mirada complacida; comenzaron a cuchichear entre ellos y tuve la certeza de que no tardarían en aprender más sobre el Enviado de cuyos labios habían brotado estas palabras, que contravenían las normas de la cultura árabe y, sin embargo, llegaban al corazón; palabras que podían dar a un esclavo fuerza para enfrentarse a la tiranía. Ahora la muchedumbre quería saber más de esas palabras y de quien las

propagaba.

En la expresión de pesadumbre que le atravesó el rostro, vi que Umar también se había dado cuenta: con su explosión de ira, lo único que había conseguido era atraer la atención hacia el mensaje de Mahoma. El gigante sacudió la cabeza y, rezongando para sus adentros, nos dio la espalda.

—Estáis todos locos —concluyó con desdén, y entonces miró a la muchedumbre y alzó las manos para que lo escucharan—. Sabed todos los presentes que nunca haría daño a esta

niña —dijo señalándome, en un desesperado intento de recuperar la dignidad—. Umar ben al Jattab no es hombre que haga daño a los niños.

Se dio la vuelta y estaba a punto de marcharse cuando Talha soltó una carcajada llena de amargura:

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué enterraste viva a tu propia hija, pagano desgraciado?

Umar se paró en seco.

Incluso el tiempo pareció detenerse un instante.

Cuando Umar se volvió para

mirar a Talha había una terrible expresión de furia en sus ojos.

—¿Cómo... cómo osas...?

Mi padre se dio cuenta de que Talha había ido demasiado lejos.

—Déjalo ya, Talha —le aconsejó.

Pero mi primo estaba lleno de una indignación más que justificada, pues era un secreto a voces que la esposa de Umar, Zainab ben Madun había dado a luz a una niña hacía poco y, avergonzado y furioso por no haber engendrado un varón, Umar se había llevado al bebé al desierto y,

conforme a las tradiciones de los idólatras, depositó la niña sobre la ardiente arena para luego cubrirla de piedras hasta que murió. El Enviado de Dios había condenado esta horrible práctica, algo que había puesto aún más en su contra a los líderes de La Meca, que consideraban el infanticidio un privilegio al que tenía derecho el hombre.

—¡Asesino —gritó Talha, consumido por una indignación abrasadora—, cuando resucites el Día del Juicio tendrás que responder

de tus crímenes!

Y entonces, de repente, como si de una presa que acababa de ceder a la presión de las aguas se tratara, Umar se abalanzó sobre Talha y lo tiró al suelo.

Abu Bakr intentó sin éxito quitárselo de encima: Umar empujó a mi padre a un lado igual que si fuera una muñeca de trapo y vi que éste se golpeaba la cabeza en el suelo al caer y empezaba a sangrar.

—¡Padre! —lo llamé corriendo hacia él, presa del terror.

Nunca había visto sangrar a mi

padre y estaba aterrada; mientras lo ayudaba a levantarse, Umar comenzó a golpear y patear a Talha, que soportaba el doloroso ataque con dignidad.

—Ve a... ve a buscar a Hamza —murmuró mi padre—, salió en dirección al monte Hira... Yo... yo no tengo fuerzas...

Hamza era el tío del Enviado, un hombre imponente como un oso y el único de entre los creyentes con una fuerza y estatura comparables a las del formidable Umar. Salí corriendo del Santuario en dirección a las



colinas circundantes que llevaban al monte Hira.

Trepé con desesperación por las rocosas colinas en busca de Hamza, con la esperanza de que de algún modo, conseguiría llevarlo de vuelta a la ciudad a tiempo de salvar la vida de Talha; la sola idea de perder a mi primo, al primo que más quería, me aterraba. Talha era el único que no me trataba como a una niña pequeña: era fuerte, apuesto y

encantador, y siempre me hacía reír. La chismosa de mi amiga Rubina insistía en que yo estaba loca por él y se burlaba de mí constantemente diciendo que algún día nos casaríamos; en una ocasión —y para mi más absoluta vergüenza— lo dijo tan alto que él la oyó, pero Talha no se rio de mí por eso sino que me miró esbozando una cálida sonrisa y respondió: «Ése sería un honor del que no soy digno».

¡Ay, pobre Talha! A veces pienso que tal vez habría sido mejor dejar que muriera a manos de Umar: en tal

caso, se habría convertido en el primer mártir y nadie habría cuestionado su honor ni su lugar en el Paraíso.

Pero yo no era más que una niña y no tenía el don de la profecía, lo único que sabía era que, si no hacía algo para salvarlo, mi primo no tardaría en morir, y yo, dado que mi nombre, *aisha*, significaba 'vida', no podía permitir que eso ocurriera.

Avancé a trompicones por las rocas y me hice un corte en la mano con el borde afilado de una: comenzó a correr un reguero de sangre por la

palma pero lo ignoré y seguí ascendiendo colina arriba.

Y entonces fue cuando apareció ante mis ojos una escena que ha quedado grabada a fuego en mi alma: dos hombres y una mujer, abrasados y consumidos por el sol, atados a unos arbustos de espino igual que si fueran espantapájaros. Los reconocí de inmediato: Sumaya, una mujer que había visto a menudo en la cocina de mi madre parloteando sobre el número adecuado de cebollas que había que ponerle al estofado de cordero, su esposo Yasir, un hombre

de gran corazón, y el hijo de ambos, bajito y algo corpulento, Amar.

Me quedé con los pies clavados al suelo, pues mi joven mente era incapaz de comprender lo que estaba viendo.

Aquella no era la suerte que Sumaya habría querido para su familia cuando abandonaron la vida de pastores nómadas de cabras para llevar una existencia más sedentaria

en la ciudad. Ella había venido a La Meca con la esperanza de encontrar una esposa para Amar y trabajo estable para que su hijo pudiera labrarse un futuro y tal vez tener su propia familia algún día, pero lo único que habían encontrado había sido sufrimiento.

Sumaya descubrió rápidamente la regla imperante en La Meca según la cual los recién llegados no tenían ningún derecho a menos que se procurasen la protección de algún clan influyente; esa protección era cara y las pocas pieles de cabra que

poseían no bastaban para pagársela, así que todos los miembros de la familia trabajaban como esclavos para todo aquel que estuviese dispuesto a ofrecerles unas cuantas monedas de cobre: cocinar y limpiar eran las labores de ella, mientras que su hijo y su marido atendían el ganado de los ricos o trabajaban en la construcción de las cada vez más numerosas mansiones de los potentados. En ocasiones la paga era buena, pero si les robaban el dinero—como a menudo ocurría—no podían hacer nada; y si el patrón los

azotaba y se negaba a pagarles después de un arduo día de trabajo, tampoco podían protestar ni quejarse ante nadie: sin la protección de un clan, en La Meca sus vidas carecían de valor y, si los mataban, nadie se daría cuenta y mucho menos levantaría la espada para vengar su memoria.

Pero luego, un día, Sumaya conoció al Enviado de Dios. Las familias para las que cocinaba y limpiaba la habían advertido que no se acercara a la casa del Enviado. Decían que Mahoma era un hechicero



peligroso que lanzaba un maleficio sobre cualquiera que se le acercase, pero, al cabo de una semana sin comida y sin que nadie estuviera dispuesto a pagarles por su trabajo, Sumaya, Amar y Yasir se dirigieron a aquel barrio prohibido de la ciudad en el que se decía que vivía el hechicero. Se encontraron con una pequeña multitud de mendigos arremolinados a la puerta de la casa y vieron como una mujer encantadora llamada Jadiya repartía carne fresca entre los desesperados pordioseros. Sumaya se postró a los pies de la

noble dama suplicando comida y trabajo. La esposa de Mahoma los hizo pasar al interior de la casa y les dio una sopa caliente y cobijo para pasar la noche.

Luego los había llevado ante el Enviado y habían escuchado sus cálidas palabras llenas de esperanza, sus enseñanzas sobre cómo los pobres se sentarían algún día en tronos de oro en el Paraíso si renunciaban a los falsos dioses y seguían a Alá, el único dios verdadero. Aquél era un mensaje que Sumaya y su familia aceptaron sin

dudarlo un instante, y precisamente esa aceptación era el motivo por el que ahora habían sido torturados y abandonados para morir en el desierto.

El hijo de Sumaya, Amar, me miró con ojos vivos y llenos de dolor.

—Aisha..., hija de Abu Bakr...  
Ayúdanos...

Durante un instante me olvidé por completo de Talha y corrí hasta ellos

para tratar desesperadamente de soltar con mis diminutas manos las ataduras que los mantenían presos. Yasir estaba sin sentido, aunque todavía respiraba débilmente.

—¿Quién os ha hecho esto? — pregunté sin conseguir disimular el miedo que teñía mi voz.

—Abu Jahl...

Entonces lo entendí: el noble mecano que más furibundamente se oponía al Islam, el monstruo con cuyo nombre se amenazaba a los niños musulmanes cuando hacían alguna travesura: «Pórtate bien

porque, si no, vendrá Abu Jahl y te llevará».

Abu Jahl había venido y se los había llevado.

Me corté las manos tratando en vano de deshacer aquellos nudos implacables.

—¡No puedo! —exclamé al tiempo que notaba que los ojos se me llenaban de ardientes lágrimas: era un día de muerte y destrucción, toda la gente a la que yo quería corría peligro y no podía hacer nada para ayudarlos.

Y luego oí unas pisadas que se

acercaban. Amar también las oyó, miró colina abajo y vio una figura aproximándose.

—¡Es él, escóndete!

Me di la vuelta y vi a un hombre ataviado con una fina túnica de color morado y un turbante lila que ascendía hacia donde estábamos. Venía Abu Jahl, el monstruo de mis pesadillas infantiles.

Se me hizo un nudo en la garganta y miré a mi alrededor, presa de la desesperación; al final vi el tronco de un árbol caído a un lado y salté dentro sin hacer el menor caso a una

araña enfurecida cuya tela había rasgado al esconderme allí precipitadamente de aquel demonio.

Abu Jahl trepó hasta la cima de la colina y se detuvo a poco más de cuatro palmos de mí. No parecía un monstruo, de hecho tenía un aspecto más bien elegante con aquellos ropajes caros bordados en hilo dorado, y su rostro era atractivo, proporcionado incluso: los pómulos marcados y la tez sorprendentemente clara para alguien expuesto a los rigores del desierto. Su verdadero nombre era Abu al Hakam, que

significa 'Padre de Sabiduría', pero los musulmanes siempre lo habían llamado Abu Jahl, 'Padre de Ignorancia'.

Tenía las manos ocupadas: en la derecha llevaba una lanza cuya afilada punta refulgía a la luz del sol; en la izquierda vi la estatuilla de un ídolo, una pequeña talla en resplandeciente obsidiana de formas redondeadas. Incluso a distancia, pude distinguir perfectamente que se trataba de Manat, la diosa a cuyo favor atribuía Abu Jahl su cuantiosa fortuna y a la que, por consiguiente,



profesaba una gran devoción.

Miró a los tres prisioneros que había dejado allí abandonados a su suerte y sonrió con gesto casi contrito.

Cuando habló, su voz era suave, prácticamente tranquilizadora.

—Espero que el dios sol te haya hecho entrar en razón, Amar —dijo sin dar la menor muestra de la furia que parecía haber poseído a Umar.

El muchacho lo miró a los ojos ignorando las tozudas moscas que revoloteaban alrededor de su rostro empapado de sudor.

—No existe ningún dios sol, Alá es el único Dios, el Señor de los Mundos.

Abu Jahl sacudió la cabeza, como si estuviera profundamente decepcionado, y exhaló un suspiro. Parecía que lo abrumara un hondo pesar:

—Hasta el último momento, sigues empeñado en tu herejía... —lo recriminó—. Piensa, muchacho: si Alá tuviera tanto aprecio por tu devoción particular, ¿por qué iba a permitir que murieras en medio del desierto?

Amar arrugó los labios con un gesto enfurecido.

—El que nos ha dejado aquí eres tú, no Alá.

Abu Jahl se encogió de hombros y se volvió hacia Sumaya, que le sostuvo la mirada con calma pese al dolor que sentía.

—Tú eres la madre de Amar —le dijo en un tono calmado y razonable—. Dime, Sumaya, ¿recuerdas su nacimiento? La agonía del parto, el dolor casi insufrible... Y, sin embargo, la comadrona rezó a Manat

y sobreviviste: de no haber sido por la misericordia de la diosa, ¿cómo habrías podido soportarlo? — continuó para luego sostener el ídolo en alto y agitarlo frente al rostro de la mujer—. Manat puso fin a los dolores de parto y os dio vida a ti y a tu hijo esa noche, y puede volver a dártela ahora mismo. —Se inclinó hacia delante y acercó la estatuilla a los labios de Sumaya—. Lo único que tienes que hacer es besar su sagrada imagen y os soltaré.

Sumaya miró al hombre y luego al ídolo.

Yo contuve el aliento, rezando para que lo hiciera. El Enviado había dicho que Dios perdonaría a cualquiera que se viese obligado a renunciar a la fe por miedo a perder la vida, pero se mantuviera fiel en su corazón. Mi alma suplicaba a gritos a Sumaya desde el interior oscuro de aquel tronco: «¡Hazlo, hazlo! ¡Sálvate! ¡Salva a tu hijo!».

Sumaya dedicó a Abu Jahl una sonrisa casi agradecida.

Y entonces escupió al ídolo de Manat.

Vi el cambio en el rostro del

mecano, algo terrible le tiñó las facciones: no era furia como en el caso de Umar sino un tremendo vacío, una falta total de sentimientos; en ese momento parecía más un cadáver que un hombre vivo, y aquella calma carente de toda expresión me asustó mucho más que toda la ira desatada de Umar.

—Así que prefieres la muerte a la vida —sentenció en voz baja.

Sumaya lanzó una carcajada, como si se hubiera dado cuenta al fin de que había estado perdiendo el tiempo en discusiones con aquel

necio.

—No: elijo la vida..., la vida eterna —le respondió clavándole una mirada en la que no percibí el menor rastro de temor—. No hay otro dios sino Alá y Mahoma es Su Enviado.

Abu Jahl la contempló y asintió con la cabeza; luego retrocedió un paso, la miró a los ojos y, con un único movimiento tan veloz que mis ojos apenas lo captaron, ¡le clavó la lanza en la vagina y se la hundió con todas sus fuerzas!

—¡No! —el grito que escapó de la garganta de Amar fue el sonido

más pavoroso que había escuchado en toda mi vida; aterrorizada, me mordí la mano para acallar mi propio grito, que me recorrió el cuerpo en forma de terrible escalofrío.

Sumaya también lanzó un alarido horrible de dolor y se retorció contra el tronco al que estaba atada mientras la sangre salía a borbotones de su cuerpo para formar un espeso charco carmesí a sus pies. Abu Jahl siguió hundiéndole la lanza aún más hasta rasgarle las entrañas y el vientre por dentro.

Al final los gritos de Sumaya



cesaron y no hubo más que silencio.

Mientras Amar se deshacía en lágrimas, vi como Abu Jahl retiraba la lanza con gesto despreocupado y la limpiaba con la fina túnica deshilachada de la mujer para luego volverse hacia el muchacho.

—Los dioses han salido victoriosos —se limitó a declarar, igual que si estuviera enunciando una obviedad.

De algún modo, Amar consiguió hablar pese al profundo dolor que sentía.

—No..., mi madre ha vencido...,

es la primera mártir.

Abu Jahl permitió que una leve sonrisa jugueteara en sus carnosos labios y respondió:

—Y no será la última.

Luego se dio media vuelta y comenzó a descender por la ladera mientras silbaba una alegre melodía.

En cuanto se hubo marchado, yo salí de mi escondite: me sentía igual que en un sueño, el día entero se me antojaba una pesadilla: nada de lo que había presenciado podía llegar a ocurrir en el mundo real.

Clavé la mirada en el cuerpo inerte de la mujer aún atado indignamente al tronco de un árbol: de cintura para abajo estaba empapado de sangre, una sangre que tan sólo unos momentos atrás había corrido por sus venas.

Aquello no estaba pasando en realidad, era imposible.

Fue entonces cuando los graznidos de los buitres me sacaron de mi ensimismamiento y salí corriendo, intentando escapar del espectro de la muerte que ya nunca dejaría de perseguirme.

UNA figura solitaria estaba arrodillada sobre la tierra santa del monte Hira, donde la Revelación había comenzado: el hombre de poderosos músculos se inclinó y luego alzó las manos al cielo en oración al Único Dios, que había escogido a su familia para redimir a la humanidad.

Hamza siempre había sabido que su sobrino Mahoma estaba destinado a la grandeza. Eran aproximadamente

de la misma edad y el hombre al que ahora llamaban el Enviado de Dios había sido más bien un hermano menor que un sobrino para él, pero, incluso en los tiempos en que hacían carreras por los callejones de La Meca o se peleaban de broma en la arena, Mahoma nunca había parecido del todo un niño: había una cierta sabiduría en sus ojos, una tristeza que parecía más bien propia de alguien que hubiese vivido una vida de lucha, pérdida y triunfo. Tal vez era la pena de ser huérfano, de haber perdido a su padre antes de nacer y a

su madre a los seis años.

Pero algo más en el muchacho era distinto: lo envolvía un sentido del destino que lo aguardaba, flotando en torno suyo igual que una especie de aura; era una forma de poder que el resto de miembros de la familia habían percibido también, y no todos se sentían cómodos con ello. Al hermanastro de Hamza, Abu Lahab, en particular, no le había gustado su sobrino desde un principio, pues veía a Mahoma como un soñador y un idealista, alguien que se negaba a adaptarse a la dura

realidad de la vida.

Cuando Mahoma había venido a verlo y le había contado que el Dios de Abraham le había hablado a través del ángel Gabriel en una cueva a escasa distancia del lugar donde estaba Hamza ahora, éste se había mostrado fascinado pero en realidad no le había sorprendido. Aun así, estaba muy apegado a sus viejas costumbres y le había costado mucho renunciar a los dioses de sus antepasados, pero ver cómo iba en aumento la oposición a las enseñanzas de su sobrino entre los

notables de la ciudad y la cada vez mayor crueldad con que se trataba a sus seguidores había hecho surgir poco a poco en su interior una pasión creciente. Hamza siempre había creído que había que vivir con honor y justicia y había comenzado a ver que los seguidores del Antiguo Camino daban escasas muestras de ninguna de las dos.

Y entonces, un día, llegó a sus oídos que el despreciable Abu Jahl había insultado ferozmente a Mahoma mientras éste oraba en la Caaba, prorrumpiendo en insultos



hacia su sobrino y su familia, a los que la víctima había respondido limitándose a soportar el chaparrón para alejarse luego con la cabeza bien alta. En ese momento Hamza había tomado una decisión y, cogiendo el legendario arco con el que había dado muerte a leones y guepardos en el desierto, había corrido hasta donde se encontraba Abu Jahl enardecido a la muchedumbre en contra de los musulmanes en el Santuario. Hamza había golpeado en la frente con el arco al hombre, al que había hecho

caer de rodillas, y después, en presencia de toda la ciudad, había declarado su fe en la religión de su sobrino.

Y ahora estaba sentado, rezando tal y como el Enviado le había dicho, con las rodillas en el suelo y la cabeza inclinada en señal de sumisión ante Dios. En Hira encontraba la paz y comprendía por qué disfrutaba tanto de aquel lugar: a diferencia de lo que ocurría en la ciudad, perennemente envuelta en el humo de basura quemada, aquí el aire era puro, fresco y limpio; y, en

vez de la cacofonía de los gritos, el cacareo de las gallinas y los bramidos de los camellos de las calles de La Meca, aquí había silencio. Era un silencio tan profundo, tanta la quietud, que un hombre podía por fin oír los latidos de su propio corazón y los delicados susurros del alma.

Y entonces el grito de una niña rompió el silencio de las montañas.

—¡Hamza, ven corriendo!

Se volvió y me vio trepar por las rocas igual que una araña roja; se me había hecho jirones el vestido en el

accidentado ascenso y tenía el rostro cubierto del polvo gris que formaba un manto sobre la montaña, como una especie de hollín que el viento arrastraba de acá para allá sin dificultad.

Hamza salió a mi encuentro descendiendo por inmensas rocas muy empinadas que yo no habría sido capaz de escalar jamás. Por fin nos encontramos y yo me lancé en sus brazos casi sin resuello.

—¿Aisha?! ¿Qué ha pasado? — quiso saber al tiempo que se arrodillaba frente a mí.

Tratando de recobrar el aliento, me esforcé por pronunciar las palabras necesarias mientras los latidos de mi corazón todavía retumbaban en mis oídos.

—Mi padre... Sumaya... Tienes que ir a ayudarlos... Abu Jahl... Umar... Nadie más puede detenerlos...

No me estaba explicando en absoluto pero tampoco hizo falta: la sola mención de Abu Jahl y Umar bastaba.

—Dios los detendrá, pequeña.

Se puso de pie y tomó mi

diminuta mano en la suya para  
guiarme con suavidad en el descenso  
por la escarpada ladera rocosa.

HUBO una muerte más ese día.

Hamza me llevó sobre sus fuertes hombros mientras le mostraba el camino a la cima de la colina donde los tres prisioneros de Abu Jahl aún estaban atados a las matas de espino. Hamza fue a ver cómo estaban y se encontró con que sólo Amar respiraba todavía; su padre, Yasir, había sucumbido al calor y nunca volvió a recuperar el conocimiento, lo que tal vez fue un acto de

misericordia divina, pues murió sin conocer los terribles sufrimientos que había soportado su querida esposa Sumaya.

Yo me quedé de pie a un lado, con el pulgar en la boca, en un claro gesto de inseguridad que debiera haber dejado atrás hacía mucho tiempo; Hamza soltó a Amar, que se dejó caer de rodillas al suelo mientras las convulsiones provocadas por los terribles sucesos recorrían todo su cuerpo. Hamza vertió agua de su cantimplora de cuero en la boca del muchacho



directamente pero éste apenas bebió: tenía la mirada fija en los cadáveres de sus padres. Luego el tío del Profeta desató los cuerpos de Sumaya y Yasir y los dejó en el suelo el uno al lado del otro.

—¿Puedes andar? —le preguntó Hamza a Amar con suavidad—. Si puedes, vuelve conmigo a La Meca, enviaremos a un grupo de creyentes a enterrar a tus padres.

El joven negó con la cabeza:

—Yo me quedo con ellos.

Hamza asintió y le pasó el brazo por los hombros al muchacho para

consolarlo, pero no encontró ni la palabra ni el gesto capaces de aliviar el dolor de Amar, así que se volvió hacia mí.

—Has sido muy valiente —me dijo al tiempo que me alborotaba el pelo con un gesto cariñoso.

—¡Tenemos que marcharnos! —insistí—. Talha y mi padre nos necesitan.

Hamza me sentó en sus hombros y se puso en marcha hacia La Meca a paso vivo. Me di la vuelta y vi a Amar con la mirada perdida en algún punto distante, acariciando el pelo de

su madre.

Al final, cuando llegó Hamza su ayuda ya no era necesaria: Umar le había dado a Talha una paliza terrible, pero le perdonó la vida pues ni siquiera el impetuoso hijo de Al Jattab estaba dispuesto a enfrentarse a las posibles represalias del clan de Abu Bakr, los Bani Taim. No es que les tuviera miedo, según fanfarroneó él mismo a voz en cuello ante la

multitud que lo observaba mientras le rompía un brazo a Talha, pero «este gusano insignificante no es digno de que arriesgue mi vida», había dicho para, acto seguido, marcharse a grandes zancadas, seguramente en dirección a algún lugar donde emborracharse para tratar de borrar el recuerdo del insulto de Talha y el cruel remordimiento por la muerte de aquella hija recién nacida que, incluso en el momento en que la sepultaba bajo un montón de piedras, seguía apretándole el dedo amorosamente.

Cuando Hamza se enteró de que Abu Bakr se había llevado al maltrecho Talha a la casa del Enviado, salió del Santuario inmediatamente en esa dirección. A mí me costaba seguirle el paso y mi mente infantil aún no había asimilado la locura de los acontecimientos de aquel día. Mientras trataba de alcanzar a Hamza, vi a un avergonzado Abu Sufian haciendo lo imposible por convencer a los beduinos que lo miraban con aire sombrío de que se quedaran a gastar su oro en el mercado.

—Mis hombres ya han cumplido con sus obligaciones y ahora quieren marcharse —dijo el jefe beduino con una expresión de desconfianza escrita en el rostro—. Enviad a vuestro hijo a recuperar nuestras armas.

—¡Pero si acabáis de llegar! —se resistía Abu Sufian con grandes aspavientos de fingida sorpresa—. Venid conmigo y daré orden de que os proporcionen alojamiento.

—No será necesario.

Sin embargo, Abu Sufian tenía la persistencia natural de quien ha

nacido para ser comerciante:

—Debéis ir al bazar mañana por la mañana —insistió con voz aterciopelada—, acaba de llegar un cargamento de las más finas sedas persas.

El beduino negó con la cabeza:

—Mi gente no necesita sedas.

La frustración de Abu Sufian estaba empezando a resultar evidente.

—¡Pero es que La Meca tiene tanto que ofrecer!

El beduino hizo una mueca de

desagrado al tiempo que volvía la vista hacia el sitio donde había tenido lugar la sangrienta pelea, justo enfrente del Santuario.

—Ya he podido comprobar hoy lo que tiene que ofrecer La Meca y no deseo ver más —dicho lo cual le dio la espalda a Abu Sufian y fue a reunirse con sus hombres, que ya estaban empezando a cargar las alforjas de los camellos con agua y víveres para el viaje de vuelta a casa.

Abu Sufian sacudió la cabeza, presa de la frustración al pensar en la



oportunidad de venta perdida, y yo me estaba volviendo para apretar el paso y alcanzar a Hamza cuando se me paralizaron las piernas: Abu Jahl avanzaba hacia mí ataviado con sus finas ropas de color morado y una expresión de total calma en el rostro que no ofrecía el menor indicio de que acabase de asesinar a sangre fría a una mujer inocente.

Por un instante, un terror irracional se apoderó de mí: ¿me habría visto correr colina abajo?, ¿se propondría matarme a mí también para asegurarse de que no lo

delataba?

Abu Jahl continuaba acercándose y sentí como si me hubiera dejado de latir el corazón.

Y entonces llegó hasta donde yo estaba y pasó de largo sin prestar la menor atención a la niña de cabellos rojizos que había sido testigo directo del abismo de su maldad.

Abu Jahl fue hasta Abu Sufian, quien todavía estaba rezongando entre dientes por la pérdida de negocio sufrida.

—Unos cuantos incidentes más

como el de hoy acabarán por espantar a los peregrinos —sentenció Abu Jahl chasqueando la lengua para indicar su desaprobación—. Si estos renegados siguen enfrentándose a nosotros, acabarán con la Peregrinación y, sin Peregrinación, no habrá negocio y, sin negocio, La Meca desaparecerá engullida por la arena del desierto.

Abu Sufian asintió con la cabeza y dijo:

—Esta situación ya ha ido demasiado lejos, ha llegado el momento de actuar.

Abu Jahl sonrió y sus ojos lanzaron un destello.

—Estoy de acuerdo.

Los dos hombres se alejaron conversando en voz baja y, cuando mis piernas recuperaron la fuerza por fin, salí corriendo hacia la casa del Enviado.

ESA noche me senté junto a mi padre mientras el Enviado de Dios celebraba una reunión con su familia y seguidores más allegados.

Éramos algo más de una veintena, fundamentalmente miembros de las familias que habían aceptado el Islam desde el principio y habían demostrado su lealtad al Profeta durante los primeros tiempos de persecución. Mi madre, Um Ruman, estaba sentada al lado de mi padre

con su bella melena castaña oculta bajo un discreto pañuelo azul; a su izquierda estaba mi hermana mayor de catorce años, Asma, paseando la vista por la habitación igual que un pájaro con aquellos intensos ojos suyos color marrón. Yo me pregunté qué estaría buscando y entonces vi que entraba un joven alto de dentadura blanca y perfecta —era tu padre, Zubair—, tuve la impresión de que Asma había dejado de respirar y de repente lo comprendí.

Estábamos en lo que en otro tiempo había sido el salón de la casa

de Mahoma, donde la familia recibía a los amigos y la visita de los dignatarios que viajaban con las caravanas. Era una estancia amplia, por lo menos a los ojos de una niña pequeña, de unos veinte codos de largo y doce de ancho y con robustos pilares que soportaban la galería circular del piso superior donde estaban los aposentos. El altísimo techo estaba unos quince codos por encima de mi cabeza y no era plano, como casi todos los de la ciudad, sino curvo, formando una majestuosa cúpula. Aquel estilo arquitectónico

adoptado de los bizantinos, con quienes el Enviado había tenido mucho contacto en su juventud, cuando era comerciante, acabaría por convertirse en habitual entre los nuestros en años venideros, cuando los territorios de los griegos cayeron bajo la fuerza de nuestra espada.

Sin embargo, a aquel puñado de creyentes sentados en una reunión clandestina, la mera noción de tan noble destino les habría parecido cómica, una fantasía demasiado descabellada incluso para el más necio de los borrachos que pasaban



la noche al raso en las callejuelas de La Meca. ¿Quién iba a pensar en imperios cuando nuestros progresos eran tan minúsculos que rayaban en lo patético y todo parecía indicar que nos encontrábamos al borde de la extinción? Abu Jahl tenía razón al decir que la muerte de Sumaya no sería la última. El miedo a lo que estaba por llegar sobrevolaba nuestras cabezas como una plaga de langostas preparándose para su imparable invasión.

Pero cuando el Enviado de Dios entró en la habitación, durante un

instante, un rayo de luz se abrió paso entre las nubes oscuras y recuperamos la esperanza.

¿Cómo describir a quienes no la conocieron la sensación que provocaba la presencia del Profeta? Era como entrar en otro mundo, o como ver el mundo con nuevos ojos. En los años que siguieron compartiríamos vida y lecho y, aun así, cada vez que lo veía se aceleraban los latidos de mi corazón; era como si él fuera la vida misma.

Seguro que tú también te acuerdas, sobrino mío, de cuando

eras niño; cierto que en aquel entonces había envejecido un tanto y habían aparecido unas cuantas canas en su barba, sobre todo a causa de las guerras y los enfrentamientos políticos que marcaron sus últimos años, pero en definitiva se diría que no tenía edad y, aquella noche en concreto, recuerdo haber estado sentada mirándolo, maravillada de pensar que tenía dos años más que mi padre pero parecía diez más joven por lo menos.

Mahoma, Dios lo bendiga y le conceda paz, era de estatura media,

pero ancho de espaldas y con un torso fornido que rebosaba energía y fuerza. Por aquel entonces sus cabellos eran de color negro azabache, más oscuros incluso que el manto de la noche más cerrada, más oscuros que el más profundo de los sueños, del que no recordamos absolutamente nada salvo un absoluto silencio. Su piel, en cambio, era blanca como el alabastro. A medida que fui creciendo y dándome cuenta de mi propia belleza, uno de los rasgos de los que estaba más orgullosa era el tono claro de mi

piel, algo poco habitual cuando se vive en una tierra abrasada por el sol, pero el rostro del Enviado era aún más pálido que el mío, de apariencia aún más etérea, similar a la blanca palidez resplandeciente de la luna.

No tenía los cabellos lisos sino ligeramente ondulados y sedosos como la melena de un león, y le caían por encima de los hombros. Su barba también era suave y tupida y siempre la llevaba ordenada. Me desconciertan esos hombres que se dejan barba para imitarlo y permiten

que les crezca sin ton ni son hasta que más bien parece el lomo de un puercoespín: el Enviado de Dios jamás habría aparecido en público con aspecto de perro sarnoso extraviado en el desierto, por más que haya muchos cuya apariencia es incluso peor y que se jactan de seguir sus costumbres, su sunna. El era un hombre lleno de dignidad al que le encantaban la belleza y la elegancia y que daba muestra de ambas cualidades en la manera en que cuidaba su propio aspecto.

Pero lo más sorprendente del

Profeta eran sus ojos: tan negros que costaba trabajo distinguir las pupilas, y, sin embargo, siempre luminosos. Pocos hombres eran capaces de mirarlo fijamente a los ojos durante largo tiempo. Dicen que los ojos son el espejo del alma, pero, en el caso del Enviado, sus ojos eran los espejos de nuestras almas: cualquiera que hubiera contemplado las profundidades de aquellas resplandecientes esferas de azabache habría visto en ellas el reflejo de los rincones más profundos de su propio corazón, y no todo el mundo era

capaz de soportar la visión.

El Enviado sonreía a menudo pero rara vez se reía, aunque al cabo de unos años yo sería una de las pocas personas que conseguirían que echara la cabeza hacia atrás y prorrumpiera en carcajadas: era una risa ronca y contagiosa y, cuando se reía, raro era el que no acababa por unírsele.

Ocurría algo parecido con sus lágrimas, que eran mucho más frecuentes. Cuando Hamza volvió a La Meca y le contó la suerte que habían corrido Sumaya y Yasir, el



Enviado rompió a llorar. Ambos habían encabezado un pequeño grupo de creyentes que se aventuraron fuera de la ciudad para rescatar a Amar, quien todavía seguía presa del desconsuelo, sentado junto a los cuerpos sin vida de sus padres, y luego los enterraron: los primeros mártires del Islam.

El Enviado había vuelto desconsolado a refugiarse, como siempre, en los brazos de Jadiya, a quien yo contemplaba ahora sentada junto a él sobre el suelo de mármol de la mansión que ya era suya mucho

antes de conocer y enamorarse del joven Mahoma. Juntos, recordaban a un rey y una reina, sólo que no tenían tronos: hacía mucho tiempo que habían vendido la mayor parte de los lujosos muebles de la casa y repartido el dinero entre los pobres, y la bella mansión de blancas paredes y suelos pulidos estaba prácticamente tan vacía como un mausoleo.

El Profeta apretó la mano de su esposa y ella le sonrió para darle ánimo. Viéndolos juntos resultaba evidente la sustancial diferencia de

edad: Mahoma no tenía más que veinticinco años cuando ella lo contrató para encargarse de sus caravanas. Los rumores decían que Jadiya ya era una viuda rica de cuarenta años cuando lo vio por primera vez y que la habían impresionado tanto su nobleza y la generosidad de su espíritu —y sus apuestas facciones— que le había propuesto matrimonio al poco de que Mahoma regresara de Siria, donde había amasado una fortuna para ella. Otros aseguraban que Jadiya tenía veintiocho años, sólo tres más que él,

cuando lo hizo su esposo y que eran los piadosos los que le habían puesto años de más para resaltar su sabiduría.

Yo creo que la verdad debe de andar a medio camino entre las dos versiones. Aquella noche, al mirarla, reparé en que todavía era hermosa, por más que su oscura melena se hubiera vuelto gris, y en que solamente tenía unas pocas arrugas alrededor de los ojos y las comisuras de los labios. Había traído al mundo seis hijos en los primeros diez años de matrimonio, cuatro niñas y dos

niños, aunque estos últimos habían muerto cuando todavía eran bebés. Como mujer, me cuesta trabajo creer que Jadiya hubiese sido tan fértil a una edad en la que a la mayoría ya se les había retirado la menstruación hacía tiempo, pero, después de haber vivido con el Enviado de Dios, he sido testigo de muchos acontecimientos muy improbables, así que tal vez los rumores de su avanzada edad fueran ciertos. De lo que no cabe duda es que era la voluntad de Dios que sólo ella le diera hijos que llegasen a la edad

adulta, mientras que mi vientre, pese a ser joven y fértil, permanecería inexplicablemente yermo.

El Enviado miró a Jadiya durante un largo rato antes de volverse hacia el resto de los presentes en la reunión.

—Hoy ha sido un día triste para los creyentes —comenzó a decir en voz baja cuando Hamza, que había estado caminando arriba y abajo por la estancia consiguiendo a duras penas contener su ira, lo interrumpió:

—¡Han sobrepasado todos los límites imaginables! —exclamó el tío

del Profeta con el rostro crispado por la emoción.

Mi padre se revolvió en su sitio con aire intranquilo.

—Hacía mucho que se venía anunciando algo así —aventuró Abu Bakr tratando de apaciguar al gigante enfurecido—. Sumaya y su familia no tenían la protección de las tribus y Abu Jahl sabía que podía actuar sin miedo a las represalias.

Hamza se sentó al tiempo que gruñía igual que un lobo rabioso.

—Ahora que han probado la sangre musulmana querrán más.

Al otro lado de la estancia, Talha, cuyo rostro estaba vendado además de llevar el brazo en un cabestrillo de cuero, se inclinó hacia el hombre que había acudido — aunque tarde— en su ayuda:

—Entonces, ¿qué aconsejas hacer?

Hamza miró al Enviado desde el extremo opuesto de la habitación.

—¡Emigrar! Debemos enviar al resto de nuestra gente a Abisinia — respondió en tono resolutivo.

Se produjo un murmullo de



aprobación entre los asistentes: un año antes y con la bendición del Profeta, varios de los musulmanes más pobres habían emigrado cruzando el mar hacia Poniente, hasta la nación africana de Abisinia; el gobernante de aquel territorio era un rey o negus cristiano de gran sabiduría que había acogido a los refugiados ofreciéndoles su protección. Los señores de La Meca habían enviado a Amr ben al As, uno de sus emisarios más diplomáticos y encantadores, para tratar de convencer al negus con oro y

promesas de tratos comerciales ventajosos para sus mercaderes a cambio de que les entregase a los musulmanes, a quienes Amr había tachado de criminales. La fe y la devoción de aquellos árabes para con el Dios de Abraham habían impresionado al negus, que decidió rechazar la oferta pese a las protestas de sus sacerdotes cristianos, que veían a los musulmanes como unos herejes que negaban que el profeta Jesús hubiera declarado jamás su divinidad. Los musulmanes exiliados habían vivido en paz durante los

últimos años y por eso los creyentes aceptaban ahora de buen grado la propuesta de Hamza.

Pero el Enviado se volvió hacia su primo Alí:

—¿Tú qué opinas? —quiso saber.

Alí tenía diecisiete años, pero su personalidad incomprensible y etérea le daba un aspecto aniñado y venerable a un mismo tiempo. En sus ojos verdes resplandecía un fuego inquietante y misterioso y su penetrante mirada parecía ser capaz de atravesar la superficie de las

cosas y calar más hondo hasta llegar a las verdades escondidas. Muchos creyentes experimentaban un torbellino de emociones encontradas cuando el Profeta consultaba a aquel joven extraño: confiaban en el Enviado, pero la singular fe que depositaba en aquel joven de aire soñador les parecía poco habitual y difícil de comprender.

Alí se puso de pie con la mirada fija en un rincón vacío de la estancia, como si él fuera el único capaz de distinguir allí algo que resultaba invisible para los demás.

—Yo no lo aconsejo. Uzman ya carga bastante responsabilidad sobre sus espaldas —declaró refiriéndose al yerno del Enviado que se había casado con la cautivadora Ruqaya, hija de Mahoma, antes de partir como cabecilla de los musulmanes que se habían exiliado en Abisinia.

Oí un leve carraspeo al otro lado de la sala y me volví a tiempo de ver como Zubair se ponía de pie. En ese preciso instante, noté que mi hermana Asma, que estaba sentada a mi izquierda, se ponía rígida de emoción, como le ocurría siempre

que hablaba el atractivo joven.

—El negus nos ha tratado con benevolencia, desde luego merecería la pena considerar esta posibilidad para quienes no disfruten de la protección de ningún clan —propuso con su habitual voz tranquila y contenida, pese a su gran influencia en la comunidad, ya que era primo del Profeta, hijo de su tía Safiya, y uno de los primeros creyentes.

Alí clavó en Zubair la mirada intensa de sus ojos verdes y negó con la cabeza:

—Sus propios sacerdotes lo

presionan para que expulse a los recién llegados. Por el momento ha sido capaz de contenerlos, pero en las circunstancias actuales, no sería sensato enviar más refugiados a ese país, podría empeorar las cosas para los que ya se han establecido allí.

Pero Zubair no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente:

—Tenemos que hacer algo, los quraish no tardarán en convocar una reunión del consejo en nuestra contra.

Y entonces se oyó una voz profunda que retumbó desde la

entrada del vestíbulo y todos nos dimos la vuelta, sorprendidos:

—Ya lo han hecho.



SE proyectó una sombra en el umbral de la puerta a mis espaldas y alcé la vista para encontrarme con un anciano de cuerpo vencido por el peso de los años, con una barba blanca como la escarcha, que entraba con paso vacilante en la habitación, apoyándose con ambas manos en un bastón con el puño de marfil: era Abu Talib, tío del Enviado y padre de Alí; había sido como un padre también para Mahoma, a quien había

criado desde que se quedó huérfano, y se había mantenido fiel a su sobrino cuando los señores de La Meca se opusieron a su nueva religión. El Profeta se levantó al verlo entrar en señal del profundo amor y respeto que le profesaba, por más que Abu Talib siguiera anclado en sus viejas costumbres y continuase adorando a los dioses paganos. Todos seguimos su ejemplo y Alí atravesó la estancia y ayudó a su padre a avanzar por el suelo de baldosas de mármol blancas y negras para ir a sentarse junto al Enviado y

Jadiya.

Abu Talib parecía frágil y le temblaban las manos, pero no había el menor rastro de vacilación en su voz.

—Los líderes quraish están reunidos esta noche en la Cámara de la Asamblea para decidir qué hacer con tu gente —dijo con voz pesarosa—. Hijo de mi hermano, te suplico que prestes oídos a la razón —le imploró Abu Talib al Profeta—. En cuanto se encienda el fuego de la ira de los quraish, ya nada podrá aplacarlo, tus seguidores perecerán

consumidos por él igual que le ha ocurrido hoy a esa pobre mujer. Estás en tu derecho de no querer seguir a nuestros dioses, pero te ruego que no hables más en su contra. Deja que las gentes de Arabia continúen con sus tradiciones en paz. Los quraish te admiran, pese a la desconfianza que les inspiran tus creencias, y estoy convencido de que estarían dispuestos a concederte cualquier cosa que pidieras siempre y cuando cejes en tu empeño de abominar de sus dioses.

Se hizo el más absoluto silencio

en el grupo de creyentes; desconcertados, miramos al Enviado preguntándonos cómo respondería a los ruegos de su amado tío para que llegara a un acuerdo con los idólatras.

Vi al Enviado volverse hacia Jadiya, que lo miró a los ojos y asintió con firmeza: decidiera lo que decidiese, ella lo apoyaría como Madre de los Creyentes.

El Profeta bajó la vista un instante al tiempo que respiraba lenta y profundamente. Cuando por fin volvió a alzar la cabeza vi que en sus

ojos resplandecía una llama que me llenó de terror e ilusión a un tiempo, y luego tomó la mano de Jadiya en su derecha y la de Alí en su izquierda.

—Pongo a Dios por testigo de que ni colocando el sol en mi mano derecha y la luna en mi izquierda conseguirían desviarme de mi misión.

No había más que decir, y todos los sabíamos: no habría acuerdo, ni aunque La Meca declarara la guerra a los musulmanes.

Abu Talib sacudió la cabeza con expresión desesperada.

—Pero... sobrino mío...

Jadiya lo interrumpió sin soltar la diestra del Profeta para que todos vieran que sus dedos seguían firmemente entrelazados con los de él.

—Ya has oído la respuesta de mi esposo, querido tío. Él es Al Amin, 'el Veraz', y de igual modo que el sol no puede salir por el oeste, no es capaz de ocultar la verdad. Dios le ha ordenado que anuncie la verdad a La Meca y a la humanidad entera, y así lo hará, sin atender a las maquinaciones de los que conspiran

entre las sombras.

Sus palabras me llegaron al corazón y me di cuenta de que habían surtido el mismo efecto en los demás porque, uno por uno, todos los miembros de la comunidad — hombres y mujeres, adultos y niños —, fuimos asintiendo en voz alta con firmeza.

Al ver lo unidos y decididos que estábamos, Abu Talib acabó por bajar la cabeza y aceptar la decisión de su sobrino. Se puso de pie y, agarrando su bastón, se dispuso a marcharse.



—Si ése es el caso, temo por ti, temo por todos vosotros —sentenció con voz triste—. Que vuestro Dios os proteja de lo que está por venir.

—Pero ¿qué es lo que está por venir? ¿Qué están tramando? Si lo supiéramos podríamos protegernos —se oyó la voz dulce de Fátima, la hija pequeña del Profeta, una muchacha tímida unos diez años mayor que yo cuyo rostro siempre estaba teñido de tristeza; a diferencia de sus otras hermanas, que eran muy sociables y rebosaban vitalidad, Fátima era como un espectro que

aparecía y desaparecía sigilosamente sin que nadie reparara en ella casi nunca.

Vi como varias personas se estremecían al oír inesperadamente aquella voz y me di cuenta de que yo no era la única que se preguntaba cuándo habría entrado en la estancia o si acaso habría estado allí todo el rato sin que ninguno advirtiéramos su presencia.

A modo de respuesta a la pregunta de la muchacha, Abu Talib se volvió hacia Alí:

—Esta noche las puertas de la

Cámara de la Asamblea permanecen cerradas para mí, pero me temo lo peor.

Alí posó una mano en el brazo de su padre con gesto cariñoso.

—No temas, padre, Dios promete que «quienes creen tendrán la recompensa junto a su Señor y no hay temor por ellos, pues no serán entristecidos» —lo tranquilizó citando el Sagrado Corán.

—Desearía poder compartir tu fe, hijo mío —le respondió el anciano con la voz teñida de inconfundible pesar—, pero, por

desgracia, no soy más que un viejo que lo único que sabe es que no puede salir nada bueno de esa reunión secreta de hombres enfurecidos.

Mientras Alí acompañaba a su padre hacia la salida, miré a mi alrededor: se había organizado un gran alboroto y los creyentes discutían entre ellos sobre lo que debía hacerse. Todo el mundo parecía tener su propia opinión, pero no eran más que especulaciones pues, sin saber qué era exactamente lo que se estaba diciendo en la

Cámara de la Asamblea, no había forma de defender a nuestra gente de aquella nueva amenaza.

Fue entonces cuando se me ocurrió una idea descabellada que en aquel momento me pareció muy ingeniosa, pero yo no era más que una niña, incapaz de distinguir entre genialidad y locura. Muchos creen que jamás aprendí a hacerlo, y tal vez lleven razón.

Ví que mi padre tenía los cinco sentidos puestos en la discusión y que mi hermana los tenía en mirar a Zubair, así que nadie me prestaba

atención —ni mostraba el menor interés— en lo que se me había ocurrido; y nadie prestó atención ni tampoco mostró el menor interés cuando me escabullí por la puerta.

Sin embargo, en el último momento me di la vuelta un instante y me pareció ver por el rabillo del ojo al Enviado que me estaba observando con una sonrisa divertida en los labios.

LA Cámara de la Asamblea resplandecía como un rubí a la luz de la luna: era el segundo edificio más grande de La Meca —sólo la Caaba lo superaba en altura— y lo había construido años atrás Qusai, uno de los ancestros más venerados de los quraish, un gobernante que había puesto fin al derramamiento de sangre entre clanes rivales creando una oligarquía unida con la que había proporcionado estabilidad a la

Peregrinación y prosperidad al lugar. La Cámara de la Asamblea era un símbolo de su legado, un complejo de edificios de piedra roja y mármol que se extendía a lo largo de más de treinta codos. Era lo más parecido a un palacio que había en todo el desolado territorio que separaba el Yemen de Siria, y servía como lugar de reunión a los jefes de las tribus además de ser el espacio destinado a las grandes celebraciones y la sede del primitivo sistema de justicia que imperaba en el desierto.

Por lo general, las grandes



puertas de arco de medio punto con herrajes de plata y bronce bruñido permanecían abiertas de par en par ofreciendo así la necesaria y falsa ilusión de que en La Meca cualquier ciudadano de a pie tenía acceso a los centros de poder; en realidad, todo el mundo sabía que las decisiones surgidas de la Cámara las inspiraban fríos cálculos basados en el oro y los intereses políticos, pero aquel simulacro de justicia era necesario para evitar el derrumbe del orden social establecido.

Sin embargo, ese día la

necesidad de guardar las apariencias había pasado a un segundo plano ante la exigencia mucho más apremiante de mantener en secreto lo que ocurría dentro, y las puertas permanecían cerradas a todos excepto a quienes detentaban un poder incuestionable. Unos guardias con pesadas armaduras de cuero y acero vigilaban cada una de esas puertas con las imponentes espadas desenvainadas y en posición de ataque: las deliberaciones que tenían lugar esa noche eran de vital importancia para el futuro de la ciudad y se había dado

orden de atacar a cualquiera que tratara de entrar sin permiso.

Un sonido semejante al de unas pisadas hizo que uno de los guardias, un cancerbero de expresión adusta llamado Husam, volviera la cabeza con un sobresalto: el ruido provenía de un estrecho callejón cuya embocadura se encontraba al doblar la esquina y que unía la puerta sur del edificio con el muro tras el cual se encontraba la casa de Abu Sufian. El guardia hizo una seña a un compañero de boca mellada llamado Adam. Con las armas preparadas,

doblaron la esquina con cautela, dispuestos a matar a quienquiera que estuviese oculto entre las sombras.

No vieron a nadie salvo un gato gris que los miró con sus enormes ojos color ámbar y, satisfechos con el deber cumplido, los hombres regresaron a sus puestos en la puerta este.

Miré hacia abajo desde mi escondite en lo alto del muro y vi como los dos

guardias de aspecto enojado se marchaban del callejón. Había jugado muchas veces al escondite con mis amigas por la ciudad, y el callejón de la Cámara de la Asamblea era uno de mis escondrijos favoritos: siempre había sido ágil y ya había escalado por el tubo del desagüe en otras ocasiones, convencida de que a mis compañeras de juegos nunca se les ocurriría mirar hacia arriba; me encantaba observarlas sin que se dieran cuenta, y esa pequeña habilidad mía había resultado muy útil esa noche y

seguramente me había salvado la vida.

Cuando perdí de vista a los guardias, me permití respirar de nuevo; miré hacia arriba y reparé en una ventana del segundo piso que estaba entreabierta, lo suficiente como para que un gato —o una niña— pudiera pasar por la abertura.

Me latía el corazón con fuerza, más por la emoción de hacer algo prohibido que porque fuera ni remotamente consciente del peligro que corría. Clavé las uñas —que ya tenía negras por el polvo y los

excrementos de paloma que lo cubrían— en el desagüe y subí por él hasta la ventana. Si hubiera mirado abajo me habría desmayado del vértigo, pero siempre había sido una niña que no se distraía fácilmente y en esos momentos tenía toda mi atención puesta en el pequeño alféizar que sobresalía bajo la ventana. Cerré los ojos durante un segundo y pronuncié la bendición que había aprendido prácticamente antes que ninguna otra palabra: *Bismilahir rahmanir rahim*, 'En el nombre de Dios, el Clemente, el

Misericordioso'.

Luego trepé hacia arriba igual que un mono, me agarré con todas mis fuerzas al borde irregular del alféizar y, lanzando un leve gemido de esfuerzo que recé para que no hubiera sido oído por los guardias que tan cerca andaban, conseguí apoyarme en el alféizar boca abajo y, por fin, con la habilidad increíble que sólo da la juventud, me las arreglé para deslizarme por la abertura de la ventana hasta el interior.

Parpadeé unas cuantas veces



mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad del interior. Había aterrizado en el suelo de lo que parecía ser una galería circular que dominaba desde las alturas la principal sala de reuniones rodeada de un sinfín de puertas que sin duda conducían a otras tantas estancias más pequeñas. Para una niña con una curiosidad excesiva como era yo, aquel edificio inmenso con infinitud de pasillos, puertas y misterios ocultos era el mayor tesoro escondido imaginable, pero esa noche me había asignado a mí misma

una misión y las expediciones tendrían que esperar otra ocasión.

El sonido de unas voces me atrajo hacia la barandilla de carísima madera de acacia importada del Sinaí: a través de la elaborada celosía de motivos geométricos — estrellas, octógonos y otras hermosas figuras que no reconocí— miré hacia abajo, donde aún seguía la reunión.

Reconocí enseguida a la mayoría de los asistentes como jefes tribales que habían venido a casa de mi padre en varias ocasiones a suplicarle que dejara de predicar y abandonara la

nueva religión que tanto perjuicio estaba causando al comercio. El corazón me dio un vuelco cuando distinguí a Abu Jahl, vestido con finos ropajes de seda azul y un chaleco de terciopelo negro cubriendo su fornido torso. ¡Por supuesto que estaba presente, cómo iba ser de otro modo, cuando era precisamente su decisión de llevar la persecución de los musulmanes al extremo del asesinato lo que había desencadenado aquella reunión de emergencia!

Y entonces vi algo que me

sorprendió: había una mujer en medio de todos aquellos hombres ataviados con turbantes de vivos colores y dagas ceremoniales atadas a sus cintos de cuero.

Hind ben Utba, esposa de Abu Sufian e hija de uno de los cabecillas más poderosos de los quraish. Ya la había visto antes en el mercado mientras curioseaba en los puestos de joyas y telas con mirada experta: a diferencia del resto de mujeres de La Meca, ella no regateaba. Sabía inmediatamente lo que valía un artículo en concreto, jamás se lo

preguntaba al vendedor y se limitaba a fijar el precio sin que hubiera discusión posible. Los comerciantes solían hacerle un descuento especial en un intento de entablar algo así como un regateo a la inversa con el que se proponían que la ganancia en términos de protección política y favor a los ojos de Hind fuera superior a la pérdida económica de la venta.

Tenía unos andares altivos y pausados que derrochaban elegancia y, al mismo tiempo, resultaban también aterradores, como los de una

leona en movimiento. Era la mujer más alta que hubiera visto jamás y a su lado muchos de los hombres presentes en la reunión parecían bajitos. La melena ondulada de mechones hábilmente teñidos de henna que le caía por la espalda le llegaba más abajo de la cintura. Su tez morena tenía un tono aceitunado y resplandecía igual que un espejo bruñido. Y, aun así, eran sus ojos los que siempre acaparaban mi atención: los tenía verdes con vetas color ámbar, como los de un gato, y su mirada era de una intensidad

implacable y rezumaba orgullo y desdén además de un claro indicio de peligro. Fueran cuales fuesen los demonios que se ocultaban tras aquella mirada cruel, lo más prudente era no perturbarlos.

—Los seguidores de Mahoma se han convertido en un grave problema para las gentes de La Meca — proclamó Abu Sufian con voz atronadora rebotante de autoridad—, ha llegado el momento de pasar a la acción.

Abu Jahl avanzó un paso con movimientos gráciles.

—Hoy se ha derramado su sangre por primera vez, y habrá de verterse más si queremos poner fin a esta situación.

Se produjo un murmullo de aprobación entre la multitud allí congregada y vi que Hind sonreía. Entonces me di cuenta de que teníamos un amigo entre todos aquellos nobles.

Abbas, tío del Enviado, se puso en pie: pese a no haberse convertido, siempre se había mostrado amable con los musulmanes y contábamos con él para que fuera la voz de la



razón en la asamblea de señores tribales, un papel que resultaba evidente que habría de representar en solitario esa noche.

—Es tiempo de paciencia, no de acciones atropelladas —declaró Abbas con voz aterciopelada en un intento de aplacar las llamas que habían provocado las palabras de Abu Jahl, pero sus simpatías eran un secreto a voces y este último se volvió hacia él para clavarle una mirada gélida.

—¿Es la paciencia o más bien la cobardía la que apacigua tu mano?

El orgullo de Abbas como representante de su clan, los Bani Hashim se resintió claramente al oír aquello y, dirigiéndose a donde estaba Abu Jahl, se quedó de pie frente a él tan cerca que las barbas de ambos hombres prácticamente se tocaban.

—¿Tú osas llamarme cobarde? Dime, ¿cuánto valor hace falta para matar a una anciana atada a un árbol?

La atractiva sonrisa de Abu Jahl se transformó inmediatamente en una mueca brutal, se hizo el silencio y durante un instante creí que iba a

desenvainar el puñal y clavárselo a Abbas en el pecho en respuesta a aquel ataque frontal a su honor.

Pero entonces Hind se interpuso entre los dos y, apoyando una mano de finos dedos sobre el pecho de cada uno de los adversarios, los separó con un gesto lleno de elegancia.

—¡Basta! Guardaos vuestra ira para el enemigo común, Mahoma.

Amr ben al As, el enviado mecano que pese a su verbo fácil no había conseguido la repatriación de los musulmanes refugiados en

Abisinia, alzó una mano con gesto cortés y vi que llevaba varios anillos de plata con piedras preciosas: granates, cornalinas y ambares.

—Por desgracia, poco puede hacerse contra Mahoma porque cuenta con la protección del clan de los Hashim —dijo mientras todas las miradas se centraban en otro miembro de la tribu del Enviado, su tío Abu Lahab, un hombre gordo que sudaba constantemente y que siempre me había recordado a una babosa, aunque con una personalidad incluso menos atractiva.

Abu Lahab soltó una risotada desdeñosa al pensar en su díscolo sobrino pues, a diferencia de sus hermanastros —Abu Talib y Abbas—, Abu Lahab despreciaba a Mahoma, Dios lo bendiga y le conceda paz, y no era ningún secreto que, a su juicio, el Enviado simplemente había creado una nueva fe para monopolizar el lucrativo negocio resultante de la Peregrinación.

—Nuestro clan no le servirá de refugio eternamente —dijo Abu Lahab—, mi hermano Abu Talib ya

está viejo y yo le sucederé al frente de los Bani Hashim y revocaré la protección que se le ha brindado hasta hoy.

Abbas clavó en su hermanastro una mirada de profundo desprecio a la que Abu Lahab respondió con estudiada indiferencia.

Abu Jahl negó con la cabeza:

—No podemos esperar tanto —  
interrumpió bruscamente—, las tribus no tolerarán por mucho más tiempo los disturbios durante la Peregrinación y se llevarán sus peregrinos y su oro a Taif, al templo

de la diosa Alat.

Abu Jahl había escogido bien sus palabras: Taif era un próspero centro comercial situado al sureste de La Meca en la ruta de las caravanas del Yemen y sus moradores, envidiosos de la preeminencia de La Meca, habían construido un santuario en honor a la «hija de Alá» para rivalizar con la Caaba e incluso —o esa era al menos su esperanza— acabar por eclipsarla. Si las enseñanzas de Mahoma en contra de los dioses convertían la Peregrinación anual en fuente de

problemas y contratiempos para las tribus del desierto, parecía lógico anticipar que muchas de ellas acabarían optando por adorar a la diosa y se perdería el comercio que generaba su visita anual a La Meca.

Viendo que sus palabras hacían mella en el ánimo de los otros señores tribales, Abu Jahl sonrió.

—Tenemos que actuar con contundencia ya —insistió en tono vehemente—, Mahoma debe morir.

Aquello desencadenó un tumulto al provocar la encendida reacción de varios miembros de la Asamblea que



comenzaron a dar su opinión sobre una propuesta tan controvertida a gritos y todos al mismo tiempo. Vi que Hind sonreía con los ojos brillantes y permanecía inmóvil en el centro de la sala, como si de una encarnación del ojo del huracán se tratara, mientras continuaba el acalorado debate. Había en su actitud algo pavoroso y fascinante a la vez que hizo que se me erizara el vello de la nuca.

Por fin Abu Sufian alzó ambas manos y habló a voces tratando de imponer su autoridad en medio del

caos:

—¡No! —sentenció con firmeza—. Si atacamos a Mahoma, su clan se verá obligado a vengar su muerte y se desencadenará un baño de sangre que asolará La Meca —argumentó mirando a Abbas, que hizo un frío gesto afirmativo con la cabeza.

Abu Lahab se miró los pies pues sabía que, por más que deseara que no fuera así, lo que decía Abu Sufian era cierto: sus primos del clan de los Bani Hashim matarían a cualquiera que atacase a Mahoma.

La voz tranquila de Abu Sufian sirvió para calmar los ánimos, algo que claramente molestó a Abu Jahl, pero el peso de aquellas palabras había conseguido modificar el peligroso rumbo que tomaba la discusión. Abu Sufian —tal vez más que ningún otro— se daba perfecta cuenta de la amenaza que suponía Mahoma, pero también sabía que matarlo sólo serviría para echar más leña al fuego y, satisfecho consigo mismo por haber conseguido arrancar de cuajo la provocadora propuesta de Abu Jahl antes de que

ésta arraigara como la cizaña que ahogaría los frutos de la sabiduría que mantenían la paz en el jardín de La Meca, dio un paso atrás.

Entonces Hind se levantó de su mullido asiento forrado de terciopelo y tomó la palabra. Y, de pronto, todo cambió.

—¿POR qué temes tanto derramar unas gotas de sangre, esposo mío?— preguntó Hind con voz ronca y seductora—. Sólo la nación dispuesta a pagar el precio de cada cosa conseguirá vencer.

Todas las miradas estaban puestas en ella, que avanzó hacia su marido. Abu Sufian reparó en cómo la muchedumbre aterrada devoraba con los ojos cada movimiento de su bella esposa y su rostro se tiñó de

rojo ante aquel flagrante desafío a su autoridad.

—El comerciante astuto siempre sopesa las decisiones con frialdad —respondió Abu Sufian con la voz teñida de irritación— y no permite que las emociones de una mujer le nublen el juicio.

Hind miró a su esposo a los ojos y vi escrita en su rostro una amenaza mientras levantaba hacia atrás la mano derecha, como preparándose para abofetearlo; fue entonces cuando reparé en la pulsera de oro que decoraba la piel aceitunada de su

antebrazo: parecía un diseño egipcio, dos serpientes entrelazadas cuyas cabezas se encontraban en la parte interior de la muñeca donde relucía, entre las temibles fauces de ambas, un rubí. Era una joya hermosa y aterradora, igual que Hind.

Pero si tenía intención de abofetear a su marido en público a causa de aquel comentario denigrante, Hind se lo pensó mejor y se limitó a darle la espalda con aire desdeñoso.

Al percibir la fascinación que aquella seductora voz femenina

ejercía sobre los hombres y las miradas desesperadas de deseo con que éstos seguían los movimientos de la mujer, Abbas se dirigió hacia el centro de la sala para recuperar la atención de los presentes.

—Abu Sufian lleva razón —dijo en voz alta—, matar a Mahoma sería un precio demasiado alto: aunque se llegara a un acuerdo para saldar la deuda de sangre, sus seguidores lo proclamarían mártir y eso lo convertiría en un fantasma, que al final resulta el peor de los adversarios, porque es imposible



quitarle la vida.

Abu Sufian asintió con la cabeza aunque no era capaz de disimular por completo la irritación que le provocaba el que la táctica de su esposa hubiera brindado a uno de sus adversarios la oportunidad de hablar de nuevo, pero no alcanzó a pronunciar una sola palabra en favor de lo que decía Abbas porque inmediatamente Abu Jahl comenzó a aplaudir con gran estruendo a ritmo cadencioso y burlón:

—Dignas palabras de un tío que sale en defensa de su sobrino —se

mofó—, creo que puedo decir sin temor a equivocarme que tu lealtad está con los de tu clan y no con las gentes de La Meca, pero son las gentes de La Meca las que sufren las consecuencias de las mentiras de ese hechicero: nuestra ciudad clama por un héroe, un hombre capaz de estar a la altura y hacer lo necesario sin temor a las consecuencias.

Aquella oda plagada de evocadoras imágenes y perfectamente calculada surtió el efecto deseado entre los árabes, gentes que se enorgullecían de sus

relatos épicos cantando las alabanzas de héroes dispuestos a arriesgar la vida por el honor de la tribu. Abu Sufian contempló lleno de frustración como el fuego del espíritu caballeresco que había conseguido ahogar hacía unos momentos volvía a arder con fuerza. Hind también percibió el cambio en el ambiente y levantó las manos por encima de la cabeza adoptando una postura cautivadora que recordaba a la de la estatuilla de Astarté, la diosa fenicia de la fertilidad, que dominaba la plaza del Santuario.

—¿Hay entre vosotros un hombre de verdad, un hombre que no tema al peligro, un hombre capaz, de defender La Meca y la religión de nuestros ancestros aunque signifique perder la vida, un hombre que prefiera el honroso sueño eterno a la comodidad vergonzante del lecho de un cobarde? ¿Acaso no hay ni un solo hombre así entre vosotros?

Sus palabras encerraban una promesa y también una amenaza; hasta yo, que no era más que una niña, entendí perfectamente la intención soterrada de las mismas:

¿quién de entre los presentes es lo bastante hombre como para complacerme, como para entregarme cuanto alberga en su interior, aunque con ello se pierda para siempre, consumido por el fuego de mi corazón?

Vi como los señores de La Meca se miraban los unos a los otros llenos de estupor e incertidumbre. La pasión de Hind era demasiado intensa, incluso para ellos. Y entonces uno se puso en pie, uno de los pocos que superaba en altura a la altanera Hind: Umar. La sombría

intensidad que le teñía las facciones era similar a la que se había dibujado en su rostro ese mismo día cuando Talha lo había humillado.

—Yo lo haré, yo te traeré la cabeza de ese embustero que ha osado profanar la Sagrada Caaba.

Hubo gritos ahogados de sorpresa, o tal vez de alivio al oír que Umar había aceptado el reto de Hind, lo que en definitiva equivalía a aceptar su propia sentencia de muerte. Nadie dudaba que Umar poseyera la valentía, brutalidad y fuerza física necesarias para

desempeñar el papel de asesino, pero ni siquiera él podría defenderse de las represalias de los Hashim.

Hind sonrió y percibí que intercambiaba con Umar una mirada que no comprendí. Ahora bien, fuera lo que fuera, no lo vi yo sola porque Abu Sufian también se dio cuenta y apartó la mirada con el rostro encendido por la ira... o la humillación.

Al caer en la cuenta de que la declaración de Umar suponía la muerte casi segura de su sobrino, Abbas trató de hacerlo entrar en

razón:

—Piensa bien lo que estás diciendo, Umar...

El gigante respondió desenvainando la espada al tiempo que exclamaba:

—¡No, basta! —Se volvió hacia Abbas y Abu Lahab, los dos representantes del clan del Enviado en la asamblea, y añadió—: Sabed, ¡oh, hijos de Hashim!, que no temo vuestra venganza. Mataré a ese renegado, y, si alguno de vosotros tiene el coraje de pedirme cuentas por ello, sea: encontraréis en mí un



digno rival para vuestro acero.

Abbas detectó la locura reflejada en los ojos de Umar y bajó la mirada inmediatamente antes de que aquel imponente coloso perdiera el control de sus actos y le aplastara el cráneo con la espada, y vi que los labios de su hermanastro Abu Lahab esbozaban una mueca divertida: si Umar conseguía librar a La Meca de su díscolo sobrino, Abu Lahab aconsejaría a los hombres de su clan que aceptasen no vengar su muerte a cambio de que Umar saldara con oro la deuda de sangre contraída con la

familia de Mahoma, así se evitaría un derramamiento de sangre que de otro modo acabaría por destruir La Meca. Desaparecido el Profeta y con el clan dividido respecto a cómo responder al asesinato perpetrado por Umar, Abu Lahab se encontraría en la posición ideal para arrebatarse el poder a su anciano hermanastro Abu Talib.

Vi a Hind avanzar hacia Umar con movimientos sinuosos y sensuales como los de la seda acariciada por el viento y le posó una mano en la mejilla

afectuosamente.

—Siempre he sabido que eras el mejor de entre todos los hombres quraish —fueron las palabras dulces como néctar que salieron de sus labios.

Abu Sufian se dio la vuelta, incapaz de soportar la humillación de que su esposa coqueteara abiertamente con el hijo de Al Jattab. Al cabo de los años, yo acabaría por enterarme de que el secreto peor guardado de toda La Meca era que Umar y Hind eran amantes, pero hasta entonces habían sido discretos

en público.

Umar adoptó una expresión extraña cuando miró a Hind: la dureza de sus facciones desapareció y, por un momento, fue como si se convirtiera en un niño deseoso de complacer a su madre o, para ser más exactos, tal vez se asemejara más al alma de un condenado suplicando clemencia al juez.

—Mañana mismo acabaré con esa lacra —prometió con una voz que, de atronadora, había pasado a murmullo en un instante—. Mahoma morirá y los dioses serán vengados.

Luego se apartó de Hind y salió de la sala, preparándose ya para dar y recibir la muerte. Con el paso de los años llegaría a saber qué idea ocupaba su mente en aquel momento: que quizá cuando él muriese víctima de los golpes implacables de los Hashim la muerte de la niña que había enterrado viva estaría vengada.

A la mañana siguiente, Umar se dispuso a cumplir con su misión. Al doblar la esquina apareció ante sus ojos la casa del Enviado y se quedó inmóvil un instante, contemplando el edificio con la curiosidad perversa de un hombre que se asoma a su propia tumba. Umar odiaba a Mahoma apasionadamente y se alegraba de ser quien lo eliminara de la faz de la tierra y la ciudad santa. No era que Umar tuviera en

gran estima el culto a los dioses de sus antepasados, pues poseía la inteligencia suficiente para intuir que los rituales del Santuario no eran más que un espectáculo barato para las masas de crédulos y desesperados, los dos tipos de ser humano predominantes en Arabia y tal vez en el mundo entero. A Umar no le importaban lo más mínimo las toscas estatuillas de los ídolos ni los iconos que plagaban el Haram igual que prostitutas en torno a un campamento de soldados.

Ahora bien, desde que era niño

había sentido algo especial cuando estaba cerca del Templo, la Caaba. No tenía dotes para la poesía y le costaba encontrar palabras para expresar las emociones que le inspiraba la Casa de Dios, incluso podía ser que resultara imposible para cualquier hombre cuando se encontraba cara a cara con lo Divino.

Cuando aún era un muchacho, él y sus amigos se entretenían pasando las noches en viejas cuevas o chozas abandonadas donde se decía que moraban los genios o yin, pero nunca había experimentado ninguna



presencia sobrenatural en ninguno de esos lugares; en cambio, el corazón le daba un vuelco siempre que se acercaba al inmenso cubo de granito que dominaba La Meca, cada vez que entraba en el recinto del Santuario tenía la sensación de que lo observaban desde todas partes. Umar era famoso por no temerle a nada, una reputación que él mismo había fomentado y cuidado en extremo y, ciertamente, no había nada en este mundo que lo amedrentara, ni la espada del enemigo ni las fauces de los leones; sabía enfrentarse a

adversarios de carne y hueso, adversarios con debilidades a los que se pudiera herir o matar por medio del ingenio y la fuerza.

Pero cuando se acercaba a la Caaba sentía temor: fuera cual fuese el espíritu que habitaba aquel lugar, era invencible y no se le podía dar muerte, y eso sí que lo aterrorizaba de verdad. La noche después de matar a su hija, Umar había ido a la Caaba con la esperanza de acallar sus remordimientos y el horror que le oprimía el corazón, pero cuando penetró en el recinto del Santuario y

estuvo de pie ante la puerta de herrajes dorados de la Casa se le doblaron las rodillas y sintió la fuerza opresiva de algo que lo envolvía y atenazaba.

Aunque estaba solo en el patio, oía sin cesar unos murmullos terribles a su alrededor. Cuando se levantó el viento, habría jurado que podía distinguirse una risa fría y cruel en el eco del mismo. El mundo comenzó a desvanecerse en torno suyo, a volverse borroso y tuvo la sensación de estar cayendo. Convencido de que había llegado su

hora, de que el Poder que moraba en la Caaba había venido a reclamar su alma, alzó la voz a Alá suplicándole que tuviera compasión y le concediera una oportunidad de expiar sus pecados sirviendo como protector de la Santa Casa.

Y entonces cesó el delirio y todo quedó en silencio, pero él sintió que, fuera cual fuese la Presencia que habitaba aquellas piedras vetustas, ésta había escuchado su juramento y le exigía que lo cumpliera. Desde ese día, eso era precisamente lo que había hecho Umar, que, habiéndose

autoproclamado guardián de la Caaba, vigilaba celosamente las idas y venidas de los peregrinos: si un borracho o un mendigo profanaban el recinto, se apresuraba a echarlos fuera; en una ocasión le había dado una paliza a un raterillo que le había robado la bolsa a un peregrino de Taif mientras éste daba las obligatorias vueltas en torno al Santuario, y cuando el agradecido comerciante le ofreció una recompensa en forma de monedas de plata, Umar la rechazó aduciendo — lleno de orgullo— que estaba allí

para servir en el Santuario y, por lo tanto, no podía aceptar pago alguno.

Con la imponente presencia de Umar, la Peregrinación se había convertido en una experiencia menos arriesgada, el número de Peregrinos había ido aumentando de un año a otro, y él había cumplido su juramento al Espíritu cuya presencia todavía notaba, observándolo a diario.

Sin embargo, ahora Mahoma y sus herejes habían decidido aprovechar la Peregrinación como una ocasión de predicar y propagar

su nueva fe, y la paz del Santuario volvía a peligrar. Incidentes como el de la víspera, en que los esclavos respondían con arrogancia a personas de rango superior, amenazaban con destrozar el orden social establecido en La Meca, envenenar el ambiente y perjudicar tanto a los rituales como al comercio. Umar se daba cuenta de que el Espíritu de la Caaba lo estaba poniendo a prueba y se prometió que no lo defraudaría: si matar al hechicero Mahoma devolvía la tranquilidad al Santuario, entonces

Umar estaba dispuesto a cumplir su juramento, aun si con ello debía arriesgar la vida.

Con esos pensamientos librando batalla en su cabeza, Umar se encaminó por el sendero empedrado que llevaba hasta la casa del Profeta y, cuando ya estaba cerca de las puertas, acercó la mano a la empuñadura de su espada pues seguramente no tendría más que una única oportunidad de desenvainar y asestar el golpe mortal antes de que se abalanzaran sobre él los hijos de Hashim. Aun con todo, Umar no tenía



miedo pues no dudaba de que el Espíritu de la Caaba, que era más poderoso que aquel embaucador, estuviera de su lado. En el momento en que se detenía ante el gran portalón de hierro forjado por el que lo más probable era que no saliese vivo, musitó una última oración para sus adentros:

—¡Oh, Alá, dame fuerzas para hacer lo correcto! ¡Sea Tu Casa santificada por siempre! —y dicho eso, alargó la mano hacia el pestillo de la puerta.

Y entonces, de repente, una

sombra se cernió sobre él.

Umar se dio la vuelta de inmediato y se llevó la mano a la empuñadura de la espada de forma instintiva; fue entonces cuando vio que se trataba de un miembro de su propio clan, un individuo llamado Nuaim, menudo y siempre de buen humor, y que no suponía la menor amenaza.

Nuaim sonrió, le tomó la mano, y luego observó con cautela el rostro de su hermano de clan.

—¡Umar!, ¿estás bien?, pareces muy agitado.

Umar miró al hombrecillo con irritación: no estaba dispuesto a dejar que aquel necio diminuto lo distrajera de su misión.

—Es sólo que me consume el fuego de la justicia.

Nuaim arqueó sus pobladas cejas con gesto de sorpresa.

—¿De qué estás hablando?

No había peligro alguno en decírselo: era miembro de su clan y podía confiar en él y, si Umar no salía vivo de la casa, Nuaim cantaría las alabanzas de su heroísmo ante los

otros hijos de Bani Adi.

—He jurado que hoy mataría a ese hereje, Mahoma, para terminar así con la sedición en nuestra ciudad.

Nuaim se quedó con la boca abierta.

—¿Has perdido la cabeza? ¡Los hombres de Bani Hashim te matarán luego a ti si lo haces!

Umar encogió los hombros, que subieron y bajaron como dos inmensas montañas sacudidas por un terremoto.

—Si ése es mi destino, sea.

Nuaim posó la mano en el brazo de su compañero de clan con gesto amistoso, como si quisiera llevárselo lejos para apartarlo de su propia locura.

—Ven, vamos a mi casa —le respondió en tono jovial—, hace un calor tan asfixiante que no se puede ni pensar con claridad, lo podemos hablar mientras bebemos algo frío a la sombra.

Umar apartó la mano de Nuaim estrujándole los dedos a modo de advertencia:

—¡Apártate de mi camino, viejo

amigo!

—Umar, tienes que entrar en razón...

Umar agarró al hombrecillo por el cuello de la túnica y lo sostuvo en alto hasta que los ojos de ambos estuvieron a la misma altura.

—¡No! He jurado que enmendaría la situación hoy mismo y no permitiré que nadie me detenga.

Y entonces dejó caer a su compañero de clan, se volvió en dirección a la casa y, tras desenvainar la espada, empujó la

puerta hasta abrirla.

—¡Si lo que quieres es enmendar la situación, deberías prestar más atención a lo que ocurre en tu propia casa!

Umar se quedó paralizado y, poco a poco, igual que una inmensa roca obstinada que acaba por ceder ante el empuje de una avalancha, se volvió para mirar de frente a Nuaim. Cuando Umar habló de nuevo, lo hizo en voz baja pero había en ella un deje que resultaba más aterrador que el bramido de un millar de elefantes furiosos:

—¿A qué te refieres?

Nuaim parecía muy asustado, pero consiguió sostenerle la mirada a Umar, aunque no las tenía todas consigo y de vez en cuando miraba fugazmente la espada —ahora desenvainada— que resplandecía en la mano del asesino:

—Tu hermana Fátima es una de ellos.

Umar abrió los ojos como platos: de todas las cosas que Nuaim podría haber dicho, ésa no se la esperaba en absoluto.

—¡Mientes! —respondió alzando



la espada, dispuesto a atacar.

—¡Te digo que ha aceptado las enseñanzas de Mahoma y ahora es seguidora suya! ¡Pregúntaselo tú mismo!

El rostro de Umar se tiñó de un rojo intenso; dio un paso al frente y, por un momento, Nuaim creyó que la espada no tardaría en rebanarle la cabeza. El gigante se inclinó hacia él hasta que su rostro estuvo tan cerca del suyo que podía distinguir las venillas rojas en sus ojos oscuros:

—Si estás propagando falsos rumores y calumnias sobre mi

familia, tu sangre se mezclará con la de Mahoma en el filo de mi espada.

Al minuto siguiente y sin mediar palabra, Umar se dio la vuelta y comenzó a alejarse por el sendero a grandes zancadas en dirección a la casa de su hermana.

Nuaim cayó de rodillas al suelo y se sujetó la cabeza entre las manos, agradecido de seguir con vida. En ese momento, yo salí del callejón cercano donde me había estado ocultando entre las sombras para observar sin ser vista la llegada de Umar, caminé hasta Nuaim y al

acercarme vi que estaba temblando. Como no se me ocurría ninguna otra cosa que pudiera hacer, le puse una mano en el hombro para consolarlo.

El se sobresaltó pues no había descartado del todo la posibilidad de que Umar volviera para deshacerse de él definitivamente, así que, cuando vio que sólo se trataba de mí, respiró hondo tratando de calmarse. Luego tomó mi mano entre las suyas y noté que tenía las palmas sudadas.

—Gracias por advertirme, pequeña.

Yo no era más que una niña pero

comprendía lo que había hecho Nuaim, que se le habían agotado las opciones y ya no sabía qué decir pero, aun así, seguía muy disgustada por que hubiera traicionado a la hermana de Umar, Fátima, que se había convertido en secreto hacía un año y siempre había sido muy amable conmigo y toda mi familia.

—Pero... la hermana de Umar...  
—balbucí.

Nuaim negó con la cabeza y vi la vergüenza escrita en su rostro demacrado.

—No tenía alternativa —se

justificó con la voz teñida de remordimiento para luego clavar la mirada en el sendero por el que se había marchado Umar con la espada todavía desenvainada—. ¡Que Dios la proteja de la ira de Umar!

FÁTIMA ben al Jattab estaba sentada en la pequeña sala de estar de su cabaña de piedra en el barrio sur de La Meca. Se había cubierto los cabellos castaños claros con un pañuelo color añil que le había regalado su hermano Umar cuando se casó. Su marido, Said, estaba arrodillado a su lado con la cabeza inclinada en actitud reverente mientras ella leía un texto escrito en un trozo de cuero que había recibido

de Alí esa misma mañana: un fragmento del Sagrado Corán que le había sido revelado al Enviado la noche anterior. Fátima balanceaba el cuerpo adelante y atrás igual que una vela crepitando al viento mientras la Palabra de Dios brotaba de sus labios en forma de majestuosa poesía:

*En el nombre de Dios, el  
Clemente, el Misericordioso.*

*Ta Ha.*

*No te hemos hecho descender el  
Corán para que padezcas, sino*

*como recuerdo para quien es temeroso.*

*Lo ha hecho descender Quien creó la tierra y los altísimos cielos, el Clemente que está instalado en el trono; a Él pertenece lo que está en los cielos, lo que está en la tierra, lo que está entre ambos y lo que está bajo el polvo.*

*Y si elevas la voz al hablar, lo haces inútilmente:*

*El conoce el secreto, aun el mejor guardado.*

*Dios —no hay otro dios sino Él*



— *posee los nombres más hermosos.*

Mientras recitaba aquellas palabras con su dulce voz, se dio cuenta de que Said se enjugaba las lágrimas de los ojos y comprendió su emoción aunque, en su caso, siempre había tratado de ocultar sus sentimientos celosamente, un rasgo de su carácter adquirido bajo la férrea disciplina de su padre, Al Jattab, quien no permitía el menor signo de debilidad en sus hijos, fueran hombres o mujeres.

Said era muy diferente de su

fogoso hermano, Umar: su marido poseía un alma sensible y se sentía más cómodo jugando con los chiquillos y pastoreando las ovejas que participando en las tareas crueles de la guerra o la caza. A otras mujeres tal vez les hubiera parecido débil, pero Fátima adoraba la delicadeza de su corazón; para una muchacha que se había criado en un hogar donde había más demostraciones de ira que de amor, la amabilidad y dulzura de Said eran como la brisa suave que acompaña a la calma después de la tormenta.

Said rozó levemente el pergamino de cuero que ella sostenía en las manos, acariciándolo como a una amante. Como la mayoría de los hombres que Fátima conocía, su esposo no sabía leer ni escribir y la necesitaba para que pronunciara los sonidos que dictaban aquellas extrañas líneas y aquellos trazos que a él nunca le habían enseñado a descifrar. Fátima le reprochaba a su padre con gran amargura la dureza con que la había criado, pero tenía que reconocer —aunque fuera de mala gana— que le estaba

agradecida por haberlos obligado a su hermano y a ella a aprender a leer y escribir. Durante mucho tiempo, a Said lo había avergonzado profundamente que su mujer hubiera recibido mejor educación que él, pero le consoló enterarse de que el Enviado de Dios mismo también era analfabeto y dependía de su esposa Jadiya para que le leyera y escribiera la correspondencia.

—¿Qué significan esas palabras del principio? —preguntó—. *Ta Ha*. Es la primera vez que las oigo.

—No lo sé —le respondió ella

encogiéndose ligeramente de hombros—, se lo pregunté a Alí y me contestó que eran letras santas llenas de misterio, que sólo Dios sabía lo que significaban.

Said asintió con la cabeza: era un hombre sencillo y no le costaba trabajo aceptar que había cosas que excedían su capacidad de comprensión; el mero hecho de que Dios estuviera hablándole en ese momento, en su propia ciudad, por boca de Mahoma, ya le parecía en sí más de lo que su mente podía abarcar y no tenía el menor deseo de

complicarse con misterios aún mayores.

—Léelo otra vez —le pidió a su esposa, que asintió de inmediato.

Fátima comenzó a recitar de nuevo dejando que el ritmo de las palabras fluyera a través de ella. Era al leer el Sagrado Corán en voz alta cuando el creyente se encontraba más próximo a Dios. Las Palabras mismas que el Señor de las Palabras había pronunciado resonaban por todo su cuerpo y daban alas a su alma.

Pero, en el momento en que leía

«Él conoce el secreto», la paz de su hogar se rompió en mil pedazos y el corazón le dio un vuelco.

—¡Fátima! ¡Fátima! ¡Sal aquí fuera! —Era la voz atronadora de Umar al otro lado de la puerta.

El pánico se apoderó de ella: ¿habría oído su hermano la recitación? Bajó la mirada hacia Said y vio que no quedaba ni rastro del habitual color sonrosado de las mejillas de su esposo, en cuya mente había anidado el mismo miedo.

Y entonces, sin necesidad de saber nada más, Fátima se dio cuenta

de que se acercaba su fin.

—Lo sabe —fue lo único que alcanzó a decir ya que el miedo le atenazaba la garganta.

Umar comenzó a aporrear la puerta y ella tuvo la certeza de que no tendría tiempo de ocultar el trozo de pergamino con los versos sagrados en el escondite habitual, un joyero de plata que guardaba en la última estantería de la alacena.

A pesar de que le desagradaba la idea de no tratar las palabras de Dios con el debido respeto, no le quedaba más remedio que esconder el



pergamino en los pliegues de su túnica de lana oscura, cerca de su pecho. Tomó la mano de Said, se la estrechó y luego respiró hondo y abrió la puerta.

Umar irrumpió en el interior sin ni tan siquiera saludar: estaba lívido. Fátima reparó en que llevaba la espada en la mano y se le hizo un nudo en el estómago. Su hermano cerró la puerta con violencia tras de sí y se le acercó peligrosamente sin dejar en ningún momento de empuñar el arma con mano firme.

—¿Qué son esas sandeces que te

oía recitar desde fuera? —le preguntó con un voz atronadora y amenazante que Fátima reconoció de inmediato: eran los temblores que preceden al terremoto.

—Sólo estábamos hablando —le respondió soltando una breve carcajada que sonó falsa incluso a sus propios oídos.

Umar la agarró del brazo con una fuerza implacable.

—¡Ni se te ocurra mentirme!

Said avanzó un paso: estaba tan aterrorizado como su mujer, pero también sabía perfectamente que su

cuñado estaba violando todas las normas árabes de cortesía y confiaba en que tal vez conseguiría apaciguar a la bestia si llamaba su atención sobre ese punto.

—¿Quién eres tú para venir a mi casa y acusarnos de este modo de ser unos embusteros? —lo recriminó con toda la bravuconería de la que fue capaz.

Umar lo miró con ojos incrédulos, como si aquélla fuera la primera ocasión en toda su vida en que reparaba en su mera presencia, y después alzó la espada con gesto

amenazador y el sol de la mañana que se colaba por las ventanas hizo resplandecer la afilada hoja.

—¡Soy el guardián de la Caaba y he jurado matar a quienquiera que siga a Mahoma!

Años después, Said contaría que no tenía ni idea de dónde había sacado en ese momento el coraje para enfrentarse a Umar, pero ver el terror en los ojos de la mujer que amaba y cuya fuerza él siempre había admirado hizo que le hirviera la sangre y, armándose de valor, agarró la mano de su cuñado y apartó la

espada al tiempo que decía:

—¿Te has vuelto loco?! ¡Sal de mi casa ahora mismo!

Al ver la reacción desafiante de Said, Umar se quedó desconcertado, como suele ocurrirles siempre a los hombres cuando aquellos a quienes consideran inofensivos sacan por fin las uñas.

—¡Dime la verdad! —ordenó el matón.

Fátima casi podía oír la desesperada súplica oculta en la voz de su hermano; como su esposo no respondía, Umar lo agarró por el

cuello de la túnica y lo lanzó violentamente al otro lado de la habitación. Said cayó sobre una mesa de madera de olivo, que quedó hecha astillas por la fuerza del impacto, y permaneció tendido en medio de los restos, completamente inmóvil.

—¡No! —se oyó gritar Fátima a sí misma, pero le pareció un sonido misteriosamente distante, igual que el eco que podía oírse en los cañones de los parajes desolados de Nachd, al este de la ciudad.

Olvidándose por completo de que su hermano empuñaba una

espada con la que podía cortarle la cabeza en cualquier momento si la locura del fanatismo se apoderaba de él, se abalanzó sobre Umar y comenzó a abofetearlo, furiosa.

Él la empujó y Fátima tuvo la sensación de que la había envuelto un torbellino de arena para lanzarla por los aires con violencia, pero su vuelo no duró mucho, pues lo interrumpió un frío e implacable muro de piedra y se golpeó la cabeza contra la pared encalada para luego caer de rodillas. Sintió que un latigazo de dolor le atravesaba el cráneo.

Se le nubló la vista y notó que un torrente de agua cálida le corría por la cara; luego se dio cuenta de que no era agua sino sangre: se llevó la mano a la frente y vio que tenía la palma manchada de rojo.

Umar la estaba observando mientras respiraba trabajosamente, como si acabara de escalar una montaña muy alta, y tenía la mirada fija en la sangre que brotaba mansa del corte que tenía su hermana justo encima de la ceja derecha.

Fátima lo vio alzar la espada en alto y, al darse cuenta de que el



demonio que se había apoderado de él no tardaría en matarla, se llevó la mano al pecho para sentir el consuelo que le proporcionaba aquel pedazo de pergamino en el que habían sido escritos unos versos del Sagrado Corán: si moría, por lo menos iría a encontrarse con su Creador con Sus Palabras engastadas en el corazón.

—¿Quieres oír la verdad? ¡Pues sí, es cierto, somos musulmanes y creemos en Dios y en su Enviado! ¡Adelante, márame, mata a tu hermana igual que hiciste con tu

propia hija!

No tenía la menor idea de qué era lo que la había poseído para decir semejante cosa, pero Umar trastabilló como si acabaran de atravesarle las entrañas con una lanza y soltó la espada, que chocó contra el suelo con un estruendo metálico al que siguió un eco atronador.

Umar cayó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos durante un instante eterno, luego por fin alzó la vista con el desconcierto escrito en la cara, igual que un

chiquillo que acaba de despertarse de una pesadilla.

—¿Con qué clase de hechizo te ha embrujado? —preguntó, y su hermana comprendió inmediatamente que se refería al Profeta.

Fátima consiguió ponerse en pie a duras penas, avanzó a trompicones hasta donde yacía Said, que estaba comenzando a recuperar el conocimiento, y lo ayudó a incorporarse lentamente. Tras comprobar que no tenía ningún hueso roto, por fin se volvió hacia su hermano:

—No es ningún hechizo, sino una Revelación —le respondió en voz baja al tiempo que iba a buscar un trapo para limpiarse la cara; la hemorragia había parado y la sangre estaba empezando a coagularse—. Dios mismo habla a través de Mahoma y sus palabras tienen poder para cambiar los corazones de los hombres.

Umar la miró durante un largo rato y cuando habló, su voz estaba teñida de un profundo cansancio:

—Muéstrame esas palabras y deja que juzgue por mí mismo.

Ella lo miró a los ojos y, al no ver ni rastro del demonio, introdujo la mano en su túnica para sacar el pedazo de pergamino.

Umar extendió la mano hacia el pellejo, pero su hermana negó con la cabeza y dijo:

—Sólo a los limpios se les permite tocar la Palabra de Dios.

Al darse cuenta de que Fátima hablaba en serio, su hermano se puso en pie y fue a buscar una jarra de agua a la cocina: primero le limpió la herida a ella y la ayudó a lavarse un resto de la sangre de la mejilla, y

luego siguió sus instrucciones mientras su hermana le enseñaba el *udu*, el santo ritual de las abluciones que los musulmanes realizaban antes de orar o leer el Sagrado Corán. Se lavó las manos, la cara y los pies, tal y como ella le indicó.

Por fin Fátima le entregó el pergamino sobre el que resaltaba la escritura de un verde intenso. Umar bajó la mirada hasta posarla en el texto y frunció el ceño mientras leía las misteriosas letras con las que comenzaba:

*Ta Ha...*

ESTÁBAMOS esperando en el interior de la casa del Enviado en silencio, como si una nube de temor sobrevolara nuestra pequeña comunidad de creyentes. Vi que mi padre se miraba las manos, incapaz de mirar a Nuaim, que estaba sentado justo enfrente de él sobre el frío suelo de mármol. Había sido Abu Bakr quien le había pedido a Nuaim que intercediera ante los hombres de su clan después de que yo regresara

la noche anterior, sin aliento tras la trepidante aventura que había vivido durante mi incursión en la Cámara de la Asamblea. Esperaba que mi padre se enfadara conmigo por haber cometido la insensatez de correr un riesgo tan grande, pero él se había limitado a escuchar mi relato con gesto grave y luego se había marchado a informar al Enviado de lo que tramaban contra él. Mi madre en cambio sí que se había puesto furiosa cuando se enteró de que había puesto mi vida en peligro y me estuvo dando azotes hasta que me



dolió la garganta de tanto llorar.

Como todavía tenía el trasero dolorido, me puse en cuclillas. Nunca había visto al Enviado tan silencioso: se quedó muy callado después de enterarse de que se había salvado su vida a cambio de poner en peligro la de la hermana de Umar, Fátima; miró por la ventana y se quedó contemplando una palmera que había justo al lado del muro de la casa de su esposa, como si el contemplar cómo se alzaba ésta desafiando al viento del desierto que sacudía la ciudad esa mañana le

diera esperanza. Tal vez fue mi imaginación pero me pareció que no había pestañado durante unos cuantos minutos: se diría que estaba sumido en un trance, pero uno distinto a los terribles ataques que sufría cuando recibía una Revelación pues, a juzgar por el movimiento acompasado de su fuerte torso al respirar, más bien daba la impresión de estar durmiendo con los ojos abiertos.

En casa del Profeta reinaba un silencio tan clamoroso que en realidad era en sí mismo un

inquietante sonido, y entonces se oyeron unos fuertes golpes rítmicos en el vestíbulo, similares al sonido de la trompeta del ángel que viniera a romper en mil pedazos la quietud de la muerte y llamar a los hombres a la Resurrección.

Alí, que estaba sentado a los pies del Enviado, se puso de pie y tras caminar con paso lento hasta la puerta principal comprobó quién era por la minúscula mirilla antes de volverse hacia el grupo de creyentes.

—Es Umar —nos informó con voz neutra—, y viene con la espada

en la mano.

Un murmullo de terror se extendió por toda la estancia; mi hermana Asma rompió a llorar de repente asumiendo que Fátima había corrido la peor de las suertes y Hamza, el tío del Enviado, se puso de pie también.

—Ábrele la puerta. Si sus intenciones son buenas le corresponderemos con bondades aún mayores, y si son malas lo mataremos con su propia espada.

Alí miró al Profeta que se puso de pie con aire digno para echar a

andar hacia la puerta y reparé una vez más en que sus andares eran distintos a los de cualquier otro hombre que yo hubiera conocido: el Enviado no era tan alto como Hamza pero caminaba a una velocidad y con una determinación tales que otros hombres de piernas más largas tenían que apretar el paso para no quedarse atrás; era como el viento mismo que gana la carrera una y otra vez a los hijos más veloces de Adán.

El Profeta se detuvo a unos cuantos pasos de la puerta en una posición en la que sus seguidores

quedábamos justo a sus espaldas, como si se propusiera protegernos él solo a todos con su cuerpo de la venganza de Umar. Hamza se colocó tras su hombro derecho y Alí estaba a su izquierda. El Enviado hizo un gesto afirmativo a su joven sobrino con la cabeza y éste abrió la puerta.

Todo el mundo contuvo la respiración y a mí me pareció oír el retumbar de nuestros corazones, como si latieran al unísono.

En ese momento entró Umar con la reluciente espada desenvainada en la mano y yo miré con curiosidad

morbosa el filo para ver si estaba manchado de sangre seca pero, si en verdad había matado a su hermana tal y como sospechábamos, debía de haber limpiado la espada antes de venir a cumplir su juramento.

Observé su rostro con fascinación: era un hombre completamente distinto al que había visto tan sólo unas horas antes, no quedaba rastro de ira en sus facciones y parecía desconcertado, incluso asustado de encontrarse en presencia del Enviado.

Durante un instante nadie se

movió, como si temiéramos que el más leve gesto pudiera desencadenar unos acontecimientos que lo cambiarían todo.

Y desde luego así fue.

El Profeta dio un paso al frente, agarró a Umar por el cinturón con remaches que llevaba puesto, luego de repente tiró de aquel gigante que les sacaba una cabeza hasta a los hombres más altos que había en la estancia como si fuera un chiquillo travieso, y lo arrastró hasta el centro de la habitación sin la menor ceremonia obligando al asesino a



permanecer allí de pie mientras lo rodeaba un nutrido grupo de creyentes que lo observaban con miedo en los ojos.

—¿Qué te trae hasta aquí, oh, hijo de Jattab? —le preguntó el Enviado sin apartar la mirada ni un instante del rostro de poblada barba de su adversario—. Ya veo que no desistirás hasta que Dios no te envíe alguna calamidad.

Umar dudó; reparé en que hacía ademán de mover el brazo con el que empuñaba la espada y que Hamza reaccionaba inmediatamente

agarrando su arco y apuntándolo al pecho con una de sus flechas.

En esto vi algo que hizo que el corazón me diera un vuelco.

Los ojos del gigante se llenaron de lágrimas que comenzaron a rodar por sus mejillas, como cuando el pozo de Ismael brotó repentinamente de las entrañas del desierto trayendo esperanza de vida donde antes sólo había muerte.

Umar dejó caer la espada a los pies del Enviado e inclinó la cabeza con humildad hasta que su barba quedó por debajo del torso del

Profeta, y luego pronunció las palabras que nadie en toda La Meca hubiera esperado escuchar de sus labios:

—¡Oh, Enviado de Dios, vengo ante ti para proclamar mi fe en Dios y en su Enviado y en el mensaje que Dios le ha confiado!

Se hizo el silencio en medio del desconcierto general: aquello tenía que ser un truco, algún ardid que Umar había ideado para confundirnos y hacer que bajáramos la guardia para poder así asestar por sorpresa el golpe mortal.

Pero los labios del Profeta esbozaron una cálida sonrisa, como cuando el sol se abre paso entre las nubes oscuras.

—*¡Alahu akbar!* —exclamó el Enviado con voz sonora que retumbó por todo el vestíbulo para luego extenderse por las polvorientas calles de la ciudad santa: ¡Dios es grande!

Y entonces Mahoma, que Dios lo bendiga y le conceda paz, abrazó a Umar como a un hermano al que no se ha visto en muchos años.

Todos nos miramos muy

sorprendidos, y en ese momento yo empecé a aplaudir mientras de mis labios brotaba un torrente de risas: era un sonido grave y contagioso y los demás no tardaron en unirse a mí. Luego por fin alzamos nuestras voces en exclamaciones de júbilo, maravillados por el poder de la fe y las insondables profundidades del alma humana.

Esa misma noche nos enteraríamos de cómo todo había cambiado para Umar en el instante en que leyó la Palabra de Dios: había sido como si alguien hubiera

introducido la mano en su pecho y le hubiese arrancado la serpiente letal que anidaba en su corazón. Al leer había comprendido que el Espíritu cuya presencia sentía en los alrededores de la Caaba, el Ser al que había jurado servir con su propia vida, tenía una Voz y le había hablado a través del Libro revelado a un analfabeto. Todo este tiempo, había estado luchando contra la fuerza a la que precisamente había entregado su alma.

Umar se había incorporado sin decir palabra a su hermana para

dirigirse inmediatamente a casa del Enviado. Nos contó que cuando proclamó su fe recién encontrada sintió como si le quitaran un peso de encima y tuvo la sensación de que, de repente, alguien que vivía encadenado en su interior había recuperado la libertad. El hombre que era hasta ese momento había desaparecido, igual que una sombra se desvanece cuando la luz se proyecta sobre ella.

No había vuelto a llorar desde que era niño, ya que su padre, Al Jattab, lo golpeaba violentamente si

lo oía hacerlo y le amenazaba con cortarle el miembro si seguía lloriqueando igual que una niña. Sin embargo hoy se había pasado horas hecho un mar de lágrimas, como si se hubiera abierto la compuerta de una presa y se hubiese desbordado todo el dolor que había acumulado en su interior durante años: no podría haberlo controlado aunque hubiese querido y, a decir verdad, tampoco quería.

El Enviado lo había aceptado y le había perdonado su traición, pero aun así Umar no podía contener el



llanto porque seguía viendo en su cabeza la imagen de aquella preciosa niña, su hija, mirándole y sonriéndole mientras él cubría su diminuto cuerpo con piedras; la pequeña había seguido apretándole el dedo hasta que exhaló el último aliento y su manita cayó por fin inerte.

Umar había mirado al Enviado a los ojos y, pidiéndole que lo castigara por su pecado, le había entregado la espada a Mahoma al tiempo que le suplicaba que vengara la muerte de la niña cortándole a él

la cabeza. Pero el Profeta había posado una mano en su brazo con suavidad mientras sus negros ojos también se llenaban de lágrimas de compasión.

—Ya te has castigado tú mismo durante bastante tiempo, hijo de Al Jattab —replicó en voz baja—. El Islam es como un río que limpia de toda mancha a quienes se sumergen en él.

Umar inclinó la cabeza resistiéndose aún a aceptar el perdón que se le ofrecía:

—Dices que todos resucitarán al

fin y que los padres que mataron a sus hijas con sus propias manos tendrán que responder ante ellas en el Día del juicio —declaró repitiendo las enseñanzas que tanto había perseguido y ridiculizado hasta hacía escasas horas—. ¿Qué le diré a mi hijita cuando me encuentre cara a cara con ella?

El Profeta miró por encima del hombro de Umar hacia el infinito, como si con los ojos de la mente contemplara una gran visión que se le hubiera aparecido a lo lejos.

—La veo agarrando tu mano,

apretándote el dedo mientras te guía al Paraíso.

En ese momento, Umar ben al Jattab fue liberado: el hombre que hasta entonces había sido un asesino, un borracho y un adúltero murió, y nació el hombre justo y honrado. El mayor enemigo del Islam se había convertido en su mayor aliado y el mundo ya nunca volvería a ser igual.

LA conversión de Umar no hizo sino empeorar la persecución que sufrían los musulmanes pues, asustados por la inexplicable deserción de su mejor guerrero, los oligarcas de La Meca impusieron crueles sanciones contra los creyentes. A los mecanos se les prohibió hacer negocios con nosotros y la comida escaseaba terriblemente; la hambruna y la enfermedad se extendieron por toda la comunidad poniendo a prueba la convicción

hasta de los más fervorosos.

La muerte siempre actúa como catalizador y fue precisamente ella la que acabó obligando a los musulmanes a enfrentarse a la verdad que mi joven corazón ya conocía: teníamos que abandonar la ciudad antes de que la situación se deteriorara aún más y se desataran los vientos de la guerra.

Un día mi primo Talha se presentó en nuestra casa corriendo:

—¡Han vuelto los exiliados! —  
alcanzó a decir con voz temblorosa por la emoción mientras trataba de

recobrar el aliento.

Por un momento no supe qué pensar: ¿de qué estaba hablando?; y luego me acordé.

Abisinia. Casi medio centenar de los nuestros, fundamentalmente los más débiles y pobres de entre los creyentes, los que no pertenecían a ningún clan que los protegiera, habían huido atravesando el mar hacía tres años y encontrado refugio en el territorio del benévolo rey cristiano de aquellas tierras, el negus. Entre los que emigraron se contaban algunas de mis mejores

amigas, como Salina, la hija de una beduina que no estaba casada y había trabajado en las calles como prostituta antes de convertirse al Islam. Yo había perdido la esperanza de volver a verlas jamás así que, cuando mi cabeza registró por fin las palabras de Talha, en mis labios se dibujó una amplia sonrisa y me puse a dar palmas de alegría.

Mi madre se apresuró a meter en una bolsa de cuero una buena pierna de cordero asado que había estado cocinando para la cena y, sin decir palabra, salió a la carrera hacia la



casa del Enviado. Asma y yo la seguimos inmediatamente con Talha.

Nunca antes había visto tal animación en la casa del Enviado: se había corrido la voz por toda la ciudad a la velocidad con que las llamas provocadas por el rayo se extienden por el bosque y el vestíbulo principal de la casa era un hervidero de almas bienintencionadas que habían ido hasta allí para dar la bienvenida a los hermanos que tanto tiempo llevaban fuera. Me abrí paso entre la multitud a duras penas y, durante un

instante, tuve la incómoda sensación de comprender perfectamente lo que era la vida de una gallina de corral que tiene que luchar con todas sus fuerzas para alcanzar a picotear unos cuantos granos de trigo.

Por fin pude gatear por debajo de unas piernas fornidas y escurrirme entre dos mujeres de baja estatura, unas gemelas que llevaban la cabeza cubierta con sendas *abayas* color aceituna, y conseguí llegar al centro de la espaciosa habitación donde el Enviado estaba abrazando a los hermanos recién llegados con

lágrimas en los ojos.

Al ver que el Profeta estrechaba entre sus brazos a una joven que no reconocí sentí una punzada de celos a la que en el momento no encontré el menor sentido, pero ciertamente aquel gesto me confundió ya que el Profeta siempre se mantenía a una respetuosa distancia física de sus seguidoras y nunca antes lo había visto mostrarse tan cariñoso con una joven.

Pero entonces reparé en los intensos ojos oscuros de ella y me di cuenta inmediatamente de que no era

una desconocida, en cuyo caso aquel abrazo habría sido motivo de rumores y escándalo, sino Ruqaya, la hija del Profeta que se había casado con el noble mecano Uzman ben Afan y había emigrado con su esposo cuando lo nombraron líder de los exiliados a Abisinia. Las otras hijas del Profeta, Zainab y Um Kulzum, eran unas criaturas preciosas, incluso la pequeña, Fátima, habría sido considerada bonita si se hubiera tomado la molestia de ponerse un poco de color en las mejillas y de perfumarse el pelo, pero Ruqaya era

una mujer de otro mundo: ya entonces era la mujer más hermosa que yo había visto jamás, y lo sigue siendo; tenía una piel perfecta, más pálida incluso que la de su padre, sedosos cabellos castaños que asomaban por debajo del discreto pañuelo de seda con que se cubría la cabeza, y una cintura de avispa; sus ropajes color aguamarina no conseguían ocultar las generosas curvas de sus pechos y parecía exhalar un delicado olor a mandarina. Mientras contemplaba su porte regio y grácil, me vino a la mente una estatua antigua de la diosa

griega Atenea que había en el Santuario, comprada por un comerciante árabe que la había encontrado entre las ruinas a las afueras de Bizancio y la había traído de vuelta para colocarla en las proximidades de la Caaba.

Vi mi propio reflejo en el espejo de bronce que había colgado en la pared a mi derecha y, de repente, me sentí pequeña y fea. Esa sensación empeoró cuando reparé en el hombre alto con una barba perfectamente acicalada de pie junto a Ruqaya. Él inclinó la cabeza ante el Enviado y le

besó la mano, y cuando se incorporó de nuevo me di cuenta de que era Uzman, el esposo de la hermosa joven y su digno consorte pues la igualaba en belleza: su rostro era de proporciones perfectas, tenía unos ojos grises de expresión tranquila que siempre parecían estar ligeramente llorosos y resplandecientes, como el pozo de Zamzam a la luz del amanecer; iba elegantemente vestido con una túnica bordada de color verde cuyo dobladillo decorado con unas diminutas gemas también lanzaban

tímidos destellos; además, cuando sonreía derrochaba amabilidad y compasión sin límites, cualidades ambas que un día serían su perdición y abocarían a nuestra nación a un caos del que ya nunca se recuperaría.

Pero ese futuro todavía quedaba muy lejos y ninguno de los presentes habría podido adivinarlo excepto tal vez el Enviado mismo. Ahora que estoy al final de mi vida, cuando he echado la vista atrás para ver si habría podido leer las señales mejor y evitar así el derramamiento de sangre del que fui responsable en



parte, me ha venido a la memoria que siempre que el Enviado miraba a Uzman detectaba en sus ojos un atisbo de tristeza.

Mahoma nunca declaró ser capaz de predecir el futuro —sólo Dios sabía los detalles de Su Plan para la humanidad— pero creo que el Enviado sí poseía una perspicacia notable a la hora de leer los corazones de los hombres y mujeres que pasaron por su vida, tanto amigos como enemigos y, en el caso de Uzman, puede que hubiera presentido más que sabido que su

alma generosa, su inocencia de niño, lo harían presa fácil de los manipuladores sin escrúpulos y eso traería consecuencias nefastas para la *Uma*.

Pero ésa es una tragedia para ser contada en otro momento y, en cualquier caso, tú ya la conoces de sobra, Abdalá. Volviendo a los acontecimientos de aquel día: recuerdo que Jadiya dio un paso al frente para recibir a los recién llegados; había envejecido mucho como consecuencia de la tensión de los últimos meses y su regia belleza

se había transformado en una apariencia frágil, su piel tersa era ahora un océano de arrugas; se le había afilado la cara y tenía el cabello blanco como la nieve y algo ralo y, al contemplar como la mano del Enviado la sostenía con gesto cariñoso, me di cuenta de que parecía su hijo más que su marido pues sus cabellos continuaban siendo abundantes y llenos de brillo, no había arrugas en su masculino rostro y tan sólo se distinguían dos finos mechones de canas en su barba.

Los exiliados no estaban

preparados para aquel contraste y vi que los cristalinos ojos de Ruqaya se llenaban de lágrimas; Jadiya también reparó en lo impresionada que estaba su hija y me imagino que se le rompió el corazón pero, fuera cual fuese la intensidad del dolor que sintió, la Madre de los Creyentes era una experta en ocultar el sufrimiento tras su sonrisa amable.

—¡Mi preciosa hija! —exclamó con voz ronca rodeando lentamente con los brazos a la muchacha, que temblaba de pena.

Jadiya le acarició el pelo con sus

esbeltos dedos y luego se apartó con una expresión de profundo cansancio en el rostro. El primo del Profeta, Alí, se le acercó rápidamente y la ayudó a sentarse en un cojín de terciopelo. Jadiya aspiró hondo con evidente dificultad y se llevó la mano al pecho, como para recordar a su exhausto corazón que debía seguir latiendo.

Ruqaya se arrodilló junto a su madre con la preocupación escrita en la cara.

—Madre, ¿te pasa algo?

Jadiya sonrió débilmente con la

mirada perdida en un punto lejano.

—Es sólo que estoy un poco cansada, cariño —respondió casi sin aliento.

Fátima, la hija menor del Enviado, se sentó a su lado y le tomó la mano. La muchacha era completamente distinta a su deslumbrante hermana Ruqaya: llevaba la melena negra recogida apresuradamente bajo un pañuelo amarillo, su túnica era de lana tosca y no se distinguía en su rostro el menor rastro de ningún cosmético con que hubiera podido resaltar su

feminidad.

—Nuestra madre está enferma pero se niega a reconocerlo —dijo Fátima con tono de reproche.

Los ojos de Jadiya lanzaron un destello y, por un momento, pude distinguir claramente en ellos la fuerza y dignidad que siempre habían caracterizado a la Madre de los Creyentes.

—¡Tonterías! —replicó en tono orgulloso—, con la edad las piernas ya no me sostienen igual, nada más... Pero basta de hablar de mí, ¿cómo es que habéis regresado?

Uzman se inclinó para postrarse de rodillas frente a ella igual que un esclavo ante una reina y le besó la frente.

—Nos llegaron noticias del boicot y los sufrimientos de los musulmanes y no podíamos quedarnos cómodamente en Abisinia mientras vosotros os moríais de hambre.

Mientras los hombres comenzaban a charlar con los recién llegados, yo me sorprendí a mí misma observando a Ruqaya y Uzman sin poder evitarlo, fascinada



igual que una chiquilla que sucumbe al poder hipnótico de las llamas de un fuego de campamento. Luego, de repente, oí el murmullo de unas faldas a mi lado y alcé la vista para encontrarme con Fátima que había venido a sentarse a mi lado.

—Son muy guapos, ¿verdad?

Me ruboricé hasta las orejas al darme cuenta de que mis ojos me habían traicionado pero Fátima me sonrió en silencio dando a entender que me comprendía, y mirando a aquella muchacha callada de aspecto anodino a los ojos no se me ocurrió

otra cosa que hacerle una pregunta impertinente que una mujer madura nunca hubiera formulado en voz alta:

—¿Resulta difícil tener una hermana así? Me refiero a que... cuando tú... —enmudecí al caer en la cuenta de que estaba siendo terriblemente mal educada, pero aun así la curiosidad de mi mente infantil no dejaba de ser legítima: yo era la guapa en mi casa y me había preguntado a menudo cómo se sentía mi hermana Asma al ver que, a pesar de que yo no era más que una niña que ni siquiera había alcanzado

todavía la pubertad, atraía de todos modos las miradas de los hombres que en cambio rara vez reparaban en ella.

En cualquier caso, fue una tontería pronunciar la pregunta en voz alta y me arrepentí de haberlo hecho en el preciso instante en que las insensatas palabras salieron de mis labios.

Sin embargo Fátima no pareció ofenderse.

—Cuando Ruqaya está presente el resto de muchachas desaparecen, como estrellas eclipsadas por la luz

del sol al amanecer —me respondió encogiéndose de hombros—. Una se acostumbra.

Fátima poseía una sencillez, una humildad tales que me inspiró simpatía inmediatamente y, en un intento de cambiar de tema y pasar a otro más agradable y esperanzador, me volví hacia ella esbozando una sonrisa entusiasta y le dije:

—Tus hermanas están todas casadas, ¿tú también te vas a casar?

Fátima me miró con esos ojos oscuros que tanto se parecían a los de su padre y cuando me devolvió la

sonrisa había en ellos tal tristeza que se me heló el corazón.

—No sé si me casaré alguna vez  
—me contestó sin más rodeos.

La respuesta me sorprendió.

—¿Cómo puedes decir eso?  
¡Todas las chicas se casan!

Era verdad: al final hasta la muchacha más hogareña de La Meca acababa encontrando esposo, aunque no fuera un gran partido.

Los ojos de Fátima lanzaron un destello misterioso pero no se humedecieron cuando dijo en voz

baja: —Yo no soy como todas las chicas.

Y luego, antes de que tuviera tiempo a preguntarle qué quería decir con eso, oí el sonido lastimoso de una terrible tos, alcé la vista alarmada y vi a Jadiya, pálida como un fantasma, que se apretaba el pecho con fuerza.

El Enviado corrió a su lado inmediatamente, se agachó y le susurró a su esposa algo que no pude descifrar, ella asintió con la cabeza y se cubrió la boca en el momento en que su pecho y su garganta volvían a

estremecerse violentamente bajo los efectos de otro ataque de tos.

Y luego por fin Jadiya posó las manos sobre el regazo y vi que tenía las palmas manchadas de sangre.

Hubo gritos de espanto y todo el mundo fue corriendo hacia ella.

—¡Apartaos! —ordenó Alí levantándose y empujando hacia atrás a la asustada muchedumbre con gesto decidido para darle a la enferma espacio para respirar, aunque muy débilmente.

Fátima había desaparecido de mi lado, aunque no me di cuenta: fue

como si estuviese sentada a mi lado y, al rato, sostuviera la mano de su madre y la ayudara a levantarse. Siempre me había maravillado su extraordinaria habilidad para aparecer y desaparecer sin que nadie se fijara, aunque nunca había pensado mucho en ello, pues creía que era una especie de efecto óptico, fruto de la combinación de los andares extraordinariamente ágiles de su padre y la personalidad discreta por naturaleza de la muchacha. No obstante, ahora ya no estaba tan segura y cuando volví a



mirar a aquella chiquilla de aspecto etéreo que se movía como un espectro sentí que un súbito escalofrío me recorría la espalda.

La Madre de los Creyentes, la piedra angular sobre la que se sustentaban todas nuestras esperanzas, se estaba muriendo. Mientras el Enviado y Alí la ayudaban a subir por la sinuosa escalera de mármol que llevaba a los aposentos privados de la familia en el segundo piso, mi padre asumió la

tarea de restablecer la calma y el orden entre la multitud de creyentes.

Después de conseguir que se fueran marchando de la casa del Profeta todos excepto la familia más cercana y unos cuantos consejeros de confianza como Umar y Uzman, subimos al piso de arriba a ver cómo estaba Jadiya. Me agarré a la fría barandilla dorada igual que una niña que se aferra al borde de un precipicio: me parecía que el sonido de cada paso que daba por el suelo de piedra pulida retumbaba como el clamor de los tambores de guerra que

anuncian a su paso la llegada de la muerte y la pestilencia.

Seguí a mis padres hasta la alcoba del Enviado y vi a Jadiya tendida sobre un colchón de plumas de ganso, importado del norte: desde que comenzara su misión, el Enviado se había desprendido de casi todos los lujos pero no podía prescindir de aquella posesión que proporcionaba un poco de comodidad y descanso a su envejecida esposa.

La estampa de Jadiya allí tendida con las manos —que eran preciosas— cruzadas sobre el pecho era tan

apacible que, por un momento, creí que ya estaba muerta, pero el crepitar suave de la túnica gris que llevaba puesta al compás del rítmico movimiento de su respiración indicaba que su alma todavía iba a quedarse entre nosotros un poco más. Le corrían gruesas y resplandecientes gotas de sudor por el ajado rostro y sus hijas se afanaban en secarle la frente con un paño limpio.

El Enviado se arrodilló junto a ella, cerró los ojos y alzó las manos para orar con fervor. Nunca lo había visto tan concentrado, tan

increíblemente quieto: si no hubiera sido porque identifiqué el latido rítmico de una vena en la sien, podría haber llegado a imaginar que la pena lo había vuelto de piedra, exactamente igual que los ídolos que tanto despreciaba.

Un silencio absoluto parecido al que reina en una cripta cuando se cierran sus puertas invadió la estancia; hasta el viento que soplaba fuera enmudeció produciéndose una calma lastimosa similar a la que precede a la tormenta. Nadie se movió, todos los ojos estaban

puestos en la anciana que yacía en el lecho; las horas pasaron como si fueran meros instantes y por fin Fátima se alejó de su madre para encender un pequeño candil en el momento en que el sol se ocultaba en el horizonte.

Cuando la resplandeciente esfera desapareció y Venus dominó por fin los cielos, Jadiya abrió los ojos y la vi sonreírle al Enviado que la observaba igual que un chiquillo asustado. Al ver la mirada de desconcierto en el rostro de aquel hombre que era el centro de nuestra

comunidad, la roca que nos proporcionaba estabilidad mientras las letales aguas embravecidas del mundo nos asediaban, de repente me sentí muy pequeña y desvalida.

Fue entonces cuando me di cuenta de que, durante todo ese tiempo, el corazón del Islam había sido en realidad Jadiya: de no ser porque ella aceptó la visión de Mahoma desde el primer momento, él habría ignorado la experiencia que tuvo en el monte Hira como poco menos que un sueño o una fantasía provocada por un yin caprichoso.

Si ella no hubiera creído en él, Mahoma habría acabado como los lunáticos que se veían vagando por calles de La Meca envueltos en malolientes harapos y cuyas mentes perturbadas los habían torturado hasta tal punto que incluso sus familias los habían repudiado y abandonado a una muerte segura. Fuera lo que fuese esta nueva religión llamada Islam, independientemente de en qué acabara por convertirse, no cabía duda de que se trataba del resultado de la fe de una mujer en un hombre.



Y ahora esa mujer estaba muriendo y yo me preguntaba si nuestra fe no moriría también con ella.

Vi una figura que entraba en la habitación, un hombre con profundas marcas en el rostro y cabellos ralos pese a su juventud: era Zaid ben Hariza, el hijo adoptivo de Mahoma y Jadiya, al que los creyentes le habían contado lo ocurrido en casa del Enviado esa mañana en cuanto regresó de una expedición fallida de caza en las montañas donde había sido visto un leopardo la noche anterior.

Zaid se inclinó hacia Jadiya, que le acarició la mejilla. El joven había sido su esclavo en otro tiempo pero su fidelidad hacia ella y su esposo había llegado a tal extremo que le habían concedido la libertad y lo habían adoptado tras la trágica muerte cuando todavía era un niño de su propio hijo Qasim. Junto con Alí, Zaid era la persona más próxima a lo que hubiera podido considerarse el heredero del Enviado y muchos creyentes lo veían como el futuro líder de la comunidad. El hecho de que un esclavo pudiera llegar a

convertirse en señor de los creyentes era motivo de gran orgullo para los musulmanes y causa de intensas burlas por parte de Abu Lahab y el resto de nuestros enemigos.

Ví que Jadiya les hacía un gesto a Zaid, Alí y sus hijas para que se acercaran. El resto nos mantuvimos a cierta distancia por respeto: el hecho mismo de que se nos hubiera permitido entrar en el lugar más privado y compartir los últimos momentos de vida de Jadiya ya nos parecía más que suficiente, y además la familia tenía ciertos derechos y

prerrogativas que debían respetarse.

Se acercaron uno a uno todos los miembros del *Ahí al Bait*, la Gente de la Casa, y Jadiya fue bendiciendo y susurrándoles algo al oído en voz baja, prácticamente inaudible, a todos sus seres queridos. Después de haber disfrutado de aquel momento íntimo para despedirse, vi como asentían y se incorporaban con las lágrimas rodándoles por las mejillas: primero fue el turno de la hija mayor, Zainab; luego de Ruqaya que estaba incluso más hermosa ahora que la tristeza hacía resplandecer aún más

sus ojos negros; después se acercaron la vivaz Um Kulzum de mejillas sonrosadas y el adusto Zaid.

Y por fin Jadiya tomó la mano de Fátima en su derecha y la de Alí en su izquierda y les besó la frente a ambos. Cuando Fátima retrocedió después, la expresión de pesar en su rostro resultaba tan dolorosa que bajé la mirada por temor a que me consumiera.

—Aisha...

Me desconcertó por completo oír mi nombre y alcé la vista para encontrarme con que Jadiya me

estaba mirando con ojos llenos de compasión y me hacía un gesto para que fuera hasta ella.

Confundida y llena de dudas sobre la razón por la que se me incluía en el círculo especial de los miembros de la familia, me quedé allí de pie con el dedo en la boca como si todavía fuera una niña que acaba de aprender a caminar. Mi madre, Um Ruinan me tomó de la mano y tiró de mí con algo de fuerza para llevarme al lado de Jadiya y luego retrocedió para dejarme a solas con la mujer.

La Madre de los Creyentes me acarició la rojiza melena igual que una niña que juega con su muñeca favorita y entonces movió un poco la cabeza y tuve la sensación de que quería que me acercara aún más para que pudiera oírla bien, así que me incliné hacia delante hasta que mi oreja prácticamente rozó sus cuarteados labios.

Me habló entre susurros pero sus palabras retumbaron en mi corazón como si de un toque de trompeta se tratara.

—Cuídalo tú cuando yo me vaya

—fue el indescifrable mensaje—, fuiste hecha para él.

Yo no tenía la menor idea de a qué se refería pero había algo emocionante y aterrador a la vez en sus palabras, era como si estuviera usando su último aliento para contarme un secreto que a partir de entonces yo debería proteger con mi propia vida.

Noté que el Enviado estaba de pie a mis espaldas y me apresuré a ponerme de pie otra vez para correr a refugiarme junto a mi madre, sin saber qué pensar de las misteriosas



palabras que Jadiya me había legado.

Alcé la vista y vi al Profeta llorando y, con lo que parecía un terrible esfuerzo, a su esposa alzar las manos para secarle las lágrimas delante de todos nosotros igual que había hecho en privado durante todos esos años. En ese momento supe la verdad sobre su relación: el Enviado había visto morir a su madre cuando sólo tenía seis años y toda su vida había anhelado aquel tacto amoroso del que se había visto privado; Jadiya era más que su esposa y su mejor amiga, más que la primera

persona que se convirtió al Islam, también desempeñaba el papel de la madre que Dios le había arrebatado a Mahoma y, al mirarlo a la cara, me di cuenta de que estaba volviendo a experimentar el horror de la pérdida que tanto lo aterrorizaba desde niño.

—Ya me convocan a la Morada de Paz... Amor mío, ha llegado el momento de marcharme... —A través de las lágrimas que me nublaban la vista distinguí al Profeta que se inclinaba para acariciar con su mejilla la de ella—. Desde el primer momento en que te vi supe

que eras especial... Incluso si Dios nunca te hubiera hablado, aun así yo siempre habría estado convencida de que eras Su elegido...

Jadiya había alzado los ojos y tenía la mirada perdida en algún punto distante en el techo, como si contemplara algo que sólo ella podía ver.

—Ya están aquí los hombres de blanco... Puedo ver donde me llevan... Es un lugar tan bello, tan luminoso... —Luego se volvió para mirar al Enviado a los ojos—. No hay otro dios sino Alá y tú, amado

mío, eres su Enviado...

Y dicho eso exhaló y se quedó inmóvil.

Hubo un instante de silencio absoluto, tanto que reverberaba igual que un terremoto, y por fin estallaron los llantos a mi alrededor y vi que el Enviado de Dios rozaba los labios de la Madre de los Creyentes en una última caricia de despedida.

El Profeta parecía una criatura de otro mundo y, cuando habló, su voz suave se impuso al estruendo del duelo y lo que pronunció fueron las Palabras de Dios que le habían sido

reveladas en el momento de la muerte de Jadiya, palabras que los musulmanes invocan incluso hoy cuando sufren una gran pérdida o para recordar quiénes somos y hacia dónde vamos:

Realmente  
somos de Dios y  
a Él volvemos...

# 12

HABÍA llegado el momento de abandonar La Meca. Poco después de morir Jadiya, los musulmanes sufrieron otra pérdida: el tío y tutor del Profeta, Abu Talib, falleció y el malvado Abu Lahab se convirtió en jefe de los Bani Hashim: ya no podíamos contar con que el clan del Profeta nos protegiera de las huestes de los quraish, la persecución iría a más y no habría recurso posible a la justicia tribal, pero ¿adónde

podíamos ir? Los quraish vigilaban los caminos a la costa cerrándonos el paso hacia Abisinia así que se planteó la posibilidad de huir a Yatrib, un oasis situado al norte que compartían tribus de árabes y judíos: los clanes árabes estaban buscando un mediador que les ayudara a resolver sus perennes disputas y algunos ya habían solicitado al Enviado que les sirviera de juez; además cabía esperar que los judíos de Yatrib, que compartían nuestra fe en el Único Dios, se convirtieran en nuestros aliados y nos protegieran de

los idólatras. No obstante, la sola idea de trasladar a toda la comunidad de creyentes a una ciudad lejana resultaba abrumadora y hubo quien sugirió que debíamos capear el temporal en La Meca confiando en que la misericordia de Dios aliviaría nuestro sufrimiento.

Pero incluso en aquellos momentos en que los adultos discutían furtivamente sobre el futuro entre susurros, yo permanecía totalmente ajena al hecho de que el mío ya se había decidido. Una noche, estaba sentada en un rincón de la sala



de estar jugando con mis muñecas favoritas, unos juguetitos toscos hechos con trapos y cuerdas a los que había puesto por nombre Akil y Akila: estaba representando su boda —mi juego preferido— aunque, en mi cabeza, en vez de un par de muñecos veía a mi adorada hermana Asma casándose por fin con el muchacho del que llevaba años enamorada en secreto; las jóvenes de la ciudad veían a tu padre, Zubair, como un muy buen partido y yo nunca había creído realmente que mi hermana tuviera demasiadas

posibilidades, pero el Enviado había dicho que Dios sostiene los corazones de los hombres entre sus dedos y los dirige a Su antojo, y era evidente que por fin Dios había dirigido el corazón de Zubair hacia tu madre.

Oí que se abría la puerta y vi entrar a mi padre; me levanté para saludarlo pero él me miró fijamente y me ordenó:

—Ve a tu cuarto, pequeña.

Había algo en el tono de su voz que me asustó y me quedé clavada en el sitio.

—Pero, padre...

—Vete —insistió con firmeza—, tengo que hablar con tu madre.

De alguna manera, yo sabía que la causa de su aparente disgusto tenía que ver conmigo y traté de hacer memoria repasando mis últimas travesuras al tiempo que me preguntaba por cuál de todas me había acabado buscando un problema.

Mientras meditaba sobre mis pecados infantiles fui hasta mi habitación y cerré la puerta pero, en lugar de quedarme allí jugando con

las muñecas sentada en la cama, me apoyé en la puerta y agucé el oído: se oía un murmullo de voces que me esforcé inútilmente por descifrar así que al final decidí arriesgarme y abrí la puerta un poco, lo justo para oír lo que decían mis padres con algo más de claridad; en el momento en que la madera de acacia de la puerta crujió al rozar con las baldosas de mármol del suelo hice una mueca preguntándome si me habrían oído y sabrían que los estaba espiando.

—¿Algo no va bien? —estaba diciendo mi madre en voz muy baja

que claramente desprendía preocupación.

—No, no pasa nada —respondió mi padre—, sólo que... necesito un momento.

Oí que mi madre le servía un vaso de agua y al cabo de un rato mi padre comenzó a hablar, maravillado y temeroso a la vez.

—El Profeta ha tenido un sueño —declaró en voz baja.

—Ya lo sé, nos ha hablado a todos del Viaje Nocturno —replicó Um Ruman refiriéndose a una reciente visión del Profeta de la que

hablaba toda La Meca.

Al poco de morir Jadiya y Abu Talib, el Profeta había caído en un estado que rayaba en la desesperación, sentía que Dios lo había abandonado y entonces, una noche, Mahoma estaba durmiendo en el Santuario cuando el ángel Gabriel lo despertó y lo llevó en un maravilloso caballo volador a la *Al Masyid Al Aqsa* ('la Casa de Oración más Lejana') de Jerusalén, donde David y Salomón habían construido un altar para Dios. Pese a que Jerusalén estaba a un mes de viaje en

camello, el Profeta había llegado en un instante, estuvo orando junto a los profetas de Dios, incluidos Abraham, Moisés y Jesús, y luego Gabriel se lo llevó en un viaje celestial por el firmamento. El Enviado regresó a la Tierra transformado por la visión, que había vuelto a encender en él la llama de la esperanza. La historia del Viaje Nocturno se había convertido en fuente de gran inspiración para los musulmanes pese a que también incrementó las burlas de los paganos. Abu Bakr había defendido apasionadamente al Enviado ante

quienes se reían de su visión y el Profeta había concedido a su fiel amigo el título de *As Sidiq* ('Testigo de la Verdad').

—No, no me refiero a esa visión —contestó mi padre—, el Enviado tuvo el sueño del que hablo hace muchas noches pero fue después del Viaje Nocturno cuando se decidió a contármelo.

Mi padre siempre había sido un intérprete de sueños muy respetado, incluso en los días anteriores a la Revelación; era como el profeta José, que poseía el don de



comprender tan profundamente los corazones de los hombres que podía fácilmente leer los símbolos ocultos en las profundidades de la imaginación.

—El ángel Gabriel vino a él con un bulto envuelto en seda verde en las manos —prosiguió Abu Bakr lentamente— y cuando el Profeta le preguntó qué había dentro, el ángel le respondió: «Tu esposa». Y entonces desenrolló la seda y el Profeta vio a una niña.

Abu Bakr hizo una pausa y yo me pregunté quién sería; no era capaz de

imaginarme a nadie capaz de sustituir a Jadiya, pero pensé en Ramla, la hija de Abu Sufian, y se me encogió el corazón: la muchacha había escandalizado a su familia convirtiéndose al Islam y la habían echado de casa; yo nunca le había tenido la menor simpatía porque me recordaba demasiado a Hind, ya que tras su belleza comparable a la de una estatua se escondía un fuego gélido que me asustaba y acabaría siendo la causa de no poca animadversión con el devenir de los años. No obstante, en ese momento

sólo la conocía como una muchacha ambiciosa que declaraba sin tapujos su deseo de convertirse en la esposa del Enviado y, pese a ser todavía una niña, yo comprendía perfectamente que esa alianza sería de incalculable valor político para el Profeta pues, al igual que Jadiya, Ramla pertenecía a una familia noble y respetada y la unión podría ayudar a disipar la enemistad entre los musulmanes y la casa de Abu Sufian. Pero cuando pensaba en el sueño del Enviado, en Ramla envuelta en el bulto de seda que portaba Gabriel, me entraban

ganas de vomitar: la idea de que la taimada hija de Abu Sufian fuera a convertirse pronto en la Madre de los Creyentes hacía que la indignación acelerara los latidos de mi corazón.

Ahora bien, cuando mi padre habló de nuevo, mi corazón simplemente dejó de latir:

—Vio a Aisha.

Durante los minutos que siguieron no oí nada más, era como si me hubiera quedado sorda e incluso los alaridos pavorosos de los condenados en el Infierno se me

habrían pasado totalmente desapercibidos.

Pero luego, cuando el mundo reanudó su curso, los sonidos se abalanzaron sobre mí a demasiada velocidad como para conseguir comprenderlos:

—¿Y qué hacemos? —sonó la voz de mi madre con tono estridente que no distaba mucho del balido quejumbroso del cordero cuando ve por primera vez el cuchillo del matarife.

—Obedecemos a Dios —fue cuanto respondió mi padre.

Oí que mi madre golpeaba la mesa con algo y mi puerta tembló con las vibraciones del ruido.

—¡Pero Aisha... está prometida a Yubair ben Mutim!

Primera noticia que tenía yo de tal cosa.

Había visto a Yubair unas cuantas veces pero apenas recordaba qué aspecto tenía, aunque sí sabía que era primo de la despreciable Hind y había oído rumores de que había considerado la posibilidad de convertirse a la nueva fe después de que lo hiciera Ramla: por lo visto mi

padre me estaba usando como moneda de cambio en un intento de engatusar al poderoso señor quraish para que se convirtiera a nuestra fe. Mi corazón, que había ascendido a lo más alto hacía unos instantes al oír que yo era la elegida para ser la esposa del Enviado, se sumió ahora en la más profunda sima de furia y la desesperación más absolutas ante la idea de que mi propia familia pudiera negociar con mi vida como si tal cosa.

—El padre de Yubair siempre se ha opuesto al matrimonio y le

aliviará mucho que retiremos la propuesta —respondió mi padre sin más, como si estuviera hablando del precio de las cebollas en el mercado—. Si es el destino de Yubair convertirse al Islam, Dios le encontrará una esposa virtuosa, estoy seguro.

Sentí una oleada de ira corriendo por mis jóvenes venas: en ningún momento de aquella conversación se había mencionado ni se había preocupado nadie por lo que yo pudiera decir al respecto.

Oía el murmullo de las faldas de



mi madre mientras caminaba por la habitación arriba y abajo, algo que hacía siempre que estaba nerviosa o se sentía insegura.

—Es que... es tan joven... —comenzó a decir, pero mi padre la interrumpió.

—No más que la mayoría de las novias hoy en día —se limitó a argumentar Abu Bakr—. El matrimonio no se consumará hasta que no comiencen sus ciclos.

Se hizo un largo silencio durante el cual no oí nada más que el retumbar de los latidos de mi

corazón.

Cuando mi madre habló de nuevo, pude detectar claramente la preocupación en su voz:

—Se convertirá en la Madre de los Creyentes, un papel que hasta ahora sólo ha desempeñado Jadiya, ¿cómo va a reemplazarla una chiquilla?

—El Enviado comprende que su juventud es una cuestión delicada —la tranquilizó Abu Bakr—, y por eso también desposará a una mujer mayor, más madura, que pueda ocuparse de la casa.

En mi mente apareció de nuevo la imagen de Ramla y se me hizo un nudo en el estómago. ¿Cómo iba yo a compartir esposo con la hija de Abu Sufian? Ella era mucho más bella y mayor, sabría cómo complacer a un hombre. El Enviado acabaría por aburrirse de mí y al final se inclinaría por una mujer que fuera más su igual y me echaría a la calle.

—¿Quién? —preguntó mi madre, presa de una curiosidad desbordada, digna de la mayor de las chismosas.

Mi padre hizo una pausa y yo me puse a rezar para mis adentros: «Por

favor, que no sea Ramla».

—Sauda ben Zama —contestó él por fin.

Al oír aquello me caí hacia atrás con un golpe sordo y, por un momento, tuve la certeza de que mis padres me habrían oído y se darían cuenta de que había estado escuchando, pero no vinieron a mi habitación y yo me quedé allí sentada perpleja mientras trataba de asimilar la noticia.

Y luego me tuve que morder el puño para ahogar una carcajada.

¡Dios había atendido mis

plegarias!

Sauda ben Zama era una anciana encantadora, una viuda rica como Jadiya, además de una excelente cocinera y sin duda su incorporación al hogar del Enviado tendría un valor incalculable, pero era mayor y su cuerpo lo atestiguaba: si, efectivamente, se iba a casar con el Profeta, por lo menos no tendría que competir con ella en la alcoba y, pese a mi corta edad, yo sabía cuánto valoran los hombres una esposa joven y hermosa que pueda darles placer e hijos. Mahoma era el

Enviado de Dios, pero también un hombre como todos en este sentido, y casi me puse a dar palmas de alegría al saber que yo podría proporcionarle un gozo que Sauda era incapaz de ofrecer.

Cuando volví a gatas hasta la rendija de la puerta y me puse a escuchar de nuevo, oí decir a mi padre con un deje nostálgico:

—La misma noche que nació Aisha tuve la certeza de que era especial, que estaba destinada a grandes cosas, y cuando el Profeta me contó la visión que había tenido

comprendí de inmediato que se estaba cumpliendo ese destino.

Mi madre lanzó un profundo suspiro.

—Todo cambiará —respondió con resignación y supe en ese instante que había aceptado la voluntad de Alá.

—Todo tiene que cambiar —le contestó mi padre—, Jadiya ya no está, los musulmanes, desesperados, van por el mundo como almas en pena. Aisha, en cambio, es una fuente de vida. Ella los resucitará.

Mi madre permaneció en silencio

un momento, absorta en sus pensamientos.

—Como Madre de los Creyentes se granjeará muchas enemistades, la sombra de la muerte la acechará a cada instante.

—La vida y la muerte están ligadas por un poder que sobrepasa nuestro entendimiento, el poder de la transformación —sentenció Abu Bakr con aire filosófico—. Aisha posee tal poder, empuña la espada de la transformación: hay cosas que deben morir para que otras puedan nacer, ése es su legado.



Con los años, mi mano acabaría efectivamente empuñando la espada y trayendo muerte y desolación a la *Uma* haciendo que me preguntase si aquellas palabras de mi padre no habrían sido proféticas.

—Tengo miedo —afirmó mi madre simplemente.

Y entonces oí que mi padre, el puntal de la familia, reconocía lo inimaginable:

—Yo también, amor mío, yo también.

Cerré la puerta y me arrastré

hasta la cama. La cabeza me iba casi tan deprisa como el corazón.

Dios me había escogido para ser la esposa de Su Enviado.

Sonaba a broma pero, de alguna manera, sentía que era lo correcto: era como si una parte de mi alma siempre hubiera sabido que ése era mi destino. Aparté las muñecas sintiendo la punzada de dolor que se experimenta con la pérdida que acarrea el fin de una etapa de la vida cuando da comienzo otra, aunque en realidad desconocía en qué punto de la vida me encontraba realmente y

quién era yo para caminar por la senda que se abría ante mí. Me sentía atrapada entre dos mundos: ya no era una niña pero tampoco era una mujer todavía.

Y, sin embargo, pronto me convertiría en la Madre de los Creyentes.

PESE a los denodados esfuerzos por mantener nuestros planes en secreto, el flujo continuo de musulmanes que iban abandonando la ciudad acabó por hacerse evidente y acabó resultando en un consejo de emergencia de los patriarcas de la ciudad que se reunieron en el salón de la casa de Abu Sufian. Los jefes tribales habían sido convocados apresuradamente cuando se extendió el rumor de que se estaba

produciendo un éxodo silencioso de los seguidores de Mahoma. En circunstancias normales se habrían reunido en la imponente sala de columnas de la Cámara de la Asamblea, pero hasta en la sede del poder de La Meca se había propagado la epidemia de la rebelión y ya no era un lugar seguro para tratar cuestiones de Estado. Por ese motivo más que ningún otro, Abu Sufian odiaba a Mahoma: la tozuda perseverancia del movimiento que había iniciado obligaba ahora a los líderes de las tribus a deliberar en

secreto como si fueran criminales por temor a ahondar el conflicto; para Abu Sufian, un mundo en que los reyes tenían que esconderse como comadreas de sus propios súbditos era un mundo triste —y peligroso—, y una situación que no podía tolerarse que persistiera.

Abu Sufian centró la atención en un hombre alto con la barba muy cuidada y una cicatriz debajo del ojo izquierdo que estropeaba sus bellas facciones recortadas: Jalid ben al Ualid, el más temible de los guerreros quraish y capitán de sus

ejércitos; se le había encargado que organizara patrullas nocturnas para garantizar que ningún musulmán escapaba de la ciudad, pero saltaba a la vista que sus esfuerzos habían fracasado.

—¿Cómo ha podido pasar? —gruñó Abu Sufian—. ¿Dónde estaban los centinelas?

Jalid dio un paso al frente. Iba vestido de negro y plata y su cinturón estaba tachonado con una docena de esmeraldas, supuestamente una por cada hombre que había matado en combate.

—Mis hombres estaban apostados a Poniente para evitar que huyeran hacia el mar —explicó sin que se detectara el menor atisbo de disculpa en su voz teñida de orgullo —, pero los refugiados fueron hacia el norte.

Abu Sufian arqueó una ceja: sólo había un lugar al que podían haberse dirigido, pero era absurdo.

—¿A Yatrib?

Jalid se encogió de hombros pero el brillo de sus ojos marrones sugería que, efectivamente, eso sospechaba.



—Corren rumores de que Mahoma se propone ejercer de árbitro en las interminables disputas que allí mantienen las tribus — intervino Abu Lahab levantándose con cierta dificultad de unos cojines púrpura aplastados bajo el peso de sus formidables posaderas.

Abu Sufian se quedó meditabundo por un momento, ya que era una noticia sorprendente, y tal vez buena después de todo: los aus y los jazrach, las tribus árabes de Yatrib, llevaban siglos enfrentadas. Quizá aquello era un generoso regalo

de los dioses y Mahoma acabaría siendo víctima de sus odios fraticidas sin que las manos de los quraish hubieran de mancharse con su sangre.

—Bien, dejemos que se queden con ese agitador —concluyó por fin.

Se produjo un murmullo de asentimiento entre los nobles y Abu Sufian pudo detectar en sus rostros cautos la misma llama de esperanza que acababa de encenderse en su propio corazón. Tal vez aquella pesadilla terminase por fin.

—Dejar que Mahoma vaya a

Yatrib es un error —interrumpió Hind haciendo que el incipiente alivio se desvaneciera de las miradas.

—¿Y eso por qué, querida? —la interpeló Abu Sufian disimulando su irritación.

Hind se puso de pie sin hacerle el menor caso y se dirigió a los jefes tribales. Su esposo la vio moverse entre ellos con la agilidad de un guepardo mientras despertaba su pasión igual que había arrastrado a Umar hasta hacerlo caer en sus redes aquella noche.

—Los hombres de Yatrib miran nuestra ciudad con envidia desde hace mucho tiempo —prosiguió Hind con voz fría y calculadora—, y podrían utilizar la religión de Mahoma como excusa para entonar por fin el grito de guerra contra nosotros.

Abu Sufian soltó una risotada tratando de recuperar la autoridad.

—Eso es muy improbable —la atajó con voz neutra—, La Meca siempre ha mantenido buenas relaciones con las tribus judías de Yatrib que se benefician de los

enfrentamientos constantes entre los aus y los jazrach; jamás permitirán que entierren el hacha de guerra.

Pero como de costumbre, Hind se las ingenió para mermar la confianza de su marido:

—¿Y si los judíos se unen a él? —argumentó—. Su religión es muy parecida a la de los musulmanes y él dice ser Profeta como Moisés... ¿Te arriesgarías a desatar las iras de los judíos contra nosotros también?

Abu Sufian intentó encontrar una respuesta pero, por una vez en su vida, no supo qué decir: nunca había

prestado demasiada atención a la teología de Mahoma; bastante malo era ya que su defensa de un Único Dios supusiera dar al traste con el sinfín de deidades a las que adoraban los árabes, lo que provocaría el fin de la Peregrinación y la prosperidad de La Meca. Eso era lo único que le interesaba. Pero ahora, al pensar en lo que decía Hind, se enfureció al darse cuenta de que llevaba razón: los judíos adoraban a un Único Dios y esperaban la venida de un Profeta que les concedería la victoria sobre las naciones; si se dejaban engañar

por Mahoma se desataría una nueva y aún más devastadora guerra en Arabia.

El grotescamente obeso Abu Lahab fue el que dijo por fin en voz alta lo que Abu Sufian estaba pensando pero su orgullo le impedía admitir:

—Tu esposa está en lo cierto. Dejar que Mahoma se marche es demasiado peligroso; aquí en La Meca tenemos cierto control sobre el veneno que destila pero, una vez esté fuera del alcance de nuestra atenta mirada, sus palabras se propagarán a

la velocidad de la arena arrastrada por el viento.

—Esto ya lo hemos hablado antes —replicó el caudillo mecano—: incluso si Mahoma es asesinado, el honor obliga a los miembros de su clan a vengar su muerte. Umar estaba dispuesto a enfrentarse a los puñales de los Bani Hashim pero ¿qué otro sacrificaría su vida con tal de acallar a ese hombre?

Recorrió con la mirada los rostros perplejos de los allí reunidos y se dio cuenta de que no había ningún Umar entre ellos, incluso el



valeroso Jalid no tenía el menor deseo de exponerse a la ira de los fanáticos de Mahoma.

Alzó la vista hacia Hind y vio que ella también estaba escrutando aquellas caras y se le habían encendido las mejillas de ira al llegar a la misma conclusión que él: fuera el que fuese el influjo que su bello cuerpo había ejercido sobre el corazón de Umar en su día, no tenía ningún amante entre aquellos hombres viejos y agotados, por lo menos que Abu Sufian supiera, y en caso de que hubiera seducido a

alguno de los jefes presentes, claramente sus encantos no habían bastado.

De repente, Hind fue directa hacia Jalid y desenvainó la hermosa daga con incrustaciones de piedras preciosas que llevaba el guerrero a la cintura, luego sostuvo el arma en alto dejando que la hoja resplandeciera con la luz del sol: otra pose digna de una diosa de la guerra como las de los viejos poemas árabes. Aquello sí surtió el efecto deseado.

—¡Los hombres sois tan necios!

¿Por qué tenemos necesariamente que enviar un único asesino a matar a ese hereje? Si cada uno de los principales clanes de los quraish aporta un hombre, todos compartirán la culpa por el derramamiento de sangre y, decidme, ¿acaso hay alguien entre los Bani Hashim capaz de enfrentarse a todos los quraish? —dijo clavando directamente la mirada en Abu Lahab.

—Por desgracia, he de reconocer que sería una empresa demasiado grande incluso para el más ferviente partidario de Mahoma de entre los

hombres de mi clan —admitió él con un suspiro exagerado—. Me vería obligado a aceptar una compensación en pago y dar el asunto por zanjado.

Abu Sufian contempló la sonrisa triunfal de su mujer y sacudió la cabeza, sorprendido por la sencilla elegancia de su plan y exasperado al mismo tiempo porque hubiera hecho falta una mujer para idearlo. Quizá lo que debería hacer era renunciar y permitir que aquella reina despiadada gobernara La Meca en lugar de su círculo de viejos incompetentes.

Abu Jahl aplaudió con fuerza dando a entender que apoyaba el plan y contemplando a Hind con admiración.

—Entonces está decidido —dijo satisfecho—, nos uniremos para matar a Mahoma y por fin se acabará esta locura.

—Así sea —apostilló Abu Sufian, que se puso en pie para recordar a todos, incluida su esposa, que él era quien tomaba las decisiones en La Meca.

—¿Cuándo lo haremos? —preguntó Abu Lahab mientras se

frotaba las regordetas manos anticipándose ya a la muerte inminente de su sobrino.

—Esta noche —le contestó Hind—. Hay luna nueva y la oscuridad será la aliada perfecta de los asesinos.

—Oscuridad para actos oscuros —intervino Abu Sufian con voz exhausta—. Nunca creí que nosotros, los gobernantes de La Meca, nos veríamos obligados a escondernos entre las sombras como ladrones en nuestra propia ciudad.

Hind alargó el brazo y le acarició

la pierna a su marido provocando en él una erección a pesar de sus grandes esfuerzos por evitarlo. Luego ella tomó del cinturón de su esposo una bolsa de cuero decorada con remaches dorados de la que sacó doce dírhams de oro que sostuvo en alto entre sus manos y por fin, con un talento innato para la teatralidad, se volvió hacia los hombres y les lanzó el oro. Al ver a los poderosos jefes tribales ponerse de rodillas para recoger las valiosas monedas, sus labios dibujaron una sonrisa desdeñosa.

Tal y como se proponía Hind, la escena no dejaba lugar a dudas: igual que Mahoma, los nobles de La Meca también adoraban a un único dios y acababan de postrarse ante él.

—No te preocupes, esposo mío —murmuró en voz baja para que sólo él la oyera—, cuando Mahoma haya muerto podremos volver a robar cuanto queramos a plena luz del día —sentenció usando el mismo tono sensual que reservaba exclusivamente para la alcoba, y Abu Sufian tuvo que resistir el impulso repentino de lanzarla al suelo y



poseerla allí mismo igual que un perro en celo.

El señor de La Meca contempló a su esposa con una mezcla de deseo y desesperación. Los jefes tribales adoraban a un dios de oro y él, a una diosa de fuego.

Los asesinos se reunieron junto a la casa de Mahoma: envueltos en sus mantos negros se confundían perfectamente con las sombras que

proyectaban desde el firmamento las escasas estrellas esparcidas por un cielo nuboso. El general mecano Jalid se agachó junto a su viejo amigo Amr ben Al As y el arrogante y apuesto hermano de Hind, Ualid ben Utba. Veían luces titilantes en el segundo piso, en la zona de los aposentos de la familia, y dentro se oía el sonido inconfundible de melodiosas voces femeninas. La pesada puerta de hierro que normalmente siempre se dejaba abierta estaba ahora cerrada con una cadena, una precaución que habían

empezado a tomar los musulmanes en sus casas después de la muerte de Abu Talib.

Ualid era partidario de escalar y pillar a Mahoma desprevenido. A Amr, en cambio, la idea le pareció escandalosa y le recordó a Ualid que había mujeres dentro, a lo que éste le respondió burlándose de la importancia excesiva que daba a las formas, pero Jalid lo hizo callar al final:

—Amr lleva razón —lo atajó el guerrero observándolo todo con sus astutos ojos, sin perder detalle,

mientras rumiaba cuál debía ser la estrategia de ataque—, los seguidores de Mahoma lo defenderán a muerte y, además, si hacemos daño a las mujeres mancillaremos el honor de los quraish y ni Abu Lahab podrá entonces aplacar la sed de venganza de su clan. —Ualid sacudió la cabeza dando a entender que no estaba del todo convencido—. Mahoma sale todas las mañanas a rezar antes del amanecer —continuó Jalid— y hace las abluciones en el pozo que hay en el patio —añadió señalando con un movimiento de

cabeza un círculo de piedras situado en la linde del terreno sobre el que se alzaba la casa.

—Lo mataremos cuando salga fuera —concluyó Amr con una sonrisa, satisfecho al saber que se guardarían las formas incluso a la hora de cometer un asesinato.

Jalid se tumbó sobre el frío y pedregoso suelo y ralentizó la respiración: necesitaba guardar toda su energía para el momento en que se abriera la puerta. Luego cerró los ojos y el tiempo fue pasando en silencio, el mundo pareció

desvanecerse a su alrededor hasta que, de repente, se incorporó sobresaltado: ya se distinguía en el cielo el resplandor que anunciaba la llegada del dios sol por el este; miró a los otros y, viendo que habían cerrado los ojos también, lanzó un juramento entre dientes pues, en todos sus años de centinela, nunca antes se había dormido ni una sola vez mientras vigilaba el campo del enemigo. Clavó la mirada en la puerta inmediatamente y vio con cierto alivio que la cadena seguía puesta con lo que, salvo que Mahoma

hubiera seguido el camino que sugería Ualid y hubiese bajado por el muro, todavía debía de seguir dentro.

Despertó a sus compañeros con brusquedad tapándoles además la boca al mismo tiempo para que no dieran la voz de alarma sin querer al lanzar un grito de sorpresa. Los minutos transcurrían a toda velocidad y la tensión iba en aumento pero no había el menor indicio de movimiento en el interior de la casa. Por fin se oyó cantar a un gallo en algún lugar de la ciudad y en ese momento Jalid supo que, de alguna

manera, su plan se había torcido.

—Ya hemos esperado bastante —dijo Ualid, que se acuclilló. La reluciente espada que llevaba en la cintura lanzó un destello carmesí al reflejar la luz del amanecer.

Esta vez Jalid no puso reparos.

—Está bien, haz lo que debas —le dijo al impetuoso joven—, pero perdona la vida a las mujeres y los niños si puedes. Eso sí, no dejes que nada te impida llegar hasta Mahoma.

Se alejaron de los árboles bajo los que se habían apostado deslizándose por el suelo igual que



sigilosos gatos negros: Jalid trepó por el muro exterior hasta el patio de la casa de Mahoma y los demás le siguieron, cayendo sin el menor ruido en medio de los arbustos bien cuidados para correr después inmediatamente hacia la entrada principal.

A diferencia del portalón de fuera, la puerta de madera estaba abierta. Jalid la empujó con suavidad confiando en que el inevitable rechinar de los goznes no alertara a las mujeres pero no salió nadie a cerrarles el paso: la casa parecía

poco menos que abandonada y los tres hombres siguieron avanzando a gatas por el interior prácticamente desprovisto de muebles; llevaban los pies cubiertos únicamente con mechones de suave lana de cabra para amortiguar el ruido de sus pisadas sobre el gélido suelo de mármol. Jalid empezó a subir por la sinuosa escalera esperando encontrarse en cualquier momento con un adversario escondido en la balaustrada del segundo piso y guio a los otros dos hombres hacia la gruesa puerta tallada en madera de palma al

fondo del corredor del ala este, que era la de la alcoba de Mahoma, el lugar donde más posibilidades tenían de encontrarlo. Amr y Ualid se colocaron a ambos lados de la puerta y Jalid dio la señal asintiendo con la cabeza, empuñó el arma en alto y dio una patada a la puerta con tal fuerza que la arrancó de las bisagras. Los tres se precipitaron al interior para encontrarse con una habitación completamente vacía a excepción de una cama baja de aspecto cómodo, el único mueble de algún valor que Jalid había visto en la

fantasmagórica casa. Tendida en la cama, había una figura cubierta con el manto de Hadrami color verde que solía llevar puesto Mahoma cuando predicaba en las calles de La Meca.

Allí estaba: el causante de semejante *fitna*, el caos que había sacudido a Arabia entera durante los últimos diez años. En cuestión de segundos, todo habría terminado y los señores de La Meca podrían empezar a restaurar el orden en la región.

Jalid se agachó sin perder de vista el acompasado movimiento del

manto, subiendo y bajando al ritmo de la respiración —que estaba a punto de ser la última— de la figura dormida. Era obvio que Mahoma estaba durmiendo tan profundamente, tal vez por encontrarse bajo los efectos de uno de esos ataques que él llamaba «revelaciones», que ni el clamor de la puerta saltando en mil pedazos lo había despertado.

Iba a resultar muy fácil.

Demasiado fácil.

Jalid sintió que se le hacía un nudo en el estómago cuando por fin la verdad abofeteó su alma de

soldado, bajó la espada y ordenó a sus dos hombres que retrocedieran.

Pero antes de que Jalid pudiera detenerlo, Ualid se abalanzó sobre la cama con el arma preparada para asestar el golpe:

—¡En nombre de los dioses! — exclamó al tiempo que la espada descendía... para encontrarse con el joven Alí tendido en el lecho y mirándole con aquellos ojos verdes, extraños e inquietantes.

La sorpresa hizo que el rostro de Ualid perdiera toda expresión y luego lo retorció en una espeluznante

mueca de furia; el guerrero alzó de nuevo la espada para matar a Alí, pero Amr se apresuró a detener al impulsivo joven.

—¡No! —exclamó mientras desviaba el golpe de la espada de Ualid hacia la derecha, con lo que fue el colchón el que recibió el corte y se formó una nube de plumas que resplandecieron al bañarlas la luz matutina.

Los habían engañado: Mahoma se había ido y los planes para asesinarlo habían fracasado estrepitosamente. Entonces Jalid

miró a Amr lleno de agradecimiento y éste, aún sin resuello por el repentino esfuerzo físico de llegar a tiempo para desviar el filo de la espada, le respondió con un gesto afirmativo de la cabeza. Si Ualid hubiera matado a un Alí desarmado, Abu Lahab no hubiera podido mantener su promesa de aceptar dinero en pago por la muerte de un miembro de su clan y Jalid se hubiera pasado el resto de sus días aguardando a que la venganza, que sin duda hubiera acabado por llegar de manos de los Bani Hashim, cayera



sobre él.

—Vámonos de aquí —ordenó Jalid.

—Pero... ¿y Mahoma?

—¿¡Es que no ves que no está aquí, estúpido!?

Jalid no pudo evitar mirar a Alí con respeto, ya que el muchacho había arriesgado su vida para salvar la de su primo Mahoma aunque su legendario manejo de la espada como si de un tercer brazo se tratase era sobradamente conocido. Hubiera sido una ventaja de incalculable valor contar con un joven así en las

filas de su ejército, pensó.

Alí hizo un gesto afirmativo dirigido al general mecano, como si le hubiera leído el pensamiento. A veces las *kahinas*, las brujas que vagaban por el desierto, decían que Alí poseía un sexto sentido que le permitía leer los corazones de los hombres, hasta vendían amuletos de bronce para proteger los pensamientos de la mirada escrutadora de aquel extraño joven. A Jalid esas supersticiones siempre le habían dado risa pero ahora que estaba frente a frente con esos ojos

misteriosos sintió un inexplicable escalofrío; en el momento en que abandonaba la habitación con sus hombres vio que Alí miraba a Ualid, que a punto había estado de quitarle la vida unos minutos antes.

—La próxima vez que nos veamos —dijo Alí sin alzar lo más mínimo la voz—, yo llevaré una espada en la mano y tú morirás.

Ualid se echó a reír pero la mirada penetrante que le clavó Alí le heló la sonrisa al instante. El orgulloso hijo de Utba, el hermano de la poderosa Hind, de repente

parecía aturdido e inseguro. El tono de Alí no era amenazante ni pendenciero, de hecho su voz estaba teñida de una inexplicable amabilidad, como si hubiera leído el libro de las vidas de ambos, hubiese visto cuál sería el final de Ualid y simplemente le estaba haciendo el favor de contárselo para que pudiese prepararse para lo inevitable.

Jalid sintió un deseo repentino de salir en busca de una de aquellas decrepitas *kahinas*, y ahora estaba dispuesto a pagar una fortuna por un amuleto que lo protegiera de aquel

joven aterrador cuyos ojos eran  
capaces de asomarse al otro mundo.

ME abracé los hombros tratando de protegerme del frío glacial que hacía en el monte Zaur, ya que el chal de lana no era suficiente para combatir el viento helado que soplaba mientras ascendíamos los más de mil codos que separaban la cima de las dunas de arena que rodeaban la falda de la montaña. Yo había subido a algunas de las colinas de los alrededores de La Meca pero nunca por una pendiente tan empinada como

aquella y desde luego no en plena noche. Mientras observaba a Asma avanzando con dificultad sin la menor queja pese a que el saco de provisiones que llevaba a cuestas se le clavaba cada vez más en el hombro, me iba preguntando cómo había sido capaz mi hermana de hacer aquel viaje infernal durante las últimas tres noches. En todas esas ocasiones me había ofrecido voluntaria para acompañarla, por supuesto, pero mi madre me lo había prohibido hasta que, la noche anterior, Asma había vuelto con

aspecto aún más exhausto que las anteriores y las manos ensangrentadas y llenas de arañazos de las afiladas rocas, y había anunciado que el Enviado quería verme. Me emocioné tanto de pensar que iba a pasar a formar parte del Gran Secreto y que podría ir a ver a mi padre a su escondite que me puse a dar palmas y saltos de alegría.

Ahora ya no daba palmas y me arrepentía profundamente de mi entusiasmo de hacía unas horas: me ardían las manos por las rozaduras que me estaba haciendo la cuerda



con que iba atado el saco de provisiones que llevaba a la espalda y que contenía carne seca envuelta en pieles de cordero además de varios odres de agua hechos con cuero resistente de camello, los suficientes para no deshidratarnos en el tortuoso viaje hacia el norte.

La luna desapareció tras una nube en el preciso instante en que trepaba por una roca resbalosa y me tropecé. De repente se me escapó la cuerda de las manos haciéndome una herida en la delicada carne de la palma y lancé un grito al notar el calor

abrasador de la rozadura en la piel, y entonces contemplé con horror como el saco chocaba contra una roca, se abría y las valiosas provisiones se esparcían por todas partes en medio de la oscuridad. Mi reacción instintiva fue bajar de la roca de un salto e intentar recuperar la carga antes de que desapareciera para siempre pendiente abajo.

Entonces sentí que perdía pie y comencé a caer dando tumbos por la ladera de la montaña hacia la sepultura envuelta en sombras que sin duda me aguardaba al llegar

abajo...

—¡Aisha! —oí gritar horrorizada a mi hermana y era como si la voz viniera de muy lejos.

Con una calma extraña, como si aquello no me estuviera pasando realmente, me pregunté si morir sería doloroso o si a la muchacha destinada a casarse con el Enviado se le concedería un trato especial, algo así como un sopor dulce que se abatiera sobre la víctima en el momento en que la tierra se alzase para reclamar a una más de sus díscolas criaturas.

—¡No te sueltes! —prosiguió la voz de Asma, ahora más clara y cercana y, durante un instante, me pregunté si habría saltado ella también detrás de mí.

Entonces la luna surgió entre las nubes y me di cuenta de que estaba agarrada a un arbusto de cardo y que las espinas se me estaban clavando en las manos, pero no sentía ningún dolor ya que seguía todavía sin asimilar lo que estaba pasando, en una especie de estado hipnótico del que salí inmediatamente cuando miré hacia abajo y vi las aristas

recortadas de las rocas que había en la falda de la montaña a cientos de codos de distancia.

En ese momento comencé a notar los terribles pinchazos en las manos y mi corazón se desbocó al tiempo que me inundaba un calor abrasador. No sé cómo pero logré no soltarme y entonces unas manos firmes tiraron de mí y me apartaron del precipicio. Me dejé caer sobre la dura roca cuya presencia bajo mis pies nunca antes me había parecido tan maravillosa y alcé la vista hacia el rostro de Asma, llena de gratitud. Mi hermana tenía

los labios apretados y su mirada era fría; al cabo de un rato me di cuenta de que estaba haciendo lo imposible por controlar el pánico pero en el momento me hirió ver la expresión adusta de su mandíbula.

—¿Te has vuelto loca? —me regañó mientras señalaba los restos del saco de provisiones que yo había arriesgado la vida para recuperar.

A la luz pálida de la luna vi que la mayoría de las vituallas se habían desparramado cerca: por lo visto yo era la única cosa que había estado a punto de caer por el precipicio en

medio de toda la confusión.

—¡Yo sólo quería ayudar! —  
respondí sintiéndome de repente muy  
pequeña y estúpida.

Asma aspiró por la nariz con  
gesto altivo:

—No te creas que matándote  
entrarás en el Paraíso.

Ha habido muchas noches en las  
que he deseado haber caído por el  
precipicio aquella noche, haberme  
estrellado contra las rocas igual que  
una muñeca de trapo. Y sin duda hay  
un sinfín de personas que también  
habrán deseado lo mismo. Y, sin

embargo, no era la voluntad de Dios, todavía tenía un papel que desempeñar en la historia de nuestra fe y confío en que algunas de mis contribuciones hayan resultado valiosas a nuestra gente pese al dolor y muerte de los que sería causante en años venideros.

Asma se puso de pie y, tras sacudirse el polvo negruzco de las manos, se arrancó un pedazo de la túnica y me vendó las manos con él para luego volverse hacia el saco y comenzar a recuperar las provisiones: se movía con cautela,



comprobando la firmeza del terreno a cada paso.

Vi que fruncía el ceño, arrugando la frente mientras clavaba la mirada en los odres de agua y los paquetes de comida, para desviarla luego hacia la cuerda rota que yo había usado para cerrar el saco. Suspiró:

—No puedo llevar todo esto sin una cuerda para cerrar el saco.

Instintivamente, miré los largos bombachos azules que llevaba ella puestos y propuse, tras un instante de duda:

—Usa la cinta de tus pantalones.

Asma me atravesó con la mirada y sentí que me ruborizaba pero, acto seguido, comenzó a desatar la cinta que sujetaba sus pantalones y la rasgó en dos, después cerró con ella el saco de provisiones y se sujetó los pantalones a la camisola con un precioso broche rosa que le había regalado su adorado Zubair.

Tras hacerme un gesto afirmativo más bien brusco con la cabeza que significaba «en marcha», mi hermana se echó a las espaldas mi saco y el suyo y reanudó la penosa ascensión por la falda de la montaña. Los

pantalones se le iban medio cayendo y amenazaban con hacerlo del todo en cualquier momento, así que se pasó el resto del camino maldiciendo entre dientes cuando, cada dos por tres, se veía obligada a volver a colocárselos bien.

Pese a todo lo que acabábamos de pasar (o tal vez debido a ello), no pude resistir la tentación de hacer lo típico entre hermanas y tomarle el pelo, así que cuando los pantalones de Asma se resbalaron hasta dejarle el trasero al aire, ella intentó —no sin poca dificultad— taparse y me

regañó al ver que me reía:

—¡No te quedes ahí como un pasmarote, ayúdame! —me gruñó.

—Si Zubair estuviera aquí, estoy segura de que él sí que te ayudaría —le respondí con un guiño.

Asma me atravesó con la mirada pero vi que se sonrojaba al pensarlo, tiró de los pantalones para taparse y continuó ascendiendo con paso decidido y la poca dignidad que le quedaba.

Por fin alcanzamos el último repecho antes de llegar a la cima donde una roca enorme de unos diez

codos de alto se alzaba sobre nuestras cabezas. Yo me quedé mirando mientras Asma escudriñaba la base de la inmensa pared de piedra buscando la entrada a la gruta: de pronto se paró en seco y se dibujó en su rostro una expresión de desconcierto.

—Creí que sabías dónde estaba... —le reproché, al tiempo que me asaltaba la duda de si estaríamos en la montaña correcta o si no habríamos escalado alguno de los otros picos cercanos que rodean al monte Zaur, y la sola idea de que

tuviéramos que subir más de mil  
codos a oscuras me resultaba más  
que espeluznante.

—Y lo sé... —replicó mi  
hermana con poca convicción—,  
debería estar justo aquí.

Asma bajó por una grieta rocosa  
del terreno hasta quedar de pie frente  
a la entrada de lo que parecía una  
pequeña gruta, justo lo  
suficientemente grande como para  
que un adulto pudiera entrar a gatas.

Pero, claramente aquélla no  
podía ser: la entrada estaba sellada  
con una gruesa tela de araña y había

un diminuto nido en el suelo, el hogar de dos palomas bravías que alzaron el vuelo aterrorizadas al oírnos llegar.

Era imposible que hubiera nadie en el interior porque tendría que haber roto la tela de araña para entrar y habría volcado el nido al hacerlo.

—No puede ser —dije.

Asma, totalmente desconcertada, se inclinó hacia delante para inspeccionar la tela de araña de cerca..., ¡cuando de pronto surgió del interior una mano a través de

ella!

No sé quién chilló más alto, si mi hermana o yo, pero nuestros gritos de sorpresa retumbaron por toda la cima sacudiendo las piedras que había a nuestro alrededor. Si las patrullas de los quraish hubieran estado cerca, sin duda nos habrían descubierto fácilmente.

Y entonces contemplé atónita como mi padre emergía de las profundidades de la gruta con una sonrisa exultante en los labios:

—¿Por qué habéis tardado tanto, hijas?



Nos lo quedamos mirando como si fuera un espectro hasta que por fin reaccionamos y nos arrojamos en sus todavía fuertes brazos pese a los años.

El Enviado de Dios salió entonces de la gruta también, con los ojos puestos en mí, y sentí que el rubor teñía mis mejillas, ya que casi no lo había visto después de que se celebrara nuestro compromiso y me daba vergüenza estar en su presencia.

Abu Bakr me besó en la frente y abrazó a Asma.

—Pero... la tela de araña... —

volví yo a la carga, pues no conseguía entender cómo podían haber entrado en la gruta sin romper los finos hilos.

—Una bendición de Dios —explicó mi padre con la voz ligeramente teñida de asombro.

Aquella mañana al despertar se habían encontrado con que la araña había sellado la entrada tejiendo su filigrana toda la noche. Durante el día, Jalid y sus hombres habían estado inspeccionando la zona en busca de su presa e incluso se habían acercado a la gruta pero, al ver la

tela de araña, los asesinos se habían alejado asumiendo que no podía haber nadie dentro: la diminuta araña les había salvado la vida.

Mientras mi hermana y yo tratábamos de asimilar el increíble relato, mi padre bajó la mirada hasta los pantalones medio caídos de Asma.

—¿Qué les ha pasado a tus ropas? —le preguntó un poco escandalizado.

—Ni preguntes —respondió ella entre dientes.

Asma le entregó los dos sacos de

provisiones y nuestro padre abrió los ojos como platos al ver que uno estaba atado con la cinta de los bombachos de mi hermana.

Se hizo el silencio durante un momento y entonces me sorprendió oír que el Enviado se echaba a reír de buena gana, con la cabeza hacia atrás y unas sonoras carcajadas escapando de su boca abierta de par en par. El Profeta sonreía a menudo pero rara vez lo había oído reaccionar ante lo cómico de una situación con tanto entusiasmo: su risa era ronca y contagiosa y los

demás no tardamos mucho en unirnos a él.

Por fin el Enviado recuperó la compostura y nos miró a las dos con ojos chispeantes.

—¡Bienvenidas, hijas de Abu Bakr! —nos saludó con mucha formalidad, como si hiera a invitarnos a entrar en una gran mansión en vez de en un agujero en la roca, y luego añadió—: En esta noche memorable en que el Islam mismo ha recibido nueva vida, vosotros también habéis vuelto a nacer y, como corresponde, os daré

nombres nuevos.

El Profeta se volvió hacia mi padre.

—Dios mismo ha elegido este nombre para ti, Abu Bakr *As Sidiq*, y así ha sido revelado en el Corán — declaró con voz cálida—. De ahora en adelante, también serás conocido como el Compañero en la Gruta.

Me di cuenta de que a mi padre se le llenaban los ojos de lágrimas y, al cabo de unos años, de hecho me confesaría que el gran honor de su vida había sido pasar esos días al lado del Enviado en la gruta y que

hasta el Señor de los Mundos lo hubiese reconocido como el único compañero de Mahoma cuando sus vidas corrían verdadero peligro.

En eso el Enviado, con una inconfundible sonrisa picara en los labios, se volvió hacia Asma y tomó en sus manos el saco que estaba atado con la cinta de sus pantalones.

—Y tú, Asma, serás para siempre la de las Dos Cintas —le dijo haciendo que mi hermana se ruborizara al ser el centro de atención del Profeta.

Siempre he tenido la desgracia

de ser impaciente y por aquel entonces poseía además la impetuosidad que da la juventud, con lo cual di una patada en el suelo, enfurruñada por que no se me hubiera incluido en aquella improvisada ceremonia de bautismos:

—¿Y yo? —exigí ignorando la mirada azorada de mi padre.

El Enviado se inclinó y me acarició las mejillas, que tenía rojas por el frío y el esfuerzo de la subida hasta la cima.

—Y tú serás mi *Humaira*, la Pequeña de la Cara Roja.



Oí que Asma se reía y le clavé una mirada encendida que hubiera fundido el acero. El Enviado volvió a reírse a carcajadas y de nuevo todos acabamos uniéndonos, incluida yo.

Cuando se apagaron las risas, pregunté algo importante que me atormentaba desde hacía tiempo:

—¿De verdad nos vamos a ir de nuestras casas?

La sonrisa del Enviado se desvaneció y vi que la sustituía aquella tristeza inefable tan característica suya: se volvió para

mirar por encima de la cumbre en dirección a La Meca y contemplar las titilantes luces de la ciudad que, como un millar de estrellas, se divisaban allá abajo, a cientos de codos de distancia. A la luz de la luna, me pareció ver el brillo de las lágrimas corriendo por sus mejillas.

Mi padre posó la mano sobre mi hombro suavemente y me hizo girarme para dejar al Enviado solo con su pena por haber perdido la ciudad que amaba, una ciudad que lo había rechazado y obligado a exiliarse.

—Pronto tendremos casas nuevas, pequeña —me tranquilizó Abu Bakr, y luego alzó la vista hacia el nordeste, más allá de las hogueras de La Meca, hacia el horizonte cubierto de nubes en el que ya resplandecían los tonos turquesa del despuntar del alba.

YO iba haciendo muecas de disgusto mientras el camello avanzaba con paso vacilante: me dolían las piernas después de llevar días sentada sobre los duros lomos del animal y la silla me había hecho rozaduras en los muslos, que tenía en carne viva. El viaje, que había comenzado hacía diez días cuando mi madre se puso en marcha siguiendo la ruta de las caravanas del norte para reunirnos con mi padre en

Yatrib, había resultado no tanto una aventura sino más bien una terrible odisea.

Mi fascinación inicial con las dunas de arena que se extendían hasta el infinito ante mis ojos se había transformado en aburrimiento a medida que la monotonía del desierto iba haciendo mella. Ya hacía tiempo que los penetrantes olores almizclados de las bestias habían anulado el aroma fresco y limpio de la arena y pensé —no sin cierto asco— que jamás conseguiría quitar aquel olor de excremento de camello

de mis ropas.

Hasta la emoción y la intriga en que había estado envuelta la partida del Enviado se nos habían negado, ya que los quraish no se dignaron hacer el menor esfuerzo para intimidarnos ni cerrarnos el paso hacia Yatrib: ahora que los musulmanes se habían instalado en el oasis no tenía sentido que se ganaran la enemistad de Yatrib amenazando a las mujeres y niños que iban a reunirse con los hombres. Así pues, mi madre, mi hermana y yo habíamos emprendido ruta para reunirnos con mi padre en

el exilio y mi primo Talha nos acompañaba para hacernos de guía y protector.

Hice otra de mis muecas cuando cruzamos una más de las interminables dunas para encontrarnos con más iguales extendiéndose ante nuestros ojos hasta el horizonte: nunca antes había reparado en la inmensidad del océano del desierto y me pregunté si tal vez no tendría fin, si Yatrib no sería más que una leyenda que les contaban a los niños pequeños, como las ciudades de los yin que se decía

eran los señores de las tierras desoladas de Nachd, al este.

—Odio este lugar —proclamé haciendo un mohín exagerado—. ¿Cuánto queda todavía?

—Paciencia, pequeña, Yatrib está justo detrás de esas colinas —me consoló mi primo Talha con una sonrisa. Debería haberme callado y dejarlo estar, pero tenía retortijones de tripa por culpa de una esplendorosa diarrea y por tanto andaba de muy mal humor y volví a la carga—: Lo mismo dijiste hace tres colinas —le reproché— y, si me



apuras, siete antes de éstas, también.

Talha soltó una carcajada:

—Se me olvidaba que tienes más memoria que un halcón de presa — me respondió al tiempo que inclinaba la cabeza para dar a entender que aceptaba mi reproche.

Yo logré esbozar una sonrisa: Talha siempre conseguía que se me pasara —aunque sólo fuera un poco — el mal humor. Yo lo había considerado toda la vida como un hermano mayor, y cuando mi hermana Asma me tomaba el pelo diciendo que nos casaríamos algún día mi

respuesta era el consabido ataque de vergüenza: para mí, era como un hermano. Pero, en los días anteriores a mi compromiso con el Enviado, Asma se había reído diciendo que quizá yo lo viera así pero que definitivamente él a mí no me consideraba como su hermana. Nunca me tomé en serio las burlas, pero al echar la vista atrás y recordar el rumbo terrible que habían de tomar nuestras vidas y la lealtad que Talha me mostró en todo momento, incluso cuando por seguirme acabaría directamente en el valle más

tenebroso, en ocasiones me pregunto si Asma no habría visto más de lo que yo quería que viera.

Contemplé el horizonte y traté de imaginar un mundo más allá de aquella nada infinita, un mundo de ciudades majestuosas con torres y calles empedradas, jardines y fuentes; un mundo en el que las mujeres lucían ropas vaporosas y los hombres cabalgaban a lomos de vigorosos corceles sosteniendo en una mano preciosos ramos de flores con los que conquistar el corazón de hermosísimas doncellas. Era un

mundo apacible, un mundo en el que los musulmanes podían caminar por la calle sin miedo a que los molestaran ni les robaran ni los apalearan. No había sitio para la fría brutalidad de La Meca en mi mundo imaginario y tampoco sabía si nuestro nuevo hogar se parecería o no a mi ideal.

—¿Allí estaremos seguros? En Yatrib, quiero decir... —le pregunté a mi primo que cabalgaba a mi lado.

Talha se encogió de hombros.

—Tan seguro como puede uno estar en este mundo cambiante...

Sus palabras hicieron surgir un pensamiento extraño en mi corazón, una pregunta que en realidad yo era demasiado joven para comprender pero que la humanidad lleva planteándose desde sus orígenes; tal vez los primeros que la plantearon fueron Adán y Eva cuando los expulsaron del Paraíso:

—¿Por qué tiene que haber cambios en el mundo?

El rostro ligeramente ensombrecido por la incipiente barba de Talha adoptó una expresión pensativa.

—No lo sé, Aisha, pero a veces los cambios son para bien.

Yo no sabía si creerlo y tampoco estaba segura de que ni el mismo Talha se lo creyera.

—Echo de menos mi casa —me limité a decir.

Talha apartó la mirada lleno de tristeza.

—Yo también, pero nos construiremos un nuevo hogar en Yatrib.

—¿Y vamos a tener que quedarnos mucho allí?

—Sí, lo más seguro —repuso él con firmeza—, pero es una ciudad preciosa con mucha agua y árboles muy altos; podrás salir a jugar a la sombra y, algún día, tus hijos harán lo mismo.

Hice una mueca.

—Yo no voy a tener hijos nunca —sentencié en tono provocador, a sabiendas de que mis padres albergaban esperanzas de que le diera al Enviado un hijo cuando nos casáramos.

Talha me miró de un modo extraño, con intriga más que

desaprobación.

—Pero ¿por qué dices eso?

Me recorrió un escalofrío al recordar los partos en los que había ayudado a mi madre como comadrona: los gritos de las mujeres me aterrorizaban y la sangre me daba asco.

—Duele demasiado, y además los niños son una molestia, ¿cómo voy a poder andar por ahí corriendo con ellos pegados a mis faldas? Si puedo evitarlo, no voy a tener hijos jamás —concluí con insolencia infantil de la que luego me he



acordado muchas veces: tal vez Dios oyó mis palabras ese día y decidió concederme aquel deseo impulsivo, algo que acabaría lamentando a medida que fueron pasando los años y mi vientre seguía yermo.

Talha me sonrió con dulzura.

—Puede que tu marido tenga algo que opinar al respecto...

Yo sabía que todo el mundo estaba enterado de mi compromiso con el Enviado pero se suponía que por el momento era un secreto, así que decidí actuar como si efectivamente lo fuera.

—Pues entonces no me casaré nunca —respondí ladeando un poco la cabeza con gesto altivo y haciendo que ondulara al viento mi cobriza melena.

—Ya veo...—me siguió el juego Talha—. ¿Y qué vas a hacer tú de solterona?

—Viajaré por el mundo. Quiero volar como los pájaros y ver todos los países que hay bajo las estrellas, los jardines de Siria, los ríos de Irak, las calles de Persia pavimentadas con oro y rubíes... Hasta puede que vaya a China, donde nace el sol —

declaré abriendo mucho los brazos para enfatizar una fantasía que, incluso entonces, sabía perfectamente que no era más que un imposible.

Cuando me giré hacia Talha vi en sus ojos un destello de tristeza que no comprendí. Asma cabalgaba a mi izquierda, muy seria y nos observaba sin perder detalle. De repente me sentí culpable, como si hubiera hecho algo malo aunque no sabía el qué.

Talha reparó en la mirada adusta de Asma y se sonrojó.

—Espero que tu deseo se haga realidad —se limitó a decir, y luego

espoleó su montura y se adelantó desapareciendo tras la cima de la siguiente duna.

Yo quería seguirlo, preguntarle qué era lo que le había hecho, pero en ese momento oí la voz de Asma, cortante como una daga rasgando el silencio.

—Ya basta —me regañó con voz sibilante.

—¿Ya basta de qué? —me volví para preguntar con mirada retadora.

—Basta de torturarlo. Estás prometida al Enviado, que no se te olvide nunca.

Estaba a punto de responder llena de furia cuando oí un grito: era Talha que volvía al galope señalando el horizonte con gran excitación.

Espoleamos los camellos atravesando la extensión de arena hasta llegar a la cima de una duna desde donde se divisaba lo que nos aguardaba al otro lado.

Mi corazón alzó el vuelo cuando lo vi por primera vez: un valle color esmeralda que parecía amorosamente situado en medio de las colinas volcánicas ennegrecidas por el sol y la lava, y cuyas majestuosas

palmeras se mecían al viento como para darnos la bienvenida.

También podía verse el resplandor del agua que tantas veces habían imaginado mis ojos durante los últimos días, pero en esta ocasión no era un espejismo. Las desiertas inmensidades daban paso a un camino empedrado que serpenteaba hasta perderse al otro lado de las amarillentas murallas de piedra de la imponente fortaleza, una construcción formidable que luego supe pertenecía a los judíos de la tribu de Bani Quraiza.

Una multitud de hombres y mujeres vestidos con vaporosas *abayas* blancas avanzaba por el camino hacia nosotros trayendo cestas de dátiles y jarras con agua fresca y se me inundaron los ojos de lágrimas cuando vi al Enviado de Dios liderando la comitiva y a mi padre a su derecha.

Tras días de viaje a través de aquella desolada inmensidad en la que no vivían más que las serpientes y los escorpiones, habíamos dejado atrás el fuego para encontrarnos a las puertas del Paraíso. Con el corazón

lleno de alegría, espoleé el camello  
colina abajo para llegar cuanto antes  
a Yatrib, mi nuevo hogar.



# 16

Yatrib, 622 d. C.

El día que comenzaron mis ciclos fue también el del bautismo de Yatrib como *Madinat un Nabi*, la Ciudad del Profeta, o Medina para abreviar. Durante los meses anteriores, el Enviado había demostrado ser un árbitro justo y había estado mediando en las disputas cotidianas entre las tribus de un modo que había conseguido que ambas partes del

litigio se sintieran respetadas en todo momento. Su creciente reputación de hombre de honor había abierto la puerta para que cada vez más gente prestara oídos a su mensaje sobre la Unicidad de Dios y la hermandad de todos los hombres, con lo que la mayoría de los habitantes de la ciudad acabaron convirtiéndose al Islam antes de que acabara el primer invierno. Además el Profeta se había ganado el respeto de la gente viviendo austeramente, a diferencia de los jefes de los clanes como Abdalá ben Ubay, que siempre hacía

ostentación de su riqueza y poder de manera intencionada con el propósito de mantener a las masas maravilladas y dóciles.

Cuando los musulmanes decidieron construir una *masyid*, una Casa de Oración, el Enviado trabajó codo con codo con los obreros más humildes, independientemente de la tribu o ascendencia, y colocó los cimientos con el sudor de su propia frente. Su rechazo de las diferencias de clase y afiliación tribal conmovió los corazones de decenas de habitantes de Yatrib que vieron en

Mahoma la oportunidad de acabar con siglos de división que no había traído más que derramamiento de sangre y desgracias, y cuando la *masyid* estuvo acabada, el Enviado declinó los ofrecimientos de sus ardientes seguidores para que se construyera un palacio y se limitó a hacerse una cabaña en piedra de una sola habitación en el patio de la Casa de Oración en la que vivía con la anciana Sauda y que no contaba con más mobiliario que un jergón de paja en el suelo.

El ejemplo de austeridad y

humildad que daba había contribuido más al avance del Islam de lo que se hubiera conseguido con un centenar de predicadores y ese día, cuando un consejo de ciudadanos decidió rebautizar Yatrib en su honor, se hizo patente que el Enviado no desempeñaba únicamente el papel de árbitro sino que, a todos los efectos, era también el líder indiscutible en aquel oasis. Yo era demasiado joven para entender que Ben Ubay, señor de los jazrach, y otros rivales no vieran en absoluto con buenos ojos el cariz que estaban tomando los

acontecimientos, aunque pronto se haría bien patente incluso para quienes no entendían de política.

En aquellos primeros tiempos, yo vivía en la casa de mi padre, una cabañita que no se parecía en nada a la gran mansión que habíamos abandonado en La Meca, pero hacía ya tiempo que me sentía prisionera en aquel palacete y estaba encantada de poder correr y jugar a mis anchas en nuestro diminuto patio sin temor a que algún mecano furibundo, lleno de resentimiento contra nuestra religión, me molestara.

En eso estaba la tarde que mi vida cambió, persiguiendo a una nueva amiga llamada Leila por el minúsculo jardín que mi madre había plantado en el patio. Leila era la hija de una viuda cuya herencia le había devuelto el Enviado después de que los parientes de su padre trataran de arrebatarles el derecho a un pozo en las afueras de la ciudad: sin poder contar con el pozo por cuyo uso cobraban a las caravanas que pasaban por la ciudad, su madre se habría quedado sin ninguna fuente de ingresos y lo más seguro es que no le

hubiese quedado más remedio que recurrir a la prostitución, una auténtica explotación además de una práctica reiterada en el oasis que el Enviado se esforzaba diligentemente por eliminar.

A lo lejos se oía la dulce y melodiosa voz de Bilal, el esclavo africano cuya libertad había comprado mi padre después de ver a Omeya torturarlo por haber renunciado a los dioses paganos: estaba de pie en el techo de la *masyid* entonando las hermosas y cautivadoras palabras del Azán, la



llamada a la oración de los musulmanes:

*Dios es grande. Dios es grande.*

*Declaro que no hay otro dios sino Alá.*

*Declaro que Mahoma es Su Enviado.*

*Venid a orar. Venid a la salvación.*

*Dios es grande.*

*No hay otro dios sino Alá.*

Leila y yo jugábamos a pillar por

entre las dos palmeras que marcaban la linde de la pequeña propiedad de mi padre y yo me reía con el deleite osado que sólo un niño sin la menor preocupación en el mundo puede experimentar. A veces pienso que ése fue el último instante de absoluta inocencia y despreocupación en mi vida y, en ocasiones, incluso hoy, a veces voy a visitar esa estrecha lengua de tierra de la que ya hace mucho que cortaron las palmeras y me pongo a recordar.

Me había estado doliendo la tripa todo el día y me imaginé que el

cordero asado de la noche anterior no me había sentado demasiado bien, pero cuando atravesé el patio a la carrera notando el cosquilleo de las diminutas briznas de hierba bajo los dedos desnudos de mis pies y la caricia de los brotes de jacintos y crisantemos en mis tobillos, el puro gozo de estar viva hizo que se me olvidaran todos los males.

Era más rápida que Leila, de hecho era más rápida que casi todo el mundo que conocía, y la pobre chiquilla resoplaba y bufaba mientras corría tras de mí tratando

desesperadamente de agarrar el dobladillo de mi falda. Cuando se lanzó a por mí entre risas la esquivé haciendo un requiebro digno del más ágil de los guepardos pero Leila no se daba por vencida y se disponía a volver a la carga con energías renovadas cuando se le enredó el pie en unas hierbas altas y cayó al suelo arañándose una rodilla con la cálida y fértil tierra.

—¿Te has hecho daño? —le pregunté mientras corría hacia ella para ayudarla.

Leila lloraba tanto que cualquiera

diría que le habían cortado el pie, así que le eché un vistazo para ver qué tipo de herida se había hecho pero, por lo menos hasta donde yo podía ver, no era más que un ligero rasguño en la rodilla y ni siquiera lo tenía en carne viva.

—¡No seas tonta —le dije un poco molesta por tanto dramatismo —, pero si ni siquiera sangras!

Leila sorbió por la nariz y se secó los ojos, y sólo entonces me di cuenta de que me estaba mirando con expresión horrorizada.

—Yo no, pero tú sí.

Y, con esas tres palabras, mi infancia tocó a su fin.

Bajé la vista hacia donde ella señalaba con el dedo y me quedé de piedra: se me había deslizado el vestido hacia arriba al sentarme en el suelo y podía verse un fino reguero de sangre que me bajaba por la pierna.

Después de aquello, durante unos cuantos días no ocurrió nada de

especial y yo me empeñaba en negar que hubiese habido el menor cambio. Oía a mis padres cuchichear con premura a altas horas de la noche pero, por una vez en mi vida, no sentía la más mínima curiosidad por saber de qué hablaban. Tal vez fuera porque mi corazón ya intuía que la vida que había conocido hasta entonces se había terminado: ahora era una mujer y estaba prometida a un hombre. No era más que cuestión de tiempo que esas dos realidades condujeran a una conclusión inevitable, pero yo no quería

enfrentarme a ello y seguía jugando con Leila y a las muñecas, y empecinada en no llevar el pañuelo con que las mujeres musulmanas solían cubrirse la cabeza decorosamente. Mi madre decidió no presionarme con ese tema y me dejó fingir durante algunos días más que seguía siendo una niña.

Y por supuesto que en el fondo seguía siéndolo: a los nueve años, la pubertad me había llegado uno o dos antes que a la mayoría de las niñas, algo que tal vez habría sido previsible puesto que me había



empezado a crecer el pecho de forma visible hacía un par de meses, pero mi corazón seguía siendo el de una niña pequeña y mis padres se habían desvivido para que continuara riendo y bailando como tal, para que siguiese siendo la cría que los hacía sonreír cuando la carga de los años se les hacía demasiado pesada.

Sin embargo nada dura eternamente y podemos luchar contra esa verdad y dejar que nos consuma la pena o rendirnos a la evidencia y permitir que la corriente del río de la vida nos lleve. La rendición era lo

que me habían enseñado desde mi más tierna infancia porque ése era el significado mismo del término *Islam*, rendirse a la Voluntad de Dios.

Estaba jugando en el balancín con Leila cuando llegó el momento.

—¡Aisha, entra en casa! —me llamó mi madre una tarde.

Noté que se le quebraba ligeramente la voz, como si tratara de contener la emoción. En ese mismo instante supe lo que pasaba: bajé del balancín y le di un beso a Leila hecha un mar de lágrimas, como si me estuviera despidiendo de ella para

siempre, y entonces eché a andar  
hacia la casa con la cabeza baja.

MI madre y Asma me lavaron la cara con agua cristalina de un cuenco de hierro y, después de quitarme la ropa de jugar, me ayudaron a ponerme una túnica nueva de rayas rojas y blancas que dijeron venía de una de las diminutas islas que componían el reino de Bahrein, al este: era mi vestido de boda; esa noche me casaría con el Enviado y, a la tierna edad de nueve años, estaba a punto de convertirme en la Madre

de los Creyentes, una posición de prestigio tanto en este mundo como en el Más Allá. Y sin embargo me sentía muy poca cosa, muy pequeña y en absoluto preparada para esa responsabilidad. Tenía la cabeza llena de preguntas para las que no encontraba respuesta: ¿cómo iba a ser la esposa, en cualquier acepción del término, de un hombre que me llevaba más de cuarenta años y cuyas hijas incluso eran mayores que yo? ¿Y cómo iba yo, que no sabía de memoria más que un puñado de suras del Corán, a desempeñar el papel de

líder espiritual y mentora de los musulmanes? Recordé la conversación que mis padres habían tenido años atrás y en la que Abu Bakr le había contado a mi madre que Gabriel le había revelado el matrimonio al Profeta en una visión: ¡seguro que el ángel se había equivocado! Durante tres años había permitido que la historia del sueño del Enviado alimentara mi vanidad y orgullo infantiles pero, ahora, lo que más hubiera deseado en este mundo era caer en el olvido y que me ignoraran por completo.

Cuando mi madre me abrochó el cuello de la túnica sentí como si me cubriera con una mortaja; me dio un beso en la frente y sonrió, y yo quería devolverle la sonrisa pero no me acordaba ni de cómo.

Entró mi padre vestido con una larga túnica amarilla y turbante. Iba un poco más encorvado de lo normal y se tiraba de la barba rala —que se había teñido de *henna*— con gesto nervioso. Abu Bakr me contempló ataviada con aquel vestido de rayas y un velo color azafrán cubriéndome los cabellos y vi que se le llenaban

los ojos de lágrimas.

Me tendió la mano y yo se la agarré con fuerza, noté el familiar tacto rugoso de la palma encallecida y el leve chasquido de los huesos cuando me apretó los dedos. Él no dijo nada y yo tampoco, salimos de la casa de la mano seguidos por Um Ruman y Asma, y caminamos por las calles a medio pavimentar de Medina. El aire olía a jazmín, un aroma sensual y agradable, pero eso no ayudó en nada a combatir mi miedo, el miedo que toda virgen siente la noche de su boda. Lo que yo



sabía de la vida en ese sentido lo había aprendido de ver a los perros vagabundos en los callejones de La Meca y el que hombres y mujeres también hicieran lo mismo siempre me había parecido divertido y a la vez repulsivo. Había oído que la primera vez era dolorosa para muchas mujeres y de repente me aterrorizó pensar en lo que me esperaba: yo lo que quería era volver corriendo a la seguridad de mi cama y que mi madre me cantara nanas hasta que me venciera el sueño.

Notaba todas la miradas puestas

en mí mientras avanzábamos por las calles: mujeres con los mandiles puestos salían a la puerta de sus casas para verme pasar y hombres vestidos con túnicas de vivos colores se me quedaban mirando y se decían cosas en voz baja, tal vez comentaban que, efectivamente, los rumores de que la nueva esposa del Enviado era muy hermosa eran ciertos. Reparé en que sus ojos nunca se posaban en la anodina Asma y sentí una punzada de dolor por ella al tiempo que rezaba con todo mi corazón para que Zubair emigrara a

Medina y se casara con ella, eso haría que las comadres dejaran de chasquear la lengua a su paso con aire de desaprobación. El hecho de que yo, diez años más joven, fuera a casarme con el hombre más respetado de la ciudad mientras que Asma vivía suspirando por un amor que tal vez nunca se materializaría no hacía sino echar más leña al fuego de las habladurías. Nunca he sentido más indignación que en aquel momento por la forma injusta en que se juzga a las mujeres por su apariencia en vez de por su alma.

Por fin llegamos a la *masyid* y sentí que había dejado de pensar, y de respirar también. Más que un edificio propiamente dicho, la Casa de Oración era más bien un patio de paredes hechas con troncos de palmera y adobes. Hacía una hora que el sol se había puesto y ya había concluido la última plegaria del día, la *Magrib*, por lo que la explanada de oración estaba prácticamente vacía a excepción de unos cuantos hombres y mujeres piadosos que todavía seguían arrodillados rezando: su fervor y dedicación a

Alá era tan grande que ni se dieron cuenta cuando la pequeña comitiva nupcial entró en el patio.

Miré hacia la cabañita de adobe de Sauda en la esquina orientada al sureste y dejé escapar un grito ahogado al ver que habían construido—apresuradamente, pues no estaba el viernes anterior cuando había asistido a la oración común con mi padre— otro aposento similar junto al de ella. Imaginé que debía de tratarse de mi nueva casa y reparé en que, como la de Sauda, consistía en una sola habitación que no debía de

ser mucho más grande que mi dormitorio de nuestra casa de La Meca.

Vi la luz titilante de una vela en el interior y sentí como si se me paralizara el corazón cuando mi padre me llevó de la mano hacia el que sería mi nuevo hogar; a medida que nos acercábamos, reparé por primera vez en un grupo de mujeres que había reunidas a la puerta, las esposas e hijas de los Compañeros más próximos al Profeta de entre los *Muhayirun* (los 'Inmigrantes' de La Meca) y los *Ansar* (los 'Defensores'

que los protegían en Medina).

—¡Que sea para bien y para mayor felicidad, por muchos años! —exclamaron animadamente, y yo quería darles con algo en la cabeza.

Seguí a mi padre hasta el interior y vi que el Enviado estaba sentado en un pequeño jergón cubierto con una suave piel de cordero que comprendí —no sin cierta emoción— iba a ser nuestro lecho. Sus ojos oscuros resplandecían con aquel brillo extraño y yo bajé la mirada inmediatamente al notar que el torbellino de emociones que sentía

estaba haciendo que me ruborizara.

Las mujeres que habían venido a recibirme me engalanaron con toda una serie de pequeños abalorios: una pulserita de coral, un pasador de marfil para el cabello, un anillo de plata con una piedra azulada que debía de ser una amatista o un zafiro...

Cuando terminaron me condujeron hasta el Profeta y me colocaron a su lado sobre la piel de cordero, el único mobiliario que había en la minúscula estancia. El Enviado me sonrió con dulzura y



luego abrió la mano y vi en su palma un collar de cuentas de ónice: mis aterrorizados ojos debieron de lanzar un destello vivaz en el momento en que se posaron en las hermosas piedras negras salpicadas de motitas blancas y doradas porque todos los presentes se rieron y fue como si se hubiera disipado la tensión que había en el ambiente.

El Enviado me lo colocó al cuello que, pese a mi corta edad, ya era esbelto y elegante. Tuvo que forcejear un poco con el cierre y por un momento pensé que tal vez

estuviera tan nervioso como yo, pero por supuesto ésa era una idea ridícula puesto que era un hombre hecho y derecho que había tenido dos esposas y cuatro hijas que ya estaban en edad de darle nietos.

Cuando apartó las manos de mi cuello, la mía voló instintivamente hacia el collar, el primer regalo que me hizo Mahoma como mi esposo y amante. En los años venideros, yo guardaría aquel collar como mi mayor tesoro pero, en pago a mi devoción, éste habría de ser la causa de no poco escándalo y pesar. ¡Qué

extraño resulta ahora pensar que una cosa tan pequeña pueda cambiar así la vida de una muchacha! Y sin embargo el hecho es que el collar encerraba un destino terrible que no sólo cambiaría mi vida sino también la historia del mundo.

No obstante, nadie habría podido predecir algo así excepto el Profeta seguramente, y la verdad es que me he preguntado en muchas ocasiones si supo alguna vez la terrible destrucción que acarrearía su pequeño obsequio. El collar, que comenzó siendo una bendición, una

señal de amor, acabaría convirtiéndose en una maldición, un heraldo de muerte.

El Enviado tomó en sus manos un pequeño cuenco lleno de leche de la que se habían colado cuidadosamente las natas, dio un sorbo y luego mirándome a los ojos me lo ofreció; al devolverle la mirada me recorrió un escalofrío que no supe identificar dada mi corta edad pero ahora sé que era deseo: una ola de calor inundó mi cuerpo y sentí un cosquilleo en el estómago; bajé la cabeza, avergonzada y desconcertada al

mismo tiempo por aquella misteriosa sensación totalmente nueva para mí y, aterrada, me negué a beber del cuenco con un movimiento brusco de la cabeza.

Sin embargo el Enviado me lo acercó a los labios y me ordenó con dulzura:

—Bebe, *Humana*.

Hubo algo en su manera de decir el apodo que él mismo me había dado que me provocó un cosquilleo aún mayor en el estómago y noté que una gota de sudor se deslizaba por mi nuca hasta los hombros.

Lo miré de nuevo y asentí, luego me incliné hacia delante y apoyé los labios en el borde del cuenco dejando que la leche fresca fluyera por mi garganta. El corazón empezó a latirme más deprisa, y ya no era sólo por miedo.

Bebí mi parte y le pasé el cuenco a mi hermana que estaba a mi lado. Asma dio un sorbo, se lo entregó a mi madre, y luego a su vez fue pasando entre todos los presentes. Me llevé una gran sorpresa cuando volvió a las manos del Profeta porque parecía seguir tan lleno como

al principio, pero ignoré aquel pensamiento asumiendo que eran imaginaciones mías.

La ceremonia había concluido y me había convertido en lo que había prometido el ángel y aquello con lo que soñaban, aunque fuera en secreto, todas las muchachas que conocía.

Era la Madre de los Creyentes.

Mi padre se puso de pie, besó la mano del Profeta y luego posó sus cálidos labios en mi frente.

—¡Que Alá bendiga a las dos personas que más amo en este

mundo! —dijo, y luego se volvió, disponiéndose a partir al igual que hicieron las mujeres.

La sencilla puerta de madera de palma se cerró a sus espaldas y nos quedamos solos. El Enviado me sonrió, me tomó la mano y noté que el tacto de la suya era sorprendentemente frío pese a los vestigios del calor asfixiante del día que impregnaban el aire aquella noche; era como si lo recorriera una brisa fresca que sólo él podía sentir. Yo reparé en el ritmo acompasado de su pulso y aquella suave cadencia me



tranquilizó, los latidos desbocados que retumbaban en mi pecho se fueron calmando poco a poco hasta que llegó un momento en que fue como si compartiéramos un único corazón, un único aliento.

Miré directamente aquellos ojos color ébano, más negros que la medianoche, y me vi reflejada en sus profundidades infinitas, pero lo que vi no fue la imagen que reflejaba el espejo cada mañana sino que parecía mayor, más sabia, mi cuerpo de niña era el de una mujer, mis cabellos ya no eran rojizos como la puesta de sol

sino castaños aunque lanzaban destellos encendidos como el fuego de las llamas; además ya no sonreía, un orgullo y una indignación justificada que no alcanzaba a comprender resplandecían en mis ojos color ámbar; luego me vi envejecer, mis cabellos se volvieron grises y mi rostro se llenó de arrugas pero seguía brotando de él una belleza que se había tornado fría y aterradora; después la visión cambió de nuevo y me había convertido en otra criatura, mitad humana y mitad ángel, mi pelo y los huesos de mi

cara lanzaban destellos pálidos como la luz de la luna que parecían brotar de mi interior; al mirar a los ojos a esa mujer de otro mundo, a ese espíritu venido de los confines del tiempo y el espacio, vi que ya no había más tristeza.

Sólo amor.

La visión terminó y volví a ser consciente de que estaba a solas con el Enviado. Me estaba mirando de un modo raro y por un momento me pregunté si él también la habría visto pero no dijo nada al respecto sino que se limitó a acariciarme el rostro

deleitándose en la delicada suavidad de una piel que ningún otro hombre había tocado jamás.

Se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—No tengas miedo.

Clavé la mirada en aquellos ojos negros que no eran de este mundo y respondí con toda sinceridad:

—No, no tengo miedo.

Esbozando una cálida sonrisa me tomó en sus brazos y yo me dejé llevar, abandonándome, perdiéndome en la exquisita sensualidad de sentir

su cuerpo apretado contra el mío.

No hubo temor. No hubo dolor.

Sólo hubo luz.

# **LIBRO SEGUNDO**

## **EL NACIMIENTO DE UNA CIUDAD**

# 1

## *La Meca, 623 d. C.*

Los musulmanes habíamos huido de La Meca, pero nuestros enemigos no nos daban tregua. El establecimiento de una comunidad independiente de musulmanes fuera del control de los oligarcas árabes era una amenaza aún mayor que la presencia de los creyentes en la ciudad santa puesto que, desde nuestro enclave estratégico de

Medina, podíamos bloquear las rutas de las caravanas que se dirigían al norte. Los musulmanes habían pasado de ser vistos como una chusma acorralada a convertirse en una fuerza organizada con poder para cortar el flujo de comercio hacia La Meca del que vivía la ciudad y, dándose cuenta de que la guerra entre las dos comunidades era inevitable, Abu Sufian decidió tomar medidas preventivas.

Estaba jugando con mis amigas el día que nos llegaron noticias de la nueva estratagema de La Meca: yo



gateaba por el suelo de la diminuta habitación con un caballo de madera en la mano, un regalo que había pertenecido a mi hermana Asma desde que era pequeña y formaba parte de una colección de figuras de animales de granja que mi padre le había traído de regalo a la vuelta de un viaje de negocios a Saná dos años antes de la Revelación. Al convertirse al Islam, mi padre destruyó todos los ídolos que poseía y se había dispuesto a lanzar también al fuego aquellas reproducciones en madera de sándalo, pero Asma se

sentó a la puerta de casa a llorar con desconsuelo la inminente pérdida de sus juguetes por culpa de la nueva fe, el Enviado la vio y le dijo a Abu Bakr que devolviera las figurillas a la niña: las muñecas y los juguetes no eran ídolos fabricados en representación de falsos dioses sino simplemente una fuente de entretenimiento para los niños.

En años posteriores, cuando el celo de los creyentes se hizo tan grande que comenzó a prohibirse toda representación o imagen por considerarse idolatría, yo sacudí la

cabeza llena de frustración al recordar la delicada sabiduría de mi esposo que siempre había predicado una religión moderada. La obstinada resistencia de los musulmanes a obedecer al sentido común y su obsesión con seguir la Ley al pie de la letra ignorando el espíritu de la misma siempre ha sido la pesadilla de nuestra comunidad y, ahora que el Enviado ya no está para poner coto a tales desmanes, temo que las posiciones dogmáticas y el extremismo irán cada vez a más.

Pero, por aquel entonces, gracias

a la paciente y comprensiva aprobación del Enviado, yo podía seguir usando mis juguetes y los disfrutaba al máximo. Mis amigas Leila, Munira y Rim me habían venido a hacer una visita ese día y nos habíamos pasado toda la mañana jugando a pillar entre grandes risas, tal y como habíamos hecho siempre antes de mi boda con el Profeta. Ahora estábamos las tres tiradas en el frío suelo de piedra haciendo una carrera entre nuestros respectivos caballitos de madera cuando en el umbral apareció una sombra.

Alcé la vista y me encontré con el Enviado que nos observaba con una sonrisa divertida en los labios. Las otras niñas lanzaron un grito avergonzado y trataron de escurrirse por su lado en dirección a la calle pero él les cerró el paso con sus fuertes piernas.

—¿Qué hacéis? —preguntó.

Mis amigas se pusieron rojas y tartamudearon con un hilo de voz toda una retahíla de torpes excusas, pero yo me había dado cuenta de que no estaba enfadado.

—Estamos jugando —respondí

con el corazón en un puño, pues la visita de mis amigas era un breve respiro en medio de las obligaciones de mi nueva posición en la comunidad que yo necesitaba desesperadamente: su presencia me había hecho sentir de nuevo como la niña que aún era y no quería volver todavía al papel de mujer casada y Madre de los Creyentes.

El Enviado se agachó para ver lo que tenía en la mano, posó la mirada en el caballito y sonrió, tal vez al recordar las palmas de alegría de Asma cuando él mismo había

salvado aquel juguete de las llamas del fuego.

Tomó la figurilla en su mano y la examinó como si estuviera deleitándose en el fino trabajo de artesanía yemení que hacía que el caballo pareciera casi de verdad.

—¿Y a qué jugabais?—se limitó a preguntar.

Reuní el resto de figuras que había esparcidas por el suelo — vacas, camellos, un cordero decorado incluso con una fina capa de lana de verdad— y se las mostré llena de orgullo.

—Jugábamos a los Caballos de Salomón —respondí.

La sonrisa del Enviado aceleró los latidos de mi corazón y me provocó una sensación rara en el estómago que me recordó que era una mujer y no sólo una niña, por mucho que me empeñara en fingir lo contrario.

El Profeta detectó en mis ojos el brillo que siempre resplandecía en ellos cuando se despertaba mi deseo y me hizo un guiño pícaro para luego llamar con un gesto de la mano a las otras niñas que se habían



apelotonado en un rincón.

—Salomón es mi hermano —dijo poniéndose a gatas y agarrando un caballo de juguete pintado de blanco—. Venid, que yo también quiero jugar con vosotras.

Mis amigas lo miraron atónitas: ¿el Enviado de Dios quería jugar con ellas?

Y entonces el Profeta colocó su corcel blanco a la par con mi semental negro y comenzó a gatear por el suelo a toda velocidad retándome a que lo alcanzara si podía. Yo me reí, seguí su ejemplo y

al final conseguí que mi caballo ganara al suyo.

Mis amigas seguían sin dar crédito a lo que veían, pero, de pronto, se echaron a reír y se pusieron a jugar con nosotros, de modo que, al rato, un pequeño tropel de figuritas de animales trataba de dar alcance a la montura del Enviado: los Caballos de Salomón galopando hacia la victoria.

Yo le gané la carrera hasta la otra pared de la pequeña estancia en la que, además del jergón cubierto con piel de cordero, ahora también

había una bandeja de madera que hacía las veces de mesa durante las comidas; mi montura la saltó por encima emprendiendo el vuelo igual que los caballos alados del Paraíso y continuó a toda velocidad hacia la puerta.

Entonces me quedé inmóvil al ver en el umbral una figura imponente cuyo enorme cuerpo eclipsaba la luz del sol: incluso cuando mis ojos todavía no se habían acostumbrado a la repentina oscuridad, ya sabía que sólo podía ser Umar ben al Jattab, que se quedó

allí de pie con los brazos cruzados sobre el fornido pecho y, tras bajar la vista hacia la escena de las chiquillas jugando con el Enviado que tenía ante los ojos, esbozó una mueca de desaprobación.

Mis amigas se precipitaron hacia la puerta entre grititos y Umar se hizo a un lado y dejó que salieran despavoridas; yo me apresuré a ponerme de pie, corrí al rincón donde se había quedado tirado mi pañuelo y me tapé rápidamente la rojiza melena con la tela color azul noche mientras Umar se estaba

inclinando ya para hablar con el Profeta que seguía de rodillas con el juguete en la mano.

—¡Necesitamos tu consejo, oh, Enviado de Dios! —lo informó con una gravedad en la voz que hizo que la actitud de mi esposo cambiara inmediatamente: volvía a ser el líder de una comunidad desesperada que se había estado teniendo que enfrentar a la enfermedad y el hambre desde que se había refugiado en el oasis.

En un instante fui consciente de cómo todo el peso del mundo caía

otra vez sobre sus hombros y de repente entendí por qué el Enviado disfrutaba tanto con nuestros inocentes juegos de chiquillas: en un mundo en el que su gente había de enfrentarse a diario a la ominosa sombra de la muerte sobrevolando sus cabezas, un mundo en el que si cometía el menor error podía desbaratar la tenue tranquilidad que había conseguido para su gente pagándola tan cara, los niños le hacían olvidar la pesada carga del liderazgo durante unos breves y maravillosos instantes.

El Enviado salió al patio con gesto serio y yo me quedé sentada en el umbral de mi puerta abierta de par en par contemplando la polvorienta explanada amurallada que hacía las veces tanto de casa de oración como de sala de reuniones para la incipiente comunidad de creyentes. Una multitud de musulmanes prominentes se había reunido allí y yo sentí que una nube de tensión se cernía sobre la *yamat* allí congregada.

Ante el Enviado sentado en círculo con sus seguidores, Umar

habló de la crisis que se había desatado:

—Hemos recibido informes muy preocupantes de La Meca —comenzó a decir—, los mecanos se han hecho con las propiedades de los *Muhayirun* y las han vendido.

Al oír la noticia se produjo un murmullo enfurecido hasta que el poderoso Hamza alzó una mano pidiendo silencio:

—Los beneficios los han dedicado a comprar productos en Damasco —apostilló el tío del Profeta con voz sonora que reverberó



en las troncos de palma que sustentaban las paredes—, la caravana vuelve de Siria en dos semanas.

Umar se mesó la tupida barba lleno de ira.

—¡La Meca llena sus arcas con nuestras posesiones mientras que los creyentes tienen que luchar contra viento y marea a diario para conseguir suficiente comida que llevar al plato!

El Enviado paseó la mirada entre los hombres deteniéndose un buen rato en cada uno como si estuviera

leyendo en el libro secreto de sus corazones.

—¿Y qué es lo que deseáis consultarme? —preguntó al fin.

Umar se puso de pie y comenzó a pasear en círculos tratando de liberar la ira que lo carcomía por dentro.

—¡Queremos recuperar lo que es nuestro! —proclamó—. La caravana nos pertenece por derecho, ¡tenemos que detenerla y confiscar la carga!

Vi desde la puerta de mis aposentos como los hombres asentían con la cabeza alzando además la voz para expresar su total acuerdo.

Pero entonces Uzman, el apuesto yerno del Profeta, se levantó con una expresión triste y apesadumbrada escrita en el rostro.

—La Meca no nos entregará la mercancía sin presentar batalla —afirmó con voz suave—, ¿estamos dispuestos a ir a la guerra contra ellos?

Alí, que estaba sentado a los pies del Enviado también se puso de pie justo en frente de Uzman.

—No es cuestión de si estamos o no dispuestos —sentenció con una

expresión indescifrable en sus misteriosos ojos verdes—, todos los hombres aquí presentes lucharían y morirían por Dios y su Enviado. El problema es que no podemos hacerlo sin obtener primero el permiso de nuestro Señor.

Y, dicho eso, Alí posó la vista en el Enviado. Mi marido le devolvió la mirada y luego la bajó para clavarla en sus propias manos sin decir palabra.

Abu Bakr rozó el hombro del Profeta con la mano y, cuando tomó la palabra, su voz sonó calmada y

firme.

—Durante los últimos catorce años nos hemos mantenido firmes y hemos respondido a todas las provocaciones con paciencia y resignación —dijo mi padre—, sin embargo nuestra medida no ha hecho sino envalentonar cada vez más a los idólatras que han acabado por echarnos de nuestras casas y ahora pretenden quitarnos también nuestro medio de vida. No buscamos la guerra pero ya la tenemos sobrevolando nuestras cabezas.

El Enviado miró a su amigo a los

ojos durante un largo rato y luego se volvió hacia Hamza.

—¿Y tú qué dices, tío?

Hamza se quitó el pesado arco que llevaba colgado sobre un hombro y lo dejó en el regazo del Enviado:

—Hay un tiempo para la paz; y también hay un tiempo para la guerra. —Como el Profeta no respondía nada, Hamza se arrodilló ante él y le tomó las manos entre las suyas—. Sé que aborreces el derramamiento de sangre, pero si no nos mostramos firmes ahora los mecanos lo interpretarán como una debilidad y

sus ejércitos no tardarán en aparecer a las puertas de Medina. Ha llegado el momento de luchar.

Mi esposo se levantó por fin.

—Rezaré para que Dios me guíe —fue todo cuanto dijo antes de retirarse de vuelta a mis aposentos y cerrar la puerta a mis espaldas cuando lo seguí al interior.

Al leer en su rostro la profundidad de las emociones encontradas que estaba experimentando se me partió el corazón: Mahoma, que Dios lo bendiga y le conceda paz, no era un

hombre violento; nunca lo vi golpear a nadie y su ira no solía manifestarse más que en la inequívoca señal del ceño fruncido distorsionando sus bellas facciones. Incluso en una ocasión me contó que, de pequeño, los otros niños se burlaban de él porque se negaba a participar en peleas callejeras. Su delicadeza no tenía cabida en el implacable desierto donde a los hombres se les enseñaba que la crueldad y la virilidad eran una misma cosa. Mahoma había vivido más de cincuenta años conforme a un credo



pacifista que cada vez se hacía más difícil de mantener.

La afluencia de peregrinos había llevado al límite los recursos de Medina y la mala cosecha de dátiles no había hecho sino empeorar las cosas para los recién llegados. La comida valía tanto como el oro y, sin recursos adicionales, el hambre acabaría por diezmar a la comunidad de seguidores de Mahoma: hombres, mujeres y niños que lo habían perdido todo porque creían en él; gentes que lo habían seguido a través de las inmensidades desiertas y

ahora se enfrentaban a la certeza de una muerte lenta y dolorosa a medida que el hambre fuera causando estragos.

Atacar la caravana de La Meca y apoderarse de su carga por lo menos aliviaría temporalmente nuestra desesperación y se podría aprovechar parte de lo confiscado para comprar comida y medicinas a los comerciantes de paso por la ciudad, pero por otro lado nos expondría a las represalias de La Meca. Y además el Enviado sabía que, una vez comenzaran a sonar los

redobles de los tambores de guerra, el eco de su estruendo se seguiría oyendo hasta la eternidad.

Mi amado esposo se tendió sobre la piel de cordero y cerró los ojos mientras meditaba qué camino había de seguirse: no hacer nada y contemplar de brazos cruzados la digna muerte silenciosa de su gente, ver cómo la fe en un único Dios sucumbía incluso antes de nacer, o empuñar la espada y permitir que manara un reguero de sangre que podía acabar convirtiéndose en una auténtica riada. No había respuesta

fácil y lo cierto era que no le envidiaba en absoluto por la difícil decisión que tenía que tomar.

Sin saber qué más hacer, me deslicé a su lado, le rodeé el pecho con los brazos y apreté mis pequeños pechos contra su torso con la esperanza de que el consuelo de mi feminidad incipiente aliviara un tanto su pesar.

Noté que se quedaba muy quieto a medida que el sueño lo iba venciendo; a mí cada vez me pesaban más los párpados también y me fue envolviendo el sopor. Mientras me

precipitaba en el abismo sombrío de los sueños pude oír el tumulto atronador de los cascos de los Caballos de Salomón recorriendo la tierra al galope y tuve la impresión de que se dirigían a la guerra.

ME despertaron en medio de la noche las violentas sacudidas que sufría en sueños el cuerpo del Enviado: tenía el rostro cubierto de sudor pese a haber refrescado mucho a esas horas y por un momento, temiendo que hubiera sucumbido a las fiebres del oasis, me puse a zarandearlo con nerviosismo creciente, pero no reaccionó.

En esto, sin previo aviso, abrió los ojos de golpe y vi que brillaba en

ellos el fuego aterrador de la Revelación; sus labios se movían y oí brotar de ellos aquella inquietante Voz que era y no era la suya y pronunciaba la Palabra de Dios que cambiaría para siempre el rumbo de la Historia.

*Combatid en  
el camino de  
Dios a quienes  
os combaten,  
pero no seáis los  
agresores.*

*Dios no ama*

*a los agresores.*

Se me llenaron los ojos de lágrimas: la decisión estaba tomada y la pureza sencilla del Islam quedaría mancillada para siempre por el rojo carmesí de la sangre.

A la mañana siguiente me coloqué de pie tras el Enviado junto con la otra esposa-hermana mayor, Sauda, mientras él anunciaba la Voluntad de Dios ante la muchedumbre hacinada



en el patio de la *masyid*.

—¡He aquí que el Señor ha revelado estas palabras de su Libro!  
—dijo blandiendo por primera vez, que yo recordara, una espada—:

*¡Matadlos  
donde los  
encontréis,  
expulsadlos de  
donde os  
expulsaron!*

*La  
persecución de  
los creyentes es*

*peor que el  
homicidio:*

*no los  
combatáis junto  
a la Mezquita  
Sagrada*

*hasta que os  
hayan  
combatido en  
ella.*

*Si os  
combaten,  
matadlos:*

*ésa es la  
recompensa de*

*los infieles.*

*Si dejan de  
atacaros,  
ciertamente  
Dios será  
indulgente,  
misericordioso.*

*Matadlos  
hasta que la  
persecución no  
exista y esté en  
su lugar la  
religión de Dios.*

*Si ellos  
cesan en su*

*actitud, no más  
hostilidad si no  
es contra los  
injustos.*

Vi la agitación en los rostros de los presentes, que murmuraban entre ellos deleitándose en que Alá les hubiera dado permiso para luchar contra sus perseguidores. Se repetían unos a otros los versos revelados pero me di cuenta de que la parte que aconsejaba templanza no la mencionaban de tan buen grado.

Uzman también reparó en ese

hecho y sacudió la cabeza con pesar al ver la sed de sangre escrita en los ojos de algunos de los hombres más jóvenes. Allí, que estaba a su lado, vio el gesto de disgusto de Uzman y le clavó la mirada.

—¿Por qué no te alegras al oír el mandamiento de Dios? —exigió saber con voz atronadora que resonó por toda la *masyid* y, de repente, todas las miradas estaban puestas en Uzman.

—Me regocijo en las palabras de Dios pero siento un gran pesar por esta *Uma* —respondió el bondadoso

joven—. Temo que una vez se manchen de sangre las espadas de los creyentes ya no haya forma de parar la hemorragia.

El Enviado lo miró a los ojos y vi tristeza en su mirada; fue como si, en su corazón, mi marido albergara el mismo temor.

Pero algunos de los impetuosos jóvenes vieron en las delicadas palabras de reproche de Uzman la huella de la traición:

—¡Eres un viejo cobarde! —lo recriminó un muchacho de cabellos castaños que no podía tener más de

trece años—, la única sangre que tienes miedo de derramar es la tuya. ¡Ojalá corra por las calles de Medina algún día!

Aquellas palabras fueron recibidas por algunos de los presentes con un torrente de risas y unos cuantos amigos del bravucón escupieron al dobladillo de la fina túnica de seda azul de Uzman. La encantadora hija del Profeta, Ruqaya, posó una mano protectora en el brazo de su esposo a medida que los abucheos iban en aumento hasta convertirse en un clamor: había

caído enferma con las fiebres del oasis y, en vez de tener las mejillas sonrosadas como solía ser el caso, estaba muy pálida y unas profundas ojeras echaban a perder la hermosura de sus ojos, pero aun así pude leer en la firmeza de la línea de su mandíbula el desafío implícito a cualquiera que insultase a su marido o pusiera en duda su lealtad.

En la furia que sacudió a la muchedumbre en esos momentos vi por primera vez en mi joven vida la posibilidad de que surgiera la enemistad de musulmanes contra



musulmanes, y se me revolvió el estómago de pensar que la sed de sangre que se había desatado para defender nuestra comunidad podría algún día hacerla jirones. Allí de pie, presa de una indignación justificada que estaba a punto de hacer que el corazón se me saliese del pecho, nunca habría podido imaginar que era yo la que estaba destinada a abrir las compuertas de esa riada letal.

Vi que el rostro de Mahoma se ensombrecía cuando, de pronto, rauda como una centella, se puso junto a Uzman, le tomó la mano

derecha en la suya y con la otra volvió a envainar la espada que había estado empuñando hacía un momento, luego sostuvo en alto el arma en su vaina de cuero rojo para que todos la vieran y dijo con dureza:

—Sabed que Dios posee una espada que permanecerá envainada mientras Uzman viva, pero si alguien lo mata la espada será desenvainada y así permanecerá hasta el Día del Juicio.

Sus poderosas palabras consiguieron acallar a la multitud de

inmediato y vi que los ojos de su yerno se anegaban de lágrimas: aquel hombre amable, que era el único de todos los quraish que compartía con mi esposo el rechazo que le provocaba el derramamiento de sangre, estaba horrorizado por haber causado semejante tumulto. Al ver la ira en los ojos de mi marido y la tristeza en los de Uzman, los creyentes se sintieron avergonzados y comenzaron a dispersarse.

Mientras la gente se iba marchando posé la mirada una vez más en el briboncillo que había sido

el causante de todo: al ver que aquellos jovenzuelos pendencieros a los que el Profeta había regañado más de una vez por sus excesos en el pasado estaban mirando fijamente a Uzman con un odio disimulado a duras penas, se me heló la sangre pues tuve la premonición de que iba a pasar algo terrible.

Recé fervientemente a Alá para que los preparativos de la batalla acabasen siendo innecesarios: el Enviado había mandado una patrulla a las afueras de Medina y cuando llegara la caravana de Siria nuestros

jinetes la rodearían y desarmarían a los guardias para llevarse las provisiones a Medina. Si no se perdía ninguna vida tal vez en La Meca seguirían los consejos de sus dirigentes más sensatos que sabían que nos habían robado y simplemente nos estábamos limitando a recuperar lo que era nuestro, así que cabía la posibilidad de que el asunto se zanjase de una manera honrosa. Siempre y cuando no hubiera derramamiento de sangre durante el asalto a la caravana, cabía la esperanza de que la guerra pudiera

evitarse y la espada permaneciera envainada para siempre.

Al alzar la vista al cielo vi nubes de tormenta en el horizonte y, experimentando una sensación de vacío en el estómago, tuve la certeza de que no se me concedería lo que había pedido.

**POZOS de Badr,**  
**17 de marzo de 624 d. C.**

Al final, la guerra nos llegó con la misma certeza implacable que la muerte: no hubo forma de resistirse a ella, al igual que es inútil resistirse a los ángeles que aparecen a la hora señalada para reclamar el alma y, como la fuerza inexorable de la muerte, la guerra trajo consigo tanto un final como un principio para

nuestro pueblo.

La caravana con todas sus riquezas, oro y especias de Jerusalén y Damasco, había sido una trampa concebida para atraernos fuera de nuestras casas hacia el campo de batalla. Siguiendo hasta el último detalle de la estrategia cuidadosamente planeada por Hind, Abu Sufian había ordenado que, en vez de pasar por las negras colinas que rodeaban Medina siguiendo la ruta tradicional, la caravana emprendiera el camino de la costa que corría paralelo al ancho mar que



separaba Arabia de Egipto y Abisinia.

Y, mientras el Enviado ordenaba a un pequeño grupo de unos trescientos hombres que esperaran ocultos en las afueras de Medina el paso de la caravana, un ejército de miles de mecanos armados hasta los dientes avanzaba hacia el norte para atraparnos.

Nos encontraríamos frente a frente con nuestro destino en una lengua de tierra pedregosa situada al sureste conocida como Badr, un enclave en el que solían hacer una

parada los comerciantes que iban hacia el Yemen porque contaba con pozos donde podían hacer acopio de agua limpia, el bien máspreciado de una caravana. El Enviado salió hacia allí con una patrulla armada tan sólo para una escaramuza pero calamitosamente pertrechada para enfrentarnos a lo que nos aguardaba. Viajábamos en una hilera de unos setenta camellos y tres caballos y yo iba detrás de mi marido en una camella de pelaje rojizo llamada *Qasua* que era su favorita. Las mujeres de Bizancio y Persia,

acostumbradas a ocultarse tras los muros de estancias perfumadas mientras sus hombres arriesgaban la vida, se habrían sorprendido, pero las árabes solían acompañar a los guerreros para servirles de inspiración y recordarles por qué estaban luchando. Ésa era una costumbre árabe que el Enviado respetaba con lo que, en los años que siguieron, fui testigo de muchas batallas y hasta puede que la incómoda familiaridad con el fragor de la batalla fuera lo que me llevó a excederme en aquel día infame para

el que por aquel entonces aún faltaban décadas.

Cabalgamos por el paso de montaña al nordeste hasta entrar en el valle de Badr que estaba prácticamente rodeado en todos los flancos por colinas: en aquel inmenso abrevadero no había más que tres vías de acceso o escape que eran la ruta por la que habíamos venido, un paso al noroeste hacia el camino de Siria por el que esperábamos ver aparecer la caravana y una senda al sur en dirección a La Meca. El valle en sí

mismo estaba sorprendentemente lleno de vida y rebosante de frondosa vegetación gracias al riego de los numerosos pozos. El Enviado ordenó levantar el campamento cerca de la ruta de Medina y los hombres instalaron una cisterna para tener fácil acceso al agua. Se estableció un pequeño puesto de mando colocando en círculo varios postes hechos de troncos de palmera y cubriendo la circunferencia resultante con una lona negra que sirviera para protegerse del sol implacable. Aquél fue el lugar donde el Profeta celebró

las reuniones para debatir la estrategia con sus generales mientras yo miraba hacia el norte con el corazón desbocado por los nervios y la anticipación que lo impregna todo en el campo de batalla.

Estábamos eufóricos porque habíamos logrado hacernos con los pozos sin oposición y confiábamos en que pronto ocurriría lo mismo con la caravana. Y entonces un par de centinelas que habían sido enviados a vigilar el avance de la caravana trajeron noticia de que Abu Sufian se había desviado y la excitación se

tornó frustración. El Enviado estaba pensando en levantar el campamento y emprender el regreso a casa cuando comenzó a oírse el rumor de los tambores por el sur.

Habíamos caído en la trampa y teníamos el ejército de La Meca a nuestras puertas.

Al cabo de un rato, el paso del sur era un hervidero de guerreros en reluciente cota de malla que hacían ondear sus estandartes rojos y azules con aire amenazador. Sus gritos de burla y provocación dirigidos a nuestro cómico contingente

retumbaron por todo el valle y el pavor se extendió por nuestro campamento.

Me senté junto al Profeta, que se había retirado al puesto de mando en cuanto apareció el ejército enemigo para arrodillarse en el suelo a orar en silencio con los ojos cerrados y el ceño fruncido, tratando de comunicarse con los ángeles para que lo guiaran de algún modo. Mi padre estaba de pie detrás de él con un alfanje inmenso en la mano, preparado para defender al Enviado si los mecanos atravesaban nuestras



defensas, que estaban empezando a formar en torno al puesto de mando en ese momento.

Me llevé la mano a la frente para que la deslumbrante luz del sol no me cegara y, al bajar la vista hacia el ejército de La Meca que continuaba su avance, se me hizo un nudo en el estómago. No cabía duda de que nos superaban ampliamente en número pese a que la bruma que envolvía el paso del sur hacía muy difícil estimar la cantidad exacta de enemigos a los que habríamos de enfrentarnos; yo calculaba que la superioridad de La

Meca era de dos a uno (después me enteraría de que, de hecho, había sido de tres a uno) y ni siquiera merecía la pena evaluar nuestras posibilidades de victoria frente a aquel enemigo tan claramente superior en número y mejor armado.

Se me pasó por la cabeza un pensamiento triste: que, a los once años y después de todas las vicisitudes que había pasado ya en mi corta vida, era muy probable que ésta tocara a su fin allí mismo antes de que se pusiera el sol, ya que, a pesar de que los paganos no veían

con buenos ojos el asesinato de mujeres y niños (y yo era ambas cosas), me llegaba del otro lado del valle el olor inconfundible de la sed de matar: salvaje, animal, irreflexiva. Cuando el fuego de la guerra se encendía en los corazones de los hombres, las mujeres y los niños corrían el peligro de morir y efectivamente morían, como siempre había sido el caso a lo largo de la Historia, y yo no tenía la menor garantía de que el enemigo fuera a mostrarse clemente conmigo. Claro que, por otro lado, tal vez la muerte

junto a mi esposo y mi padre fuera preferible a lo que me harían si me capturaban y me llevaban de vuelta a La Meca como esclava.

Entonces oí un grito que venía de las líneas enemigas, miré al otro lado del valle y vi que tres mecanos rompían la formación y caminaban sin el menor signo de temor hacia la explanada rocosa que separaba los campos de los adversarios; los reconocí inmediatamente como tres de los líderes más prominentes de La Meca: Utba, padre de Hind, avanzaba un paso por delante de su

hermano Chaiba y su hijo Ualid, los tres empuñando sendas espadas desenvainadas que lanzaban destellos bajo la luz cegadora del cielo raso. Se trataba de un antiguo ritual de guerra del que había oído hablar pero que nunca había presenciado con mis propios ojos: antes de entrar en batalla, las tribus árabes tenían siempre por costumbre enviar a sus guerreros más temidos a enfrentarse en un duelo de honor cuerpo a cuerpo; y los mecanos habían enviado a Utba, cuyos ojos verde y ámbar se parecían tanto a los

de su hija que me pregunté si no se trataría de Hind en persona disfrazada de hombre.

Utba se dirigió a la franja de tierra que separaba a los dos ejércitos, contempló las filas de los musulmanes enfundados en viejas armaduras de cuero que empuñaban espadas y lanzas oxidadas y soltó una carcajada para luego escupir al suelo, como si retar a hombres de tan poca envergadura fuese un ultraje a su propio honor. Y entonces vi que clavaba la mirada en un joven que estaba junto a Hamza en primera

línea de combate y la sonrisa sardónica del mecano se volvió una mueca de infinita sorpresa.

En ese momento caí en la cuenta de que el joven alto y esbelto al que se había quedado mirando era su hijo Abu Huzaifa, quien, al igual que la hija de Abu Sufian, Ramla, se había unido a los musulmanes haciendo aún más enconada la enemistad entre Mahoma y los líderes tribales que lo acusaban de haber seducido a sus hijos con su brujería. Vi la mirada atribulada de mi esposo mientras contemplaba a padre e hijo

observándose desde lados opuestos del campo de batalla y entendí que el Enviado nunca hubiera permitido que Abu Huzaifa formase parte de la patrulla si hubiera sabido que éste sería el resultado.

Pero Utba recuperó la compostura al cabo de un instante y descendió sobre sus facciones una especie de velo acerado que ocultó completamente lo que estaba sintiendo, agitó su espada en alto con gesto amenazante y pronunció la tradicional fórmula del desafío:

—¡Mahoma, he aquí los leones



de los quraish! —rugió—. ¡Envía hombres dignos de enfrentarse a nosotros o sufre la ignominia de la rendición!

Vi con horror que Abu Huzafa desenvainaba la espada y daba un paso al frente dispuesto a batirse en un duelo a muerte con su propio padre, pero Hamza reparó en la mirada severa de mi esposo y sujetó al joven por el hombro al tiempo que le decía:

—No, tú no.

Al volver a la formación, la máscara desafiante que también

parecía cubrir las facciones de Abu Huzaiifa cayó y pude ver en sus ojos un terrible pesar.

Acto seguido percibí a mi lado el murmullo de los ropajes del Profeta al ponerse en pie para elegir a los guerreros que representarían a los musulmanes. Recorrió con la mirada los rostros expectantes de sus soldados y luego tomó una decisión que estaba segura de que le partía el corazón porque los mejores para enfrentarse al reto de Utba eran precisamente hombres con los que compartía lazos de sangre; escogió a

tres de sus familiares más queridos: su primo Ubaida ben Hariz, su tío Hamza y Alí, al que trataba como a un hijo. Las lágrimas hacían que me escocieran los ojos. No alcanzaba ni a imaginarme lo difícil que debía de ser enviar a la gente más querida a enfrentarse a una más que probable muerte ante tus propios ojos.

Los tres elegidos de la *Ahl al Bait*, la 'Casa del Profeta', avanzaron con paso altivo hacia el campo de batalla y se colocaron frente a sus oponentes. Hamza había lanzado a un lado su arco para sustituirlo por un

alfanje y Ubaida sostenía en alto un sable con incrustaciones de piedras preciosas en la empuñadura que resplandecía en sus manos.

Entonces Alí desenvainó su espada y oí un grito ahogado que me sorprendió darme cuenta había salido de mis propios labios. El arma no se parecía a ninguna que hubiera visto antes, pues la hoja se dividía en dos en la punta dándole el aspecto de la lengua bífida de una serpiente. La empuñadura era de plata bruñida y la hoja de punta doble estaba grabada con filigranas de oro y un acabado

negro que sugería que no había sido forjada en hierro sino en algún otro metal que yo no había visto jamás. Después supe que la espada tenía nombre, Dul Fiqar, y pertenecía al Enviado en persona. A lo largo de los años, siempre que le preguntaba dónde había comprado un arma tan magnífica y poco común se limitaba a sonreír y cambiaba de tema.

Alí describió círculos con la muñeca con la que sostenía el arma y Dul Fiqar cortó el aire emitiendo un extraño sonido silbante que no hizo sino aumentar el misterio. El

guerrero avanzó para colocarse frente a frente con un adversario y vi que clavaba la mirada en Ualid, uno de los hombres que habían intentado asesinar al Profeta la madrugada que éste escapó de La Meca; los dos se miraron de un modo extraño y recordé lo que Alí había contado de aquella noche y de cómo le había prometido a Ualid que la próxima vez que se encontraran, el hermano de Hind moriría.

De pronto las nubes ocultaron el sol —algo raro porque hacía escasos minutos el cielo estaba

completamente raso— y se proyectó una sombra sobre el campo de batalla.

Hubo un momento de terrible silencio, como si la Historia misma estuviera conteniendo el aliento, y luego, con un grito furioso, Utba se abalanzó hacia los hombres que habían respondido al desafío. Ubaida se movió para interceptarlo y sus espadas se entrecruzaron con una violencia espeluznante. Al instante Hamza comenzó a luchar con Chaiba y Alí hizo lo propio con Ualid.

Saltaban chispazos mientras los

hombres se batían denodadamente y había cierta belleza aterradora en la danza que parecían interpretar mientras luchaban. Pese a su edad y tamaño, Hamza giraba sobre sí mismo y esquivaba los ataques con la agilidad de un joven, y Ubaida asestaba golpes tan furibundos que me sorprendió que la espada de Utba no saltara en mil pedazos al interceptarlos.

Me fijé en Alí que parecía moverse a distinta velocidad que los demás, como si el tiempo fuera a cámara lenta a su alrededor, y cuyos



movimientos eran bellos y elegantes, parecidos a los de un pez nadando en una corriente suave. El desconcierto se apoderó de Ualid cuando se dispuso a defenderse del ataque de Alí; se diría que él también sabía que había algo en su oponente que lo hacía diferente y vi miradas de consternación en los rostros de los hombres de ambos bandos mientras Alí peleaba desde ese extraño mundo onírico en el que sólo parecía habitar él.

Pensé que debía de haber salido el sol de nuevo porque Dul Fiqar

comenzó a relucir y lanzar destellos y el filo resplandecía igual que si Alí empuñara una antorcha, pero al instante me sorprendió darme cuenta de que el campo de batalla seguía bajo la sombra de las nubes, con lo que no encontraba ninguna explicación plausible para la misteriosa luz que emanaba de la espada.

Ualid también lo vio y se quedó boquiabierto. En ese preciso instante, Alí alzó el arma y con una gracia digna del águila cuando se lanza en picado a por su presa le cortó el

cuello a Ualid. La cabeza del joven cayó de sus hombros al suelo limpiamente y brotó la sangre del cuello cercenado igual que la lava de un volcán. El cuerpo decapitado de Ualid permaneció inmóvil un instante, se diría que presa de la incredulidad, y luego por fin se desplomó.

Las palabras proféticas de Alí, pronunciadas la noche en que el Enviado escapó de sus asesinos, por fin se habían cumplido.

Oí un débil gemido y vi que Abu Huzaiifa luchaba por guardar la

compostura después de ser testigo de la decapitación de su hermano, y entonces la nube que había cubierto repentinamente el sol se evaporó de modo igualmente misterioso y la luz volvió a inundar el campo de batalla. Utba se puso muy pálido al ver la cabeza de su hijo en el suelo a escasa distancia y, con el alarido terrible de un hombre que ya no desea vivir, se abalanzó sobre Ubaida.

Al cabo de un instante vi que Hamza hería a Chaiba en el hombro: su arma desgarró los músculos y atravesó el hueso hasta cortar el

brazo con el que su oponente empuñaba la espada y el guerrero quraish murió en medio de un charco de sangre con el cuerpo sacudido por las convulsiones.

Utba se había quedado solo contra tres hombres y aun así continuaba luchando como si contara con todo un ejército; la locura reflejada en sus ojos le daba un aspecto de ferocidad que yo no he vuelto a ver nunca en ningún campo de batalla. El primo del Profeta, Ubaida acabó cayendo al suelo ante el empuje de aquellos mandobles

furibundos y entonces, de pronto, hizo un movimiento rápido con la pierna, que golpeó en el tobillo al jefe mecano, quien cayó también, pero asestando al mismo tiempo un último golpe brutal con el que cortó la pierna de Ubaida por encima de la rodilla. Éste lanzó un alarido de dolor mientras comenzaba a brotar la sangre mezclándose con jirones de carne desgarrada del muñón en carne viva, y oí un terrible grito de angustia que salía de la garganta de Mahoma.

Utba consiguió volver a ponerse en pie y avanzó hacia Ubaida

dispuesto a propinar el golpe mortal, alzó la espada... y entonces Alí lanzó su espada Dul Fiqar desde donde estaba, ésta giró en el aire igual que un disco describiendo un vuelo de la más absoluta precisión y la punta de doble hoja le cortó la muñeca a Utba.

El mecano no gritó y no parecía sentir dolor, simplemente se quedó allí de pie, desarmado y completamente solo, contemplando con ojos brillantes el cuerpo sin cabeza de su amado hijo. Entonces Hamza se lanzó sobre él y le

atravesó las costillas con una estocada de su poderosa espada que emergió por la espalda de Utba como si de un cuchillo ensartando una nata de leche se tratara.

Pese a estar herido de muerte, el guerrero permaneció de pie con una espada clavada en el corazón; vi que miraba al otro lado del campo de batalla hacia el hijo que aún le quedaba con vida, el traidor que había preferido a Mahoma en vez de a él, y el horror privó al rostro de Abu Huzafa de toda expresión cuando miró a su padre moribundo a



los ojos.

Y entonces Utba hizo algo que nunca olvidaré ni tal vez siquiera entenderé: sonrió a Abu Huzaifa y asintió con la cabeza, como si estuviera orgulloso de él; luego, con un último espasmo, el padre de Hind cayó de rodillas al suelo y volvió junto al Dios cuya existencia había negado.

Se extendió el más absoluto silencio por todo el valle mientras los mecanos, horrorizados, enviaban soldados a recuperar los cuerpos de sus guerreros muertos. Hamza y Alí

levantaron a Ubaida que, pese a estar prácticamente sumergido en una laguna de su propia sangre, de alguna manera, había conseguido sobrevivir y lo llevaron al puesto de mando del Enviado recostándolo con la cabeza sobre el regazo de mi esposo. Mi padre se arrodilló al instante junto al herido y trató de vendarle la enorme herida y parar la hemorragia, pero todos sabíamos que Ubaida había perdido demasiada sangre para que los esfuerzos de Abu Bakr fueran a dar el menor resultado ya.

Una sombra se cernió sobre

nosotros y vi a Abu Huzaifa allí de pie, mirando a los hombres que habían matado a su padre, su tío y su hermano; se llevó la mano al cinto en dirección a la empuñadura de su propio filo y sentí que surgía un grito de alarma en mi pecho... pero Abu Huzaifa se limitó a desatar un pequeño zaque de piel de lobo que llevaba junto a la espada y se arrodilló para verter un poco de agua en los cuarteados labios de Ubaida y ofrecerle así un último sorbo con que calmar la sed antes de que el ángel se lo llevara.

Ubaida bebió con avidez y luego comenzó a toser sangre, lanzó una mirada agradecida a Abu Huzaifa y me pareció leer en sus ojos que suplicaba su perdón. El joven no le respondió con una sonrisa pero sí asintió con la cabeza y luego se alejó a llorar a sus muertos en soledad.

Ubaida se volvió hacia su primo Mahoma a quien había seguido hasta la muerte.

—¿Entonces... soy... un mártir?

Los negros ojos de mi marido resplandecían con el fulgor de las lágrimas.

—Desde luego que sí.

Ubaida sonrió y por fin su cuerpo quedó inerte.

El Profeta le cerró los ojos y se puso en pie ante el ejército de La Meca. El ritual del desafío había terminado.

Y la Batalla de Badr estaba a punto de comenzar.

CONTEMPLÉ el poderoso ejército que, al otro lado del campo de batalla, se disponía a avanzar para vengar las muertes de sus héroes. El olor acre de la sangre todavía impregnaba el aire y casi podían paladearse el manto de sudor y miedo que cubría el valle de manera parecida a como lo habían hecho las sombras de las repentinas nubes durante el desafío.

Entonces surgió una figura alta y

elegante de las filas mecanas y se me heló la sangre al ver que Abu Jahl se adelantaba con zancadas majestuosas hasta detenerse junto al charco de sangre que marcaba el lugar donde había caído Utba; alzó la vista hacia nuestro puesto de mando y luego aplaudió con aire de desprecio.

El Profeta lo miró a los ojos sin decir palabra; Abu Jahl apartó la mirada al fin para clavarla en mí mientras se dibujaba una sonrisa en sus labios carnosos; yo reaccioné cubriéndome el pecho con el chal, y su sonrisa se hizo más amplia al ver

mi desasosiego, como un lobo que acabase de descubrir cuál era el cordero más desvalido de todo el rebaño. De pronto me vinieron a la mente imágenes terribles de lo que ocurriría si nuestros hombres eran derrotados y me llevaban a la tienda de Abu Jahl como prisionera y esclava, pues me atormentaba el recuerdo de cómo aquellas manos bien cuidadas habían desgarrado sin la menor vacilación el vientre de Sumaya.

—Parece que confraternizar con bellas muchachas no os ha robado el



valor, musulmanes —dijo Abu Jahl haciendo una reverencia exagerada —, pero tres contra tres es una lucha igualada... ¿Está vuestra raquítica patrulla preparada para enfrentarse al poder de mil hombres? Moriréis todos antes de que se ponga el sol.

El Enviado se agachó hasta el suelo y lo observé desconcertada mientras alargaba los firmes dedos hacia la arena pedregosa que había bajo sus sandalias: agarró un puñado de piedrecillas y las encerró en el puño.

Luego mi esposo se levantó y

avanzó unos pasos hasta quedar él también solo en el campo de batalla mirando fijamente a los ojos a Abu Jahl, que se encontraba a unos pasos de distancia.

—En nombre de aquel en cuyas manos está el alma de Mahoma —comenzó a decir el Profeta—, juro que ningún hombre perderá la vida hoy, luchando con la inquebrantable esperanza de que será recompensado, avanzando y no retrocediendo, sino que Dios le abrirá las puertas del Paraíso de par en par al instante.

El eco de sus palabras recorrió

el valle como si las mismas rocas que lo circundaban estuvieran hablando. Vi que nuestras primeras líneas se colocaban en una impecable formación en línea recta justo detrás del Profeta, con las cabezas bien altas y las armas preparadas para el combate. El contraste con los desorganizados soldados mecanos que ni siquiera se mantenían erguidos era impactante. En ese momento comprendí por qué el Profeta había insistido en que los hombres y las mujeres se colocaran en perfecta formación todos los viernes durante

la oración común: la disciplina y unidad que habían practicado durante los últimos años se habían convertido en algo natural; los musulmanes no eran trescientos individuos enfrentándose a un millar sino un solo cuerpo gigantesco cuyas partes se movían y actuaba al unísono. Viendo aquel despliegue de disciplina marcial sentí que se encendía en mi corazón una llama de esperanza en que tal vez podríamos sobrevivir a aquel enfrentamiento.

El Enviado dio un paso hacia delante y alzó el puño como si

estuviera sosteniendo una jabalina. Abu Jahl retrocedió un tanto lleno de recelo pues intuyó que estaba a punto de suceder algo, y sus ojos se clavaron inmediatamente en los arqueros musulmanes cuyas flechas mortales, todas sin excepción, lo estaban apuntando.

Comenzó a soplar un viento fuerte cuyos aullidos recordaban a los de los chacales, las repentinas ráfagas levantaron una polvareda y surgieron inmensas nubes de arena de la tierra pedregosa.

Y entonces vi a Mahoma, que

Dios lo bendiga y le conceda paz, agitar el puño y lanzar las piedrecillas que había recogido de debajo de sus sandalias hacia el ejército quraish: los diminutos guijarros volaron por la explanada como un centenar de lanzas planeando a toda velocidad para sembrar la muerte en su destino.

—¡Sean desfigurados estos rostros! —resonó la voz del Enviado plena de autoridad, y yo me quedé maravillada al reconocer la Voz que oía brotar de sus pulmones durante los momentos de Revelación.

Y entonces se produjo la gran explosión: los musulmanes cargaron directamente contra el ejército mecano levantando una nube de polvo que se lanzó igualmente a la carga contra los quraish. Oí gritos de furia y vítores a medida que nuestros soldados se abrían paso por el campo de batalla plantando cara a las aturdidadas fuerzas enemigas que trataban de defenderse pero veían como la repentina tormenta de arena que los atacaba por todos los flancos echaba por tierra sus esfuerzos.

Aunque agucé la vista tratando de

distinguir qué estaba pasando, los remolinos de arena me lo impedían, pero sí oía el choque de metal contra metal y los alaridos de dolor de los heridos. El aire seco se llenó de pronto de un terrible olor a sangre, entrañas y excrementos, los tres olores que desprenden los moribundos como si de una última maldición contra la crueldad del mundo que les ha deparado tan mala fortuna se tratara. Yo tenía la boca dolorosamente seca y notaba el gusto salado del ardiente viento tratando de colarse en mis pulmones; caí



hacia atrás tosiendo y haciendo esfuerzos por respirar; el suelo estaba frío y húmedo, como si estuviera atrapada dentro de una tumba.

El delirio de la batalla siempre juega a la mente malas pasadas y mientras avanzaba dando tumbos buscando dónde refugiarme del vendaval me pareció oír el estruendo del galope de caballos retumbando a mi alrededor y, como sólo habíamos traído tres y los quraish en cambio tenían docenas de ellos, experimenté una punzada de pánico y miré a mi

alrededor temiendo encontrarme con la caballería del enemigo lanzándose a la carga con intenciones letales.

Y, sin embargo, los relinchos y el rumor de cascos parecían avanzar en dirección a los quraish y no al revés. Alcé la vista llena de confusión y durante un instante la nube de polvo se disipó y creí ver a unos hombres vestidos de blanco a lomos de corceles que cabalgaban por la arena arrollando a los mecanos con su implacable ataque.

No sé qué fue lo que vi, pero tanto si se trataba de una ilusión

óptica como si de un ejército sobrenatural venido directamente de los cielos, Abu Jahl pareció verlo también porque reparé en que estaba de pie solo en mitad del caos del campo de batalla, mirando a su alrededor lleno de incredulidad mientras sus hombres caían por todos lados a su alrededor. Y entonces se puso de rodillas en medio de los remolinos de arena y alzó los brazos al cielo implorando la ayuda de sus dioses:

—¡Alat! ¡Al Uza! ¡Manat! ¡Hijas de Dios, ayudadnos!—clamó

desesperado—. ¡Hubal, señor de La Meca, derrota a nuestros enemigos!

En ese momento me pareció que cambiaba el viento, oí una risa fría y aterradora mientras nos envolvían tales nubes de arena que se diría que nos habíamos quedado solos en el ojo de un huracán que ascendía implacable hacia los cielos, y tuve que poner todo mi empeño en permanecer de pie mientras la tierra y el firmamento se fundían en una sola duna ondulante.

Cuando caí de rodillas y traté de cubrirme la cara para protegerme de

la ardiente arena, me pareció ver algo que nunca olvidaré: Abu Jahl arrodillado con los brazos extendidos al frente y un expresión de terror en la cara, y luego vi que de una columna de arena surgía lo que parecía una figura vestida con una vaporosa túnica blanca y dorada.

Era Sumaya.

El fantasma alargó una mano hacia el hombre que había puesto fin a su vida, pero no había ira ni amargura en su mirada, sólo una infinita compasión que me conmovió el alma.

Tal vez nunca sepa con certeza si fue producto de mi mente calenturienta o una visión del más allá, pero Abu Jahl comenzó a retroceder como si él también hubiera visto algo en aquel remolino de arena y lo oí gritar y tratar de atacar a la aparición con su espada.

Sumaya, si es que era ella, retiró la mano que le había tendido con tristeza y desapareció en el torbellino del que había surgido. En esto, la polvareda se disipó y soldados musulmanes de carne y hueso, no aquellas visiones extrañas

provocadas por el viento, se abalanzaron sobre Abu Jahl desde todos los flancos y lo degollaron.

Vi la cabeza del decapitado ascender hacia los cielos arrastrada por un viento sobrenatural para acabar cayendo a mis pies, y me quedé mirando el rostro sin vida de Abu Jahl, sus labios carnosos retorcidos en una mueca de terror, y luego apareció una mano que agarró los espeluznantes despojos por un mechón de cabellos grises: fue la mano del Enviado de Dios la que sostuvo en alto la cabeza decapitada

de su peor enemigo mientras fluía la sangre por los tendones mutilados del cuello.

Yo retrocedí horrorizada al ver al hombre que amaba con aquel trofeo macabro en las manos, pero en ese momento él se volvió hacia mí y vi que no estaba exultante sino más bien triste por haber sido testigo de la caída de su adversario.

—Hubo un tiempo en que fue mi amigo —se limitó a decir, y me di cuenta de la magnitud del peso que llevaba a sus espaldas.

El viento se había calmado y vi



que los musulmanes habían atravesado las líneas defensivas del ejército de La Meca, el campamento del enemigo estaba destrozado y reinaba el caos entre los paganos.

El Enviado se volvió hacia el sur y levantó la cabeza de Abu Jahl para que todos la vieran:

—¡He aquí el enemigo de Dios!

Ver la cabeza cercenada de Abu Jahl infundió nuevos ánimos a los musulmanes, que obligaron a los mecanos a huir en desbandada y contemplé cómo aquellos hombres pertrechados con las mejores armas y

protegidos por resplandecientes armaduras y cotas de malla se daban a la fuga por el paso del sur dejando el campo de Badr sembrado de cadáveres.

Toda victoria tiene un precio.

Esa misma noche volvimos a Medina, los más jóvenes alardeando de sus proezas y los más maduros dando gracias a Dios por Su milagrosa ayuda en el campo de

batalla. Habíamos dado muerte a más de setenta de los líderes quraish más prominentes, «los mejores bocados del manjar más succulento de La Meca» como los llamaba el Enviado: aparte de Abu Jahl y Utba, ese día también murió Omeya a manos de su antiguo esclavo, Bilal, a quien una vez había torturado en público en la plaza de la ciudad. El bondadoso africano cuya hermosa voz llamaba a los creyentes a la oración había podido saldar aquella cuenta pendiente en el campo de batalla atravesando a su antiguo amo con una

lanza.

Además de los poderosos señores que habían perdido la vida, capturamos a más de cincuenta de los nobles más poderosos que ahora iban atados en hilera igual que esclavos camino del oasis: por algunos de ellos pagarían un rescate en las siguientes semanas y otros serían ejecutados por sus crímenes pasados; en un sólo día, casi todos los próceres de La Meca habían muerto o habían sido capturados.

Nosotros estábamos aturdidos de alegría, abrumados por el

sentimiento de que Dios había estado verdaderamente de nuestro lado, y cuando los hombres comenzaron a entonar himnos victoriosos me uní a ellos ignorando por completo lo que dictaran las leyes del decoro. El único que permanecía en silencio era el Enviado, que iba pensativo aunque acabó por esbozar una sonrisa cuando por fin entramos en las calles de Medina donde nos recibió una muchedumbre jubilosa.

Se instaló a los prisioneros provisionalmente en establos y almacenes puesto que la ciudad no

tenía cárcel propiamente dicha. A los que no fueran a ser ejecutados se les acabaría permitiendo vivir dignamente en casas de familias musulmanas hasta que los suyos pagaran el correspondiente rescate por ellos y el Enviado había dejado bien claro que los prisioneros de guerra eran huéspedes y debían ser tratados como tales conforme a las normas tradicionales de la hospitalidad árabe hasta que se decidiera su suerte.

El Profeta guio a los guerreros exultantes de alegría hasta la *masyid*

donde tenía pensado predicar con motivo de aquella ocasión única, pero cuando ya estábamos cerca del patio vi que se paraba en seco llevándose las manos al corazón.

Por un momento temí que estuviera enfermo o que lo hubieran herido durante la batalla pero lo vi ponerse muy derecho y volverse con el rostro lleno de pesar más que dolor físico, y después reparé en un hombre que estaba de pie solo a la puerta de la gran casa que había cerca de la *masyid*: era el bondadoso Uzman que no había salido con la

patrulla para quedarse atendiendo a Ruqaya, que sufría un nuevo acceso de fiebre.

Al ver que las lágrimas le corrían por las mejillas tuve un horrible presentimiento.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó el Enviado con voz quebrada.

Uzman inclinó la cabeza mientras respiraba trabajosamente.

—Tu hija Ruqaya... se puso enferma... y... y... Lo siento mucho...

Vi que mi marido daba un



traspieé, como si las piernas se le doblaran, y lo atrapé como pude por detrás antes de que se fuera al suelo pero no tenía suficiente fuerza para sostenerlo; Umar vio lo que estaba pasando y se apresuró a sostenerlo por los hombros para evitar que cayera.

En eso se oyó un repentino grito procedente del interior de la casa de Uzman, se abrieron las puertas y apareció Fátima que, a más velocidad de la que mis ojos eran capaces de captar, se lanzó en brazos del Enviado prorrumpiendo en unos

sollozos tan espeluznantes que se me heló la sangre en las venas.

Había algo tan visceral en los terribles lamentos de la muchacha que sentí como si me arrastraran a otro mundo, al universo primigenio en donde nace la idea misma del pesar en la mente de Dios. Su llanto se propagó como el fuego y al cabo de poco todas las mujeres de la ciudad estaban inmersas en el mismo sufrimiento y se daban golpes de pecho mientras lloraban la muerte de la hija del Profeta.

Ruqaya, la mujer más bella que

he conocido, se había marchado para siempre.

Mientras el Profeta la estrechaba entre sus brazos, miré a Fátima con una mezcla de admiración y miedo, pues había en los sonidos sobrenaturales que salían de su garganta un poder como nunca antes había oído.

Era como si, cuando Fátima lloraba, el mundo entero llorase con ella.

MUAUIYA, el hijo de Abu Sufian, observó cómo el derrotado ejército de La Meca entraba de vuelta en la ciudad: los hombres parecían confundidos y humillados, incapaces de comprender qué había pasado en el campo de batalla de Badr. Los exhaustos soldados, deshidratados después de la larga marcha por el desierto, iban prácticamente arrastrándose hacia el pozo de Zamzam, ignorando las miradas

acusadoras de las mujeres a las que ya habían llegado noticias de la patética derrota a manos de una simple patrulla de reconocimiento.

El padre también contemplaba a sus abatidos camaradas, sin dar crédito a lo que veía, y buscó a alguno de los líderes de la Asamblea entre la masa de hombres apestando a sangre y excrementos pero no vio ni rastro de los grandes señores que desde hacía décadas controlaban la ciudad.

—¿Dónde está Abu al Hakam?  
—preguntó en voz alta refiriéndose

al hombre al que los musulmanes llamaban Abu Jahl.

Un joven que Muauiya reconoció como un herrero de nombre Nauaf bin Talal avanzaba a trancas y barrancas con la ayuda de unas muletas improvisadas con madera de palma: una lanza le había destrozado el pie derecho que ahora presentaba un desagradable tono verdoso muy probablemente indicativo de que se lo tendrían que amputar.

—Muerto —fue todo lo que Nauaf dijo, deteniéndose un instante para descansar apoyado en un poste

de atar camellos.

Muauiya arqueó las cejas ya que aquello suponía un importante cambio: Abu Jahl había sido el incombustible rival de su padre en la disputa por el poder en el consejo y, con él muerto, ya no había gran cosa que impidiera que Abu Sufian se hiciese con el control total de La Meca. Tal vez —pensó el joven sonriendo disimuladamente— su sueño de infancia de convertirse en rey de los árabes aún seguía a su alcance.

En ese momento, Muauiya notó

que el aire se enfriaba a su alrededor como ocurría siempre que aparecía su madre: tras oír la noticia de la derrota, Hind había venido a dar rienda suelta a su ira e increpar a la cara a aquellos incompetentes que habían arruinado su plan cuidadosamente diseñado. Escupió a la hilera de soldados heridos y agotados y alzó la voz hasta el punto de que resonara en las murallas de piedra de la vieja ciudad:

—¡Quizá la próxima vez enviaremos a las mujeres de La Meca a luchar puesto que salta a la



vista que no hay un solo hombre entre vosotros!

El rostro demacrado de Nauaf se crispó al oír aquello y, dando un paso al frente a pesar de la evidente agonía que eso suponía para su pie herido, el herrero hizo algo a lo que nunca nadie se había atrevido antes: le escupió a Hind en la cara y le ordenó:

—¡Vigila tu lengua, mujer, que estás acusando a tu propio padre!

Hind permaneció allí de pie boquiabierta y con el escupitajo resbalándole por la mejilla como una

lágrima amarillenta. Muauiya nunca la había visto tan desconcertada: se había puesto muy pálida y su piel color aceituna había adquirido ahora un enfermizo tono rayano en verde que no distaba mucho del que tenía el pie moribundo de Nauaf.

—Padre... no... —balbució llevándose las manos al pecho como si su corazón necesitara aquella presión para seguir latiendo.

—Y no sólo a tu padre, Utba —continuó Nauaf con infinito desprecio—, también tu hermano Ualid y tu tío Chaiba.

Hind puso los ojos en blanco y se desplomó en el suelo llorando a gritos como una posesa mientras se rasgaba las ropas con sus uñas como garras y se echaba arena por el pelo, presa de la desesperación.

—¿Quién fue? ¿Quién mató a mi padre?

Nauaf recogió sus muletas y comenzó a alejarse, renqueando y sin duda alguna en dirección a la casa de algún cirujano que pudiera ocuparse de la desagradable tarea necesaria para salvar su vida pero, al poco, se volvió y lanzó un nombre al aire

como quien tira los desperdicios a un perro:

—Hamza.

El rostro de Hind fue pasando de verde a rojo intenso a medida que la furia crecía en su interior y se clavó las uñas en sus propias mejillas hasta hacerse sangre.

Muauiya se percató de la fascinación mezclada con repulsa que provocaba la actuación de su madre en las masas y decidió que aquél sería un buen momento para anunciar lo que llevaba mucho tiempo siendo hora de decir en

público:

—Debemos acabar con esta situación antes de que les cueste la vida a más valerosos quraish. Ha llegado el momento de pactar una tregua con Mahoma —retumbó su joven voz por las calles.

Vio la mirada de advertencia de su padre, pero la ignoró: si quería que se cumpliera su destino como líder de la nación árabe, tenía que llegar a un acuerdo con el hombre que le estaba haciendo todo el extenuante trabajo de unir a las tribus del desierto.

De la muchedumbre salieron sonoros murmullos de aprobación, pero también fue como si con sus palabras clavara una aguja incandescente en la herida de Hind.

—¡No! —gritó ésta, transformada en un demonio más que una mujer—. ¡No habrá ninguna tregua!

Luego se puso en pie como movida por un resorte y se encaminó a grandes zancadas hacia el Santuario; una vez allí, se rasgó las ropas ofreciendo a los dioses sus pechos perfectos y turgentes al tiempo que los recorría con

movimientos sensuales de las manos manchadas de sangre.

—¡Oídmme, oh, hijos de La Meca —gritó con una voz que no era del todo humana—, los mártires de Badr serán vengados! ¡El enemigo será aplastado bajo nuestros pies! Si no tenéis el coraje necesario para hacerlo, entonces vuestras mujeres marcharán sin vosotros. ¡Les sacaremos los ojos de las cuencas, les arrancaremos las orejas y nos las colgaremos como collares, devoraremos su carne, sus corazones, sus hígados! ¿Quién de entre

vosotros es lo bastante hombre para unirse a nosotras?

Sus gritos roncos, aquella pasión delirante en estado puro, hicieron hervir la sangre de los mecanos. Muaiya contempló con desaliento a la multitud que se apartaba de él para reunirse en torno a su madre, danzando y girando con el abandono febril que ella les inspiraba y, al poco rato, tanto hombres como mujeres estaban entonando cánticos al lado de Hind, cautivados.

Muaiya negó con la cabeza, maravillado y aterrorizado por la



habilidad de la mujer que lo había traído al mundo para capturar la mente de las masas: eran como moscas atrapadas en una tela de araña reluciente mientras ella se deslizaba taimadamente hacia ellos para devorarles el alma. El joven se volvió hacia Abu Sufian que con la muerte de Abu Jahl prácticamente acababa de recibir las llaves de la ciudad y, sin embargo, parecía cada vez más viejo e irrelevante.

—Contempla, padre, cómo una mujer te arrebató el trono —le reprochó Muauiya—, pero no temas:

algún día yo restauraré el honor de la Casa de los Omeya —y dicho eso, el meditabundo joven se alejó cavilando a toda prisa sobre cómo aprovechar en su beneficio el desagradable giro que habían tomado los acontecimientos.

EN el mismo momento en que nuestros enemigos conspiraban contra nosotros en La Meca, una nueva amenaza asomaba a las puertas mismas de nuestra casa: la victoria de los musulmanes en Badr había cambiado el mapa político de la península, ya que la *Uma* había pasado de ser una comunidad insignificante a convertirse en una fuerza digna de respeto, y no sólo para los árabes sino también para los

judíos.

Yatrib llevaba siglos siendo el hogar de tres tribus judías: los Bani Qainuqa, los Bani Nadir y los Bani Quraiza. Al principio los judíos habían visto con buenos ojos — aunque no sin cierto recelo— la llegada del Enviado para ejercer como mediador. Mahoma era claramente un hombre decidido a establecer la ley y el orden en el oasis y terminar con las disputas tribales que enfrentaban no sólo a árabes contra árabes sino también a judíos contra judíos a veces. El

Enviado había redactado un acuerdo de mutua defensa en virtud del cual las tribus árabes y judías se unirían contra cualquier atacante aunque conservaban el derecho a practicar sus respectivas religiones.

No obstante, fue precisamente la religión lo que precipitó las cosas: mi esposo decía ser un Profeta de la misma categoría que Moisés y los demás enviados judíos, nos había instruido para que oráramos en dirección a Jerusalén e incluso ayunaba en la festividad judía del Día de la Expiación, que los hebreos

llamaban *Yom Kipur* y nosotros, *Achura*. Aun así, los judíos habían dejado bien claro que Mahoma no podía ser un profeta de su Dios porque ellos y sólo ellos eran el Pueblo Elegido; los árabes, pese a que descendían de Abraham a través de su primogénito Ismael, no habían sido incluidos en la Alianza con Dios. Al Enviado le sorprendió y entristeció su rechazo porque consideraba que el mensaje de Dios iba dirigido a toda la humanidad, así que ¿cómo iba a ser una única tribu la que tuviera conocimiento de Su

Palabra? Con todo, los judíos se aferraban a sus creencias ancestrales y no dudaron en tildar a Mahoma de impostor abiertamente, haciendo que las relaciones entre nuestras comunidades se enfriaran a gran velocidad.

Sin embargo, no todos los judíos de Medina se mostraban hostiles con nosotros. Había un rabino llamado Husein ben Salam que respetaba al Enviado como un hombre que se proponía sinceramente ofrecer a los árabes una religión mejor que la bárbara idolatría en la que estaban

inmersos. Ben Salam trabajó sin descanso para tender puentes entre las dos fes ganándose con ello el desprecio de muchos miembros de su propio clan. Las muestras públicas de amistad con Mahoma le estaban costando caras y el rabino cada vez se encontraba más aislado de sus correligionarios.

Había otra persona entre los judíos que, de forma mucho más discreta, apoyaba también al Profeta: una hermosa muchacha llamada Safiya, hija del jefe judío Huyay ben Ajtab del clan de Bani Nadir.



Cuando se enteró de que había llegado un Profeta del sur que decía traer la Palabra de Dios a las gentes descarriadas, el carácter fantástico de la idea cautivó a Safiya de inmediato: siempre le habían fascinado las historias que contaba su padre de cómo Moisés, desafiando al faraón, había conducido a su pueblo a la libertad; o de cómo Elías no se había arredrado ante el orgullo de Jezabel y el pelele sobre el que ésta ejercía un control absoluto, Ahab; los relatos sobre Jeremías, Isaías, Ezra... y

todos los enviados del Dios de Israel que habían desafiado a los poderosos con la humilde fuerza de la verdad.

Desde pequeña, Safiya había fantaseado con aquellos días del pasado en los que Dios hablaba a los hombres y los héroes de la fe cambiaban el mundo y, a medida que fue creciendo como hija de un político y líder tribal, había sido testigo de las complicaciones que entrañaba dar un cierto orden a la vida en el desierto y las difíciles decisiones que su amado padre Huyay tenía que tomar para proteger

a su gente en aquellas tierras salvajes. Safiya anhelaba que Dios enviara otro Profeta que aliviara la pesada carga de su padre, alguien que mostrase claramente la diferencia entre el bien y el mal con la espada de la justicia para que las sombras de la ambigüedad que pesaban como una losa sobre las espaldas de los hombres se disiparan bajo los rayos de luz divina.

Así que, cuando se propagaron por todo el oasis los rumores de que había un Profeta que hablaba con palabras llenas de fuerza que

cambiaban las almas de los hombres, se entusiasmó: ¿acaso habría obtenido respuesta a sus plegarias y al final sí viviría para ver la llegada del Elegido de Dios, el hombre que su pueblo llevaba esperando desde los días en que los muros del Templo fueron destruidos? Pero pronto se dio cuenta de que su propia gente no compartía su entusiasmo y de que su padre en particular veía el ascenso del profeta árabe como una amenaza a la supervivencia de los judíos.

Safiya había confinado su fascinación por Mahoma a las

profundidades de su corazón, teniendo el buen acierto de permanecer en silencio cuando su padre se burlaba de aquel hombre y denigraba al árabe analfabeto que declaraba recibir inspiración divina. Y, sin embargo, durante los últimos dos años, el poder del árabe analfabeto había ido en constante aumento y su padre ya no lo denostaba como un simple lunático sino que la influencia cada vez mayor del movimiento de Mahoma se había convertido en motivo de alarma para las tribus judías.

Así fue como, una noche, Safiya presencié la escena de tres hombres cariacontecidos reunidos en su casa para tratar de encontrarle el sentido a un mundo que ya no reconocían: su padre, Huyay, había invitado a Kab, el jefe de la tribu judía de Bani Quraiza, y a su aliado árabe Ben Ubay para hablar de los cambios políticos a los que se enfrentaba Medina, pero los tres líderes habían permanecido sentados en torno a una elegante mesa de cedro durante casi una hora sin pronunciar una sola palabra, cada uno absorto en sus

propios pensamientos sobre la increíble victoria de los musulmanes en Badr y lo que significaba para el oasis. Safiya les sirvió pasteles de miel, pero ninguno probó bocado. Y luego, por fin, incapaz de soportar el silencio por más tiempo, la muchacha se había decidido a hablar:

—¿Por qué no te alegras, padre? —le preguntó como si tal cosa, aunque sabía de sobra que la pregunta no era en absoluto trivial—. Tus aliados han obtenido la victoria en contra de los idólatras.

Huyay la atravesó con la mirada.

—Conozco a los quraish desde hace años —le respondió él— y, sí, puede que fueran idólatras, pero también honrados negociantes, no me alegra en absoluto su muerte.

El jefe árabe Ben Ubay tomó la copa de vino y dio un buen trago. Parecía tranquilo, pero el fuego de la ira lo consumía por dentro.

—La victoria de Mahoma ha convencido a los musulmanes de que es cierto que Dios está de su parte —dijo con tono de incredulidad.

Safiya dudó un instante; sabía que estaba llevando las cosas demasiado



lejos, pero necesitaba decir lo que sentía.

—Tal vez así sea —se atrevió a replicar—, el rabino Ben Salam dice que...

Huyay derramó sin querer su copa de vino, que formó una mancha púrpura sobre el tapete beis.

—¡No se te ocurra citarme a ese viejo loco! —rugió el judío pues, como a tantos otros, le espantaba la predisposición de aquel rabino de mente abierta a poner a prueba los límites de la tradición y las escrituras de su pueblo.

Safiya retrocedió como si la hubiera abofeteado, tan dolida que le ardían las mejillas. Su padre había cambiado muchísimo desde la llegada de Mahoma a Medina: en vez de mostrarse locuaz y amable como solía, se había vuelto cada vez más huraño y brusco, y ella culpaba al infame Ben Ubay de haberle envenenado la mente con intrigas y miedos.

Al darse la vuelta para retirarse, Safiya notó de repente que su padre le aferraba la muñeca.

—Perdóname, hija mía —se

disculpó en voz baja—. El mundo está cambiando tan deprisa que me siento perdido.

Eran las primeras palabras sinceras que le había dicho desde hacía meses.

—Es normal que te sientas perdido —intervino Ben Ubay dirigiendo a su anfitrión una mirada comprensiva—, el equilibrio de poderes está desplazándose peligrosamente: la victoria de Badr ha envalentonado a los musulmanes que consideran un verdadero milagro que un puñado de hombres haya

logrado derrotar a todo un poderoso ejército.

Kab, el jefe de los Bani Quraiza, soltó una carcajada gélida.

—¿Milagro? ¡Bah! La Meca pecó de exceso de confianza y falta de preparación, el orgullo desmedido y la poca planificación no tienen nada que ver con los milagros.

—En cualquier caso, la victoria de Mahoma mejorará su posición a los ojos de las tribus de Arabia —señaló Ben Ubay—, ha demostrado que Yatrib es una seria amenaza para las rutas de las caravanas del norte y

las tribus no tardarán en enviarle mensajeros ofreciéndole alianzas con el objetivo de proteger sus negocios. ¿En qué posición quedará tu gente entonces, amigo mío?

—En la que siempre ha ocupado —respondió Huyay con tono cortante—: al margen.

Safiya veía muy claro que el árabe se proponía usar a su pueblo para sus propios fines, sin importarle las consecuencias que pudieran tener que sufrir luego los judíos, y se negaba en redondo a dejar que aquel intrigante engatusara a su padre igual

que un encantador de serpientes.

—No te precipites en tus decisiones, padre —interrumpió ella enseguida ignorando la mirada penetrante de Ben Ubay—, Mahoma ha cumplido su parte del trato y, siempre y cuando respetemos rigurosamente la tregua, nos beneficiaremos del comercio que esas nuevas alianzas atraerán hacia Yatrib.

Poniéndose en pie, Ben Ubay se acercó a Safiya; ella retrocedió instintivamente pero el jefe de los jazrach consiguió deslizarse entre

Huyay y su hija sin dejar en ningún momento de mirar fijamente a ésta.

—Tienes buen corazón, querida, pero por desgracia ésta es una flor muy exótica que no suele verse a menudo —dijo con pena fingida—. La verdad es que la mayoría de los corazones no son como el tuyo sino que están llenos de avaricia y celos..., incluso si tu gente prospera bajo el gobierno de Mahoma, ¿qué crees que pasará? Los musulmanes no os perdonarán vuestra habilidad para negociar, dirán que les estáis robando, acaparando la riqueza que

les pertenece...

Ni que decir tiene que con aquellas palabras estaba ahondando en una herida que seguía en carne viva en la mente de los judíos ya que su historia estaba llena de ejemplos de traiciones de ese tipo. Ben Ubay sabía exactamente el impacto que tendrían sus calculadas palabras y, para empeorar aún más las cosas, su viejo aliado Kab, el jefe de los Bani Quraiza, asintió con la cabeza dando inequívocas muestras de estar de acuerdo.

—Siempre ocurre lo mismo con



nuestro pueblo, Safiya —intervino en el mismo tono que un tío cariñoso que tratara de hacer entrar en razón a una chiquilla testaruda—, desde los tiempos de Jacob y sus hijos, el mundo nunca le ha perdonado a nuestra tribu su habilidad para el comercio: dondequiera que cosechamos éxitos, las naciones conspiran para arrebatárnoslos.

—Haces bien en considerar la Historia, amigo mío —continuó Ben Ubay—, que también nos dice que ésta no es la primera vez que ha surgido un impostor diciendo hablar

en nombre de Dios. ¿Y qué os dicen los rabinos que debéis hacer si encontráis un falso profeta entre vosotros?

Kab, viendo dónde quería llegar a parar su amigo árabe, se inclinó hacia Huyay al que la conversación parecía estar dejando exhausto.

—Hay que plantarles cara y desenmascarar sus mentiras delante de todos.

Ben Ubay agarró una silla con el respaldo forrado de cuero y se dejó caer en ella al lado de Huyay. Con Kab a su derecha y el árabe a su

izquierda, a Safiya le pareció que su padre parecía un ratón atrapado en las garras de un ave de presa.

—Haz caso a la sabiduría de tus antepasados, Huyay —le aconsejó Ben Ubay con mirada de intrigante—, Mahoma dice ser un profeta igual que Moisés, que fue quien os dio la Ley, pero no sabe leer ni escribir y los únicos pasajes de la Torá que conoce son los que ha oído por boca de otros, fragmentos de historias distorsionadas y adulteradas. Todo su poder reside en las supuestas revelaciones que recibe de Dios;

desafía a Mahoma en sus conocimientos de las escrituras, muestra que su Corán difiere de vuestra Torá, resta credibilidad a sus profecías, y lo derrotarás de una forma en la que ningún ejército sería capaz de hacerlo. Es la única manera de proteger a tu pueblo de esta nueva religión que pretende despojaros de vuestros derechos legítimos como Pueblo Elegido.

Safiya era consciente de que lo que Ben Ubay sugería era mucho más peligroso que un duelo de espadas, pues los hombres pueden ir a la

guerra por la tierra, el agua o las mujeres, pero es posible restaurar la paz después porque se trata de disputas tangibles y razonables; ahora bien, si Ben Ubay convencía a su padre para que iniciara una guerra de ideas contra los musulmanes, si trataban de insultar o denigrar la fe de sus vecinos, entonces la reconciliación sería imposible.

Si algo había aprendido Safiya debatiendo sobre la Torá con su propio pueblo, era que cuando se discutía sobre ideas intangibles al final salía perdiendo todo el mundo:

las opiniones se endurecían y el conflicto se convertía en una cuestión de creencias difusas, fantasmas que nunca estarían satisfechos por más sangre que se derramara. Si los judíos caían en esa trampa serían como la gacela que husmea cerca de un león dormido y trata de convencerlo de que comer carne es malo.

—¡Padre, no lo escuches! — exclamó Safiya postrándose a los pies de Huyay y aferrándose a sus rodillas—. ¡Ésa no es la forma de hacer las cosas de nuestra gente, los

judíos no ridiculizan las creencias de los demás! Deja que ellos tengan su religión y nosotros la nuestra o nos estaremos arriesgando a provocar una guerra.

Cuando Huyay la miró, su hija se dio cuenta de lo cansado que estaba: las arrugas que tenía alrededor de los ojos se habían hecho tan profundas que le daban aspecto de ave nocturna. Su padre le pasó una mano por los cabellos color castaño claro como solía hacer cuando era una niña.

—La guerra ya está llamando a

nuestra puerta, hija —le respondió con un hilo de voz—. Los quraish fueron los primeros en caer y nosotros seremos los siguientes. Si no se extingue a tiempo, el fuego de la religión de Mahoma acabará por devorar al mundo y a nuestro pueblo con él.

Safiya miró a su padre con ojos suplicantes pero él se levantó y, tras empujarla suavemente para que se apartara, el jefe judío se volvió hacia sus invitados con aire de sombría determinación y dijo:

—Ha llegado el momento de



mostrar al mundo que ese árabe que dice hablar en nombre del Dios de Moisés es un embustero.

Ben Ubay y Kab sonrieron satisfechos: por fin habían dado con un plan con el que confiaban en poder derribar a Mahoma del trono que se había estado construyendo pacientemente durante los últimos dos años.

Los tres hombres salieron al patio para continuar la conversación allí y Safiya se quedó dentro con el corazón encogido: no tenía el menor sentido ir tras ellos ya que sus

argumentos no habían servido de nada. Observó a su padre mientras éste atravesaba las puertas de madera tallada de roble que daban a un jardín bien cuidado y en su mente fue como si lo viera entrar en una jaula llena de fieras de la que no saldría vivo.

ME senté junto al Enviado en el patio de la *masyid* mientras él compartía con los creyentes el maravilloso relato de Moisés y el faraón. Era un magnífico contador de historias: mientras hablaba, gesticulaba a la vez con las manos consiguiendo así atraer la atención de sus seguidores hacia las vivas imágenes del legendario profeta en su enfrentamiento con el rey de Egipto. Todos los ojos estaban

puestos en Mahoma mientras recitaba las palabras del Libro que acababan de serle reveladas:

*Moisés dijo:  
«¡Faraón!  
Ciertamente soy  
un enviado del  
Señor de los  
mundos.*

*Yo soy digno  
para no decir  
acerca de Dios  
más que la  
verdad:*

*he venido a  
vosotros con  
una prueba  
manifiesta  
procedente de  
vuestro señor.*

*Envía  
conmigo a los  
Hijos de Israel».*

*El faraón  
respondió: «Si  
has venido con  
una aleya,  
tráela, si estás  
entre los*

*verídicos».*

*Moisés tiró su  
bastón e  
inmediatamente  
se transformó en  
una gran  
serpiente.*

*Sacó su  
mano del  
bolsillo e  
inmediatamente  
se volvió blanca  
para quienes  
miraban.*

De entre la multitud de creyentes surgieron gritos ahogados de sorpresa al imaginar las sorprendentes imágenes que invocaba el relato, a medida que las palabras del Corán iban brotando de los labios del Enviado en versos rítmicos de un árabe exquisito y musical, la serpiente y la mano blanca resultaban tan reales que casi podíamos verlas con nuestros propios ojos. Y entonces se oyó un fuerte carraspeo al fondo. Alcé la mirada y vi a Huyay, el jefe judío de los Bani Nadir, de pie junto a la

entrada del patio sosteniendo entre las manos lo que parecía un rollo de pergamino envuelto en terciopelo azul con unas letras bordadas en oro que no supe descifrar.

La inesperada aparición provocó un murmullo de sorpresa. El Enviado llevaba mucho tiempo invitando a los judíos a venir a oírle predicar pero ellos siempre declinaban cortésmente aduciendo que no necesitaban que les enseñara lo que ya sabían, y resultaba que ahora el líder de una de sus tribus más poderosas había venido a la *masyid* en viernes,



cuando la Casa de Oración estaba abarrotada de creyentes que acudían a escuchar el sermón semanal del Enviado.

—Disculpa, pero ¿podría hacer una pregunta? —el tono de Huyay era educado pero detecté en él algo que no me gustó.

Me volví hacia mi esposo que miró al visitante con recelo y luego asintió con la cabeza.

—¿Quién has dicho que tiró el bastón en presencia del faraón? —continuó el judío.

El Profeta se enfrentó a la mirada

desafiante del otro hombre sin perder la calma.

—No soy yo quien lo dice, pues simplemente me limito a recitar las palabras de Dios —respondió el Enviado—. Dios dice en el Sagrado Corán que fue Moisés el que tiró su bastón.

En el rostro de Huyay se dibujó una mueca que parecía indicar confusión —¡Qué interesante! Según la Torá fue Aarón el que tiró el bastón mientras Moisés miraba.

Se produjo un murmullo de sorpresa. La diferencia era tan

pequeña que a mí me daba igual: resultaba obvio que lo importante de la historia no era si había sido Moisés o Aarón el que había tirado el bastón sino el hecho de que el faraón hubiese desafiado claramente las señales de Dios pero, aun así, a algunos de los creyentes más sencillos, incapaces de captar las sutilezas del lenguaje poético, les preocupó aquella aparente discrepancia.

Al percibir que sus palabras surtían el efecto deseado, por lo menos en algunos de los creyentes,

Huyay dio unos cuantos pasos en dirección al Enviado y sostuvo el rollo de pergamino envuelto en terciopelo en alto, lo besó con actitud reverente y luego le quitó la funda y comenzó a desenrollarlo hasta llegar a una página de lo que supuse era un texto hebreo.

—Tal vez puedas mostrarnos dónde en la Sagrada Torá se dice que Moisés tiró su bastón...

Sentí que el Enviado se ponía muy tenso.

—No sé leer —respondió.

Aquella era una cuestión que en

otro tiempo le había avergonzado pero que constituía desde el principio del Islam un signo evidente del favor de Dios: que alguien analfabeto pudiera de repente recitar aquellas palabras tan poéticas había sido para muchos musulmanes una clara prueba de que la misión de Mahoma contaba con la inspiración divina. Y ahora Huyay estaba esgrimiendo ese hecho para burlarse de la Revelación.

—¡Ay, sí, es verdad, se me olvidaba! Te pido disculpas — replicó sin el menor asomo de pesar

en su voz—, pero... si fueras tan amable, todavía tengo una pregunta más.

Los negros ojos del Enviado estaban empezando a entornarse dando muestras de su irritación.

—Pregunta y si Dios me ha revelado la respuesta te contestaré.

Huyay miró a los hombres y mujeres sentados en el suelo de la *masyid* mientras hablaba.

—¿Cuántas señales envió Dios al faraón para que dejara marchar a los Hijos de Israel?

Era una pregunta fácil, hasta una niña como yo, que no sabía nada de teología, había oído la historia de Moisés suficientes veces como para responderla.

—El Sagrado Corán dice que nueve —contestó el Profeta con aire digno.

Huyay hizo un gesto exagerado de sorpresa y luego sus oscuros labios esbozaron una mueca de contrariedad que dejó a la vista sus dientes amarillentos.

—¿De verdad? Pero si la Torá dice que hubo diez plagas... Quizá

Dios se olvidó de mencionar una cuando habló contigo...

Con aquello la muchedumbre se puso verdaderamente inquieta y se oían por todas partes los cuchicheos de la gente preguntándose unos a otros cómo era posible que el Enviado de Dios hubiese podido cometer semejante error. Hasta un analfabeto sabe contar, murmuraban.

—Y tengo una pregunta más, si puede ser...

Yo ya no aguantaba más los insultos que lanzaba contra mi marido el visitante inesperado. Me



puse de pie de un salto y grité con todas mis fuerzas:

—¡No, no puede ser! ¡Lo único que quieres es reírte de él!

Huyay me miró divertido y su expresión despectiva hizo que se me llenara el corazón de ira.

—No sabía que era la niña esposa la que se encargaba de hablar por el Profeta, no solía ser el caso en los tiempos de Moisés...

Noté una mano apaciguadora en mi antebrazo: el Enviado hizo un leve gesto negativo con la cabeza y

volví a sentarme con el rostro arrebolado de vergüenza y un deseo repentino de volverme invisible y que se olvidaran de mí.

El Enviado volvió a centrar su atención en Huyay: hablaba pausadamente pero se veían claramente en su sien los latidos de una vena hinchada.

—Pregunta y contestaré si Dios me ha revelado la respuesta.

Huyay dio un paso al frente con los ojos resplandecientes como los de un halcón que observa a su presa.

—¿Quién es Haman?

El Enviado miró a sus seguidores que lo observaban expectantes, suplicándole con los ojos que ganara la partida al culpable de aquellas interrupciones impertinentes.

—Era consejero del faraón —dijo el Enviado repitiendo los versos de la Revelación que le había sido dada unos pocos meses atrás—. Haman construyó una torre de ladrillos para que su rey pudiera subirse a ella y comprobar si el Dios de Moisés vivía en el cielo.

Huyay sonrió con aire triunfal.

—Siento tener que reconocer que estoy confundido: hasta donde yo sé, el único Haman que aparece en los libros de mi pueblo es el de la historia de Esther y era consejero del rey persa Asureo, muchos siglos antes de los tiempos del faraón, y la única torre de la que tengo noticia es la Torre de Babel, construida en los días en que la humanidad entera hablaba una sola lengua, pero eso también fue siglos antes de Moisés.

Huyay miró a la multitud como si se compadeciera.

—Si fueras el Enviado de Dios,

sin duda sabrías lo que fue revelado a los profetas que vinieron antes que tú.

Sentí que se estaba formando una terrible ola de ira y confusión entre los creyentes, algo así como el rugido que precede a un terremoto: algunos miraron al Profeta con una desconfianza que nunca habían sentido hacia él antes, tal y como se había propuesto Huyay, pero la mayoría taladraron con la mirada al judío que había venido a burlarse de nuestras creencias más sagradas.

En medio del sombrío silencio

que siguió oí el murmullo de las ropas del Profeta que se ponía de pie: en sus ojos había un brillo abrasador que de repente me dio miedo pues nunca antes lo había visto enfadado.

—En verdad soy el Enviado de Dios tal y como antes lo fueron mis hermanos y profetas Moisés, David y Salomón —su voz era suave pero aun así encerraba más peligro del que hubiera podido albergar el grito de ira más furibundo.

Huyay esbozó de nuevo su falsa sonrisa almibarada.

—¿Sabes?, eso me confunde de veras porque los libros de mi pueblo dicen que David era un rey y no un profeta y, en cuanto a Salomón, bueno... los libros dicen que era un idólatra depravado que retozaba con espíritus malignos.

Era la primera vez que yo oía semejante cosa: el Salomón de las historias del Profeta siempre era un hombre de gran sabiduría y muy piadoso.

—Si tus libros dicen eso, entonces mienten —contraatacó Mahoma con voz cortante, como si

alguien hubiera atacado la reputación de sus hijas—. Salomón era un siervo sincero de Dios.

—Pero ¿cómo puede ser? —volvió a la carga Huyay sirviéndose de aquella retórica florida tan característica suya y que en ese momento me llenó de ira—. Tú dices que el Corán y la Torá proceden del mismo Dios..., seguro que no se contradirían si así fuera.

Miré al Enviado y vi que buscaba una respuesta en su mente. Estaba acostumbrado a enfrentarse a las dudas sobre su don de profecía de



los paganos árabes que consideraban sus palabras como meras fábulas poéticas, pero nunca nadie antes se había puesto a diseccionar las historias del Corán para demostrar en qué puntos no coincidían con las del Libro de los Judíos cuyo Dios, según declaraba el Profeta, lo había enviado a él. De pronto me di cuenta de que la estratagema de Huyay estaba empezando a suponer un serio peligro, no sólo para la credibilidad del Profeta sino también para los cimientos mismos de nuestra fe.

Las enseñanzas del Profeta nos

habían apartado de los antiguos dioses y no podíamos regresar a ellos del mismo modo que un hombre hecho y derecho no puede volver a ser niño pero, de un plumazo, Huyay amenazaba con apartarnos también del Único Dios por quien habíamos sufrido durante tantos años. Era como un ladrón que despoja a un hombre de todo lo que tiene y luego vuelve una noche a quitarle la vida también: si el Enviado no era quien decía ser, estábamos en peor situación que los paganos árabes que por lo menos todavía creían en algo,

por más que no fuera más que una fantasía tallada en piedra y madera.

Sin Alá, no teníamos nada más que la desesperación y el vacío. Huyay quería arrebatarnos el significado mismo de nuestras vidas.

Entonces vi que el Profeta se quedaba completamente inmóvil, luego su cuerpo empezó a temblar con la violencia característica y al verlo caer al suelo sacudido por terribles convulsiones me puse de pie inmediatamente. El sudor le corría por el rostro y el cuello, obligué a los hombres que lo

rodeaban a apartarse y lo cubrí con mi manto mientras él seguía estremeciéndose violentamente.

—¡Apartaos! —grité con toda la autoridad que me concedía mi condición de Madre de los Creyentes y la muchedumbre, que amenazaba con amontonarse en torno suyo impidiendo que el aire le llegara a los pulmones, obedeció.

Por el rabillo del ojo pude ver a Huyay sacudiendo la cabeza con aire divertido, como si acabara de ver a un animal de feria hacer un truco sorprendente.

Los temblores del Enviado fueron remitiendo y por fin cesaron por completo, abrió los ojos y en ellos vi paz y tranquilidad. Mahoma se puso de pie lentamente provocando murmullos de alivio entre sus seguidores y se volvió hacia Huyay: la confusión de antes había desaparecido y sus apuestas facciones exudaban confianza.

—Oíd lo que Dios me ha revelado —declaró para luego comenzar a recitar los nuevos versos del Corán con armoniosa fluidez.

*Entre ellos  
hay una parte  
que articulan  
mal con sus  
lenguas el  
Libro,*

*a fin de que  
consideréis lo  
que recitan  
como parte  
integrante del  
Libro.*

*Dicen: «Ello  
procede de  
Dios» , cuando*

*ello no procede  
de Dios.*

*Dicen la  
mentira contra  
Dios, y ellos lo  
saben.*

Huyay lo miró arqueando las cejas, como si exigiera una explicación de aquellas extrañas palabras.

—¿Qué tonterías son éstas? —exigió saber, pero por primera vez detecté en su voz un deje de inseguridad.

—Dios me ha revelado un gran secreto que tus antepasados han ocultado a la humanidad durante generaciones —respondió el Profeta alzando la voz para que todos le oyeran—: esas palabras que según tú fueron reveladas a Moisés en la Torá se han cambiado después, vuestros sacerdotes y rabinos han corrompido el Libro distorsionando la verdadera enseñanza de los profetas. Por esa razón ha enviado Él ahora el Sagrado Corán, para llevar a la humanidad de las tinieblas hacia la luz.

Se hizo el más absoluto de los



silencios, una calma total similar a la que reina en la noche justo antes de que despunte el alba. Y entonces se desató el caos en la *masyid* cuando los musulmanes, llenos de excitación, comenzaron a repetir las palabras de Mahoma y a debatir entre ellos su significado.

Las miradas recelosas habían desaparecido por completo y la confusión había dejado paso a los gritos jubilosos de *subhan Ala* ('Gloria a Dios').

Huyay no supo qué hacer pues, con un único golpe certero, el

Enviado había echado por tierra todos sus argumentos y no cabía duda de que incluso había logrado que se volvieran en su contra: de repente, las sutiles diferencias entre el Libro de los Judíos y el Corán ya no eran prueba manifiesta de la impostura de Mahoma sino evidencia de que los judíos habían seguido fieles a su mala costumbre de rebelarse contra los profetas alterando sus propias escrituras a su antojo. El que hubieran fracasado a la hora de preservar la pureza de su propia religión los despojaba del pretendido

privilegio de ser los Elegidos de Dios y un nuevo Enviado de Alá había venido a otro pueblo que no estaba atrapado en aquella tela de araña tejida con falsedades. El don de profecía que se atribuía al Enviado salía reforzado al hacerse patente la diferencia entre la fe de él y la de sus predecesores, que habían adulterado la Palabra de Dios.

Huyay había intentado destruir nuestra religión pero en cambio lo que había conseguido era insuflarle nueva vida, el Islam ya no era una fe nueva abocada a amamantarse del

pasado de otras gentes, ahora se presentaba como la restauración de una verdad ancestral, como la religión original de Abraham y Moisés que se había ido corrompiendo a lo largo de los siglos. Huyay se había propuesto mostrar que el Islam era una desviación del judaísmo pero al final el Profeta había demostrado que el judaísmo era una desviación del Islam. Sus vecinos árabes ya no considerarían al pueblo de Huyay como unas gentes sabias a las que los musulmanes debían acudir pidiendo

consejo sino como herejes que habían roto su propia alianza con Dios.

Vi que el rostro del israelita se llenaba de ira al comprobar que su estratagema había fracasado y, cuando la gente se volvió hacia él para abuchearlo, se irguió con gesto altivo y abandonó la *masyid* antes de que alguien olvidara las leyes de la hospitalidad.

Miré al Profeta que estaba exultante de gozo igual que un chiquillo: la Revelación lo exoneraba de cualquier obligación de

mostrar deferencia hacia los judíos y ahora el Islam podría propagarse con la fuerza de su autenticidad. Se habían roto las cadenas del pasado y, en vez de seguir siendo como una luna que refleja la luz de la Gente del Libro, el Islam se había convertido en el sol y podía lucir con toda su intensidad eclipsando a las otras estrellas, las religiones que habían intentado iluminar los corazones de los hombres en el pasado.

Unas cuantas semanas más tarde se produjo la ruptura definitiva con nuestros hermanos judíos cuando el Enviado recibió una Revelación de que los creyentes ya no tenían que orar en dirección a Jerusalén sino que a partir de ese momento se arrodillarían en dirección a la Caaba de La Meca, la Casa construida por Abraham cientos de años atrás, antes de que se levantara el Templo de Salomón. Aquel cambio fue bien recibido ya que nuestros corazones siempre habían pertenecido al Santuario.

El mihrab, la pequeña hornacina de madera de palma que indicaba la dirección de Jerusalén, se tapó con unos tablones y se talló uno nuevo orientado al sur, y cuando los musulmanes se inclinaron en dirección a La Meca por primera vez en años sentí el anhelo colectivo de nuestras almas por la ciudad que habíamos perdido.

Mientras me postraba hasta tocar el frío suelo con la frente, se me pasó por la cabeza un pensamiento que estaba segura de compartir con todos los allí presentes: ahora que el centro



del Islam era La Meca, no dejaríamos el Santuario en manos de los paganos.

La Meca había tenido la gentileza de traer la guerra hasta nuestras puertas y tal vez había llegado el momento de corresponder.

UNAS cuantas semanas después, estaba paseando por el mercado principal de Medina con mi amiga Huda, que tenía dieciséis años y era casi tan alta como un hombre, con unas piernas largas que parecían ascender hacia el cielo. Huda era todo aquello a lo que yo aspiraba en convertirme —sofisticada y con mucho mundo—, acompañaba a menudo a su padre en viajes de negocios a Persépolis y siempre

estaba al tanto de la última moda entre las bellas mujeres de los territorios que se extendían hacia el oriente.

El bazar era uno de mis lugares preferidos porque estaba lleno de vida y siempre había mercaderes nuevos vendiendo algún artículo exótico del que yo había oído hablar a quienes viajaban mucho como Huda. En los puestos podían encontrarse de todo, desde naranjas y granadas llegadas de Egipto en barco hasta especias de vivos colores venidas del este con aromas dulces y

acres al mismo tiempo. A veces también había animales a la venta, recuerdo que en una ocasión en particular me hizo mucha ilusión ver en una jaula unos gatos con el pelo listado que luego me enteré eran crías de tigre. Ahora bien, mi sección favorita del bazar era la ocupada por largas mesas en que se exponían todo tipo de joyas: anillos de plata, pendientes de zafiros y collares de jade que según los mercaderes habían sido traídos de la mítica tierra de China donde nacía el sol cada mañana.

Fuimos avanzando por el laberinto de colores de los puestos de joyas parándonos a cada poco para admirar con grandes exclamaciones y aspavientos las maravillosas piezas, riendo como niñas pequeñas, hasta que llegamos al puesto de un judío de los Bani Qainuqa, maestros artesanos y magníficos orfebres que trabajaban el oro como nadie y de los que se rumoreaba que recibían pedidos de clientes de lugares tan lejanos como el norte de Babilonia, interesados en sus diseños únicos.

Posé la mirada en una pulsera maravillosa de oro con grabados de extraordinario realismo representando unas palomas en pleno vuelo con incrustaciones de esmeraldas decorando sus alas extendidas.

Me la probé bajo la atenta mirada del anciano vendedor, admirando lo bien que quedaba puesta, ya que se ajustaba perfectamente a mi delicada muñeca, como si me la hubieran hecho a medida.

—Te queda muy bien —comentó

Huda animadamente—, deberías comprártela.

Sentí una punzada de deseo pero sabía que no podía, así que me la quité y se la devolví al mercader.

—No tengo suficiente dinero —aclaré.

Huda me miró como si me hubiera vuelto loca.

—¡Pero si tu esposo es el Enviado de Dios! ¡Seguro que debe de ser el hombre más rico de todo Medina! ¿Acaso no se queda con un quinto del botín de todas las escaramuzas con los mecanos?

Ésa era la costumbre entre los árabes: al jefe de la tribu le correspondía un quinto del botín resultante de las operaciones militares, y como los musulmanes habían adoptado una táctica de asedio económico a La Meca, mi esposo estaba en posición de asegurarse una inmensa fortuna con la exitosa campaña de asalto a las caravanas. Huda llevaba razón, debería haber sido la mujer más rica del oasis.

—Se lo da todo a los pobres —le expliqué—, La Gente del Alhamí.



La Gente del Alhamí era un grupo de mendigos medineses que precisamente solían sentarse en el alhamí de piedra que había en una esquina del patio de la *masyid*. Todo el que acudiera a ese lugar tenía derecho a una ración de comida y el botín que recibía el Enviado también se distribuía entre ellos. Su hija Fátima se pasaba horas de pie al sol atendiendo a la gente en la larga hilera que se formaba cada mañana después de las plegarias del alba o *Fachr*. Solían ser siempre los mismos y, en el caso de algunos,

hombres con aspecto de estar perfectamente sanos que deberían haber estado trabajando en vez de pedir limosna; de hecho me había quejado al Enviado sobre estos haraganes que se aprovechaban de su generosidad, pero él se había limitado a sonreír y me había dicho que hasta esos hombres cumplían un propósito. Como lo había mirado con incredulidad añadió: «Nos enseñan a dar sin esperar nada a cambio, ésa es la verdadera misericordia».

Yo había sacudido la cabeza resistiéndome a creerlo del mismo

modo que ahora Huda sacudía la suya al enterarse de que, pese a la enorme riqueza que pasaba por sus manos todos los días, el Enviado seguía siendo tan pobre como el día que llegó a Medina.

—Los profetas de los judíos eran ricos —argumentó mi amiga—, ¿por qué el Profeta de los árabes tiene que ser pobre?

Yo me reí y respondí:

—¡Igual es que los judíos tuvieron más suerte por ser los Elegidos!

Fue un comentario tonto hecho

por una muchacha demasiado joven para ser consciente del poder que tienen las palabras. Nos reímos de mi ocurrencia disponiéndonos a continuar con el paseo entre los puestos de joyas pero, mientras nos disponíamos a seguir el paseo, nuestras palabras aún resonaban en el aire y un joven llamado Yacub, el impetuoso sobrino del viejo mercader, nos oyó y se sintió ofendido. Debíó de reconocerme como la Madre de los Creyentes y añadió mi comentario a la larga lista de ofensas que atribuían a mi marido

los judíos de Medina, temerosos de que con la unificación del oasis y el éxito de las expediciones militares de los musulmanes Mahoma pronto se volvería contra ellos.

Si algo he aprendido en esta vida, querido Abdalá, es que el miedo es el peor enemigo del alma porque, sea lo que sea lo que nos asusta, siempre acaba por precipitarse hacia nosotros como una flecha lanzada desde el otro lado del campo de batalla del tiempo.

En el momento en que nos girábamos para alejarnos del puesto

del anciano orfebre judío con la dirección ya puesta en otro, Yacub tomó un broche de oro de la mesa, con un movimiento vertiginoso prendió las vaporosas faldas de Huda a un poste cuando ella pasó por su lado, y cuando la muchacha hizo ademán de avanzar hacia un puesto cercano la fina tela se rasgó y sus falda cayó al suelo exponiendo sus partes a la mirada curiosa de todos.

Yo oí el sonido de la tela que se rasgaba seguido del grito aterrado de Huda, me di la vuelta y me encontré a mi pobre amiga tratando

desesperadamente de cubrirse con los ojos anegados de lágrimas que le corrían por las mejillas mientras los hombres que había en los alrededores lanzaban vítores aderezados con comentarios burlones.

Sin pararme a pensar en lo que hacía, me quité el pañuelo de la cabeza y se lo até a la cintura. Al instante reparé en que todas las miradas estaban ahora puestas en mí: me invadió el pánico al darme cuenta de que los destellos rojizos de mi melena resplandecían a la luz del sol

y había quedado expuesta a las miradas libidinosas de todos aquellos desconocidos, una ignominiosa violación del honor de una mujer pero no tan bochornosa como la que sufría Huda. Erguí la cabeza con gesto digno y me enfrenté a las miradas indiscretas de los hombres con el desafío escrito en los ojos.

—¡Podéis mirar cuanto queráis, necios insensatos, el pecado es vuestro!

Mis palabras los abochornaron haciendo que se dispersaran



inmediatamente, me agaché para recoger los jirones a que había quedado reducida la falda de Huda y entonces vi el broche responsable de la vergonzante situación.

Alcé la vista hacia Yacub que me miraba fijamente con ojos de odio.

—Parece que ahora nos toca reírnos a nosotros, mocosa.

Se cernió una sombra sobre nosotras y vi a un joven musulmán de nombre Muzafar de pie a nuestro lado. No me miró pero vi que sostenía un manto en su mano derecha que agarré inmediatamente

para volver a cubrirme el pelo.

Con el rostro rojo de ira, Muzafar retó al malvado judío revoltoso:

—¿Cómo te atreves a hablarle de ese modo!? ¡Es la Madre de los Creyentes!

Yacub soltó una carcajada con bravuconería exagerada: los otros jóvenes de su tribu seguían el enfrentamiento con el musulmán sin perder detalle y ahora estaba atrapado en un duelo para demostrar quién era más hombre.

—¡Visto que los árabes llamáis

madres a las niñas —se burló—, no me extraña que no seáis capaces ni de distinguíros la cabeza de las posaderas! Aunque, hablando de madres y de posaderas, desde luego las de ella no parecen estar mal... Tal vez la próxima vez echaremos un vistazo a las suyas también y no sólo a las de su amiga.

Más rápido de lo que el ojo puede captar, Muzafar sacó un pequeño puñal y degolló a Yacub con la pericia de un carnicero consumado. El muchacho cayó hacia delante con una sonrisa sepulcral

impresa para siempre en los labios al tiempo que comenzaba a brotar la sangre de la inmensa herida salpicando la exposición de joyas que su tío se había pasado meses fabricando con tanto primor.

Lancé un grito de horror que no se oyó en medio del tumulto causado por los alaridos de los jóvenes judíos que se abalanzaron sobre Muzafar para vengar la muerte de su camarada: lo tiraron al suelo y empezaron a golpearlo y darle patadas hasta que oí el espeluznante crujido de un cráneo que se partía.

El caos se apoderó del mercado cuando musulmanes y judíos comenzaron a atacarse llenos de justa indignación y, mientras corría junto con Huda en busca de un lugar seguro, se me hizo un nudo en el estómago al enfrentarme a la aterradora convicción de que se acercaban tiempos terribles.

Había comenzado el derramamiento de sangre entre los hijos de Isaac e Ismael y vi con toda claridad en mi mente que el reguero de muerte pronto se convertiría en una riada.

LA paz de Medina se había roto en su mismo seno y la venganza no se hizo esperar: un ejército de un millar de hombres rodeó el distrito amurallado del sureste donde vivía la tribu judía.

En los días que siguieron a la reyerta del mercado, el Enviado había enviado a Alí a negociar el pago de la deuda de sangre para poner punto final a las tensiones entre musulmanes y judíos: ambos

bandos pagarían por la muerte del hombre que habían perdido respectivamente en la pelea y, tal y como se establecía en el tratado vigente, el asunto debería someterse al arbitrio de Mahoma; pero los judíos de Bani Qainuqa se negaron a recibir a Alí diciendo que consideraban la alianza rota tras el asesinato de uno de los suyos a manos de un musulmán.

La tensión había ido en aumento cuando los judíos se parapetaron tras sus murallas y corrían rumores de que los jefes de los qainuqa estaban

enviando mensajes urgentes a Abdalá ben Ubay, el traicionero líder de los jazrach. Al parecer los judíos se habían comprometido a reunir setecientos hombres y, si los jazrach igualaban esa cifra, tal vez juntos conseguirían echar del oasis a aquel hechicero.

Pero, si en verdad existió tal petición, Ben Ubay no respondió a la misma, pues aunque se hablaba de que no le habría importado incitar a los judíos a que le hicieran el trabajo sucio enfrentándose a Mahoma, Ben Ubay no era la clase de hombre que



estaría dispuesto a arriesgar su propia vida para zanjar el asunto.

Y así fue como llegó el día en que los Bani Qainuqa se encontraron completamente solos. El Enviado había considerado su renuncia al tratado como una declaración de guerra y lanzó el asedio. Los musulmanes habían bloqueado los caminos que llevaban a los asentamientos de las otras tribus judías de Bani Nadir y Bani Quraiza y la fortaleza de los Bani Qainuqa carecía de pozos, con lo que no tardaría en acabárseles el agua y

tendrían que luchar o rendirse.

Observé al Profeta mientras caminaba entre las tropas apostadas a las puertas de la fortaleza judía: iba enfundado en reluciente cota de malla y el casco le cubría casi toda la cara pero podía distinguirse el brillo de sus negros ojos a través de la visera de acero levantada.

Se había construido un ariete para tirar abajo los pesados portalones de madera que protegían a los qainuqa: una gruesa viga de troncos de palma reforzada con piezas de acero. Treinta de los

musulmanes más fuertes unieron esfuerzos para embestir las puertas una y otra vez hasta que éstas cedieron. Los soldados habían recibido órdenes de matar a cualquier hombre armado que encontraran a su paso pero perdonar la vida a mujeres y niños.

Mientras los tambores de guerra retumbaban anunciando a los Bani Qainuqa que su fin estaba próximo, vi que un hombre ataviado con una vaporosa túnica roja se acercaba al Enviado: era Ben Ubay que había venido a negociar en nombre de los

judíos, que se negaba a defender con las armas.

Pasó de largo por delante de Umar y Hamza —que fruncieron el ceño al reparar en su presencia—, y fue directo hasta el Profeta, que estaba pasando revista a las tropas, abordándolo por la espalda.

—¡Oh, Mahoma, sé magnánimo con mis aliados!

El Enviado miró a Ben Ubay fugazmente y luego siguió pasando revista: su presencia infundía valor a los soldados.

Pero Ben Ubay no se dio por

vencido y siguió al Profeta alzando la voz para que todos lo oyeran cuando dijo:

—¡Mahoma, ten piedad de mis aliados!

El Enviado fingió no haberlo oído pese a que los gritos podrían haber despertado a los muertos de Janat al Baqi, el cementerio de las afueras de Medina.

Lleno de frustración, Ben Ubay se acercó al Enviado por la espalda y lo agarró por el cuello de la camisola de cota de malla.

—¡Escúchame!

Inmediatamente había una docena de espadas desenvainadas apuntando al cuello de Ben Ubay pero aun así él no vaciló. El Profeta se dio la vuelta y se hizo un silencio tan grande que todos se oían los latidos de su propio corazón.

—Suéltame —ordenó, y la manera en que pronunció la palabra encerraba más peligro del que hubiese podido encontrarse en toda una larga retahíla de increpaciones.

Y, sin embargo, Ben Ubay sería muchas cosas pero desde luego no se

le podía llamar cobarde, pues pese a sentir el roce de los filos de espada en el cuello y la espalda no soltó al Profeta.

—¡Juro por Dios que no lo haré hasta que no me prometas que los tratarás con magnanimidad! —respondió, y en sus ojos vi un dolor que parecía sincero—. Los Bani Qainuqa cuentan con unos cuatrocientos hombres sin armadura y trescientos más en cota de malla, lo que desde luego no es precisamente un imponente ejército, pero durante todos los años antes de que tú

llegaras a Medina esos hombres han sido mi única protección de mis enemigos: este árabe vive porque esos judíos lo han salvado en varias ocasiones. —Entonces hizo una pausa y sus ojos lanzaron un destello de pesar. Si estaba fingiendo, desde luego era un actor excelente—. Ahí dentro hay setecientos hombres que me mantuvieron con vida mucho antes de que tú trajeras la paz al oasis —prosiguió con voz trémula—, ¿acaso los pasarás a todos a cuchillo en una sola mañana?

El Enviado lo miró. Aunque no le



veía el rostro que quedaba oculto bajo el casco me di cuenta de que la súplica de Ben Ubay lo había conmovido, pues noté que sus hombros se relajaban.

Cuando habló por fin, su voz era firme pero compasiva: —Te concedo sus vidas —fue todo lo que dijo.

Ben Ubay lo soltó dejando caer la mano y contempló cómo se alejaba el Enviado; durante un buen rato estuvo observando al hombre que le había arrebatado el trono, que gobernaba en Medina mientras él se tenía que contentar con ser un mero

espectador. No sé qué estaría pensando pero parecía abatido y desconcertado. Luego por fin se volvió hacia las puertas de la fortaleza y fue a dar la buena noticia a sus viejos aliados.

MIENTRAS musulmanes y judíos habían estado a punto de comenzar una guerra, los ejércitos de La Meca se reagrupaban bajo la mirada atenta de Hind. La Historia suele seguir la pista de las acciones de los hombres ignorando a menudo las de las mujeres que —para bueno o para malo— ejercieron una influencia decisiva en esos acontecimientos. Ha llegado el momento, Abdalá, de que revele más sobre la reina de La

Meca: muchos saben de sus terribles crímenes pero pocos conocen a la mujer que los perpetró ya que no es fácil descender a esos abismos tenebrosos, pero yo he visto los indicios vergonzosos de tales tinieblas dentro de mí misma y por tanto tal vez resulte lo más adecuado que sea yo también quien haga lo propio por ella.

Desde la derrota de Badr, Hind había estado animando a los soldados mecanos a entrenarse regularmente para mejorar su pericia en combate, puesto que una segunda

derrota era impensable y Hind había jurado que cualquier hombre que corriera de vuelta a casa derrotado acabaría hecho trizas a manos de las mujeres en cuanto pusiera un pie en el perímetro de la ciudad santa.

No es que ella considerara La Meca un lugar santo: Hind hacía tiempo que había dejado de creer en ninguna fuerza divina, ya lucra singular o plural. La última vez que había rezado tenía seis años: su madre había muerto de una terrible enfermedad y Hind había sido testigo de cómo su hermoso rostro se iba

destruyendo hasta que no quedaba más que un cráneo cubierto de piel; la noche que su padre Utba le había dicho que su madre los iba a dejar, la niña fue corriendo a la Caaba, había robado las llaves del estudio de su padre y se deslizó en el interior del lugar prohibido para postrarse a los pies del ídolo color carmesí de *Hubal*. Allí había permanecido hasta el amanecer, con la frente apretada contra en el frío suelo de mármol de la Casa de Dios, y durante todo ese tiempo había estado rezando a todos los dioses de los que había una

imagen en el Santuario, rogándoles a esas deidades que salvaran la vida de su madre: clamó a las Hijas de Dios —Alat, Uza y Manat—; a la diosa fenicia Astarté; a Nergal, el iracundo dios de la guerra; al dios sol Chams; a Abgal, el señor de los camelleros; a Munaf, la diosa de la fertilidad; a Aglibol, el dios palmirano de la media luna creciente; al dios serpiente, Wad; a Qaum, el protector nabateo de las caravanas; incluso a Isaf y Naila, los amantes que habían profanado la Caaba con su lujuria desatada.

Al final, cuando ya había invocado a todos los dioses que conocía sin obtener respuesta, alzó la voz a Alá, el Supremo Dios que había creado los cielos y la Tierra antes de retirarse a su trono más allá de las estrellas: sin duda Él, que había creado al resto de los dioses, la vida y la muerte mismas, sin duda Él salvaría a su madre.

Pero cuando salió el sol, Hind sintió la mano suave de su padre que la instaba a levantarse: su madre había muerto mientras dormía, le dijo.



Hind no lloró, volvió a casa y se puso a jugar con sus muñecas, en apariencia aceptando la noticia con la resignación y estoica dignidad que correspondía a una descendiente de la casa de quraish.

Sin embargo, las lágrimas que no vertió permanecieron atrapadas en su interior, carcomiéndola por dentro como los gusanos a un cadáver; el dolor que oprimía su pecho se convirtió en veneno que fue devorando su alma a lo largo de los años hasta que no quedó nada más que ira dentro de ella.

Puesto que los dioses la habían abandonado, Hind también los abandonó a ellos: un trato justo al fin y al cabo.

A lo largo de los años, nunca había prestado demasiada atención a los rituales estúpidos de su gente que continuaba engañándose con la creencia de que existía un ser superior que diera sentido a la vida. La noche que murió su madre ella había aprendido que la vida no tenía sentido ni propósito. El amor era una ilusión, un truco perverso de un universo cruel. El gozo no duraba

más que un instante y luego se lo llevaba el viento. La única cosa real era el cuerpo pues sólo él sentía placer o dolor, así que llegó a la conclusión de que el propósito de la vida, si es que ésta lo tenía, era maximizar el placer y acallar el dolor.

Así fue como su vida se convirtió en una búsqueda incansable del éxtasis, de incrementar la capacidad del cuerpo para experimentar el placer hasta el límite, y se rodeó de todo tipo de distracciones para gratificar los sentidos: la música más

melodiosa para deleitar sus oídos, las ropas más suaves para acariciar su piel...; había probado todos los vinos y hasta el último manjar exótico y se había pasado la vida explorando los placeres prohibidos de la carne tanto con hombres como con mujeres y con incontables parejas, a menudo al mismo tiempo. Se había jurado a sí misma que si podía extraerse algún disfrute de la vida, exprimiría hasta la última gota antes de que la oscuridad descendiera sobre ella y ya no pudiera recordar nada.

Los dioses de La Meca no desempeñaban ningún papel en su existencia salvo como fuente de ingresos para financiar su sensual estilo de vida, y si todavía quedaba una mínima parte de Hind que creyera en ellos tras la muerte de su madre, sin duda desapareció dos años más tarde cuando su padre invitó a un *kahin* errante, un adivino que decía estar en íntima comunión con los dioses, a quedarse en su casa y bendecir a la familia con sus poderes. El hombre se había colado en el dormitorio de la muchacha una

noche, desnudo excepto por una pulsera en forma de dos serpientes entrelazadas, el símbolo de su sagrado linaje. El *kahin* llevaba en la mano un ídolo de marfil de un dios yemení de la fertilidad cuyo nombre Hind nunca supo y le advirtió que no debía contar nada de lo sucedido porque había sido un rito sagrado y caería sobre ella una maldición si hablaba con alguien de los misterios del dios.

Agotado tras realizar sus «ritos sagrados», el adivino se había quedado dormido a su lado. La niña

de ocho años se había levantado de la cama para ir sigilosamente hasta la cocina ignorando el reguero de sangre que le corría por la pierna y había buscado el cuchillo de carne más afilado que tenían; luego volvió a su cuarto y, tras cortarle el cuello a l *kahin* sin la menor vacilación, había pisoteado el ídolo yemení hasta hacerlo trizas sin prestar la menor atención a los fragmentos de marfil que se le clavaban en los pies desnudos. Entonces Hind le quitó al *kahin* la pulsera, el símbolo de su poder, se la puso en la muñeca y

volvió a meterse en la cama para caer en un sueño profundo pese a estar tendida junto a un cadáver.

Su padre había encontrado el cuerpo desnudo del «hombre santo» en la habitación de su hija a la mañana siguiente y lo había enterrado discretamente en el patio trasero. Utba jamás habló del asunto con Hind pero nunca volvió a invitarse a ningún *kahin* a su casa.

Y después de ese incidente ella jamás volvió a prestar la menor atención a los dioses o quienes se proclamaban a sí mismos sus



mensajeros.

Hasta que Mahoma, el mercader de clase humilde que había labrado su fortuna casándose con una mujer mayor muy rica, decidió dedicarse al negocio de la profecía: hablaba con bellas y poéticas palabras y, de pronto, los necios ciudadanos de La Meca estaban dispuestos a entregarle ya no sólo su fortuna sino también sus vidas: en vez de convertirse en seguidores de la única verdad —la búsqueda del placer— adoptaban sus enseñanzas sobre la austeridad, se negaban a sí mismos las cosas

agradables de la vida y andaban por ahí con los vientres vacíos y los labios rebosantes de alabanzas a un Dios imaginario.

Esta nueva religión tenía unas enseñanzas más sofisticadas que las tonterías que creía su gente y ésa era precisamente la razón por la que ofendía a Hind incluso más: se trataba de un embuste tan bien hilvanado que hasta hombres inteligentes como Umar, hombres que ella había admirado y con los que había intercambiado placeres, habían abandonado su vida anterior para

sumarse a aquella comunidad de muertos vivientes. El Islam, con su oferta de vida eterna y justicia cósmica, era exactamente el tipo de fantasía que la humanidad ansiaba, por más que ninguna de las dos promesas fuera cierta.

Hind odiaba a Mahoma por darle falsas esperanzas a la gente, esperanzas que debilitaban a los fuertes y se aseguraban de que los hombres sacrificarían los placeres del momento por una promesa ilusoria de recompensa más allá de la tumba. Hind había hecho de la

destrucción de aquella fantasía su misión en la vida, quería acabar con esa mentira y brindar así a hombres y mujeres la libertad que les permitiría aceptar el mundo como era, no como deseaban que fuera.

Desde la muerte de su padre en Badr, la venganza la consumía. A menudo acompañaba a su marido a las prácticas militares en el desierto a las afueras de La Meca y en una de esas ocasiones sus ojos recorrieron el campo de maniobras en busca de un paladín de su causa, alguien que pudiera asestar el golpe que

restauraría la verdad y expondría a Mahoma como lo que era: un farsante.

Observó como su marido les hacía comentarios a los hombres, animándolos mientras se entrenaban con espadas sin filo y lanzas de punta roma:

—¡Ejercitaos con dedicación, oh hijos de La Meca, el día de la venganza está cerca!

Los soldados respondían a las palabras de Abu Sufian acelerando sus movimientos con la esperanza de agradar al hombre que, a todos los

efectos, era su rey. Tras la derrota de Badr, Hind había considerado la posibilidad de deshacerse de su esposo de modo que pareciera un accidente, pero ahora se daba cuenta de que había sido una sabia decisión abandonar esa idea pues los hombres lo respetaban y por tanto todavía le resultaba útil a ella. Ahora bien, también era consciente de que su marido era viejo y necesitaría un cuerpo más joven para dar placer al suyo y hacer avanzar su causa.

Y entonces, de repente, lo vio.

Los ojos de Hind se posaron en

un esclavo abisinio muy alto y negro como la noche que se movía igual que una pantera: tenía en su mano una jabalina labrada conforme a la tradición de su pueblo, experto en el arte de la lanza. El esclavo atravesó a la velocidad del rayo una nube de adversarios, escurriéndose entre los hombres como una serpiente sinuosa entre los juncos.

El guerrero clavó la mirada en su objetivo, un poste de madera que habían levantado en el centro del campo, se llevó la jabalina al hombro y la lanzó con movimientos

gráciles desde el otro lado de la explanada, a unos cincuenta codos de distancia, para clavarla exactamente en el centro del poste atravesándolo de lado a lado.

Hind experimentó una excitación innegable, tanto en el corazón como en la entrepierna. Se acercó al esclavo y sintió que su deseo se acrecentaba al contemplar la negra piel reluciente de sudor y aspirar el aroma almizclado que brotaba del hombre embriagándole los sentidos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.



—Wahsi —respondió él casi sin resuello—. Mi amo es Yubair ben Mutim.

Hind sonrió: Yubair era primo suyo y lo conocía bien. Hubo un tiempo en que la preocupó la posibilidad de que él también desertara al bando musulmán tras enterarse de que Abu Bakr, el adulator número uno de Mahoma, había sugerido prometer a su hija Aisha con Yubair, pero el lujurioso Mahoma había decidido quedarse a la niña para su propio lecho y Yubair se había mantenido fiel a La Meca.

Se acercó más a Wahsi y le puso una mano sobre el fornido brazo, que era casi tan grueso como un tronco de árbol.

—¿Sabes quién es Hamza ben Abd al Muttalib?

Le costó trabajo pronunciar el nombre del asesino de su padre.

Wahsi parecía incómodo pero asintió.

—Sí, sé quién es —respondió Wahsi tras un momento de duda—, siempre fue amable con Bilal y conmigo.

Hind frunció el ceño. Bilal, el esclavo que se había convertido en el principal muecín entre los seguidores de Mahoma, había matado a su antiguo amo Omeya en Badr. El vínculo que unía a los esclavos era tan estrecho como el que podía existir entre hermanos y desde luego cabía la posibilidad de que la lealtad de Wahsi pudiera verse comprometida por esa amistad, así que tendría que tantearlo para descubrir de qué bando estaba realmente.

—¿Considerarías a Hamza un

amigo?

Wahsi hizo una pausa, escogiendo las palabras.

—En la medida en que un esclavo y un hombre libre pueden ser amigos, sí, diría que lo es.

Aquello suponía una verdadera decepción pero para Hind ningún obstáculo era insalvable.

—Dime, Wahsi, ¿cuánto vale para ti la libertad?

El abisinio retrocedió un paso mirándola con recelo.

—No entiendo a qué te refieres.

Ella volvió a colocarse a su lado pero esta vez dejó que su mano rozara el fuerte torso desnudo del soldado, cerró los ojos y pudo notar el ritmo acompasado y vigoroso del corazón que latía bajo su mano.

—¿Arriesgarías la vida a cambio de ganar tu libertad?

—Sí —respondió él sin dudarlo.

Ella abrió mucho los ojos y se quedó mirando fijamente aquellas pupilas negras.

—¿Y tu libertad es algo por lo que matarías?

Wahsi entornó los ojos pero no apartó la mirada.

—Sí.

Hind sonrió y le acarició el torso: los músculos del abdomen del esclavo eran firmes y bien definidos y notó la humedad en sus muslos al tiempo que el aroma salino de su excitación inundaba el aire que los separaba.

—No me cabe duda, pero ¿es tu libertad tan preciosa como para que mates a un amigo para conseguirla?

Wahsi dudó un instante. Y

entonces se encogió de hombros con gesto orgulloso —Si ése es el precio de la llave que abre mis cadenas, entonces sí.

Hind le apretó el antebrazo dejando que la punta de una de sus uñas le arañara la piel hasta hacerle sangre a un Wahsi que permaneció impasible mientras ella luego se llevaba la uña a los labios y succionaba la diminuta gota de fluido vital.

—Hablaré con mi primo Yubair —dijo con voz aterciopelada—, para que te dé permiso esta noche. Ven a

mi casa, tenemos mucho de qué hablar.

Y así fue cómo Hind encontró por fin un paladín para su causa: una venganza que resultaría mucho más terrible de lo que ninguno habríamos podido imaginar.

Te estarás preguntando, querido Abdalá, por qué me molesto en dar tantos detalles sobre su papel en los acontecimientos. Tal vez pienses que



era un monstruo que no se merece pasar a los anales de la fe, y quizá lleves razón: sus crímenes le han granjeado la condena de la Historia con toda justicia; ciertamente Hind era cruel, vengativa y manipuladora. Y, sin embargo, también era mucho más: fuerte, orgullosa, apasionada, una mujer que se negaba a dejar que el mundo la conquistara, una mujer que habría podido hacer tanto bien si la herida de su corazón hubiera sanado con el bálsamo del amor. Pese al inmenso odio que siento al recordarla, me da pena la niña que

aún vivía dentro de ella, la niña  
arrodillada clamando a los Cielos  
por su madre, una súplica que no  
obtuvo más respuesta que el silencio.

ME senté en la piel de cordero que cubría nuestra cama y el Enviado apoyó la cabeza en mi regazo, como hacía a menudo cuando le costaba trabajo relajarse después de un largo día; hundí los dedos en su cabellera de rizos negros a la que les estaban empezando a salir unos cuantos mechones canosos, él alzó los ojos iluminados por un brillo familiar y me di cuenta de que me deseaba. El Enviado había estado tan cansado en

las semanas anteriores que rara vez habíamos hecho el amor, pues la descomunal carga del día a día como profeta y hombre de Estado lo había agotado hasta el punto de no tener fuerzas ni para sus propias necesidades como hombre: cada minuto que estaba despierto lo pasaba bien enseñando, bien dirimiendo disputas, bien poniendo en práctica nuevas leyes que Dios había revelado en el Corán, si no era liderando incursiones contra las caravanas de La Meca y volvía a casa agotado para quedarse dormido

en mis brazos casi al instante.

Yo echaba de menos nuestra intimidad, la poderosa calidez de su cuerpo entrelazado con el mío, y además anhelaba darle un hijo. Para entonces ya llevábamos casados casi tres años pero mis ciclos habían continuado ininterrumpidamente. Yo rezaba todas las noches para que Dios despertara mi vientre, pero mis súplicas no habían sido atendidas. Me dispuse a apagar la única vela que iluminaba la habitación porque mi marido era extremadamente pudoroso y sólo manteníamos

relaciones íntimas bajo el manto de la oscuridad. Y entonces oí unos golpes furibundos a la puerta y la voz atronadora de Umar llamando al Enviado. Mi marido lanzó un suspiro y noté que su deseo se había disipado. En ese momento, yo habría agarrado a Umar por la barba y lo habría abofeteado, pero no lo hice, sino que me retiré a un rincón y me cubrí el pelo con gesto hosco mientras el Profeta abría la puerta para dejar que pasara el gigante, que entró furioso:

—¡Oh, Enviado de Dios, el honor

de mi casa ha sido mancillado! —  
declaró con gran dramatismo.

—¿Qué ha sucedido? —replicó  
el Enviado con tono cortés pero de  
cansancio.

Umar me vio sentada en el  
rincón, taladrándolo con la mirada, y  
de repente pareció sentirse incómodo  
y bajó la vista hacia sus inmensos  
pies sin decir nada más.

Mi esposo se volvió hacia mí  
para dedicarme una sonrisa  
comprensiva y me pidió:

—Aisha, déjanos solos, por  
favor.

Asentí con aire contrito y salí al patio. El Enviado cerró la puerta a mis espaldas, pero yo, incapaz de reprimir esa curiosidad mía que ha sido uno de mis grandes dones, pero también una maldición, apoyé la oreja sobre la puerta de madera de palma y agucé el oído para escuchar la conversación que mantenía mi marido con uno de sus consejeros de más confianza.

—Como sabes, mi hija Hafsa se ha quedado viuda —dijo Umar hablando muy rápido—. Pues bien, le hice una honorable propuesta a



Uzman ben Afán para que se casara con ella y ¡la rechazó!

Sonreí para mis adentros: pues claro que la respuesta de Uzman había sido negativa: Hafsa era una muchacha hermosa, pero con un carácter tan tempestuoso y cambiante como el de su padre, y ningún hombre que valorara su tranquilidad la habría aceptado como esposa.

—Uzman aún está de luto por Ruqaya —respondió el Enviado con diplomacia—, no te lo tomes tan a pecho.

No mencionó lo que a mí sí me

había dicho en privado: que tenía intención de casar a su otra hija, Um Kulzum, con Uzman. Probablemente ésa no habría sido una noticia que Umar se hubiera tomado bien.

—No digo que no, pero el caso es que he sufrido una segunda afrenta —continuó Umar con voz atronadora—. Fui a ver a Abu Bakr y le ofrecí la mano de Hafsa ¡y él también la rechazó! Creía que era mi mejor amigo, pero resulta que me ha avergonzado.

Traté de que no se me escapara una risotada: la idea de que mi

anciano padre se casara con una muchacha de veintiséis años y de espíritu cuando menos indómito era más que cómica: le fallaría el corazón en la misma noche de bodas y no precisamente debido a la pasión de Hafsa sino a sus constantes refunfuños.

—¡Abu Bakr ama profundamente a Um Ruman y en su corazón no hay sitio para ninguna otra! —argumentó mi esposo, quien, como de costumbre, siempre tenía la palabra justa.

—No digo que no, ¡pero el hecho

es que esto es una deshonra para mí! —dijo Umar con pánico en la voz—, los chismosos ya están sembrando viles rumores por todo Medina: ¡dicen que Hafsa ha sido rechazada por los hombres más importantes del Islam porque tiene mal carácter y es mezquina! ¿Cómo pueden decir algo tan absurdo?

Todo mi cuerpo tembló mientras contenía la risa y tuve que morderme la mano para no delatarme.

—Lo mejor es ignorar a esos calumniadores —sugirió el Enviado con delicadeza—, Alá será quien los

juzgue. Los chismosos y los murmuradores comerán la carne de sus hermanos muertos el Día del Juicio.

Era una imagen impactante, pero no consiguió apaciguar a Umar.

—¡No puedo esperar al Juicio Final, oh, Enviado de Dios, el honor de mi hija ha sido mancillado hoy! ¡Ningún hombre querrá casarse con ella cuando se entere de que Uzman y Abu Bakr la han rechazado!

—Ten fe, Umar —podía oír el cansancio haciéndose más patente en la voz del Enviado a medida que sus

esfuerzos por aplacar a Umar no hacían sino enardecerlo aún más.

—Tengo fe en Dios, pero no en la crueldad caprichosa de los hombres —replicó el hombre con voz temblorosa—. En los días de antes del Islam, habría retado a Uzman y Abu Bakr a un duelo, pero ahora son mis hermanos y no derramaré su sangre, así que no tengo elección.

—¿Cómo que no tienes elección?  
—ahora Mahoma sonaba decididamente alarmado.

—Debo dejar Medina y llevarme

a Hafsa conmigo —concluyó Umar —, tengo que marcharme donde mi hija pueda escapar a la vergüenza y rehacer su vida. —Hizo una pausa y continuó con la voz teñida de renovada agitación—: ¡Oh, Enviado de Dios, encomiéndame la misión de ser tu embajador ante los infieles, en Siria o en Persia! ¡Envíame a predicar la Palabra de Dios a esas tierras lejanas!

Oí que mi esposo le daba una palmada en la espalda en señal de apoyo.

—Llegará el día en que irás a

esas tierras, Umar, pero no como enviado, *inshalá*, sino como conquistador.

Si el Enviado se proponía animar el espíritu decaído de Umar con esas declaraciones grandilocuentes, sus esfuerzos fueron en vano.

—Pero entonces ¿qué voy a hacer? No puedo quedarme en Medina mientras el honor de mi familia siga manchado por la ignominia.

Se hizo un largo silencio y empecé a asimilar por fin que la comicidad de la situación había



desaparecido dejando paso a un serio problema para la comunidad: Umar era un líder indiscutible — temido y respetado por amigos y enemigos—, y si él abandonaba el oasis se generaría un vacío de poder que alentaría a nuestros adversarios a realizar movimientos peligrosos contra Medina. Yo sabía que mi esposo estaba tratando de encontrar una respuesta a la cuestión de cómo colocar a aquella hija en edad casadera para que Umar se centrara en proteger la incipiente ciudad-Estado.

—Tengo que confesarte la verdad —tomó la palabra el Enviado por fin—. No juzgues a Uzman ni a Abu Bakr con demasiada severidad, pues estaban cumpliendo mis órdenes.

Aquello era totalmente inesperado y me acerqué aún más a la puerta para oír mejor, tanto que ésta casi se abrió.

—No lo entiendo —la voz de Umar rezumaba desconcierto y dolor.

—Tras escuchar tu propuesta, Uzman vino a verme y yo fui quien le aconsejé que dijera que no. Y lo

mismo ocurrió con Abu Bakr.

Claramente Umar no daba crédito a lo que oía.

—¡Oh, Enviado de Dios!, pero ¿por qué?

Yo ardía en deseos de oír la respuesta: aquélla era una ocasión ideal para que mi esposo hiciera uso del talento natural que poseía para los asuntos de Estado y siempre me admiraba su capacidad de tomar decisiones acertadas que beneficiaran a todos.

—Porque Hafsa es especial y ha

sido elegida para un destino más grande.

De repente no me gustó lo más mínimo el cariz que estaban tomando las cosas.

Oí que Umar se ponía de pie al tiempo que las articulaciones de sus fuertes piernas rechinaban como si de la puerta de una inmensa fortaleza se tratara.

—¿Estás diciendo que...?

En ese momento mi corazón se desbocó y tuve ganas de correr de vuelta al interior de la habitación y evitar que mi marido acabara la

conversación, pero tenía los pies clavados al suelo.

—Sí, es mi deseo casarme con Hafsa y convertirla en Madre de los Creyentes, si su padre lo permite.

Me quedé pálida como una sábana: de repente sentía mareos y notaba el sabor a bilis en la boca.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Umar a grandes voces—. ¡Te daría la mano de mi hija en matrimonio y cualquier cosa que me pidieras!

Se oyó el murmullo de los ropajes de Umar que abrazaba al

Enviado con tal efusividad que si éste hubiera sido un hombre más menudo lo habría aplastado. Siguieron hablando pero yo no quería escuchar más.

La ira hizo que el corazón me latiera con fuerza: ¡el Enviado me amaba a mí! ¿Cómo iba a casarse con otra mujer, aunque se tratara de una jugada política? De pronto tuve la visión de mi amado Mahoma y Hafsa entrelazados apasionadamente y sentí que mi alma ardía de furia.

Me volví y salí corriendo del patio en dirección a la casa de mi

madre, donde me pasé el resto de la  
noche llorando en sus brazos.

YO miraba con expresión huraña y labios apretados mientras un grupo de trabajadores de gesto adusto construían otra casita de piedra justo al norte de la mía en el patio de la *masyid*: trabajaban a toda velocidad, ya que la fecha de la boda del Profeta con Hafsa se había fijado para una semana más tarde y querían acabar cuanto antes de modo que el cemento estuviera seco para entonces. Nadie quería ser



responsable de que el Enviado de Dios pasara su noche de bodas en una habitación que olía igual que un pozo de alquitrán después de una riada.

Contemplé los nuevos aposentos y una vez más me vino a la mente la imagen de mi esposo en brazos de otra mujer: no pude evitar sentir como si unas garras gélidas me atenazaran la garganta y, entonces, como si me hubiera leído el pensamiento, la orgullosa Hafsa entró en el patio, se quitó las delicadas sandalias de tiras y se

dirigió con paso resolutivo hacia los obreros para supervisar la construcción de su nueva casa.

Me oculté entre las sombras del umbral de mi puerta confiando en que no me vería; lo último que quería era intercambiar frases inconsecuentes con aquella muchacha de rizos negros que pronto compartiría lecho con el Enviado.

Resultó que estaba tan enfrascada en sus propios asuntos que era poco probable que ni aunque hubiera estado de pie frente a ella completamente desnuda hubiese

reparado en mí: abrió los ojos como platos cuando vio el estado caótico en que se encontraba su futura casa e inmediatamente comenzó a regañar a los hombres.

—¿Pero qué chapuza es ésta?!  
—les chilló con voz ronca que sonaba sorprendentemente parecida a la de su padre—. ¡No, no quiero esa ventana ahí, justo mirando al muro de la parte de atrás! ¡Voy a ser Madre de los Creyentes, mi ventana tiene que dar al patio!

Los pobres obreros hostigados soportaron con abnegada cortesía la

sarta de recriminaciones acompañada de patadas al suelo, ya que Hafsa, sin ser tan alta como Umar, poseía una complexión fuerte y un tanto hombruna que recordaba claramente a la de su padre. Sus ojos eran de color marrón claro, del mismo tono que su tersa piel, curvas generosas y caderas anchas. Sentí una punzada de terror al darme cuenta de que su cuerpo era mucho más idóneo que el mío para la maternidad: si le daba un hijo al Profeta antes que yo, entonces lo más probable era que se convirtiese en la

principal consorte y mi influencia sobre el corazón de mi marido se volvería tan tenue y quebradiza como un candado herrumbroso que se desmigaja azotado por un vendaval.

—No te preocupes, Aisha —me tranquilizó una voz suave a mi lado —, tú siempre serás su favorita.

Era Sauda, mi esposa-hermana mayor, que había sabido leer en mis ojos con su sabiduría de mujer que recuerda las cuitas propias de la juventud. Le sonreí llena de agradecimiento pero también se me pasó por la cabeza un pensamiento

poco caritativo: ella tenía el rostro arrugado y los pechos caídos y hacía tiempo que sus ciclos se habían retirado, así que le resultaba fácil hablar con tanta seguridad ya que compartía el lecho del Enviado pero sin pasión y nunca podría darle un hijo, con lo que su posición no se vería afectada en lo más mínimo si el corazón de Mahoma se volvía hacia Hafsa.

Era un pensamiento mezquino, cruel y lleno de maldad, así que intenté —sin conseguirlo del todo— apartarlo de mi mente.

—¿Qué clase de madera es ésta?  
—rugió Hafsa, y mis pensamientos  
huyeron en desbandada ante la  
violencia de sus gritos. Alcé la vista  
hacia ella y la contemplé mientras  
reprendía al capataz, un hombre  
corpulento casi tan alto como el  
padre de la muchacha—. ¿Acaso  
quieres que se le caiga el tejado  
encima al Enviado mientras está en  
la cama?

El musculoso capataz parecía  
querer decir algo poco agradable a  
aquella deslenguada de veinte años  
que se comportaba como la reina de

Arabia, pero se mordió la lengua e hizo un esfuerzo por controlarse. En ese momento el Enviado entró en el patio y el capataz le dirigió una mirada suplicante para que interviniera en su favor.

Mi esposo fue hasta donde estaba Hafsa y lo vi aspirar hondo, como si se preparara para entrar en batalla, pero antes de que tuviera oportunidad de decir nada a su futura esposa su mirada se posó en mí y, viéndome allí de pie en el umbral de mi diminuta casa, me dedicó una cálida sonrisa; la emoción estuvo a



punto de hacer que el corazón se me saliera del pecho y tuve que contenerme para no correr a sus brazos y decirle que yo era la única capaz de darle verdadera felicidad, pero hubo algo en la forma en que se iluminaron sus ojos que me dio a entender que no hacía falta: él ya lo sabía.

La boda del Enviado con Hafsa fue una gran ceremonia a la que todos los líderes de Medina fueron invitados,

incluidos los jefes de las tribus judías que enviaron presentes de oro y especias pero no asistieron en persona.

Al presenciar como el Enviado desposaba a Hafsa ante un nutrido grupo de nobles respetables, al ver a la novia luciendo una túnica de seda color escarlata, sentí una punzada de tristeza y de repente caí en la cuenta de mi propia insignificancia: mi boda, a diferencia de ésta, había sido un acontecimiento tremendamente discreto y me sentía como si me hubieran privado de la pompa y

circunstancia que no se le había escatimado en lo más mínimo a la hija de Umar.

Musité una queja entre dientes dirigiéndome a mi madre que me lanzó una acerada mirada de reproche:

—Éste es un matrimonio por razones políticas para tener a Umar contento y a los musulmanes unidos —sentenció Um Ruman rápidamente en voz baja—, pero tu boda se celebró en cumplimiento de la voluntad de Dios y como reflejo de los sentimientos del Enviado, no de

sus necesidades políticas. Deberías estar agradecida.

Por supuesto llevaba razón, pero en ese momento me traía sin cuidado, así que me puse de pie y salí con paso firme y airado del colorido pabellón erigido expresamente en la plaza del mercado dejando atrás a toda una hilera de mendigos que habían acudido con la esperanza de obtener una generosa limosna del Enviado con motivo de la memorable ocasión. Me cubrí el pecho mejor con el chal que llevaba, confiando en que su calor me libraría de la

sensación del frío que me recorría pese a que era una noche cálida.

Salí del bazar acelerando el paso y estuve caminando sin rumbo fijo hasta que, por fin, me detuve en seco al posar la mirada en una joven que, apoyada contra un muro a punto de derrumbarse, contemplaba las estrellas fijamente.

Era Fátima, la hija del Profeta; de repente caí en la cuenta de que no la había visto en el pabellón junto a sus hermanas Zainab y Um Kulzum y me pregunté por qué no estaría con su padre celebrando la boda. Y

entonces se me ocurrió que el hecho de que ella fuera dos años mayor que la nueva esposa de su padre, Hafsa, y no se le conociera ningún pretendiente debía de afectarla mucho.

Fátima parecía perdida en sus pensamientos y cuando me acerqué a ella no reaccionó al sonido de mis pasos. Debería haber girado sobre mis talones y dejarla a solas con sus elucubraciones pero me sentí atraída hacia ella por razones que no acertaba a comprender. Fátima siempre había sido tan etérea que

parecía un espíritu más que una criatura de carne y hueso y había algo en ella que me inquietaba. No obstante, era la hija favorita de mi marido y tal vez sentía una conexión especial con ella por ser yo la esposa favorita, una posición que confiaba fervientemente en poder seguir manteniendo después de que el Enviado pasara la noche con su nueva mujer. Hafsa, además de ser mayor y tener un cuerpo más formado, ya había estado casada una vez y supuestamente tendría mucha más experiencia en las artes del

amor. Se me revolvió el estómago de pensarlo y, obligándome a apartar aquella idea de mi mente, me deslicé junto a Fátima.

La muchacha me miró al tiempo que esbozaba una sonrisa fantasmal y luego centró de nuevo su atención en las estrellas: la Vía Láctea atravesaba los cielos igual que una enorme caravana, pero me di cuenta de que ella estaba observando la constelación conocida como el Guerrero, que parecía suspendida a poca altura en el firmamento. Yo también miré hacia arriba en



dirección a la franja brillante que componían las tres estrellas y vi por el rabillo del ojo las diminutas luces que formaban la funda de su espada pero que siempre que las miraba directamente desaparecían, igual que un yin en el desierto.

El silencio que reinaba entre nosotras se hizo incómodo con lo que al final hice un torpe intento de encontrar un tema de conversación:

—Entonces..., ¿crees que tú nunca te casarás? —dije para luego hacer una mueca de dolor casi inmediata, pero era demasiado tarde:

las palabras ya habían salido de mi boca.

Fátima me miró y vi que la mirada distraída con que sus negros ojos contemplaban el cielo se había enfocado repentinamente, como si me viera por primera vez en la vida.

—No. De hecho, me casaré pronto, *inshalá*.

Era la primera noticia que tenía yo...

—¿Ya has elegido a alguien? — pregunté intentando con escasos resultados disimular la sorpresa que teñía mi voz.

Se encogió de hombros y volvió a alzar la vista hacia el firmamento.

—No, lo han elegido por mí.

Ahora sí que estaba atónita: se me encogió el corazón al pensar que el Enviado no había compartido conmigo los planes de matrimonio que tenía para su adorada hija y me pregunté si se lo habría contado a Sauda o, peor aún, a Hafsa.

—¿Lo ha elegido tu padre? —  
continué indagando con voz temblorosa y débil como la de un ratoncillo diminuto.

—No, ha sido Dios.

Y, con esas palabras extrañas, la misteriosa muchacha me sonrió tristemente y dirigió la mirada al cielo al tiempo que yo bajaba la mía para clavarla en mis manos durante un instante. Cuando me volví a preguntarle a qué se refería, sentí un escalofrío al darme cuenta de que Fátima había desaparecido.

ESA noche el Enviado consumó su matrimonio con Hafsa, para gran —y audible— satisfacción de la novia: me tapé los oídos con una tosca almohada de piel pero aun así los gemidos se colaban a través de la endeble pared de adobe que separaba sus aposentos de los míos haciendo que mi hogar me pareciera una cárcel en el corazón mismo del Infierno.

Al cabo de unos días, cuando yo

todavía seguía dolida por la adición de aquella muchacha alocada al harén, me enteré de que habría una segunda boda: por lo visto Fátima se iba a casar con Alí, y el caso era que, en cierto modo, aquella unión tenía todo el sentido del mundo ya que los dos eran extrañas criaturas de otro mundo y parecían destinados el uno para el otro.

La ceremonia no resultó tan grandiosa como la de los esponsales de Hafsa pero sí que estuvo revestida de gran dignidad y experimenté una inexplicable sensación de

solemnidad, la sensación de que aquél era un acontecimiento histórico y no simplemente el enlace de dos seres que no acababan de encajar en el mundo y habían tenido la inmensa suerte de encontrarse.

El Enviado tenía aspecto serio y estaba muy callado. Fátima y Alí se sentaron frente a él. El novio vestía una simple túnica negra que contrastaba con el brillo especial de sus ojos verdes; Fátima llevaba un vestido en tonos rojizos y tenía el rostro cubierto por un fino velo. Sólo habían sido invitados los más

allegados, entre los que se encontraba, por supuesto, el núcleo de la familia de Mahoma —sus esposas e hijas, Uzman, el yerno viudo, y los dos suegros del Enviado, Abu Bakr y Umar—, y mí me entusiasmó ver que también Talha estaba presente, mientras que mi hermana Asma no apartó la vista ni un instante de Zubair que, por fin, se había decidido a emigrar a Medina trayendo consigo la promesa de casarse con ella y poner fin a su condición de solterona.

Alí y Fátima firmaron el contrato



de matrimonio y todos alzamos las manos para rezar la tradicional *Fatiha*, los versos de la primera sura del Sagrado Corán, tal y como era costumbre. Por lo general la ceremonia nupcial terminaba con una oración de súplica, pero esa noche el Profeta hizo algo poco usual, algo que nunca antes le había visto hacer y que no volví a verle hacer jamás: alzó un cuenco de madera de acacia tallada en el que había vertido agua pura y cristalina de una jarra de barro; luego se enjuagó la boca y cuando escupió el agua de vuelta en

el cuenco ésta resplandecía como si hubiera echado diamantes dentro. Y entonces Mahoma roció con ella a los novios haciendo que pareciera que el misterioso brillo brotaba de ellos. Para concluir mi marido tomó en sus manos un frasquito de aceite y se untó los dedos, ungió la frente de Alí y, deslizando la mano tras el velo que cubría el rostro de su hija, volvió a repetir el gesto. Daba la impresión de que los estuviera ungiendo como rey y reina, igual que se contaba que habían hecho los profetas de Israel con los monarcas a

los que servían en otro tiempo muy lejano.

—Dios os bendiga y bendiga vuestra descendencia —declaró con una mirada que de alguna manera conseguía reunir el gozo y la pena.

Toda la ceremonia estuvo envuelta en un ambiente irreal que parecía el idóneo para la enigmática pareja y me alegré cuando el Profeta se puso de pie para besarlos, señalando con ese gesto la vuelta al mundo real que yo conocía y entendía.

Las mujeres tomaron a Fátima de

la mano y, con las consabidas risitas y miradas de complicidad, la guiaron hasta la alcoba adyacente donde se había colocado un colchón cubierto con piel de cordero similar al mío sobre el suelo de piedra.

Cuando alargué la mano para colocar bien el velo de Fátima que se había deslizado a un lado en el proceso, vi que tenía los ojos llenos de lágrimas y los labios firmemente apretados.

—¡Sonríe! —le sugerí esbozando una amplia sonrisa con la esperanza de ayudar con ello a disipar su

inexplicable melancolía—, éste es el momento más importante de la vida de una mujer.

Fátima me miró como si en verdad fuera la primera vez que me veía y luego dijo algo totalmente inesperado:

—Desearía ser como tú, Aisha.

—¿Por qué? —le pregunté muy sorprendida.

—Vives en libertad, entregándote a cada momento —murmuró—, no te atormenta el pasado, ni el futuro tampoco.

Era un comentario raro de una muchacha rara y respondí lo mejor que supe:

—Mi padre dice que el pasado es como un sueño del que te acabas de despertar... ¿Para qué mirar atrás? Y el futuro..., el futuro es como un espejismo en el desierto: lo perseguimos sin descanso pero siempre se nos escapa.

Me sorprendió el lirismo de mis propias palabras, una cualidad que no era consciente de poseer.

Fátima esbozó una sonrisa triste y en su mirada había algo tan trágico

que se me partió el corazón.

—Pero a veces el espejismo se nos echa encima —replicó ella— y entonces vemos que no es agua sino arena ardiente que, impulsada por el viento, arrastra cuanto amamos.

La miré sin saber qué pensar, hasta podría decirse que con miedo, y luego las otras mujeres me instaron a abandonar la habitación en el momento en que entraba Alí con una mirada más distante e inescrutable que nunca escrita en sus ojos verdes.

# 14

*Monte Uhud*  
*23 de marzo de 625 d. C.*

La hora de la verdad llegó al fin: estábamos al borde de la guerra. Los habitantes de La Meca habían venido a vengar a los muertos de Badr y destruir Medina. Era el primer día de primavera y los gorriones cantaban en las ramas de las palmeras mientras nuestros soldados marchaban a defender el oasis de los



invasores. Abu Sufian lideraba un ejército de tres mil soldados y trescientos caballos, mientras que nosotros habíamos conseguido reunir una fuerza de tan sólo setecientos musulmanes junto con trescientos hombres de las tribus aliadas con el taimado Ben Ubay. Pese a la abrumadora superioridad numérica de nuestro adversario los musulmanes no perdían la esperanza, pues no en vano habíamos presenciado el milagro de Badr donde habíamos derrotado a un ejército tres veces mayor que el

nuestro.

Además, en los días previos a la batalla había habido toda una serie de señales que probaban el favor de Dios. La hija del Enviado, Fátima, había dado a luz a un hijo, una criatura rolliza y sonriente a quien habían puesto por nombre Hasan. Hacía muchos años que los hijos varones del Profeta con Jadiya habían muerto y Hasan era el único heredero varón del Enviado de Dios. Su nacimiento puso fin a un embarazo difícil que había obligado a Fátima a pasar semanas en la cama; las

ancianas de Medina habían empezado a murmurar con tristeza poniendo en duda que la hija del Profeta fuera lo bastante fuerte como para llegar al final del embarazo, y la expresión del rostro de mi esposo se había ido ensombreciendo y tornando más desesperada a medida que se acercaba la fecha del parto.

Pero entonces, como si Dios hubiera decidido que la pobre muchacha ya había sufrido bastante, los dolores de Fátima desaparecieron y dio a luz sin problemas a un niño regordete de

cabellos rizados. El feliz nacimiento del primer heredero del Profeta suponía una clara señal de esperanza para nuestra *Uma*. Muy a mi pesar, ninguna de las Madres le habíamos dado hijos al Enviado, aunque me consoló algo la idea de que, si sobrevivía los primeros años de infancia durante los que los rigores del desierto causan los mayores estragos entre los niños, Hasan sería portador de la bendita sangre del Enviado y la continuación de la estirpe de Mahoma quedaría asegurada. El hecho de que Hasan

fuera hijo de Alí había catapultado al misterioso hombre a una posición aún más prominente que la que ya disfrutaba en el seno de la comunidad, un hecho que fue recibido con cierto grado de desconcierto por los patriarcas musulmanes.

No obstante, todas las rivalidades quedaron a un lado cuando el enemigo llegó a las puertas del oasis. Los hombres de Medina y los de La Meca se enfrentaron en un accidentado valle de roca volcánica que se extendía a los pies del monte

llamado Uhud donde el Enviado dio orden de levantar el campamento y esperar la llegada de los refuerzos de Ben Ubay. Me senté junto a mi esposo mientras contemplaba la llanura desde lo alto: las fuerzas de La Meca parecían escarabajos relucientes con sus armaduras y cota de malla lanzando destellos desafiantes a la luz del sol. Desde allí y con mi vista de halcón distinguía a la caballería liderada por un hombre que reconocí como el legendario Jalid ben al Ualid. El general se alzó la visera del casco y

paseó la mirada por el campo de batalla recorriendo con ojos expertos el accidentado contorno de la montaña en busca de algún punto débil por el que el enemigo pudiera romper nuestras defensas.

Al mirar hacia abajo en dirección al campamento de los mecanos donde se divisaban banderas rojas, moradas y azules ondeando al viento que ponían una nota de color en el desolado paisaje del valle, pensé en lo parecida que era aquella escena a la que había presenciado un año antes; sólo que ahora el enemigo

había triplicado sus fuerzas y su fuerte motivación no era el orgullo sino la venganza.

Si nos derrotaban moriríamos todos y, si eran ellos los vencidos, volverían al año siguiente con una fuerza aún más numerosa y mayor sed de venganza. Era como si las victorias que lograban los musulmanes no consiguieran sino arrastrarlos hacia sucesivos nuevos campos de batalla cada vez más peligrosos.

Lancé un suspiro atribulado y posé una mano en el brazo de mi



marido, más para infundirme ánimos a mí misma que a él.

—¿Alguna vez llegaremos a tener paz, mi amor?

—Sí, en el Paraíso —me respondió con aire nostálgico—. Este mundo nació en guerra y algún día perecerá por causa de ella.

Me apretó los dedos y noté el roce de las callosidades que se le habían hecho en las palmas de las manos tras los muchos meses de trabajo manual que habían sido necesarios para construir la muralla y reforzar las defensas de Medina.

Como jefe del oasis, Mahoma podría haberse ahorrado participar en la tarea de poner ladrillos, pero mi esposo comprendía el poder que daba a un líder unirse a sus hombres en las tareas más básicas pues con ello creaba un vínculo de confianza y lealtad cuyo verdadero valor se ponía de manifiesto en un día como aquél.

Oí crujir el suelo pedregoso de la ladera de la montaña bajo unas pesadas botas y al desviar la mirada en esa dirección vi a Umar con su fornido cuerpo enfundado en cota de

mallá que corría hacia nosotros con el rostro crispado de ira.

—¡Nos han traicionado! ¡Ben Ubay se ha dado la vuelta con sus hombres!

Mi esposo asintió con gesto sombrío; tal vez ya sospechaba que era posible que ocurriera: al final, Ben Ubay había decidido que enfrentarse a las fuerzas de La Meca era un suicidio y había sugerido que nos retiráramos al interior de las casas ya que Medina, con sus callejuelas tortuosas sembradas de palmeras, no podría ser tomada tan

fácilmente salvo que los mecanos estuvieran dispuestos a luchar cuerpo a cuerpo, callejón por callejón y casa por casa.

Sin embargo el Enviado había decidido que permitir que las fuerzas de La Meca entraran en la ciudad, donde podrían causar daños mucho más permanentes si quemaban las cosechas y envenenaban los pozos, era demasiado peligroso. Había que detener el avance de los mecanos fuera de la ciudad, donde nos encontrábamos. Por lo visto Ben Ubay no estaba de acuerdo y había

optado por abandonarnos a nuestra suerte precisamente en el momento en que ya se oían los aullidos del lobo a nuestras puertas.

—Alá nos protegerá, siempre y cuando nos mantengamos unidos —respondió Mahoma sin inmutarse aunque detecté cierta tensión en su voz pues, incluso si los ángeles acudían en nuestra ayuda como habían hecho en Badr, setecientos hombres contra tres mil era una proporción muy desfavorable; si pretendíamos contener al enemigo, no podíamos permitirnos desviarnos

ni lo más mínimo de la estrategia que nos habíamos trazado.

Se oyó en el valle un estruendo repentino de cascos de los caballos y vi a Jalid liderando a los jinetes hacia el diminuto paso situado en la base de la montaña. El Profeta alzó la mano derecha y Talha tomó una bandera negra y la agitó describiendo círculos; era la señal que esperaba un grupo de arqueros escondidos entre las rocas al este de donde nos encontrábamos, y de pronto comenzaron a llover las flechas sobre la caballería mecana. Los

sorprendidos caballos retrocedieron y Jalid guio a sus hombres en retirada sin dejar de recorrer la montaña con mirada atenta hasta que localizó el lugar del que provenían los proyectiles. La caballería mecana no retrocedió hasta el campamento sino que mantuvieron su posición a suficiente distancia como para quedar fuera del alcance de las flechas.

El Enviado se puso de pie para dirigirse a los arqueros con voz firme que retumbó al otro lado de la colina:

—¡Mantened las posiciones, sois la vanguardia de los musulmanes, no bajéis los arcos hasta que yo no lo ordene!

Ellos asintieron y sentí que se encendía en mi interior una leve llama de esperanza: mientras los arqueros resistieran, Jalid no podría cruzar el paso y atacarnos por la retaguardia; los musulmanes contaban con la ventaja que les daba la altura, lo que compensaba hasta cierto punto la superioridad numérica de los mecanos.

El clamor de los tambores hizo



que mis ojos se posaran de nuevo en el campamento mecano donde una figura rompía filas y avanzaba: reconocí inmediatamente el turbante escarlata y dorado.

—¡Oh, hombres de Aus y Jazrach! —gritó Abu Sufian—, abandonad el campo de batalla ahora y dejad que yo me encargue de mi primo; una vez hayamos acabado con este alborotador, La Meca abandonará vuestras tierras, ¡no deseamos luchar con vosotros!

Tal vez su oferta habría tenido más peso tres años antes, cuando las

gentes de Medina todavía se consideraban miembros de una tribu específica; pero desde que habíamos llegado nosotros, cada vez se mencionaban menos esos clanes ancestrales y los habitantes de la ciudad de Medina habían empezado a considerarse, ante todo, musulmanes. Como si me hubieran leído el pensamiento, los líderes de los Aus y los Jazrach respondieron al reto de Abu Sufian con un atronador redoble simultáneo de tambores.

—Así sea entonces —concluyó Abu Sufian al tiempo que asentía con

la cabeza, como si de hecho hubiera anticipado que ésa sería la respuesta que recibiría.

En el momento en que el líder de los mecanos se volvía hacia sus hombres se oyó el cascabeleo de unas panderetas y surgió del campamento enemigo una familiar voz rezumante de sensualidad que me provocó escalofríos: era Hind a la cabeza de un grupo de mujeres que bailaban alrededor de los soldados; llevaban túnicas ajustadas con grandes aberturas en las faldas por las que se les veían fugazmente sus

muslos mientras giraban sobre sí mismas y cantaban despertando la lujuria de los hombres, un fuego que pronto se convertiría en sed de sangre al rojo vivo:

«Avanzad y yaceréis en nuestros brazos tendidos en suaves alfombras —entonaban las voces roncas como la de una amante gimiendo apasionadamente—, pero si retrocedéis os abandonaremos, os abandonaremos y nunca volveremos a amaros».

Eran unos antiguos versos que generaciones de mujeres habían

cantado para alentar a sus hombres antes de entrar en combate y su poder resultaba evidente: los soldados mecanos golpearon los escudos con las espadas al tiempo que sus rostros esbozaban gestos feroces —como los de un lobo que enseña los dientes cuando se dispone a atacar— mientras Hind hacía nacer el deseo en sus entrepiernas y el frenesí en sus corazones.

Aquella mujer me producía fascinación y rechazo al mismo tiempo, pues reunía una inquietante conjunción de belleza femenina y

despiadada brutalidad: sentía deseos de huir de ella tan deprisa como me fuera posible y por otro lado quería descubrir hasta el último de sus terribles secretos, los secretos del poder que tienen las mujeres sobre los hombres.

Mientras Hind se agachó y giraba al ritmo frenético de las panderetas vi que Hamza daba un paso al frente para observarla y entonces ella lo reconoció por la pluma de avestruz que siempre lucía orgulloso en el casco y le mostró los dientes en lo que podía haber sido tanto una

sonrisa como un gruñido, o ambos a la vez si eso fuera posible.

—Esa mujer es un demonio —sentenció Hamza clavando los ojos en la sensual figura balanceante mientras Bilal se colocaba a su lado con la mirada fija en las primeras líneas del ejército enemigo.

—Esta vez se han traído incluso a los esclavos —comentó el liberto con voz pesarosa—, acabo de ver a mi amigo Wahsi.

Hamza le posó la mano en el hombro para consolarlo.

—En el campo de batalla no hay

amigos, Bilal —le dijo con firmeza aunque su voz estaba también teñida de compasión—, si te encuentras frente a frente con él en medio del combate, haz lo que debes.

Bilal asintió con gesto triste y entonces cesó el estruendo de los tambores y las mujeres se apresuraron a retirarse de las primeras líneas en dirección al campamento ya que la verdadera danza de la muerte estaba a punto de comenzar. Igual que habían hecho en Badr, los de La Meca enviaron a su paladín, un joven que no reconocí



pero que se adelantó con andares orgullosos hasta el centro del campo de batalla retando al enemigo con grandes aspavientos: alzó su imponente espada y la hizo girar sobre su cabeza de un modo que me recordó al de los escupefuegos africanos que había visto actuar años atrás cuando las caravanas de Abisinia se detenían en La Meca; era una impactante demostración de fuerza destinada a aterrorizar a los musulmanes y al mismo tiempo, burlarse de ellos.

El Profeta envió a Alí, que se

colocó en el centro del campo rápidamente empuñando su espada de dos puntas, Dul Fiqar, que resplandecía a la luz del sol. Y entonces, sin mediar una palabra ni un solo gesto más, Alí asestó un golpe certero con el que atravesó el pectoral de la armadura del mecano. El joven paladín cayó muerto al suelo con aquella sonrisa burlona aún en los labios y oí un grito aterrador al tiempo que otro guerrero cuyas finas facciones recordaban claramente a las del caído se lanzaba al campo de batalla; este segundo

paladín, casi con total seguridad hermano del primero, salió en pos de Alí que ya se había dado la vuelta y estaba por tanto de espaldas al atacante, pero Hamza se lanzó a la carga y detuvo el avance del hermano con una terrorífica estocada letal de su alfanje evitando así que éste hiriera a Alí por la espalda.

Se hizo el más absoluto silencio en el campo de batalla mientras que ambos bandos contemplaban horrorizados el duelo que no debió de durar más de medio minuto: era tan parecido a lo que había visto en

Badr que experimenté esa extraña sensación que se produce en ocasiones cuando el velo de tiempos pasados se enreda con el del presente. Los mecanos debieron de sentirlo también porque ver derrotados de nuevo a sus guerreros más temibles como si de niños indefensos se tratara desató una oleada de furia y temor en el campo enemigo. Y acto seguido, sin más ceremonia, los guerreros de La Meca se lanzaron a la carga.

Esta vez no se produjo ninguna nube de polvo que me impidiera ver

el campo de batalla ni presencié la aparición de jinetes fantasmagóricos que acudían en nuestra ayuda; lo que vi en la llanura a mis pies fueron imágenes brutales y descarnadas cuyo recuerdo me atormentaría de por vida.

Los mecanos se abalanzaron sobre nuestros hombres con crueldad incontenible, sus espadas lanzaban destellos rojizos al reflejar el sol en ellas los colores de las rocas volcánicas de aquel paraje desolado y, al cabo de poco rato, aquellas piedras vetustas se tiñeron de un tono

carmesí más profundo. El ruido del entrechocar de los aceros, atronador como si un millar de rayos hubieran caído en la base del monte Uhud, retumbó por todo el valle con una violencia tan lacerante que tuve que taparme los oídos con puños apretados con todas mis fuerzas.

Igual que las olas de un océano de metal, el enemigo se precipitaba sobre nosotros una y otra vez inundando el valle de muerte y, no obstante, los musulmanes no retrocedíamos: contábamos con la protección de la montaña, y mientras

nuestras primeras líneas contenían el implacable ataque con los escudos en alto, los que ocupaban la retaguardia lanzaban una lluvia constante de flechas y lanzas contra los atacantes.

Se oían gritos por todas partes, alaridos de dolor y exclamaciones triunfantes de júbilo además de los gemidos de los moribundos. Me sorprendió profundamente ver como muchos de los que hacía apenas unos instantes gritaban con semejante ferocidad animal parecían ahora chiquillos llamando a sus madres entre sollozos incontrolados al sentir

que la muerte se cernía sobre ellos. Fue ese llanto desesperado lo que más me impactó ese día, y de repente el tamiz de gloria a través del cual suele contemplarse la batalla se desvaneció y la guerra apareció ante mis ojos con toda su fealdad al desnudo: el hedor a entrañas y sangre fue ascendiendo hasta donde me encontraba y tuve que apartar la vista al tiempo que trataba de disimular las lágrimas que me anegaban los ojos. Eran lágrimas por un enemigo que no dudaría un instante en hacer mi cuerpo trizas si alguno de ellos



lograba atravesar nuestras defensas. La sensación simultánea de vergüenza, asco y horror que experimentaba no tenía el menor sentido.

Pese a mis denodados esfuerzos por ocultar mis sentimientos contradictorios, el Enviado vio la confusión en mi rostro y asintió con la cabeza: lo comprendía.

Me obligué a mirar de nuevo, a observar la masacre que se desarrollaba ante mis ojos a escasos metros de distancia. Vi a Hamza, con la pluma de avestruz de su casco

manchada de polvo y restos humanos, que atravesaba las líneas enemigas dejando a su paso un reguero de hombres a los que iba hiriendo con la facilidad con que la hoz del labriego corta las espigas de trigo.

Y entonces, repentinamente, la defensa musulmana pasó al ataque: con Hamza a la cabeza, nuestros guerreros comenzaron a forzar la retirada de los mecanos que huían en desbandada a refugiarse en su campamento. El impulso que dio a los musulmanes aquella súbita inversión de los papeles no hizo sino

aumentar el coraje de nuestras fuerzas y el desconcierto del enemigo, y de pronto oleadas de musulmanes estaban atravesando el campo de batalla a toda velocidad mientras los mecanos hacían esfuerzos desesperados por detener nuestro avance. Oí gritos de júbilo en el momento en que la balanza se decantaba a favor de los seguidores de Mahoma y, al contemplar la horrible carnicería y pese a los complejos sentimientos que en ese momento me embargaban, me puse a animar a nuestros hombres a voces,

con gritos muy parecidos a los que habían servido a Hind para enardecer a los suyos antes de la batalla.

—¡Ya rozáis la victoria con la punta de los dedos, hijos míos! —los exhorté un tanto insegura y sin preocuparme demasiado de si podían oírme o no en medio del fragor del combate.

Yo era una chiquilla de doce años y siempre me resultaba incómodo dirigirme a hombres hechos y derechos como «mis hijos» pero, de algún modo, en aquel

momento parecía lo correcto. Vi que Talha me guiñaba el ojo y le dediqué una sonrisa que hizo que se ruborizara.

Y entonces noté que el Enviado se ponía muy tenso. Pensé que tal vez había hecho mal en arengar a las tropas igual que había hecho Hind, pero cuando lo miré vi que no me prestaba la menor atención sino que tenía la mirada clavada en el campo de batalla donde los musulmanes habían avanzado hacia el campamento de los mecanos al otro lado del valle.

Agucé la vista para comprobar cuál era la causa de su consternación y, en medio del caos de combatientes que se divisaba allá abajo luchando a brazo partido como dos ejércitos de hormigas, distinguí una figura que destacaba claramente entre tanta confusión: un hombre negro muy alto que iba sin armadura y se movía con la agilidad de un pájaro que atravesara entre revoloteos aquella escena delirante, como si tal cosa y sin entrar en combate con nadie; era el esclavo Wahsi cuya presencia tanto había apenado a Bilal, y

solamente iba armado con una larga jabalina que sostenía con la misma naturalidad que si fuera un tercer brazo.

Allá abajo, Hamza asestaba golpes a sus oponentes con la violencia de un tornado: rebanó la cabeza de un desafortunado soldado enemigo para luego girar a la velocidad del rayo y cortar el brazo a un segundo que había intentado herirlo por la espalda. Fuera donde fuera Hamza, brotaban de inmediato los alaridos de dolor que luego enmudecían abruptamente.

Y entonces el tío del Profeta detuvo repentinamente la trayectoria que seguía su brazo y alzó la cabeza como si hubiera oído algo con toda claridad en medio de la pavorosa cacofonía que lo inundaba todo; se giró hacia la izquierda y el amasijo de soldados que había a su alrededor se desvaneció en un instante: los hombres se hicieron a un lado para dejarle paso, igual que las aguas se habían dividido a un lado y a otro al extender Moisés su vara sobre ellas, y apareció Wahsi a escasos diez metros de distancia.



El esclavo lanzó la jabalina que sobrevoló la explanada tan rápido que mis ojos no alcanzaron a seguir su trayectoria: en un instante pasó de estar en la poderosa mano de Wahsi a hundirse en el abdomen de Hamza para luego emerger brutalmente por los riñones.

Oí el sollozo que dejó escapar el Enviado pero no era capaz de mirarlo porque estaba hipnotizada por la dignidad del guerrero herido que se mantenía erguido sobre sus pies mientras un río de sangre comenzaba a brotar de su herida. Y

luego aquel coloso cayó en tierra y mi corazón se desplomó con él.

Un manto de estupor mudo pareció cubrir el campo de batalla al tiempo que los hombres de uno y otro bando clavaban una mirada atónita en el cadáver de Hamza. Luego oí algo que me heló la sangre: el aterrador sonido de la risa de Hind cuyo eco parecía retumbar hasta en la última roca del valle.

Sus carcajadas no duraron porque los musulmanes se volvieron locos de ira al ver a su comandante muerto y, como si cada uno de ellos

hubiera recibido una porción del valeroso corazón de Hamza, volvieron a la carga con ímpetu renovado, se diría que poseídos por una furia irracional que resultaba terrorífica. Las fuerzas de La Meca fueron incapaces de defenderse de aquella ira desatada y vi que nuestras primeras líneas atravesaban las defensas del enemigo hasta que una marabunta de guerreros musulmanes invadió el campamento del enemigo repartiendo a su paso golpes mortales con la desenvoltura con que un niño aplastaría una mosca de un

manotazo.

—¡Retirada! —se oyó gritar a Abu Sufian con voz desesperada y llena de humillación que resonó por todo el valle igual que lo habían hecho escasos minutos atrás las carcajadas ávidas de sangre de Hind.

Vi los escudos mecanos partiéndose por la mitad y a los soldados correr a esconderse en el paso de montaña confiando en que eso les facilitaría la fuga.

Miré al Enviado cuyas mejillas estaban surcadas por las lágrimas: Hamza era su tío pero tenían la

misma edad y siempre habían estado tan unidos como hermanos. Hamza había llenado buena parte del vacío en el corazón de un chiquillo que, huérfano y sin hermanos, se había quedado solo en el mundo. Me limité a apretar la mano de mi esposo que me lo agradeció con un asentimiento de cabeza.

Los musulmanes habían ganado la Batalla de Uhud de igual modo que habían vencido en Badr, pero en ambas ocasiones Mahoma había pagado un precio personal muy alto, el sacrificio de sangre que Dios les

exigía a él y a su familia: primero había sido Ruqaya y ahora Hamza. Para ser un hombre que odiaba la violencia y cuyo mensaje siempre había sido de paz, era como si el cosmos pretendiera asegurarse de que su corazón nunca se tornaría insensible a los horrores de la guerra; muchos reyes consideraban a sus soldados como prescindibles, concedían a las muertes de sus hombres en el campo de batalla la misma importancia que se da al montículo de un hormiguero aplastado por la rueda de un carro

que pasa por encima a toda velocidad, pero el Enviado de Dios, en cambio, siempre viviría la guerra como algo personal y cuyo coste habría de ser satisfecho con la pérdida de aquellos a quienes más amaba.

Aun así, la increíble victoria de Uhud hizo que, en comparación, la de Badr pareciera poco más que una escaramuza. Ahora la leyenda de los musulmanes se propagaría por todo el desierto y cada vez más tribus se unirían a nosotros. Semejante victoria cambiaría el curso de la

historia de Arabia para siempre y tal vez no habría de pasar mucho tiempo antes de que los musulmanes asediaran La Meca y liberaran el Santuario; entonces la guerra acabaría y toda Arabia se convertiría al Islam.

Traté de pensar como un hombre, obligándome a razonar y contener la tristeza y la rabia que sentía. Me dije a mí misma que aquella victoria bien valía el altísimo precio, pero ese mismo día descubrí que no debe cantarse victoria hasta que el último enemigo no haya huido del campo de



batalla.

LOS arqueros apostados en la cima de la cara oriental del monte Uhud contemplaron entusiasmados cómo los musulmanes arrasaban el campamento de La Meca, destrozando los pabellones de lona que un minuto antes se alzaban orgullosos sobre la tierra del valle y apoderándose del rastro de armas y oro que los paganos habían dejado caer en su precipitada huida. Nuestros hombres lanzaron gritos de

júbilo al ver que la batalla tocaba a su fin.

Y en eso, un joven arquero llamado Madani lanzó su arco al suelo y comenzó a descender por la montaña gesticulando hacia sus compañeros, presa de la excitación:

—¡Vamos, daos prisa o nos quedaremos sin nuestra parte del botín!

Con los corazones rebosantes de alegría, los arqueros lo siguieron y comenzaron a bajar tras él por la ladera, pero su comandante —un hombre de poca estatura de la tribu

de los Aus que se llamaba Safi y que era capaz de acertarle a una liebre a treinta metros de distancia— hizo una señal a sus hombres para que se detuvieran:

—¡Mantened las posiciones! ¡El Enviado todavía no nos ha relevado del puesto!

—¡No hace falta, la batalla ha terminado! —se oyó la voz de Madani seguida de grandes vítores de sus amigos mientras descendía por la pendiente para luego echar a correr en dirección al asediado campamento enemigo.

Safi se lo quedó mirando con aire desesperado, se volvió hacia el campamento base del Profeta que estaba al otro lado de la cima y vio al Enviado de pie con la alarma escrita en el rostro.

—¡No! ¡Volved aquí! —retumbó la voz del Profeta por toda la cumbre.

En ese momento la caballería a las órdenes de Jalid surgió de las sombras al pie de la montaña y los jinetes cabalgaron a la velocidad del viento hacia el estrecho paso con intención de cruzarlo y atacar a los

musulmanes por la retaguardia.

Safi cayó al suelo de rodillas, abrumado por los sentimientos de horror, vergüenza y culpa que le provocaba haber fracasado en su deber de imponer la disciplina. La montura de Jalid galopó hacia el pobre Madani, cuyas risas despreocupadas se interrumpieron de forma abrupta en el momento en que el poderoso guerrero lo atravesó con la espada. Los demás arqueros que habían roto filas corrieron idéntica suerte o huyeron despavoridos al ver la carga de la caballería mecana

contra los musulmanes que su falta de visión había desatado.

Me llevé la mano a la boca, horrorizada al contemplar cómo los jinetes de Jalid se aproximaban envueltos en una nube de polvo rojo para atacar a nuestros hombres por el flanco trasero. Hubo gritos de desconcierto que pronto se convirtieron en alaridos de agonía a medida que Jalid atravesaba a punta de espada las líneas de los

desconcertados musulmanes. Y entonces sentí que temblaba la tierra bajo mis pies cuando los soldados que protegían al Enviado se abalanzaron montaña abajo para ayudar a sus camaradas caídos, pero habían quedado atrapados entre la infantería mecana al sur y la caballería que avanzaba hacia ellos desde el norte, igual que diminutos moluscos cautivos entre las pinzas de un cangrejo gigante.

En cuestión de segundos todo cambió y nuestra clara victoria comenzó a tornarse una espantosa



derrota.

Y en ese momento vi la nube de polvo dirigiéndose hacia nosotros y vi que algunos jinetes habían abandonado su retaguardia al darse cuenta de que el campamento base del Profeta había quedado relativamente desprotegido. Se me hizo un nudo en la garganta cuando vi a los jinetes que se aproximaban al galope con las lanzas preparadas para el ataque.

Entre los pocos musulmanes que quedaban en nuestro campamento había unas cuantas mujeres que

habían acompañado a sus esposos y ahora corrían grave peligro de verse arrastradas al epicentro de la batalla. Talha se puso en pie de un salto para protegernos y mi anciano padre hizo lo mismo. En total no había más que media docena de hombres pero se apresuraron a formar un círculo alrededor del Enviado y luego vi que las mujeres tomaban en sus manos los arcos abandonados que había por el suelo y se ponían a disparar a la caballería que ya teníamos prácticamente encima. La inesperada lluvia de flechas de esas mujeres

valerosas sorprendió a los jinetes consiguiendo ralentizar su marcha.

El flamante esposo de mi hermana, Zubair, se situó junto a Talha en la parte exterior del círculo blandiendo una espada en cada mano: era el único hombre que conocía capaz de usar ambas manos con igual destreza y había desarrollado la rara habilidad de empuñar dos armas a la vez. Cuando un jinete galopó hacia nosotros pendiente arriba, Zubair comenzó a girar sobre sí mismo igual que una tolvanera y entonces, con

movimientos gráciles como los de un bailarín, alzó su mano derecha hacia atrás y asestó un fuerte golpe al caballo en el pecho; el poderoso animal lanzó al jinete por los aires mientras las sacudidas recorrían su cuerpo herido de muerte y, en el momento en que el sorprendido caballero cayó al suelo, Zubair continuó girando al tiempo que su mano izquierda describía un arco en el aire para cortarle el cuello. La sangre salió a borbotones de la yugular cercenada y al cabo de poco tiempo el guerrero mecano yacía sin

vida junto a su montura.

De inmediato, Alí estaba ya junto a Zubair con la resplandeciente Dul Fiqar lanzando sus misteriosos destellos y los dos comenzaron a luchar codo con codo hiriendo uno tras otro a todos los mecanos lo bastante incautos como para aventurarse colina arriba camino de una muerte segura. Los dos primos formaban una pareja sin igual que se movía y actuaba como si fueran gemelos capaces de leer los pensamientos del otro, había simetría en la manera en que se movían sus

cuerpos, como si fuesen las dos alas de una mariposa gigante agitándose con una belleza aterradora. Nunca había visto dos hombres actuar con una compenetración tan perfecta y sentí gran admiración por los lazos de amor y parentesco que habían forjado la unión inquebrantable de sus corazones.

Me arrepiento de muchas cosas, querido Abdalá, pero de ninguna más que de haber sido quien empuñó la daga que acabaría separando sus corazones al cabo de los años. Tu padre fue uno de los pocos amigos

que tuvo Alí y el veneno que yo vertería en aquel campo sembrado con el más puro amor habría de resultar en una cosecha aún más ponzoñosa para nuestra nación. Tal vez Dios me perdonará, pero sé que yo nunca podré perdonarme a mí misma.

Ese día la confianza no resultó ser una cuestión de fe, amistad o lazos de sangre, sino de vida o muerte. Mi corazón, henchido de alivio al ver que Zubair y Alí protegían el flanco norte, se volvió a atenazar de repente cuando divisé a

un grupo de hombres en la base de la montaña que desmontaban para trepar por la rocosa cara sur con intenciones de atacarnos por la retaguardia.

Lancé un grito al tiempo que señalaba la oleada de soldados que escalaba la ladera hacia nosotros con las espadas entre los dientes haciendo que Talha acudiera a mi lado inmediatamente y, cuando vio la nueva amenaza a que nos enfrentábamos, se lanzó a repeler el ataque en solitario.

Contemplé horrorizada como tres



paganos se abalanzaban sobre mi querido primo, que ahora era el único obstáculo que separaba al Enviado de una muerte segura. Talha luchó con una expresión delirante y salvaje en la mirada como nunca jamás le había visto, asestando un golpe tras otro a los atacantes sin detenerse ni cuando los filos de sus espadas atravesaron la cota de malla que lo protegía haciendo que manaran chorros de sangre de un rojo intenso.

Y sin embargo Talha seguía en pie: giró sobre sí mismo y lanzó un

ataque furioso, cortando el brazo de un asaltante para luego hundir su acero en el pecho de un segundo, pero se le quedó la espada atascada en las costillas del moribundo sin que consiguiera sacarla a tiempo para repeler el ataque del último sobreviviente que le hizo un profundo corte en la espalda de lado a lado al que siguió inmediatamente una espeluznante erupción de sangre, piel y músculos. Contemplé con horror como Talha se tambaleaba y parecía a punto de desplomarse; y entonces, de alguna manera, encontré

la fuerza suficiente para levantar una pierna y dar una patada a su adversario en el abdomen haciendo que el hombre se precipitara de espaldas al vacío para aterrizar contra el suelo con un horrible crujido tras la caída de más de quince metros.

Mi primo fue a trompicones hasta donde estaba el Enviado, que lo contemplaba maravillado. No tengo la menor idea de cómo consiguió llegar hasta allí pues tenía la armadura hecha jirones y le brotaba sangre de una docena de heridas,

pero el hecho es que lo hizo, sonrió al Enviado y luego me miró a mí, se las arregló inexplicablemente para conseguir guiñarme un ojo y luego por fin se desmayó.

—¡Atiende a tu primo! — exclamó el Profeta.

Me apresuré a arrodillarme junto a él y comprobé en la vena del cuello que todavía tenía pulso aunque muy débil. Mi padre se inclinó sobre Talha al tiempo que abría una cantimplora de piel de camello para limpiar con agua las heridas mientras yo hacía tiras con el bajo de mi

túnica de algodón y me apresuraba a vendárselas.

Mi primo había protegido nuestra retaguardia pero ahora los hombres de Jalid se habían lanzado al ataque en masa ascendiendo por la colina desde el norte: eran demasiados para que ni siquiera Alí y Zubair consiguiesen detenerlos y varios jinetes estaban cruzando ya el paso y continuaban el avance implacable hacia nosotros. En ese momento vi que Nusaiba y Um Sulaim, dos mujeres que habían estado lanzando flechas a los atacantes, dejaban caer

los arcos y agarraban sendas espadas: aquellas dos amas de casa entradas en carnes y que no tenían el menor entrenamiento en el arte de la guerra se lanzaron contra los jinetes agitando las espadas mientras proferían gritos desesperados de furia. Los mecanos se quedaron paralizados, atónitos al verse haciendo frente a aquellas musulmanas enloquecidas, y ese momento de duda resultó ser fatal: mientras Nusaiba clavaba la espada en el cuello de uno de los caballos que derribó al jinete lanzándolo por

el precipicio, Um Sulaim cortó la pierna de otro, y cuando ese segundo jinete cayó al suelo presa del desconcierto Nusaiba le cortó la cabeza.

Pero ni aquella ferviente defensa bastaba para detener a todos los enemigos. Vi con horror que un guerrero cuyo nombre supe luego era Ben Qamia galopaba dejando atrás a Alí y Zubair, que estaban ocupados luchando con otros dos jinetes cada uno, y proseguía al galope más allá de donde se encontraban las mujeres que tuvieron que hacerse a un lado

para evitar que las arrollara.

Entonces Ben Qamia vio al Enviado sentado sobre el suelo pedregoso y lanzó un grito aterrador mientras yo lo miraba con ojos desorbitados al darme cuenta de que no había nadie que pudiera defender a Mahoma de aquella nueva avalancha de muerte.

Mi anciano padre agarró una espada y corrió al encuentro del temible corcel pero Ben Qamia se lo quitó de encima con una mano tirándolo al suelo con un golpe brutal de la cara plana de la espada. Lancé



un grito al tiempo que se me llenaban los ojos de lágrimas. Ben Qamia casi había llegado hasta nosotros y vi que el Enviado se ponía de pie para enfrentarse a la muerte con un valor que pocos habrían mostrado. Observé la espada de Ben Qamia resplandeciendo rabiosa a la luz del sol mientras describía un arco amplio cuya impecable trayectoria tenía por objetivo cortar la cabeza de Mahoma.

—¡No! —chillé con tanta fuerza que estoy segura de que mis gritos hicieron temblar las puertas del

mismo Infierno.

Y entonces noté que algo se movía junto a mí y, antes de que pudiese ni tan siquiera asimilar lo que estaba pasando, Talha abrió los ojos de golpe y se puso en pie de un salto a tiempo de bloquear con la mano izquierda la estocada de aquella hoja afilada como la navaja de un barbero.

Contemplé atónita cómo el arma del enemigo cortaba en dos la palma de la mano de Talha destrozándole los dedos igual que si fueran de barro seco pero, al interponerse la

mano de mi primo, el preciso movimiento de Ben Qamia se trastocó haciendo que la trayectoria de la espada se desviara hacia arriba con lo que, en vez de asestar el golpe en la garganta del Enviado, la hoja fue a dar en el acero del casco de éste aplastándolo.

La sangre brotó de la mejilla de mi marido que se desplomó igual que un muñeco inerte lanzado al suelo por un chiquillo caprichoso. El Enviado de Dios se quedó inmóvil a mis pies con una espantosa herida abierta atravesando su bello rostro

cubierto de sangre y metal abollado.

Ben Qamia bajó la mirada hacia él, desconcertado por su propia hazaña ya que había logrado lo que los grandes guerreros quraish no habían conseguido durante los últimos quince años. Con las pupilas dilatadas por la emoción de la gloria que lo aguardaba, el mecano alzó la espada y gritó hacia la ladera de la montaña con voz atronadora cuyo eco resonó por todo el valle como un toque de trompeta:

—¡Mahoma ha muerto! ¡Mahoma ha muerto!

# 16

Oí los gritos de alegría de los mecanos y el atronador llanto desesperado de nuestra gente a medida que la consigna «Mahoma ha muerto» se extendía por el valle y yo me quedé mirando al Enviado a mis pies sin poder moverme: si de verdad había muerto, quería subir al punto más alto del Uhud y lanzarme desde allí al tenebroso abismo.

Pero entonces fui testigo de lo imposible: mi esposo parpadeó,

abrió los ojos y alzó la vista hacia mí con expresión desconcertada:

—*Humaira...*

De repente fue como si mi corazón levantara el vuelo henchido de esperanza, atravesando las barreras del tiempo y el espacio igual que había hecho él durante el sagrado Viaje Nocturno. Pese a que las lágrimas me nublaban la vista me puse de pie y, ahuecando las manos a ambos lados de mi boca para que se me oyera, grité hacia el valle que se extendía a mis pies:

—¡Mahoma vive!

Al principio, el eco de mis palabras se perdió en medio del tumulto que reinaba en el campo de batalla pero luego oí el retumbar acompasado de un grito que respondía al mío y reverberaba por todas partes alrededor del Uhud:

—¡Mahoma vive! ¡Mahoma vive!

El valle se tornó resplandeciente con los destellos de las armaduras de nuestros guerreros pues, los que aún quedaban con vida, se pusieron a luchar denodadamente con la energía que les daba la esperanza renovada y volvieron a recuperar posiciones en

la falda de la montaña.

Cuando vi que los musulmanes regresaban a la seguridad de las zonas altas del terreno me puse de rodillas junto al Enviado para comprobar que su maltrecho casco había absorbido gran parte del golpe: mi esposo había perdido dos dientes y bastante sangre pero sobreviviría sin que le quedara mucho más que una cicatriz en la mejilla que su frondosa barba de rizos negros disimularía sin problemas.

Fue entonces cuando oí los relinchos de los caballos y me di



cuenta de que todavía no había pasado el peligro ya que los hombres de Jalid se estaban reagrupando y lanzarían otro ataque montaña arriba a menos que consiguiéramos llevar al Profeta a un lugar seguro lejos de allí.

Alí y Zubair habían vuelto a su lado y ayudaron al Enviado a ponerse de pie, luego lo sujetaron cada uno por un lado para servirle de apoyo mientras lo guiaban aún más arriba por la ladera. Zubair vio la gran grieta de entrada a una cueva asomando por encima de nuestras

cabezas, un lugar donde el Enviado podría refugiarse y permanecer escondido de potenciales asesinos hasta que nuestro ejército recuperara el control del Uhud. Allí trepó primero y tendió la mano al Enviado para ayudarlo a subir, pero mi marido estaba aún demasiado aturdido por el doloroso golpe como para escalar la empinada pared de roca hasta el saliente donde estaba el acceso a la cueva, y lo vi buscando desesperadamente algún lugar donde agarrarse justo antes de perder el conocimiento.

Y entonces, pese a todo lo que ya había sacrificado, el pobre Talha, malherido como estaba, consiguió de algún modo cargarse al Enviado a la espalda y escalar por la roca desnuda hasta llegar al saliente. No puedo ni imaginar el dolor que debió de producirle la horrible herida de su maltrecha mano mientras tiraba de ambos hasta el borde, pero el hecho es que en aquel momento sentí cómo crecía en mi corazón mi amor por Talha, aquel vínculo que siempre compartiríamos y lo haría para mí más querido que un hermano.

Con el Enviado a salvo, pude volver a centrar mi atención en lo que ocurría en el valle: la batalla había terminado, la inicial victoria musulmana había sido neutralizada y ahora los hombres de ambos bandos estaban exhaustos y cubiertos de sangre. Nuestros últimos supervivientes se arrastraban ladera arriba y los mecanos se retiraban al darse cuenta de lo inútil que era seguir luchando.

Sentí que el corazón se me desbocaba y tuve que obligarme a no perder la calma y respirar hondo,

pero al final también yo me desmayé: había visto demasiados horrores en un solo día y no era capaz de imaginarme que quedara en este mundo más maldad capaz de envenenarme los ojos.

Sin embargo Hind pronto me mostraría que el abismo de las tinieblas era infinito.

EL campo de batalla olía igual que un cadáver que llevara una semana en descomposición; la negra ceniza volcánica se mezclaba con el olor a entrañas desparramadas, corazones perforados y pegajosa materia gris esparcida por todas partes, un hedor que invadiría constantemente mi nariz durante semanas, penetrando en mis pesadillas para despertarme en mitad de la noche y hacerme vomitar.

El cielo se oscureció mientras

miraba hacia abajo lamentando la suerte del sinnúmero tanto de jóvenes como de ancianos patriarcas que habían perdido la vida en el valle que contemplaba: el sol quedó oculto tras un grueso nubarrón de buitres que sobrevolaba el campo de batalla y el sonido del batir impaciente de sus alas hizo que se me pusieran los pelos de punta.

En ese momento, cuando todavía seguía escudriñando la planicie en busca de víctimas que conociera, vi un destello fugaz de color en el momento en que Hind empezó a

avanzar entre los cuerpos encabezando un grupo de bailarinas ataviadas con ropas de tonos vivos.

Observé con espanto y fascinación a Hind mientras se movía entre los cadáveres clavando una mirada inexpresiva en el barro, la suciedad y las costillas asomando por los abdómenes despedazados hasta que encontró lo que andaba buscando.

Hamza, el hombre que había matado a su padre, aún yacía en el suelo sobre un costado con la jabalina clavada en el estómago.



Hind se arrodilló como para comprobar si verdaderamente estaba muerto —aunque por supuesto la mera duda resultaba ridícula ya que llevaba horas inmóvil en aquella postura— y, cuando habló, su fría voz sonó tan carente de vida como los hombres cuyos restos cubrían el suelo bajo sus pies calzados con delicadas chinelas doradas.

—¡Así que aquí está el gran Hamza! —dijo con tono sibilante como el sonido de una cobra—. Dicen que tenías el corazón de un águila y el hígado de un león, veamos

si es verdad.

Hind tomó en sus manos un puñal ensangrentado de entre el sinfín de armas que habían caído en tierra durante la batalla y, para mi más absoluto horror, lo hundió en el costado de Hamza y le desgarró la carne para luego introducir las manos y rebuscar en la herida del cadáver, igual que hace un carnicero para separar la grasa en una pierna de cordero, hasta dar con el hígado de Hamza que arrancó de cuajo.

Se me revolvió el estómago mientras la observaba sostener el

hígado del bravo guerrero en alto para que los hombres de ambos campamentos lo vieran, y acto seguido se lo llevó a la boca y comenzó a comérselo: la sangre del amado tío de Mahoma le corría por las comisuras de los labios mientras masticaba y tragaba para luego acabar vomitando violentamente. Las arcadas la obligaron a encorvarse al tiempo que expulsaba por la boca los pedazos de carne humana a la vista de todos.

Después, la tos característica del vómito se convirtió en una risa

enajenada y Hind agarró el puñal de nuevo para cortarle a Hamza la nariz y las orejas.

Oí gemidos y gritos de horror procedentes de ambos campamentos pues, hasta para los árabes paganos, era un terrible tabú desfigurar a los muertos del enemigo y lo que Hind estaba haciendo violaba hasta los más relajados preceptos morales de la primitiva religión que había sido impuesta a sus pobres almas. Pero ella parecía completamente ajena al asco que provocaba hasta a su propia gente y comenzó a balancearse igual

que una cometa mecida por el viento.

Y entonces, con la sangre resbalando todavía por sus labios carnosos, Hind se puso a bailar y danzar alrededor del cuerpo mutilado de su enemigo, después se rasgó las ropas y, exponiendo a la vista de todos las curvas de sus generosos senos, se los frotó con la sangre de Hamza mientras se quitaba los collares de oro.

—¡Oh, bellezas de La Meca, lanzad al suelo vuestras joyas, renunciad al oro y las perlas pues no hay tesoro más grande que la carne

de nuestros enemigos!

Y, dicho eso, se puso a dar vueltas en torno al cuerpo de Hamza con aire victorioso; su locura era contagiosa y se propagó entre las mujeres como una plaga: de pronto ellas también se abalanzaron sobre los cuerpos de nuestros mártires para arrancarles la nariz y las orejas y, siguiendo el obsceno ejemplo de Hind, proceder a atarse los sangrientos trofeos con una cuerda alrededor del cuello para lucir los restos humanos como si de piedras preciosas se tratara. Ataviadas con

sus nuevos adornos, las mujeres comenzaron a girar y mecerse con los ojos en blanco abandonándose a una danza descarnada y sensual.

Pese a que quería cerrar los ojos me resultó imposible apartar la vista, era como si estuviera siendo testigo de un ritual oscuro y ancestral que se remontaba a la noche de los tiempos: la absoluta pureza de la maldad que tenía ante mí era repulsiva y cautivadora a la vez y aceleraba los latidos de mi corazón. Se diría que Hind había despertado algún rincón escondido del alma, tan remotamente

profundo que tocarlo abría las compuertas de un torrente transformador que fluía más allá de la vida y la muerte. Resultaba terrorífico y fascinante a un tiempo y sentí que aquella vorágine caótica comenzaba a arrastrarme también a mí.

Y entonces Abu Sufian se acercó a caballo hasta donde estaba su mujer y se rompió el hechizo. El líder mecano bajó la mirada para contemplar la danza obscena que interpretaba su esposa con inconfundible gesto de asco.



—¡Basta! ¡Esto es indigno de nosotros!

Hind dejó de girar, se agachó curvando el cuerpo igual que un lobo preparándose para atacar y luego se restregó las manos manchadas con la sangre de Hamza por la cara haciendo que sus mejillas quedaran surcadas por un tinte humano color ocre.

Abu Sufian le dio la espalda, incapaz de comprender cómo su esposa podía haber caído tan bajo, y cabalgó hacia la base del Uhud para gritar hacia donde estábamos

nosotros con voz fuerte:

—En la guerra, la victoria se saborea por turnos, amigos míos, y hoy era el nuestro. ¡Alabados sean Hubal y los dioses de La Meca! Los muertos de Badr han sido vengados. Ahora estamos en paz.

Fue entonces cuando, entre los supervivientes reunidos en la colina, vi a Umar que se ponía en pie; con la muerte de Hamza, él era ahora el más temido y respetado de nuestros guerreros.

—¡Dios reina en lo más alto, suprema es su majestad! ¡No estamos

empatados: nuestros muertos están en el Paraíso y los tuyos en el Infierno!

Abu Sufian se lo quedó mirando un instante, luego sacudió la cabeza como dando a entender que jamás comprendería aquella tribu extraña que, a su manera, padecía una demencia tan grave como la de su propia esposa, y por fin volvió al galope hacia su campamento para comenzar con los preparativos de la larga marcha de vuelta a casa.

El campo de batalla quedó vacío a excepción de los cuerpos profanados que aún yacían en él y yo,

incapaz de soportar el efecto que me producía aquella imagen, centré mi atención en Abu Sufian que iba a la cabeza de sus tropas en dirección al paso: vi los estandartes de las distintas tribus y fui capaz de reconocer los símbolos de los clanes de La Meca, como por ejemplo el lobo de los Majzum y el águila de los Bani Abd ad Dar, pero las otras banderas pertenecían a tribus rivales que no tenían gran amistad con La Meca —desde la serpiente bicéfala de Taif hasta los carneros de poderosa cornamenta de los beduinos

de Nachd—, todos viejos adversarios que se había aliado con el propósito de derrotar al enemigo común: Mahoma.

De repente me di cuenta de que Abu Sufian había conseguido con éxito reunir bajo su mando a las eternamente enfrentadas tribus del sur en el preciso momento en que el Enviado trataba de unificar a las del norte. Arabia iba camino de convertirse en una nación y su carácter vendría determinado por cuál de las dos alianzas envueltas en aquel amargo conflicto se imponía al

final.

Sólo entonces me di por fin cuenta de por qué luchábamos: el Islam era como un solitario faro cuya luz titilante se proyectaba sobre un vasto océano oscuro. Si Hind y los de su calaña ganaban la partida, la barbarie se impondría y acabaría extendiéndose más allá de las fronteras de Arabia como la peste: nuestro pueblo se acabaría convirtiendo en una maldición para la humanidad, una nación con el corazón enfermo que arrastraría al mundo a una agitación de la que ya

no saldría.

Habíamos sido derrotados en Uhud y ahora las tribus paganas nos verían como un adversario débil y se prepararían para atacarnos igual que hienas abalanzándose sobre un cordero herido. Si nos rendíamos ante el empuje de sus fuerzas aliadas, la luz de la esperanza desaparecería para siempre tragada por la arena del desierto dejando tras de sí algo más monstruoso aún que el campo de batalla de Uhud. Arabia se uniría bajo nuestra bandera o lucharía bajo el velo de Hind y las incautas

naciones que nos rodeaban, divididas por siglos de guerra y corrupción; o saldrían rejuvenecidas por el contacto con el mensaje del Islam o serían presa del poder unificado de unas hordas de bárbaros cuyo único objetivo era la destrucción.

Ahora comprendía que la batalla por Arabia no giraba en torno a la supervivencia de un credo en particular sino de toda una civilización.



# **LIBRO TERCERO**

## **EL NACIMIENTO DE UNA NACIÓN**

# 1

*Medina, 625 d. C.*

Enterramos a los mutilados en la ladera del monte Uhud y volvimos a Medina, donde la noticia de nuestra derrota había sembrado el pánico y la consternación entre la gente: de repente comenzaban a alzarse tímidas voces que se preguntaban por qué, a diferencia de Badr donde Dios había enviado a sus ángeles en nuestra ayuda, en esta ocasión, en cambio,

nos había abandonado a nuestra suerte en el campo de batalla. Las voces no tardaron en dejarse oír con más fuerza y algunos empezaron a cuestionar si, para empezar, nuestra primera victoria no habría sido mero producto de la suerte y no de la intervención divina.

Las protestas fueron acalladas por una revelación en forma de nuevos versos del Corán que nos hacía claramente responsables de lo sucedido: si los arqueros no se hubieran dejado llevar por la avaricia que los indujo a abandonar

sus puestos, la victoria habría sido nuestra sin lugar a dudas. No podíamos echar la culpa a Dios de nuestros propios errores. Aquélla era una lección importante y la gente comenzó a ver Uhud como una señal de Dios de que el favor que concedía a los musulmanes no se debía a quiénes eran sino a cómo actuaban, una cuestión que pronto se convertiría en otro claro punto de diferenciación entre nosotros y los cada vez más hostiles vecinos judíos: el Profeta lanzó una advertencia sobre cómo algunos judíos —aunque

enfaticó que no todos— habían acabado por considerarse merecedores de las bendiciones de Dios, que veían como un derecho que les correspondía por nacimiento y no entrañaba a su vez ninguna obligación moral por su parte; esa actitud había sido su perdición a lo largo de la Historia mientras que el Islam surgía para acabar con esa clase de derecho tribal y sustituirlo por una responsabilidad moral individual.

Los judíos no se dignaron responder siquiera a esa nueva

acusación lanzada contra ellos sino que sus líderes dejaron bien claro que la humillación de Mahoma en Uhud debería servir para recordarle que el futuro del oasis no resultaba tan obvio como a los musulmanes les gustaría creer. Y llevaban razón.

Tomar conciencia de lo precario de nuestra situación tras la derrota fue lo que llevó a el Enviado a convocar una reunión secreta con sus compañeros más allegados; un puñado de los hombres más influyentes de nuestra comunidad se reunieron en mi diminuta casa

mientras unos guardias permanecían apostados en el patio de la *masyid* para mantener alejado a cualquiera que se propusiera escuchar a escondidas.

Mi padre se mesó la barba que se estaba empezando a pasar de gris a blanca como la nieve.

—Ahora que han saboreado la victoria, los mecanos nos ven débiles —dijo con voz sombría— y no tardarán mucho en atacar de nuevo Medina con una fuerza aún mayor.

Umar asintió lanzando un gruñido.

—Tenemos que conseguir nuevos aliados entre las tribus árabes si queremos organizar alguna forma de defensa —sentenció sin llegar a mencionar la obviedad de que no podíamos confiar en que nuestros vecinos cumplieran su parte del trato si Abu Sufian nos atacaba.

Alí se inclinó hacia delante:

—Los beduinos de la tribu de Bani Amir están bien armados y no son precisamente partidarios de La Meca...

Fruncí la frente al oír el nombre nada familiar, y luego me acordé de



que los Bani Amir eran pastores nómadas que cada primavera traían sus rebaños a pastar a Medina; la verdad es que la calidad de la lana que hacían era bastante decente — gruesa y rizada—, excelente para hacer mantas con que calentarse durante los fríos meses de invierno, y sus vellones se vendían bien en el mercado. Los Bani Amir se habían mantenido neutrales en relación a nuestro conflicto con La Meca pero era obvio que tenían un interés económico en la prosperidad de nuestro asentamiento.

Uzman asintió dándole la razón:

—Conozco a su jefe, Abu Bara.

Es un hombre de honor y sería un aliado muy útil.

Mi padre tosió, como solía cuando tenía que hacer un comentario delicado.

—He oído que el liderazgo de Abu Bara está en tela de juicio —adujo escogiendo las palabras con cuidado—. Hay rumores de que su sobrino Husam pretende ocupar su puesto.

Uzman frunció el ceño pues, por

su naturaleza sencilla y directa, no alcanzaba a comprender los complejos matices de ese tipo de situaciones, hecho que acabaría causando gran sufrimiento a la *Uma* en años venideros.

—Husam tiene muchos amigos en La Meca —reconoció con dificultad—. Si se hace con el control de los Bani Amir y se alía con ellos, nos enfrentaremos a un enemigo muy fuerte.

Umar se golpeó la rodilla con la mano con gesto exasperado.

—Entonces tenemos que

conseguir que su tribu se ponga claramente del lado de los musulmanes —declaró con su proverbial vehemencia—. Si conseguimos establecer lazos de sangre a través de un matrimonio, eso consolidará la alianza.

Se hizo un largo silencio mientras los consejeros del Enviado consideraban las opciones que teníamos: utilizar el matrimonio como instrumento para establecer alianzas entre los pueblos era una vieja tradición altamente considerada en Arabia, pero seguía sin resolverse

la cuestión de quién de entre los Bani Amir —conocidos por su espíritu independiente— vería con buenos ojos un enlace con un musulmán y, más concretamente, qué musulmán gozaba del prestigio suficiente como para que los beduinos consideraran justificado arriesgar sus vidas en las guerras de Medina.

Entonces Alí volvió a tomar la palabra con voz clara que sonó igual que el tintineo de una campana en una estancia pequeña.

—Zainab, la hija de Juzaima pertenece a los Bani Amir.

Umar arqueó sus pobladas cejas.

—¿La viuda de Ubaida?

Alí asintió. En ese instante me vino a la mente una imagen fugaz del valeroso Ubaida en la llanura de Badr, con la pierna cercenada por el moribundo Utba: fue el primer musulmán que cayó en el campo de batalla y había muerto con la cabeza apoyada en el regazo del Profeta. Yo no conocía más que de pasada a su joven viuda, Zainab ben Juzaima: poseía un espíritu callado y se pasaba la mayor parte del tiempo ayudando a Fátima a repartir comida

entre la Gente del Alhamí o distribuyendo limosna a los pobres. Una vez había oído al Enviado referirse a ella, lleno de admiración, como la «Madre de los Pobres».

Zainab era de constitución frágil y cuerpo menudo y mal alimentado, lo que hacía que me costara trabajo imaginar que fueran a salirle pretendientes fácilmente a aquella mujer de físico anodino y un tanto fantasmal y, en vista de las miradas dubitativas en los rostros de los presentes, concluí que debían de estar pensando lo mismo que yo.

Alí se volvió hacia el Profeta, que había permanecido extrañamente silencioso a lo largo de toda la discusión; mi esposo parecía consumido y agotado y a mí me constaba que todavía estaba llorando la muerte de Hamza y el resto de los caídos en Uhud.

—Zainab es prima del jefe de los Bani Amir y podría ejercer su influencia en nuestro favor — prosiguió Alí, y luego añadió algo que en un instante puso mi mundo del revés—: si el Enviado se casara con ella se establecería un fuerte vínculo



entre los musulmanes y los beduinos.

Noté que se me llenaba el estómago de bilis.

—¡Te das mucha prisa en ofrecer la mano de mi esposo en matrimonio! —le reproché.

Él me clavó aquella mirada inescrutable de sus ojos verdes y, si le afectó lo más mínimo la intensidad de mi reacción, desde luego no dio muestras de ello.

—No era mi intención ofender a nadie —se limitó a responder—, pero el Enviado es la cabeza de nuestra comunidad y para los

beduinos sólo un matrimonio entre líderes sería motivo suficiente para granjearnos su lealtad.

Me incliné hacia atrás al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho con gesto desafiante; por supuesto que lo que Alí decía tenía todo el sentido del mundo desde un punto de vista práctico, pero yo no estaba de humor para ser práctica: ya había tenido que enfrentarme a la rivalidad de una esposa-hermana joven por razones políticas y ahora se me pedía que, en interés de la política de Estado, aceptara la

presencia de otra mujer más en la cama de Mahoma.

El Enviado no me miró sino que siguió sentado en silencio considerando las palabras de Alí y, cuando habló, lo hizo con una decisión y aplomo en la voz que no le había oído desde la tragedia de Uhud.

—Zainab ben Juzaima es una buena mujer —declaró mi esposo—, es amable con los pobres además de la primera viuda de Badr; no conozco a nadie más digna de convertirse en una Madre de los

Creyentes. —Se me hizo un nudo en la garganta al ver que el Enviado se volvía hacía Alí y añadía—: Hazle una oferta de matrimonio en mi nombre y, si acepta, invita a Abu Bara a la boda y hagamos un trato con su tribu.

Alí asintió y se levantó para disponerse a salir. Yo no pude evitar lanzarle una mirada furibunda cuando se marchaba y, durante un segundo, vi en su rostro una expresión de frío reproche. Aquella mirada de reprobación me provocó una repentina punzada de indignación

además de un ápice de vergüenza por sentir celos, pero al final mi orgullo herido ganó la batalla que se libraba en mi interior y seguí con la mirada sus pasos en dirección a la puerta mientras me mordía el labio llena de furia hasta hacerme sangre.

## 2

LA boda del Enviado con Zainab ben Juzaima tuvo lugar una quincena más tarde y se construyó una cuarta casita al norte de la cabaña de piedra de Hafsa. Abu Bara, el jefe de los Bani Amir, asistió a la boda de su prima y declaró públicamente que desde aquel momento la tribu beduina estaba unida por lazos de sangre a Medina: la alianza se había forjado con éxito y el matrimonio de conveniencia política del Enviado

había servido para tapar las grietas que se habían abierto en nuestra armadura tras la derrota de Uhud.

La alianza fue puesta a prueba casi de inmediato: el ambicioso sobrino de Abu Bara trató de echar por tierra el pacto liderando a un grupo de renegados de su tribu en un ataque contra una partida de caza de los musulmanes que se había adentrado en territorio Bani Amir. Los supervivientes del ataque se escondieron en la zona y vengaron la afrenta atacando a unos pastores Bani Amir que en realidad no habían

tenido nada que ver con el incidente.

Había dado comienzo el círculo vicioso de represalias y el Profeta tuvo el buen juicio de aliviar las tensiones con los beduinos ofreciendo una cuantiosa suma en pago a las exigencias de las apesadumbradas familias: las cantidades exigidas —mil dírham de oro en total— eran considerables y suponían un esfuerzo importante para el *Bait al Mal*, las arcas del tesoro musulmán, así que el Profeta envió a Alí a solicitar ayuda económica a las tribus judías



conforme al tratado firmado con ellos.

Cuando me enteré, negué con la cabeza dando muestras de gran escepticismo:

—Los judíos hace ya mucho que se han olvidado del tratado —le dije al Enviado un día mientras estábamos sentados en mis aposentos comiendo cordero asado de un cuenco de madera.

Él me rozó la mano con la suya mientras alargaba la otra hacia un pedazo de carne y sentí el frescor que emanaban sus dedos en los míos;

luego, con gesto tranquilo, pellizcó una porción de tierna carne y se lo llevó a la boca para deleitarse en el sabor.

—Si nuestros amigos han olvidado el pacto, entonces tal vez ha llegado el momento de que se lo recordemos —respondió como si estuviéramos hablando de una deuda de mercado sin mayor importancia.

Pero yo sabía que no era tan sencillo: había corrido la sangre, una de las tribus judías estaba ahora en el exilio, y presionar a los judíos que se habían quedado a contribuir al pago

de una deuda de sangre entre musulmanes y beduinos incrementaría la tensión en las dos comunidades del oasis.

Al clavar la mirada en los negros ojos brillantes del Enviado, me di cuenta de que él comprendía perfectamente la situación. Aquello iba a ser una prueba de fuego para el gobierno de Medina tras la derrota de Uhud: si los judíos no cumplían con su parte del trato ya no habría duda sobre a quién eran leales en realidad y, ahora que con toda probabilidad La Meca planeaba

echar más leña al fuego que se había encendido en Uhud, no nos podíamos permitir tener vecinos cuyas intenciones fueran hostiles. La fortaleza judía dominaba los pasos de montaña por los que se accedía a la ciudad, así que su traición podía resultar una tragedia si las fuerzas de Abu Sufian volvían a marchar por las colinas en dirección a Medina.

No quedaba tiempo para andar jugando a las adivinanzas: era imprescindible averiguar de inmediato cuál era nuestra verdadera situación política y el pago de la

deuda de sangre proporcionaba un modo sencillo de tomarle el pulso a la misma. Una negativa de las tribus a cumplir con las obligaciones contraídas conforme al tratado daría al Enviado motivos más que suficientes para expulsarlos del oasis.

Era una estratagema brillante: si los judíos pagaban, los beduinos los considerarían como aliados en toda regla de los musulmanes y los Bani Amir pasarían a ejercer el papel de tercero —fuertemente armado— que les exigirían el cumplimiento de

cualquier otra obligación futura que pudiera surgir; y si los judíos se negaban a pagar, los Bani Amir se unirían a los musulmanes para eliminar aquella amenaza instalada a las puertas mismas de Medina. Me di cuenta de que, tanto en un caso como en otro, el Enviado saldría ganando.

Vi que el Profeta sonreía como si me hubiera leído el pensamiento mientras continuaba comiendo con apetito y me sentí aliviada de ser su esposa y no su adversario.

Al cabo de tres días, estaba yo paseando por el mercado mientras mi marido se encontraba en casa de Huyay ben Ajtab, el líder de la tribu judía de los Bani Nadir cuya respuesta a la petición de ayuda en el pago de la deuda de sangre con los beduinos había sido sorprendentemente positiva: había enviado un mensaje en el que decía que deseaba comenzar una nueva etapa en las relaciones entre nuestros pueblos —en definitiva ambos adoraban al mismo Dios y las dos

comunidades tenían interés en garantizar la prosperidad y seguridad del oasis—, así que se ofrecía a celebrar un banquete de reconciliación en el que el Enviado sería el invitado de honor.

El Profeta había ido a la comida del líder de la tribu judía con unos cuantos compañeros y, en su ausencia, decidí ir al bazar a ver qué novedades había traído la caravana de la mañana. Mientras caminaba por las callejuelas empedradas de Medina, me maravillaba ver cuánto había cambiado ésta en los últimos



años. En el pasado, la ciudad era sucia y estaba mal cuidada y con las calles llenas de basura y excrementos de camello, las mujeres no se atrevían a salir solas por miedo a que los borrachos las hostigaran o algo peor, y el intoxicante olor a *jamr* ('bebida alcohólica') se cernía sobre la ciudad entera igual que una nube ebria. Ahora, en cambio, las calles estaban empedradas y los edificios encalados, los muros que antaño estaban a punto de derrumbarse habían sido reparados, y las mujeres y los niños podían

caminar por la ciudad con total libertad aunque la imposición del uso del pañuelo para cubrirse la cabeza todavía despertaba las protestas entre dientes de las jóvenes más bellas que estaban acostumbradas a pavonearse luciendo sus lustrosas melenas como táctica para conseguir marido.

En cualquier caso, el cambio más destacado era la prohibición del vino. En los primeros tiempos a los musulmanes se les permitía beber alcohol pese a que el Enviado no tomaba ninguna bebida fuerte que

adormeciera los sentidos pero, a medida que se fue formalizando la institución de la oración común en la *masyid*, se habían dado casos de fieles que aparecían beodos y las molestias que causaban durante los servicios religiosos habían ido en aumento. Al final, después de que la típica pelea de borrachos entre unos cuantos jóvenes estuviera a punto de degenerar en una batalla campal entre miembros de las tribus en otro tiempo enemigas de los Aus y los Jazrach, el Enviado recibió una Revelación prohibiendo totalmente el

consumo de alcohol. Algunos de los compañeros expresaron su preocupación por que semejante prohibición resultara muy difícil de hacer cumplir ya que el vino y las bebidas *jamr* en general eran parte esencial de la cultura árabe, pero poco después de que Alí recitara los nuevos versos en el mercado, corrieron por las calles ríos de vino que los ciudadanos de Medina tiraban. Aquello había supuesto una prueba increíble de la transformación profunda que la fe había obrado en la gente, aunque me imaginé que debían

de quedar todavía unas cuantas botellas de vino que los menos devotos consumían en secreto al abrigo de la noche.

Aun así, se había logrado que reinaran la ley y el orden y los comerciantes llegados de todos los rincones de la península que visitaban el oasis se marchaban con la sensación de que había dado comienzo una era de nuevas posibilidades: tal vez, después de todo, las gentes de Arabia no tuvieran necesariamente que vivir como animales salvajes luchando a

brazo partido por la supervivencia en el desierto; tal vez podrían construir ciudades y carreteras y crear tribunales de justicia que resolverían las disputas sin derramamiento de sangre. Medina se estaba convirtiendo en un modelo de una nueva Arabia y el mensaje de que las enseñanzas de Mahoma traían paz y seguridad ya se estaba extendiendo a la velocidad de las imparable tormentas de arena que recorrían las desoladas extensiones desiertas más allá de las colinas.

Ese día paseaba entre los puestos

sintiéndome más feliz de lo que lo había estado en mucho tiempo; el cielo claro brillaba con un azul intenso y no había una sola nube, el aire era cálido y una bulliciosa animación impregnaba el aire; pese a los horrores que había presenciado en Uhud, la vida continuaba y, ahora que los judíos habían renovado el pacto, era poco probable que La Meca atacara de nuevo. En el ambiente se respiraba el dulce aroma de la paz.

Me detuve en el puesto de un vendedor de telas y vi que tenía una

pieza maravillosa de seda color azafrán. Recorrí con los dedos la suave tela dejando que su placentera caricia sobre la delicada piel del interior de la muñeca me hiciera estremecer. El comerciante, un anciano canoso con un solo ojo, se inclinó hacia delante con aire misterioso:

—La mejor tela de la India —susurró aludiendo al mítico país que, según contaban, estaba situado al sur de las tierras aún más mágicas y fascinantes de China, un lugar donde abundaban colores y especias que no



podían encontrarse en ninguna otra parte, un lugar donde los tigres y los monos merodeaban por las calles y los ejércitos llevaban elefantes a la guerra; un lugar donde se decía que había tantos dioses que, en comparación, los ídolos de la Caaba quedaban reducidos a la dimensión de diminutas estrellas perdidas en la inmensidad gloriosa de la Vía Láctea.

Todo fábulas, por supuesto. Yo dudaba de que el legendario país existiera más allá de los confines de la desbordante imaginación de los

contadores de historias sentados junto al fuego de campamento y, en cualquier caso, siempre que un mercader mencionaba la India sabías que ibas a tener un problema porque los comerciantes solían engañarte diciendo que sus artículos venían de allí cuando querían cobrar precios astronómicos.

Fiel a la veracidad de los tópicos, el hombre me dedicó una amplia sonrisa que reveló una jungla de dientes rotos y ennegrecidos y añadió:

—Sólo veinte dírham de oro —

sugirió después de mirar a su alrededor, como para asegurarse de que nadie oía la excepcional ganga que le estaba ofreciendo a la joven que tenía delante.

Sonreí al oír que el hombre seguía el consabido guión al pie de la letra.

—Sólo estoy mirando, gracias.

Y entonces la expresión del mercader cambió: me había reconocido y, de repente, sus artes de viejo comerciante habían desaparecido y vi el miedo y la sorpresa en sus ojos.

—Sois... sois la Madre de los Creyentes... Por favor, aceptad la tela como regalo... —suplicó al tiempo que me entregaba con gesto reverente la seda que sostenía en sus temblorosas manos arrugadas, y entonces fui yo la que se sintió como un engaño.

—Mi marido no permitiría que me llevara nada sin pagarlo —respondí con voz dubitativa arrepintiéndome de haber venido sola.

Vi que los ojos del anciano se llenaban de lágrimas.

—Entonces lleváosla en pago a una plegaria —respondió con voz rota por la emoción—. Mi hija Halima ha caído enferma con las fiebres del oasis, orad por ella, por favor, sé que Dios escucha a la Madre de los Creyentes.

De pronto, aquel pobre hombre me dio pena: me miraba con los ojos de un niño que confiara ciegamente en que podía hacer algo por él. Pero el hecho era que yo no encontraba respuesta ni para la más ferviente de mis propias oraciones; para entonces ya llevaba casada con el Profeta casi

cuatro años y mi vientre seguía yermo; durante todo el último año cada noche había rezado a Dios para que mi cuerpo engendrara una nueva vida pero no había obtenido respuesta.

—Le pediré a mi esposo que rece por su hija —accedí con un hilo de voz— y se curará. *Inshalá*.

El rostro del mercader se iluminó con una sonrisa de puro gozo, cayó de rodillas y alabó a Dios alzando tanto la voz que la gente que pululaba por el bazar se detuvo a mirar qué ocurría.

Noté el rubor que me subía por las mejillas y, tras desear al anciano paz, me di la vuelta rápidamente para alejarme.

Y entonces choqué con una mujer alta que llevaba prácticamente todo el rostro cubierto por un velo negro: sólo veía sus ojos grises que me atravesaron como dagas.

—Una limosna para una pobre mujer...

Alargó la mano y vi que tenía las uñas primorosamente cortadas y sus dedos no eran toscos y llenos de callosidades como los del resto de

mendigos que había en la ciudad. No obstante, algo en la intensidad de su mirada sugería que albergaba en su interior más pesar que el de todas las mujeres y niños hambrientos que acudían a diario al Alhamí en busca de comida.

Rebusqué en mi bolsita de cuero de la que saqué unas cuantas monedas de plata y, en el momento en que las depositaba en su palma extendida, me agarró la mano con una fuerza aterradora.

—¡Suéltame!

De pronto tuve miedo pese a



estar convencida de que si gritaba todo el bazar se apresuraría a acudir en auxilio de la Madre de los Creyentes. Y, sin embargo, algo en la manera lastimosa en que me miró a los ojos me asustó mucho más que las más violentas amenazas de mis peores enemigos.

La mujer se inclinó hacia mí y me llegó la fragancia a agua de rosas que despedía su cuerpo; pese a que iba vestida con harapos, su carne rezumaba el aroma inconfundible del lujo.

—Tu marido está en peligro.

Durante un instante, a mi corazón se le olvidó seguir bombeando sangre; y luego lo compensó con los latidos desbocados que siguieron.

—¿De qué estás hablando? — dije viéndome obligada a alzar la voz para oír mis propias palabras por encima de los golpes del interior de mi pecho que retumbaban estruendosos en mis oídos.

—Los Bani Nadir han planeado matarlo fuera de las murallas de la fortaleza —murmuró ella con sus bellos ojos grises llenos de lágrimas—. Sálvalo o nos veremos

arrastrados a una guerra y la sangre correrá por las calles de Medina.

Sentí que el color abandonaba mis mejillas. La mujer me soltó la mano y noté que mis piernas se movían aunque yo no les había dado orden de hacerlo y, de repente, me encontré con que me alejaba corriendo de la misteriosa mujer, de los puestos de aceitunas, especias y joyas, de las calles empedradas de Medina, en dirección al palmeral que separaba el oasis de las imponentes murallas de la fortaleza judía.

No miré atrás ni una sola vez

pero, si lo hubiera hecho, habría visto que la mujer de negro bajaba la cabeza avergonzada antes de quitarse el velo y habría reconocido la belleza escultural de la joven que había visto en un puñado de ocasiones cuando el Enviado había celebrado reuniones formales con los jefes judíos.

Una muchacha llamada Safiya acababa de traicionar a su propio pueblo.

CRUCÉ a toda velocidad el palmeral parpadeando constantemente ya que se me metía arena en los ojos por culpa del viento. El sol ya se había puesto y un manto de oscuridad se iba extendiendo rápidamente por el vergel de palmeras. Conseguí arrastrarme ya casi sin fuerzas por el sendero y de pronto me encontré ante los fenomenales muros de los Bani Nadir que me cerraban el paso.

Me tranquilizó oír el suave murmullo de la voz de mi marido rezando: estaba recitando una sura del Corán que había sido revelada recientemente, unos bellos versos llenos de lirismo cuyo propósito era mantener alejado todo mal:

*Di:                    Mi  
refugio es el  
Señor del alba  
ante el daño de  
lo que creó,  
ante el daño de  
la        oscuridad,*

*cuando se  
extiende  
el daño de las  
que soplan en  
los nudos  
y el daño de un  
envidioso  
cuando envidia.*

Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad creciente y vi al Enviado dirigiendo la *Magrib*, la última oración del día, al pie de uno de los torreones de las murallas. Lancé un suspiro de alivio al comprobar que

estaba a salvo y luego de repente me sentí como una completa estúpida: no tenía ni idea de quién era la mujer del velo y sin embargo me había creído hasta la última de sus insensatas palabras. Sentí que me ruborizaba de vergüenza, y ya me estaba dando la vuelta para volver sobre mis propios pasos cuando oí algo, un sonido que venía de lo alto: alcé los ojos y, allá a lo lejos a poca distancia del suelo, gracias a mi vista de lince pude distinguir la silueta inconfundible de unas figuras que empujaban con todas sus fuerzas las



vetustas piedras de las almenas que coronaban la construcción.

Al caer una pequeña cascada de piedrecillas por el costado del torreón lo comprendí; horrorizada, abrí los ojos como platos y corrí por el sendero igual que una saeta hacia donde se encontraba el Profeta.

—¡No! ¡Es una trampa!

Me abalancé sobre mi esposo con tal fuerza que lo tiré de espaldas en medio de las oraciones y al verlo por tierra sus seguidores interrumpieron inmediatamente las plegarias para acudir en su defensa.

Al cabo de un instante se oyó el rugido de una avalancha de inmensos bloques de piedra más grandes que mi cabeza que comenzaron a caer desde lo alto del torreón hacia el vacío al derrumbarse parte de las almenas. Las pesadas rocas cayeron justo en el lugar donde hacía un momento había estado de pie el Enviado y habría perecido sepultado bajo aquel aguacero mortal si Dios no se hubiera servido de mí para apartarlo.

Oí el tumulto de los gritos de los compañeros de Mahoma que se

apresuraron a apartarlo del muro arrastrándolo hasta la zona mucho más segura del centro del vergel donde se refugiaron bajo una frondosa palmera y formaron un círculo protector en torno al Enviado. Habían venido desarmados al banquete pero vi en el brillo delirante de sus ojos que estaban dispuestos a luchar contra cualquier atacante con uñas y dientes si hacía falta.

Miré a mi esposo que parecía completamente aturdido y entonces vi que los familiares temblores

comenzaban a sacudir todo su cuerpo y supe que estaba recibiendo una Revelación. Luego se quedó muy quieto, abrió los ojos y me miró sorprendido, después desvió la mirada Inicia sus seguidores y por fin la clavó en la montaña de rocas afiladas que cubrían el lugar donde hacía tan sólo unos momentos había estado él; parpadeó rápidamente varias veces, como para espabilar los sentidos, y por fin dijo:

—Se apareció Gabriel mientras rezaba y me dijo que mi vida corría peligro... pero que Dios me

protegería... —Me pasó la mano por el rostro tizado de polvo y añadió en voz baja—: Gracias.

De pronto me di cuenta de que todo mi cuerpo temblaba con tanta violencia como el de Mahoma cuando experimentaba uno de sus trances místicos y me abracé a él con todas mis fuerzas tratando de contener las sacudidas.

Oí unos pasos que se acercaban y vi que el rostro de mi marido se ensombrecía: la sonrisa se desvaneció dejando paso a una expresión tan espeluznante que aparté

la vista apresuradamente.

Huyay, el jefe de los Bani Nadir, venía corriendo hacia nosotros.

—¡Mis queridos amigos!, ¿os encontráis bien? —exclamó con una obsequiosidad que no resultaba natural—. ¡Qué accidente más terrible! Daré orden de que los albañiles refuercen los muros para que nunca más vuelva a suceder una cosa así.

La mentira resultaba tan obvia que me lo quedé mirando atónita y entonces reparé en que bajo las fingidas declaraciones de inocencia

se ocultaba una mezcla de desesperación y miedo: el poderoso gobernante, el mercader legendario por su influencia en los asuntos de los hombres, se había visto obligado a recurrir a aquel ardid burdo y a fin de cuentas inútil para eliminar al Profeta.

El Enviado lo miró con lástima y desprecio a un mismo tiempo.

—No hará falta que reconstruyas el muro —le respondió en tono glacial.

—No entiendo qué quieres decir —repuso Huyay inocentemente

continuando con su representación.

Mi marido dio un paso al frente con aire digno y agarró al judío por la solapa ricamente bordada de la túnica.

—Los Bani Nadir han roto el Tratado de Medina con su traición. Vuestras tierras serán confiscadas.

La máscara adulatora de Huyay cayó entonces y su rostro se retorció en una horrible sonrisa desdeñosa.

—No tienes suficientes hombres como para obligar a los Bani Nadir a abandonar sus hogares.



El Enviado no se movió y le sostuvo la mirada venenosa a su adversario.

—Cuando los Bani Amir se enteren de vuestras estratagemas de falsa reconciliación y que luego habéis intentado asesinar a un invitado fingiendo un accidente, se pondrán del lado de Medina —replicó el Enviado con total convicción—, y lo mismo harán todos los aliados beduinos. A Dios pongo por testigo de que abandonaréis vuestros hogares; vivos o muertos, eso ya depende de

vosotros.

Y, dicho eso, el Enviado soltó a Huyay y se encaminó de vuelta a la seguridad de Medina a grandes zancadas. Los hombres lo siguieron inmediatamente pero yo me quedé un instante con la mirada fija en el líder judío que parecía repentinamente perdido, como si no alcanzara a comprender cómo era posible que la vida lo hubiera llevado a esa nueva situación en la que ahora se encontraba.

Reparé en la tristeza de sus ojos grises y sentí que me recorría un

escalofrío por la espalda al recordar a la mujer del velo que había traicionado a los Bani Nadir y tenía esos mismos ojos. Y entonces por fin corrí a reunirme con mi esposo con todo el peso de la tragedia de Huyay ben Ajtab grabada a fuego en el corazón.

Al cabo de unos cuantos días, estaba de pie al borde del oasis contemplando a los judíos de Bani Nadir evacuando sus hogares y

preparándose para la larga marcha hacia el norte. Corría el rumor de que se refugiarían en Jaibar, una fortaleza judía en la frontera con el territorio de Bizancio. Mientras observaba a los hombres cargando las posesiones en camellos y muías, mis ojos se desviaron hacia una joven de sedosa melena castaña que se encontraba un tanto apartada, esperando sola a lomos de un caballo; nuestras miradas se cruzaron y reconocí de inmediato aquellos ojos grises que ahora brillaban humedecidos por las lágrimas.

Hice un gesto de gratitud con la cabeza hacia Safiya pero ella apartó la vista y, acto seguido, la hija de Huyay ben Ajtab hizo girar el caballo para emprender viaje por el desierto. El secreto que compartíamos sería una pesada carga con la que tendría que vivir el resto de sus días.

MUAUIYA observó con mirada fría a su padre haciendo las veces de anfitrión en la reunión de tribus aliadas que había convocado. La Cámara de la Asamblea había sido decorada con cortinajes de varios colores —añil, esmeralda, turquesa y lila— que representaban los principales clanes asistentes a la cumbre. Era un grupo de lo más heterogéneo que incluía desde los toscos beduinos de las tribus de los

Gatafan cuyos rebaños pastaban al norte del enemigo de Medina hasta sus enemigos ancestrales, los orgullosos Bani Sulaim que cultivaban los campos de tierra volcánica que se extendían al este. Muauiya reparó con interés en que la única cosa que unía a aquellas tribus dispares y enfrentadas entre sí era el odio común que les despertaba la forma imparable en que Mahoma iba acumulando cada vez más poder. Verdaderamente, el refugiado de La Meca estaba uniendo a Arabia en más de un sentido.

La sala era un hervidero de actividad en cuyas paredes retumbaban los encendidos comentarios de unos y otros sobre el preocupante cariz que habían tomado los acontecimientos: los esfuerzos diplomáticos de Mahoma, restringidos en otro tiempo a las tribus del norte de la península, se habían extendido recientemente hacia el sur y había forjado una alianza inesperada con los Yamama, la tribu que controlaba las rutas de cereales hacia el sur. Los cabecillas habían adoptado la fe del renegado y se



habían unido a él en el boicot a La Meca, negando a las tribus paganas el suministro de trigo y cebada; sin previo aviso, uno de los principales proveedores de alimento de toda Arabia se había pasado al enemigo y la amenaza de hambruna para La Meca y sus aliados se había hecho muy real. Fue esa sorprendente noticia la que había obligado a Abu Sufian a convocar a los jefes de las tribus del sur con la esperanza de que todas se le unieran en un último enfrentamiento definitivo con la amenaza de Medina.

Abu Sufian batió palmas con fuerza para atraer la atención de los presentes y se hizo el silencio entre la multitud de líderes tribales. Muaiya escudriñó los rostros de los presentes y vio ira y miedo en sus ojos; eran gente desesperada dispuesta a tomar medidas desesperadas, un hecho en el que su padre tenía puesta toda su confianza para conseguir unir a hombres cuyos respectivos padres habían sido enemigos acérrimos, cuyas tribus llevaban siglos en guerra.

—La situación al norte se ha

vuelto intolerable —afirmó Abu Sufian sin más preámbulo—, la alianza de Mahoma con los beduinos nos ha cortado todo el comercio con Siria y Persia, y ahora Yamama también ha sucumbido a su hechizo y el enemigo ha traído el hambre a nuestras puertas.

Hind dio un paso al frente. Llevaba puesta una vaporosa túnica de seda roja que producía un susurro seductor a su paso y Muaiya se dio cuenta de que algunos de los hombres murmuraban al verla, sin duda comentando la demencia que la había

poseído en el monte Uhud y que se había convertido en la ignominia de La Meca. Sin embargo, ahora no quedaba ni rastro de aquel demonio hambriento de carne humana: la bella mujer caminaba con su habitual elegancia y, cuando habló, su voz sonó serena y ecuánime aunque Muauiya percibió un brillo preocupante en los ojos de su madre.

—El futuro de toda Arabia está en juego —dijo—, en definitiva, lo que está en juego es si viviremos como hombres y mujeres libres o como esclavos de Mahoma y de las

voces de su cabeza.

Sus palabras fueron recibidas con un coro de sonoros murmullos de asentimiento por parte de los nobles en la audiencia; y entonces se alzó otra voz por encima del alboroto:

—Pero... ya hemos intentado usar la fuerza militar con escasos resultados —objetó con la persuasiva elocuencia que lo caracterizaba—. ¿No será momento de llegar a un acuerdo?

Muauiya buscó con la mirada y se dio cuenta de que quien había hablado era su amigo, el diplomático

Amr ben Al As; Muauiya sonrió aliviado. Amr contaba con el respeto de gran parte de los líderes tribales y, si él había abierto los ojos a la realidad, tal vez el fuego de aquel desvarío podría apagarse antes de que las llamas se descontrolaran.

Todas las miradas estaban puestas en Abu Sufian esperando a que respondiera. El anciano dudó y luego por fin lanzó una mirada acerada a Hind y dijo:

—Si alguna vez hubo posibilidad de un acuerdo, hace tiempo que se extinguió —declaró con tono de

verdadero pesar—. La barbarie de nuestras mujeres para con sus muertos en Uhud ha inflamado las pasiones en el campo musulmán.

Hind se volvió hacia su marido con una ceja arqueada en claro gesto de desafío.

—No culpes a las mujeres de los fracasos de los hombres —replicó al tiempo que esbozaba una sonrisa amenazadora.

Muauiya vio que su padre esbozaba una ligera mueca de dolor y sacudía la cabeza: después de tantos años, Abu Sufian continuaba bajo el

yugo de aquella mujer enajenada; el hombre más poderoso de La Meca llevaba largo tiempo esclavizado por las cadenas con que ella le había rodeado el corazón. Muauiya se prometió a sí mismo que nunca dejaría que le pasara lo mismo.

—En cualquier caso, Arabia se encuentra en una encrucijada —prosiguió Abu Sufian con un gran suspiro—, hemos tenido noticia de que Mahoma ha enviado emisarios a las tribus de los territorios meridionales solicitando que se unan a los Yamama contra nosotros. Si



consigue forjar alianzas con el sur, nuestras rutas comerciales con el Yemen se verán amenazadas y, sin comida ni comercio, La Meca perecerá.

Sus palabras pretendían silenciar las objeciones de Amr pero el hijo de Al As era persistente.

—Incluso sin aliados en el sur, Mahoma está bien protegido en Medina —refutó Amr lentamente, como si estuviera explicando un concepto complicado a un niño—, y nosotros no disponemos de suficientes hombres como para lanzar

un ataque.

Esto último lo había dicho con intención de herir y lo consiguió porque era un hecho incuestionable que los árabes tal vez podían reunir, como mucho, cuatro o cinco mil hombres, una cantidad que Mahoma igualaría sin problemas gracias a sus nuevas alianzas. Además, si le seguía sonriendo la fortuna, un equilibrio de fuerzas podía fácilmente suponer una derrota para La Meca.

En ese momento, Muauiya vio que su madre sonreía para luego hacer un gesto afirmativo con la

cabeza a uno de sus sirvientes, un muchacho de unos trece años que abrió una puerta de acacia que llevaba a una antesala y por la que emergió una misteriosa figura con el rostro oculto por la capucha de un manto oscuro.

Muauiya sintió una voz de alarma en su interior y entonces la esbelta figura de gran estatura se colocó en el centro de la habitación entre Abu Sufian y Hind y se quitó la capucha con un gesto lleno de dramatismo.

Era Huyay ben Ajtab, el judío exilado de Medina.

—Los hijos de Nadir lucharán a vuestro lado —declaró con voz atronadora.

Un tumulto de voces de sorpresa, excitación e incredulidad inundó inmediatamente la sala. Muauiya notó la bilis en el estómago: estaba furioso con su madre por haber doblado las apuestas en aquella partida mortal con Mahoma cuando en lo que las tribus deberían haber estado pensando era en cómo acercar posiciones para llegar a un acuerdo, y también estaba muy enfadado consigo mismo por no haberlo visto

venir, por no tener un plan con el que neutralizar la estrategia de Hind.

Abu Sufian alzó las manos y gritó para hacerse oír por encima del tumulto:

—¡Silencio! ¡Demos la bienvenida a nuestro hermano con la dignidad que caracteriza a La Meca! —exclamó logrando que la muchedumbre enmudeciera de inmediato.

Muauiya se preguntó si su padre habría estado enterado del plan de Hind para recabar el apoyo de los judíos de Bani Nadir pero la

expresión atribulada del rostro del anciano sugería que aquella novedad inesperada lo había sorprendido tanto como al resto de jefes tribales presentes.

Huyay se aclaró la garganta y cuando habló lo hizo con suntuosa fluidez y el tono seductor por naturaleza de un político curtido:

—Amigos míos, he vivido cerca de ese tal Mahoma durante los últimos años —afirmó en tono comedido pese a que la pasión resplandecía en sus ojos—, y he sido testigo directo de la brujería que

practica: dice ser un profeta de mi Dios pero os puedo asegurar que es un mentiroso y un embaucador; ni siquiera conoce el contenido de los sagrados libros de Moisés y contradice la Palabra de Dios con sus fantasías. La Torá considera impostores merecedores de ser castigados con la muerte a los hombres como él. Así pues podéis contar con el apoyo de mis hermanos del clan de Bani Nadir; juntos podemos arrebatár Yatrib de las manos de ese hechicero y restablecer la paz en Arabia.

Sus palabras fueron recibidas con aplausos entusiastas y Muauiya maldijo entre dientes: Huyay era un necio al que Mahoma le había ganado la partida hábilmente, ¿y ahora se suponía que tenían que someterse a su liderazgo para vencerlo? Era una locura pero, al recorrer con la mirada los rostros esperanzados de los jeques, Muauiya se dio cuenta de que se habían vuelto todos locos. No eran más que viejos desesperados que se resistían al paso del tiempo aferrándose al altar de sus recuerdos en vez de enfrentarse a la



realidad del mundo tal y como era. Hind y Huyay se estaban aprovechando de ello al darles falsas esperanzas y el resultado sería desolador para toda Arabia.

Muauiya miró a Amr que sacudía la cabeza presa de la frustración, como si estuviera pensando exactamente lo mismo. Y en ese momento una voz profunda retumbó en la gran sala y Muauiya se volvió para ver a quién pertenecía. Era Jalid ben al Ualid, el general mecano de mayor renombre además del artífice de la única victoria contra los

musulmanes en Uhud.

—En ese caso, acabemos con esto de una vez por todas —sentenció con tono solemne—, enviemos contra Medina el mayor ejército que se haya visto jamás en Arabia. Si Mahoma es un falso profeta, como dices, lo derrotaremos; y si es él quien sale victorioso entonces los Cielos habrán emitido un veredicto ante el que no cabrá recurso. En cualquier caso, sea ésta la batalla final.

Sus palabras provocaron los gritos de asentimiento de los

exhaustos jefes tribales. Luego, la muchedumbre rodeó a Huyay y los nobles se enzarzaron en una competición para ofrecerle su hospitalidad y agasajarlo durante su estancia en La Meca. Sintiendo que lo invadían la indignación y el asco, Muauiya se dio media vuelta y salió de la sala para quedarse en la puerta contemplando el despejado cielo cuajado de estrellas: la llama roja de Marte, *Al Marik*, rutilaba sobre su cabeza igual que una avispa furiosa, y aquella noche resultaba muy oportuno que fuera precisamente el

planeta de la guerra el que gobernara los cielos. Ahora que los judíos y los árabes paganos se habían unido, las terribles refriegas con los hombres de Mahoma se convertirían en una guerra propiamente dicha que desgarraría en dos la península. Aun así, no era la guerra lo que preocupaba a Muauiya que consideraba el conflicto como parte integral de un mundo en el que la supervivencia misma era una batalla cotidiana; lo que Muauiya detestaba era ir a la guerra como resultado de la compulsiva insensatez de las

emociones y el orgullo, estandartes  
ambos que indefectiblemente  
abocaban a la derrota. Un verdadero  
guerrero no se dejaba llevar por las  
pasiones sino que veía la situación  
en el campo de batalla tal y como era  
y no como le hubiera gustado,  
avanzaba cuando se presentaba la  
oportunidad y retrocedía cuando era  
lo correcto; que un guerrero —o una  
civilización entera— acabara  
encontrando la muerte por culpa de  
su osadía insensata no tenía nada de  
glorioso.

Notó que alguien se movía a su

lado y se encontró con que era Amr. Muauiya le hizo un gesto afirmativo con la cabeza y luego volvió a mirar las estrellas: ascendiendo por el este sobre el horizonte se divisaba la noble estrella que era su favorita: *Znhal*, el planeta que los romanos llamaban Saturno; era la estrella del destino y las *kahinas* decían que presidía los cielos el día de su nacimiento, así que había venido a este mundo con un sentido de su propósito en la vida. Muauiya estaba convencido de que ese destino era gobernar a aquellas gentes, liderara

aquellos bárbaros analfabetos hacia la grandeza, pero si su madre conseguía destruir Arabia con su fanática persecución en pos del hombre que la estaba unificando, su destino se vería truncado.

Muauiya se dio cuenta en ese preciso momento de que había llegado la hora de alejarse de su familia y su gente. La única manera en que podía salvarlos era distanciarse de su locura, pues sólo cuando hubieran conseguido destruirse a sí mismos podía un hombre como él reaparecer y

construir algo nuevo sobre las ruinas.

—Debemos estar preparados —  
musitó en voz baja, dirigiéndose en  
parte a Amr y en parte a sí mismo.

—¿Para la victoria? —quiso  
saber Amr que todavía se aferraba a  
la falsa esperanza de las masas  
incluso a pesar de que su diplomacia  
natural le hacía inclinarse por la  
conciliación en vez de la conquista.

—No —respondió Muauiya con  
voz acerada—, para la derrota.

Amr se quedó de pie a su lado un  
largo rato antes de hablar de nuevo.



—Jalid nunca ha sido derrotado... —argumentó en voz baja como si con ello tratara de convencerse a sí mismo de que todavía existía la posibilidad de que el mundo que conocía sobreviviera.

Muauiya se volvió para mirarlo a la cara atravesándole el alma con sus penetrantes ojos de águila.

—Jalid nunca ha sido derrotado por ningún hombre pero estamos luchando con algo mucho más grande que cualquier hombre.

Amr aspiró profundamente con un brillo de sorpresa en los ojos.

—¿Te refieres a ese Dios invisible?

Muauiya sonrió.

—Me refiero a la Historia; he leído suficientes relatos sobre el pasado como para darme cuenta de cuándo llega el fin de una era. Mi padre se aferró a un orden caduco y nosotros debemos convertirnos en la vanguardia del futuro. Si La Meca es derrotada como creo que será el caso, tenemos que asegurarnos de que sus líderes desempeñan un papel en el nuevo orden.

Amr bajó la cabeza al darse

cuenta de la verdad que encerraban las palabras de Muaiya: el final estaba cerca y tenían que prepararse.

—¿Y qué sugieres?

Muaiya meditó un momento dejando que la rapidez mental que había heredado de su madre tejiera sus hilos y al final reparó en que la respuesta estaba mucho más cerca de lo que se había imaginado.

—Mahoma está utilizando el matrimonio como herramienta para forjar alianzas —respondió alzando la voz entusiasmado—. Mi hermana Ramla es una de sus seguidoras y

vive en el exilio en Abisinia; si se casa con Mahoma, entonces tal vez el clan de los Omeya consiga sobrevivir a lo que se avecina.

El bello rostro de Amr se iluminó con una sonrisa.

—Yo haré de intermediario, si es la voluntad de Alá.

Amr ya había estado en Abisinia, en la época de sus intentos fallidos de convencer al negus para que entregara a los exiliados musulmanes, y conocía bien el país; había entablado provechosas relaciones con sus comerciantes y

podría hacer llegar un mensaje a Ramla sin levantar las sospechas de otros mecánicos sobre el plan de Muauiya.

Éste le pasó el brazo por los hombros con un gesto amistoso y le dedicó una sonrisa taimada.

—Has dicho Alá y no los dioses —comentó.

Los labios de Amr esbozaron una amplia sonrisa.

YO estaba tejiendo en un rincón de mis pequeños aposentos cuando el hijo adoptivo del Enviado, Zaid, llegó con la noticia que desbarataría mi mundo para siempre; era un día claro de invierno, el sol entraba a raudales por la ventana caldeando el fresco aire. En los últimos días había habido mucho júbilo en el oasis puesto que Fátima, la hija del Enviado, acababa de dar a luz a su segundo hijo, un niño precioso al que

le habían puesto el nombre de Husein. Yo estaba especialmente de buen humor porque la de aquel día era mi noche con el Enviado. Mi esposo seguía escrupulosamente un estricto orden de rotación de las noches que pasaba con cada una de sus esposas para asegurarse de que todas recibíamos un trato equivalente tal y como establecía el Sagrado Corán y poco a poco, a medida que el harén aumentaba, el tiempo limitado que pasaba con él se hacía más precioso para mí.

Ya éramos cinco las mujeres que

teníamos el título de Madre de los Creyentes: la anciana Sauda, yo misma, la indómita Hafsa, la fantasmagóricamente silenciosa Zainab ben Juzaima, y más recientemente se había añadido a la lista Um Salama ben Abu Omeya. Esta última adición a la familia era otra viuda de guerra con la que el Enviado se había casado por compasión: el marido de Um Salama, Abdalá ben Abdal Asad había caído en Uhud dejando tres hijos huérfanos y una esposa embarazada del cuarto sin ningún medio de subsistencia. El



Enviado había desposado a Um Salama al concluir el *idat*, los cuatro meses y diez días de luto, y ella había dado a luz al hijo póstumo de su esposo mártir, Durra, poco después de la boda.

En un primer momento, la noticia de que el Profeta tenía intención de casarse con Um Salama, me había provocado unos celos terribles porque era una mujer muy hermosa con ojos resplandecientes y una sonrisa dulce que además todavía estaba en edad de tener hijos mientras yo, por el contrario, seguía

sin darle a mi marido un heredero. No obstante, después de la boda había ido haciéndome a la idea a regañadientes pues era muy difícil no apreciar su naturaleza amable y paciente y, a diferencia de Hafsa — que era mi principal rival en la carrera por darle a Mahoma un hijo —, Um Salama ya tenía unos cuantos hijos de su anterior matrimonio y no parecía particularmente deseosa de tener más. Así que la vida continuó más o menos como hasta entonces en el hogar del Profeta con las pequeñas rivalidades y celos entre las esposas

borboteando a fuego lento en un segundo plano.

Me senté junto a mi esposo mientras le tejía una prenda de lana que le abrigara durante las oraciones del alba. El Enviado estaba ocupado también con su propio quehacer que consistía en repasar con aguja e hilo las cintas de cuero de sus sandalias. Nunca había conocido a otro hombre que disfrutara con los sencillos trabajos domésticos como reparar el calzado o hacer remiendos en la ropa, y desde luego eran tareas que no concordaban con los ideales

masculinos de sus seguidores, a los que dejaba atónitos la extraña afinidad que sentía su líder por lo que ellos despreciaban como trabajo de mujeres. Sin embargo el Profeta parecía estar más a gusto en un ambiente tranquilo al calor del hogar que en medio de los jactanciosos lances del campo de batalla. Mientras lo contemplaba cosiendo las sandalias con sus vivos ojos negros fijos en la tarea que lo tenía totalmente absorto, reparé en lo difícil que debía de haberle resultado —siendo un muchacho con un

carácter tan apacible—, crecer en un mundo donde la crueldad y la violencia eran el orgullo y las principales señas de identidad de un varón, y en ese momento caí en la cuenta de que el reconocido amor por las mujeres del Enviado tenía mucho más que ver con su tendencia innata a sentirse cómodo en su compañía que con el deseo sexual.

Sin embargo pronto ocurriría algo que me recordaría que, por muy delicada y hogareña que fuera la disposición de su alma, su cuerpo era el de un hombre con todas las

necesidades y deseos carnales de la naturaleza masculina.

Mientras continuábamos con nuestras tareas en silencio, se proyectó una sombra en el umbral de la puerta y al alzar la vista vi que se trataba del hijo adoptivo del Profeta, Zaid ben Hariza, un hombre alto y delgado con frondosos cabellos indómitos y un rostro brutalmente castigado por los años de trabajo a la intemperie; la característica tristeza que siempre podía leerse en sus ojos parecía particularmente intensa ese día.

El Enviado percibió el desasosiego en sus facciones y se volvió para mirarlo frente por frente al tiempo que dejaba caer las sandalias al suelo con un golpe seco.

—¿Qué te trae por aquí, hijo mío? —le preguntó con un deje extraño en la voz que, en otro hombre, yo habría tomado por un ligero atisbo de vergüenza, pero por supuesto que eso no tenía el menor sentido en el caso del Elegido de Dios, el hombre más perfecto de la creación.

Zaid se arrodilló junto al Profeta,

de quien había sido esclavo antes de que éste le concediera la libertad y lo adoptase, y bajó la cabeza sin atreverse a mirar a su padre a los ojos.

—Mi mujer me ha contado lo que pasó entre vosotros.

A mí el corazón me dio un vuelco.

—¿Qué pasó? —no pude evitar preguntar al tiempo que la lana resbalaba entre mis dedos.

La esposa de Zaid, Zainab ben Jahsh, era prima del Enviado además de la mujer más bella que yo había



visto jamás, y sus hermosas facciones se hacían cada vez más elegantes a medida que iba cumpliendo años. Siempre me había parecido que resultaba extrañamente chocante que estuviera casada con el hombre más feo que conocía. El Enviado conocía a Zainab desde que era niño y siempre me había tranquilizado mucho ver que la trataba como a una hermana pequeña y que él era el único hombre que no tartamudeaba o cometía todo tipo de torpezas en su presencia.

El Profeta me miró y la expresión

de sus ojos me indicó que se sentía incómodo. Algo había cambiado.

—No fue nada —se apresuró a responder—, ese asunto está zanjado.

Sus palabras no consiguieron aliviar en lo más mínimo la creciente inquietud de mi corazón.

—Cuéntamelo —insistí.

El Enviado no dijo nada sino que fue Zaid el que habló: el Profeta había ido a visitarlo hacía unas cuantas noches pero Zaid no estaba en casa y Zainab, al oír llamar a la puerta y suponiendo que se trataba de su marido, había ido corriendo a

abrir sin acordarse de cubrir con un manto su cautivadora figura enfundada en una túnica de noche y con la frondosa melena cayéndole por la espalda hasta más abajo de la cintura, pero cuando abrió se encontró con la sorpresa de que se trataba del Enviado. Anonadado por su belleza, él se dio la vuelta para alejarse inmediatamente pero a Zainab le había parecido oírlo decir: «¡Alabado sea Dios, Señor de los corazones!».

Se me hizo un nudo en el estómago pues sabía que mi marido

siempre había apreciado mucho a su prima... ¿Acaso podría la visión de Zainab acicalada con sus ropas más sugerentes haber inspirado el amor en él?

Zaid alzó la vista y me di cuenta de que lo que yo estaba sintiendo no era nada comparado con los tormentos que sufría aquel pobre hombre. Era público y notorio que Zaid y Zainab no eran felices en su matrimonio: ella procedía de una altiva y acaudalada familia mientras que Zaid era un liberto, un paria en la sociedad de La Meca. Se habían

casado después de que el Enviado le pidiera a Zainab que lo hiciera para dar ejemplo al resto de los musulmanes de que a la hora de elegir pareja la piedad importaba más que la clase social. Zainab siempre había dado muestras de absoluta lealtad hacia el Profeta y accedió, pero todas las mujeres de la casa sabíamos que estaba muy enamorada de mi marido. Y, sin embargo, él nunca había expresado el menor interés por ella y la joven había acabado por resignarse a su suerte de ser la esposa del pobre

Zaid. Pero ahora, si los sentimientos que el Profeta albergaba en el corazón habían cambiado, no me cabía la menor duda de que Zainab buscaría una escapatoria a aquella unión sin amor y se casaría con Mahoma.

—¡Oh, Enviado, sabes que me eres más querido que mi propia familia —declaró Zaid—, más que mi propio padre!

Al oírle decir eso me vino a la mente su historia: lo habían raptado unos tratantes de esclavos cuando todavía era un niño y acabó

encontrando refugio en casa de Mahoma y Jadiya; la pareja lo había tratado con mucho cariño y dignidad y, tras la muerte temprana de sus hijos varones, el muchacho se había convertido a todos los efectos en un verdadero hijo para ellos; cuando su verdadero padre, tras años de búsqueda por todas las ciudades del desierto, había dado por fin con él, Zaid no había querido regresar al seno de su familia sino que había elegido quedarse como esclavo de Mahoma. Mi esposo, conmovido por la devoción del joven, lo había

liberado y luego lo llevó con él hasta la Caaba y lo adoptó oficialmente. Aquello fue todo un acontecimiento ya que en la cultura árabe se establecía con un hijo adoptivo un vínculo trascendental que lo equiparaba a los hijos naturales. En ese momento, Zaid había pasado de ser un humilde esclavo a convertirse en el heredero de una de las familias más influyentes de La Meca.

Mi corazón se estremeció al darme cuenta de que Zaid era ciertamente hijo del Profeta a todos los efectos: si empezaban a correr



rumores de cualquier comportamiento indecoroso entre Mahoma y la esposa de su hijo adoptivo, la gente lo consideraría un crimen tan horrible como el incesto. La autoridad de mi marido como Enviado de Dios y modelo de moral para toda la comunidad se pondría en tela de juicio y los cimientos mismos de nuestra fe se tambalearían como resultado.

El Profeta debía de estar pensando lo mismo porque apartó la vista, incapaz de mirar a Zaid a la cara, pero su hijo se inclinó hacia él

y le tomó las manos entre las suyas hasta que el Profeta por fin lo miró a los ojos con expresión suplicante. Zaid le dijo:

—Si ése es tu deseo, me divorciaré de ella hoy mismo y serás libre de desposarla —se ofreció haciendo con ello otro sacrificio más por el hombre a quien amaba más que a la familia de su propia carne y sangre.

Pero aquello era una locura. Sentí que los latidos de mi corazón se desbocaban y me puse de pie frente a Zaid con los puños

apretados.

—¿Pero qué estás diciendo? ¡El Profeta es tu padre! Está prohibido que un padre se case con una mujer que haya yacido con su hijo!

Me temblaba la voz y no estaba segura de si la furia que sentía se debía al horror que me provocaba la violación de aquel tabú o al hecho de imaginarme a mi marido en brazos de la deslumbrante Zainab.

Zaid me clavó una mirada llena de indignación.

—Eso no son más que costumbres ancestrales de gente

ignorante —me contestó con tono cortante—, entre el Enviado y yo no hay lazos de sangre.

Noté la bilis en el estómago:

—Los beduinos no lo verán así, acusarán al Enviado de haber cometido incesto y se romperá nuestra alianza con ellos.

Me volví hacia mi marido que había conseguido hacer acopio de valor suficiente como para mirarme a la cara: nunca antes había visto semejante expresión de vergüenza en sus ojos y de repente me sentí completamente perdida.

—Retén a tu esposa, Zaid —  
respondió mi esposo en voz baja—,  
y teme a Dios.

Zaid se levantó y negó con la  
cabeza.

—Zainab no me ama —contestó,  
y el profundo dolor que sentía era  
patente en su voz—. Además, cada  
vez que yacíéramos juntos sabría que  
ella desearía que fueras tú quien  
estuviese a su lado y, eso, no podría  
soportarlo. —Me miró fugazmente y  
luego se volvió de nuevo hacia el  
Profeta—. Me divorciaré de ella —  
continuó diciendo en tono resolutivo—

y su suerte quedará en manos de Dios y su Enviado.

El Profeta se puso de pie entonces con la alarma escrita en el rostro. Hizo ademán de detener a Zaid para que no se marchara, pero el esbelto hombre se limitó a tomar la mano del Enviado y besarla con profundo amor mientras las lágrimas corrían por sus mejillas ajadas; y luego se dio la vuelta y salió de la estancia.

Mi marido se quedó allí de pie inmóvil durante un buen rato. Nunca lo había visto tan desconcertado. Al

final se volvió hacia mí con una servil expresión de disculpa en el rostro; parecía un niño pequeño buscando la absolución de su madre, pero yo no podía ni mirarlo a los ojos y me apresuré a salir también encaminándome a paso vivo hacia los aposentos de Hafsa para dar rienda suelta a la ira y los celos que amenazaban con hacerme perder la cordura.

AL cabo de unos pocos días, mi marido convocó una reunión de todos los creyentes para atajar el aluvión de rumores que corrían por todo Medina sobre la situación en la casa del Profeta. Se había congregado una muchedumbre de unos cuantos cientos de personas en el patio de la *masyid* y otras tantas docenas se habían tenido que quedar de pie fuera, deseando todos enterarse de los últimos acontecimientos de aquel



drama cuyos protagonistas eran el Enviado de Dios, su hijo y su nuera.

Las otras esposas del Profeta estaban de pie a su lado en señal de apoyo, pero yo me quedé en el umbral de mi puerta observando la evolución de los acontecimientos con hosca intensidad.

El Profeta me miró expectante y, aunque me di cuenta de que albergaba la esperanza de que viniera a ocupar mi lugar entre Sauda y Hafsa, me crucé de brazos y alcé la barbilla con gesto desafiante. Él apartó la mirada y se concentró en la

multitud de creyentes que tenía ante sus ojos; el aire estaba cargado de electricidad igual que cuando se avecina una tormenta y detecté claramente que aquel incidente con Zainab suponía la mayor amenaza a la credibilidad de mi esposo desde el día en que el jefe judío Huyay había intentado burlarse de sus conocimientos de las antiguas escrituras. Se oían por todas partes cuchicheos sobre el encaprichamiento del Profeta con su nuera y las terribles implicaciones que eso acarreaba para la veracidad

de la Revelación: ¿cómo iba haber enviado Dios a un hombre capaz de transgredir uno de los tabúes más antiguos de la tradición árabe?

El Enviado alzó una mano y el murmullo electrizante de los chismosos enmudeció de golpe haciéndose el más absoluto silencio, tan profundo que podía oír los latidos amortiguados de mi propio corazón.

—Hoy he recibido una Revelación del Señor —anunció el Enviado con voz grave que pareció reverberar más allá de los muros de

adobe, en las calles empedradas de todo el oasis.

Luego dudó un instante: era la primera vez que lo veía en dificultades para reproducir la Palabra de Dios; noté que el color de su pálido rostro cambiaba y me di cuenta de que se había ruborizado igual que una novia en su noche de bodas.

Y entonces Mahoma respiró hondo y recitó el Divino mandamiento:

*Recuerda*

*cuando decías a  
quien Dios ha  
colmado de  
bienes*

*y tú le has  
favorecido:*

*«¡Retén a tu  
esposa*

*y teme a  
Dios!».*

*Ocultabas en  
tu interior lo  
que Dios iba a  
mostrar;*

*temías a los  
hombres,*

*mientras que  
Dios era más  
digno de que le  
temiesen.*

*Cuando Zaid  
hubo decidido el  
asunto y se  
divorció,*

*te casamos  
con ella,*

*para que los  
musulmanes,*

*al casarse  
con las esposas  
de sus hijos  
adoptivos,  
no cometan  
pecado,  
si éstos han  
decidido  
divorciarse de  
ellas.*

*¡Cúmplase  
la Orden de  
Dios!*

Escuché la nueva revelación del

Sagrado Corán y luego retrocedí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago: Alá había anulado el más antiguo de los tabúes árabes que hacía a los hijos nacidos de carne y los hijos nacidos de una promesa iguales a los ojos de los hombres. Contemplé a la multitud preguntándome cómo reaccionaría: si la gente rechazaba el mandamiento, el Profeta perdería su posición en el oasis, lo tacharían de impostor que no buscaba más que su propio beneficio dictando leyes que abolían valores ancestrales para satisfacer



los deseos de su propia carne. Si las gentes de Medina no aceptaban aquel increíble cambio en la definición de la familia, todo lo que tanto nos habíamos esforzado por conseguir durante los últimos diez años se desvanecería en un instante: Abu Sufian no tendría ya ninguna necesidad de lanzar ningún ataque para matar a Mahoma, las gentes mismas del oasis lo harían por él.

Se produjo un murmullo de incredulidad entre la multitud y todas las miradas se volvieron hacia Zaid, que estaba de pie en silencio en un

lateral del patio con la vista clavada en los pies. Durante años se había sentido orgulloso de ser el único hijo de Mahoma y ahora su herencia quedaba invalidada por el mismo Dios... Si Zaid lo aceptaba, ya no sería el 'hijo del Enviado' sino simplemente un liberto como otro cualquiera, un antiguo esclavo sin dinero ni posición, y además se quedaría sin mujer y sin familia. Sentí una profunda compasión por el pobre, poco agraciado y desafortunado hombre al que acababan de arrebatarse todo lo que

tenía, todo lo que podía considerar como suyo en este mundo.

Y entonces Zaid alzó la cabeza y me sorprendió ver una amplia y genuina sonrisa iluminando su ajado rostro; cayó de rodillas con lágrimas de júbilo corriéndole por las mejillas que resplandecían al seguir su curso por los mechones negros de su barba.

Alzó unas manos suplicantes al cielo y dijo con voz fuerte que retumbó por todo el patio:

—¡Alabado sea Dios, que honra a este esclavo indigno mencionando

su nombre en el Libro Sagrado!

Luego se postró en tierra con la frente apretada contra el suelo de piedra de la *masyid* y entonces me di cuenta de que Zaid llevaba razón: Alá lo había mencionado por su nombre en el Sagrado Corán, un honor que no había recibido ningún otro musulmán; incluso mi padre que también aparecía citado en el Sagrado Corán aparecía como el 'Compañero en la gruta' pero no se mencionaba su nombre de Abu Bakr por ninguna parte. Miré al hombre postrado en el suelo que alababa al

Creador a voz en cuello y con el rostro hundido en tierra en señal de humildad, y me di cuenta de que había recibido algo mucho más grande que todo lo que le habían arrebatado.

A Zaid ben Hariza se le había concedido la inmortalidad: mucho después de que hubiera muerto, cuando sus huesos ya se hubiesen convertido en polvo, su nombre seguiría siendo recitado por millones de creyentes llenos de reverencia y temor de Dios cada vez que se leyera el Sagrado Corán.

Contemplando el total sometimiento de Zaid a la voluntad de Dios, la jubilosa aceptación de su suerte, una ola de vergüenza invadió a la multitud de creyentes que habían cuestionado la integridad del Enviado y entonces, uno por uno, todos se postraron en obediencia a la orden de Dios.

La tensión que me había atenazado el corazón se disipó como el rocío al llegar el sol de la mañana: la crisis había pasado; las gentes de Medina habían sido puestas a prueba y la habían superado.

Luego posé la mirada en la deslumbrante belleza de Zainab ben Jahsh, la causante de toda aquella locura; me di cuenta de que había permanecido de pie oculta discretamente entre las sombras y con el rostro tapado con un velo negro de seda que se quitó cuando resultó obvio que la comunidad no se abalanzaría sobre ella y, pese a que sus cabellos seguían ocultos bajo un pañuelo oscuro, las facciones perfectas, las largas pestañas rizadas, los tentadores labios, resplandecían con un brillo cegador.

Zainab avanzó con paso altivo hasta colocarse a la derecha del Profeta junto a Sauda y en ese momento me maldijo a mí misma por haber permanecido apartada dejando así que aquella mujer ocupara mi sitio. Zainab miró al Profeta y le sonrió mostrando unos perfectos dientes blancos que resplandecieron a la luz del sol, y la llama de la indignación que ardía en mi pecho volvió a reavivarse con violencia.

Zainab vio que la miraba y me pareció que esbozaba una sonrisa triunfal: había ganado, yo ya no era



la joya del harén y ella pasaría a ser la mujer más bella de la casa y el Enviado no tardaría en saborear su carne hasta saciarse. Y además, a diferencia de todos sus anteriores matrimonios, su boda con Zainab era una decisión que tomaba con el corazón; el Enviado quería a Zainab para sí, aquello no era una alianza política ni un acto de caridad sino que deseaba el cuerpo y el alma de Zainab de igual modo que había deseado los míos.

    Mi corazón latía desesperanzado y apenas escuché la voz de mi padre

cuando se dirigió respetuosamente a mi esposo:

—¿Quieres que sea testigo de tu ceremonia de boda con Zainab, oh, Enviado?

Yo le clavé una mirada ultrajada pese a que sabía que se estaba limitando a ser diplomático: mi padre comprendía a las mil maravillas que Zainab podía convertirse fácilmente en la nueva favorita del Profeta y que su posición como el consejero más cercano de Mahoma podría verse afectada por ello, y estaba tratando de mostrar al

Enviado que lo apoyaba como un amigo fiel, incluso si eso suponía un desprestigio para su propia familia. Era un gesto sabio y generoso, pero en ese momento me sentí tan completamente sola que no pude soportar ver como mi padre daba la bienvenida a aquella hermosa entrometida y bendecía su unión con mi esposo.

El Profeta posó suavemente una mano en el hombro de mi padre que, con la edad y las preocupaciones de los últimos años, estaba cada vez más encorvado.

—No habrá ninguna ceremonia de boda, amigo mío —replicó Mahoma—, el enlace ya se ha celebrado en el Cielo con los ángeles como testigos.

Vi a Zainab esbozar una sonrisa de oreja a oreja al oír que no le haría falta esperar a que se cumplieran las formalidades de la boda: podría llevarse al Enviado a su cama inmediatamente y consumir su unión esa misma noche.

Sentí que me ruborizaba y mis mejillas adquirirían una tonalidad más encendida aún que la de mi cabello,

y luego me encontré con que mis pies se movían en contra de mi voluntad y de repente ya no estaba parapetada en el umbral de la puerta de mi casita sino de pie frente a mi esposo, el Enviado de Dios, en pleno centro del abarrotado patio.

—¡Tu Señor sin duda se apresura en concederte tus deseos! —le chillé a la cara.

El Profeta retrocedió como si lo hubiera abofeteado. Zainab apartó la cara con gesto de desprecio y vi por el rabillo del ojo que mi padre me lanzaba una dura mirada de

advertencia. De pronto me di cuenta de que todos los ojos de la *masyid* estaban puestos en mí y me sentí la mujer más necia de la Tierra.

De algún modo conseguí mantener la cabeza erguida y el gesto digno y acto seguido, sin pronunciar una sola palabra más, giré sobre mis talones para volver a grandes zancadas a mi casa y dando un portazo dejé encerrado allá fuera al despiadado mundo.

En ese momento se me doblaron las piernas, caí al suelo y vomité; en medio de los violentos escalofríos

que sacudían mi cuerpo, me arrastré hasta un rincón y me puse a llorar por lo injusta que era la vida y la crueldad de haber nacido mujer.

EL estruendo de los cascos de los caballos inundaba el desierto mientras el ejército de La Meca avanzaba implacable hacia Medina para la batalla definitiva: cuatro mil hombres con la mejor cota de malla de Abisinia acompañados de tres mil caballos y mil quinientos guerreros a lomos de camellos.

En el cauce seco de una rambla a cuatro días de viaje al sur del oasis, los mecanos se reunieron con sus



aliados, los hombres del clan expulsado de los Bani Nadir: Huyay ben Ajtab, a su vez, lideraba un contingente de dos mil soldados de a pie y tres mil jinetes, con lo que los dos ejércitos juntos constituían la fuerza más poderosa jamás vista en Arabia.

En el momento en que aquella colosal bestia dirigía hacia el norte sus terroríficos ojos enrojecidos de ira, una figura oculta en las grietas de un vetusto montículo de lava observaba sus movimientos atentamente: el espía musulmán, un

hombre de la tribu aliada de los Bani Juza, calculó rápidamente la envergadura del ejército invasor y luego volvió reptando hasta su caballo, que había dejado atado en la entrada de una vieja gruta que se hundía en las profundidades de la arena del desierto.

Elevando una oración silenciosa a Alá para que le diera la velocidad del halcón, el espía musulmán subió a su montura y galopó de vuelta a Medina: si durante tres días cabalgaba sin parar siquiera para dormir tal vez conseguiría advertir a

su gente; sólo confiaba en que el caballo soportara aquel ritmo frenético... Ahora bien, si no era así y tenía que seguir a pie lo haría, pues sabía que los perros rabiosos de la guerra se acercaban cada vez más al oasis y si fracasaba en su misión la *Uma* perecería entre sus fauces.

La Asamblea de Guerra estaba reunida en el patio de la *masyid*. Me abrí paso entre los hombres de rostros cariacontecidos llevando un

cubo con agua para que calmasen la sed y pudieran mojarse la frente pues hacía un sol de justicia. El Enviado se sentó junto al *mihrab*, la hornacina orientada al sur señalando la dirección de La Meca hacia donde debían dirigirse las plegarias. Tenía el ceño fruncido y los hombros hundidos, y sus negros ojos miraban fijamente la tierra oscura bajo sus pies sobre la que sus seguidores habían dibujado un tosco mapa de Medina y las colinas circundantes.

Umar acababa de explicar que la mejor estrategia era evacuar a

mujeres y niños y trasladarlos al laberinto de cuevas que había en el terreno volcánico de los alrededores mientras los hombres construirían barricadas y se quedarían dentro de las casas preparados para entrar en combate cuerpo a cuerpo por las calles. Nadie hablaba de salir al encuentro del enemigo como habíamos hecho en Uhud. Antes de morir de agotamiento e insolación, el espía había dado una preocupante estimación de las fuerzas invasoras: incluso contando con nuestros aliados beduinos del norte, nos

superaban en número en una proporción de dos a uno. Allí había insistido en que podíamos vencer pese a la desventaja —ya lo habíamos hecho en Badr, e incluso en Uhud habíamos tenido la victoria al alcance de la mano hasta que los arqueros habían abandonado sus posiciones—, pero existía otro problema adicional: si decidíamos salir a las colinas y plantar cara al invasor, tendríamos a los Bani Quraiza, la última tribu judía de Medina, en nuestra retaguardia y, pese a que los judíos se habían

negado a participar en anteriores enfrentamientos con La Meca por más que el tratado firmado con ellos los obligara a participar en la defensa del oasis, no había ninguna garantía de que también en esta ocasión permanecieran neutrales; según había informado el valeroso espía, los judíos de Bani Nadir se habían unido a Abu Sufian y era poco probable que los quraiza se quedaran de brazos cruzados mientras sus hermanos luchaban contra los musulmanes. Así que si nos arriesgábamos a salir a campo

abierto, cabía la posibilidad de que nos expusiéramos a un ataque por la retaguardia.

El único plan sensato era el de Umar, pero yo notaba que mi esposo no estaba convencido con la idea de convertir las calles de Medina en un campo de batalla: había trabajado durante cinco años para traer el orden y la paz a aquel asentamiento caótico, y el mero hecho de pensar que la sangre corriera por sus calles empedradas le resultaba demasiado doloroso. No obstante, y en ausencia de cualquier otra opción, había



anunciado a los creyentes allí congregados su intención de atraer a los mecanos hacia las callejuelas tortuosas del oasis, obligar a sus tropas a dividirse y dispersarse y convertir las casas mismas en trampas mortales; sería un trabajo de carnicero, sí, pero la guerra, fuera como fuera la lucha, era siempre atroz.

Se había hecho un largo silencio durante el que los hombres se habían estado mirando los unos a los otros con caras de preocupación porque aquélla sería la última batalla y, o

bien el ejército mecano sería aplastado en las calles o los musulmanes serían masacrados. Y si los musulmanes eran derrotados el enemigo capturaría o mataría a las mujeres y los niños escondidos en las colinas cercanas. La Meca no mostraría la menor piedad, no después de tantos años de enconado enfrentamiento, y además, vista la barbarie caníbal de Hind, todos se estremecieron al pensar en qué les ocurriría a los supervivientes que cayeran en manos del enemigo.

Se oyeron las toses nerviosas de

un hombre sentado justo al lado del primer círculo de consejeros de máxima confianza del Profeta que se aclaraba la garganta: se trataba de Salman, un persa que había sido esclavo de un judío de los Bani Quraiza; después de su conversión al Islam, el Enviado había comprado su libertad y ahora aquel extranjero vivía entre los árabes como uno más. Salman era de poca estatura y delgado, tenía los ojos azules y las bellas facciones recortadas características de su raza. Cuando habló, lo hizo con una voz vibrante

que rebosaba lirismo y hacía que el sonido de cada palabra pareciera cantado, y su acento persa era de una belleza cautivadora.

—¡Oh, Enviado de Dios!, esta estrategia ¿es tu opinión o te ha sido revelada por Dios?

Umar frunció el ceño y se puso rojo:

—¿Cómo osas hacer semejante pregunta al Enviado?

El Profeta posó una mano sobre el inmenso hombro de su suegro con suavidad.

—Tranquilo, Umar —lo calmó con una sonrisa paciente, y luego se volvió hacia el liberto—: Es cuestión de opinión personal, ¿por qué?, ¿tienes alguna sugerencia, Salman?

El persa dudó por un momento y luego se acercó al círculo de los más allegados. Umar lo taladró con una mirada furibunda pero Salman lo ignoró, se inclinó hacia delante y, tras contemplar el mapa del oasis dibujado sobre la tierra, se mesó la barba perfectamente recortada con aire pensativo para por fin trazar con

los dedos varias líneas profundas que representaban la cara norte de la ciudad: las líneas se conectaban entre sí formando un arco que rodeaba los vulnerables pasos del norte donde el ejército mecano estaría mejor posicionado para invadirnos. Salman acabó de dibujar y luego alzó la vista para dirigir hacia mi marido una mirada nerviosa.

—En la tierra de donde vengo cavaríamos unas trincheras alrededor de la ciudad para protegernos del asedio —explicó—. Si fuera el

deseo de Dios y su Enviado, tal vez una estrategia similar podría servirnos para defender Medina.

Yo me asomé por encima del hombro de mi cuñado Zubair y de repente entendí lo que el persa trataba de decir: todavía no se me podía considerar una estrategia militar ni mucho menos, aún quedaban muy lejos mis días al mando de grandes ejércitos, pero sí entendía que podía surtir efecto cavar una zanja en los puntos señalados por Salman.

Los compañeros se miraron los

unos a los otros muy sorprendidos pero no dijeron nada, quizá porque todos tenían miedo de ser el primero en apoyar aquella nada habitual estrategia, y al final la voz grave que retumbó por todo el patio fue la de Umar:

—¿Una trinchera lo suficientemente grande como para albergar a todo un ejército? Nunca he oído nada semejante —objetó con la voz ligeramente teñida de reticente respeto.

Mi esposo miró a los ojos al nervioso Salman y le dedicó una



sonrisa cálida al tiempo que le tomaba la mano:

—Y los mecanos tampoco.

LA Confederación, como se llamaban a sí mismos los mecanos y sus aliados judíos, atravesaron el mar de dunas ennegrecidas en la recta final de su marcha hacia Medina. Su ejército había aumentado hasta alcanzar los diez mil hombres a medida que reclutaban a los beduinos descontentos que se iban encontrando por el camino y éstos se sumaban a la gigantesca nube que avanzaba hacia el díscolo oasis que, por culpa del

oportunismo de sus habitantes, había sumido al mundo en un completo caos.

Hacía veinte días que árabes y judíos habían unido sus fuerzas en el desierto y comenzado el agotador avance hacia su objetivo: las cantimploras de agua escaseaban y cuando avistaron por primera vez las palmeras que jalonaban la linde meridional de Medina todo el mundo sintió un gran alivio. Los hombres habían tomado los pozos de las afueras de la ciudad (les sorprendió encontrarlos sin defensa alguna), y se

alegraron de la facilidad con que se habían hecho con los pasos del sur tomándolo como una señal de los dioses, un anuncio de su inminente victoria.

Sin embargo su comandante Jalid ben al Ualid estaba preocupado: a lomos de su poderoso corcel negro, contempló el horizonte centrando la atención más allá de la extensión de roca volcánica que servía de defensa natural a Medina por el sur; no se movió lo más mínimo ni cuando Huyay ben Ajtab, el líder de las fuerzas judías, cabalgó hasta

colocarse a su lado con una sonrisa resplandeciente en los labios.

—¡Sonríe, amigo mío, la victoria ya casi es nuestra! —lo interpeló Huyay para luego clavar la mirada en las negras tierras que llevaban hasta su hogar perdido y aspirar profundamente el aire salado del oasis—. Muy pronto mi gente recuperará sus hogares y los tuyos recuperarán el honor.

Jalid se volvió por fin hacia él con un brillo oscuro en los ojos.

—¿Dónde está la guardia de asalto de Mahoma? Ya casi estamos

en Medina y no hay ni rastro del enemigo, ni un solo jinete...

El jefe de los Bani Nadir se encogió de hombros, resistiéndose a dejar que aquel árabe huraño hiciera mella en su excelente estado de ánimo.

—Lo más seguro es que se hayan refugiado en el interior de la ciudad, igual que hicieron mis antepasados en Masada —respondió Huyay, pese a que no le gustaba comparar a los nobles guerreros judíos de antaño con este impostor aprovechado y su banda de fanáticos analfabetos. En

cualquier caso, la alusión no significaba nada para Jalid que lo miró con cara de no saber a qué se refería—. Consiguieron contener el ataque de todo el ejército romano durante años —explicó el judío lleno de orgullo— y cuando los centuriones lograron por fin atravesar las murallas se encontraron con que los judíos habían preferido quitarse la vida antes que rendirse.

Los ojos Huyay lanzaron un destello de orgullo al recordar el noble sacrificio y el valor de su pueblo ante una situación

desesperada, pero si a él el relato le parecía una ilustración del verdadero honor, al árabe le resultó menos atractivo y reaccionó escupiendo en el suelo con desprecio:

—Los árabes no son unos suicidas como tus antepasados —replicó con voz cortante— pero tampoco les falta valor: nos plantarán cara.

Huyay se mordió la lengua antes de decir algo que pudiera dar al traste con aquella alianza que tanto se había esforzado por forjar.

—Si estos árabes son tan



valientes, entonces ¿dónde están? — preguntó intentando sin conseguirlo del todo que sus palabras no rezumaran veneno.

Jalid sacudió la cabeza.

—Eso es lo que me preocupa.

Antes de que Huyay pudiera decir nada, se oyó el eco de unos gritos que venían de más adelante: Jalid espoleó bruscamente el caballo y se adelantó hasta colocarse a la cabeza de las primeras líneas del ejército en marcha. Huyay se apresuró a seguirlo y divisó a un grupo de espías de la Confederación

de pie en la cima de una loma de roca volcánica desde la que había una buena vista del oasis que se extendía a sus pies. Cuando Huyay llegó al borde de la misma le dio un vuelco el corazón.

Habían cavado una inmensa trinchera que cruzaba los pasos del norte hacia Medina, y desde allí el jefe judío calculó que debía de tener casi siete codos de ancho y unos veinte de profundidad. Aquella zanja serpenteaba y circundaba toda la ciudad hacia el oeste hasta desaparecer entre la espesura de las

palmeras y accidentadas colinas al sur. Nunca había visto nada igual y no podía imaginarse cómo iban a ingeniárselas para salvar aquel obstáculo.

Con el corazón todavía en un puño, Huyay desvió la atención hacia el ruido de cascos de caballo que oía y vio al líder de La Meca, Abu Sufian acercándose al galope para reunirse con ellos: el anciano contuvo la respiración al ver con sus propios ojos aquella desconcertante táctica defensiva.

—¿Qué significa esto? —quiso

saber Abu Sufian con voz teñida de furia mezclada con desesperación.

En eso el desconcierto invadió a Huyay cuando oyó el sonido de una sonora carcajada; se volvió y vio a Jalid con la cabeza echada hacia atrás, riéndose con lo que parecía verdadera hilaridad.

—La obra de un genio — reconoció el general sin el menor atisbo de resentimiento.

Y entonces, igual que un niño que corre a recibir un juguete nuevo, Jalid galopó por las dunas cenicientas hacia el borde de la

brecha. El ejército de la Confederación lo siguió, aunque las caras de los soldados se retorcieron en muecas de desconcierto al contemplar aquella barrera que les cerraba el paso.

Cuando Huyay espoleó su caballo para que avanzara, vio que la trinchera no era el único obstáculo a que se enfrentaban: todo el ejército musulmán, un total de tres mil hombres quizá, se encontraba al borde del otro lado de la trinchera con los arcos apuntando hacia las fuerzas invasoras y las lanzas

preparadas para volar por encima de la sima hacia sus adversarios.

Y entonces vio a Mahoma allí de pie, desnudo de cintura para arriba y cubierto de polvo mezclado con sudor, y se dio cuenta de que el líder de los herejes había sido uno más de los obreros que habían excavado la tierra en lo que debía de haber supuesto un esfuerzo de titanes durante muchos días. Pese al odio que sentía por el Profeta, el judío tenía que reconocerle que siempre estaba dispuesto a ponerse manos a la obra igual que sus hombres; ese

tipo de líder siempre inspiraba la lealtad de sus tropas y Huyay sabía que si los mecanos conseguían de alguna manera penetrar en sus defensas los musulmanes lucharían hasta la muerte por aquel hombre.

Mahoma saludó a los invasores con una amplia sonrisa y abrió los brazos en un desafiante gesto de bienvenida. Jalid clavó la mirada al otro lado de la zanja y sonrió en lo que era un gesto de elogio hacia su enemigo por haber concebido aquel plan magistral. Fueran cuales fueran las diferencias religiosas que los

separaban, el código de honor entre combatientes seguía siendo válido.

Y entonces Jalid se volvió e hizo una señal a sus mejores jinetes y, sin necesidad de que pronunciara una sola palabra, la caballería se lanzó al galope sabiendo perfectamente qué esperaba de ellos su general.

Una docena de los mejores hombres cabalgó por la planicie para tomar velocidad y saltar por encima de la trinchera, pero los recibió una nube de flechas y los caballos resultaron heridos en pleno vuelo: los aterrorizados relinchos de los



animales acabaron de forma abrupta al precipitarse en el abismo hacia su muerte; en cuanto a los jinetes, la mayoría se rompieron el cuello al caer pero los que consiguieron de algún modo sobrevivir y arrastrarse lejos de sus destrozadas monturas fueron alcanzados inmediatamente por otra lluvia de flechas.

Jalid alzó una mano para evitar que ningún hombre más, movido por el deseo de gloria, intentara saltar por encima de la zanja. Como general curtido en mil batallas que era, sabía reconocer inmediatamente

cuándo había fracasado una estrategia y, en ese caso, era un desperdicio de vidas y recursos empeñarse en repetirla con la vana esperanza de que el resultado mejorase. Los caballos simplemente no serían capaces de salvar la distancia necesaria para llegar sanos y salvos al otro lado, y si ocurría un milagro de que uno o dos consiguieran cruzar la sima, sus jinetes estarían solos y rodeados por un ejército bien armado.

Miró al otro lado de la trinchera hacia sus adversarios y consideró sus

opciones: podía ordenar a sus hombres que atravesaran la inmensa zanja a pie bajando hasta el fondo con cuerdas, pero los musulmanes contaban con la ventaja de estar en las posiciones altas y detendrían a sus soldados sin mucho esfuerzo antes de que éstos logaran siquiera escalar al otro lado; era una opción muy costosa en vidas y con muy poca probabilidad de éxito.

—¿Qué vamos a hacer? —se oyó preguntar a un Abu Sufian desesperado que cada vez parecía más viejo y exhausto, demasiado

para llevar a La Meca a la victoria.

Jalid no sentía más que desprecio por aquel hombre que se había autoproclamado rey de La Meca y cuyo único timbre de gloria era, en un alarde de cobardía, haber eludido la lucha en Badr donde los demás jefes tribales habían perdido la vida librándolo así de sus rivales políticos; de hecho ya habían empezado a circular los rumores de que Jalid debería deshacerse de aquel viejo necio y ocupar su lugar en la Cámara de la Asamblea.

Pero Jalid ben al Ualid era un

guerrero, no un rey: aquello con lo que disfrutaba y lo que tenía sentido para él era el fragor de la batalla, luchar junto a hombres valerosos a los que apreciaba profundamente, no la vida fácil de un gobernante rodeado de burócratas y charlatanes. Jalid no tenía el menor interés en convertirse en rey pero sabía que hacía taita uno; no obstante, en los últimos años cada vez le asqueaba más el comportamiento de los líderes de La Meca, que daban claras muestras de cobardía y avaricia y gobernaban a base de sobornos y

mentiras, sin el menor sentido del honor.

Volvió a mirar hacia las líneas enemigas y más en concreto a Mahoma y se dio cuenta de que su enemigo poseía todas las cualidades de las que carecían sus propios aliados: era noble y valiente, capaz de inspirar a sus hombres hasta el punto de dar la vida por él. Contempló a aquel hombre al que los señores de La Meca acusaban de sedición y Jalid comenzó a preguntarse cómo sería liderar ejércitos bajo el mando de Mahoma.

Pero, antes de que pudiera ir más allá con sus pensamientos, lo devolvieron a la realidad las insistentes quejas de Abu Sufian en su oreja, exigiéndole que encontrara una solución a aquel problema inesperado.

Jalid lanzó un suspiro y centró su atención en los campos de cereales que se extendían justo hasta el borde de la zanja y los huertos de olivos en flor que anunciaban la llegada de la primavera. Los musulmanes habían tenido la brillante idea de cavar las trincheras en círculo y tan cerca de la

ciudad como les había sido posible, con lo que limitaban al máximo la superficie a defender, pero con ello también se habían visto obligados a cortarse el acceso a sus propias tierras de cultivo.

Jalid sabía lo que había que hacer y una parte de él lamentaba que tuviera que ser así.

Se volvió hacia Abu Sufian y su aliado judío Huyay.

—Esperar —declaró en respuesta a la pregunta del gobernante mecano—, eso es lo que haremos, esperar. El hambre



conseguirá lo que las espadas y las lanzas no pueden.

EL asedio duraba ya diez días y nuestra falta de suministros se había hecho desesperada. Yo me había pasado casi todo el día en las primeras líneas, llevando agua a los valerosos soldados que vigilaban la trinchera. Los mecanos tampoco habían cejado en sus intentos de aprovechar la oscuridad de la noche para trepar por la zanja, pero la mirada atenta de Zubair siempre detectaba las sombras en movimiento

y un aluvión de flechas y lanzas había puesto fin inmediatamente a cada incursión. Si no hubiera sido por las noches de vigilia de tu padre, Abdalá, unos cuantos asesinos habrían logrado penetrar en el perímetro de la ciudad sembrando la destrucción en Medina.

Ya el cuarto día, los exploradores de La Meca habían identificado un punto débil en nuestras defensas: la trinchera terminaba al suroeste en una zona pantanosa de abundante vegetación donde las barreras naturales de los

árboles y las rocosas colinas hacían imposible el paso de la caballería. Pero unos cuantos hombres intrépidos liderados por Ikrima, el hijo de Abu Jahl, y Amr Abdal Ud habían cruzado a nado las aguas cenagosas y conseguido burlar a nuestros centinelas. El pequeño destacamento estaba disponiéndose a entrar en el oasis donde se proponían provocar unos cuantos incendios y sembrar el caos generalizado cuando Alí les salió al paso en la frontera misma del recinto de la ciudad. Alí y Abdal Ud entablaron un duelo corto

pero muy cruento que terminó cuando la deslumbrante Dul Fiqar de Alí abrió en dos el cráneo del mecano y el cobarde Ikrima y sus hombres huyeron de vuelta a la marisma esquivando la lluvia de flechas que cayó sobre ellos cuando se alertó de su presencia.

El sexto día el horizonte se cubrió de humo: Abu Sufian había ordenado que se prendiera fuego a los campos que rodeaban el oasis y contemplé con lágrimas en los ojos las verdes planicies consumidas por las llamas. En las semanas anteriores

al ataque habíamos recogido la mayor parte de los dátiles, el trigo y la cebada pero, con la destrucción de los árboles que proporcionaban su sustento a Medina, nuestras posibilidades de sobrevivir a largo plazo se habían reducido considerablemente.

Sin embargo, para entonces pocos pensaban ya en el largo plazo; la supervivencia se había convertido en una cuestión de llegar vivo a la caída del sol de cada día; con el comercio totalmente interrumpido por causa del asedio, no teníamos

manera de reponer las provisiones que menguaban a velocidad vertiginosa y, a pesar de que el Enviado había establecido un racionamiento conforme al cual los hombres recibían la mitad de la porción diaria correspondiente a mujeres y niños, simplemente ya no quedaba suficiente comida.

Y así fue como, en la décima noche de enfrentamientos, caminaba de casa en casa con otras mujeres para comprobar cuáles eran las necesidades de las familias que habían sido evacuadas lo más lejos

posible del frente. Había sido una noche complicada porque en todos los hogares nos encontrábamos con enfermos y moribundos; en todas las casas, las madres de familia nos suplicaban para que ayudáramos a sus hijos pidiéndonos que comunicáramos al Enviado las tribulaciones que sufría su familia y rogándome que realizara algún tipo de milagro para salvar sus vidas. Quería salir corriendo y esconderme en alguna parte de aquellas miradas desesperadas y las manos huesudas que se alargaban hacia mí para



tocarme como si mi cuerpo rezumara algún tipo de baraka, alguna bendición milagrosa que pudiese acabar con su sufrimiento.

Yo les sonreía con dulzura y trataba de consolarlas con palabras de esperanza tal y como correspondía a una Madre de los Creyentes pero, a pesar del aura de espiritualidad que me rodeaba, no tenía más que catorce años y la carga de los horrores del mundo amenazaba con aplastarme.

Al salir de una cabañita de piedra donde se hacinaban una

docena de mujeres con sus hijos dejé que la brisa fresca del oasis me acariciara la cara sintiendo el roce del aire sobre las mejillas surcadas por las lágrimas. Esta última casa había sido la peor: las familias estaban apelotonadas en una estancia en la que en teoría no cabían más de tres personas como mucho, sin espacio para respirar y mucho menos para caminar. La vivienda pertenecía a un carpintero cuya esposa había dado a luz a una niña hacía poco; el hombre había recibido un flechazo en el hombro mientras vigilaba la

trinchera y lo trajeron de vuelta para que pasara allí su convalecencia, pero las condiciones insalubres del diminuto lugar habían hecho que se le infectara la herida y ya se percibía el repulsivo olor a muerte sobrevolando su cabeza. Pensé llena de amargura que, por lo menos, el martirio del carpintero serviría para liberar un poco de espacio para los demás; tal vez cuando lo enterraran habría un poco de sitio para que los niños se alejaran justo lo suficiente para no caer enfermos con las temibles fiebres del oasis que habían

infectado a dos criaturas de meses que llevaban horas llorando sin parar.

Era un pensamiento desalmado, pero estaba cansada, hambrienta y furiosa con la vida y, tal vez, pese a que nunca lo habría admitido en voz alta, también enfadada con Dios por permitir aquello.

Mientras me alejaba de aquella casa a la cabeza de las otras Madres, con un pañuelo cubriéndome la cabeza inclinada bajo el peso de la ira y la desesperación, oí la voz de Um Salama, la compasiva viuda:

—Deberíamos contárselo al Enviado —sugirió con la voz rota por la pena de todos los padecimientos que habían visto sus ojos esa noche.

Me volví hacia ella y negué con la cabeza con aire apesadumbrado.

—El Enviado ya tiene bastante de qué preocuparse...

El Profeta no había dejado su puesto en la trinchera desde que había hecho su aparición el primer jinete mecano. Llevaba todo ese tiempo durmiendo dos horas diarias a lo sumo y los rigores del asedio

empezaban a verse claramente en su rostro: habían aparecido canas en su reluciente barba negra y nuevas arrugas surcaban la piel alrededor de sus ojos oscuros; era como si un hombre eternamente joven hubiera envejecido de la noche a la mañana.

Sauda, la regordeta primera esposa, se enjugó las lágrimas de los ojos.

—Pero los niños se mueren de hambre y a este paso el *Janat al Baqi* no tardará mucho en recibirlos —objetó refiriéndose al cementerio que había a las afueras del oasis.

—Mahoma no puede hacer nada más —repliqué airada y sintiendo de pronto la necesidad imperiosa de salir en defensa de mi marido, pues lo último que necesitaba en esos momentos era que sus esposas lo abrumaran con asuntos que escapaban a su control.

El Enviado sabía de sobra que la comunidad estaba sufriendo lo indecible y una descripción con todo lujo de detalles de los estragos que la enfermedad y el hambre estaban causando no serviría de nada excepto para hacer pedazos su corazón

compasivo haciéndole más difícil aún la tarea de enfrentarse a aquel enemigo implacable.

Vi que mi joven rival, Hafsa, se encogía de hombros como si mis palabras no la convencieran del todo.

—Podría negociar una tregua —afirmó con voz tajante—, o quizá una rendición honrosa...

La abofeteé.

Ella retrocedió como si la hubiera apuñalado, pero el filo de un cuchillo le habría resultado más tolerable que el frío fuego que ardía en mis ojos.



—¡Los lobos acechan a nuestras puertas y tú quieres arrojarnos a sus fauces!

La ira hizo que Hafsa, digna heredera del carácter iracundo de su padre, se sonrojara y yo me preparé para recibir un golpe a modo de respuesta, rezando para que la oscuridad de la noche evitara que nadie pudiera ver a las Madres de los Creyentes peleándose igual que rabiosos gatos callejeros.

Pero no ocurrió nada de eso sino que hizo algo que me sorprendió: la hija de Umar ben al Jattab respiró

hondo para tranquilizarse y, con lo que debió de ser un descomunal esfuerzo por su parte, se mordió el labio y luego reconoció en tono calmado y firme:

—Llevas razón, no debería haber dicho eso.

En ese momento, Hafsa pasó de ser mi rival más odiada de todo el harén a convertirse en una mujer digna de mis respeto y, ciertamente, a medida que nuestra amistad creció a lo largo de los años, a menudo nos reiríamos recordando que surgió porque yo era la única persona que

se le había enfrentado jamás.

Pero esa noche no había ningún motivo para reírse: los buitres aguardaban al borde de Medina a que pereciéramos víctimas del hambre y la enfermedad; sus deseos no tardarían más de una docena de días en cumplirse, pues estábamos todos condenados a morir a no ser que el Enviado encontrara la manera de alejar de nuestras puertas a los perros rabiosos de la guerra, y la única esperanza de que lo consiguiera era que sus seres queridos lo apoyaran en aquella hora

aciaga.

Me volví hacia las otras esposas y, cuando hablé, lo hice con la voz templada de una mujer hecha y derecha y no con vocecita de niña; mi cuerpo todavía era el de una chiquilla pero mi alma ya había envejecido el equivalente a una buena docena de vidas.

—No somos como las otras mujeres que pueden permitirse el lujo de aburrir a sus esposos con sus dudas y sus miedos —declaré con solemnidad—, nosotras somos la última defensa del Enviado contra la

crueldad y la locura del mundo. ¿Creéis que Jadiya le pidió alguna vez que se rindiera cuando toda La Meca pedía su cabeza?

Eso último fue lo que más trabajo me costó decir porque, pese a que llevaba cinco años compartiendo lecho con el Enviado, pese a estar considerada la esposa más amada y honrada, nunca había conseguido ocupar el lugar de Jadiya, la primera persona que siempre creyó en él y se mantuvo a su lado. En ocasiones notaba que se revolvía en sueños a mi lado y lo oía murmurar su nombre

al tiempo que sus ojos dormidos se llenaban de lágrimas mientras su subconsciente se consumía con el dolor de la pérdida. Por muchos años que pasaran, por muchos hijos que le diera, nunca sería mío del todo.

Hafsa bajó la cabeza y vi cómo se extinguía la última llama de orgullo en sus (acciones.

—He sido una estúpida, lo siento mucho —sollozó.

Y entonces la deslumbrante Zainab ben Jahsh le rodeó los hombros con el brazo para consolarla:

—No lo sientas, yo también lo había pensado.

Zainab me miró arqueando una ceja, retándome con la mirada a abofetear también su bello rostro como había hecho con Hafsa, y había tal fuerza en su mirada, tal nobleza innata en sus ojos, que de repente volví a sentirme como una niña y mi pretendida autoridad se evaporó instantáneamente en el aire fresco de la noche...

La bondadosa Sauda se colocó a mi lado, quizá porque se dio cuenta de que mi bravuconería era poco más

que una careta para ocultar el dolor y la inseguridad que atenazaban mi corazón.

—¿Qué hacemos? —preguntó con dulzura.

No dejaba de resultar extraño que aquella mujer que andaba ya más cerca de los setenta que de los sesenta pidiera consejo a una adolescente, pero el mundo estaba del revés y sólo quienes consiguieran encontrar el camino en medio de aquel laberinto de pesadilla sobrevivirían.

—Nos mantenemos firmes junto



al Enviado —respondí sintiendo que mi confianza volvía con un vigor renovado—, y si nuestro destino es morir a su lado, sea por causa de una flecha o del hambre, le haremos frente con dignidad y una sonrisa en los labios. —Tomé la mano derecha de Sauda, como si de un juramento formal se tratase. Hafsa colocó la suya sobre la mía, y por fin Zainab también lo hizo tras un momento de vacilación—. Somos las Madres de los Creyentes —proclamé pronunciando cada palabra del título que compartíamos con gran respeto

—, es lo mínimo que cabe esperar de nosotras tanto a los ojos de Dios como de los hombres.

Todas me sonrieron invadidas por una nueva esperanza y hasta Zainab me dedicó una mirada agradecida. Yo les devolví la sonrisa y confié en que sus penetrantes miradas no fueran capaces de detectar las terribles cadenas de miedo que me rodeaban.

# 10

**L**AS negras puertas de la fortaleza resplandecían a la luz de la luna; habían permanecido en pie durante generaciones, protegiendo a cuantos habitaban en la fortaleza de los lobos que merodeaban por las colinas de roca volcánica, ya fueran verdaderas bestias salvajes u hombres mortales.

Una figura solitaria estaba de pie fuera de la muralla en mitad de la noche, con la mirada de sus ojos grises perdida más allá de la cima de

las colinas mientras contemplaba un mundo que ya no reconocía. Kab ben Asad, el jefe de los Bani Quraiza, divisó las nubes de humo que se alzaban al norte, donde un ejército estaba a punto de destruir la ciudad que en otro tiempo se había conocido como Yatrib. Sus hermanos de la tribu de los Bani Nadir habían vuelto para recuperar sus hogares trayendo consigo miles de guerreros árabes para apoyar su causa. Era innegable que la ingeniosa trinchera de los musulmanes les había bloqueado el paso durante algún tiempo pero Kab

sabía que llegaría el momento en que las defensas caerían y se consumaría la venganza.

El ejército libertador llevaba ya casi quince días a las puertas de Medina y dicho retraso servía a un propósito: los musulmanes eran como animales acorralados, hambrientos y exhaustos, aislados por su propio orgullo de toda fuente de suministro con que cubrir sus necesidades más básicas; los musulmanes eran fruta madura colgando de ramas bajas, a punto para ser recogida. Cuando los espías

confirmaron a Kab el alcance de la hambruna y la debilidad de las tropas musulmanas, envió un halcón especialmente entrenado al campamento de su hermano de raza, Huyay, el líder de los exiliados Bani Nadir; el animal portaba entre sus garras un mensaje escrito en hebreo, un idioma que ninguno de sus enemigos entendería si el ave era capturada o abatida. En cualquier caso, el poderoso halcón había vuelto ileso con la respuesta —en hebreo también— que Kab había estado esperando.

Y así fue cómo llegó a encontrarse a solas al otro lado de los muros protectores de la fortaleza en mitad de la noche. En definitiva estaba haciendo exactamente lo mismo a lo que llevaba meses dedicándose: observar y esperar.

Y cuando lo vio —un movimiento fugaz en las lenguas de negra roca volcánica que rodeaban el paso—, Kab aguzó la vista pero no pudo distinguir nada más en medio de la oscuridad reinante. Durante un instante se preguntó si no habrían sido imaginaciones suyas, si acaso su

mente expectante no estaría imaginando lo que anhelaba ver en realidad, y entonces oyó el crujido acompasado de las pisadas sobre los fríos guijarros y dos pequeñas sombras se desgajaron de la otra sombra descomunal que proyectaba la colina.

Kab se quedó completamente inmóvil mientras los hombres cubiertos con sendos mantos se acercaban; alzó la vista hacia los muros donde había unos arqueros ocultos en las almenas de las torres, preparados para pasar a la acción en



cuanto él les hiciera una señal. Si el mensaje había sido interceptado por los hombres de Mahoma y aquellas dos figuras eran unos asesinos enviados a saldar cuentas, el asunto se zanjaría de la manera más expeditiva.

Los encapuchados se detuvieron a una discreta distancia y entonces el más bajo de los dos habló con voz profunda y maravillosamente familiar:

—Puedes decir a tus hombres que ya pueden abandonar las posiciones —dijo Huyay ben Ajtab

—; a no ser que quieras que le hagan el trabajo al enemigo, claro está.

Kab sonrió y alzó la mano izquierda; no se oyó ni un ruido en las almenas pero no tuvo la menor duda de que sus hombres habían depuesto las armas. Y entonces se volvió para dar la bienvenida a los recién llegados.

Huyay se quitó el manto y lo abrazó con fuerza; después el jefe de los Bani Nadir hizo un gesto con la cabeza a su acompañante que se quitó la capucha también para revelar las facciones envejecidas

pero todavía regias del señor de La Meca, Abu Sufian.

El árabe saludó al judío dedicándole una sonrisa sardónica.

—Qué duda cabe de que el mundo está cambiando mucho cuando unos viejos amigos se ven obligados a reunirse con tanto misterio — comentó.

Kab le tomó una mano y lo guio hacia las imponentes puertas de la fortaleza que al entreabrirse dejaron escapar unos gemidos broncos.

—En ese caso ha llegado el momento de cambiarlo otra vez para

que vuelva a ser como antes —  
respondió.

ME acerqué a la regordeta ama de casa y le entregué una daga. —Toma esto —le ordené con toda la autoridad de la que pude hacer acopio. La mujer dudó y la agarré por la muñeca al tiempo que ponía la empuñadura en la palma de su mano —. Y no es que te lo esté sugiriendo...

—Pero ¿por qué? —quiso saber ella con la voz temblándole de miedo.

Me había pasado toda la mañana reviviendo aquella misma escena una y otra vez y ya estaba cansada de la pregunta así que me dispuse a contestarle con tono cortante, pero en ese momento la miré y de repente me compadecí de ella: no podía tener más de treinta años, pero toda una vida de duro trabajo expuesta a los implacables rayos del sol había causado estragos en su rostro, que tenía tan arrugado como la piel de un higo seco, y llevaba el cabello teñido de rojo con *henna* para disimular las canas prematuras. No estaba

preparada para lo que se avecinaba. Ninguno de nosotras lo estaba.

—El Enviado dice que debemos estar listos para luchar en las calles —respondí haciendo un esfuerzo consciente por ser amable—, todos los musulmanes, hombres y mujeres, que puedan empuñar un arma deberán hacerlo cuando llegue el momento.

La pobre aterrorizada mujer —Nuriya se llamaba— miró fijamente el arma que sostenía su mano temblorosa. Oí el crujido de la tela de sus faldas y bajé la vista para encontrarme aferrado a ellas a un

niño que apenas caminaba, un varón de unos dos años que me miraba de hito en hito: tenía las mejillas hundidas y el estómago hinchado, un claro signo de que el hambre había castigado con especial violencia aquella casa.

Nuriya bajó la daga y me miró con ojos inexpresivos.

—Así que esto es el final.

Alargué la mano y apreté sus huesudos dedos con suavidad.

—Eso sólo Dios lo sabe.

Nuestros espías habían vuelto



con noticias de que el enemigo se había reunido en secreto con nuestros supuestos aliados, los Bani Quraiza. El Enviado desconocía cuáles serían sus planes pero sí tenía claro que la última tribu judía que quedaba en el oasis había roto el pacto y se disponía a prestar ayuda a la Confederación. Teníamos que prepararnos para lo peor.

Nuriya se puso a llorar implorando desesperadamente a Alá que salvara a sus hijos; trató de aferrarse a mí con la esperanza de que la consolase pero yo me di la

vuelta para seguir mi camino: la cesta de mimbre que llevaba todavía pesaba, pues iba rebosante de pequeñas armas como cuchillos, flechas, cualquier cosa de la que pudieran prescindir los hombres en las líneas de defensa junto a la trinchera para armar a sus familias; aún me quedaban una docena de casas por visitar antes de que se pusiera el sol y no tenía tiempo que perder tratando de tranquilizar a aquella mujer.

Y entonces el llanto de un recién nacido me detuvo: eran los sollozos

desesperados de un bebé que no podía tener más de una semana. Se me hizo un nudo en la garganta y me pregunté si acaso el destino de la pobre criatura era venir al mundo para volver a dejarlo al cabo de tan sólo unos cuantos días de fuego y destrucción; era una suerte injusta y sentí una punzada de ira contra los mecanos, contra la arrogancia y la crueldad de los hombres, contra la vida en aquellos terribles parajes desiertos y, tal vez —aunque nunca lo habría reconocido en público—, contra el mismo Dios que imponía

semejantes sufrimientos a Su creación.

Miré a Nuriya y vi terror e incertidumbre en sus ojos, y la ira que iba creciendo en mi interior se desató de pronto arremetiendo contra la pobre mujer asustada.

—¡Basta! ¡Deja ya de llorar! — Ella me miró, desconcertada y herida. Me incliné hacia ella con los latidos del corazón retumbándome en los oídos—. Escúchame —proseguí con sombría intensidad—, ¡los lloriqueos no salvarán a tus hijos! Ellos necesitan que seas tan fuerte y

fría como un hombre. Si el enemigo llama a tu puerta, no dejes que tu corazón sensible sea tu perdición, no te darán la menor oportunidad y tú tampoco debes dársela a ellos.

El tono acerado de mi voz atravesó la espesa bruma de su sufrimiento; las lágrimas se interrumpieron de golpe y vi que una máscara inescrutable le cubría las facciones ajadas y ahuyentaba a la débil ama de casa para dejar paso al guerrero que toda mujer lleva dentro y que aflora a la superficie cuando la vida de sus hijos está en peligro.

Se secó las lágrimas y asintió al tiempo que asía la daga con la violencia resoluta de un león que clava los colmillos en el cuello de su presa.

Yo asentí con la cabeza y seguí mi camino. Al cabo de un rato encontré refugio en un callejón solitario, solté la cesta y caí de rodillas al suelo con el cuerpo sacudido por los violentos escalofríos de las emociones que había estado reprimiendo toda la mañana y ahora se habían desatado igual que un volcán en erupción;

vomitó y luego me cubrí el rostro con las manos dejando que las lágrimas que no había permitido aflorar en presencia de Nuriya me corrieran por las mejillas.

Una nube oscura ocultó el sol y el mundo se volvió completamente negro, sin el menor rayo de luz ni de esperanza.

La sombra de la muerte se cernía sobre Medina, la guerra no tardaría en cubrir las calles de sangre y yo no veía la menor escapatoria a la tragedia final que mi gente había conseguido eludir hasta ese día. El

final estaba cerca y me rendí a la desesperación, cerré los ojos y me olvidé de todo —de mi deber, de mi familia, de mi vida—; sólo quería dormir y no volver a despertarme jamás.

Sólo quería que la oscuridad me arrastrara hacia el abismo eterno.

Y entonces oí —si fue con los oídos o con el corazón, eso nunca lo sabré— una voz suave.

«Dios nos guía de la oscuridad a la luz, *Humaira*».

Abrí los ojos muy sorprendida: era la voz de mi esposo; la había



oído alto y claro, como si estuviera a mi lado, pero el callejón seguía desierto excepto por un diminuto gato gris que me observaba encaramado en una montaña de basura con sus misteriosos ojos verdes.

La sombra que había cubierto la ciudad entera comenzó a disiparse, alcé la vista y vi unos tímidos haces de luz abriéndose camino entre los nubarrones tenebrosos, luego un rayo de sol consiguió atravesar la masa oscura dando paso a otro que lo siguió, saeteando la oscuridad con su resplandor, y la nube empezó a

desvanecerse hasta que por fin hizo su aparición la majestuosa esfera amarilla del sol en toda su gloria.

En ese momento me di cuenta de que el sol era un fuego compuesto de infinitad de diminutas llamas, cada una desempeñando su papel para crear una luz que ahuyentaba las tinieblas, y que incluso el más insignificante y débil rayo participaba en aquella danza celestial.

Me encontré a mí misma poniéndome de pie y recogiendo mi provisión de armas del suelo: la

gente de Medina me necesitaba e, incluso si todo terminaba bajo el afilado acero del enemigo, cumpliría con mi papel hasta el final.

AL final no fue la fuerza de nuestras armas la que derrotó a la Confederación sino el suplicio infligido por la naturaleza: una tormenta de arena azotó el campamento enemigo durante días y los implacables vientos arrastraron consigo hasta el último ápice de moral del invasor tras destruir sus tiendas, matar a hombres y bestias y enterrar preciados suministros bajo colosales dunas; los caballos se

habían espantado en cuanto apareció en el horizonte la negra nube que se desplazaba a velocidad vertiginosa y acabó diezmado despiadadamente la caballería mecana. Aquello fue un brutal golpe de gracia para las fuerzas de los quraish y sus aliados y, pese a las desesperadas súplicas de Huyay, Abu Sufian —con el hastío y el agotamiento escritos en cada arruga de su ajado rostro— había ordenado la evacuación.

Mahoma había ganado y esta vez su victoria tendría un fenomenal alcance: el fracaso de la alianza de

los ejércitos árabes y judíos en su intento de expulsarlo de Medina no hizo sino afianzar la influencia del Profeta en el norte y la península; el comercio con Siria y Persia estaba ahora completamente en manos de los musulmanes y el futuro económico de toda Arabia dependía de los acuerdos a que pudiera llegarse con la nueva ciudad Estado. La nación musulmana había sobrevivido un ataque tras otro demostrando así que era un poder duradero que habría de transformar el curso de la historia de la región.

Un único obstáculo se interponía todavía entre el Enviado y el control total de las tierras del norte, un obstáculo que su gente se apresuró a eliminar.

Yo observaba cómo el ejército musulmán rodeaba la fortaleza de los Bani Quraiza. En el momento en que nuestros espías confirmaron que los quraish se batían en retirada, mi esposo había ordenado que toda la fuerza defensiva abandonara la trinchera y se reagrupara en torno al bastión enemigo. Allí se había adelantado hasta las imponentes

puertas de la ciudadela para retar a los líderes quraiza a que salieran de la fortaleza y dieran cuenta de su traición; sus palabras habían sido recibidas con una explosión de flechas lanzadas por los arqueros ocultos tras las murallas. Allí esquivó los proyectiles y se volvió hacia los hombres en formación a su espalda para que se pasaran a la acción. Se trajo el imponente ariete que se había construido años atrás durante el asedio a los qainuqa con el propósito de volver a utilizarlo ahora contra sus hermanos, la única tribu judía



que quedaba en el oasis.

Una docena de soldados con armadura agarró la gruesa viga de troncos de palma reforzada con piezas de acero y embistieron con ella brutalmente los imponentes portalones de hierro que temblaron pero no cedieron a la violenta acometida.

En el momento en que los hombres retrocedían disponiéndose a asestar un segundo golpe llovieron piedras sobre sus cabezas y varios soldados cayeron al suelo con la sangre corriendo a raudales bajo sus

cascos aplastados. Alcé la vista y me encontré con una sorprendente imagen; contuve la respiración pues creí estar contemplando el reflejo de un extraño espejo: una muchacha que debía de tener mi edad, con cabellos rojizos como los míos, estaba levantando rocas de un tamaño descomunal para alguien tan diminuto como ella y lanzándolas desde los torreones contra los atacantes de las puertas de la fortaleza.

Alí hizo una señal a los arqueros musulmanes que la apuntaron con sus flechas inmediatamente, y ella se

agachó tras los merlones para protegerse en el momento en que un aluvión de saetas se precipitaba sobre las torres como una lluvia torrencial que caía desde abajo en lugar de hacerlo desde lo alto. Se hizo el silencio durante un instante eterno y luego la rojiza cabellera asomó por la muralla, justo el tiempo suficiente para lanzar otra piedra inmensa que cayó de lleno sobre uno de nuestros soldados provocando una sangrienta explosión al aplastarle el cráneo como si fuera una uva; el hombre se desplomó y no volvió a

moverse.

La muchacha se agachó de nuevo al lloverle sobre la cabeza otra nube de flechas pero cuando el ataque remitió pude oír su voz aniñada provocándonos entre risas.

Sacudí la cabeza asombrada por la resistencia de la chiquilla.

Alí vino hasta donde yo estaba y tomó agua del cubo que llevaba auestas con un tosco cuenco de piedra, dio un sorbo y luego se lo ofreció al hombre que tenía más cerca para que lo fuera pasando después entre los soldados. Me

desconcertó profundamente ver como el cuenco iba de mano en mano y todos bebían ávidamente como si continuara lleno...

Alí alzó la vista hacia la muchacha que seguía lanzando rocas parapetada tras los merlones. Nuestros arqueros habían decidido no malgastar más flechas con ella y dos docenas de hombres con escudos se habían posicionado junto a los portadores del ariete para protegerlos mientras continuaban el ataque.

—Es valiente —comenté.

Y entonces los etéreos ojos verdes de Alí se posaron en los míos y sentí la incomodidad repentina que solía invadirme en su presencia.

—Sí, es valiente pero también insensata. —Hizo una pausa y me miró como si pudiera ver en mis ojos algo que hasta a mí misma se me escapaba—. Cuando una mujer lucha se despoja del manto de honor que la protege. Recuérдалo, joven Madre.

Dicho aquello, Alí se volvió de inmediato hacia sus hombres pero me recorrió un escalofrío como si sus palabras encerraran una extraña

premonición y, por un momento, sentí que el velo del tiempo se deslizaba para mostrarme una visión, una imagen vivida y aterradora en la que yo estaba de pie en el desierto rodeada por miles de cadáveres en medio de un río de sangre.

Dejé caer el cubo y me apresuré de vuelta al oasis; de repente quería alejarme tanto como fuera posible del campo de batalla, del hedor de la sangre y la bruma nauseabunda del miedo y la furia que sobrevolaba el oasis, quería volver a ser una niña cuya única preocupación era jugar

con sus muñecas y cepillar la sedosa melena de su madre.

Corrí a refugiarme en mi casita de la *masyid*, lejos del ominoso estruendo del ariete, del ruido sibilante de las flechas cortando el aire seco del desierto, pero no me encontraba lo suficientemente lejos como para escapar a mi destino.

Hay ocasiones en que desearía haber podido seguir corriendo y no parar nunca, porque es precisamente en el momento en que hacemos un alto en el camino en medio de las luchas de la vida diaria, en el



instante en que bajamos la guardia y nos permitimos disfrutar un segundo de la falsa sensación de seguridad, cuando la terrible riada de nuestro destino fatal consigue por fin alcanzarnos.

LOS Bani Quraiza resistieron durante veinticinco días pero al final sus provisiones de comida y agua se agotaron y la peste que había azotado a los musulmanes durante el asedio de la trinchera emigró al barrio judío de la ciudad, no dejando al pueblo de Kab más alternativa que rendirse y confiar en la misericordia del Enviado.

Sin embargo, mi esposo no estaba de humor para mostrarse

magnánimo: en todos los años que lo conocía, nunca había visto tal ira en sus ojos como el día en que se enteró de la traición de los quraiza ya que, si Dios no hubiera intervenido enviando la tormenta de arena que echó por tierra sus planes, la tribu judía nos habría atacado por la retaguardia mientras tratábamos desesperadamente de contener el ataque de la Confederación en la trinchera, y nuestras mujeres y niños habrían sido por tanto sus primeras víctimas pues las casas estaban en primera línea de fuego una vez

hubieran cedido las puertas de la fortaleza.

El Enviado sabía que los quraiza habían planeado la total destrucción de nuestra gente y su traición no podía quedar impune. Mahoma se había mostrado clemente con las otras tribus judías perdonándoles la vida y dejando que abandonaran el oasis, y sin embargo se lo habían pagado uniéndose al enemigo. Si dejaba que los quraiza corrieran la misma suerte, sin duda éstos se unirían a sus hermanos en la ciudadela de Jaibar, al norte, donde

incluso en ese mismo momento Huyay maquinaba un plan para recuperar sus tierras perdidas pese al fracasado asedio de la Confederación. Toda Arabia estaría pendiente de cómo tratábamos a los quraiza ahora que habían caído en nuestras manos y la misericordia simplemente se interpretaría como un signo de debilidad que podía ser utilizado contra nosotros por el enemigo.

Cuando las castigadas puertas de la fortaleza cedieron abriéndose al fin, observé cómo los exhaustos

moradores del interior comenzaban a emerger por ellas con las cabezas bajas. Primero salieron los hombres enfundados en sus armaduras y con los brazos en alto en señal de que no llevaban armas: había por lo menos setecientos varones y pude ver en sus ojos un fuego desafiante incluso cuando Alí, Talha y Zubair los llevaron a un lado para maniatarlos en una hilera con gruesas cuerdas. Me estremecí al pensar que aquéllos habrían sido nuestros verdugos si las arenas del desierto no se hubieran alzado en rebelión.

Y después, cuando ya había salido hasta el último hombre, empezaron a hacerlo las mujeres seguidas de los niños. A ellas se les llenaron los ojos de pesar e indignación al ver a sus hombres atados como esclavos, pero también detecté un atisbo de alivio en los rostros de muchas: sus hijos llevaban días sin comida y muchos estaban ya hasta demasiado débiles como para llorar siquiera pero, ahora que todo había terminado, por lo menos podrían alimentar a los pequeños.

Me apresuré a guiar a las otras

Madres hasta ellas con cuencos de dátiles e higos y cubos de agua. Las judías dudaron un momento pero sus hijos echaron a correr al ver la comida alargando los brazos con desesperación. Las lágrimas me nublaron la vista al contemplar sus labios cuarteados y sus mejillas hundidas: eran víctimas inocentes de la guerra, demasiado pequeños para entender o interesarse por las diferencias políticas y teológicas que habían llevado a nuestros pueblos a aquella situación terrible. Nos rodeó una nube de niños y vi que sus



madres nos miraban agradecidas mientras vertíamos agua en sus bocas entreabiertas y poníamos comida en sus diminutas manos.

Era una escena que rompía el corazón y, sintiéndome terriblemente aturdida, avancé hacia una mujer quraiza de canosos cabellos negros que debía de tener la edad de mi madre y la abracé. En ese momento no éramos judías o musulmanas ni amigas o enemigas sino simplemente mujeres atrapadas en un mundo que nos sobrepasaba y nos aferramos la una a la otra sollozando con

amargura compartida por la tragedia de la vida en aquel desierto cruel.

Y entonces vi a una muchacha que salía de la fortaleza para unirse al resto y me aparté un tanto de la anciana con la preocupación escrita en el rostro: era la pelirroja que tan obstinadamente nos había retado durante los primeros días del asedio; caminaba lentamente, como en un sueño, y el hambre y el cansancio habían conseguido apagar el fuego de sus ojos. Si aquella muchacha — cuyo nombre supe más tarde era Nayma— hubiera sido más discreta,

si se hubiera cubierto con un velo durante sus ataques, tal vez habría podido pasar desapercibida. Pero el color poco habitual de sus cabellos rojizos tan parecidos a los míos ardía como una poderosa antorcha en medio de la muchedumbre y los soldados musulmanes la rodearon inmediatamente. Llegué corriendo a su lado en el momento en que también lo hacía Alí con una cuerda en las manos:

—¿¡Qué estás haciendo?! —  
exclamé mientras le ataba las manos.

—Ella va con los hombres —se

limitó a responderme.

—La matarán —objeté yo, pues pese a no saber a ciencia cierta que fuera a ser así, tenía el presentimiento de que los musulmanes no estaban dispuestos a mostrar clemencia y, fuera cual fuera el castigo que aguardaba a los guerreros quraiza, estaba convencida de que aquella muchacha joven e impresionable no debía correr la misma suerte.

Alí se encogió de hombros como si hubiéramos estado hablando de algo tan trivial como el tiempo.

—Si quiere luchar como un hombre, entonces debe estar también dispuesta a morir como tal — sentenció mirándome de un modo que, de alguna manera, me hizo pensar que sus palabras no iban dirigidas a la muchacha judía únicamente.

Me quedé allí de pie temblando de rabia e impotencia mientras Alí llevaba a la muchacha junto con los prisioneros varones. Nayma no se resistió y lo siguió igual que un cordero caminando dócilmente hacia el matadero pero, justo antes de

desaparecer en medio de la pequeña multitud de guerreros judíos, alzó la cabeza y me miró a los ojos: no vi en los suyos una reacción de ira ni de pesar ante su suerte, sólo confusión, como si se hubiera perdido en un mundo extraño que ya no reconocía.

Y, durante un instante terrible, comprendí cómo se sentía.

ESA noche acompañé a mi marido al granero en que se había instalado a los prisioneros. Abu Bakr y Umar también vinieron junto con un hombre de la tribu de los Aus que reconocí como Sad ben Muad y que caminaba en medio de grandes dolores con un grueso vendaje manchado de sangre alrededor del vientre: lo había herido una flecha durante el ataque de la Confederación y se rumoreaba que se estaba muriendo; por qué

motivo abandonaba el lecho para arrastrarse hasta allí esa noche era un misterio para mí, pero al ver el gesto adusto del Enviado me di cuenta de que las preguntas que solía suscitar mi naturaleza inquisitiva no serían bienvenidas en ese momento.

No estaba segura de por qué me había pedido que lo acompañara, aunque el instinto me decía que Alí debía de haberle mencionado al Profeta mi compasión por la muchacha judía que era la única mujer entre los prisioneros. Intuí que se iba a juzgar a los quraiza esa



noche y que mi marido deseaba que yo estuviera presente, si no para dar mi aprobación, sí tal vez para comprender.

Cuando entramos en el granero que hacía las veces de cárcel vi a los hombres judíos de pie rezando rodeados por cientos de guardias armados: seguían con los brazos atados pero les habían soltado las piernas para que pudieran balancearse adelante y atrás mientras el rabino más veterano del asentamiento, Husein ben Salam, los guiaba en la recitación de las

ancestrales palabras hebreas que se parecían mucho a nuestra propia lengua pero que tan extrañas resultaban al mismo tiempo.

El Enviado se quedó de pie en señal de respeto, observando cómo oraban los hombres. Vi a Nayma sola en un rincón con la cabeza cubierta con un pañuelo; no se había unido a las plegarias de los otros sino que permanecía inmóvil con la mirada clavada en algún punto distante justo delante suyo, sin pestañear.

Cuando el rabino acabó sus invocaciones se hizo el silencio y

todos se volvieron hacia el hombre que decidiría su suerte: era alto y delgado, con ojos grises, y había estado de pie junto a Ben Salam, pero ahora dio un paso al frente con la cabeza bien erguida y, con aire orgulloso, se colocó frente por frente al Enviado de Dios.

Mi esposo lo miró a los ojos un largo rato y cuando por fin habló lo hizo con voz ronca que resonó por todo el inmenso granero en el que se habían acumulado las provisiones de trigo y cebada hasta que se consumieron todas durante el asedio

y la hambruna que éste provocó.

—Kab ben Asad —comenzó a decir mi esposo al tiempo que el hombre asentía con la cabeza dando a entender que efectivamente ése era su nombre—, has provocado que pronuncie juicio sobre tu pueblo.

—Así es —respondió el judío con gran dignidad.

El Enviado dio un paso al frente y sus negros ojos resplandecieron a la luz de las antorchas.

—Vuestra traición ha estado a punto de traer el fuego de la muerte a las calles de Medina —continuó

Mahoma—. Si Dios no hubiera intervenido, sin duda no habríais dejado a ninguno de nosotros con vida.

Kab miró a su adversario sin pestañear.

—Sí —respondió.

Era la constatación simple de un hecho, sin el menor atisbo de culpa ni vergüenza.

El Enviado arrugó la frente y vi en sus ojos un destello de la indignación que le había provocado descubrir que los quraiza se habían

pasado al bando de la Confederación.

—No me corresponde a mí juzgarte —declaró mi esposo para mi gran sorpresa—, la ira que siento es tan grande que temo que no podría ser imparcial.

Kab asintió sin que su rostro diera muestras de la menor emoción.

—Lo entiendo.

Entonces el Enviado se volvió hacia el malherido Sad, que estaba apoyado contra un poste de madera con la mano en el vendaje. Me di cuenta de que la mancha de sangre se

había extendido y ahora toda la venda estaba empapada.

—¿Os someteréis al juicio de Sad ben Muad? —preguntó el Profeta.

Kab se volvió hacia Sad y recordé entonces que los dos hombres habían sido amigos en otro tiempo y que Sad había servido de intermediario entre musulmanes y judíos durante los últimos años. Pero si Sad guardaba algún recuerdo de esa amistad, no detecté ni asomo de ello en sus ojos marrones que resplandecían de ira por causa de la

traición sufrida.

—Sad siempre ha sido amigo de los quraiza y confío en que hará lo que es justo —respondió Kab, aunque resultaba evidente que él también entendía que, por muy cordiales que hubieran sido sus relaciones en el pasado, la amargura de la guerra las había borrado de su memoria para siempre.

Sad dio unos cuantos pasos y su herida mortal le arrancó una mueca de dolor al hacerlo; se acercó tanto a Kab que sus narices casi se rozaban pero el judío no retrocedió lo más



mínimo cuando lo miró directamente a los ojos y, con voz temblorosa de ira, afirmó:

—No sois musulmanes y por tanto no estáis sujetos a las leyes que Dios ha revelado en el Sagrado Corán, así que sólo puedo juzgaros conforme a vuestras propias leyes. ¿Comprendes lo que digo?

Kab asintió con la cabeza sin dejar de sostener la mirada a Sad ni un instante.

—Sí —fue todo lo que dijo.

Sad retrocedió un paso y miró a Ben Salam, el anciano rabino que

había sido el único exiliado de la tribu de los qainuqa al que se le había permitido quedarse en Medina, puesto que siempre se había mostrado respetuoso con las creencias de los musulmanes sin ridiculizar jamás el hecho de que mi esposo se declarase un profeta. El sabio anciano había permanecido en el oasis ocupándose de los judíos que aún permanecían en éste hasta que los Bani Nadir también habían sido expulsados y ya sólo quedaron los quraiza.

—Dime, rabino, ¿qué castigo

establece la ley de Moisés para una tribu que rompe un pacto y ataca a su vecino?

Era una pregunta sencilla planteada con tono respetuoso, pero vi que el color desaparecía de las arrugadas mejillas de Ben Salam.

—El texto es muy antiguo —adujo el rabino respondiendo lentamente, eligiendo con sumo cuidado cada palabra— y hace referencia a tiempos ya muy remotos.

Sad ben Muad se volvió hacia el jefe judío.

—Kab, ¿tú crees que la Torá es

la Palabra de Dios?

El judío sonrió al darse cuenta de dónde quería ir a parar Sad.

—Sí, así lo creo.

Entonces Sad alzó la voz para que sus palabras se oyeran por todo el granero.

—En ese caso la Palabra de Dios no cambia de un día para otro —sentenció— y lo que fue revelado a Moisés hace ya tanto tiempo también ha de ser aplicable a vosotros esta noche.

Kab asintió:

—Así sea.

Sad miró al rabino y lo señaló con el dedo.

—Ben Salam, ¿qué dice la Torá sobre la suerte que correrá la tribu que ataque a su vecino? —insistió.

Ben Salam dudó, miró a Kab y éste asintió, y entonces el anciano rabino desenrolló la Torá que aún tenía en la mano después de las oraciones y leyó con su ronca voz temblándole de pena:

—*En*  
*Devarim, que*

*los griegos  
llaman*

*Deuteronomio,  
en los versículos  
10 al 14 del  
capítulo 20, dice  
el Señor:*

*«Cuando te  
acerques a una  
ciudad para  
combatirla, le  
ofrecerás la paz.*

*Y si  
respondiere:*

*"Paz y te*

*abriré" , todo el  
pueblo que en  
ella fuere  
hallado te  
pagará tributo,  
y te servirá. Mas  
si no hiciere paz  
contigo, y  
emprendiere  
guerra contigo,  
entonces la  
sitiarás. Luego  
que Jehová tu  
Dios la entregue  
en tu manos,*

*pasarás a todo  
varón suyo por  
el filo de la  
espada.*

*Solamente las  
mujeres y los  
niños, y los  
animales, y todo  
lo que haya en  
la ciudad,  
tomarás para ti  
como botín; y  
comerás del  
botín de tus  
enemigos, los*



*cuales Jehová tu  
Dios te  
entregó».*

Sentí un escalofrío al oír aquellas palabras y darme cuenta de que la suerte de los quraiza estaba echada: habían sido condenados por sus propias escrituras a sufrir el castigo que sus ancestros habían infligido a otros, miles de años antes: los hombres morirían todos y las mujeres y los niños vivirían como esclavos en la tierra que en otro tiempo fuera suya.

Sad asintió con la cabeza y miró a Kab a los ojos.

—Tu Libro ha hablado —le dijo.

Kab no se inmutó al oír la cruel sentencia sino que se limitó a asentir con resignación, como si no hubiera esperado menos.

Cuando ya nos volvíamos para marcharnos, oí al rabino liderar a los prisioneros en un inquietante cántico: no entendía las palabras pero el tono melancólico, lleno de sufrimiento y pesar, no necesitaba traducción alguna. Lancé una última mirada a Nayma, que continuaba mirando al

vacío como absorta en su propio sueño y luego salí.

Volvimos al centro de la ciudad en silencio y cuando llegamos a la *masyid* el Enviado abrazó a Sad y le dio las gracias por haber pronunciado la sentencia valerosamente. El moribundo hizo un gesto afirmativo con la cabeza y mi padre y Umar lo ayudaron a llegar hasta su lecho. Al reparar en el tono macilento de su piel tuve la convicción de que no viviría para ver la ejecución del castigo que él mismo había dictaminado.

Esa noche yací despierta junto a mi esposo, dándole la espalda en vez de acurrucarme contra su pecho como tenía por costumbre.

—Estás furiosa conmigo —musitó él con voz suave.

Dudé un instante, sin saber exactamente cuál era la emoción que me provocaba aquel vacío en el estómago.

—No —respondí al fin—, ellos nos habrían matado a nosotros si hubieran tenido oportunidad de atacarnos. Si los hubiéramos dejado ir como hicimos con los qainuqa y

los Nadir, habrían vuelto para atacarnos también. La sentencia es cruel pero justa, los quraiza han sido castigados conforme a sus propias tradiciones.

El Enviado me tomó la mano y la sostuvo entre las suyas.

—No exactamente.

Lo miré confundida y en sus oscuros ojos ya no vi ira sino una profunda tristeza.

—El rabino leyó el pasaje equivocado del Libro tal y como le pedí que hiciera.

Abrí los ojos como platos.

—No entiendo...

El Enviado me apretó los dedos y pude sentir la profundidad de las emociones que estaba reprimiendo.

—El fragmento de la ley de Moisés que leyó hacía referencia al castigo reservado a las tribus lejanas que se enfrentaran con los Hijos de Israel por la tierra, no era el castigo establecido para las tribus vecinas.

Alcé la vista hacia mi marido sin saber muy bien qué era lo que se guardaba para sí.

—¿Cuál habría sido el castigo para las tribus vecinas según la Torá?

El Profeta me miró y reparé en la expresión de profunda tristeza de sus ojos.

—El rabino me leyó los versículos siguientes a los que has oído esta noche —contestó—, y en ellos el Libro dice que, en el caso de las ciudades cercanas, el castigo sería la muerte de todo cuanto respira.

Me quedé atónita y un escalofrío de horror me recorrió el cuerpo.

¿Acaso podría el Dios de Moisés, el Dios de amor y justicia que nosotros adorábamos como Alá, ser tan cruel como para ordenar a los Hijos de Israel que mataran a mujeres y niños?

Era un código bárbaro para un mundo bárbaro y yo estaba empezando a entender por qué Dios había enviado a la humanidad un nuevo Profeta y un nuevo Libro que, por vez primera, tratase de controlar y moderar la locura de la guerra. En un mundo en el que la avaricia y la sed de poder eran justificación suficiente del derramamiento de



sangre, el Sagrado Corán decía «combatid en el camino de Dios a quienes os combaten, pero no seáis los agresores». En un mundo en el que los soldados violaban y mataban a inocentes sin el menor remordimiento, la Revelación había establecido reglas para evitar tales atrocidades. Según las normas del Islam no se podía matar a mujeres y niños, y esa protección también se hacía extensiva a los ancianos, así como a los sacerdotes y los monjes de la Gente del Libro.

Alá había prohibido destruir los

árboles y envenenar los pozos y ambas tácticas estaban muy extendidas entre las naciones que se llamaban a sí mismas «civilizadas», tales como los bizantinos y los persas. Además el Enviado no permitía que se utilizara el fuego como arma, pues sólo Dios tenía derecho a castigar a Su Creación con las llamas del Infierno. Las saetas de fuego habrían resultado muy efectivas para quemar las casas de los quraiza y poner así fin al asedio, pero el Profeta rechazaba de plano la horrible idea de quemar a la gente

viva en el interior de sus hogares, a pesar de que ésta era una táctica de guerra aceptada en todo el mundo.

Habíamos mostrado un cierto grado de contención pero, en un mundo en el que la muerte sobrevolaba la arena del desierto como una nube desoladora, el derramamiento de sangre era inevitable. Miré a mi esposo y al ver la tristeza de su rostro me di cuenta de que la matanza que se avecinaba le resultaba espeluznante. Había hecho lo necesario para salvar a su comunidad de la extinción, y la

muerte de los guerreros quraiza enviaría a todas las tribus circundantes un claro mensaje de que la traición se pagaría con idéntica moneda. Una vez fueran ajusticiados los quraiza, otros jefes tribales se darían cuenta de que lo más beneficioso para ellos era unirse a la alianza. De todo aquel caos estaba surgiendo un estado y el precio de establecer el orden era muy elevado.

Me acerqué al Enviado y hundí la cara en su pecho dejando que los suaves latidos de su corazón me fueran acunando hasta quedarme

dormida para soñar un mundo en el que no había muerte ni sangre ni lágrimas; un mundo en el que el amor por sí solo podía poner fin a la tiranía y salvar al débil de la depravación y la crueldad del fuerte; un mundo en el que no había guerra y en el que los hombres podían deponer las armas y vivir sin miedo a ser atacados por sus vecinos.

Era un mundo que sólo podía existir en mis sueños.

SE había cavado una gran fosa común en el mercado, de casi cinco codos de ancho y quince de profundidad, que parecía una reproducción a escala de la trinchera que había protegido la ciudad de los invasores. Tal vez era lo más adecuado —aunque también macabro—, que los hombres que nos habían traicionado fueran ahora enterrados en una zanja que se parecía al método de defensa mismo que habían

tratado de invalidar.

Los prisioneros habían sido divididos en pequeños grupos y fueron conduciéndolos hasta allí comenzando por los líderes de la tribu cuyas intrigas habían traído el desastre a todo su pueblo y aquellos a los que se había identificado como participantes activos en la batalla contra los musulmanes durante el asedio de la fortaleza judía. Yo estaba con Nayma, la única mujer entre los setecientos hombres que habían sido sentenciados a muerte. Traté de recordarme a mí misma que

aquella muchacha con un físico tan parecido al mío no era precisamente inocente: había elegido participar en la batalla y había herido a unos cuantos buenos soldados musulmanes, por no mencionar que había matado a uno que dejaba esposa y tres hijos. Y, sin embargo, mi corazón sabía que simplemente había actuado en defensa de su propia comunidad. Conociendo mi espíritu impetuoso, me imaginaba que yo habría hecho lo mismo si hubiera estado en su situación.

Guié a Nayma fuera del granero,



sujetando con poca convicción el cabo suelto de la cuerda con la que le habían atado las muñecas. Me había mentalizado para enfrentarme a gritos de ira y llantos, para cualquier cosa excepto aquello con lo que me encontré: la muchacha estaba de inmejorable humor mientras caminaba por las calles empedradas del oasis hacia el lugar que pronto sería su tumba. Iba parloteando conmigo como si fuéramos grandes amigas, contándome cosas de su vida como quraiza. Nayma era una huérfana cuya madre había

sucumbido a las fiebres del oasis cuando ella todavía era un bebé de meses y su tío Kab, el jefe judío, la había adoptado y criado como si fuera hija suya. Se veía claramente que Nayma adoraba a Kab, y su deseo de luchar contra los musulmanes nacía de la profunda lealtad que profesaba a su tío más que de ninguna disputa política o religiosa con nuestra comunidad. A diferencia de la judía Safiya que había traicionado a su propio padre para salvar la vida del Enviado, Nayma era demasiado joven para

comprender el funesto camino que habían emprendido los líderes de su tribu, un camino que ella había seguido hasta su propia perdición.

Cuando ya estábamos cerca del mercado y de la muchedumbre que se había convocado allí para presenciar cómo se hacía justicia contra quienes nos habían traicionado en mitad de la guerra, Nayma esbozó una amplia sonrisa y se puso a saludar con la mano entre carcajadas a los desconcertados espectadores. Al ver a aquella muchacha que caminaba alegremente hacia su propia muerte,

la gente apartó la vista y reparé en unas cuantas mujeres que se enjugaban las lágrimas de los ojos.

Nayma se volvió hacia mí y detecté en sus ojos el brillo de una locura aterradora: era como si un yin se hubiera apoderado de ella cubriendo su mente con un velo de demencia para que no fuera consciente de nada en los terribles momentos que se avecinaban.

La muchacha sonrió de oreja a oreja y se fijó en mi túnica color azafrán con el borde decorado con un rico brocado de pequeñas llores

verdes y rojas.

—Llevas un vestido precioso, ¿es del Yemen?

Lo era, pero yo no encontraba palabras con que responderle: su locura me asustaba y me confundía y, de repente, deseé con todas mis fuerzas estar en cualquier parte menos allí.

Nayma se encogió de hombros al ver que la miraba con ojos inexpresivos.

—Iba a pedir que me trajeran un vestido del Yemen —comentó con voz aguda—, para cuando me casara

algún día. ¡Ay, bueno, ya no lo voy a necesitar!

Se me hizo un nudo en la garganta y me obligué a decir algo:

—Lo siento —musité con voz roca.

Nayma soltó una carcajada, como si le hubiera contado una broma divertidísima.

—No seas tonta —me contestó, y entonces se detuvo un instante y me miró con más atención—. Tú estás casada con Mahoma, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

Nayma sonrió y luego aceleramos un poco el paso y, al divisar las hermosas guirnaldas colgantes y preciosas carpas que poblaban el mercado, ella comenzó a avanzar a saltitos obligándome con su pequeño baile a ir más deprisa.

Y entonces, justo cuando nos aproximábamos al sitio donde se había cavado la gran fosa, se detuvo para volverse hacia mí.

—¿Es bueno contigo? Tu marido, quiero decir...

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Mucho —conseguí decir con un hilo de voz.

Nayma dio palmas de alegría con movimientos un tanto forzados de las manos porque la cuerda que le rodeaba las muñecas le impedía hacerlo normalmente.

—¡Qué maravilla! ¿Y cuántos hijos tienes?

Negué con la cabeza:

—Ninguno.

Reaccionó esbozando una sonrisa de genuina conmiseración.

—¡Vaya, qué pena —se



compadeció inclinándose hacia mí con gesto cariñoso—, seguro que serías buena madre! Pero estoy segura de que tendrás uno pronto y entonces le cantarás nanas a tu bebé. ¡Te voy a enseñar una que mi madre me cantaba todas las noches!

La pobre muchacha se puso a entonar unos versos cautivadores sobre un pájaro azul que sólo hacía su nido a la luz de la luna porque le encantaba construirlo bajo el manto de las estrellas, y siguió cantando incluso cuando llegamos a la plaza central presidida por la inmensa fosa

excavada en la tierra. Vi que llevaban al primer grupo de tres condenados a muerte hasta el borde de ésta: sus rostros tenían una expresión estoica pero distinguí el terror en sus ojos cuando estuvieron frente a Alí, Talha y Zubair, sus verdugos.

Los hombres no protestaron cuando los hicieron arrodillarse ante el inmenso hoyo e inclinar las cabezas por encima del borde. Talha y Zubair alzaron sus espadas y vi que Alí por su parte levantaba en alto a la resplandeciente Dul Fiqar.

Y entonces los tres hicieron descender los respectivos filos para cercenar el cuello de los traidores con un espeluznante crujido. Los cuerpos decapitados se retorcieron al tiempo que la sangre salía a borbotones de los cuellos y por fin los cadáveres cayeron hacia adelante y desaparecieron en la oscuridad de la tumba.

Contemplé, asqueada pero también presa de la fascinación, como conducían a otros tres hombres al mismo lugar para ser ejecutados. Nayma no había parado de cantar,

ajena a lo que ocurría durante las primeras ejecuciones, pero de repente se agachó y vi que estaba mirando a uno de los condenados que había al borde de la fosa al que reconocí inmediatamente como Kab, el jefe de los quraiza, que según me había contado era su tío.

Durante un instante la nube de demencia que nublaba sus ojos pareció disiparse y vi el verdadero rostro de la muchacha cuya vida estaba tocando a su fin: el horror y la pena desfiguraron sus bellas facciones mientras observaba a su tío

de rodillas ante su tumba.

Mientras los otros dos hombres entonaban a voz en cuello sus últimas plegarias al Dios de Moisés, Kab se volvió hacia su sobrina que estaba a punto de verlo morir.

—Perdóname, mi pequeña —le suplicó, y entonces bajó la cabeza por encima del borde de la fosa y cerró los ojos.

Alí dio un paso al frente y con un movimiento vertiginoso suyo Kab ben Asad perdió la cabeza y su cuerpo rodó al fondo del inmenso hoyo para reunirse con los otros

cadáveres allá abajo.

En ese momento oí un ruido terrible que provenía de la garganta de Nayma, un sonido que me heló la sangre: no era un grito ni un alarido de dolor sino una carcajada salvaje y delirante.

—¡Míralos, caen como si fueran muñecas de trapo que una niña traviesa tira al otro lado de la habitación! ¡Qué ridículo!

Sus risas se fueron haciendo cada vez más frenéticas a medida que Alí se le iba acercando con la sangre de su tío todavía cayendo por la punta

doble de la espada.

Y entonces el primo del Profeta se agachó junto a ella y la miró a los ojos, y vi en ellos una dulzura que parecía completamente fuera de lugar.

—No te dolerá, te lo prometo — la tranquilizó con voz suave.

Nayma echó la cabeza hacia atrás entre carcajadas estruendosas con su frondosa melena rojiza mecida por el viento.

—¡Ay, qué tonto!, ¡¿cómo me vas a hacer daño?! ¡Nadie puede hacerme daño!

Y dicho eso avanzó hacia la fosa. Yo me apresuré a adelantarme un paso y le apreté la mano.

La muchacha se volvió y nos miramos a los ojos durante un instante que me pareció eterno. Dos jóvenes a las que el destino había hecho enemigas pero que compartían los lazos que unen a dos chiquillas que se habían visto arrastradas por algo que las sobrepasaba, el terrible e imparable avance del río de la Historia que destruía a su paso todas las esperanzas y sueños que se resistieran a su poderosa corriente.



Y entonces me guiñó el ojo al volver a apoderarse de ella la locura que paradójicamente estaba manteniéndola cuerda durante esos momentos finales.

Nayma fue riendo y brincando hasta el borde de la fosa; su risa se hizo más violenta aún cuando se arrodilló y miró hacia abajo, al hoyo en que yacían ahora sus seres queridos; oí que sus risotadas iban en aumento y se hacían más estridentes y de repente ya no oí nada más, ni el viento ni el murmullo constante de la multitud que había venido a calmar

su sed de justicia ni los latidos de mi propio corazón que sin embargo podía sentir repiqueteando en mis oídos.

Las carcajadas se aceleraron hasta alcanzar un ritmo frenético que hizo que sonaran como un grito primario surgido de las profundidades mismas del infierno.

Y entonces Alí alzó a Dul Fiqar y la risa de Nayma enmudeció bruscamente.

Se hizo un silencio absoluto en toda la plaza que era incluso más terrible que las desquiciantes

carcajadas de la muchacha. Me di la vuelta y huí, incapaz de seguir mirando; escapé a toda velocidad por las calles de Medina con aquel terrible silencio envolviéndome como un grueso manto.

Fui corriendo hasta la casa de mi madre ya que no podía soportar la idea de volver a la mía, pues tenía miedo de que mi esposo leyera mi corazón y se divorciara de mí por culpa del remolino de blasfemias que se agolpaban en mi alma. Estaba temblando de ira; ira contra la crueldad de la vida, ira contra el

orgullo de los hombres que dividía a tribus y naciones, ira contra Dios que nos había dado el libre albedrío y luego permitía que nos destruyéramos por causa de nuestra propia estupidez.

En mi mente veía una y otra vez el filo de la espada de Alí descendiendo sobre el cuello de la insensata chiquilla traidora y sentí una punzada de furia contra aquel hombre que podía llevar a cabo su horripilante deber con tanta sangre fría. Muchos se han preguntado siempre por qué mi relación con el

yerno del Profeta era tan tensa, tanto que esa tensión acabaría un día por costar la vida a miles de hombres y arrastraría a nuestra nación a la guerra civil... La mayor de las heridas que habría de enfrentarnos aún no se había producido por aquel entonces pero ahora, al echar la vista atrás, me doy cuenta de que mis sentimientos hacia Alí cambiaron ese día pasando de admiración mezclada con desconfianza a animadversión silenciosa, una débil Mamita que con el tiempo se convertiría en una hoguera que devoraría a la *Uma*.

Lo que presencié ese día en el mercado me ha dejado una cicatriz mucho más profunda que la que pudiera causarme el filo de la más afilada de las espadas. De todas las cosas terribles por las que he pasado en esta vida, mi querido Abdalá, ninguna se me ha quedado grabada de forma más indeleble que la risa de Nayma. A veces todavía creo oír esa risa, retumbando a través del tiempo y el espacio, rebosante de desesperación y de locura, suplicando por una oportunidad para vivir y amar, para casarse y tener

hijos y cantar nanas a esos bebés que nunca nacerán.

Es el grito perdido de una muchacha que cometió un terrible e imperdonable error al enfrentarse al devenir implacable de la Historia.

# 16

LOS Bani Quraiza habían sido destruidos y el Enviado de Dios era ahora el gobernante indiscutible de Medina. Su victoria, tal y como cabía esperar, provocó la llegada de emisarios de todos los rincones de Arabia; los jefes tribales se esforzaron por forjar alianzas con el emergente estado musulmán por medio de lazos comerciales y familiares; llegaron embajadores tanto del norte como del sur y, para



mi gran sorpresa, hasta una delegación de la misma Meca, de la casa de nuestro mayor enemigo.

Sentí cómo crecía la ira en mi interior al contemplar a Ramla, la hermosa hija de Abu Sufian, que había vuelto para hacer por fin realidad la pesadilla de mi infancia. Los siete años transcurridos desde que la había visto por última vez no habían hecho mella en su rostro y, pese a que ahora tenía alguna arruga alrededor de los ojos, sus mejillas todavía eran sonrosadas y su piel suave y sin mancha. Creí que me

había librado de ella cuando el Enviado la había casado con su primo Ubaidala ben Jahsh, el hermano de mi rival Zainab. La joven había dejado bien clara su gran decepción al ver que Mahoma no sucumbía a sus encantos tras la muerte de Jadiya y había reaccionado con una amargura cáustica al enterarse de que yo sería quien se casase con él. Tal vez porque intuía cuáles eran sus sentimientos, el Enviado había tenido el buen juicio de enviarla lejos junto con su esposo, a reunirse con la comunidad de

Abisinia donde Ramla había permanecido a salvo durante todos los años de terrible conflicto.

Pero ahora estaba de vuelta, y había venido a reclamar la posición que siempre había deseado y sentía que le correspondía: iba a convertirse en Madre de los Creyentes. Su esposo Ubaidala resultó ser un irresponsable y un pusilánime que había abandonado el Islam para convertirse al cristianismo durante su estancia en la corte del negus; conforme a la Ley de Dios, Ramla no podía seguir casada

con un apóstata y su divorcio las dejaba a ella y a su hija Habiba en una situación precaria, viviendo en un país extranjero sin medios económicos y sin protección.

El Profeta había tenido noticias de sus tribulaciones a través de la fuente más insospechada, su hermano Muaiya, que había enviado a su amigo Amr ben al As al oasis en misión secreta tras la Batalla de la Trincheras. Mahoma había accedido inmediatamente a responsabilizarse de Ramla y su hija y el mismo Muaiya la había traído hasta

Medina para la boda.

Así fue como me encontré sentada en la espaciosa mansión de Uzman ben Afan, el bondadoso yerno del Profeta, mientras el Enviado daba la bienvenida al hijo e hija de su mayor enemigo. Vi que muchos de los compañeros miraban a Muauiya con evidente recelo cuando se adelantó para besar la mano de mi esposo: ya no era como lo recordaba de niño, no quedaba nada de la perenne melancolía que parecía seguirlo a todas partes cuando era un chiquillo sino que ahora mostraba

una energía y un entusiasmo que resultaban cautivadores.

Muauiya se paseó por el gran salón preparado para el banquete de bodas en el que los criados uniformados de blanco de Uzman iban apresuradamente de un lado a otro con cestas de dátiles y cuencos de miel, y se fue mezclando sin aparente esfuerzo con los hombres que fueron sus enemigos. Tenía un sentido natural del tacto y una elegancia de movimientos que desarmaban a cualquiera y noté que los iniciales nubarrones de sospecha

que albergaban los presentes se desvanecían al calor del encanto irresistible de su carácter afable. Hasta Umar parecía impresionado por el coraje que había demostrado Muaiya al venir solo al oasis sin la comitiva de guardaespaldas que habría cabido esperar que acompañara al joven que, a todos los efectos, era el heredero al trono de La Meca.

Como hijo de Abu Sufian, era claramente consciente de su potencial valor como rehén, pero Muaiya se movía entre nosotros con

la seguridad y el aplomo de un invitado de confianza en vez de un enemigo declarado. Habló con todos los hombres como si fueran viejos amigos en vez de adversarios e incluso felicitó a los líderes musulmanes por la brillante táctica defensiva que había dado al traste con la invasión mecana.

Me impresionó su habilidad diplomática: en cuestión de minutos desde su llegada al oasis ya se había ganado a muchos de sus detractores con palabras amables y halagos cuidadosamente calculados. Verlo en



acción era como presenciar un combate entre grandes espadachines en el que cada estocada se ejecutaba con hermosos movimientos en el momento perfecto...

Ramla, por su parte, no tenía nada que temer puesto que ya hacía mucho tiempo que se había ganado la confianza de la comunidad, si no la mía. En otro tiempo muchos habían creído ver en su conversión una especie de táctica por parte de Abu Sufian para infiltrarse en las filas musulmanas, pero las noticias que habían ido llegando de Abisinia

hablaban de su inquebrantable compromiso con la fe a lo largo de los años, además de haber demostrado ser una representante muy hábil ante la corte del negus que había protegido los intereses de la comunidad en aquel territorio extranjero. Ni siquiera yo dudaba de la sinceridad de sus convicciones religiosas pero odiaba las miradas de codicia que dedicaba a mi marido, como si fuera un premio que llevaba mucho tiempo deseando ganar sin haber conseguido que se lo concedieran. Sus brillantes ojos se

cruzaron con los míos y ella arqueó una ceja con aire desafiante mientras que yo arrugué la frente. Iba a ser una verdadera rival en el harén, puesto que reunía belleza y una mente increíblemente despierta y me constaba que tendría que vigilarla muy de cerca. En ese momento reparé en que el Enviado me estaba mirando con aire divertido, como si pudiera leerme el pensamiento.

Mi esposo esbozó una sonrisa llena de complicidad y luego se volvió hacia su joven invitado, que justo acababa de terminar la ronda de

saludos durante la que había estado departiendo por toda la sala con los compañeros del Profeta con el claro objetivo de restañar viejas heridas y cimentar nuevas alianzas. Muauiya se volvió hacia el Enviado e hizo una profunda reverencia con la cabeza.

—Es para mí un honor que mi hermana haya encontrado tan noble esposo —declaró con voz vibrante que era grave y masculina.

El Enviado tomó la mano del joven y se la apretó con fuerza.

—Ojalá esta boda sea un primer paso hacia el fin de la larga

enemistad que ha enfrentado a nuestras tribus —le respondió.

Cuando el Profeta se colocó junto a su nueva esposa, que iba ataviada con un vestido azul oscuro y un pañuelo de rayas rojas cubriéndole la oscura melena, Muauiya alzó un cuenco de leche de cabra en honor de los contrayentes para luego acercárselo a los labios con un lento movimiento de gran elegancia y dar un sorbo.

Una sombra se cernió entonces sobre él y al alzar la vista se encontró con la imponente estampa

de Umar ben al Jattab, el hombre que en otro tiempo, antes de su deserción, había sido la mayor esperanza de destruir a Mahoma con que contaba La Meca.

—Tu padre ha debido de enfadarse mucho al enterarse de que vendrías —afirmó Umar mirando fijamente a los ojos al invitado en busca del menor asomo de engaño o intriga.

—Se puso furioso —respondió Muauiya con una amplia sonrisa llena de picardía—, pero ya soy un hombre hecho y derecho y me doy

cuenta de que las viejas fórmulas del pasado están condenadas a desaparecer. Los quraish deben adaptarse a la nueva realidad o desaparecer con ella.

Uzman, el amable anfitrión, se acercó al joven invitado y con un gesto cordial le rodeó los hombros con el brazo. Muaiya y él eran primos lejanos y habían tenido mucha relación cuando el hijo de Abu Sufian era niño, antes de que las diferencias religiosas dividieran a la tribu de los Omeya.

—Siempre tuviste mucha visión

—comentó Uzman con voz cálida—. El río de la Historia está cambiando su curso y sólo los más sabios son capaces de anticipar la dirección que tomará en el futuro.

Entonces vi que se acercaba Alí: de todos los compañeros, él era el que se había mostrado más huraño pese a los persistentes intentos de Muaiya por ganárselo.

—Una cosa es anticipar el nuevo curso del río —murmuró Alí— y otra muy distinta prever la suerte que correrá la propia alma.

Se hizo un silencio sepulcral y de



repente noté que la tensión que había ido desvaneciéndose durante la pasada hora se intensificaba de nuevo irrumpiendo en la sala como un viento helado. Allí y Muauiya permanecieron de pie en el centro de la habitación mirándose sin decir nada y, a pesar de que sólo estaban a poco más de un metro el uno del otro, daba la impresión de que el abismo que se abría entre ellos era aún mayor que la distancia que separa el este del oeste, el cielo de la tierra. Allí era de otro mundo, una criatura extraña que sobrevolaba las cabezas

de los hombres observándolos pero sin llegar a participar del todo en su realidad. Muauiya en cambio era todo lo contrario, un hombre que navegaba con maestría por las aguas de este mundo y tenía escaso interés en el sobrenatural reino onírico que Alí consideraba su hogar.

Entonces vi que el Enviado se colocaba entre ellos, como para evitar por medio de su diplomacia cualquier confrontación que pudiera surgir entre aquellos dos jóvenes apasionados y arruinar la boda.

No obstante, al ver a mi marido

acercarse a ellos con una sonrisa en los labios y posar una mano en el hombro de cada uno, de pronto reparé en que la escena que presenciaba tenía otro significado: Mahoma estaba de pie entre aquellos dos polos opuestos, en una posición que ningún otro hombre podía ocupar ya que él sí era ciudadano del reino extraterrenal del espíritu y a la vez dominaba con maestría el mundo material, y sólo él comprendía cómo podían tenderse puentes entre aquellas dos realidades opuestas. En años posteriores, cuando el Enviado

ya había vuelto a reunirse con su Señor, el precario vínculo que había forjado entre aquellos dos mundos se rompería y la historia del Islam sería desde entonces una historia de guerras interminables entre el alma y la carne.

Entonces Muauiya apartó la mirada de Alí y se rompió el hechizo. El príncipe mecano dedicó una luminosa sonrisa al Enviado y alzó la voz, como si se propusiera que todos los presentes lo oyeran, aunque no era necesario porque en aquel momento reinaba el más

absoluto silencio y sus palabras se habrían oído hasta en el último rincón de la sala aunque las hubiera susurrado:

—La suerte que pueda correr mi alma es algo que dejo al juicio del Creador —declaró con voz teñida de dignidad—. Ahora bien, lo que sí sé es esto: antes de que tú llegaras, oh, Mahoma, nadie en todo nuestro pueblo creía posible que el mundo pudiera ser diferente a como lo había sido durante siglos, un mundo de barbarie, crueldad y muerte. Pero tú les has traído una visión que los ha

unido, has convertido en una nación a tribus enemistadas desde tiempos ancestrales. Ningún hombre lo habría logrado sin la ayuda de Dios.

Y después, para gran sorpresa de todos, Muauiya alargó su mano derecha en inequívoca señal de lealtad y el Profeta se la tomó entre las suyas. Muauiya se arrodilló para besar la mano del Enviado y luego por fin pronunció las palabras que habrían de cambiarlo todo:

—Declaro que no hay otro dios sino Alá y Mahoma es Su Enviado.

Se produjo una auténtica

conmoción en la sala: gritos de sorpresa, incredulidad y júbilo inundaron el aire provocando una intoxicante atmósfera de celebración. El hijo de Abu Sufian, el heredero de nuestro mayor enemigo, se había convertido al Islam y, en ese instante, las dos fuerzas enfrentadas que habían desgarrado la península en un reguero de enfrentamientos quedaban reconciliadas. Sentí que la excitación aceleraba los latidos de mi corazón pues, cuando el resto de las tribus se enteraran de la conversión de Muaiya, los últimos vestigios de

apoyo a La Meca se evaporarían y la guerra habría terminado.

Aquél era el principal pensamiento en la mente de todos a excepción de Alí, que continuaba mirando fijamente al joven con aquella mirada inescrutable de sus ojos verdes. No obstante, Muaiya lo ignoró y siguió centrando su atención en el Profeta.

—Si tuvieras a bien permitirlo, oh, Enviado de Dios, desearía quedarme aquí y apoyar tu causa —sugirió.

Y por supuesto eso era lo que



hacía falta: si Muauiya se establecía en Medina, sus increíbles dotes políticas y la amplia red de contactos y aliados con que contaba serían de inestimable ayuda para establecer el orden en el naciente Estado; bajo la hábil dirección de Muauiya conseguiríamos unir a las recalcitrantes tribus y entablar un último combate final con La Meca: nos habíamos tenido que ocultar en nuestras casas, llenos de miedo mientras los ejércitos de toda Arabia se abalanzaban sobre nosotros, en tantas ocasiones que era de justicia

que ahora Hind y sus seguidores pasaran por lo mismo.

Entonces el Enviado de Dios hizo algo completamente inesperado.

—No, vuelve con tu padre y no digas a nadie que te has convertido —le respondió haciendo que el júbilo que reinaba en la sala se interrumpiera de inmediato.

Muauiya arrugó la frente.

—No entiendo —objetó tan sorprendido como los demás—. Estoy dispuesto a derramar la sangre de los hombres de mi padre para que tú consigas la victoria.

—Tú prepararás el camino —  
replicó el Enviado con suavidad—. Llegará el día, *inshalá*, en que nos volveremos a encontrar en La Meca, pero no habrá derramamiento de sangre.

Muauiya parecía desconcertado pero bajó la cabeza en señal de aceptación. Su primo Uzman lanzó al Enviado una mirada agradecida pues la destrucción de las fuerzas de La Meca equivaldría a la extinción de la propia tribu de nuestro anfitrión y el bondadoso noble estaba claramente encantado de saber que el Profeta se

proponía encontrar otra forma de recuperar la ciudad.

La habitación se convirtió en un hervidero de conversaciones cuando los compañeros y sus esposas comenzaron a departir animadamente tratando de encontrar sentido a las palabras del Profeta y, en un momento dado, Uzman se puso de pie y dio unas palmadas solicitando la atención de todos y poniendo así fin a la algarabía general:

—Vamos, amigos míos, disfrutemos del banquete que nos espera, ¡ciertamente esta noche hay

mucho que celebrar!

PASAMOS todos al espacioso comedor: las paredes estaban decoradas con un alicatado exquisito de motivos florales que por lo visto había sido importado directamente de Constantinopla, y unas gruesas columnas de mármol sostenían el alto techo abovedado. Era un salón digno de un palacio y concebido para celebrar banquetes en el que hasta los reyes de Persia se habrían sentido como en casa, lo que me hizo

pensar en la buena fortuna de Uzman. Pese a que gran parte del oasis seguía sumido en la pobreza, parecía que a Uzman la abundancia lo encontraba allí donde fuera él: el Profeta le había concedido el título de *Al Gani*, que significaba «El Generoso», y siempre estaba dispuesto a compartir su copiosa fortuna con cualquiera que necesitara su ayuda pero, por mucho que diera, el dinero parecía fluir sin parar a sus arcas ya rebosantes. Yo había oído contar una leyenda de un rey griego que convertía todo lo que tocaba en

oro y solía bromear sobre Uzman diciendo que era nuestro Midas particular.

Para la boda del Profeta con una mujer de su propia tribu, Uzman había organizado uno de los banquetes más extravagantes que jamás se hubieran visto; hasta el Enviado mismo parecía un tanto incómodo con la impresionante opulencia desplegada: cuencos de plata repletos de succulentas uvas negras; bandejas rebosantes de pan fresco recién salido do los hornos; delicadas pasas servidas en platos



decorados con rosas del desierto recién cortadas cuyas diminutas hojas verdes ascendían en espirales hacia los tersos pétalos; estofado de cabra condimentado con azafrán y ricas sales; pasteles que rezumaban miel espolvoreados con una sustancia azucarada especial traída de Persia; y además un inagotable festín de cordero asado cortado en finas rodajas de carne tierna justo en su punto que hacía la boca agua.

Los compañeros, muchos de los cuales nunca habían comido nada que no fuera pan malo y carne correosa,

observaban la sucesión de manjares a cual más exquisito con ojos como platos, y algunos lanzaron miradas envidiosas hacia Uzman, que estaba sentado junto a la encantadora Um Kulzum, la otra hija del Profeta con la que se había casado tras la muerte de Ruqaya. Era como si aquel hombre bondadoso y amante de la paz tuviese todo cuanto cualquiera de ellos pudiera desear y sin embargo pareciera completamente ajeno a lo increíblemente buena que era su buena fortuna. En años venideros, el resentimiento que percibí por parte

de algunos de los más jóvenes se intensificaría y una civilización entera acabaría pagando muy cara la opulencia de Uzman.

Yo caminaba entre la multitud de invitados portando bandejas de pollo con especias, toda una exquisitez si se tenía en cuenta que las aves escaseaban en el desierto y en su mayoría se importaban de Siria. Me percaté entonces de que Ramla dedicaba al Enviado delicadas miradas melancólicas con las que comprobé que tenía a mi marido completamente encandilado.

Pensar en que pasaría la noche con ella, explorando los placeres del amor con aquella mujer cosmopolita y sofisticada me revolvía el estómago; una punzada de celos me atravesó por dentro y me sorprendí a mí misma volviéndome hacia el hombre que tenía más cerca, el gigantesco Umar que se afanaba con avidez en separar la carne del hueso de pollo con los dedos.

—¿Por qué tanta molestia, Umar? ¡Cómetelo todo, hueso incluido! — exclamé en el tono más burlón y coqueto de que fui capaz provocando

que él me mirara sorprendido y luego por fin soltara una sonora carcajada al instante.

Seguí camino entre los hombres sentados a la larga mesa de cedro, bromeando alegremente con todos sobre sus toscos modales típicos del desierto, pero siempre combinaba mis recriminaciones cortantes con una sonrisa juguetona, un guiño de mis ojos color ámbar, y todos respondían como lo haría cualquier hombre a los flirteos de una mujer bella: con entusiasmo, hilaridad y sutil deseo.

Al cabo de poco rato me había convertido en el centro de atención del banquete mientras me dedicaba a intercambiar chanzas con Talha o burlarme de las increíbles historias de Zubair sobre sus hazañas de juventud, antes de que mi hermana Asma lo convirtiera en un dócil gatito. Sorprendí a Ramla mirándome con irritación puesto que le estaba quitando todo el protagonismo el día mismo de su boda y sonreí para mis adentros al pensar en la pequeña victoria que había conseguido frente a mi rival.

Continué con mis rondas de devaneos infantiles con todos los varones presentes y vi por el rabillo del ojo que mi marido me estaba observando con mirada adusta: sabía que lo estaba poniendo celoso, algo que jamás había intentado antes, y me produjo un secreto entusiasmo darme cuenta de que todavía tenía ese poder sobre su corazón; esa noche, incluso cuando estrechara a Ramla en sus brazos, parte de su mente estaría consumida por el recuerdo de mi pequeña actuación, mi demostración de que yo todavía seguía siendo la

más joven y más deseable de sus esposas a los ojos del mundo.

En realidad no era más que una inconsciente muchacha de quince años para la que todo aquello tenía la misma importancia que las sesiones diarias de cotilleo de las Madres; no sospechaba ni por lo más remoto que mi estúpido jueguito acabaría acarreando graves consecuencias, que mis coqueteos insensatos cambiarían mi vida dramáticamente, y no podría haber adivinado que la libertad que tanto valoraba desde niña pronto acabaría confinada tras



los muros de una prisión que yo misma había erigido con mi propia insensatez.

TALHA dejó que el alboroto del mercado, el bullicio de los gritos de los comerciantes y las risotadas de los niños lo inundaran. Estaba profundamente abatido y caminar por el bazar lo relajaba: en los últimos tiempos reinaba la alegría entre los creyentes pero él tenía la suficiente visión como para darse cuenta de que los esfuerzos del Enviado por convertir a los árabes en una única nación no supondrían el fin de la

guerra sino que, muy al contrario, se avecinaba una escalada de las hostilidades; y los nuevos enemigos no serían tan sólo unos cuantos miles de habitantes del desierto mal pertrechados sino las legiones de Persia y Bizancio, imperios que dominaban el arte de la guerra tras siglos de cruento derramamiento de sangre.

Se acercaba de modo inexorable el día en que el conflicto con esas superpotencias se haría inevitable y los musulmanes necesitarían a lo más granado de la nación árabe a su lado

para hacer frente a aquellos adversarios, hombres como el intrépido general Umar ben al Jattab y, ahora también, el hábil político Muauiya. El papel que esos grandes líderes habrían de desempeñar en la guerra que se avecinaba era claro.

Pero el que él tendría en todo aquello no lo estaba tanto.

Talha, a quien la espada con que el enemigo pretendía matar al Enviado le había destrozado la mano derecha, ya no podía luchar como su amigo Zubair, y tampoco era un reconocido hombre de Estado como

su primo Abu Bakr ni un rico comerciante como Uzman, que podía financiar él solo una campaña militar entera.

Él no era más que un tullido que apenas podía alimentar a su esposa Hamana y su hijo de meses, Mahoma. Su mujer era una muchacha dulce y cariñosa que nunca se había quejado, pero Talha se sentía un fracasado. Aunque había sido uno de los primeros jóvenes mecanos que se convirtió al Islam, era el único de los más allegados al Profeta que continuaba sumido en la pobreza de

los primeros años en Medina, y la lucha constante para conseguir el sustento le había impedido prestar servicios más importantes a la causa, de igual modo que, en su día, esa misma lucha ya había hecho imposible que propusiera matrimonio a una joven antes de que la eligieran para un destino más elevado.

Pese a que jamás lo había dicho, todos los musulmanes sabían lo que sentía por mí: había hecho una tentativa de pedir mi mano cuando alcancé la pubertad, pero mi padre se había mostrado reticente a entregar a

su preciosa hija a un muchacho que pese a ser muy trabajador no parecía capaz de salir de la pobreza, y me había prometido a Yubair ben Mutim con la esperanza de atraer al Islam a un joven mecano con mucha influencia.

Talha se llevó una terrible decepción pero albergaba la esperanza de que la lealtad de Yubair para con las viejas tradiciones acabaría por impedir que esa boda se celebrara jamás, y de hecho así fue. Pero cuando mi compromiso con Yubair se anuló, la

sorpresa de Talha fue inmensa al descubrir que la causa era que me habían prometido a un hombre con el que él jamás podría competir, ni aunque hubiera sido el mayor potentado de toda Arabia. Así que no le quedó más remedio que cerrar esa puerta en su corazón; Talha besaba el suelo que pisaba el Enviado y aceptó la voluntad de Dios sacrificando un amor por el otro.

Talha intentaba apartar aquellos pensamientos de su mente, pero el mundo parecía decidido a no dejar que lo hiciera:



—Ayer por la noche la hija de Abu Bakr estaba bellísima —oyó comentar a una voz grave.

Alzó la vista y vio de pie a su lado a dos comerciantes que estaban examinando un hato de artículos de cuero que había llegado de contrabando procedente de Taif — contraviniendo la prohibición impuesta por La Meca de comerciar con los musulmanes— y se los quedó mirando: los dos hombres que conversaban de forma tan poco respetuosa eran Samir, un miembro de la tribu de los jazrach ataviado

con lujosas ropas, y su amigo Murtaza, un beduino de la tribu de los tay que moraban en las tierras al este de Medina; ambos tenían negocios con Uzman ben Afán y habían sido invitados a la boda de Ramla.

—El Enviado tiene verdadera suerte —comentó Samir al tiempo que hacía un guiño a su colega.

—Es la muchacha más bella que he visto jamás —respondió Murtaza con una sonrisa lasciva—. ¿Es cierto que todavía era virgen cuando se casó?

Talha sintió que la furia se desataba en su corazón, se dirigió con paso decidido hacia los hombres y los empujó a un lado para colocarse entre ellos con los ojos cargados de ira.

—¿Qué son estos comentarios indecentes? ¡Estáis hablando de vuestra Madre!

Samir contempló la desgastada túnica de lana y los bombachos polvorientos que llevaba Talha y le dedicó la típica mirada cruel y displicente de hombre rico.

—Sólo mientras siga casada con

el Enviado —replicó Samir.

Murtaza, con el rostro quemado por el sol y rezumando olor a aceite y *qat* —la planta de origen yemení cuyas hojas tenían el poder de hacer soñar despiertos a los hombres—, se acercó más a Talha con aire amenazante:

—¿Y si el Profeta muere o se divorcia de ella? —se burló—, ¿qué será entonces de esa delicada flor?

El corazón de Talha latía enfurecido y habló sin pensar un instante lo que decía:

—Si eso ocurriera yo me casaría

con ella, ¡aunque sólo fuera para proteger su honor de escoria como vosotros!

En cuanto las palabras salieron de sus labios se quedó inmóvil, horrorizado al comprobar que acababa de confesar en voz alta su más oscuro y privado deseo, un deseo que jamás debería haber reconocido en voz alta, ni en esta vida ni en el Más Allá.

—Cualquiera diría que te gusta mucho la bella dama a la que llamas tu madre —intervino Murtaza de nuevo al tiempo que le pasaba el

brazo por los hombros a Talha con un gesto de fingida camaradería—. No te avergüences, muchacho — continuó burlándose—, a un hijo cuya madre tuviera ese aspecto se le perdonaría que ésta le inspirara algún que otro pensamiento obsceno de vez en cuando.

Y entonces, como si lo impulsara una fuerza incontenible, Talha le dio un brutal puñetazo en los dientes a Murtaza con su mano tullida y el sorprendido beduino cayó hacia atrás con la boca cubierta de sangre.

Talha se quedó allí de pie,

incapaz de moverse pese al dolor insoportable de su mano destrozada, y al instante Samir se había abalanzado sobre él y lo estaba golpeando y dándole patadas hasta tirarlo al suelo. Talha dejó de defenderse y se limitó a recibir los furibundos golpes del mercader sin lanzar un solo gemido, igual que había hecho años atrás cuando Umar le había dado aquella brutal paliza delante del Santuario. Oyó que le partían las costillas y el dolor fue casi tan intenso como la agonía que le provocaba su masacrada mano

deforme. No se movió, no respiró, simplemente dejó que Samir lo aplastara. Se le nubló la vista y ya no hubo nada más que oscuridad cubriéndolo como un suave manto venido para arrastrarlo al sueño de la inconsciencia. Si aquello era la muerte, no podía pensar en un modo más feliz de dejar este mundo que perder la vida defendiendo el honor de la Madre de los Creyentes.



ESTABA sentada en mi minúscula casa, hecha un manojo de nervios, y la estancia parecía más minúscula que nunca ya que todas las esposas se habían reunido allí esa noche por orden del Enviado. En los últimos años el harén había aumentado en número prodigiosamente y ahora incluía a seis mujeres: Sauda, yo misma, Hafsa, Zainab ben Jahsh, Um Salama y Ramla, la más reciente. La otra Zainab, la hija de Juzaima con

quien el Enviado se había casado para establecer una alianza con los Bani Amir, había muerto hacía pocos meses y su pérdida había sido un duro golpe para las clases más humildes de Medina puesto que los desvelos constantes de Zainab a favor de los más débiles y los indigentes le habían ganado el sobrenombre de Madre de los Pobres.

Ahora, al mirar atrás, me doy cuenta de que en cierto sentido Zainab ben Juzaima fue la que tuvo más suerte de todas nosotras, pues

dejó este mundo mucho antes de las terribles pruebas y sufrimientos que habrían de asolar a la *Uma* musulmana, y lo que tal vez me conmueve todavía más es que murió después de haber disfrutado una vida plena y libre de toda restricción y limitación innecesaria. La sencilla cotidianeidad de nuestra existencia diaria, el placer de caminar bajo los rayos del sol, pronto se convertirían en un lujo para el resto de nosotras como resultado de otro desastre provocado por mi obstinada y pasional alma.

La tensión que se respiraba en la estancia era como una nube espesa de humo salida de un horno que se ha dejado desatendido durante demasiado tiempo, y las llamas contenidas tras las miradas tranquilas de las otras esposas estaban a punto de convertirse en un incendio incontrolable.

Ninguna me miraba a la cara excepto Hafsa, cuya expresión furibunda resumía los sentimientos de todas de manera sucinta: mis coqueteos durante la boda de Ramla habían traído el deshonor a nuestra

casa además de la violencia a las calles de Medina; a mi pobre y desafortunado Talha le habían dado una paliza que casi lo había matado por defender mi honor ante los comentarios groseros de unos mercaderes, y los enfrentamientos que se habían producido como consecuencia degeneraron en una batalla campal cuando los compañeros se habían apresurado a vengarlo. Nadie había perdido la vida pero la terrible reyerta sirvió de doloroso recordatorio de lo precaria que era la paz en el oasis.

Lo que iba a pasar no estaba claro, pero aquello traería consecuencias y la cortés convocatoria formal del Profeta a todas las Madres sugería que de un modo u otro pagaríamos de forma colectiva por mi estupidez.

Aparté la vista de la mirada acusadora de Hafsa y la clavé en el tejado de hojas de palma en el que una polilla gris dormía entre los recovecos de una hoja. De repente quería ser esa polilla y esconderme en las sombras, que el mundo me ignorara pero yo conservara mi

libertad para levantar el vuelo inmediatamente con el mínimo impulso.

La puerta se abrió hacia el interior con la llegada del Enviado de Dios: nos miró y fue saludando a las Madres una por una con una leve inclinación de cabeza sin decir una sola palabra ni sonreír, y cuando sus ojos se posaron en mí se limitó a pestañear y apartó la vista sin dar muestras de haberme visto siquiera. Mi corazón se rompió en mil pedazos igual que un espejo lanzado desde la copa de un árbol.

El Profeta cerró la puerta a sus espaldas y luego se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, respiró hondo y por fin lanzó un suspiro de agotamiento, pero seguía sin decir nada.

Aunque pasaba el tiempo, el Enviado no hacía nada para calmar nuestra creciente ansiedad, simplemente se había quedado allí sentado mirándonos con un aire de infinita paciencia que, de alguna manera, daba más miedo que la furia que pudiera haber expresado.

Yo tenía la boca terriblemente



seca, como si me hubiera comido un bloque de sal, y mi marido seguía sin decir nada.

Ya no lo soportaba más: pese a que me arriesgaba a desatar el nada habitual fuego de su ira, me obligué a decir algo:

—¿Talha está bien? —musité con voz ronca como si no hubiera hablado en años y mi lengua hubiera olvidado cómo se hacía.

Sentía todas las miradas puestas en mí; las otras Madres me clavaron unos ojos rebosantes de rabia pero yo no les devolví las crueles miradas

y mantuve toda mi atención única y exclusivamente en el hombre en cuyas manos estaba mi destino.

El Enviado se quedó mirando la pared del otro lado de la habitación durante un buen rato antes de volverse por fin hacia mí. Me preparé para una andanada de reproches, tal vez hasta confiaba en que se produjera una explosión de cólera, un chispazo de pasión que indicara que yo todavía le importaba.

Pero cuando finalmente me miró a los ojos no había intención de castigo en ellos ni el menor atisbo de

ira tampoco.

—Talha se pondrá bien —  
respondió Mahoma con voz suave—,  
pero llevará más tiempo curar las  
heridas de la *Uma*.

Volvió a lanzar otro suspiro de  
profundo cansancio y de repente me  
percaté de las diminutas arrugas  
nuevas que le habían salido  
alrededor de los ojos dándome  
cuenta de que no había estado  
durmiendo bien. Me invadió  
súbitamente el arrepentimiento al  
comprender que, además de todas las  
responsabilidades que su cargo le

imponía, yo había añadido más preocupaciones aún a su pesada carga con mi comportamiento insensato.

—Llevo tantos años esforzándome para unir a estas gentes pendencieras en una sola familia —murmuró sin apartar la vista de mí—, y sin embargo basta un único incidente para que se desate de nuevo la violencia entre ellos...

Las lágrimas me nublaron la vista y la habitación se volvió borrosa.

—Lo siento mucho, nunca fue mi intención...

—No, nunca fue tu intención pero el daño ya está hecho —me interrumpió bruscamente, y fue como si me hubiera abofeteado porque el Enviado era siempre tremendamente correcto y consideraba que interrumpir a otros cuando hablaban era una falta de educación, así que el hecho de que me cortara tan tajantemente, sobre todo en presencia de las otras esposas rivales, daba muestra de hasta qué punto lo había disgustado.

Se me hizo un doloroso nudo en la garganta cuando se me pasó por la

cabeza la terrible posibilidad de que se divorciara de mí.

Y entonces se oyó otra voz en la diminuta estancia, el tono amable y maternal de Um Salama.

—Somos tus esposas y compañeras en este mundo y en el siguiente —afirmó con voz calmada—, ¿qué es lo que deseas que hagamos, oh, Enviado de Dios?

Había elegido las palabras con sumo cuidado y además con ellas levantaba de mis hombros la responsabilidad exclusiva por lo que había ocurrido y la colocaba sobre

los de todas las Madres como grullo. La miré desde el otro extremo de la habitación con ojos rebosantes de muda gratitud por haber tomado la decisión de poner fin a mi confinamiento solitario.

El Profeta dudó un instante y cuando habló lo hizo con la autoridad indiscutible del líder de una nación, no en el tono cariñoso que emplea un patriarca con los miembros de su familia.

—Dios me ha revelado estas palabras —declaró haciendo que se me acelerara el pulso: una

Revelación había venido a traer orden al caos que yo había creado y el mero pensamiento de que Dios mismo hubiera tenido que intervenir en aquel asunto tan mundano me aterraba.

Entonces el Enviado de Dios comenzó a recitar los versos cargados de lirismo que le habían sido revelados desde el Cielo y todo se desvaneció a mi alrededor excepto la belleza hipnótica de su VOZ:

*¡Mujeres del Profeta! No sois*



*como las otras mujeres.*

*Si sois piadosas, no seáis  
humildes al hablar,*

*pues aquél en cuyo corazón hay  
una enfermedad os desearía.*

*Hablad lo acostumbrado.*

*¡Permaneced en vuestras casas!*

*¡No os adornéis con los adornos  
de la antigua gentilidad!*

Luego el Enviado enmudeció  
para dejar que asimiláramos las  
Sagradas Palabras. Yo pestañeeé y  
sentí una repentina ráfaga de alivio:

el mandamiento no era tan duro, pues sin duda Dios no podía tener intención de que lo siguiéramos al pie de la letra... El Enviado decía a menudo que mucho de lo que contenía el Sagrado Corán era simbólico y que seguir la ley con literalidad dogmática no haría sino poner cortapisas al propósito de Dios. Por tanto el precepto de permanecer en casa, encerrada en aquella diminuta habitación de paredes de adobe mientras el mundo continuaba su vibrante curso a mi alrededor no podía de ninguna de las

maneras ser una regla estricta que debiera aplicarse al pie de la letra; tenía que tratarse de una admonición general para poner límite a la falta de decoro que potencialmente podía desembocar en el escándalo y la violencia, tal y como había sido el caso tras mi estúpida actuación del banquete de bodas.

Pero al mirar al Profeta y ver la intensidad de la expresión de sus ojos se me heló la incipiente sonrisa en los labios: todavía había algo oscuro enturbiando el aire que nos separaba y volví a tener miedo.

—No saldréis de vuestras casas salvo si es estrictamente necesario. Es por vuestro bien y por el bien de la *Uma* —continuó hablando entonces, y yo me quedé sin aliento: el Enviado se proponía seguir el mandamiento al pie de la letra y ahora se esperaba de nosotras que nos quedáramos en nuestras casas como si fuéramos prisioneras—. Y, hay más —añadió en tono lúgubre—: Dios también les ha dado un mandamiento a los creyentes.

Respiró hondo y luego recitó los fluidos versos:

*Cuando pidáis un objeto a sus mujeres,  
pedídselo desde detrás de una cortina.*

*Esto es más puro para vuestros corazones y para sus corazones.*

*No podéis ofender al Enviado de Dios*

*ni casaros jamás, después de él, con sus esposas.*

*Esto, ante Dios, constituye un grave pecado.*

El Enviado hizo una pausa y nos miramos las unas a las otras, presas de la confusión e incapaces de comprender lo que se pedía de nosotras. Entendía la prohibición de casarse con otro hombre después del Profeta: las rivalidades y divisiones que surgirían en la lucha por asegurarse la mano de una de las reinas de la nación llevarían a la destrucción de la misma. Pero la idea de que sólo hablaríamos con los hombres con una cortina de por medio era desconcertante ya que las mujeres árabes estábamos

acostumbradas a pasar mucho tiempo al aire libre. Todas queríamos creer que no habíamos entendido bien los versículos del Corán porque una cosa era quedarnos en casa cuando fuera necesario y otra muy distinta — y totalmente incomprensible— aislarnos del resto de los creyentes de aquel modo. Sin duda aquel mandamiento no se interpretaría a rajatabla.

—A partir de este momento, no hablaréis con ningún hombre que no sea *mahram* excepto a través de un velo o una cortina —afirmó con gran

autoridad el Profeta mirándome fijamente a los ojos y a mí se me partió el corazón al oírlo.

La palabra *mahram* se refería a cualquier varón con el que no podíamos casarnos en cumplimiento de las leyes sobre el incesto: hermanos, hijos, padres, tíos y sobrinos, pues eran sangre de nuestra sangre y las relaciones sexuales con ellos no se permitían. En cuanto al resto de los hombres, incluyendo los amigos íntimos como Talha, quedaban fuera de esa categoría y no volveríamos a hablar con ellos salvo



separados por una barrera. Era un cambio desconcertante y radical, un cambio para el que no estaba preparada, y no podía imaginarme cómo iba a lograr cumplir el mandamiento de Dios.

El Enviado se puso de pie para marcharse y todas lo seguimos con la mirada contemplándolo como en un sueño, pero cuando abrió la puerta vi fugazmente el mundo exterior, el bullicio de la *masyid* y las calles de Medina, y de repente se me llenaron los ojos de lágrimas al caer en la cuenta de que ya nunca más podría

salir a ese mundo tal y como lo había hecho hasta entonces: libre y con la cabeza bien alta.

De ahora en adelante, mi vida sería la de una prisionera incluso cuando no estuviera recluida entre las cuatro paredes de los diminutos aposentos que ya tenía la impresión de que se cernieran sobre mí ominosamente; siempre que me aventurase al exterior mi rostro estaría oculto tras un velo; los barrotes de mi prisión me seguirían allí donde fuera y eran indestructibles, forjados con una fina

tela de algodón que era más resistente que el más duro acero bizantino.

LOS meses que siguieron fueron los más difíciles de mi todavía corta vida. Estaba acostumbrada a la libertad de movimientos dentro del oasis, a que me colmaran de atenciones y me cedieran el paso allá donde iba por ser una Madre de los Creyentes, y de la noche a la mañana me encontraba atrapada en los confines de mis diminutos aposentos. La ventanita de mi casa, que daba al patio de la *masyid*, fue cubierta con

una gruesa cortina negra hecha de lana tosca y colgaron otra tela similar en la puerta. Aunque en realidad eso poco importaba porque, una vez fue revelado el mandamiento del velo, los hombres de Medina se habían afanado en evitar mi compañía, temerosos de que la ira de Dios cayera sobre ellos; así que incluso si los muros de mis aposentos hubieran sido derribados y me hubiera quedado sentada allí bajo el sol, a la vista de todos, ni tan siquiera un ciego se hubiera atrevido a acercarse a mí.

Hasta a las mujeres de Medina las ponía ahora nerviosas estar en mi compañía, así que recibía pocas visitas a excepción de mi hermana Asma y mi madre. Las otras esposas, igualmente atrapadas tras el velo, me echaban la culpa de su desgracia e incluso Hafsa, con la que había llegado a una alianza amistosa para unir fuerzas contra nuestra bella rival Zainab ben Jahsh, estaba amargada y ya rara vez me dirigía la palabra.

Llenaba mis solitarios días leyendo el Sagrado Corán, que ya no se escribía en secreto sobre hojas de

palma o paletillas de cabra sino en robustos pliegos de pergamino comprados a mercaderes egipcios. Encontré consuelo en las historias de los profetas que habían soportado grandes sufrimientos durante sus misiones sagradas, hombres como Moisés que se había visto obligado a renunciar a las riquezas y privilegios de su vida de príncipe y huir al desierto, donde habría de oír la Voz de Dios; o como mi antepasado Ismael, que había sido expulsado de la casa de Abraham donde vivía cómodamente y enviado a los parajes

desolados de Arabia para fundar allí una nueva nación que acabaría renovando la alianza de Dios con los hombres. Esas historias de exilio y redención siempre habían tenido un profundo significado para los musulmanes, que veían ecos de sus propias vidas en los viajes llenos de penalidades del pasado; pero para mí comenzaron a tener más relevancia personal al ir encontrando cierto consuelo en la esperanza de que, de manera similar a como esos hombres santos habían soportado las privaciones y la pérdida para servir



a una causa más elevada, tal vez mi propio confinamiento serviría a algún propósito más allá del castigo por mis pecaminosos coqueteos.

Durante esas difíciles semanas, el Enviado continuó con su política de seguir un orden estricto en las noches que pasaba con cada una de sus esposas porque, a pesar de que no cabía duda de que mi comportamiento lo había enfurecido, después de que se recibiera el mandamiento de Dios se había mostrado conciliador al darse cuenta de que tratarnos con crudeza no

conseguiría nada salvo verter sal en nuestras heridas. Yo esperaba con anticipación a que llegara mi turno semanal y lo bombardeaba con preguntas sobre la vida más allá de los muros de mi prisión, sobre los últimos acontecimientos en Medina y la evolución de la interminable guerra con La Meca. Mi interés por la política parecía sorprender e incluso divertir al Profeta ya que era un tema del que rara vez hablaba con sus esposas, pero conmigo podía desahogarse y hablar de las dificultades diarias a que se

enfrentaba como hombre de Estado. Así que, pese al resentimiento que me producían las nuevas limitaciones que se me habían impuesto, resultó que la relación con mi marido de hecho mejoró tras el terremoto de la instauración del velo.

Las horas que pasábamos conversando eran lo único que rompía la monotonía de mi vida y descubrí que el vínculo que nos unía se iba haciendo más profundo, más íntimo, por mucho que las exigencias del mundo supusieran una carga cada vez mayor sobre sus hombros.

Durante los últimos años yo había vivido con el miedo de perder importancia a los ojos del Profeta a medida que su harén aumentaba y todas las mujeres hermosas de La Meca se desvivían por convertirse en una de las Madres. Y, sin embargo, lo irónico de aquella existencia enjaulada era que nuestro amor se había avivado y, al final, los rumores de que había sido desplazada como favorita fueron sustituidos por los murmullos de envidia por la inquebrantable influencia que yo seguía teniendo sobre su corazón.

Un día el Enviado vino a proponerme que lo acompañara en un viaje corto por el desierto al oeste del oasis que estaba a punto de emprender. Sus espías habían descubierto que la tribu beduina de los Bani Mustaliq había firmado un pacto con La Meca y planeaba lanzar un ataque sobre las caravanas musulmanas que volvían de Siria a lo largo de la costa, y el Profeta había decidido que lo mejor era un ataque preventivo: los musulmanes ya no podían disfrutar del lujo de adoptar una mera postura defensiva porque,

después de lo cerca que habíamos estado de la aniquilación durante el asedio de los mecanos, no nos quedaba más alternativa que atacar en cuanto detectáramos el menor indicio de que nuestros enemigos se estuvieran reagrupando. Así pues, el ejército musulmán tomaría la iniciativa y saldría a derrotar a los Bani Mustaliq antes de que ellos pudieran preparar una ofensiva; y el Enviado quería que yo lo acompañara en esa misión.

Me inundó tal alegría que se me llenaron los ojos de lágrimas, pues

aquél iba a ser el primer día después de varias semanas en que podría salir de los confines de mi casa y ver el mundo de nuevo. Incluso a pesar de que tendría que cubrirme el rostro completamente con un velo para ocultarlo del resto de la humanidad, por lo menos podría otra vez caminar bajo los rayos del sol, respirar el denso aire almizclado del desierto y, lo más importante de todo, podría pasar varias noches a solas con el Enviado.

Me puse a saltar de alegría igual que una niña pequeña, dando palmas

con las manos mientras mi esposo sonreía al ver mi entusiasmo, y además reconocí un destello de deseo en sus ojos que hizo que los latidos de mi corazón se aceleraran. Fui corriendo hasta el pequeño baúl de madera de acacia situado en una esquina de la habitación que contenía mis escasas posesiones y saqué de él la túnica oscura y el velo que se habían convertido en mi prisión fuera de mi prisión. La túnica de grueso algodón cubría mi cuerpo como la negra sombra de un eclipse puesto que los amplios ropajes estaban



confeccionados con la intención de disimular el menor atisbo de curvas femeninas. Era como una mortaja para un muerto viviente, que precisamente era en lo que yo había tenido la impresión de haberme convertido durante los solitarios días del último mes. No obstante, en ese momento me la puse con orgullo y excitación, como si de un glorioso vestido de boda hecho de seda y oro se tratara, y en cierto modo así era, porque esa noche tendría la oportunidad de restaurar el vínculo que me unía al Enviado, de

convencerlo con la persistencia de mis besos de que él era el único hombre al que amaría jamás.

Me coloqué el grueso velo que se suponía debía ser el escudo que me protegiera del mundo y estaba a punto de cerrar el baúl cuando vi algo que brillaba en su interior, justo debajo de un par de brazaletes de cobre y un peine de coral que mi padre me había regalado cuando llegué al oasis; era el collar de ónice, el regalo de boda del Enviado.

Alargué la mano y me lo puse alrededor de mi delicado cuello, y

mis labios esbozaron una sonrisa al recordar mientras me cubría la cara con el velo negro, el *niqab*, de modo que sólo quedaran a la vista mis ojos color ámbar asomando por encima de la suave tela de algodón. El Profeta alargó el brazo y me tomó la mano antes de abrir la puerta; parpadeé un instante, cegada por la feroz intensidad de la ahora poco habitual luz del sol.

Y entonces respiré hondo y di un paso al frente hacia ese mundo del que me habían desterrado. El patio de la *masyid* estaba atestado de

creyentes que se sorprendieron al verme salir de mi casa. Algunos se apresuraron a apartar la vista mientras que otros contemplaron fascinados aquella voluminosa masa negra que en otro tiempo había sido una hermosa muchacha, una chiquilla cuyo rostro hasta entonces familiar ninguno de ellos volvería a ver en toda su vida.

El Enviado me guio por entre la multitud que siempre se agolpaba en torno suyo con la esperanza de tocar su mano o el borde de su túnica y absorber así la *baraka*, la divina

bendición que rezumaba su cuerpo.

Mientras mi esposo me conducía por las calles de Medina que tan desconocidas me resultaban ahora, tuve la extraña ocurrencia de que la desorientación que sentía era parecida a la confusión del alma resucitada que emerge de la tumba para dirigirse hacia el temible Trono del Dios de Justicia.

Era una impresión que resultó ser mucho más perspicaz de lo que nadie hubiera podido imaginar.

EL ataque a los Bani Mustaliq fue un rotundo éxito: los beduinos no estaban en absoluto preparados para repeler el asalto y sus patrullas no eran rival frente al millar de soldados musulmanes bien armados que descendió sobre su campamento al amanecer. Yo presencié toda la batalla a lomos de una camella, un animal fuerte a la que le habían puesto el nombre de *Asiya* en honor a la mujer del faraón que se había

convertido en secreto a la religión de Moisés, desde el interior de una *haudach*, una silla de montar con dosel protegida con placas de armadura que se había construido específicamente para la protección de cualquiera de las esposas del Profeta que pudiera acompañarlo en sus expediciones militares. Me asomé a través de la cortinilla de cota de malla y contemplé el corazón del ardiente desierto donde las tropas del Enviado se abalanzaban sobre los beduinos traidores; la batalla apenas duró una hora y los

Bani Mustaliq capitularon después de que su jefe Al Hariz fuera decapitado bajo la espada de un compañero llamado Zabit ben Qais.

Observé con sombría satisfacción a los soldados beduinos que deponían las armas desesperados y caían de rodillas postrándose en tierra en señal de sumisión. El Enviado avanzó a grandes zancadas por el campo de batalla hasta llegar al primer hombre, un guerrero de tez oscura y dientes rotos, y lo agarró por los ropajes obligándolo a ponerse de pie.



—No te inclines ante los hombres —le dijo al derrotado adversario—, no debes inclinarte más que ante Dios.

El soldado enemigo lo miró lleno de gratitud y en ese instante tuve el convencimiento de que los Bani Mustaliq pronto se unirían a nuestra causa. Eran un pueblo de mercenarios al servicio del mejor postor y el ataque sorpresa de Medina les había demostrado a las claras que los vientos que soplaban en Arabia habían cambiado definitivamente: el Profeta había

tenido el acierto de mostrarles que su futuro estaba con nosotros y no con La Meca. Los beduinos perdieron dos docenas de hombres, lo que para ellos era un duro golpe, pero si hubieran cometido el error de entrar en la lucha como aliados de Abu Sufian sus pérdidas habrían resultado mucho mayores.

Al cabo de un rato, cuando Umar y Alí ya habían comenzado a organizar el proceso de colocar a los prisioneros en filas donde se los ataría los unos a los otros con gruesas cuerdas, oí un grito

angustiado y vi a una anciana que emergía de la ciudadela de tiendas polvorientas que servía de hogar a su pueblo: era una mujer mayor y los rigores de tantos años de cruel vida en el desierto habían cubierto su rostro de arrugas pero se movía con sorprendente agilidad y de hecho corrió por la arena manchada de sangre hacia el cuerpo decapitado de Al Hariz. Al oír los penetrantes sollozos desconsolados me di cuenta de que era la esposa del jefe de la tribu y sentí pena por ella.

Y entonces otra mujer, una

muchacha de unos veinte años, salió de una tienda de vivos colores que debía de haber sido el hogar de Al Hariz y corrió hacia la mujer. La muchacha apartó la mirada para no enfrentarse a la imagen del jefe muerto, pero no lloró ni gritó sino que rodeó con los brazos a la anciana y trató de consolarla susurrándole al oído hasta que la mujer dejó de temblar y se derrumbó en sus brazos, resignándose a la pérdida que había sufrido la tribu ese día.

Vi que los hombres miraban fijamente a la muchacha de sedosa

melena castaña con mechones dorados y piel aceitunada de un tono similar al de sus ojos: era bastante atractiva y me di cuenta de que los guerreros musulmanes no tardarían en enfrentarse para establecer quién tenía derecho a reclamarla como prisionera de guerra.

La joven debió de notar que la miraban porque se puso de pie con aire altivo al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás en un claro gesto de desafío.

—Mi nombre es Yuairiya, hija de Al Hariz, a quien habéis dado muerte

—declaró sin el menor atisbo de miedo en la voz—. Ésta es mi madre y la madre de toda la tribu, tratadla a ella y a su familia con dignidad si tenéis temor de Dios.

Había elegido sus palabras de manera brillante y éstas surtieron el efecto deseado: los lujuriosos hombres apartaron la mirada, avergonzados de su propia grosería, y yo sonreí para mis adentros desde el interior de la *haudach* blindada: la muchacha tenía carácter.

Pero entonces vi que mi esposo la contemplaba con una sonrisa en

los labios y la mía se evaporó de inmediato.

Acampamos junto a las tiendas de los Bani Mustaliq durante dos días y se repartió el botín: la tribu llevaba años atacando caravanas con éxito y sus robos les habían proporcionado una considerable fortuna que pronto sería dividida entre los conquistadores. Un quinto del botín sería para el Enviado, incluido el tesoro de raras piedras preciosas —

ópalos, esmeraldas y zafiros— que hicieron que el corazón me diera un vuelco al contemplar su resplandeciente belleza; acaricié las gemas al tiempo que dejaba escapar un suspiro nostálgico, pues sabía que pronto serían distribuidas entre los necesitados y el Profeta seguiría siendo tan pobre como siempre.

La cuestión más delicada seguía siendo decidir la suerte que correría la tribu y en especial la orgullosa Yuairiya. Surgieron las discusiones sobre quién tenía más derecho a reclamar a la hija del jefe, quién



había mostrado más valor y destreza en el campo de batalla y por tanto se merecía una esclava de tan peculiar belleza... Los numerosos rivales acudieron a Umar, a quien el Enviado había nombrado juez de todas las disputas relacionadas con el botín; el gigante de expresión adusta escuchó con impaciencia a todos y cada uno de los hombres interrumpiéndolos cuando ya había oído suficiente y luego por fin tomó una decisión sin titubear: la muchacha pertenecía a Zabit, el soldado que había matado a su padre,

el jefe de los Bani Mustaliq.

Los otros hombres se llevaron una decepción pero ninguno tuvo el valor de protestar ante el poderoso Umar y el asunto quedó zanjado a los ojos de todo el mundo.

De todo el mundo excepto de la propia Yuairiya porque cuando la informaron de su suerte exigió a grandes voces que la llevaran ante el Enviado de Dios en persona, y tan furiosas y persistentes fueron sus quejas que hasta sus propios captores se acobardaron y al poco rato me encontré acompañando al Profeta a la

tienda de los esclavos donde se la había instalado junto con las otras mujeres.

En cuanto entramos Yuairiya se transformó, pasando de ser una princesa altanera y llena de exigencias a convertirse en una humilde esclava con la cabeza baja y lágrimas corriéndole por las mejillas como por encargo. Le rogó al Enviado que la salvara de su ignominiosa suerte argumentando que era hija del jefe de una tribu árabe, una princesa para su pueblo y que, para su familia, era el colmo de la

humillación y el deshonor que fuera a convertirse en la posesión y juguete sexual de un simple soldado de a pie del ejército musulmán.

La observé a través del grueso velo teniendo que admitir —muy a mi pesar— que me estaba impresionado su intervención: Yuairiya iba alternando dignidad atribulada con la más emotiva de las histerias mientras defendía su caso y me di cuenta de que había conseguido conmover a mi esposo con sus ruegos. Y cuando lo oí acceder a librarla de su esclavitud a

condición de que se casara con él y sirviera como voz conciliadora que garantizase que el resto de su tribu accedía a un trato con Medina, el puñal de los celos me atravesó una vez más.

Yuairiya aceptó la propuesta y yo sacudí la cabeza al pensar en lo increíble que había sido el día para aquella muchacha: se había levantado al amanecer como princesa de los beduinos, a mediodía era una esclava cautiva y para cuando se puso el sol se había convertido en Madre de los Creyentes, una de las

reinas de Arabia.

Esa noche, mientras dormía sola en mi tienda y el Profeta disfrutaba de los encantos de su cautivadora nueva esposa, acaricié con los dedos el collar de ónice dejando que toda la furia y los celos que anidaban en mi corazón fluyeran hacia las oscuras gemas. Por mucho que lo intentara nunca podría ser el centro de la vida de Mahoma: su grandeza sobrepasaba a cualquier mujer y su misión en la vida era mucho más importante que el reclamo de cualquier unión conyugal.

Yo deseaba desesperadamente ser la más importante de todas sus esposas, la que algún día llegaría a reemplazar a Jadiya en su memoria, pero sabía que eso nunca ocurriría y tendría que conformarme con ser la primera de un círculo de consortes en permanente expansión, un nombre más enterrado junto a tantos otros en los anales de la Historia.

Y, no obstante, podía oír los gritos de mi corazón furioso rebelándose ante la injusticia de la vida: se suponía que era la más resplandeciente de las estrellas en el

firmamento de las mujeres de Arabia pero aun así me sentía como un diamante enterrado en la arena, mi delicada belleza permanecía oculta al mundo, no se permitía a mi ágil mente resplandecer a plena luz del día; era algo más que la chiquilla de quince años envuelta en un velo negro que dormía sobre una estera en medio del desierto pero el mundo nunca me vería así; era una reina que jamás podría reclamar su corona.

Juré en silencio que, de todas las esposas del Enviado, yo sería aquélla de la que el mundo seguiría



hablando al cabo de un milenio, aquélla cuyo nombre aún estaría en boca de hombres y mujeres cuando los de las demás ya se hubieran olvidado.

Era un juramento terrible y nunca debería haberlo hecho porque esa noche el Señor prestó oídos a mi oscura oración y me concedió lo que le pedía pero no del modo en que yo habría esperado ni deseado.

LA mañana que cambió mi vida, y la Historia del mundo también, no fue nada de particular: me desperté con la primera luz del día al son de la evocadora voz de Bilal llamando a los fieles a la oración; había dormido a ratos y además había tenido pesadillas que se desvanecieron en cuanto me levanté del jergón de paja.

Hice las abluciones con ayuda de un cubo de agua que un soldado había dejado discretamente a la

puerta de mi tienda y, por un momento, me regodeé en la apacible sensación del agua fresca escurriéndose por mis dedos; luego me eché agua en la cara para espabilarme y me rocié el pelo y los pies conforme al ritual correspondiente o *udu*, la ablución menor que solía realizarse antes de cualquiera de las cinco plegarias; sólo después de haber mantenido relaciones sexuales era necesario realizar un *gusl*, un baño completo en el que había que lavarse todo el cuerpo antes de poder presentarse a

orar ante el Señor de los Mundos. Se me pasó por la cabeza que el Envidado tendría por supuesto que hacer un *gusl* después de haber pasado la noche con su nueva esposa y sentí las punzadas de los celos en el pecho.

Cuando salí de la tienda con el velo puesto y completamente cubierta de pies a cabeza vi que el Profeta estaba organizando a los hombres en filas en dirección al sur, hacia la Sagrada Caaba y que sonrió cuando vio aparecer aquel fardo negro que era yo, pero aparté la vista

sintiéndome incapaz de mirarlo a la cara; por al rabillo del ojo vi además que mi reacción había hecho su sonrisa aún más amplia, como si lo divirtiera mi más que evidente enfado por su boda con Yuairiya, y tuve que morderme la lengua para no decir en voz alta nada impropio de una Madre de los Creyentes.

Después del ritual de las plegarias del alba o *fachr* antes de que el sol hubiese asomado por el horizonte, los hombres comenzaron a levantar el campamento para emprender viaje de regreso a casa.

Yo me aparté un poco a refunfuñar en soledad, manteniéndome alejada de Yuairiya pese a las persistentes miradas que ella me lanzaba. Ahora la joven llevaba puesto un velo morado a juego con sus vaporosas ropas y, pese a lo discreto de su indumentaria, parecía rezumar sensualidad ya que era más alta que yo y sus pechos eran redondeados y firmes, los muslos torneados...: una muchacha claramente dotada para dar hijos al Profeta.

Yo eché espumarajos por la boca al darme cuenta de que Yuairiya se

había convertido en la nueva esperanza de la comunidad en vista de que yo no había conseguido darle descendencia a mi esposo pese a llevar seis años compartiendo su cama. Corrían rumores crueles según los cuales yo era estéril y, sin embargo, mis ciclos se sucedían todos los meses con regularidad. Ciertamente el Profeta ahora sólo pasaba una noche a la semana conmigo y eso había disminuido considerablemente mis posibilidades de concebir, pero todavía había esperanza de que mi vientre diera

fruto en años venideros. Sin embargo, una parte de mí había empezado a creer que no era la voluntad de Alá que yo le diera un hijo a mi marido, y lo único que me causaba aún más dolor que eso era pensar que Dios hubiera podido elegir a una de mis rivales para ese honor.

Mientras estaba sentada en un rincón del campamento lamentándome de mi mala suerte en la vida, sentí que el seco aire del desierto se volvía fresco de repente a mi alrededor, aunque no se veía ni



una gota de viento meciendo mis vestidos: alcé la vista y me encontré con el Enviado de Dios de pie frente a mí con aquella sonrisa exasperante en los labios.

—¡Vamos, te echo una carrera!  
—me dijo al tiempo que me tendía la mano.

Lo miré completamente desconcertada y entonces sentí que la ira se evaporaba bajo la calidez de su mirada: en los primeros tiempos de nuestro matrimonio, cuando tanto mi cuerpo como mi corazón eran todavía los de una niña, el Profeta

solía jugar conmigo y lo que más le gustaba eran las carreras porque yo, veloz como el viento, era la única persona que tenía posibilidad de ganarle.

Era una oferta enternecedora, un recuerdo de días pasados hacía ya mucho tiempo cuando no éramos más que él y yo, antes de que el harén se llenara de bellas mujeres cuyos encantos igualaban fácilmente los míos. Acepté la mano que me tendía y me puse de pie para seguir al Enviado más allá del bullicio del campamento abarrotado de gente que

se afanaba en desmontar las tiendas y preparar los camellos para el viaje. Vi a Yuairiya de pie junto a su madre viuda, observándonos como un halcón, y sonreí bajo el velo negro que me cubría el rostro.

Mi esposo me guio hasta un montículo solitario donde un arbusto de adelfa crecía bien erguido, desafiando al desierto con sus flores entreabiertas de color rosa y amarillo que resplandecían con los primeros rayos del sol. Vi al Enviado recorrer el paisaje con la mirada hasta que encontró un punto

de referencia adecuado: un cactus cercano a un saliente en el terreno que se encontraba a cierta distancia señalando el borde de una profunda caída en un barranco pedregoso.

—¡Hasta allí! —exclamó señalando la improvisada línea de meta—. Y no te caigas del otro lado, ¡igual los ángeles no llegan a tiempo de atraparte en pleno vuelo!

Entorné los ojos y él rio de buena gana: el Profeta esperó con aire paciente y divertido a que yo me arremangara las faldas por encima de los tobillos para no tropezar y,

puesto que no había ningún hombre cerca, no puso ninguna objeción. Entonces sacudí los pies para quitarme las sandalias y dejé que los toscos granos de arena acariciaran mis pies como cuando era niña.

La expresión del Enviado cambió al desvanecerse el brillo burlón de sus ojos para ser reemplazado por genuino cariño, y de pronto me di cuenta de que él también echaba de menos los días en que el mundo era sencillo, cuando no éramos más que un puñado de gente cantándoles las verdades a los poderosos. Ahora

nosotros nos habíamos hecho poderosos y ya nada era sencillo.

Mahoma clavó la vista al frente y se inclinó hacia delante preparándose para la salida y luego, sin molestarse con la acostumbrada cuenta de tres, simplemente grito:

—¡Ya!

Había dado comienzo la carrera.

Lo adelanté como una bala, corriendo impulsada por el ímpetu de la juventud y dejando a mi paso la estela del resplandor de las plantas de mis pies moviéndose a toda velocidad. El aire abrasador me

golpeaba la cara aplastándome la gruesa tela del velo contra la boca. Notaba los latidos acelerados de mi corazón mientras obligaba a cada músculo de mis piernas a esforzarse al máximo; el cactus cada vez estaba más cerca por mucho que diera la impresión de que el desierto baldío permanecía inmóvil, y por un momento tuve la extraña sensación de estar corriendo en el sitio mientras el cactus avanzaba hacia mí.

No veía ni rastro de mi marido por el rabillo del ojo y me pregunté si habría salido siquiera, y entonces

noté una ráfaga de viento frío a mi derecha y el Enviado de Dios me pasó de largo igual que una exhalación, con la negra cabellera ondeando al viento y los frondosos rizos de la barba mecidos por el movimiento de su mandíbula puesto que se iba riendo de buena gana.

En un instante había llegado al cactus y se volvió para mirarme con aire triunfal cuando lo alcancé un segundo más tarde. Nos dejamos caer al suelo respirando con dificultad y riendo con un gozo que ninguno de los dos había experimentado en



muchos meses: el gozo de estar juntos, unidos por el destino; el gran hombre y la chiquilla, la más insospechada de las parejas.

Me estrechó en sus brazos y, al sentir el ritmo cadencioso de su corazón, me di cuenta de que por muchas mujeres que compartieran su cama yo siempre sería especial; nunca sustituiría a Jadiya, su primer amor, pero sin duda yo sería el último y, a fin de cuentas, ¿qué más podía pedir una mujer?

Cuando recobramos el aliento me aseguré de que mis tobillos volvían a

estar ocultos bajo mis faldas y volvimos de la mano al campamento que para entonces estaba casi completamente desmantelado. Mi tienda ya estaba desmontada, así que me dirigí de buen grado hacia *Asiya*, mi camella, mientras que el Enviado iba a reunirse de nuevo con los hombres para ayudarlos a finalizar los preparativos del viaje.

Me instale en la *haudach* acorazada y, al llevarme la mano al corazón, en el que sentía la maravillosa excitación del amor renovado, me di cuenta de que algo

no iba bien: el collar de ónice, que debería haber descansado sobre mi pecho, no estaba. Lo busqué rápidamente por la *haudach* pero el diminuto compartimento estaba vacío; descendí con cuidado y busqué alrededor del animal pero lo único que veía era arena amarilla y piedras color ocre anaranjado, las inconfundibles gemas negras habrían saltado a la vista en contraste con el suelo igual que una mancha en la superficie del sol, pero no había ni rastro de ellas.

Y entonces me acordé: la última

vez que había notado el collar sobre la piel había sido durante la carrera, al clavarse las duras gemas contra mi piel suave mientras corría hacia el cactus. Se me debía haber caído cerca del saliente donde me había tumbado un rato al final de la carrera.

Maldije el cierre defectuoso que siempre había dado problemas y comencé a caminar de vuelta a aquel lugar alejándome del campamento en busca de mi regalo de boda. El collar de ónice era el primer regalo que me había hecho el Enviado y cada vez

que lo notaba alrededor de mi cuello recordaba aquella noche especial en que me convertí en una mujer; era la más preciada de mis escasas posesiones y no estaba dispuesta a permitir que se lo tragara para siempre la arena del desierto por culpa de un descuido.

Ascendí por el montículo y pronto perdí de vista el campamento; mis ojos escudriñaban el suelo mientras hacía el recorrido de nuevo con sumo cuidado, pero seguía sin haber ni rastro del collar; presa de la frustración, miré alrededor de la

base del cactus y aun así seguía sin aparecer; no obstante me obstiné en volver arriba y abajo sobre mis pasos, dando puntapiés a la ocasional piedra y volcando hormigueros en mi desesperada búsqueda. Cada vez me iba poniendo más nerviosa y me asaltó la pregunta de cómo iba a decirle a mi amado que había perdido para siempre el regalo especial que me había hecho.

Y entonces lo vi: estaba medio enterrado bajo un montón de arena; las negras gemas me hicieron un guiño cuando las motas blancas que

contenían resplandecieron a la luz del sol y sonreí entusiasmada al tiempo que daba gracias a Alá por haberme ayudado a encontrarlo. Lo recogí a toda velocidad y lo limpié, y en vez de ponérmelo otra vez al cuello lo apreté en la mano para no arriesgarme a perderlo de nuevo. Entonces fue cuando alcé la vista al cielo y, al darme cuenta de que el sol ya estaba muy alto, me quedé lívida: ¿cuánto tiempo llevaba allí sola en mitad del desierto?, ¿habrían pasado horas? Maldije mi propia insensatez porque, a esas alturas, los

musulmanes deberían haber emprendido ya la marcha de vuelta a Medina pero mi búsqueda habría retrasado a todo el ejército; seguramente habían enviado exploradores a buscarme por todas partes y reinaría el desconcierto en el campamento por culpa de mi misteriosa desaparición. Con el corazón latiéndome desaforadamente, corrí por la ladera del montículo a toda velocidad y bajé velozmente por el otro lado mientras practicaba en mi cabeza un millón de posibles disculpas por haber retrasado a toda



la expedición.

Y entonces me quedé de piedra cuando apareció ante mis ojos el lugar donde habíamos acampado: estaba completamente desierto, no quedaba ni un solo ser —humano o animal— de todo el contingente. Permanecí allí de pie completamente desconcertada y con un nudo en la garganta. Se habían marchado. Los musulmanes habían levantado el campamento y se habían ido sin mí.

Miré a mi alrededor con desesperación y grité pidiendo ayuda pero no vi ni rastro de ningún

rezagado y la única respuesta que obtuve fue la del eco burlón repitiendo mis palabras.

Se me nubló la vista al verme allí abandonada en medio de aquel paraje desolado donde ningún hombre o mujer podía sobrevivir solo más de unas cuantas horas; las lágrimas inundaron mis ojos y cuando comencé a notar su gusto salado en la lengua se me pasó por la cabeza la idea descabellada de que la única agua que volvería a probar jamás era la que fluía de mi interior.

Me senté en el suelo

abandonándome a la desesperación y el collar resbaló de mi mano para ir a parar a la tierra reseca que pronto se convertiría en mi tumba. Clavé una mirada furibunda en las sencillas cuentas de ónice cuya búsqueda me iba a costar la vida y luego sentí que desaparecía el color de mis mejillas.

El collar había caído de tal forma que las cuentas dibujaban una sonrisa cruel y burlona y entonces se levantó viento y me pareció oír el eco de una terrible carcajada, que no era humana, retumbando a mi alrededor.

VAGUÉ por el desierto durante horas siguiendo las huellas de los camellos hacia el este en dirección a Medina. Aquellos animales se movían a la velocidad del halcón por las arenas cambiantes y seguramente el ejército había recorrido ya casi todo el camino de vuelta al oasis mientras que yo a pie tardaría unos seis días, lo que por supuesto eran seis días más de lo que podía sobrevivir sin agua ni comida. Y sin

embargo seguía avanzando, aferrándome a la esperanza de que alguien repararía en mi ausencia y enviarían una partida en mi busca. Pero cuando el sol comenzó a descender por la línea del horizonte esa esperanza comenzó a menguar, y cuando se apagó el último rayo de luz en el cielo, mi esperanza desapareció completamente con el sol.

El desierto quedó envuelto en una oscuridad tan grande que ni siquiera el mar de estrellas sobre mi cabeza conseguía iluminar mis pasos. El aire

que hervía con ira implacable durante las horas del día se volvió gélido. Me tumbé sobre la gruesa arena y me rodeé el cuerpo con los brazos intentando darme suficiente calor como para sobrevivir hasta el amanecer, pero me castañeteaban los dientes descontroladamente y unos escalofríos helados me recorrían todo el cuerpo. El mundo se hizo todavía más oscuro y hasta las estrellas desaparecieron. Empezó a darme vueltas la cabeza y mi respiración se ralentizó hasta convertirse en un leve murmullo,

notaba como los latidos de mi corazón también se hacían cada vez más lentos y ya no me quedaban fuerzas para luchar.

Estaba cayendo por un sima que no tenía fin y al final, rindiéndome, me entregué en brazos del abismo.

Me despertó de un sobresalto el retumbar de unos tambores en la distancia. El mundo seguía envuelto en tinieblas y cuando alcé la vista al

cielo no vi ninguna estrella. Por un momento no supe qué pensar: ¿había muerto?, ¿estaba en el *barzaj*, la frontera entre los dos mundos donde las almas permanecen hasta el Día de la Resurrección? Miré a mi alrededor presa del nerviosismo, esperando que las terribles siluetas de *Munkar* y *Nakir*, los ángeles de la muerte con caras negras y penetrante mirada de ojos azules aparecieran en cualquier momento para comenzar el solemne interrogatorio del alma en la tumba. Decían que los ángeles hacían tres preguntas —«¿Quién es tu



Señor? ¿Quién es tu Profeta? y ¿Cuál es tu Religión?»—y quien las respondía correctamente —«Alá, Mahoma y el Islam»— permanecería en paz en su tumba hasta el día del Juicio Final, pero quien no dijera la verdad sufriría terribles tormentos que no eran más que un anticipo de los horrores del Infierno.

Me apreté el pecho con las manos, aguardando expectante mientras mis labios cuarteados repetían las palabras de la *fatiha*, pero no se presentó ningún ángel sino que oí el estruendo de los tambores

cada vez más cerca y apareció un resplandor carmesí por el horizonte: no era la esperanzadora claridad del sol naciente porque la negrura del cielo persistía a excepción de aquel resplandor palpitante en la lejanía cuyo halo vibraba más allá de las colinas.

Había algo cautivador y espeluznante a la vez en aquella luz, su influjo era irresistible y me sentí atraída hacia ella pese a que una voz en mi interior me decía que no me moviese de donde estaba y eludiera la misteriosa luz y todos los secretos

que encerraba. Luché conmigo misma pero al final pudo la curiosidad y, armándome de valor, caminé hacia aquel fulgor sobrenatural.

Trepé por una duna inmensa, avanzando a duras penas por la resbalosa arena bajo mis pies que me hacía retroceder a cada paso, y al final conseguí llegar a la cima y pude mirar hacia abajo en dirección al lugar de donde provenía la luz; abrí los ojos como platos cuando vi un fuego de campamento ardiendo en la distancia, las vacilantes llamas agitándose como en una danza que

me atraía hacia ellas con la esperanza de ser rescatada.

Eché a correr como loca de alegría: Dios había escuchado mis oraciones y me había salvado porque, donde había fuego, había gente. Debería haber dudado, haberme preguntado quién podía estar allí en medio de la noche y si serían amigos o enemigos, pues una joven hermosa completamente sola era presa fácil para las tribus de beduinos que no acataban ninguna ley salvo la llamada de su propia lujuria y, sin embargo, una parte de mí

argumentaba que estaría a salvo en cuanto supieran quién era ya que hasta los bandidos considerarían que era preferible cobrar el rescate por la esposa del hombre más poderoso de Arabia en vez de deshonrarla.

El sonido de los tambores se hizo más fuerte a medida que me acercaba corriendo a la hoguera. Vi siluetas danzando alrededor del fuego y aminoré el paso haciendo por fin caso de la voz en mi interior que me instaba a ser prudente. Me acerqué sigilosamente a la descomunal pira para ver bien de quién se trataba y

decidir si era o no sensato revelar mi presencia.

Y entonces me quedé de piedra al ver a un grupo de mujeres que me resultaba inquietantemente familiar bailando alrededor de la hoguera ataviadas con túnicas escarlata y oro, y tobilleras que tintineaban al ritmo de la danza. Las dirigía una mujer alta con el rostro oculto tras un velo que marcaba el ritmo intensamente con un pequeño tambor. Las misteriosas mujeres se balanceaban y daban vueltas sobre sí mismas en torno al fuego, agitando el cuerpo

extasiadas de un modo que me habría hecho ruborizar si no hubiera estado tan confundida. ¿Qué hacían allí en mitad de la noche, bailando de aquel modo y retorciéndose como si hicieran el amor con espíritus invisibles? Se me empezó a helar la sangre y de repente me arrepentí de haber seguido la luz.

Me disponía a arrastrarme de vuelta por las dunas para alejarme de aquellas figuras inquietantes y cautivadoras cuando vi que la mujer del velo que lideraba la danza alzaba un brazo y el resplandor del fuego se

reflejó en el brazalete de oro que llevaba puesto: dos serpientes entrelazadas con un rubí que lanzaba destellos desafiantes engarzado entre las fauces de ambas donde sus cabezas se encontraban.

Contuve la respiración al darme cuenta de quién era aquella mujer.

Hind. La esposa demente de Abu Sufian que se había comido la carne de los mártires.

Quería echar a correr pero tenía los pies clavados al suelo, y después vi un destello de luz sobre mi cabeza y oí el clamor de un trueno, dándome



cuenta en ese momento de que la razón por la que no podía ver las estrellas era que el cielo estaba cubierto de espesas nubes de tormenta. Vi otro rayo y de repente empezó a caer de los enfurecidos cielos una tromba de agua que inundó la tierra a mi alrededor.

Sentí el golpeteo violento de las gotas en la cara igual que diminutos guijarros y abrí la boca, desesperada por beber un poco tras horas vagando por el desierto, pero el agua de lluvia tenía un sabor diferente, más salado y horrible, y me entraron

arcadas. Luego el cielo se iluminó con el zigzag de una docena de relámpagos y durante un instante pude ver con claridad.

Las gotas de lluvia no eran transparentes sino color carmesí.

Estaba lloviendo sangre de los cielos.

Mientras mi corazón latía desbocado por causa del terror, aquella tromba infame llegó hasta el fuego del campamento pero, en vez de apagarlo, fue como echar aceite a las llamas que se avivaron ascendiendo violentamente hasta que

todo el desolado valle quedó envuelto en una claridad tan intensa que se veía como si fuera de día.

Y entonces contemplé una escena que nunca olvidaré: el suelo a mi alrededor estaba cubierto de cadáveres de soldados caídos en el campo de batalla, hombres con armadura y petos agujereados por docenas de flechas, brazos y piernas desmembrados y lanzados a un lado como si fueran basura... El insoportable hedor de la carne putrefacta impregnó el aire y quise gritar pero no salía ningún sonido de

mi garganta.

En ese momento vi con horror que Hind detenía la danza y se volvía hacia mí con el rostro aún oculto tras el velo: la luz que desprendía la descomunal hoguera ahora le permitía verme y de repente soltó una carcajada llena de maldad que me heló la sangre. Sus compañeras, que entonces reconocí como las mismas lunáticas que habían bailado alrededor del cuerpo de Hamza, me señalaron con el dedo y comenzaron a burlarse.

Al cabo de un instante Hind

estaba caminando hacia mí y vi que el tambor que sostenía entre las manos se había convertido en una imponente espada de hoja curva y un espeluznante filo dentado. En ese momento el terror se apoderó de mí superando al desconcierto y eché a correr pero, fuera en la dirección que fuera, me cerraba el paso aquel océano de cadáveres y no tenía más remedio que pisar los cuerpos sintiendo la repulsiva sensación de mis pies hundiéndose en su carne putrefacta.

Oía la risa de Hind cada vez más

cerca pero no me atrevía a mirar hacia atrás. Tenía que escapar, alejarme cuanto pudiera de aquella locura. Recé todas las oraciones que podía recordar pero la pesadilla no acababa y mis súplicas no recibían más respuesta que el ensordecedor estrépito de los truenos.

Se me enganchó una sandalia en la boca entreabierta de un soldado muerto cuya cabeza había pisado en mi huida, tropecé cayendo al suelo de bruces y traté desesperadamente de liberar mi pie de los dientes de aquel pobre hombre cuyo cuerpo no

había tenido más remedio que profanar; por fin lo conseguí y me alejé a rastras temblando de asco y, cuando estaba a punto de ponerme de pie otra vez, otro rayo iluminó el cielo y pude ver con total claridad el rostro del desafortunado soldado.

Era tu padre, el esposo de mi hermana, Zubair ben Auam.

Lo miré con ojos desorbitados por el terror y no pude moverme: Zubair yacía en el suelo y vi que le habían cortado la cabeza, y sostenía una espada en cada mano como había hecho aquel día aciago en el monte

Uhud para proteger nuestras vidas.

Quería gritar pero era como si me hubieran arrancado la lengua.

En ese momento vi en el suelo a mi lado una figura con el pecho atravesado por decenas de flechas cuyos ojos inertes me miraban con expresión acusadora. Se trataba de mi adorado primo Talha, el hombre que me amaba más que a sí mismo y había estado a punto de perder la vida enfrentándose a quienes pretendían mancillar mi honor.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y sentí que iba a



desmayarme, mas en ese preciso instante terrible apareció Hind de pie junto a los cuerpos de dos de mis amigos más queridos, riéndose con desprecio. Me abalancé sobre ella arañando el velo que le cubría la cara y mi ataque pareció sorprenderla; alzó la espada para atacarme pero, de algún modo, encontré la fuerza necesaria para darle una patada en el vientre y se encorvó retorciéndose de dolor al tiempo que dejaba caer al suelo el arma que yo recogí inmediatamente: era increíblemente ligera y la

sostenía con sorprendente naturalidad. Al cabo de un instante estaba de pie con el filo de la espada apoyado en el cuello de la derrotada reina de La Meca que seguía en el suelo.

La terrible imagen de Talha y Zubair muertos ante mí me quemaba los ojos; alcé el filo preparándome para asestar el golpe.

—¡Tú les has hecho esto! —grité.

Y entonces Hind dijo unas palabras que jamás olvidaré y me perseguirán el resto de mis días:

—No. Tú se lo has hecho.

No entendía a qué podía estar refiriéndose y no me importaba. Gritando con una violencia salvaje y el corazón ávido de venganza bajé por fin la espada separando el cuello del sensual cuerpo de Hind.

En el momento en que la cabeza rodó se deslizó el velo y yo dejé caer la espada, aterrorizada.

Estaba contemplando mi propio rostro.

CHILLÉ presa de tal terror que me desperté de la pesadilla con el eco del grito aún en los labios mientras parpadeaba aturdida. No había ningún campo de batalla, ningún océano de cadáveres; mi adorado Talha y tu padre Zubair no estaban por ninguna parte y tampoco había rastro de la espeluznante imagen demoniaca de Hind o... ¿era yo?

Estaba completamente sola en el mismo sitio en el que me había

desplomado hacía unas horas en mitad del desolado desierto, con los escorpiones y las lagartijas como única compañía. Por un momento, una oleada de alivio me corrió por las venas y recé en silencio dando gracias a Alá por que no hubiese sido más que un sueño, una visión producida por la pavorosa situación en que me encontraba.

Y entonces el alivio se desvaneció y la brutal consciencia de mi situación volvió como una patada en el estómago: estaba sola y perdida en el desierto y no había bebido ni

una gota de agua desde mediodía; la cabeza estaba a punto de estallarme y cuando intenté ponerme de pie el mundo comenzó a dar vueltas a mi alrededor. No sobreviviría otro día más y para cuando las patrullas de búsqueda de Medina dieran conmigo ya me habría convertido en un cadáver reseco medio enterrado en la arena y devorado por los insectos que se escondían entre las sombras de aquellos parajes baldíos.

Y entonces me volví y pude ver el rojo fulgor del amanecer en el horizonte: por lo menos el sol saldría

pronto y el aire gélido dejaría paso a su ardiente furia. Me acurruqué cuanto pude tratando de dar calor a mis ateridos huesos mientras el viento de todas direcciones me azotaba igual que hace una madre furiosa con un hijo travieso. No tenía otra alternativa que seguir avanzando hacia el sol con la esperanza de que la caravana hubiera vuelto a por mí en medio de la noche, la esperanza de que pronto estaría de vuelta en casa, en la comodidad de mi diminuta morada en el patio de la *masyid*. ¡Cómo había deseado

escapar de aquel cuarto minúsculo que me parecía la celda de una cárcel!... Y ahora habría vendido mi alma a cambio de dormir otra vez entre sus sólidos muros, al abrigo del viento, la lluvia y el sol abrasador. Durante los peores tiempos de mi confinamiento había soñado que corría por el desierto dejando que la arena acariciara mis pies desnudos y el aire soplara libremente enredando mis cabellos alborotados, pero ahora odiaba aquella inmensidad infinita, aquel vacío implacable que había resultado una mazmorra mucho peor



que la construida por la mano del hombre.

Fui avanzando a trompicones mientras los recuerdos de mi familia me inundaban la mente: mi hermosa madre, susurrándome nanas al oído con suavidad hasta que me dormía en sus brazos; mi padre, encorvado y abrumado por las preocupaciones pero siempre con una sonrisa en los labios y aquella mirada brillante que no rezumaba más que pura bondad; mi hermana Asma cuya sencillez, fuerza y silenciosa dignidad la hacían más hermosa que todas las chiquillas

frívolas cuyo brío se empañaba con el tiempo. Tosiendo por culpa del polvo que me llenaba los castigados pulmones, elevé una plegaria silenciosa pidiendo que no tardaran mucho en superar la pena; sus vidas ya eran suficientemente complicadas sin necesidad de añadirles la pesada carga del dolor de corazón y la venenosa amargura de mi pérdida.

Y en ese momento la esfera carmesí del sol apareció por el horizonte y parpadeé llena de sorpresa al divisar la silueta de una figura recortada sobre el cielo en

llamas, un hombre solo que cabalgaba al paso hacia mí; no era una caravana ni el contingente de soldados que por lo general hubiera compuesto una patrulla enviada en busca de tan ilustre personaje como una Madre de los Creyentes, sólo un hombre avanzando inexorablemente hacia mí.

Miré a mi alrededor pero no había dónde esconderse en medio de la nada, y entonces reaccioné por puro instinto y agarré una piedra afilada de bordes puntiagudos que parecían capaces de cortar la carne

hasta el hueso al tiempo que tiraba del velo que me había atado alrededor de la cintura para cubrirme con él la cara.

A medida que el sol continuaba su ascenso pude ver el rostro del hombre y lo reconocí: era un joven de unos veinte años llamado Safuan que había venido muchas veces a la *masyid* a ayudar a Fátima, la hija del Profeta, a atender a la Gente del Alhamí; no tenía riquezas ni posición social pero sus bellas facciones morenas siempre conseguían provocar las risitas de las muchachas

en su presencia. Safuan era blanco de muchas fantasías secretas entre las mujeres de Medina pese a ser tremendamente piadoso y parecer completamente ajeno a los tórridos pensamientos que inspiraba.

Y ahora estaba aquí, en mitad del desierto, y estábamos solos.

El sol continuaba subiendo e iluminando el mundo a su alrededor y llegó un momento en que Safuan tiró de las riendas del camello y clavó la mirada en la diminuta figura solitaria en medio del desierto; lo vi parpadear varias veces, como si

tratará de convencerse de que no se trataba de un espejismo ni una imagen inventada por su mente.

Luego reparé en que sus ojos se posaban en el collar de ónice, el maldito objeto que me había llevado a aquella situación de vida o muerte, y vi que se ponía muy pálido.

—*Ina lilahi uan ina ilaihi rayiun*—dijo recitando la oración incluida en el Corán para los momentos en que un hombre se enfrenta a la adversidad o una situación que lo sobrepasa: «Realmente somos de Dios y a Él volvemos».

Me lo quedé mirando sin pestañear, incapaz de moverme, y luego Safuan bajó del camello y lentamente se fue acercando a mí con la mano en la empuñadura de la daga que llevaba a la cintura.

—¿Eres... eres la esposa del Enviado o un yin que pretende arrastrarme a la perdición?

Su voz estaba teñida de miedo y asombro y me di cuenta de que no lo habían enviado a buscarme sino que, de alguna manera, por obra de extrañas maquinaciones del destino, aquel guerrero solitario estaba

vagando solo por el desierto y se había topado conmigo en el momento en que yo ya había perdido toda esperanza. Si alguna vez albergué en mi corazón la menor duda sobre la existencia de Dios, se evaporó en ese instante memorable en medio de las dunas infinitas.

Se me nubló la vista con lágrimas de alegría e incredulidad.

—No soy ningún yin —conseguí responder por fin con voz ronca—. Por favor... ayúdame.



ME había despertado de un mal sueño para encontrarme de lleno en otro: al cabo de unas cuantas horas del milagroso retorno a Medina, los puñales de los envidiosos ya se habían alzado contra mí. El Enviado había mandado patrullas en mi busca al descubrir que no estaba en la *haudach*, pero cuando las gentes de Medina vieron que volvía en compañía de Safuan, los rumores obscenos sobre el tiempo que había

pasado a solas con el atractivo soldado se propagaron como un fuego, los cuchicheos fugaces degeneraron hasta convertirse en la comidilla de todos en el mercado y se corrió el rumor de que había planeado quedarme atrás para zafarme de la caravana y poder reunirme con mi joven amante. A pesar de que volvía a estar recluida en mi diminuta morada, las maledicciones eran tan persistentes que no tardaron en llegar a mis oídos llenándome de asombro. El Enviado de Dios reaccionó de inmediato

convocando a los creyentes a una *yamat* en la plaza donde rechazó firmemente las habladurías que por lo visto alentaban Abdalá ben Ubay y sus cohortes de descontentos entre los Jazrach. La reunión se volvió muy acalorada cuando algunos miembros de la tribu rival de los Aus acusaron abiertamente a Ben Ubay de difamar a la Madre de los Creyentes produciéndose momentos de máxima tensión en los que pareció que el viejo odio entre clanes se reavivaba amenazando con desembocar en un enfrentamiento abierto. Al reparar en

lo peligrosamente caldeados que estaban los ánimos de la muchedumbre, el Enviado hizo un llamamiento a la calma y el perdón y luego dio por concluida la reunión para que la multitud se dispersara lo antes posible, pero las heridas habían vuelto a abrirse entre las tribus y no sería fácil que cicatrizaran, como tampoco se olvidarían así como así las acusaciones contra mí a pesar de que el Profeta hubiera salido claramente en mi defensa.

Y mientras las malas lenguas

continuaban escupiendo su veneno, incluso el corazón confiado de mi esposo dejó de ser inmune a las mentiras; ya no me visitaba en el día correspondiente de la semana y reparé con horror en que las persistentes semillas de la duda estaban empezando a germinar en su mente.

Así fue como acabé sentada en el interior de mi diminuta casa deshaciéndome en sollozos tras la única protección de los muros de adobe que en otro tiempo tanto había odiado por considerarlos como los

de una prisión, pero que ahora eran lo único que me resguardaba del escarnio de la multitud que se reunía a diario en el patio. Mi madre estaba sentada junto a mí tomándome la mano y acariciándome el pelo como solía hacer cuando era una niña, en tiempos que ahora parecían tan lejanos. Yo agradecía su tranquilizadora presencia aunque me angustiaba que no fuera capaz de mirarme a los ojos, porque pensar que ella también pudiera dudar en silencio de mi integridad me causaba más dolor del que podía soportar.

Se abrió la puerta y alcé la vista para ver entrar a mi padre: parecía haber envejecido una década en los últimos días y sus cabellos canosos estaban ahora completamente blancos.

Quería correr hasta él y echarme en sus brazos, pero una nube terrible le ensombrecía el rostro y me di cuenta con gran angustia de que me miraba con más ira que compasión, como si yo tuviera de alguna manera la culpa de que se hubieran extendido todas aquellas calumnias, y sentí de nuevo el escozor de las lágrimas en

mis ojos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en voz baja mirando a mi madre en vez de a mí, pero fui yo quien le respondió inmediatamente, negándome a que se hablara de mí como si no estuviera presente.

—El Enviado me ha ordenado que me quede con vosotros hasta que decida qué debe hacerse —dije intentando que la pena no me quebrara la voz.

Mi madre me dio unas palmaditas en la mano y clavó la mirada en el techo.



—No te preocupes, pronto habrá pasado todo —me consoló con voz distante, como si estuviera hablando sola en voz alta en vez de dirigiéndose a mí, y luego, una vez más, evitó mirarme a los ojos y desvió la vista hacia mi padre—. Eres una mujer muy bella y la esposa de un hombre poderoso, los que te difaman te tienen envidia.

Se suponía que sus palabras debían servirme de consuelo pero detectaba claramente en ellas la sombra de la duda y me daba perfecta cuenta de que estaba

mirando a Abu Bakr como para que le confirmara que estaba en lo cierto. No obstante, él se limitó a bajar la mirada a sus propios pies y no respondió.

—¿Pero qué voy a hacer ahora?  
—sollocé desesperada, suplicándoles que dejaran a un lado sus dudas y salvaran a su hija del océano de dolor en que se ahogaba—. ¿Y si el Enviado se divorcia de mí me acusan de adulterio? ¡El castigo es la muerte!

Lo terrorífico de las palabras que acababa de pronunciar pareció

romper la cortina de hielo que nos separaba y vi el primer atisbo de compasión en el rostro agotado de mi padre.

—No tengas miedo, hija —respondió apartándose al fin de la puerta para venir a sentarse a mi lado —, tu marido es el Profeta de Dios, así que si eres inocente...

La ardiente ira que me inundó hizo que mis lívidas mejillas se tiñeran de rojo al instante.

—¿Si soy inocente?

—Simplemente me refería a que...

Me puse de pie para apartarme de él.

—¡Sé perfectamente a qué te referías! ¡Tú tampoco me crees!

Mi padre trató de tomarme la mano pero me solté bruscamente como si fuera un leproso.

—Yo no he dicho eso —se defendió con tono humilde tratando de deshacer el daño que sus descuidadas palabras habían causado, pero ya era demasiado tarde.

—¡Ni falta que hace! —continué

gritando—. ¡Lo veo en tus ojos!

Mi madre trató de intervenir y, tras respirar hondo, por fin me miró a la cara:

—Aisha, eres aún muy joven y has pasado por muchas cosas —dijo con voz suave, y me di cuenta de que no encontraba las palabras—, eres tan alegre, con tantas ganas de vivir... Y sin embargo ha recaído sobre tus hombros más responsabilidad de la que debería tener ninguna muchacha de tu edad. —Dudó un instante y luego pronunció las palabras que me partirían el

corazón—: Sé que el velo te ha hecho sentir sola y atrapada, y sería perfectamente comprensible que hubieses intentado buscar una escapatoria, aunque sólo fuera por una noche...

El corazón me dio un vuelco y la habitación empezó a darme vueltas durante un instante: me ahogaba y no había nadie que acudiera en mi ayuda, ni siquiera mi madre que, muy al contrario, parecía decidida a hundirme aún más en las fétidas aguas de la vergüenza y el escándalo.

Y entonces me oí hablar con una

voz que no era la mía, distinta a cualquier sonido que hubiera podido salir de mi garganta entre aquellas cuatro paredes, una voz profunda y dura como la de un hombre que retumbaba teñida de autoridad y un terrorífico poder.

—¡Fuera!

Um Ruman se quedó boquiabierta y me miró sin dar crédito a lo que oía, con los ojos saliéndose de las órbitas y afeando su arrugado pero aún elegante rostro.

—¡No te atrevas a hablarme así, soy tu madre! —replicó con más

miedo que ira, como si no reconociera al extraño yin que se había apoderado de su preciosa hija.

Y sin embargo la voz que yo no podía controlar se negaba a que la mandaran callar.

—¡No, yo soy tu madre! —me oí gritar—, ¡Soy la Madre de los Creyentes, la Escogida, traída por el mismo Gabriel al Enviado de Dios! ¡Debéis obedecerme igual que obedeceríais a mi esposo! Y ahora, ¡fuera!

Los luminosos ojos de mi madre se llenaron de lágrimas y sin



embargo no sentí la menor pena por ella, no sentí nada más que ultraje e indignación justificada.

Mi madre me miró y me dio la impresión de que iba a replicar, pero noté que le temblaba la mano, como si estuviera haciendo uso de hasta el último ápice de fuerza de voluntad que había en ella para no darme una bofetada.

Y entonces mi padre se levantó, le puso una mano en el hombro al tiempo que negaba en la cabeza y ella se derrumbó y comenzó a sollozar con lágrimas que brotaban

sin cesar como si se hubiera abierto la compuerta de un gigantesco embalse en su interior; unas violentas sacudidas recorrían todo su cuerpo mientras hundía la cara entre las manos y temblaba con tanta violencia que pensé que sus delicados huesos estaban a punto de quebrarse.

Contemplé su dolor y luego le di la espalda optando por la anodina visión de los ladrillos de la pared en vez de la de aquella sangre de mi sangre y carne de mi carne que me había traicionado. Oí el murmullo de la tela de algodón cuando Abu Bakr

se levantó y ayudó a mi madre a hacer lo mismo entre sollozos. Luego vino el eco frío de sus pisadas sobre el suelo de piedra y el portazo cuando cerraron a sus espaldas al salir.

Me había quedado sola; más sola de lo que jamás había estado. Pese a que unos tenues rayos de luz se colaban por las diminutas rendijas de la cortina de piel de cordero que cubría mi ventana sentí que un velo de oscuridad se posaba sobre mi vida, una negrura tan espesa que en comparación incluso las tinieblas de

la tumba habrían resultado luminosas como antorchas de esperanza.

Y entonces, sin nada más que hacer, caí de rodillas y recé.

Y después, en medio del solitario silencio que sólo perturbaba el temblor compungido de mi corazón, oí una voz dentro de mí, suave y delicada como el murmullo de la brisa primaveral, que recitaba las palabras del Sagrado Corán:

*Dios es amigo de quienes creen:  
los saca de las tinieblas a la luz...*

ME senté más cerca de mi criada Buraira mientras ésta me susurraba al oído lo que había oído desde fuera a través de la puerta de los aposentos de Zainab. Buraira era uno de los pocos miembros de la casa del Profeta que había permanecido a mi lado después de que estallara el escándalo y la consideraba la única amiga de verdad que me quedaba durante lo que se estaba convirtiendo en el momento más oscuro de mi

vida: sus brazos rollizos eran suaves como almohadones y cada noche me recostaba en ellos a llorar horas enteras mientras esperaba noticias sobre qué me depararía el futuro. Había acabado por confiar en que el buen humor permanente de Buraira evitaría que me rindiera a la desesperación pero, esa noche, el peso de las palabras que traía de vuelta teñía de preocupación su rostro mofletudo.

—Zainab ben Jahsh habló en favor tuyo ante el Enviado —me dijo para mi más sincera sorpresa.

—¿Zainab? —Me costaba trabajo creer que mi gran rival hubiera salido en mi defensa y, de pronto, me sentí terriblemente mezquina y pequeña por todos los pensamientos oscuros y la amargura que había dejado anidar en mi interior a lo largo de los años—. En ese caso me había equivocado con ella, que Alá la bendiga.

Después me enteraría de que, a medida que los cuchicheos sobre mi infidelidad se extendían cada vez más, a medida que el tufo del escándalo se transformaba en un

nubarrón queapestaba toda la casa, algunas de las amigas de Zainab le habían dicho que debía alegrarse: la hija de Abu Bakr, su principal rival en el harén, pronto sucumbiría bajo la espada del deshonor y Zainab se convertiría entonces en la favorita, la más reverenciada de las Madres a los ojos de la comunidad; mi desgracia sería el catalizador que impulsaría el ascenso de la buena estrella de Zainab a los ojos de Dios y los hombres, y ella no tardaría en llenar el vacío que dejara yo en el corazón roto y traicionado de su



marido.

Tal era el grado de excitación que presidía los parloteos de las otras mujeres importantes de Medina, mujeres de familias nobles y poderosas que habían recibido con los brazos abiertos a la acaudalada Zainab como una más mientras que a mí me veían como a una advenediza llena de ambición. En opinión de esas mujeres, yo había recibido por fin mi merecido y deseaban presenciar la escena final de aquel sórdido drama, un desenlace que acabaría en mi desgracia y divorcio

del Enviado. El hecho de que pudiera encontrar mi final bajo una montaña de piedras, el ancestral castigo para las adúlteras, no parecía preocupar lo más mínimo a aquellas cotorras chismosas, pues estaban demasiado ocupadas saboreando el especiado manjar del escándalo como para pararse a pensar que la vida de una joven estaba en juego.

Tal vez no mucho tiempo atrás Zainab habría hecho lo mismo, regocijarse en mi desgracia, en la humillación de una mujer cuyos devaneos infantiles habían

provocado que nos impusieran a todas por igual y para siempre la pesada cortina del velo que había aislado del mundo exterior a Zainab y al resto de las esposas. Debería haberse sentido con derecho a disfrutar de mi mala fortuna como castigo larga y sobradamente merecidos después de toda una vida de privilegios y distinciones injustificadas como la única esposa virgen del Enviado.

Y, sin embargo, ahora que su rival se encontraba en el ojo del huracán que con toda la probabilidad

acabaría por llevársela por los aires, Zainab no sentía el menor júbilo. Nunca me había tenido simpatía, eso era verdad, y el control que yo ejercía sobre el corazón de Mahoma siempre sería un motivo de celos, pero en su fuero interno estaba convencida de mi inocencia: pese a todos mis defectos, mi arrogancia y mis arranques, Zainab sabía que estaba profundamente enamorada del Enviado de Dios y nunca correspondería voluntariamente a las atenciones de ningún hombre, ni siquiera de uno tan apuesto y viril

como Safuan. No: en opinión de Zainab, yo no era culpable de adulterio; de idiotez, sí; de inmadurez, también; pero sabía a ciencia cierta que yo nunca sería — nunca podría ser— infiel a Mahoma del mismo modo que la luna no podía negarse a seguir al sol.

Y así fue como Zainab Ben Jahsh, mi gran rival en la batalla por el corazón del Enviado de Dios, llegó a una decisión que tal vez sorprendería a sus amigas pero que tomaba porque era lo correcto.

Escuché a Buraira con toda

atención mientras me contaba lo que había oído.

—¡Oh, Enviado de Dios!, ¿me permitirías decir algo? —preguntó Zainab que había estado sentada junto al Profeta durante un buen rato antes de hacer acopio del coraje necesario para hablar.

El Profeta alzó la vista hacia ella con expresión de recelo en la mirada. Llevaba media hora sentado junto a

Alí sin pronunciar una sola palabra y Zainab los había estado observando: parecían más padre e hijo que primos, mirándose el uno al otro y entendiéndose perfectamente sin necesidad de usar palabras. A cualquier persona ajena a la familia santa aquel persistente silencio le habría parecido incómodo, pero los más allegados a la casa habían comprendido hacía ya tiempo que la relación entre Mahoma y Alí era especial y las normas habituales de interacción social no existían entre ellos; era como si fueran una persona

en vez de dos, eran parte el uno del otro de algún modo misterioso que sobrepasaba el entendimiento de los simples mortales.

—Habla, hija de Jahsh, y escucharé tu consejo —respondió el Profeta en voz baja.

Zainab dudó un instante, temerosa de estar inmiscuyéndose en asuntos peligrosamente ajenos a su incumbencia, pero al ver el dolor en los ojos de su marido tuvo la certeza de que tenía que decir lo que pensaba.

—Aisha y yo nunca nos hemos



llevado bien por muchas razones que no vienen al caso —comenzó a decir, lentamente al principio, como si cada palabra equivaliera a avanzar un paso más por un peligroso campo de batalla. Y entonces las palabras se agolparon en sus labios y brotaron como un torrente, como si algo o alguien muy superior se hubiera hecho con el control de su alma y estuviera hablando a través de ella —. Ahora bien, si hay algo de lo que estoy segura es de que te ama a ti y sólo a ti; es una pasión tan intensa que a veces la consumen los celos,

para gran sufrimiento del resto de las esposas, pero esa misma pasión es la causa de que sea completamente imposible que haya hecho las cosas de las que se la acusa.

Entonces hizo una pausa, sin atreverse casi ni a respirar. El Profeta la miró con un destello de gratitud en los ojos.

—Gracias, Zainab —le dijo igual que un paciente agradecería al médico que le procurara un remedio que necesitaba desesperadamente, pues las palabras de Zainab habían aliviado su dolor y su aislamiento,

aunque ella pudiera ver que el tormento de la duda todavía sacudía su corazón—, pero incluso si creo a Aisha, el escándalo amenaza con consumir a la *Uma* como un fuego abrasador —se lamentó el Enviado de Dios con un suspiro—. No sé qué hacer.

Zainab miró a Alí que bajó la mirada para clavarla en sus esbeltas manos durante un buen rato antes de alzar por fin la cabeza de nuevo para hablar.

—Hay muchas mujeres además de ella —afirmó Alí con voz suave.

Zainab vio que el Profeta se ponía tenso, como si lo hubiera picado algo, y luego las lágrimas anegaron sus negros ojos. El Enviado miró a su joven primo que se echó ligeramente hacia atrás cuando los ojos de Mahoma se posaron sobre él, como para disculparse. Y, sin embargo, Alí no se retractó de sus palabras.

En años posteriores, Zainab recordaría aquel sencillo diálogo entre los dos hombres: unas cuantas palabras entre miembros de una misma familia sobre un escándalo

vergonzante, palabras que habrían tenido escasa repercusión más allá del momento si las hubieran pronunciado otros hombres con destinos más ordinarios.

El consejo de Alí era bienintencionado, Zainab lo sabía; su sugerencia de que Mahoma se divorciara de Aisha seguramente ya se la habrían susurrado muchos otros compañeros al Enviado. Fueron palabras nacidas del amor por Mahoma y un deseo de proteger el honor de su casa, pero palabras como chispas que prenderían un

fuego que habría de cambiar el curso de la Historia para siempre.

Me quedé de piedra al enterarme por Buraira de que Alí aconsejaba el divorcio a mi marido. El primo del Profeta me había traicionado, el hombre más próximo al corazón de mi marido había intentado utilizar su gran influencia para excluirme de la Gente de la Casa y arrojarme fuera igual que se envía a un leproso al desierto. Me había declarado

culpable pese a no tener pruebas y había tomado partido del lado de aquellos hombres y mujeres malvados que propagaban mentiras para destruirme.

Sentí que los latidos de mi corazón se aceleraban y la sangre se me iba a la cabeza tan rápido que perdí un poco el equilibrio, igual que si me hubieran dado una bofetada. En ese momento, todos los complejos sentimientos que siempre había despertado en mí aquel joven extraño que no parecía de este mundo se fusionaron en una sola emoción.

Odio.

—Alí...

—murmuré

pronunciando su nombre con dificultad; la voz me temblaba por causa de una ira tan intensa que me abrasaba la lengua como si fuera un hierro candente. Y entonces hice un juramento que lo cambiaría todo. El curso de mi vida y el destino del Islam cambiaron de rumbo como consecuencia de las palabras que brotaron de mis labios con la violencia de una tromba de agua que lo destruye todo a su paso—: Juro por Dios que acabará postrándose



humillado..., juro que no pararé hasta verlo caer de su pedestal aunque sea lo último que haga...

Vi la expresión aterrada de Buraira pero no me importó: la criada se me quedó mirando como si no me reconociera y llevaba razón porque, en ese momento, Aisha ben Abu Bakr, la muchacha frívola y entrañable que amaba la vida, murió para volver a nacer como la mujer de hielo cuyo gélido corazón latía con un único propósito.

CUANDO me enteré de que sus más allegados habían aconsejado al Profeta que se divorciara de mí abandoné mi casa y volví a la de mi madre. No era que allí me sintiera más segura o más aceptada, al contrario: las dudas de mis padres eran como garras que me arañaban el corazón constantemente y me costaba trabajo mirar a cualquiera de los dos a la cara, pero no podía seguir viviendo en la casa del Enviado,

durmiendo en la cama que habíamos compartido en otro tiempo, mientras aquella nube de sospecha siguiera sobrevolando sobre mi cabeza. Además, si el vínculo matrimonial que nos unía iba a disolverse o, peor aún, si iba a ser juzgada por adulterio, no quería sufrir la humillación de que vinieran a mi propia casa para llevarme a la fuerza. Así que una mañana me puse el velo y me marché por voluntad propia con Buraira como única protección contra las miradas acusadoras que me lanzaba la

multitud mientras caminaba por las calles empedradas de Medina.

Mi madre me cedió un cuartito en la parte de atrás de su cabaña de piedra que era sólo un poco más grande que la celda que había sido mi hogar en la *masyid* y trató de consolarme como pudo, pero yo rechazaba sus torpes intentos de reconciliación y permanecía encerrada en mí misma. Me pasaba los días orando, arrodillada ante Dios pidiéndole que limpiara mi nombre de aquella mentira, y dormía sola en un tosco jergón con colchón

de hojas de palma entrelazadas que me arañaba la piel hasta dejármela en carne viva cuando daba vueltas en la cama cada noche acosada por mil pesadillas. Pero, por muy horribles que fueran los sueños, las caras de los yin y los demonios que me atormentaban todas las noches, prefería el desquiciante sinsentido de los malos sueños a la pesadilla aún mayor que me aguardaba cuando me despertara.

Permanecí durante seis días en aquella habitación de la que sólo salía para ir al destartalado cobertizo

junto a la pared trasera de la casa donde estaba el retrete. Mi madre intentó convencerme para que comiese con la familia pero yo me llevaba cuencos con unos cuantos trozos de carne o gachas de trigo cocido a mi habitación y comía sola, y al cabo de dos días dejó de llamarme para venir a la mesa y simplemente me dejaba una bandeja con comida a la entrada.

Y entonces, al séptimo día, oí que llamaban a la puerta y luego la voz de mi padre pidiéndome que los dejara entrar pues venía acompañado

de una visita. El Enviado de Dios había venido por fin a hablar conmigo y al oír el tono grave de mi padre me di cuenta de que se temía lo peor.

Estaba anestesiada por el dolor implacable que llevaba padeciendo constantemente durante las últimas semanas y no sentí nada cuando fui a abrir para recibir a mi marido: ni ira ni miedo ni desesperación. Y hasta el amor que siempre nos había unido estaba tan profundamente enterrado en lo más hondo del abismo en que se había convertido mi corazón que

no fui capaz de encontrarlo. Era como si estuviese ya muerta, insensible a la vida y las emociones, igual que un árbol muerto cuyas ramas se mecieran agitadas por un viento helado.

Abrí la puerta y me encontré al Enviado de Dios que me miraba fijamente con una expresión grave y solemne en el rostro. Hice el consabido saludo de la paz con movimientos mecánicos y me senté en el duro jergón con la mirada clavada al frente, preparada para la sentencia, fuera la que fuera.



El Profeta entró seguido de mis padres, que parecían más asustados de lo que jamás los había visto. Incluso durante la peligrosa huida a Medina habían mantenido una expresión de calma en el rostro y se habían comportado de forma ecuánime y pausada, pero ahora en cambio parecía como si estuvieran a punto de arrebatarse cuanto tenían. En otras circunstancias habría agradecido su preocupación por mi futuro, un claro signo de que pese a las dudas y recelos sobre mi carácter me seguían queriendo, pero mi

corazón era como la escarcha del invierno sobre las hojas de las palmeras, cortante e implacable.

Mi esposo se sentó a mi lado y se quedó mirándome a la cara un buen rato; la expresión de sus oscuros ojos era inescrutable y el leve trazo sonrosado que solía teñir sus mejillas había desaparecido dejándolo lívido como un espectro.

Cuando por fin habló apenas reconocí su voz porque la fluida melodía habitual había sido sustituida por un sonido bronco, como si llevase años sin hablar.

—¡Oh, Aisha! He oído terribles acusaciones contra ti pero, si eres inocente, sin duda Dios así lo declarará —me dijo sopesando cada palabra con sumo cuidado—, y si por el contrario has pecado, entonces pide perdón a Alá y arrepientete ante Él porque en verdad el Señor se apiada del siervo que confiesa en su presencia y se arrepiente.

Así estaban las cosas: con el Enviado de Dios sentado a mi lado preguntándome si era o no cierto que lo había traicionado con Safuan en el desierto. Después de tantos años

juntos, después de todo lo que habíamos pasado, seguía sin confiar en mí. Sus palabras se me clavaron como un puñal y de repente se abrió un oculto pozo de emociones en mi interior, se me llenaron los ojos de lágrimas que comenzaron a correr por mis mejillas pero no hice ni ademán de secármelas. Lo veía todo borroso como si me hubieran tirado de cabeza a un río y, por un instante, temí perder la vista igual que el profeta Jacob cuya pena por la pérdida de su hijo José lo dejó ciego.

Me volví hacia mi padre que

estaba de pie junto a la puerta.

—Responde por mí al Enviado de Dios —supliqué a Abu Bakr para que interviniera y me salvase de aquella última deshonra.

Pero mi padre bajó la cabeza:

—No sé qué decir.

A través de la bruma que me cubría los ojos distinguí la figura de mi madre de pie justo detrás de él con las manos en el pecho en un gesto de infinito dolor.

—Madre... por favor... díselo...

Pero Um Ruman me dio la

espalda entre sollozos.

Contemplé a mis padres dándome cuenta de que estaba verdaderamente sola en el mundo y entonces ocurrió algo extraño: sentí una sensación cálida que se extendía por mi pecho, un fuego que se había encendido en mi corazón, sentí la llama de la dignidad y el honor que me correspondían por nacimiento.

Me sequé las lágrimas y me puse de pie con la cabeza bien alta.

—Sé que habéis oído lo que los hombres dicen y que sus palabras han anidado en vuestros corazones y las

habéis creído —afirmé llena de orgullo al tiempo que paseaba la mirada de mis padres a mi marido—. Si os digo que soy inocente, y Dios sabe que lo soy, no me creeréis; pero si confieso algo de lo que Dios sabe que no soy culpable, entonces me creeréis. —En ese momento me acordé otra vez del profeta Jacob y la respuesta que había dado cuando oyó la mentira de que un lobo había devorado a su hijo—. Así que diré lo mismo que el padre de José: «¡Oh, bella paciencia! ¡A Dios pido ayuda ante lo que describís!».

Y, dicho eso, me tendí en el duro jergón y les di la espalda para acurrucarme hecha un ovillo igual que un niño en el vientre de su madre, rodeándome los hombros con los brazos en un abrazo que nadie más iba a darme.

Oí moverse al Enviado de Dios y luego sentí que la cama se sacudía violentamente, una sensación que reconocí de inmediato, pues ya la había vivido muchas veces mientras estaba tendida a su lado.

Eran las convulsiones de una Revelación.



Noté que se resbalaba fuera de la cama, luego oí el golpe sordo cuando cayó al suelo y, pese a lo furiosa que estaba, pese a que me sentía vacía y traicionada, me volví para comprobar que estaba bien. El Profeta había quedado caído sobre un costado y vi que se retorció y temblaba encorvándose hasta que las rodillas le tocaron el pecho. El sudor corría a chorros por su cara aunque el aire era tan frío que podía verse el vaho de su respiración.

Abu Bakr y Um Ruman corrieron inmediatamente a su lado pero no

había nada que pudieran hacer salvo observar atónitos mientras se producía la Divina comunión ante sus ojos. Los temblores que recorrían al Enviado fueron aminorando y por fin cesaron del todo; él abrió los ojos y parpadeó, después miró a su alrededor, desorientado como solía quedarse después de una Revelación. Entonces me vio en la cama y su rostro esbozó una amplia sonrisa.

El Enviado se puso en pie con movimientos vacilantes, mis padres lo ayudaron a encontrar el equilibrio, y luego por fin se echó a reír: el

primer sonido alegre que había oído de sus labios desde hacía semanas.

—¡Oh, Aisha, alabado sea Dios pues te ha declarado inocente!

Las palabras me golpearon como si con ellas me hubiesen dado una patada en el estómago; la habitación empezó a darme vueltas y de repente sentí que estaba a punto de desmayarme.

Mis padres se quedaron mirando al Profeta con los ojos como platos antes de acabar por fin abrazándose llenos de gozo. Vi el alivio reflejado en sus rostros pero no me moví

porque tenía las piernas paralizadas y mi corazón latía tan deprisa que me parecía notar cómo temblaban los huesos a su alrededor.

Mi madre me miró con una luminosa sonrisa en los labios y luego se agachó para besarme la frente pero yo seguía inmóvil, mirándolos fijamente sin pronunciar palabra.

—¡Levántate y da las gracias al Enviado de Dios! —me ordenó Um Ruman loca de alegría aunque con un ligero deje de reproche en la voz.

En ese momento sentí que me

ardía la cara al fluir repentinamente por mis venas todo el veneno acumulado en las últimas semanas. Me puse de pie y eché la cabeza hacia atrás con un gesto desafiante.

—¡No! —chillé con una voz de ultratumba que ni yo misma reconocí—. No me levantaré ni haré nada, ¡y no adoraré a nadie excepto a Dios!

Dios me había creído cuando el mundo entero se había vuelto contra mí, incluidos mis propios padres, incluido el hombre al que amaba. Si no hubiera sido por la intervención del Creador de los Cielos y la Tierra

en aquel desagradable episodio, habría vivido el resto de mis días — y muy probablemente el momento de mi muerte— bajo la sombra de una mentira.

Me di la vuelta y salí de la habitación a grandes zancadas deseando poder escapar de todos aquellos que no me habían creído y postrarme ante el Único que sí lo había hecho, el único en quien podía confiar de manera incondicional, el único que importaba. Un Ser cuyo Rostro estaba en todas partes donde posara la mirada y en ninguna al

mismo tiempo; un Dios cuyas palabras leía cada día y cuya voz, sin embargo, nunca había oído.

Ese día me di cuenta de que Mahoma era exactamente quien decía ser: un hombre y nada más. Mi juventud me había llevado a amarlo con tal entrega que lo había convertido en un ídolo, un icono impecable de perfección, cuando la verdad era que se trataba de un hombre de carne y hueso como los demás, con las mismas dudas y miedos que plagaban los corazones de los demás mortales. Sabía que

cuando se fuera apagando el fuego de mi ira el amor que sentía por mi esposo resurgiría, como siempre ocurre entre personas cuyas almas ha unido el destino, pero sería un amor sano entre dos personas que aprenderían a vivir juntas en un mundo imperfecto y no el amor de una mujer suplicante y temblorosa rindiendo pleitesía a un ángel del cielo.

A partir de ese día, el nuestro sería un amor humano sin el menor atisbo de idolatría, un pecado que el fuego del escándalo y la injusticia



habían borrado de mi corazón. Y así, el ideal infantil de un amor místico, una unión comparable a una rosa sin espinas, se desvaneció para siempre y surgió en su lugar una visión ecuánime y honesta de la vida y las dificultades de vivir y amar en un mundo roto.

Cuando ahora echo la vista atrás, en las últimas horas de mi vida, me doy cuenta de que en ese momento dejé verdaderamente de ser una niña para convertirme en una mujer.

Volví a mis aposentos esa misma tarde y se corrió la voz de la divina declaración de inocencia por toda la ciudad de Medina: Dios no sólo me había declarado inocente de las falsas acusaciones sino que además había otorgado un nuevo mandamiento del Sagrado Corán que requería que cualquiera que acusara a una mujer de adulterio estuviese obligado a presentar cuatro testigos oculares de los hechos y, si no se encontraban, el acusador mismo recibiría ochenta azotes en castigo

por mancillar el honor de una mujer inocente.

Sin embargo, al poco tiempo de mi rehabilitación el Profeta me rogó que perdonara a los chismosos para poner así fin a las divisiones que habían amenazado con despedazar a nuestro pueblo. No tuve más remedio que acceder y un desfile de hombres y mujeres cabizbajos y con expresión de profundo arrepentimiento en el rostro fue pasando por mi puerta, llorando y suplicando que los perdonara, algo que hice de corazón: el asunto había quedado zanjado y no

tenía el menor deseo de verter más veneno en las heridas de la comunidad.

Pero cuando el último suplicante hizo su aparición resultó que la generosidad de mi corazón se había agotado. Allí vino al umbral de mi puerta para pedirme respetuosamente perdón y me quedé mirando a mi bestia negra a través de la cortina del grueso velo que me cubría el rostro. Sus humildes gestos de arrepentimiento eran sinceros pero no hicieron nada por apaciguar la furia que ardía en mi interior. Allí era

el único que tenía poder para influir en el corazón de mi esposo para bien o para mal y había elegido usar ese poder contra mí.

Mientras lo contemplaba arrodillado ante mí suplicando mi perdón sentí que unas garras me atenazaban la garganta y un horrible sabor a bilis me inundaba la boca. Y entonces, sin decir una sola palabra en respuesta a sus reiterados ruegos, me puse de pie, le di la espalda y cerré la puerta tras de mí.

JALID ben al Ualid, general de los ejércitos de La Meca, contempló las interminables filas enemigas acercándose por el horizonte. No iban cubiertos con armaduras de acero ni llevaban impresionantes armas de guerra. Al contrario, venían vestidos con el *ihram*, el sencillo ropaje de lino blanco de los peregrinos al Santuario situado en el corazón de Arabia. Los hombres de Medina llevaban una pieza de tela a

modo de taparrabos y otra cruzada sobre los hombros, mientras que las musulmanas vestían vaporosas túnicas y pañuelos en la cabeza. Jalid estaba sentado a lomos de su poderoso corcel con la mirada fija en la oleada de mil cuatrocientos musulmanes que marchaban completamente desarmados e indefensos hacia la ciudad cuyos líderes los habían expulsado hacía una década. Los oyó gritar emocionados la ancestral invocación de los peregrinos: «¡*Labaiq Alahuma, labaiq!*!» ('¡Acudo a tu

llamada, oh, Señor, acudo a tu llamada!") e incluso su corazón, en el que había ya poco espacio disponible para los sentimientos, se conmovió.

Pero, por mucho que las emociones le ablandaran el corazón, su deber de soldado seguía siendo el mismo; Jalid chasqueó la lengua y espoleó al caballo emprendiendo el galope hacia la riada de peregrinos que se acercaba.

Los líderes de La Meca acababan de recibir noticias de la inminente llegada de la marea musulmana y la



ciudad era un hervidero de actividad: el hecho de que ninguna de las tribus beduinas aliadas se hubiera molestado en advertir a Abu Sufian y sus secuaces con suficiente antelación del avance de la caravana de peregrinos procedentes de Medina era un triste epílogo a la pérdida de prestigio que había sufrido La Meca tras el fallido Asedio de la Trinchera. O tal vez sus espías apostados en las colinas circundantes no consideraban que la llegada de aquella multitud de fieles desarmados supusiera una amenaza,

aunque Jalid sospechaba que habrían reaccionado con el mismo silencio si Mahoma hubiera lanzado un ataque sobre la ciudad.

Jalid, el general mecano, sacudió la cabeza lleno de admiración: verdaderamente Mahoma había demostrado que no solamente era todo un líder político y un maestro capaz de inspirar a las masas, sino que también un hábil general y, ciertamente, un magnífico estratega militar. Esta última y sorprendente táctica de enviar a sus seguidores a la Peregrinación igual que cualquier

otra tribu árabe era una jugada genial, digna de un verdadero maestro del arte de la guerra. Incluso en ese momento en que cabalgaba hacia sus enemigos, Jalid era plenamente consciente de que poco podía hacer para detenerlos. Los peregrinos gozaban de la protección de tabúes ancestrales y no habría podido tocar ni un solo pelo de sus cabezas sin desatar las iras de los pocos aliados que La Meca conservaba todavía.

Todo lo cual, por supuesto, Mahoma tenía muy presente: enviaba

a La Meca a una fuerza lo suficientemente numerosa como para invadir y ocupar toda la ciudad pero que no llevaba armas, con lo que evitaba suscitar una agresión en respuesta. El Profeta se proponía maniatar a La Meca con cadenas de paz y había poco que Abu Sufian y el resto de próceres de la ciudad pudieran hacer al respecto.

Mientras galopaba colina arriba Jalid iba oyendo el estruendo de los cascos de los caballos e incluso podía distinguir perfectamente el olor del sudor de sus hombres que lo

seguían; en cuestión de unos momentos tendría a sus espaldas a doscientos de los mejores jinetes de La Meca y seguramente la nube de polvo que levantaban ya sería visible para los peregrinos, pero éstos seguían caminando al mismo paso cadencioso, persistiendo en su avance hacia la Ciudad Santa de La Meca donde tenían prohibida la entrada.

La legión de jinetes continuó galopando hacia los pacíficos invasores con su comandante a la cabeza y, cuando ya estaban a una

distancia lo suficientemente corta como para poder comunicarse a gritos, Jalid dio orden de detener la marcha; reconoció a Umar ben al Jattab, el valeroso guerrero que había abandonado a su pueblo al convertirse a la nueva fe, y espoleó el caballo hacia la imponente figura.

Umar debió verlo ascender por la ladera de la duna, como también debió distinguir sin problema el contingente de caballería mecana que lo seguía, pero el adusto guerrero se limitó a mantener la vista al frente mientras continuaba entonando el

cántico del peregrino, más fuerte ahora que el estruendo de los cascos de los caballos que se aproximaba a ellos.

Jalid cabalgó directamente hacia él y lo llamó diciendo:

—Me envían los señores de La Meca para informaros de que no sois bienvenidos, volved a vuestra tierra y no perturbéis más la Peregrinación.

Por fin Umar alzó la vista hacia él pero no había ni rastro de miedo en sus ojos, sólo el desprecio con el que habría mirado a un perro rabioso que ladrara a su paso, y continuó la

marcha dejando atrás a Jalid como si no reconociera al más famoso de los guerreros de su nación.

El mecano hizo retroceder a su montura que levantó peligrosamente las patas delanteras en el aire justo delante de Umar: un sólo golpe de las poderosas patas de la bestia habría bastado para matar a un hombre, o por lo menos para lisiarlo de por vida, pero Umar siguió ignorando al general de La Meca y se puso a rezar todavía más fuerte.

Jalid contempló la ingente marea de musulmanes que avanzaba



sorteándolo igual que si de una roca en el curso de un torrente imparable se tratara, y entonces sintió que nacía en su pecho un sentimiento de profundo respeto por aquellos herejes que habían puesto su mundo patas arriba.

El guerrero tiró de las riendas y dirigió al caballo al paso entre la multitud para luego dirigirse colina arriba hacia la cima donde veía a sus hombres esperando una orden: vio que contemplaban el decidido avance de la muchedumbre llenos de estupor y pese a que todos iban armados con

arcos y flechas que podrían haber diezmado al pacífico invasor sin dificultad, sus soldados no movieron un dedo para detener a los musulmanes.

Cuando Jalid alcanzó las primeras líneas del impotente ejército mecano, vio a su viejo amigo Amr ben al As en la vanguardia del contingente, detectó en sus ojos el mismo destello de respeto que él había sentido y tuvo la certeza de que podía contarle a aquel camarada sus pensamientos más secretos:

—Estos harapientos están dando

muestra de más valor que mil soldados, que se esconden tras la armadura y el filo de la espada — comentó Jalid.

Durante un instante Amr siguió mirando fijamente a la muchedumbre que avanzaba al unísono en perfecta armonía, con paso seguro y rítmico de una precisión casi militar, y luego se volvió hacia Jalid con los ojos brillantes:

—Imagina lo que semejante valentía podría conseguir si tuviera además el poder de la armadura y la espada —dijo.

Jalid sonrió al darse cuenta en ese preciso instante de lo que estaba pensando Amr y, por un segundo, dejó de sentir el cansancio de los años al frente del ejército de La Meca luchando en una guerra sin posibilidades de ser ganada contra un enemigo más listo. Repentinamente se le llenó el corazón de orgullo al pensar en Mahoma —a fin de cuentas un miembro de su mismo clan—, quien de algún modo había conseguido transformar a un puñado de desorganizados árabes andrajosos

uniéndolos con vínculos tan poderosos. Aquélla era una ambición que Jalid mismo siempre había albergado: convertir a las tribus salvajes del desierto en una nación digna de enfrentarse a los poderosos ejércitos de los imperios circundantes, unir la temible energía guerrera de sus gentes con la disciplina militar de la que adolecían desde hacía siglos. Pero al final había desistido concluyendo que aquella idea no era más que un sueño disparatado de juventud, una empresa de titanes que superaba la capacidad

de cualquier hombre.

De cualquier hombre excepto Mahoma.

Mientras contemplaba el lento avance de aquellas intrépidas legiones allá abajo, el guerrero mecano tuvo una visión sobre el futuro que lo llenó de excitación haciendo que se aceleraran los latidos de su corazón.

—Conquistarían el mundo —respondió por fin al comentario de Amr con las pupilas dilatadas por la admiración, como si acabase de encontrar de la forma más inesperada

la respuesta a un galimatías que llevaba toda la vida tratando de resolver.

Amr le dedicó una sonrisa de complicidad y luego los dos hombres marcharon a la cabeza de la caballería mecana de vuelta a los establos dejando que, por primera vez en una década, los musulmanes siguieran avanzando hacia la Ciudad Santa sin ser molestados.

AL final no tomamos La Meca ese año pero obtuvimos una victoria aún mayor: las fuerzas de Jalid se retiraron y los quraish enviaron una delegación al Enviado solicitando una tregua. Recibimos a su emisario, un noble altanero llamado Suhail ben Amr, en la llanura de Hudaibiya, justo a las afueras de la ciudad. Suhail propuso un pacto de diez años que suspendería las hostilidades y permitiría a los musulmanes reanudar



la Peregrinación al año siguiente, y los idólatras abandonarían la ciudad durante el tiempo en que estuviera ocupada por los musulmanes para evitar que surgieran enfrentamientos entre viejos adversarios. Pero quedaba pendiente una cuestión controvertida: conforme a los términos del tratado, cualquier musulmán que durante la peregrinación a La Meca desertara uniéndose a los mecanos recibiría asilo de los paganos mientras que cualquier mecano que tratase de hacer lo contrario sería entregado de

vuelta a los idólatras.

Era una disposición completamente intolerable e incluida para humillar a los musulmanes a la que el Enviado accedió sin la menor objeción provocando el descontento en las filas musulmanas; hasta Umar llegó a cuestionar en un momento de ira si el Profeta, capaz de aceptar unos términos tan leoninos, era realmente el Enviado de Dios. Mi padre lo reprendió inmediatamente obligándolo a pasar por la humillación de pedir disculpas.

—Nos habías prometido la

victoria frente a los mecenos —le reprochó Umar al Profeta con voz quejumbrosa de niño malcriado, pero éste simplemente sonrió.

—Y os he dado la victoria —se limitó a replicar Mahoma.

En su día que el Enviado se aviniera a las condiciones del Tratado de Hudaibiya molestó a muchos pero, con el tiempo, entenderíamos que había sido toda una muestra de la visión de hombre de Estado que poseía Mahoma. Mi esposo había sabido reconocer algo de lo que sus seguidores no se

percataban: que la paz y la estabilidad en la península no harían sino acelerar el avance del Islam.

Quizá los creyentes no comprendieron del todo las ramificaciones del tratado, pero nuestros enemigos en cambio vieron inmediatamente el peligro muy real que planteaba la nueva paz entre La Meca y Medina. Las noticias de la tregua de Mahoma con los mecanos no tardaron en llegar a la fortaleza de los judíos exiliados y Huyay se enfureció y maldijo durante días al enterarse de la traición de los

quraish: los árabes eran unos perros traidores —había despotricado— que al final habían roto las promesas hechas a sus aliados con la esperanza de garantizarse una seguridad temporal frente a la creciente influencia de Medina.

Aunque Safiya trató de calmarlo, su padre se negaba a escuchar. El tratado de Hudaibiya era la prueba irrefutable de la desleal inconstancia de sus antiguos aliados mecanos que Huyay había estado buscando. Desde el Asedio de la Trinchera, Huyay estaba obsesionado con la idea de

que Abu Sufian lo había traicionado acordando en un pacto secreto con los musulmanes la retirada que había desembocado en la aniquilación de sus hermanos judíos de la tribu de los Bani Quraiza. Safiya sabía que el sentimiento de culpa por la destrucción de la última tribu judía de Medina pesaba como una losa sobre el corazón de su padre y que la única manera de soportar aquel dolor era culpar a otro por la tragedia y no a sí mismo.

Entre su propio pueblo, pocos compartían las teorías conspiratorias

cada vez más elaboradas de Huyay pero, aun así, no cabía duda de que el tratado entre Mahoma y sus enemigos paganos había alterado para siempre el equilibrio de poder en la península y la nueva realidad no favorecía a las gentes de Jaibar, el último asentamiento judío de toda Arabia. Sin el apoyo de los mecanos, el diminuto enclave quedaba aislado y vulnerable a un ataque del ambicioso profeta árabe.

Así fue cómo los patriarcas de Jaibar decidieron prestar oídos a las palabras del enviado de Bizancio:

Donato había llegado esa misma mañana acompañado por un pequeño contingente de guardias sirios y portando el sello de Heraclio, emperador de Constantinopla y, a pesar de que éste no era precisamente amigo de los judíos, Huyay había convencido a los patriarcas del asentamiento de que debían brindarle una bienvenida honrosa, habida cuenta de que tenían un enemigo común.

Safiya, la hija de Huyay, miró al emisario bizantino con una mezcla de curiosidad y desprecio: lucía una



vaporosa dalmática romana de anchas mangas que cubría en parte la túnica de rayas de vivos colores y los bombachos ajustados que llevaba debajo; un gorro frigio de color azul cubría sus frondosos cabellos castaños y en sus muñecas resplandecían unos brazaletes de oro. En conjunto, Donato parecía más una hermosa muchacha acicalada que un hombre poderoso, y se veía claramente que había heredado su autoridad en vez de ganársela. Safiya no tenía paciencia para ese tipo de hombre, sobre todo después de que

su padre la hubiera obligado a casarse con Kinana, un noble relamido de Jaibar cuyo mero tacto le repugnaba.

La joven escuchó con suma atención mientras Donato explicaba que el nuevo poder que estaba surgiendo más allá de las fronteras meridionales de los dominios de Bizancio había atraído la atención del emperador. Por lo visto, Mahoma mismo había entrado en contacto con la corte imperial enviando una carta en la que invitaba a los romanos a convertirse en seguidores de su Dios.

La increíble noticia suscitó un fragor de acaloradas conversaciones en la sala del consejo de patriarcas de Jaibar hasta que Huyay exigió silencio para que Donato pudiera seguir hablando y darles más detalles.

Según informaban los espías bizantinos, el profeta árabe había enviado cartas similares a la corte del emperador persa Cosroes en Ctesifonte y a éste le había ofendido tanto la sorprendente audacia de aquel árabe analfabeto que había hecho trizas la misiva.

Persia habían optado por no tomar muy en serio aquel poder emergente que estaba surgiendo en Arabia pero, en el caso de los bizantinos, la velocidad a la que Mahoma había consolidado la unión de todas las tribus había provocado la suficiente alarma como para decidir que debían responder. Heraclio había ordenado a sus generales que comenzaran los preparativos para una invasión preventiva de la península antes de que aquel profeta-rey ambicioso se convirtiera en un problema para las

lucrativas rutas comerciales del Imperio, y Bizancio quería la ayuda de las gentes de Jaibar para organizar el ataque.

—Vuestra fortaleza sería un enclave fundamental para la ofensiva terrestre del Ejército Imperial — declaró Donato en su árabe con acento extraño que sin duda le había enseñado alguien que hablaba los dialectos del desierto sirio.

Se hizo un silencio tenso mientras los patriarcas consideraban las ramificaciones de la alianza que se proponía y Safiya se dio cuenta de

que todas las miradas estaban puestas en Huyay. Todos los líderes judíos consideraban a Huyay el hombre con más experiencia para lidiar con Mahoma y su díscolo movimiento religioso y ahora que la rápida expansión del Islam era el principal tema de conversación de las élites políticas, Huyay se había convertido, de hecho, en el líder de la comunidad de Jaibar por más que fuera un refugiado que únicamente había sobrevivido gracias a la generosidad de los ciudadanos del asentamiento.

Huyay miró al embajador bizantino sin inmutarse pero tenía la frente arrugada mientras cavilaba. A Safiya le constaba que su padre estaba encantado de haber encontrado un nuevo aliado en su lucha contra Mahoma pero la desconfianza natural que le provocaban los gentiles le impedía aceptar sin más ni más la oferta del emisario.

—Os ruego que me disculpéis si dudo, pero el hecho es que vuestro pueblo ha mostrado muy poco respeto por el mío hasta este día —

se explicó Huyay—, más bien habéis exterminado tantos judíos como habéis podido con el pretexto de que mataron a vuestro Cristo.

Aunque la brutal franqueza de Huyay produjo un murmullo de estupor en la sala, Safiya sabía de sobra que su padre se había limitado a decir lo que todos estaban pensando: la extremadamente dolorosa experiencia de los judíos bajo el poder de Roma había culminado con la destrucción de Jerusalén y la diáspora de su pueblo por todo el mundo, y no se podían



borrar siglos de historia de la noche a la mañana, por mucho que lo aconsejaran las necesidades políticas del momento y por muy apremiantes que éstas fueran.

Si el emisario de Bizancio se sintió ofendido por la total falta de diplomacia de Huyay, tenía demasiado oficio como para dar muestras de ello: Donato esbozó un gesto ensayado de pesar e inclinó la cabeza ante los patriarcas de la comunidad judía.

—Lo que decís es desgraciadamente cierto —reconoció

para gran sorpresa de todos los presentes—, se cometieron muchas injusticias en los tiempos de mis antepasados, hombres cegados por la fe o que buscaban un chivo expiatorio a quien cargar con los problemas del Imperio, pero el gran Heraclio no es uno de ellos sino que siente un profundo respeto por el pueblo judío, pues ¿acaso no es cierto que el mismo Cristo compartía vuestra sangre?

Hasta la última palabra de aquella respuesta había sido escogida con sumo cuidado y Safiya

notó que los patriarcas de Jaibar se relajaban inmediatamente al oír las fingidas muestras de contrición; por supuesto que nadie creía ni por un momento que el emisario romano experimentara el menor remordimiento por los crímenes cometidos por su pueblo, pero lo que sí resultaba evidente era que necesitaba su ayuda lo suficiente como para ponerse aquella máscara de calculada humildad.

—¿Qué garantías tendríamos si nos aliáramos con el emperador? — quiso saber Huyay.

—Una vez nos hayáis ayudado a librar a Arabia de ese lunático seréis nombrados virreyes de Su Majestad para gobernar la nueva provincia en nombre del Emperador.

Safiya vio que los ojos vidriosos de su marido Kinana se iluminaban al oír hablar de la posibilidad de gobernar sobre los árabes y eso no hizo sino aumentar su aversión hacia él.

El aire se llenó de una innegable excitación como resultado de las declaraciones del emisario. Huyay compartía esos sentimientos pero era

un hombre de Estado con demasiada experiencia como para demostrarlo y lo que hizo fue dar un paso al frente con expresión grave en el rostro hasta colocarse a una corta e incómoda distancia del bizantino, aunque es justo reconocer que Donato no se inmutó ante la mirada escrutadora del anciano sino que se la devolvió con aire impasible.

—Tu emperador puede buscarse a otro que gobierne estos parajes desiertos —objetó el líder judío tras una pausa de gran efecto dramático—. El corazón de mi pueblo está

puesto en otro lugar, uno al que no se le permite ir.

Safiya sabía que Huyay estaba entrando en un juego peligroso, pero era una apuesta que si ganaba podía cambiar el rumbo de la historia de su pueblo porque en realidad sólo había una cosa que cualquier judío deseara, precisamente la que se les llevaba negando quinientos años: la posibilidad de volver a la tierra de la que habían sido expulsados en los días de la revuelta judía contra los romanos liderada por Simon Bar Kojba, el falso mesías que había

arrastrado a su pueblo a la tragedia.

El emisario bizantino se quedó allí de pie, inmóvil, y su rostro se volvió una máscara inescrutable sobre el que ejercía tal control que era imposible leer en él. Luego por fin habló:

—El Emperador en persona me ha dado autorización para ofrecer a vuestro pueblo garantías de que si os unís a Bizancio revocará la prohibición. Una vez sea derrotado este rey árabe, vuestro pueblo será libre de emigrar a Palestina.

Hubo exclamaciones de

incredulidad y oraciones a gritos dirigidas al Dios que por fin había mostrado a su pueblo una forma de acabar con la tragedia del exilio. Safiya por su parte experimentaba sensaciones contradictorias: por un lado sentía un profundo anhelo de ver a su pueblo de vuelta a Tierra Santa y, por otro, una terrible tristeza de que el precio que hubiera de pagarse fuera la destrucción de un hombre cuyo único deseo aparente para los gentiles era el conocimiento de Dios y una vida mejor.

Pese a que la excitación era



palpable en la sala de infinitas columnas, Huyay permanecía impasible y no dio muestras de estar impresionado en absoluto.

—¿Y qué hay de Jerusalén? — dijo alzando la voz: una pregunta simple que hizo que todos enmudecieran inmediatamente.

Y, por primera vez, Donato pareció desconcertado, como si no se hubiera esperado que los judíos fueran a ir tan lejos con sus exigencias. Dudó un instante y luego negó con la cabeza.

—Desgraciadamente no puedo

ofreceros pleno acceso a la Ciudad Santa —respondió provocando la decepción de los presentes—, ésa sigue siendo una cuestión muy delicada a los ojos de la Santa Iglesia.

Huyay se encogió de hombros y dio la espalda al embajador.

—En ese caso, no hay trato —sentenció al tiempo que comenzaba a alejarse hacia las puertas de bronce de la sala dando a entender que consideraba el asunto zanjado.

Y entonces, para gran sorpresa de Safiyya, los demás patriarcas de

Jaibar se levantaron para seguirlo produciéndose un éxodo masivo con el que se ponía de manifiesto el fracaso de la diplomacia bizantina.

Donato palideció al tiempo que abría unos ojos como platos rebosantes de desconcierto mezclado con un fugaz destello de miedo. De repente Safiya sintió pena por aquel hombrecillo afeminado que seguramente tendría que hacer frente a terribles consecuencias si regresaba a la corte de Heraclio con las manos vacías, pero también sabía que su padre estaba haciendo lo que

debía como político: utilizar cualquier baza que juzgase necesaria para conseguir sus objetivos.

Cuando los líderes de Jaibar ya estaban junto a la puerta, Donato alzó la voz para pedirles que esperaran:

—Creo que puedo convencer al Emperador para que permita ciertas excepciones —declaró con tono que ya no era aterciopelado sino de agitación—: una peregrinación anual a los santos lugares, es lo máximo que puedo ofrecer. —Huyay se detuvo y se giró para mirar al emisario con un brillo de renovado

interés en los ojos. Donato respiró hondo y recobró la compostura—. Si aun así la propuesta no os parece aceptable, así se lo haré saber a Su Majestad —sentenció el embajador con frialdad—, pero tened en cuenta que en ese caso no podréis disfrutar de la protección que se concede a los aliados cuando los soldados de Bizancio conquisten esta tierra.

Aquello era una clara amenaza y desde luego su peso se hizo sentir. El hecho era que las legiones de Constantinopla se preparaban para la invasión, independientemente de que

los judíos les facilitarán o no el camino. Los judíos de Jaibar podían ayudar a Heraclio a eliminar la amenaza que suponía Mahoma o enfrentarse también ellos a la posibilidad de ser eliminados.

Safiya observó a su padre que volvió sobre sus propios pasos hasta quedar de pie frente a Donato: no parecía tenerle miedo a aquel emisario acostumbrado a estar en presencia de reyes y cuyas palabras podían ser fuente de vida o muerte para el pueblo judío. Fuera cual fuera su propia opinión sobre las

ideas políticas de Huyay su hija tenía que reconocer que no se le podía acusar de cobardía.

Y entonces el líder judío alargó una mano para estrechar la del embajador bizantino.

—Dile a tu emperador que hay trato.

Esa noche Safiya tuvo un sueño inquietante: tendida junto a Kinana en la cama de madera de pino que

compartían, dando vueltas y más vueltas en medio de un sueño intranquilo, soñó que caminaba por una calle empedrada de Jaibar, la ciudad que se había convertido en su hogar después de que expulsaran a su tribu de Medina; pero, en lugar de las características casas de piedra pintadas de vivos colores, sólo vio ruinas calcinadas y los poderosos muros de la ciudadela medio derruidos y, en lugar de niños corriendo y riéndose a carcajadas por las calles, sólo vio cadáveres pudriéndose en los callejones.



Aunque Safiya intentó escapar, allá donde iba sólo encontraba muerte y desolación; el hedor a podredumbre era tan insoportable que sintió náuseas en el estómago, y al final cayó de rodillas desesperada y alzó los ojos al cielo, rogando a Dios que ayudara al pueblo que había elegido para abandonarlos después a su suerte.

La luna llena resplandecía sobre su cabeza y se la quedó mirando por un instante, aturdida al comprobar que la cara que siempre veía dibujada en ella había cambiado y

las sombras ya no componían unos rasgos irreconocibles sino todo lo contrario.

Era el rostro inconfundible de Mahoma.

Mientras Safiya la contemplaba desconcertada, la luna cayó del cielo; aquella resplandeciente bola de pura luz descendió hasta posarse en su regazo y, a medida que la sublime claridad que brotaba del astro la inundaba, su dolor desapareció y el sufrimiento se convirtió en un recuerdo lejano.

Entonces lo oyó: el sonido de la

risa de unos niños.

Alzó la vista apartándola del etéreo globo luminoso y vio que la ciudad había vuelto a la vida, los muros se erguían imponentes y firmes y no había ni un solo cadáver. Mirara donde mirara todo era un nuevo renacer: las flores se entreabrían, el gorgoteo suave del agua de una fuente cercana la llenó de esperanza, y también vio el ajetreo de la muchedumbre en el mercado, aparentemente ajena a la desolación que había reinado tan sólo unos momentos atrás.

Sintiendo que la misteriosa luz que la envolvía se iba haciendo cada vez más intensa, se paró a contemplar a unos chiquillos que jugaban a perseguirse entre grandes risas y se detuvieron un momento para devolverle la mirada al tiempo que la saludaban con una sonrisa.

Y entonces la mágica luz de la luna se volvió tan brillante como mil soles y el mundo se disolvió en su cálida placidez.

YO observaba el ataque sorpresa del ejército musulmán contra la fortaleza judía desde la tienda de campaña del Enviado, que se había colocado en la cima de una de las colinas de Jaibar. Nuestros espías de las tribus beduinas de la zona nos habían advertido de que el ejército de Bizancio se proponía usar aquel oasis como base para la invasión de toda la península y el Profeta reaccionó planeando inmediatamente

el asalto a la ciudad antes de que los romanos tuvieran tiempo de enviar a sus tropas.

Me acompañaba otra esposa, Um Salama; nuestra tarea era encargarnos de los heridos y ya nos habíamos pasado gran parte de la mañana vendando heridas y aplicando ungüentos de hojas trituradas de belladona para aliviar el dolor de los moribundos.

El ejército musulmán era una pequeña fuerza de poco más de mil quinientos soldados y un centenar de caballos, pero tanto los hombres

como los animales habían sido cuidadosamente seleccionados por su rapidez y agilidad, pues sabíamos que Jaibar disponía de diez mil hombres en condiciones de luchar y por lo tanto nuestra victoria no dependería de la fuerza bruta sino del ingenio y de la capacidad de sorprender al enemigo. El Enviado se proponía realizar toda una serie de rápidas incursiones contra el oasis, que estaba protegido por tres campamentos fortificados separados, para obligar así al enemigo a luchar a nuestra manera. Teníamos todas las

esperanzas puestas en que la aparente debilidad del contingente musulmán hiciese que los judíos se confiaran, y en que nuestra táctica de ataque y huida los despistara respecto de nuestra verdadera estrategia de asalto. Mi esposo creía que los defensores de Jaibar agotarían sus energías en un sinfín de pequeños frentes en vez de concentrarse en un único campo de batalla, y eso los desorientaría durante suficiente tiempo como para atravesar sus defensas. Era la estrategia de la abeja que zumba alrededor de la



víctima hasta que logra confundirla y el picotazo la sorprende desprevenida.

Y, por el momento, la estrategia funcionaba: Alí estaba al mando del ejército que asediaba Jaibar, una decisión controvertida que había provocado el descontento de no pocos musulmanes ya que, pese a que nadie dudaba de su destreza militar, muchos consideraban que poner a un joven que aún no había cumplido los treinta al mando de otros mayores que él mermaría la moral de las tropas. Hubo muchas protestas y

murmurios que argumentaban que quien liderara la batalla debería ser Abu Bakr, un hombre de Estado de más edad. Pero mi padre había silenciado rápidamente esos comentarios de igual modo que había hecho enmudecer a Umar en Hudaibiya. Abu Bakr aceptó el liderazgo de Alí de forma incondicional y mi esposo, el Enviado de Dios, diplomático por naturaleza, le correspondió concediendo un honor especial a su casa: el Enviado había transformado una de mis túnicas negras en el

estandarte que portaría el ejército a la batalla, lo que suponía una distinción especial tanto para mi padre como para mí a los ojos de las tropas. No obstante, las quejas sobre la elección de Alí no amainaron del todo, algo que me produjo un secreto placer.

Ahora bien, una vez desenvainadas las espadas, los debates inútiles quedaron olvidados y la adrenalina de la batalla sustituyó a las maniobras políticas. Alí encabezó la primera incursión contra los sorprendidos habitantes del

asentamiento y los musulmanes consiguieron llegar hasta las murallas de la ciudad antes de que los detuviera una lluvia de flechas. Los arqueros de Jaibar eran los mejores de Arabia y casi cincuenta de los nuestros resultaron heridos, obligando a Alí a ordenar la retirada mientras miles de defensores emergían por las puertas de la fortificación de Natat situada a las afueras del enclave.

Tras el avance inicial tuvimos que retirarnos de vuelta a las colinas, pero la estrategia del Profeta estaba

funcionando. Los musulmanes atacarían cada hora y por puntos diferentes —primero por el este, luego por el norte, después por el suroeste...— y se abatirían sobre las fuerzas enemigas a la velocidad del rayo para luego desaparecer de nuevo en la inmensidad del desierto como fantasmas. Los imprevisibles ataques fueron incrementando cada vez más la frustración de los soldados judíos que al final se vieron obligados a dividir sus fuerzas para patrullar los alrededores: exactamente lo que el Profeta

esperaba que hicieran.

La batalla intermitente ya duraba seis días y veíamos claramente que los ataques fugaces seguidos de horas de vano esfuerzo persiguiéndonos inútilmente estaban consiguiendo llevar al enemigo al agotamiento. Teníamos suficiente agua y comida para continuar con las irritantes incursiones por lo menos otra semana más pero yo sabía que no haría falta tanto porque, la noche anterior, Umar ben al Jattab había capturado a un comandante judío durante un ataque sorpresa y el

guerrero había salvado la vida traicionando a su propio pueblo al revelar un punto débil en sus defensas: el castillo de Naim, un pequeño puesto situado en el límite occidental del asentamiento, no estaba tan bien protegido como el resto de eslabones de la cadena defensiva y, además, por lo visto había en él un depósito secreto de armas que nos ayudarían a penetrar en las defensas hasta llegar al corazón del oasis.

Así que esa misma mañana Alí había capitaneado una incursión

contra Naim mientras que para distraerlos el resto del ejército musulmán luchaba con los hijos de Jaibar en el lado este de la muralla. La batalla fue corta pero muy cruenta: a las puertas de la fortificación, Alí se había enfrentado en un combate cuerpo a cuerpo con el paladín de los judíos, Marhab, que había corrido la suerte habitual de cualquiera que se enfrentara a la resplandeciente y temible Dul Fiqar, es decir, Alí le había cortado la cabeza a su adversario en cuestión de segundos. Zubair se unió a Alí en el



campo de batalla y, empuñando una espada en cada mano como sólo él sabía hacer, se había encargado del también legendario hermano de Marhab, Yasir. La muerte de sus dos héroes había sembrado la confusión entre el pequeño contingente judío que defendía el castillo de Naim y los musulmanes habían conseguido atravesar sus puertas y conquistar la posición.

Entonces Alí abandonó el campo de batalla con una sonrisa triunfal en los labios y volvió al campamento base del Enviado donde informó a mi

esposo de que la caída de Naim proporcionaba a los musulmanes una entrada al oasis por la retaguardia y, más importante aún, la información obtenida del prisionero de Umar era correcta: oculto en las cámaras subterráneas había todo un arsenal de armas que nos ayudarían en la toma de la ciudad, y, más importante todavía, habían hallado una pequeña catapulta romana que por lo visto había sido un obsequio de los bizantinos a sus nuevos aliados. Además se encontraron dos testudos, una especie de caparazones con

ruedas utilizados por los ejércitos de Roma para protegerse bajo los mismos del contraataque de los defensores de las murallas durante los asedios. Resultaba una deliciosa ironía que aquellas máquinas de guerra extranjeras, almacenadas para ser usadas contra los musulmanes, fueran ahora a ser utilizadas contra nuestros enemigos para abrirnos paso más allá de sus murallas.

Mi padre se puso de pie para felicitar a Alí por aquella victoria que cambiaba el curso de la batalla y lo mismo hicieron el resto de los

compañeros, y mientras los hombres abrazaban y daban contundentes apretones de mano al joven héroe, el Profeta se limitó a observar con una sonrisa en los labios, lleno de orgullo igual que un padre que presencia como su incomprendido hijo por fin recibe del mundo los honores que se merece.

Los resplandecientes ojos de Alí se posaron en mí y pude leer en ellos el deseo de reconciliación, de poner fin al rencor que había entre las dos personas más queridas del Enviado, pero por más que reconociera

respetuosamente sus habilidades de guerrero, no era capaz de perdonarle la traición que a punto había estado de costarme el matrimonio y la vida.

Le di la espalda a Alí y fui a ayudar a Um Salama que estaba consolando a un joven que había perdido una mano en el asalto.

Safiya contempló llena de dolor el terrible panorama de caos y muerte en que se había convertido lo que en otro tiempo había sido una ciudad. Los musulmanes habían atravesado las murallas exteriores introduciendo la guerra en el corazón mismo del oasis y sorprendiendo completamente desprevenido a su pueblo por segunda vez en una semana, pues la mayoría de las tropas del ejército judío estaban dispersas más allá de las almenas, inmersas en una persecución inútil de unos atacantes

paradójicamente ocultos pese a estar a la vista. Con la caída del puesto defensivo de Naim se había abierto la compuerta y una riada de soldados árabes había llegado hasta las calles que rodeaban la gran cámara del consejo donde tan sólo unos días atrás los patriarcas habían pactado la nueva alianza con Bizancio. Al mismo tiempo que la élite de los soldados musulmanes capitaneados por Alí diezmaba a los pocos defensores judíos apostados en el interior de la ciudad sitiada, otras tropas musulmanas se ocupaban de

tomar los pozos y hacerse fuertes en las imponentes murallas desde donde sus arqueros se afanaban en lanzar una lluvia letal de flechas contra los sorprendidos guerreros de Jaibar que ahora se encontraban atrapados fuera de sus propias murallas. Se habían vuelto las tornas de forma humillante para los judíos que hacían intentos desesperados por regresar al interior de sus casas, ahora ocupadas por los árabes a los que habían estado persiguiendo.

Safiya estaba de pie en el tejado de la cámara del consejo



contemplando desde las alturas la batalla que se libraba en las murallas de piedra mientras su gente se rendía e iba saliendo de las casas suplicando clemencia a los hombres de Mahoma. También divisó en el horizonte las nubes de humo negro sobre las poderosas fortificaciones de Natat y Chiq y comprendió que la batalla había terminado. Las fortalezas, capaces de resistir cualquier ataque exterior, eran el orgullo de las gentes de Jaibar, pero a nadie se le había ocurrido pensar en cómo protegerlas desde el interior

y la defensa de los judíos no había resistido.

Miró a su padre que contemplaba atónito las ruinas de la ciudad que debería haber sido la capital de la nueva provincia bizantina de Arabia. A Huyay se le llenaron sus grises ojos de lágrimas en el momento en que la total derrota de su pueblo se convirtió en una evidencia innegable y Safiya se dio cuenta de que, en ese momento, el líder judío se había dado por fin cuenta de que no había nadie a quien echar la culpa excepto a sí mismo.

Pese a que Safiya debería haberse compadecido de él, haberle tendido los brazos y estrecharlo entre ellos como una buena hija, consolarlo en el momento en que se enfrentaba al fracaso de toda una vida, se encontró con que no le quedaba compasión para su padre, un hombre que se había obstinado en arrastrar a su pueblo por el borde del precipicio. Huyay se había engañado a sí mismo imaginando que era capaz de orquestar la derrota de todos sus enemigos y no sólo conquistar Arabia sino restaurar el derecho de

los judíos en Tierra Santa.

El atribulado anciano se arrodilló y comenzó a rezar fervientemente a Dios rogando que se apiadara de los judíos, y en ese momento, Kinana, el miserable esposo de Safiya, se puso también de rodillas junto a su suegro y le acarició los cabellos igual que haría una mujer consolando a un niño pequeño:

—No desesperes —le dijo con aquel ceceo afeminado que a su esposa le resultaba repulsivo—, todavía queda esperanza de salir

victoriosos.

Por fin Safiya explotó:

—¡No —chilló con tal ferocidad que Kinana retrocedió atónito—, no habrá ninguna victoria! ¿Es que los hombres no comprendéis nada? ¡Éramos los últimos judíos de Arabia y nos habéis traído la desgracia con vuestras intrigas!

—Nadie podría haber anticipado algo así —replicó Huyay desesperado, tratando de eludir su responsabilidad por el desastre que había provocado.

Safiya ya no aguantaba más:

agarró a su padre por la túnica y lo obligó a levantarse y mirarla a la cara.

—¡Sólo un necio podría no haber anticipado algo así! —exclamó sin que quedara un ápice de paciencia para el autoengaño en su corazón.

Kinana la agarró por las muñecas y después la empujó para apartarla del anciano.

—¿Cómo osas hablarle de ese modo a tu padre?! —le reprochó con los labios curvados en una mueca horrenda.

Pero a Safiya ya no le importaba lo que pensara nadie, incluido él: si iba a morir cuando Jaibar cayera por fin en manos de los invasores ese mismo día, quería hacerlo con la verdad en los labios y le traían sin cuidado las consecuencias.

—¡Desearía haber hablado de este modo hace años! —respondió al tiempo que escupía a los pies de Kinana—, de haberlo hecho, tal vez mi padre habría entrado en razón y no estaríamos ahora a punto de perecer!

Su esposo avanzó un paso con la

mano alzada para abofetearla pero Huyay lo detuvo.

—Lleva razón —dijo el jefe judío con la voz temblando de vergüenza—, mi orgullo nos ha traído hasta aquí.

Kinana lo miró desconcertado:

—¡Pero si esto no es el final — chilló al tiempo que daba una patada en el suelo igual que un niño malcriado—, los soldados de Bizancio vendrán pronto en nuestra ayuda!

Huyay negó con la cabeza.



—No, Heraclio Bizancio tardará semanas en movilizar a su ejército... Incluso si consiguiéramos obligar a los árabes a retroceder fuera de las murallas nos quedaríamos sin comida ni agua antes de que llegaran los refuerzos.

Safiya se dio cuenta de que, finalmente, su padre había aceptado la dura realidad y entonces el fuego de su ira comenzó a vacilar hasta que por fin se apagó por completo dejando tras de sí un vacío anodino en su corazón. La ira y el pesar ya no tenían ningún sentido. Lo único que

le quedaba era cumplir con su deber y salvar a tanta gente como fuera posible en el poco tiempo que quedaba. Safiya dio un paso al frente, tomó a su padre de la mano y lo miró a los ojos disponiéndose a ayudarlo a hacer lo que había que hacer.

—Debemos pactar una rendición —declaró ella con voz que sonaba exhausta como la de una anciana.

Huyay parpadeó a medida que iba asimilando la verdad que encerraban las palabras de su hija pero, de igual modo que el padre se estaba enfrentando a la realidad, el

marido en cambio huía todo lo lejos que podía de la misma.

—¿Rendirnos? —se indignó Kinana—. ¿Y sufrir la misma suerte que los Bani Quraiza? ¡Eso jamás! ¡Defenderemos nuestros hogares mientras nos quede un solo hombre en pie!

—¡Sí, y estoy segura de que ardes en deseos de ser tú ese último hombre considerando lo cobarde que eres!

El rostro de Kinana se ruborizó de ira hasta adquirir una tonalidad púrpura pero ella lo ignoró y centró

la atención en su padre.

—Deja que vaya a hablar con los musulmanes, con Mahoma; sé que me escuchará —le pidió.

Huyay se la quedó mirando sin saber qué pensar ni qué decir y entonces Safiya le explicó el sueño que había tenido en el que la luna caía en su regazo trayendo de nuevo vida al oasis.

—Es una señal de Dios, un portento —declaró la joven y luego, tras dudar un instante, pronunció las palabras que llevaba grabadas en el corazón desde la noche de la extraña

visión—: Es mi destino.

Su padre la miró con ojos desorbitados y, antes de que pudiera decir nada, Kinana había agarrado a su mujer del pelo para después aplastarle la cara contra la dura piedra de las almenas con brutalidad.

Safiya lanzó un grito de dolor y durante un instante todo le dio vueltas mientras la sangre se agolpaba en sus ojos.

—¡Putra traidora —graznó él igual que un buitre—, todo este tiempo, dormías en mi cama pero soñabas con esa serpiente del

desierto! ¡Márchate con él entonces!  
¡Ya no perteneces a nuestro pueblo!

El dolor recorría todo su cuerpo y notó que Kinana la agarraba de la mano y la empujaba escalera abajo.

—¡Padre —consiguió gritar—,  
por favor, ayúdame!

Pero Huyay se limitó a quedarse allí de pie con aspecto de estar totalmente solo y confundido mientras el mundo que había luchado para crear durante toda su vida se desplomaba ante sus ojos.

Las puertas de la cámara del consejo custodiadas por un nutrido

grupo de soldados se abrieron un momento y Safiya fue violentamente lanzada a través de ellas a la calle, donde aún se libraba la batalla con cruenta intensidad: las espadas se entrecruzaban con una intensidad feroz mientras los musulmanes y sus adversarios judíos luchaban cuerpo a cuerpo, casa por casa, por el control de la sede de gobierno del oasis.

Safiya gritó horrorizada cuando vio un jinete con turbante galopando hacia ella con la espada desenvainada, que despedía un fulgor sobrenatural tan brillante como el de

un millar de soles. Reconoció el arma, Dul Fiqar, la legendaria espada de doble punta, y supo que tenía delante al afamado Alí, el célebre guerrero que había acabado él solo con muchos de los más odiados enemigos de los musulmanes. El corazón le dio un vuelco y se preguntó si su nombre estaba a punto de pasar a engrosar esa lista de caídos ilustres.

Pero la espada no se abatió sobre su cabeza sino que Alí bajó el arma y desmontó de su corcel negro; la miró sin dar la menor muestra de sorpresa,



como si hubiera esperado encontrársela allí, tirada en el suelo en mitad de aquella avenida cubierta de sangre, mientras a su alrededor el Ángel de la Muerte acudía a reclamar a sus víctimas por todas partes.

Y entonces le tendió una mano enguantada para ayudarla a ponerse de pie.

—No tengas miedo, hija de Ben Ajtab —le dijo dejándola desconcertada al ver que sabía su nombre—, he sido enviado para auxiliarte.

Safiya estaba demasiado confundida como para preguntar quién lo había enviado, quién podía haber sabido que estaría allí fuera, en pleno fragor de la batalla y precisamente en ese momento, pero viendo con qué facilidad los hombres de ambos bandos caían a su alrededor en medio de la terrible masacre que estaba teniendo lugar, decidió que no era el momento de hacer preguntas.

En el momento en que subía al caballo de Alí volvió su rostro suplicante hacia el noble guerrero

cuyos ojos verdes parecían brillar con luz propia.

—Mi pueblo... por favor, tened piedad de mi pueblo.

Alí subió a la silla de un salto colocándose delante de ella y espoleó al caballo en el instante mismo en que una lanza se clavaba en el lugar exacto donde se encontraba hacía tan sólo un segundo.

—Sólo Dios y Su Enviado pueden decidir su suerte —respondió él, aparentemente inmune al delirante caos de muerte que los rodeaba; luego hizo una pausa y la miró—,

pero puedes defender su causa ante el Enviado.

Y, con esas palabras, Alí se llevó a Safiya lejos del centro de la batalla, cabalgando en medio del caos hasta alcanzar el campamento musulmán. Mientras pasaba por las calles desoladas a lomos del caballo del hombre que había derrotado a su pueblo, Safiya debería haber sentido todo un torbellino de emociones — confusión, culpa, vergüenza— pero, en vez de eso, experimentó una apacible serenidad incluso con los ecos de los moribundos que llegaban

de todas las direcciones retumbando en sus oídos.

Era como si una parte de ella supiera que ese día había de llegar, que dejaría a su padre para unirse al hombre que éste más odiaba. Era un destino escrito desde hacía ya mucho tiempo, aquel primer día en que Mahoma llegó a Yatrib y Safiya se negó a condenarlo porque se propusiera recordar el Dios de su padre Abraham a los hijos de Ismael. La empatía que sentía con el profeta árabe que había puesto el mundo del revés abrió una brecha entre ella y su

familia, entre ella y su pueblo, provocando una división que no había hecho sino aumentar con los años hasta que ya no se sentía parte de ellos. Pero, si no era judía, ¿entonces qué era?

Era una pregunta que le resultaba inquietante y dolorosa, y que nunca se atrevería a formular en voz alta porque no podía enfrentarse a la respuesta sin cortar definitivamente el vínculo con el único mundo que había conocido. Pero ahora ese mundo había desaparecido, consumido por las llamas de su

propio orgullo; su familia, su hogar, su nación, todo había sido destruido para siempre; había perdido todo lo que le importaba, todo excepto la verdad sobre quién era ella en realidad.

Y así fue como al final, Safiya acabó de pie ante Mahoma, cuyos negros ojos la estaban mirando con profunda compasión. En ese momento Safiya comprendió al fin el papel que estaba destinada a desempeñar en la historia de su pueblo, se arrodilló ante el hombre que debería haber sido su enemigo y

pronunció con voz suave las palabras que, ahora se daba cuenta, llevaban mucho tiempo grabadas en su corazón:

«No hay otro dios sino Alá y Mahoma es Su Enviado».



La batalla había terminado y Jaibar se había rendido. La judía Safiya hizo las veces de mediadora entre el Profeta y los habitantes de la ciudad sitiada convenciéndolos para que depusieran las armas con la promesa de clemencia para sus moradores. Cuando el ruido del entrechocar de las espadas enmudeció al fin, ayudé a una anciana judía a abrirse paso por las calles de Jaibar entre los restos de la espeluznante masacre y la guié hasta las tiendas donde se atendía a enfermos y heridos de ambos bandos. Ella se aferraba a mí con fuerza,

clavando sus huesudos dedos en mi muñeca al tiempo que me susurraba constantemente palabras de agradecimiento, y entonces me preguntó si sabía qué había sido de su hijo, un joven soldado llamado Nusaib que había salido apresuradamente de casa para contener el asalto de los musulmanes que se abrían paso por las brechas abiertas en las murallas. Le respondí con voz suave que trataría de averiguarlo y la tranquilicé asegurándole que debía estar con el resto de prisioneros; no tuve valor

para decirle que ninguno de los guerreros que habían salido al encuentro de Alí en los primeros momentos del asedio final había sobrevivido.

Dejé a la anciana al cuidado de Um Salama que le ofreció un cuenco de agua y un platillo de higos. En la tienda se respiraba el almizclado olor empalagoso de la muerte cercana, un hedor que yo había llegado a odiar durante los últimos días así que me volví para marcharme rápidamente. Envolviéndome bien con el manto

para combatir el frío penetrante de la mañana caminé por los callejones desolados mientras musulmanes y judíos recogían los cuerpos que sembraban las calles para llevárselos a enterrar a un cementerio en las afueras del oasis.

Me detuve en un campo abierto donde tenían a los prisioneros, atados y rodeados de cientos de soldados musulmanes, y una ronda rápida de preguntas me confirmó lo que sospechaba: el hijo de la anciana no estaba entre ellos y lo más probable era que ya hubiera sido

enterrado.

Miré hacia el centro del campo y vi que se habían cavado más tumbas allí también, zanjas como la del mercado de Medina en que se había enterrado a los Bani Quraiza ajusticiados. Los términos de la tregua del Profeta con Jaibar sólo ofrecían amnistía para las decenas de moradores de la ciudad pero no para los hombres de Bani Nadir que se habían refugiado con ellos y los habían incitado a la guerra con los musulmanes, y leí en la expresión grave de sus rostros que éstos sabían

perfectamente la suerte que les aguardaba.

Cuando ya me volvía para marcharme vi a mi esposo acercándose en compañía de Alí y que los seguía la judía Safiya que había ayudado a poner fin a la lucha. Era tal como la recordaba: alta y escultural, de constitución delicada y facciones perfectas. Vi que miraba a su padre, Huyay, que permanecía muy erguido, rezumando dignidad incluso ahora que estaba cautivo, y no quise ni imaginarme el dolor que debía estar sintiendo ella al verlo

atado como un animal en un mercado de abastos.

Alí dio un paso al frente con los cabellos negros resplandeciendo como la melena de un león a la luz del sol de la mañana.

—¡Oh, hombres de Jaibar, el Enviado os ha perdonado la vida en atención a las súplicas de aquella a quien expulsasteis de entre vosotros! —declaró mirando a Safiya—. Las buenas gentes de Jaibar no son responsables de la traición de los que acogieron en su seno, y por eso liberaremos a sus prisioneros y

permitiremos que conserven sus tierras a cambio del pago de un tributo anual equivalente a la mitad de la cosecha.

Mientras Alí hablaba, vi que los soldados musulmanes se acercaban y cortaban las cuerdas que ataban a los prisioneros que habían sido identificados como habitantes originarios de la ciudad. Los hombres de Jaibar, atónitos al ver que los dejaban ir, lloraron y besaron las manos de sus captores.

Y entonces Alí se volvió hacia el resto de los prisioneros, los



exiliados de Nadir cuyas maquinaciones los habían llevado a aquella situación de la que no tendrían escapatoria.

—Pero vuestros hermanos de la tribu de Bani Nadir han roto todos los pactos y sembrado la discordia a su paso —continuó Alí con voz firme—, ellos sí tendrán que rendir cuentas de lo ocurrido, así lo ordenan Dios y su Enviado.

Miré a Safiya: le corrían las lágrimas por las pálidas mejillas; luego echó a correr y se abrazó a Huyay sollozando; los guardias

hicieron ademán de apartarla pero una mirada del Enviado bastó para que se detuvieran y ella se quedó allí, llorando en brazos de su padre condenado a muerte hasta que éste le besó la frente y la apartó con suavidad.

—Intenté salvarte... —la oí balbucear en medio de su sufrimiento.

Huyay sonrió con dulzura, sin el menor rastro de reproche ni recriminación en sus ojos.

—Lo sé...

Los hombres de Alí dieron un

paso al frente disponiéndose a conducir a los Bani Nadir hasta la tumba que pronto se convertiría en su morada eterna.

Huyay se quedó mirando a su hija mientras los guardias se la llevaban con delicadeza y vi en su rostro ajado un profundo pesar, la mirada de un hombre que se ha dado cuenta demasiado tarde de que estaba equivocado en todo lo que de verdad importa en la vida. Y entonces el líder judío posó la mirada en el Enviado de Dios, su rival y bestia negra que al final le había ganado la

partida tras una década de amargo enfrentamiento.

—Anoche estaba leyendo la Torá —dijo Huyay con aire pensativo pero sin asomo de malicia—, los pasajes sobre la muerte de Abraham. Sus hijos Isaac e Ismael, enfrentados durante muchos años, se reunieron para enterrarlo juntos en una gruta en Hebrón. —El Enviado esbozó una sonrisa amable al oír la referencia y asintió—. Me gusta pensar en esa historia como una profecía —continuó Huyay con una sonrisa cálida en los labios en esos

momentos finales—. Tal vez un día nuestros pueblos encuentren la forma de enterrar el pasado juntos.

Y, dicho aquello, Huyay ben Ajtab se dio la vuelta para arrodillarse ante su tumba, Allí levanto a Dul Fiqar en el aire y el eco del grito desgarrador de Safiya reverberó en las viejas piedras de Jaibar.

Safiya y el Enviado se casaron a los pocos días de la caída de Jaibar y la ejecución de los hombres de Bani Nadir. El Profeta me dijo que era un acto de misericordia hacia una muchacha que había perdido a toda su familia bajo el filo de las vengativas espadas de los musulmanes, y además me explicó que era un matrimonio por motivos políticos ya que Safiya continuaría resultando muy útil como vínculo

diplomático con el resto de judíos de Arabia a medida que los musulmanes fueran consolidando su poder. Todo eso era verdad, pero yo me daba cuenta de la forma en que sus ojos negros brillaban de admiración al contemplar la piel perfecta de la muchacha y, una vez más, se encendió la chispa del demonio de los celos en mi alma. A pesar de que Safiya se había convertido al Islam, siempre la llamé «la judía» y no me privaba de hacer comentarios maliciosos en su presencia sobre sus ancestros y la duplicidad de su

pueblo. Cuando ella se quejó al Profeta sobre cómo denigraba yo a sus antepasados, él le aconsejó que me respondiera que era hija de Aarón y nieta de Moisés, lo que comenzó a hacer con gran orgullo consiguiendo así incrementar mis celos.

Con la adición de Safiya al harén, el número de Madres había ascendido a ocho: además de ella, Sauda, yo misma, Hafsa, Um Salama, Zainab ben Jahsh, Yuairiya y Ramla. La bondadosa Zainab ben Juzaima, la Madre de los Pobres, había muerto



de las fiebres y su apaciguadora influencia en la casa se echaba mucho en falta porque, pese a los años que llevábamos juntas y los denodados esfuerzos del Enviado por tratarnos a todas igual, seguían existiendo pequeñas rivalidades tontas. La irascible Hafsa y la princesa beduina Yuairiya solían tener fuertes encontronazos, y lo mismo podía decirse de la altanera Ramla y la sencilla Um Salama. No obstante, no todo el mundo en el harén estaba en guerra: yo había hecho las paces con Zainab tras

enterarme de lo mucho que me había apoyado en los días de la falsa acusación y todo el mundo quería a la maternal Sauda.

Nuestras discusiones siempre eran por cosas sin importancia: quién había dicho qué a quién, quién estaba intentando acaparar demasiado tiempo y atención del Profeta, quién tenía los vestidos y joyas más bonitos (aunque en realidad todas llevábamos una vida espartana en la que tenían escasa cabida los lujos y los adornos). Ciertamente, nuestra rivalidad ya no giraba en torno a

quién se quedaría embarazada primero, pues todas habíamos abandonado sigilosamente la esperanza de darle un heredero al Profeta. Él ya había tenido seis hijos con Jadiya, de los cuales los dos varones habían muerto y, desde entonces, Dios no lo había vuelto a bendecir con más descendencia a pesar de estar casado con varias mujeres jóvenes y fértiles.

Corrían rumores entre los creyentes sobre como Dios no quería que el Profeta tuviera un heredero varón y muchos decían que la razón

era que la *Uma* musulmana no debía convertirse en una monarquía, algo que ocurriría inevitablemente si el Profeta tenía un hijo de quien se esperaba que sucediera a su padre como líder de la comunidad. También había quien especulaba con que el motivo era más bien que Dios ya había elegido al linaje del Profeta favoreciendo a su primo Alí, que había dado a Mahoma dos nietos, Hasan y Husein; los que opinaban así eran una minoría, pero en años posteriores se convertirían en una poderosa voz cuyo mensaje acabaría

por desgarrar a la nación musulmana.

Sin embargo, esos tiempos de lucha y división sobre el legado del Enviado aún quedaban muy lejos. Tras la pacificación de Jaibar y el tratado con los mecanos, la paz había llegado por fin a la península y, tal y como había predicho el Enviado en Hudaibiya, la tregua resulto ser una victoria mayor para el Islam que cualquiera de las batallas ganadas durante la década anterior. Finalizadas las hostilidades, floreció el comercio entre las tribus del norte y el sur, y los musulmanes realizaban

regularmente la peregrinación a La Meca donde pudieron al fin predicar sobre la unicidad de Dios sin sufrir represalia alguna.

Fue en esa atmósfera apacible de florecientes relaciones comerciales y diálogo en la que el Islam comenzó a extenderse rápidamente por todo el desierto y se decía que, en los dos años que siguieron al tratado de Hudaibiya, se había convertido más gente que en las dos décadas anteriores.

A medida que se propagaba el poder del Islam por toda la

península, los más sabios entre los quraish comenzaron a darse cuenta de que los viejos tiempos se habían acabado para siempre, mientras que algunos patriarcas como Abu Sufian se obstinaban en rechazar cualquier posibilidad de unirse al Profeta. Sin embargo, la siguiente generación de líderes se daba cuenta de que el futuro de Arabia estaba en Medina y no en La Meca y comenzaron a aparecer fisuras en el muro de contención que acabaron por desembocar en una riada cuando desertaron los dos nobles más

prominentes de la ciudad santa: Jalid ben al Ualid, el comandante en jefe de los ejércitos de La Meca, y Amr ben al As, el diplomático más respetado de la ciudad, cabalgaron hasta Medina y juraron lealtad a Dios y a Su Profeta, conversiones que sin duda fueron muy celebradas.

Medina se convirtió en una metrópolis trepidante donde se intercambiaban mercancías traídas de toda la región y el diminuto oasis comenzó a expandirse y adquirir cada vez más el aspecto de capital de una próspera nación. Nosotras, como



Madres de los Creyentes, teníamos cada vez más tareas que desempeñar en beneficio del creciente estado islámico: ya fuese repartiendo comida y medicinas entre los necesitados o enseñando a otras mujeres y sus hijos los principios morales de nuestra fe, nuestros días estaban más y más ocupados con las exigencias y responsabilidades que conllevaba nuestro papel de Madres. Al final ya no teníamos tiempo que perder regodeándonos en las consabidas peleas sin importancia y empezó a reinar la paz en el hogar

del Profeta tal y como también ocurría en toda Arabia.

Pero todo eso cambió con la llegada de una joven esclava egipcia. Mariya era una cristiana copta enviada como regalo al Enviado de Dios por un gobernador egipcio que había tenido la clarividencia política de darse cuenta de que la visión de Mahoma iba camino de imponerse triunfalmente en la vecina Arabia. La muchacha era sorprendentemente hermosa, con largos cabellos castaños de sedosos rizos, perfectos ojos almendrados y pechos

generosos; hablaba con mucha dulzura y rezumaba una majestuosa feminidad mayor que la de ninguna de las mujeres que yo jamás hubiera conocido.

El Enviado de Dios cayó rendido a sus encantos en el momento en que vio a Mariya mientras que al resto de nosotras nos invadió la desesperación. Dándose cuenta de que la joven esclava sería el desafortunado blanco de todas la envidias si se alojaba cerca de las esposas, el Profeta hizo que le construyeran una casita a las afueras

de Medina donde él pasaba cada vez más tiempo provocando la alarma creciente entre las Madres.

Y así fue como las esposas del Enviado se reunieron y vinieron a pedirme ayuda: temían que el amor del Profeta por Mariya acabara por quitarnos el sitio a todas y me pidieron que interviniera puesto que, en teoría, yo seguía siendo la favorita.

Una noche, cuando el Profeta estaba tendido tranquilamente con la cabeza apoyada en mi regazo después de un largo día ocupado con

los asuntos de Estado, le tendí la trampa: Mahoma me había mirado con una dulce sonrisa en los labios al tiempo que me acariciaba el pelo, pero cuando se inclinó para besarme aparté la cara.

—No, por favor —me negué con intencionada vehemencia.

Él se incorporó y me miró con sus ojos de obsidiana.

—¿Qué pasa?

Le di la espalda y comencé a llorar y, pese a que sin duda estaba siguiendo al pie de la letra el guión que yo misma me había marcado, las

lágrimas y el dolor de corazón eran reales.

—¡Ya no me amas!

El Enviado me puso una mano en el hombro y sentí aquella extraña sensación de frescor que parecía emanar siempre.

—¿Cómo puedes decir eso? Eres a la que más quiero de todas mis esposas.

Me volví hacia él con las lágrimas rodándome por las mejillas.

—De tus esposas, tal vez, pero no de todas las mujeres que posees.

Mi esposo se puso tenso de repente y vi como se desvanecía su amable sonrisa.

—Es cierto que me reconforta estar con Mariya —respondió lentamente, como si estuviera sopesando cada palabra con sumo cuidado—, pero no ha ocupado tu lugar en mi corazón, nadie puede.

Le tome la mano en la mía y se la apreté ligeramente.

—Entonces demuéstramelo.

El Profeta lanzó un suspiro y de repente pareció muy cansado.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

Me incline hacia él mirándolo fijamente a los ojos.

—¡Que dejes a la joven esclava!  
¡Prométeme que no volverás a verla jamás!

El Profeta parpadeó, sorprendido por la audacia de la petición.

—*Humaira...* —comenzó a decir, pero lo interrumpí soltando mi mano de la suya y apartándome un poco.

—¡Prométemelo o no volverás a tocarme con mi consentimiento! Si me tomas, será por la fuerza y sin



amor.

El Enviado parecía tan desconcertado como si lo hubiera abofeteado: en todos los años que llevábamos casados jamás lo había amenazado con negarle la intimidad de nuestro lecho, por mucho que hubiéramos discutido; incluso en los tiempos en que dudó de mi fidelidad no lo castigué negándole mi cuerpo, y de hecho fue a través de la dulce calidez de nuestra unión como fuimos recomponiendo lo que las habladurías habían roto en mil pedazos.

El Profeta me clavó aquella mirada poderosa de expresión inescrutable pero yo se la devolví con actitud desafiante. Durante un largo rato, el único sonido que podía oírse era el cadencioso canto de los grillos y el murmullo suave de las hojas de las palmeras mecidas por el viento.

Y entonces el Profeta habló por fin y pude detectar en su tono de voz la frustración que se esforzaba por mantener a raya.

—Lo prometo —respondió aunque yo me daba cuenta de que se

resistía a tener que pronunciar semejante juramento—, no volveré a ver a Mariya. ¿Ya estás contenta?

Mi pequeña victoria hizo que me invadiera una oleada de excitación y sonreí igual que una cría que por fin ha conseguido el juguete que llevaba semanas pidiendo, pero cuando me incliné para besar a mi marido fue él quien se apartó esta vez.

—¿Te han convencido el resto de las esposas para que hagas esto? —me preguntó, y me di cuenta de que nos conocía demasiado bien como para que pudiéramos engañarlo.

—No —contesté, pero él pareció encontrar la respuesta que estaba buscando en la expresión culpable de mi cara.

El Enviado de Dios se puso de pie al tiempo que sacudía la cabeza contrariado y de pronto tuve una sensación de vacío en el estómago, una intuición de que mi victoria no era más que un espejismo y que en realidad lo que había obtenido era una derrota tanto para mí misma como para el resto de las esposas.

—Sois como las mujeres que amenazaron a José con la prisión si

no se avenía a sus exigencias — declaró el Profeta con un suspiro de agotamiento, y sentí una punzada de humillación al oír que me comparaba con las pecaminosas damas que habían tratado de seducir al hijo de Jacob.

Y después, sin decir ni una palabra más, el Enviado de Dios me dio la espalda y se marchó dejándome con una sensación de infinita soledad e impotencia. Había algo en el modo en que cerró la puerta tras de sí, una especie de rotundidad final en sus pasos, que me

hizo pensar que se había marchado para siempre y ya nunca volvería.

Se me volvieron a llenar los ojos de lágrimas, lloraba de desconcierto y lloraba la pérdida y, de repente, tuve la certeza de que había cometido un grave error.

EL Enviado hizo llegar un mensaje a las Madres a través del impetuoso Umar: no hablaría con ninguna de nosotras durante un mes. Se retiró solo a una pequeña tienda al borde del patio de la *masyid* y rechazó todos nuestros desesperados intentos de reconciliación.

El mes que siguió fue uno de los peores de toda mi vida: el Profeta cumplió su promesa y no nos dirigió la palabra ni una sola vez durante

todo ese tiempo y, para empeorar aún más las cosas y acrecentar el dolor del castigo, nos enteramos de que Dios había eximido a Su Enviado del juramento que tan apresuradamente había pronunciado y mi esposo pasaba todas las noches en compañía de la esclava Mariya. Como de costumbre, las otras esposas me hicieron responsable de nuestra desgracia compartida pese a que, en esta ocasión, todas teníamos parte de culpa por haber presionado demasiado a Mahoma. Las otras me evitaban como si tuviera alguna



enfermedad contagiosa y acabé más aislada que nunca.

La única compañía que tuve durante aquellos días terribles fue la de mi hermana Asma, que solía traerte a ti, Abdalá, para que jugaras en un rincón mientras ella me consolaba. Todavía eras muy pequeño, no tenías ni cinco años, pero a pesar de tu corta edad ya se percibía en ti esa seriedad y sabiduría que te caracterizan. Cuando me veías llorar, algo que hacía muy a menudo durante las visitas de tu madre, siempre dejabas los juguetes

y venías a apoyar la cabeza sobre mi regazo hasta que la dulzura de tu presencia me calmaba. En el fondo yo sabía que seguramente nunca tendría descendencia y en esos momentos te convertiste en algo parecido a un hijo para mí, un vínculo que sigo sintiendo con la misma intensidad hoy, casi cincuenta años después. Tal vez ésa sea la razón por la que te abro ahora mi corazón, pues siempre has sido como un bálsamo para las heridas de tu tía, elegida del destino tanto para la bendición como para la maldición.

El tiempo perdió sentido durante aquellas semanas, aunque no dejé de contar las horas que quedaban para que terminase el castigo y —ésa era mi esperanza— mi esposo volviera a nosotras. Y sin embargo me aterraba pensar en qué nos depararía el futuro a partir de ese momento: ¿seguiría amándome o Mariya me habría sustituido para siempre en su corazón?, ¿quedaría el fuego vigoroso que en otro tiempo había unido nuestras almas reducido a cenizas, a un pálido reflejo del pasado?

Y entonces una noche, mientras estaba a solas en mis aposentos contemplando el manto raído de mi esposo que todavía conservaba en sus fibras el olor almizclado de su cuerpo, oí unas pisadas y luego se abrió la puerta para mostrar la silueta de un hombre de pie en el umbral. Sorprendida, fui a buscar el velo para cubrirme el rostro pero entonces la figura avanzó un paso y vi que se trataba del Enviado de Dios.

Durante un instante me quedé inmóvil, convencida de que no era

más que un sueño, un producto de mi imaginación; él me contempló en silencio y luego su pálido rostro se iluminó con una leve sonrisa.

Me puse de pie con el corazón en un puño.

—Pero... sólo han pasado veintinueve días... —fue todo lo que acerté a decir con la voz enronquecida por la emoción.

El Profeta, sorprendido, arqueó una ceja.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Me acerqué a él como arrastrada

por la misma fuerza que atrae a una gota de agua hacia el océano.

—He estado contando los días; y las horas.

Y entonces me di cuenta de que aquel mes, *rayah*, sólo tenía veintinueve días en vez de treinta porque la luna aparecía antes. El Profeta había esperado exactamente el tiempo que había prometido y ni un minuto más, y había elegido venir a verme a mí la primera de todas.

El Enviado de Dios me apretó la mano con fuerza hasta que pude sentir el acompasado latido de la

sangre corriendo por sus venas al ritmo de los latidos de mi propio corazón.

—Aisha, Dios me ha revelado estas palabras —afirmó con dulzura aunque reparé en que en sus ojos todavía quedaba un atisbo de dureza mientras recitaba los últimos versos del Sagrado Corán que le habían sido revelados:

*¡Profeta! Di a tus esposas:*

*«Si deseáis la vida mundanal y sus falsas apariencias,*

*¡venid! Os haré gozar  
y os dejaré en hermosa  
libertad».*

*Si deseáis a Dios, a Su Enviado  
y a la última vida,  
sed piadosas,  
pues Dios ha preparado una  
enorme recompensa  
para aquellas de vosotras que  
son benefactoras.*

Escuché los versos con la cabeza inclinada mientras Alá me planteaba la posibilidad de elegir entre dos



caminos: el camino del mundo y el camino hacia la eternidad. El Dios que me había rescatado de la desgracia, el que había salvado mi honor cuando hasta mi esposo dudaba de mí, me estaba advirtiéndome ahora que mi futuro con Mahoma y el resto de los creyentes dependía del rumbo que tomara mi corazón en ese momento.

—Así pues, *Humaira*, ¿qué eliges? —me preguntó el Enviado con un hilo de voz.

Unas lágrimas abrasadoras empezaron a rodarme por las

mejillas y alcé la vista hacia los ojos azabache de mi esposo a sabiendas de que nunca había tenido la menor elección en ese asunto.

—Deseo a Dios, a Su Enviado y a la última vida —respondí temblando con un pesar tan grande que amenazaba con partirme en dos el corazón.

El Profeta me dedicó una cálida sonrisa, luego me tomó en sus brazos y me besó, y al poco la pasión nos envolvió llevándonos más allá del velo de este mundo lleno de crueldad hasta el misterio eterno del hombre y

la mujer y el gozo infinito de su unión.

Al cabo de una semana me enteré de que hacía dos meses que la esclava Mariya no tenía la menstruación. Estaba embarazada de Mahoma.

SIETE meses más tarde, las esposas nos reunimos alrededor de Mariya para acompañarla durante los terribles dolores finales de parto. Yo le agarraba la mano mientras Hafsa le secaba los ríos de sudor que empapaban sus sedosos cabellos y Um Salama por su parte se agachaba ante la silla de partos animando con dulzura a la pobre muchacha a que empujara sólo un poco más.

Fueran cuales fueran las envidias

de que habíamos sido culpables, por muy profundo que hubiera sido el resentimiento que impregnaba el ambiente en el hogar del Enviado desde que se supo que la esclava esperaba un hijo, todo eso había quedado por fin olvidado durante las largas horas que pasamos con ella desde que rompió aguas. La joven era frágil como un pajarillo y cada contracción le arrancaba tales gritos de dolor que la llama de la compasión derritió el hielo de nuestros gélidos corazones: ya no era una rival por el amor del Enviado, ya

no la veíamos como una usurpadora que nos había arrebatado el honor destinado a una de las nobles damas nacidas libres que compartían el lecho con Mahoma; esa noche, se había convertido en tan sólo una chiquilla asustada padeciendo la agonía que era también la gloria de ser mujer.

Posé la mirada en los dulces ojos de Mariya, delicada y tan perdida como un cervatillo en medio del monte, y traté de infundir en su corazón algo de la vena de fuerza indómita que yo tenía. Ella alzó la

vista hacia mí, confundida y aterrorizada, pero vi una luz en las profundidades de sus ojos que me decía que el mensaje le había llegado y me pareció ver un destello de gratitud en su demacrado rostro.

Y entonces Mariya se aferró a mi mano con tal violencia que creí que iba a romperme los dedos y lanzó un grito más horrible que cualquiera de los que había oído en labios de ningún guerrero moribundo en el campo de batalla.

Luego milagrosamente enmudeció y un nuevo sonido inundó la cabaña

de piedra que estaba haciendo las veces de paritorio improvisado: el maravilloso, increíble y conmovedor sonido del llanto de un bebé.

Me volví maravillada hacia Um Salama que estaba de rodillas en el suelo sosteniendo en brazos a la criatura que era la esperanza de una nación, y entonces la bondadosa mujer de sonrisa maternal en los labios alzó la vista hacia nosotras con gesto reverente y grandes lágrimas en los ojos.

—Decidle al Enviado de Dios que... ha nacido su hijo...



Nunca he vuelto a ver tal júbilo en las calles de Medina. En los días que siguieron al nacimiento, el austero oasis se transformó en una ciudad envuelta en ambiente festivo mientras los musulmanes celebraban el nacimiento del hijo de Mahoma a quien se puso por nombre Ibrahim. Cientos de camellos, ovejas y bueyes fueron sacrificados por los entusiasmados fieles y la carne se repartió entre los pobres. Los

mercaderes rebajaron grandemente los precios en el mercado y en ocasiones hasta regalaban el género como obsequio a potenciales compradores futuros. Los poetas se apresuraron a componer sus versos en honor del recién nacido por cuyas venas fluía la esperanza de toda la *Uma* musulmana. Si el alcohol no hubiera estado prohibido por el Sagrado Corán, el *jamr* y la cerveza habrían corrido por las calles, y sospecho que unos cuantos de los menos piadosos brindaron en secreto en la intimidad de sus casas.

Fueron días gloriosos y todos en la casa del Profeta compartían la alegría, incluidas las Madres. La envidia que le teníamos a Mariya había sido reemplazada por un fogoso instinto de protegerla a ella y a su bebé, que se había convertido en el hijo de todas. Recuerdo la primera vez que tuve a Ibrahim en mis brazos después de que su madre le hubiera dado el pecho y el Enviado hubiese derramado lágrimas sobre los diminutos dedos de sus manos. El Profeta me lo había dado a mí primero en señal de que, incluso en

ese momento, yo seguía siendo la favorita entre todas sus consortes.

Sostuve aquella cosita diminuta en mis brazos igual que si fuera una preciada joya y lo miré a la cara: tenía el pelo castaño y ensortijado como su madre pero los ojos sin lugar a dudas eran los de su padre, y me estaba mirando con aquellas dos perlas negras llenas de sabiduría ancestral; su piel era más suave que el plumaje de una paloma e irradiaba el misterioso frescor que siempre rodeaba a Mahoma, incluso en los días más calurosos del verano. Y

luego aquellos ojos cautivadores parecieron lanzar un destello cuando me sonrió y me prendé de amor de Ibrahim en ese instante. Era un amor tan salvaje e implacable como el que sentía por el Enviado, y me juré que daría la vida para proteger la de aquel niño y su madre, incluso si todos los demonios del Infierno se abalanzaban sobre nosotros.

Cuando Ibrahim cumplió siete días, el Enviado celebró la ceremonia de la *aqiqa*, en que se le corta el pelo al bebé por primera vez y luego se pesa para repartir el

equivalente en oro entre los pobres. La Gente de la Casa se reunió para celebrar el primer acontecimiento de la vida del niño y se alzó una tienda de lona a rayas verdes y amarillas a la entrada de la *masyid* donde los fieles acudieron a ver al hermoso bebé y los indigentes a recibir una limosna.

Las mujeres de la casa estábamos reunidas en una sección cerrada de la parte trasera separada de la excitación de la muchedumbre por una cortina de lana: además de las esposas, también se encontraban allí

las hijas de Mahoma: Zainab con su hijita Umama; Um Kulzum, casada con Uzman tras la muerte de Ruqaya; y la favorita del Profeta, Fátima, con sus hijos Hasan y Husein. Todos nos reunimos reverentemente alrededor de Mariya como si fuera la reina de la nación, dándonos codazos para tener oportunidad de tomar en brazos al bebé, el pequeño Elegido que era la luz de la *Uma*. Oí las risas de Hasan mientras perseguía a su hermano pequeño Husein por toda la habitación y miré a Fátima que, por una vez, no parecía cabizbaja y

distante sino que se estaba riendo de buena gana mientras contemplaba a su nuevo hermano que la miraba con la total confianza y concentración de que sólo los bebés, aún no contaminados por el mundo, son capaces.

En los primeros tiempos del embarazo de Mariya, habían corrido algunos rumores maliciosos que sugerían que Fátima y Alí no se habían alegrado de que el Profeta fuera a tener un heredero que arrebataría a sus propios hijos el título de únicos varones



descendientes directos de Mahoma, pero pese a la inquebrantable antipatía que me despertaba Alí, no creí ni por un momento que él o su mujer sintieran nada que no fuera alegría por el Enviado y, viendo la expresión radiante en el rostro de la por lo general taciturna Fátima, no tuve la menor duda de que las habladurías eran malintencionadas y falsas.

Y entonces se abrió la cortina y apareció mi esposo con los ojos chispeantes. Se acercó a Mariya, besó al niño en la frente y después le

susurró algo al oído a la joven egipcia; ella soltó una risita picara y asintió al tiempo que el Profeta se volvía hacia el resto de las damas reunidas en la estancia de las mujeres. Vi que llevaba un precioso collar en la mano, un colgante de una esmeralda con cadena de plata.

—Con motivo de la *aqiqa* de mi hijo, hoy voy a regalar este collar a la muchacha que más quiero — anunció el Enviado sosteniendo el colgante en alto para que todas lo viéramos.

Se desató inmediatamente un

murmullo de excitación y de repente sentí el corazón desbocado en mi pecho. El Enviado me miró durante un instante fugaz y luego comenzó a caminar lentamente pasando por delante de cada una de las esposas mientras agitaba con suavidad la joya delante de los rostros expectantes.

Vi que Hafsa se volvía hacia Zainab y le decía algo en voz baja, demasiado baja para que yo pudiera oírlo, pero yo había adquirido un gran dominio en el arte de leer los labios tras años defendiéndome de las habladurías en el harén (y

participando en ellas también).

—Se lo va a dar a la hija de Abu Bakr —era lo que había dicho Hafsa, y leí la irritación en las bellas facciones de Zainab mientras asentía con la cabeza.

Sentí que me invadía una ráfaga de orgullo mientras el Enviado iba dejando detrás al resto de esposas en dirección a mí. Se detuvo un momento en Safiya y se me hizo un nudo en la garganta, pero por fin también pasó de largo a la decepcionada judía y se dirigió hacia donde estaba yo, que era la última

del semicírculo de Madres que se había formado.

Sonreí con aire triunfal y alcé la mano hacia el colgante...

... ¡y entonces el Enviado también me paso de largo a mí! Me ruboricé, presa del estupor pues no entendía nada: había pasado por delante de todas sus esposas pero el collar seguía en sus manos. Y entonces vi que se acercaba a la pequeña Umama que estaba sentada en el regazo de su madre, Zainab. El Enviado se inclinó y tras colocar el colgante al cuello a su nieta le besó

los labios.

Lanzamos un unánime gemido lastimero al darnos cuenta de que el Profeta nos había gastado una broma pesada a todas las mujeres de la casa, que debido a la perenne rivalidad por ser la primera en su corazón nos pasábamos el día provocando escenas.

El Profeta me miró con aire divertido y yo me crucé de brazos fingiendo irritación pero no pude disimular la sonrisa y al final solté una carcajada a la que el resto no tardó en unirse.

Pero el buen humor que se respiraba en el ambiente aquella tarde se vio interrumpido por los ladridos salvajes de un perro que no andaba lejos. Vi que las facciones del Profeta se ensombrecían; luego empezó a temblar y, al reparar en las gotas de sudor que corrían por su frente, me puse de pie de un salto pensando que se trataba de una Revelación, pero el Enviado no cayó al suelo entre convulsiones como solía ocurrir en esos momentos de éxtasis espiritual sino que se quedó de pie donde estaba, con la mirada

perdida y fija al otro lado de la tienda, como si estuviera mirando a través de paredes de fina tela transparente y pudiera ver algo más allá de los confines del tiempo y el espacio.

Y luego pasó el trance y el Profeta parpadeó rápidamente al tiempo que miraba a su alrededor tratando de recordar dónde estaba; entonces se volvió hacia nosotras y se quedó un buen rato mirando a cada una de sus esposas con su bello rostro teñido súbitamente de tensión y ansiedad. Posó la mirada en mí y



sentí un escalofrío extraño en el corazón.

—Oh, Enviado de Dios, ¿qué ocurre?

El Profeta siguió mirándome fijamente, como si pudiera ver mi alma.

—Los perros de Al Hauab... sus ladridos son tan feroces...

Al Hauab era un valle situado al noreste, en la ruta de las caravanas de Irak. Yo no comprendía por qué el Profeta mencionaba aquel lugar remoto y desolado, pero había algo en el tono de su voz que me asustó;

miré a las otras esposas y comprobé que ellas también sentían el mismo nerviosismo.

El Profeta apartó la Mirada de mí y la clavó en un punto al otro lado de la tienda para luego continuar hablando, pero para sí en vez de dirigirse a nosotras:

—Le ladran al ángel de la muerte... que sigue la estela de sus faldas... hay tanta muerte allá por donde pasa...

Se hizo un terrible silencio y lo único que yo oía era el retumbar de la sangre bombeando en mis oídos. Y

entonces la judía se puso de pie con el terror que todas sentíamos escrito en los ojos.

—¿Quién es? ¿A quién le ladran los perros?

El Profeta salió de su silencioso ensimismamiento y volvió a mirarnos con las facciones teñidas por un profundo pesar.

—No lo... no lo sé... pero siento mucho dolor por ella...

El ambiente de celebración había desaparecido dando paso a un terrible presentimiento de tragedia.

El Enviado de Dios sacudió la cabeza, como si tratara de liberarse de una visión horripilante que le atenazaba el corazón. Se volvió para marcharse pero entonces se detuvo y sus ojos se clavaron en mí de repente. Se acercó para que sólo yo pudiera oírlo y me dijo:

—Te lo ruego, *Humaira*, no dejes que los perros te ladren.

Y, con eso, salió dejándome con aquel sobrenatural presagio. Me puse el velo inmediatamente para salir de allí a toda prisa y, mientras huía de la tienda para ir a refugiarme en la

seguridad de mi diminuto hogar, me sentí como una gacela aterrorizada que corre por las desoladas planicies desiertas tratando de escapar de un depredador que sin embargo cada vez está más cerca.

Al cabo de los años, cuando la profecía del Enviado se cumplió, aprendí que todos somos gacelas, que el león que nos persigue es ese cazador despiadado llamado destino, y que la tragedia de la vida es que, por muy deprisa que corramos, por muy lejos que lleguemos, el león siempre nos alcanza.

# 36

*La Meca, 630 d. C.*

Ocho años después de que emigráramos a Medina, cuando yo tenía diecisiete, los mecanos rompieron la tregua de Hudaibiya. Los quraish se unieron a un grupo de beduinos exaltados del clan de Bakr para atacar a los musulmanes de Bani Juza: fue una reyerta estúpida para saldar una deuda de sangre por culpa de una mujer de un clan pagano que

se había enamorado de un muchacho musulmán con el que había huido, pero aun así suponía una clara violación del tratado de paz que ya duraba dos años y la respuesta del Profeta fue ordenar que el ejército marchara hacia La Meca.

Para entonces ya se podía considerar que teníamos un verdadero ejército: curtidas en muchas batallas y escaramuzas cada vez más complicadas, las tribus bárbaras se habían convertido en una poderosa fuerza militar bien disciplinada que en los últimos

meses había tenido su primer enfrentamiento con las legiones del Imperio bizantino. Tras el fracaso de la alianza romana con Jaibar cada vez se iba haciendo más inminente el día en que nuestros hombres habrían de enfrentarse a las tropas imperiales, hasta que los bizantinos precipitaron el desencadenamiento de la crisis al capturar y asesinar brutalmente a un emisario que el Profeta había enviado a Siria. Aquello era una clara violación de las ancestrales reglas de inmunidad diplomática y con ello Bizancio se



proponía sin duda mostrar su desprecio por el emergente poder musulmán y provocar una respuesta.

El Profeta había enviado una fuerza de tres mil hombres encabezada por su hijo adoptivo, Zaid, a vengar la muerte del embajador. La batalla contra las tropas de Bizancio que se desató en el valle fue la primera de una guerra que pronto resultaría en la derrota del todopoderoso ejército romano a manos de un puñado de guerreros del desierto. La lucha fue encarnizada y Zaid murió en combate, y

precisamente la muerte del adorado hijo de Mahoma hizo que los musulmanes se pusieran a luchar con tal ferocidad que las arrogantes y confiadas legiones bizantinas se vieron obligadas a batirse en retirada. El desertor mecano Jalid ben al Ualid fue quien recogió el estandarte y lideró el ataque contra los desconcertados bizantinos persiguiéndolos hasta el Mar Muerto para luego guiar al contingente musulmán de vuelta a la seguridad del desierto. El enfrentamiento había quedado como mucho en tablas, pero

sembró el pánico en Bizancio que vio como una banda de jinetes mal armados en una desventaja numérica de tres a uno había puesto en un aprieto a sus tropas de élite, que habían dominado el mundo durante casi un milenio.

Cuando los supervivientes regresaron a Medina, el Profeta los felicitó por su valor y le dio a Jalid el sobrenombre de la Espada de Alá con el que se le conocería a partir de entonces. Luego el Enviado se retiró a los aposentos de Zainab para llorar amargamente la muerte de Zaid, que

había sido como un hijo para él además del anterior esposo de ella.

El ejército musulmán había hecho frente a Bizancio y ahora estaba preparado para al reto más importante: conquistar la Ciudad Santa de La Meca. El Enviado reunió a diez mil de los mejores guerreros y marchó hacia La Meca en respuesta a la violación del tratado. Muchos de los hombres estaban llenos de indignación más que justificada y un ardiente deseo de vengar los años de humillaciones y muerte a manos de los quraish, pero el Enviado

apaciguó sus corazones diciendo que prefería tomar la ciudad sin derramamiento de sangre pues, pese a que era la base de operaciones del enemigo, también seguía siendo la ciudad santa y el Profeta no deseaba que la sangre salpicara el Santuario de Abraham.

Así fue como, cuando el ejército musulmán acampó en las colinas a las afueras de la vieja ciudad de la que Mahoma había tenido que exiliarse, éste ordenó que cada hombre encendiera una pequeña hoguera en vez de hacer unos cuantos

fuegos de campamento inmensos como era costumbre; el cielo de La Meca se tiñó cada noche de rojo con el reflejo de las llamas de diez mil fuegos provocando así el pavoroso efecto de un ejército de cien mil hombres acampados a las puertas de la ciudad. La estratagema surtió efecto y la espeluznante imagen hizo que cundiera el pánico entre los mecanos.

Yo estaba al lado del Profeta al borde de una colina, sintiendo en la piel el calor que emanaba de la infinidad de fuegos a nuestras

espaldas. El humo hacía que me lloraran los ojos y me aterraba permanentemente que una chispa perdida de una de las diez mil hogueras prendiera fuego a la tienda del Enviado que se había colocado justo al otro lado del perímetro del campamento. Umar y el resto de comandantes se habían opuesto a colocar el puesto de mando a los pies de las colinas donde sería un blanco fácil para las primeras fuerzas de choque mecanas que se lanzaran al ataque, pero a mi marido eso no parecía preocuparlo en

absoluto y, al volver la vista para contemplar el horizonte en llamas que hacía pensar en una estampa aterradora de las mismas puertas del Infierno, entendí por qué: no habría ningún ataque.

Llegaron al campamento dos hombres que portaban el estandarte de emisarios. A diferencia de los bizantinos, los musulmanes respetaban la inmunidad de los enviados y los correos no necesitaban venir acompañados de soldados que los protegieran. Abrí los ojos como platos al reconocer a



las dos figuras esbeltas que iban bajando por la colina en dirección a la sencilla tienda de lona verde del Enviado: no eran simples embajadores sino los señores de La Meca en persona.

Abu Sufian venía acompañado de su hijo Muauiya, que llevaba varios años convertido al Islam en secreto y, viendo la cara de satisfacción del hijo en contraste con la expresión de agotamiento y derrota del padre, resultaba evidente que ya no hacía falta seguir fingiendo. La Meca había sido derrotada y sólo quedaba

acordar los términos de la rendición.

El Enviado dio un paso al frente con una cálida sonrisa en los labios y tendió la mano al hombre que había sido su enemigo durante veinte años. Abu Sufian lo miró con recelo y luego por fin le dio la mano al Profeta con gesto digno.

Durante la hora que siguió, el Enviado y Abu Sufian negociaron el cese permanente de las hostilidades

entre sus dos pueblos. El ejército musulmán entraría en la ciudad a la mañana siguiente con garantías de una amnistía general para sus moradores, lo que era una innegable muestra de magnanimidad por parte del Profeta: había derrotado a la gente que lo había estado persiguiendo durante dos décadas, los mismos que habían matado a su familia y seres queridos y habían estado a punto de exterminar a todo el pueblo musulmán en la Batalla de la Trinchera; pero los perdonaría y les concedería el privilegio de pasar

a ser miembros de la *Uma* musulmana. Los quraish, la tribu que había expulsado a Mahoma de su seno, retendrían el control de La Meca y continuarían encargándose de los rituales tradicionales del Santuario y la Sagrada Caaba en nombre del Islam.

Todo lo cual el Enviado ofreció con una sonrisa en los labios y la mano tendida a sus antiguos enemigos. Abu Sufian lanzó un suspiro al tiempo que sacudía la cabeza abrumado por la generosidad de su adversario y de la que él en

cambio no había dado la menor muestra a lo largo de los años.

—Tal vez siempre he sabido que llegaría este día —reconoció el señor de La Meca tras un largo silencio.

Ahora tenía el pelo completamente blanco como la nieve, el rostro en su día atractivo estaba surcado de profundas arrugas y podían verse oscuras bolsas bajo sus ojos resplandecientes de astucia: parecía más un viejo mendigo que el hombre que podría haber sido rey de toda la nación árabe.

El Profeta se inclinó hacia él, le tomó la mano como si fueran viejos amigos y no enemigos mortales y respondió:

—Entonces, ¿por qué te has resistido durante tanto tiempo?

Abu Sufian miró a su hijo Muauiya, su orgullo y el depositario de todas sus esperanzas pero que lo había traicionado al unirse al enemigo, y cuando el altanero joven le devolvió la mirada detecté en sus ojos un ligero destello triunfal, como si por fin hubiera conseguido probar que llevaba razón en una vieja

discusión de familia.

—Por orgullo —admitió al fin Abu Sufian, y luego se volvió para mirar al Enviado—, y quizá también por la envidia que me provocaba que Alá te hubiera elegido a ti y no a mí.

El Enviado sonrió.

—Has dicho Alá y no «los dioses»...

Abu Sufian se encogió de hombros y se puso de pie.

—Si mis dioses hubiesen sido reales me habrían ayudado durante todos estos años.

El anciano se volvió para marcharse y entonces, como si de repente cayera en la cuenta de que se le estaba olvidando algo, se volvió de nuevo hacia mi esposo con una sonrisa llena de ironía en los labios:

—Declaro que no hay otro dios sino Alá y Mahoma es Su Enviado.

Y, así, el último de los viejos enemigos de Mahoma se convirtió en seguidor suyo. Muauiya también se puso de pie para ayudar a caminar al renqueante anciano y en ese momento el Profeta los llamó de vuelta.

—Decid a vuestro pueblo que se



quede en sus casas y deponga las armas —dijo con voz suave asegurándose de que quedaba bien claro—, no se hará daño a ningún hombre que no oponga resistencia.

Abu Sufian asintió con la cabeza y estaba a punto de salir al exterior donde el aire del desierto hervía caldeado por los miles de hogueras cuando se giró para posar la mirada una vez más en el Enviado de Dios.

—Felicidades, Mahoma, por fin has derrotado a los quraish.

En eso vi que el Profeta se volvía hacia Muauiya con un inquietante y

profético destello fugaz en sus negros ojos; luego sonrió y me sorprendió ver lo que reconocí perfectamente como un leve rastro de tristeza en su cara.

—No. En realidad le he dado la victoria a los quraish.

A la mañana siguiente Mahoma entró como conquistador en la ciudad santa de la que lo habían expulsado. Jalid ben al Ualid había liderado una avanzadilla que se encontró con muy poca resistencia ya que los exhaustos ciudadanos de La Meca optaron en su mayoría por permanecer en sus casas, recogidos en oración a sus dioses a los que rogaban que el hombre al que habían perseguido sin tregua durante tanto tiempo les

mostrara la misericordia de la que ellos no habían sido capaces cuando ostentaban el poder. Sus oraciones fueron escuchadas, pero no por los ídolos por los que habían luchado hasta dar la vida. Los días de Alat, Uza y Manat habían terminado y Alá había emergido triunfalmente; uno había derrotado a muchos.

Mi esposo cabalgó a lomos de su camello favorito, *Qasua*, de vuelta a la ciudad que había sido su hogar hasta que cuestionó sus tabúes ancestrales y el poder de las élites. Mi padre, Abu Bakr, estaba a su lado

y los seguían las tropas del ejército musulmán desfilando con dignidad y disciplina por las calles empedradas en dirección al Santuario.

Yo iba en mi propio camello, oculta en la *haudach* que había sido motivo de tantos problemas cuando me habían abandonado en el desierto sin darse cuenta. A raíz de aquello, los musulmanes habían adquirido la costumbre de no levantar el campamento hasta que no se hubiera comprobado que todas las Madres estaban instaladas a buen recaudo en el interior de sus distinguidas sillas

de viaje. El decoro exigía que permaneciera oculta tras las pesadas cortinas de la *haudach* hasta que la compañía se hubiera detenido, pero la excitación de aquel día se impuso a toda otra consideración y nadie objetó a que asomara la cabeza por las cortinas de lana para contemplar la estampa gloriosa del Santuario que no había vuelto a ver desde que era niña.

La Caaba era tal y como la recordaba, un imponente templo en forma de cubo cubierto por ricos cortinajes en seda de mil colores. La

plaza circular que rodeaba el santuario más sagrado de los musulmanes seguía cubierta con los trescientos sesenta ídolos representando a los dioses de las diferentes tribus pero aquella abominación pronto llegaría a su fin.

El Enviado se adelantó y rodeó la santa casa siete veces mientras proclamaba la Gloria de Dios. Entonces hizo que su camello se detuviera, desmontó y se acercó a la Piedra Negra que había insertada en el muro oriental del edificio: se decía que la había colocado allí

Abraham en persona cuando nuestro antepasado había construido el templo originario junto con su hijo Ismael; según el Enviado, la piedra había caído del cielo y era el único resto del Paraíso celestial del que Adán había sido expulsado.

El Enviado besó la Piedra del Cielo con reverencia y luego hizo una señal a Alí, que avanzó con paso decidido destruyendo a su paso con su temible espada los ídolos que habían contaminado la Casa de Dios desde tiempo inmemorial; rompió en mil pedazos las viejas estatuillas de



las Hijas de Alá y luego hizo lo mismo con las sonrientes figuras de los dioses sirios e iraquíes que se habían traído de aquellas tierras cuando sus imágenes fueron prohibidas en el mundo cristiano. A medida que iban cayendo los ídolos se alzó un ensordecedor coro de voces entre la filas musulmanas, gritos de *Alahu akbar* y *La ilaha ilala* ('Dios es grande. No hay otro dios sino Alá'). A partir de aquel día los árabes dejaron de ser un grupo heterogéneo de tribus enfrentadas, cada una con sus propias costumbres

y creencias, y se convirtieron en una única nación unida bajo un único Dios.

Cuando se destruyeron por fin las últimas estatuillas y la plaza estuvo cubierta por los restos de los ídolos, el Enviado de Dios abrió las puertas de la Caaba e hizo un gesto a los miembros de la familia y su círculo de confianza para que lo acompañáramos. Mi padre y Alí se colocaron a su lado y lo mismo hicieron Umar, Uzman, Talha y Zubair. Fátima también se les unió llevando de la mano a sus hijos

Hasan y Husein, y entonces el Profeta me miró y me hizo un gesto con la cabeza; yo dudé un momento, sintiendo que el corazón se me aceleraba de anticipación, y por fin marché a la cabeza de las esposas hasta la entrada del lugar sacrosanto donde el Espíritu de Dios moraba por toda la eternidad.

El Enviado entró y los demás lo seguimos ascendiendo por los peldaños de piedra para adentrarnos en la oscuridad; no había antorchas encendidas en esos momentos y durante un momento me desorientó no

ver nada, pero luego mis ojos se acostumbraron a las tinieblas y pude distinguir los tres pilares de mármol que sostenían el tejado de piedra del templo y una imponente estatua en cornalina de Hubal, el dios de La Meca, al otro lado.

El Profeta se quedó mirando un buen rato la figura que representaba todo contra lo que se había pasado la vida entera luchando y luego alzó el bastón que portaba y señaló al ídolo con la retorcida vara haciendo que por un momento pareciera el mismo Moisés enfrentándose al orgullo del

faraón. Entonces el Enviado de Dios recitó unos versos del Sagrado Corán: *Ha llegado la verdad y se ha disipado el error. Ciertamente, el error es disipable.*

Se oyó un estruendo y de pronto sentí que el suelo temblaba bajo mis pies y, cuando los temblores se hicieron más intensos, la majestuosa estatua de Hubal se estremeció y cayó al suelo de bruces rompiéndose en mil pedazos como un ampolla de vidrio lanzado desde gran altura.

Entonces la tierra dejó de temblar y se hizo un gran silencio en

la Caaba.

Y luego por fin se oyó la voz de Bilal, el esclavo abisinio que había sido torturado en el Santuario tantos años atrás, entonando el Azán, la llamada a la oración que instaba a los hombres a caminar hacia una verdad que ya no podía negarse.

«No hay otro dios sino Alá y Mahoma es Su Enviado».

EL Profeta plantó su tienda a las afueras de la ciudad, y todos los residentes de La Meca fueron pasando uno por uno a jurarle lealtad. Abu Bakr se sentó a su derecha y Umar a su izquierda mientras que Uzman se quedó de pie a un lado y les fue entregando a todos los recién convertidos un regalo de oro o joyas del *Bait al Mal*, el tesoro musulmán, un gesto de reconciliación y bienvenida al nuevo orden. Alí

estaba de pie detrás del Profeta sosteniendo en alto su espada Dul Fiqar desenvainada a modo de señal para cualquiera que pudiera venir con intenciones de vengarse del hombre que había derrotado a los orgullosos señores de La Meca.

No se trataba de un gesto vacuo porque el Enviado había sobrevivido hacía poco a un intento de asesinato: durante una reciente visita a la ciudad conquistada de Jaibar, el Profeta había sido recibido por los líderes judíos que estaban deseosos de mantener la paz tras la humillante



derrota sufrida, pero no todo el mundo compartía los sentimientos de sus líderes y una mujer de Jaibar había envenenado el cordero que los anfitriones habían preparado en honor del Profeta. Mahoma probó la carne e inmediatamente notó que pasaba algo y escupió el bocado envenenado, pero varios de los compañeros no tuvieron tanta suerte y murieron aún sentados a la mesa entre horribles dolores. Los aterrorizados líderes judíos, temiendo que aquello supusiera la aniquilación de su tribu como

castigo, habían encontrado a la cocinera y la habían obligado a confesar que había actuado en solitario, y cuando Alí ya se preparaba para ejecutarla allí mismo el Profeta detuvo a su furibundo primo y le preguntó a la mujer de gesto altivo que habían traído a su presencia por qué había tratado de matarlo. Ella le respondió con la cabeza bien erguida que simplemente se proponía vengar la muerte de los hombres de su clan a manos de Mahoma y, para sorpresa de todo el mundo, el Enviado asintió con la

cabeza dando a entender que la comprendía y la perdonó.

Mientras contemplaba los rostros de los derrotados mecanos haciendo cola a la puerta de la tienda de mi esposo, no detecté nada parecido a la expresión airada de aquella mujer, no vi el fuego del desafío en sus ojos ni un ápice de rebelión en sus corazones; por el contrario, estaban humillados y exhaustos, cansados de luchar, cansados de perder, cansados de estar en el lado equivocado de la Historia. Me produjo particular satisfacción ver a Suhail, el

pretencioso embajador que había negociado el Tratado de Hudaibiya, inclinar la cabeza ante su nuevo señor. Ya no quedaba ni rastro del tono displicente que había caracterizado su voz entonces, ni el más ligero destello de desprecio en su mirada, sólo una profunda gratitud hacia el Enviado por haber preferido mostrarse clemente con hombres como él, que no lo merecían.

Y entonces se me paró el corazón cuando vi a un coloso de imponente estatura y tez negra dar un paso al frente, pues reconocí inmediatamente

aquellas facciones grabadas a fuego en mi mente desde el desastre de Uhud: era Wahsi, el esclavo abisinio que había dado muerte al tío del Enviado, Hamza, con su jabalina.

Noté que el Profeta se ponía tenso cuando el imponente africano se arrodilló ante él sosteniendo la mano derecha en alto, vi los verdes ojos de Alí ardiendo de ira y, por un momento, me pregunté si Dul Fiqar no descendería sobre aquel hombre para separarle la cabeza de sus musculosos hombros.

El Enviado se inclinó hacia

delante:

—Tú eres el guerrero que mató a Hamza, el hijo de Abdal Muttalib, ¿no es cierto? —preguntó mi esposo con un cierto deje amenazante en la voz, y reparé en que el sudor caía a chorros por el ancho rostro del abisinio.

—Sí —respondió con un hilo de voz baja y claramente avergonzado, pues seguía manteniendo la cabeza baja.

—¿Por qué lo hiciste? —quiso saber mi marido con una expresión indescifrable en sus negros ojos.

—Para ganarme la libertad —le contestó el africano con voz temblorosa.

El Profeta se lo quedó mirando un largo rato y después alargó la mano y tomó la de Wahsi en señal de que aceptaba su *baya*, su juramento de lealtad.

—Todos somos esclavos de algo —declaró el Enviado—, ya sea las riquezas, el poder, la lujuria... Y la única forma de librarnos de la esclavitud del mundo es convertirnos en esclavos de Dios.

Con los ojos arrasados de

lágrimas, Wahsi se aferró a la mano del Enviado y recitó la profesión de fe, y el Profeta asintió aceptando la conversión del hombre que había asesinado a su querido tío Hamza, su amigo de la infancia y el único hermano mayor que había tenido.

Entonces vi que a mi esposo se le ponían los ojos brillantes por culpa de las lágrimas y que apartaba la mirada del africano.

—Y ahora márchate y que no vuelva a verte jamás —sentenció Mahoma con voz rota de emoción.

Después de asentir lleno de



tristeza, Wahsi se marchó y no volví a verlo durante el resto de los días del Enviado.

Cuando el sol ya se ocultaba, se presentaron ante el Profeta los últimos mecanos dispuestos a pasar a formar parte de la *Uma*; entre ellos había una anciana encorvada y cubierta con una *abaya* negra y con el rostro oculto tras un velo negro también en cuyos ojos había algo que

me resultaba inquietantemente familiar.

Los tenía de color ámbar tirando a verde y se clavaban como dagas allá donde se posaban, eran los ojos de una serpiente preparada para lanzarse sobre su presa.

Sentí que mi corazón daba la voz de alarma, pero antes de que pudiera decir nada ella se arrodilló ante el Profeta y colocó sus largos dedos en un cuenco lleno de agua, cosa que también hizo él en señal de que aceptaba formalmente su juramento de lealtad.

—Declaro que no hay otro dios sino Alá y que tú, Mahoma, eres el Enviado de Dios, y juro lealtad a Dios y a Su Enviado —dijo la mujer con voz ronca pero clara, y vi que mi marido entornaba los ojos y la sonrisa se desvanecía de su rostro que ahora parecía hecho de pedernal.

—Quítate el velo —le ordenó con voz llena de autoridad que me provocó un escalofrío.

Se oyeron murmullos de estupor por toda la tienda ya que el Enviado siempre era extremadamente respetuoso en lo que a la modestia de

las mujeres se refería y jamás había ordenado a ninguna que se quitara el *niqab*.

La anciana dudó, pero Mahoma continuó mirándola sin pestañear y Alí dio un paso al frente al tiempo que sostenía la reluciente espada en alto con gesto amenazante al tiempo que ordenaba a la mujer:

—Cumple con tu juramento y obedece al Enviado.

La tensión que se respiraba en el ambiente se hizo insoportable. Por fin la mujer se llevó la mano al velo y se lo quitó revelando el rostro del

más temible enemigo del Enviado: Hind, la hija de Utba, la más terrible de sus adversarios, la caníbal que se había comido el hígado de Hamza como muestra definitiva de su desprecio por los creyentes.

Dejé escapar un grito ahogado cuando la vi porque estaba prácticamente irreconocible; el brillo letal de los ojos no había cambiado pero el tiempo había destruido su rostro en otro tiempo bello: la piel perfecta y blanca como el alabastro había adquirido un enfermizo tono amarillento y estaba surcada por

profundas arrugas, los pómulos marcados que en su día habían resaltado la perfección de sus facciones eran ahora dos promontorios esqueléticos; parecía un cadáver y la única evidencia de que seguía viva era el ritmo acompasado de su trabajosa respiración visible en los movimientos de la carne flácida del cuello.

El Profeta le clavó una mirada furibunda.

—Tú eres la que se comió las entrañas de mi tío —se limitó a decir

sin el menor deje acusador en la voz sino simplemente afirmando un hecho.

Vi el asco en los rostros de los compañeros y miré a Umar, que había sido el amante de la mujer durante los Días de la Ignorancia: el horror que podía leerse en sus ojos al contemplar a aquella decrepita anciana a la que había amado en otro tiempo era visceral.

Hind ignoró las miradas y los crueles cuchicheos y mantuvo la mirada fija en mi esposo.

—Sí —respondió lacónicamente

reconociendo ante el mundo el crimen por el que sin duda merecía morir.

Posé la mirada en Alí y reparé en que Dul Fiqar lanzaba ahora cegadores destellos de un rojo encendido, un hecho que podría haber desestimado como un simple efecto óptico debido al resplandor de las antorchas que había encendidas por toda la tienda, pero había visto lo suficiente como para saber que la espada ardía de ira por iniciativa propia.

Y entonces me di cuenta de que



Hind también la estaba mirando y su horrible rostro esbozaba una sonrisa verdaderamente aterradora.

—Hazlo, mátame —murmuró entre dientes con tono desafiante, pero aun con todo detecté algo así como una súplica bajo aquella fachada de orgullo fingido.

Se hizo el silencio mientras el Profeta continuaba mirando a su adversaria, aquel tembloroso saco de huesos que antaño había sido la más noble y bella dama de entre todos los descendientes de Ismael, y de repente vi que la mirada de mi esposo se

suavizaba al tiempo que se producía un cambio en mi propio corazón porque, en aquel preciso instante, Hind me dio pena.

—Te perdono —declaró él, y entonces apartó la mirada y pasó a centrar su atención en la madre que estaba de pie esperando tras ella, una joven que llevaba un bebé en brazos.

Hind lo miró completamente desconcertada, luego posó la mirada en Alí que había bajado la espada, después en Umar que se negaba a mirarla a los ojos, en los demás compañeros y finalmente en el resto

de los hombres y mujeres de La Meca que había a su alrededor, pero todos la ignoraron. En ese momento me di cuenta de que Hind había sido perdonada y condenada a la vez, porque había pasado de ser la más temida y odiada enemiga del Islam a no ser absolutamente nadie; se había convertido en un personaje irrelevante en el nuevo orden, sin poder, sin voz ni voto sobre nada de lo que ocurriera en Arabia a partir de ese día. Se volvió y comenzó a avanzar hacia la salida con paso inseguro y comprendí que mi marido

le había impuesto el único castigo que no podía soportar: la maldición del anonimato.

La derrotada anciana se escabulló hasta el exterior con la cabeza baja y, pese a que debería haberme quedado dentro junto a mi esposo, algo en mi corazón me incitó a salir fuera para ver por mí misma el final de nuestra mayor pesadilla.

Hind ya estaba más allá de los guardias que rodeaban el perímetro de la tienda del Enviado cuando de repente se detuvo y se dio la vuelta: sus ojos color esmeralda se clavaron

en los míos y durante un instante vi un destello del orgullo y dignidad que siempre la habían caracterizado; aquella vieja bruja vino hasta mí con paso renqueante y me atravesó con la mirada; aunque yo tenía el rostro oculto tras el velo, el brillo de mis ojos era inconfundible.

—Tú eres la hija de Abu Bakr —afirmó esbozando una inquietante sonrisa que le daba el aspecto de un gato que juega con el ratón atrapado entre sus garras.

—Sí —respondí arrepintiéndome de haber salido fuera.

—Siempre te tuve aprecio, pequeña —afirmó con voz ronca pero que aún conservaba un cierto tono seductor—, me recuerdas tanto a mí...

Al oírla decir aquello sentí el latido acelerado de mi pulso en las sienes y el rubor que me teñía las mejillas.

—¡Alá me libre de ser como tú!

Hind esbozó una amplia sonrisa revelando una hilera de dientes rotos y ennegrecidos.

—Aun así lo eres —me respondió soltando una carcajada en

la que no había gozo alguno—, hay un fuego que arde con fuerza en tu interior; te pueden tapar con un millón de velos si quieren, pero seguirá resplandeciendo de todos modos. Ahora bien, has de saber algo, querida mía: el fuego del corazón de una mujer es demasiado para este mundo, los hombres acudirán a él atraídos como polillas a la luz de una llama y, cuando les queme las alas, lo apagarán brutalmente.

Se me puso el vello de punta al tiempo que me recorría un escalofrío,

y estaba girándome para marcharme cuando Hind avanzó un paso y me agarró el brazo con una mano huesuda; intenté soltarme pero sus dedos eran como los colmillos de un león clavados en su presa; y por fin me puso algo en la mano, un objeto que resplandecía bajo las estrellas que poco a poco iban tomando posesión del cielo nocturno.

Era el brazalete de oro, la pulsera de las dos serpientes entrelazadas cuyas fauces encontradas sostenían un resplandeciente rubí.



Bajé la cabeza para clavar la mirada en aquel extraño y terrorífico símbolo del poder de Hind, un tótem que me entregaba a mí ahora que había llegado el ocaso de su vida. Era un regalo con terribles implicaciones y que yo no deseaba aceptar.

Pero cuando alcé la cabeza para protestar, Hind había desaparecido.

LA tragedia que siempre persiguió a mi marido fue que, cada vez que obtenía una victoria en su misión, al poco tiempo Dios le exigía un terrible precio en forma de la vida de alguno de sus seres queridos y así, poco después de volver a una Medina que era un hervidero de celebraciones por la victoria final del Islam, el hijo del Enviado, Ibrahim, cayó enfermo y comenzó a apagarse poco a poco.

Pese a las oraciones desesperadas de la comunidad y los denodados esfuerzos de los que tenían conocimientos de medicina, la salud del pobre niño se deterioró rápidamente y las terribles fiebres a las que pocos hombres hechos y derechos sobrevivían comenzaron a hacer estragos en su cuerpecito.

Observé con los ojos enrojecidos por el llanto cómo Mahoma acariciaba los suaves rizos oscuros de su hijo, despidiéndose de él mientras un torrente imparable de lágrimas le corría por las mejillas

haciendo que uno de los compañeros presentes, un hombre llamado Abdal Raman ben Auf, arqueara una ceja sorprendido.

—Oh, Enviado de Dios, ¿tú también?, ¿acaso no está prohibido?

El Profeta consiguió hablar con bastante esfuerzo y sin apartar nunca la mirada del rostro de Ibrahim mientras la vida abandonaba el cuerpo del pequeño.

—El llanto no está prohibido —respondió Mahoma en voz baja—, es síntoma de ternura y compasión y quienes no se muestren

misericordiosos tampoco recibirán misericordia. —Y entonces mi esposo se inclinó hacia el niño que lo miraba con ojos soñadores al tiempo que su alma comenzaba a abandonar este valle de lágrimas—. Oh, Ibrahim, si no fuera por la promesa segura de que volveremos a encontrarnos y la certeza de que éste es un camino que todos debemos emprender un día y en el que los últimos de entre nosotros adelantarán a los primeros, en verdad te lloraría con amargura mayor si cabe. Y, sin embargo, la tristeza nos abruma,

Ibrahim, el ojo llora y el corazón se desgarró pero no decimos nada que pudiera ofender al Señor.

Se me encogió el corazón de pena al ver que Ibrahim le sonreía a su padre y su minúscula manita se aferraba con fuerza al dedo del Enviado. El pequeño lo apretó una última vez y luego cerró los ojos y el hijo de Mahoma se sumió en el sueño eterno.

Cuando ya no nos quedaban más lágrimas, el Enviado cubrió el rostro de Ibrahim con una sábana y salió afuera para dirigirse a la multitud. Yo alcé los ojos al cielo y vi que se había oscurecido: el sol se había eclipsado y brillaban las estrellas en pleno día.

Los musulmanes alzaron la vista presas de la confusión para contemplar la fina media luna que se dibujaba donde había estado el sol hasta hacía un momento, y oí a un hombre gritar:

—¡Mirad, hasta los Cielos lloran

por el hijo del Profeta!

No tuve la menor duda de que era una señal de Dios en honor del pobre niño inocente que nunca tendría oportunidad de disfrutar los placeres de la vida y el amor en este mundo.

Pero, incluso en ese momento en que la pena lo superaba, el Enviado permaneció fiel a su fe:

—No —replicó con voz fuerte que retumbó por las calles de Medina—, el sol y la luna son Señales de Dios y no se eclipsan en honor a ningún hombre.

Así Mahoma nos recordó a todos



que él mismo no era sino un simple mortal y por tanto su hijo no era más especial que los cientos de niños que morían cada día víctimas de la crueldad del desierto y cuyas familias se veían obligadas a llorarlos en soledad, sin el apoyo y el calor de toda una nación.

Mi esposo se dio la vuelta con una expresión en el rostro que lo hacía parecer muy viejo y cansado. Alargué la mano para tomar la suya y me la apretó con fuerza mirándome con ojos llenos de gratitud, y luego volvimos dentro y comenzamos los

preparativos del funeral.

LOS siguientes fueron meses de febril actividad diplomática en que el Profeta envió emisarios por toda Arabia. Con la caída de La Meca, los ancestrales ritos paganos habían exhalado su último aliento y tocaba la hora de traer a las últimas tribus rebeldes bajo el dominio de Medina. Por fin se había forjado una nación y el Profeta estaba muy ocupado haciendo planes para su supervivencia. Yo no entendía la

urgencia de las numerosas cartas que enviaba a diario a las distintas provincias de la península que ahora le habían jurado lealtad, tal vez porque no quería enfrentarme a la verdad: mi marido ya tenía más de sesenta años y había vivido cien vidas en una pero no era inmortal y, a medida que el peso de los años iba haciendo mella en él, también se comenzaba a preparar el camino para la supervivencia de la *Uma* cuando él ya no estuviera para guiarla. Con la muerte de Ibrahim, las gentes de Arabia empezaron a especular sobre

quién sería su sucesor ahora que había perdido a su descendiente directo. Se barajaban muchos nombres en voz baja, en particular el de mi padre Abu Bakr, cuya edad y experiencia de hombre de Estado lo hacían merecedor del respeto de toda la comunidad. Él siempre había hecho caso omiso de aquellas especulaciones que lo ponían furioso, y sin embargo éstas persistían. También había quien hablaba del joven Alí, que acababa de cumplir los treinta, como el sucesor natural ya que era el pariente

varón más cercano del Profeta que seguía con vida y el padre de sus nietos. Pero, aun con todo, la monarquía era un concepto que chocaba con el espíritu independiente que caracterizaba a los árabes por naturaleza, y la idea de que el liderazgo de la comunidad se decidiera en base a lazos de sangre dejaba un amargo sabor de boca a las tribus.

Cuando volvimos a Medina después de la peregrinación anual a La Meca, se produjeron dos acontecimientos que cambiarían para

siempre el curso de la historia del Islam. El primero fue el nacimiento de mi hermanastro Mahoma: a la vejez, mi padre había tomado una segunda esposa, una viuda de guerra llamada Asma ben Umais que había engendrado el último hijo de Abu Bakr y que, pese a estar ya muy avanzada en su último mes de gestación, había insistido en acompañar a mi padre a La Meca; Asma realizó todos los rituales de la peregrinación admirablemente y sin una sola queja, pero poco después de que dejáramos atrás los muros de la

vieja ciudad rompió aguas y dio a luz a mi hermano.

Me prendé del pequeño Mahoma en cuanto lo vi, pues tenía los cabellos de un rojo encendido y se le hacían unos adorables hoyitos en las mejillas cuando sonreía, que era muy a menudo. Con los años, Mahoma ben Abu Bakr se convertiría en un hijo para mí, igual que ocurriría contigo, Abdalá, y de lo que más me arrepiento es de no haber sabido frenarlo ni apartarlo del terrible destino que lo aguardaba.

Pese a que yo entonces no lo



sabía, el hombre que compartiría con él ese destino estaba entre nosotros en ese viaje de vuelta a Medina y fue por causa de los acontecimientos que se produjeron durante el mismo por lo que las almas de ambos quedaron unidas para siempre.

Nuestra caravana se detuvo a por agua en una laguna situada en el pequeño valle de Gadir Jum, un lugar baldío e insignificante que después se recordaría como aquél donde se originó el cisma que dividiría a los musulmanes para siempre convirtiendo la unidad de la *Uma* en

un conjunto de sectas en guerra permanente.

Mientras los camellos y los caballos bebían en la laguna y los creyentes rellenaban los barriles de agua, un hombre se acercó al Profeta y se quejó a grandes voces de Alí, bajo cuyo liderazgo había servido en una campaña reciente y quien según él se había mostrado demasiado estricto a la hora de imponer la disciplina.

Vi que la habitual sonrisa paciente desaparecía de los labios de mi marido dejando paso una

expresión adusta. Yo sabía lo sensible que era respecto a Alí y había aprendido por experiencia propia a guardarme mis opiniones poco halagadoras sobre el yerno del Profeta para mis adentros. Ni que decir tiene que el Enviado era consciente de que había musulmanes a los que no les gustaba Alí pero oír a los soldados bajo su mando quejarse abiertamente del hombre al que Mahoma quería como a un hijo provocaba en él una furia poco habitual: de pronto convocó a todos los creyentes a reunirse en torno suyo

y llamó a Alí, que estaba afilando su espada en las aristas puntiagudas de una roca del valle, para que diera un paso al frente.

El Enviado de Dios sostuvo la mano derecha de Alí en alto y luego con voz fuerte y un brillo tan intenso en los ojos que provocaba temor declaró:

—Oídmelo bien, oh, musulmanes, y nunca olvidéis mis palabras: todo el que me reconozca como su *maula* ha de saber que Alí es también su *maula*. ¡Oh, Alá, sé amigo de los amigos de Alí y enemigo de

cualquiera que le muestre hostilidad!

Aquella era una declaración poderosa y una que jamás le había oído antes a mi marido, pues sin lugar a dudas estaba exaltando a Alí de un modo en que jamás le había hablado de ningún otro de sus seguidores. Y, sin embargo, las palabras en sí no eran claras y se prestaban a interpretaciones ya que el término 'maula' tenía varios significados en árabe, incluido maestro, amigo, amante e incluso esclavo. En cualquier caso y fuera cual fuera el sentido exacto de las

palabras de mi esposo, lo que quedaba claro era que estaba cansado de las quejas sobre el joven padre de sus nietos y quería poner fin a las habladurías sobre su pariente más cercano.

Si Mahoma se había propuesto en ese momento algo más que recordarnos que debíamos respetar y honrar a su primo se convertiría al cabo de unos años en tema de acalorados debates y, un día, esa discusión acabaría desembocando en una guerra abierta.

VARIOS meses después de regresar de la peregrinación, el Enviado entró en mi casa un día mientras yo cosía; alcé la vista del remiendo que estaba haciéndole a mi viejo manto y lo vi contemplándome con mirada serena y una dulce sonrisa en los labios.

—¿No es hoy el día de Maimuna? —pregunté refiriéndome a la última adición al harén, Maimuna ben al Hariz, una divorciada sin recursos económicos con la que se

había casado poco después de la toma de La Meca; era una mujer amable de unos treinta y tantos años que siempre andaba buscando formas de recaudar fondos para liberar esclavos ya que estaba convencida de que ningún hombre debía ser siervo de nadie más que de Dios.

Maimuna era tía de Jalid ben al Ualid, la *Espada de Alá*, y muchos creían que había influido en su sobrino para que éste abandonara La Meca y desertara uniéndose al bando del Profeta.

El Enviado seguía fiel a su



costumbre de pasar un día con cada esposa para asegurarse de que todas recibían el mismo trato y ése era el día de Maimuna; mi esposo solía ser muy meticuloso en ese sentido y pasaba todo su tiempo libre con la esposa a la que correspondía el turno, así que me sorprendió verlo en mis aposentos.

—Sólo quería mirarte un momento —se limitó a contestar, pero había algo en su voz que me preocupó, sonaba igual que si estuviera a punto de emprender un largo viaje y no estuviese seguro de

si volvería a ver a sus seres queridos.

Mahoma caminó hacia mí lentamente con aspecto débil y cansado, hice que se sentara junto a mí en un pequeño cojín y me dedicó una cálida sonrisa cuando hundí los dedos en sus rizos oscuros que estaban ahora salpicados de mechones plateados.

Al mirarlo a los ojos sentí que quería decirme algo y sin embargo se estaba conteniendo.

—¿Qué es? —le pregunté pese a la aprensión creciente que me

producía lo que fuera que me estuviese ocultando.

—Vivirás muchos años, *inshalá* —afirmó yéndose por las ramas—, pero hay ocasiones en que desearía que abandonaras este mundo antes que yo.

Sus palabras me escandalizaron: ¿mi esposo quería que muriera antes que él?

—Pero ¿por qué dices eso? —le pregunté con tono bastante cortante y sin molestarme lo más mínimo en disimular que me había dolido su comentario.

El Profeta me recorrió el rostro con la mano, igual que un ciego tratando de reconocer a alguien o un viajero que estuviera a punto de marcharse y quisiera grabar en las puntas de sus dedos el recuerdo de las facciones de un ser querido.

—Porque quisiera poder orar sobre tu cuerpo y pedir el perdón para ti.

Lo mire muy sorprendida y tal vez con expresión incluso descortés pues mi orgullo se las estaba ingeniando para retorcer sus palabras convirtiéndolas en una especie de

insulto pero, al cabo de los años, ha habido muchas ocasiones en que ciertamente desearía haber muerto entonces y que su bendición me hubiera protegido en el Día del Juicio cuando Dios pese la verdadera carga de mi culpa.

Por desgracia, ése no era mi destino ni tampoco el suyo. El Enviado de Dios no se ofendió al ver la mirada acerada que le dediqué, sólo volvió a sonreír, se puso de pie para marcharse..., ¡y entonces se desplomó en el suelo!

—¡Amor mío! —grité

desconcertada olvidándome por completo de lo mucho que me habían ofendido sus enigmáticas palabras.

El Enviado había caído como si de repente sus rodillas hubieran dejado de sostenerlo y yacía en el suelo hecho un ovillo igual que un bebé en la cuna. Me agaché rápidamente a su lado y le toqué la frente: estaba ardiendo; luego sentí que los temblores recorrían su cuerpo pero no eran las convulsiones sobrenaturales de la Revelación sino los escalofríos muy humanos de un hombre consumido por la fiebre.

Durante las tres noches que siguieron nos reunimos alrededor del Enviado tendido en la cama de Maimuna. Las madres no lo habían dejado ni un minuto desde que yo había gritado pidiendo ayuda, y Alí y Abbas habían llegado a socorrerlo. Nos quedábamos a su lado hasta bien entrada la noche poniéndole paños fríos en la frente para bajarle la fiebre y dándole sopa y caldo de un cuenco para que el alimento le

devolviera las fuerzas, pero transcurrían los días y mi esposo empeoraba a pesar de todo.

—Pasará —trataba yo de tranquilizar a las otras Madres—, siempre pasa... Es el Enviado de Dios... los ángeles lo curarán...

Pero hasta a mí me costaba creermis mis propias palabras.

En la cuarta noche de la enfermedad del Enviado, se reunió un consejo de



los más allegados en torno a su cama para debatir el futuro del Islam. Con el Profeta enfermo y su salud deteriorándose cada vez más, el futuro de toda la *Uma* estaba en juego. La frágil unidad que el Enviado había forjado entre los árabes con la mera fuerza de su personalidad estaba ahora a punto de desmoronarse; corrían rumores de que algunas tribus de beduinos estaban considerando renunciar a los pactos con Medina y que por lo visto Bizancio reunía una gran fuerza preparándose para una invasión.

Cierto que los musulmanes estaban acostumbrados a enfrentarse a ese tipo de amenazas políticas y militares, pero aun así eran noticias inquietantes. Se estaba formando un grupo de pretendidos profetas, todos y cada uno tratando de apropiarse un pedazo de la gloria de Mahoma para alcanzar la suya propia. Por ejemplo, había un renegado de nombre Musailima que se había proclamado el nuevo profeta de Alá y le había escrito a mi esposo hacía unos meses llamándolo «hermano» y pidiéndole que lo reconociera como Enviado de

Dios a él también para concluir sugiriendo dividirse el mundo entre los dos. Antes de caer enfermo, Mahoma envió una respuesta a Musailima tachándolo de mentiroso y proclamando que el mundo entero pertenecía únicamente a Dios y nadie más, pero el falso profeta no se había arredrado sino que consiguió hacer adeptos entre las supersticiosas gentes del clan de Bani Hanifa en el extremo oriental del desierto de Nachd. Algo similar había ocurrido con una mujer de los Bani Tamim llamada Saya, una *kahina* de la que

se rumoreaba que sabía hacer magia negra; también se había proclamado profetisa y se afanaba por consolidar un grupo pequeño pero extremadamente fanático de discípulos. Si el Enviado no se hubiera visto obligado a permanecer en cama, la derrota de estas nuevas amenazas contra el Islam hubiera sido su prioridad absoluta.

El consejo de los creyentes había venido con la esperanza de encontrar al Enviado en uno de los raros momentos de lucidez en que podía guiarlos sobre cómo tratar todos

aquellos asuntos de estado. El reducido grupo estaba formado por mi padre, Umar, Uzman, Alí, Talha y Zubair junto con Muauiya, una reciente adición al círculo más próximo al Enviado. El hijo de Abu Sufian había emigrado al oasis tras la rendición de La Meca y el Enviado lo había nombrado su escriba personal, un honor que hasta entonces había recaído en Alí. El repentino ascenso de Muauiya dentro de la comunidad había sorprendido a los musulmanes, pero mi esposo había tenido la lucidez de saber ver que

aquel gesto para con el vástago de la casa de los quraish aceleraría el proceso de reconciliación. Así pues, el joven de obsequiosas maneras había tenido oportunidad de demostrar sus habilidades políticas y ganarse rápidamente a los escépticos con regalos y palabras amables. Umar especialmente había desarrollado un particular afecto por el antiguo príncipe de La Meca y lo había convertido en su protegido. La estrella de Muaiya ascendía a ritmo vertiginoso en el firmamento del Islam y parecía que el único que

todavía desconfiaba de él era Alí, lo que por otra parte era comprensible.

Los compañeros habían estado esperando pacientemente al lado del Profeta durante más de una hora cuando de pronto éste abrió los ojos un momento. Mi pobre esposo los miró a todos durante un segundo como si no los reconociera y luego sus negros ojos se encendieron con aquella luz misteriosa que surgía de sus profundidades y se incorporó lentamente hasta sentarse en la cama.

Mahoma debió adivinar la razón por la que estaban allí todos aquellos

hombres porque habló antes de que ninguno tuviera tiempo siquiera de saludarlo; posó la mirada en Muaiya y le hizo un gesto con la mano al tiempo que le pedía con voz ronca y temblorosa:

—Trae pluma y pergamino... Tengo que dictarte algo... Siempre y cuando sigan mi mandamiento, los musulmanes prosperarán...

Muaiya se puso de pie y sacó una hoja de pergamino del interior de su elegante túnica color esmeralda, pero antes de que pudiera colocarse junto al Profeta Umar lo detuvo



agarrándolo del brazo y vi la mirada de preocupación en los ojos del gigante mientras contemplaba al Enviado, que a duras penas conseguía mantener los ojos abiertos a medida que el delirio volvía a apoderarse de él con virulencia renovada.

—Con el Sagrado Corán nos basta —declaró Umar dando claras muestras de que temía que el Enviado no estuviera en condiciones de comunicar ningún mandamiento.

Sin embargo Alí se adelantó un poco con sus ojos verdes muy

brillantes:

—Obedece al Enviado de Dios —le ordenó a Muauiya con voz acerada, y el joven de rostro aguileño le respondió mirándolo a los ojos sin inmutarse y luego volvió su atención de nuevo hacia Umar que negaba con la cabeza, preocupado.

—Está enfermo y puede que no piense con claridad, ¿acaso quieres traer la *fitna* a nuestro pueblo? —replicó Umar cortante utilizando la palabra árabe para designar el caos y las luchas políticas.

Alí no se arredró.

—¡Tú eres el que está trayendo la *fitna* al desobedecer al Profeta!

La tensión iba claramente en aumento y mi padre se apresuró a interponerse entre los dos hombres para intentar apaciguar los ánimos:

—Hermanos míos, por favor, bajad la voz —les pidió Abu Bakr lanzando una mirada hacia el Enviado que trataba de decir algo pero no conseguía articular palabra.

Y entonces Talha se levantó para ponerse del lado de Alí.

—Haced lo que dice el Enviado

—musitó en voz baja pero con un tono velado de amenaza que nunca antes había oído en la voz de mi bondadoso primo.

Tu padre Zubair, que era el mejor amigo de Talha, intervino entonces en la conversación para posicionarse en el bando contrario.

—Lo que dice Umar no deja de tener sentido: si la fiebre le ha nublado el juicio sus palabras podrían llevar al pueblo por un camino equivocado —argumentó con gravedad.

La discusión se fue haciendo

cada vez más acalorada y comenzaron a alzarse las voces; yo miré a mi marido que ahora estaba completamente despierto y se daba perfecta cuenta del rápido deterioro de la situación, y vi que su expresión se había vuelto dura y airada y sus negros ojos resplandecían con una furia que me asustó.

—¡Basta! —exclamó el Enviado con voz atronadora que retumbó por toda la diminuta estancia.

Los hombres enmudecieron inmediatamente pero noté que seguían rumiando sus argumentos en

silencio. Muauiya, que siempre tuvo la habilidad de gravitar rápidamente hacia quien ostentara la autoridad, se apresuró a colocarse junto a mi esposo, papel y pluma en mano, con intención de registrar diligentemente los mandamientos que pronunciara su maestro.

Hubo un momento de tenso silencio mientras esperábamos a que pronunciara lo que suponíamos serían sus instrucciones respecto a quién debía sucederlo en el liderazgo. ¿Ordenaría a los musulmanes que se sometieran a Alí

pese a que muchos lo harían de mala gana? ¿Nombraría como sucesor a mi padre o a Umar arriesgándose a negar para siempre a su descendencia el derecho preferente a asumir el mando? ¿O acaso idearía una solución alternativa que resultara satisfactoria para todos los musulmanes de la *Uma*, una respuesta que sólo un hombre de Estado visionario como Mahoma podía encontrar en medio de aquel caos de intereses encontrados?

Tras pasear la mirada durante un buen rato por todos aquellos hombres

que había guiado hasta la victoria, hombres a los que amaba como a sus propios hijos y que ahora se estaban comportando como chiquillos, Mahoma sacudió por fin la cabeza y suspiró con aire exhausto. Muauiya se inclinó para acercarse aún más pero mi marido le hizo un gesto con la mano para que se apartara.

—Dejadme solo. Fuera todos — dijo al fin con voz teñida de amargura, y entonces el Enviado de Dios se volvió a echar en la cama dándoles la espalda y cerró los ojos negándose a desvelar su última



voluntad a un pueblo que se estaba mostrando tan poco digno de recibirla.

Vi que el fuego de la contienda se extinguía en los ojos de los compañeros y todos parecían avergonzados. Uno por uno, los hombres en cuyas manos estaba el futuro de la *Uma* fueron saliendo con la cabeza baja dejándonos a las esposas solas con nuestro marido enfermo.

A menudo me he preguntado qué habría dicho el Enviado de Dios esa noche y si sus palabras habrían

podido evitar el horror y el derramamiento de sangre que habían de venir; y echando la vista atrás ahora, me doy cuenta de que, de todos los errores que hemos cometido los musulmanes a lo largo de nuestra historia, ninguno ha sido tan grave como el dolor que una noche le causamos a un anciano, a un hombre que amaba a su pueblo y lo único que deseaba para el mismo era la paz.

*8 de junio de 632 d. C.*

Al séptimo día de su enfermedad, el Enviado se despertó de madrugada y miró confundido a las Madres que estaban a su alrededor.

—¿De quién es el día hoy? — preguntó con un hilo de voz casi inaudible.

Zainab ben Jahsh tomó la mano del Enviado al tiempo que esbozaba una sonrisa. Incluso aquejado de una

fiebre tan alta, seguía preocupándose por que todas sus esposas recibieran el mismo trato.

—Es mi día, oh, Enviado de Dios  
—le respondió ella.

El Profeta la miró durante un buen rato como si estuviera haciendo memoria para recordar su nombre y luego volvió a recorrernos a todas con la mirada.

—¿Y mañana?

Ramla dio un paso al frente:

—Mañana es mi día, esposo mío.

Los ojos del Profeta se posaron

entonces en mí y me di cuenta de que ya no parecía confundido.

—¿Y pasado mañana?

Y entonces tanto yo como el resto de las esposas lo comprendimos: incluso en aquellos momentos en que estaba febril, incluso cuando el ángel de la muerte ya sobrevolaba aterradoramente cerca, lo único que preocupaba a Mahoma era poder pasar el día con la esposa que más amaba.

Me empezaron a rodar las lágrimas por las mejillas y no podía hablar, y en ese momento la anciana

Sauda me posó la mano en el hombro con suavidad y dijo:

—Pasado mañana es mi día pero le cedo el turno a mi hermana Aisha.

Luego, una por una, todas las demás esposas fueron haciendo lo mismo. Yo las miré atónita y mis lágrimas se convirtieron en lágrimas de gratitud.

Mi esposo intentó levantarse pero no tenía fuerzas.

—Ayudadme a... llegar hasta los aposentos de Aisha... —suplicó con voz rota y temblorosa.

Alí y Abbas, los parientes más cercanos del Profeta y los únicos hombres que estaban con nosotras ese día, se acercaron y lo ayudaron a ponerse de pie sujetándolo por los hombros mientras lo guiaban con suavidad fuera de la casa de Maimuna.

Inmediatamente se desató el clamor en el patio de la *masyid* donde cientos de creyentes permanecían en vigilia desde que corrió la noticia de que el Profeta estaba enfermo. Los fieles alzaron sus voces igual que niños pequeños

que llaman a su madre y el Enviado les dedicó una sonrisa débil pero ni siquiera tenía fuerzas para alzar la mano en señal de que los había oído. Y entonces se hizo un silencio terrible entre la multitud mientras todos contemplaban al Enviado arrastrándose a duras penas hacia mi casa: era una estampa inusitada y trágica, y vi a muchos hombres hechos y derechos llorar sin esconderse al comprobar el deteriorado estado del Profeta.

El Enviado alzó la vista hacia su pueblo y trató de sonreír para darles



ánimos pero yo veía la tristeza en sus ojos: no era así como hubiera querido que lo recordaran y, sin embargo, no era más que un mortal, un simple hombre y en consecuencia tan expuesto a los estragos del tiempo como cualquiera de sus seguidores.

Alí y Abbas lo ayudaron a entrar en mis aposentos y tenderse en el suave colchón forrado de piel de cordero donde tantas noches de amor habíamos pasado entrelazados y, en cuanto notó en la espalda la suave y familiar sensación, vi que respiraba

más hondo y los músculos de su rostro se relajaban.

Pasara lo que pasara ahora, estaba en casa.

Me senté a su lado y le aparté el pelo de la cara; él me miró con profundo amor y me recorrió la mejilla con los dedos, y luego se rebulló ligeramente, como si por fin le hubiera venido a la memoria algo que llevaba mucho tiempo intentando recordar sin conseguirlo.

—¿Queda dinero en la casa? — me preguntó con una extraña premura en la voz.

—Unas cuantas monedas de oro nada más —le respondí sorprendida por la pregunta.

El Profeta no necesitaba dinero para comprar nada, era dueño y señor de toda la nación árabe y sus seguidores le habrían proporcionado gustosos cualquier cosa que deseara sin esperar recompensa por ello.

Pero, como de costumbre, no estaba pensando en él.

—Dáselas a los pobres —me dijo, y vi en sus ojos que deseaba que lo hiciera inmediatamente.

Me levanté y fui hasta un rincón de la habitación donde, bajo una baldosa que estaba suelta, había guardado un puñado de monedas que eran toda la fortuna que mi esposo, el rey de Arabia, poseía.

Las tomé en mis manos y vi que Alí daba un paso al frente dispuesto a recibirlas en las suyas para salir inmediatamente a cumplir los deseos del Enviado, pero yo le di la espalda y las deposité en manos de Abbas que asintió con la cabeza y se marchó a repartirlas entre las pobres almas que seguían acudiendo al Alhamí en

busca de limosna.

Sentí la intensa mirada de los verdes ojos de Alí clavados en mi espalda y que luego se volvía para seguir los pasos de Abbas sin pronunciar una sola palabra.

Al cabo de unas horas oí el eco de la melodiosa voz de Bilal que retumbaba por todo el patio llamando a los fieles a la oración de mediodía. Al escuchar las palabras llenas de

lirismo del Azán, mi esposo abrió los ojos y se incorporó en la cama. Yo lo miré sorprendida y, al ver que tenía el rostro cubierto de sudor que también empapaba sus cabellos canosos, le agarré la mano con fuerza, llena de gozo y gratitud hacia Dios.

El sudor era señal de que la fiebre estaba empezando a remitir. El Enviado de Dios se recuperaría.

Me acerqué a él y le sequé la frente con el bajo de la falda instándolo a que se tumbase y descansara un poco, pero él me

ignoró, se puso una túnica blanca limpia y fue a buscar una jarra de piedra con la que realizó las abluciones rituales.

Luego salió fuera, con el porte bien erguido que siempre lo había caracterizado. Los fieles ya se habían congregado formando líneas rectas tras Abu Bakr que era quien había estado dirigiendo la oración en la *masyid* en ausencia del Profeta, pero al ver a Mahoma emerger de mis aposentos con aspecto de estar recuperado se produjo un tumulto entre los creyentes, que rompieron

filas entre gritos de júbilo para ir a rodear al hombre que se había convertido en el centro de sus vidas.

Yo, oculta tras el velo que me había colocado a toda prisa, observé cómo el Profeta avanzaba con paso firme entre la multitud hasta llegar junto a Abu Bakr. Mi padre lo miró con los ojos llenos de lágrimas y se apartó haciendo un gesto al Enviado para que ocupara su lugar encabezando la *yamat* de los creyentes congregados, pero mi esposo negó con la cabeza.

—Dirige tú la oración—le dijo a



mi padre al tiempo que agarraba el hombro de su viejo amigo.

Abu Bakr parpadeó sin saber muy bien qué pensar.

—No puedo dirigirte a ti en oración, tú eres mi maestro —respondió mi padre con voz temblorosa por la emoción.

—Dirige tú la oración —insistió mi esposo.

Abu Bakr titubeó un momento y luego volvió a su puesto de imán de la *masyid*. Los fieles se agruparon rápidamente a sus espaldas en líneas rectas, hombro con hombro, con los

pies de cada uno rozando los del hombre que tenían al lado en señal de que todos eran iguales en espíritu.

Y entonces el Enviado de Dios se sentó a la derecha de mi padre y oró a su lado. La escena me resultó extraña porque nunca lo había visto orar codo con codo con ningún hombre, y luego se me hizo un nudo en el estómago al intuir llena de aprensión cómo interpretaría la comunidad aquel gesto y lo que significaría para mi bondadoso padre que no tenía el menor deseo de ostentar ninguna autoridad en este

mundo.

Cuando terminó la oración, el Enviado se puso de pie, abrazó a Abu Bakr y le besó con gran cariño ambas mejillas para después caminar lentamente de vuelta a mis aposentos en medio de una muchedumbre de seguidores que lo rodeaban con veneración. Cuando ya estaba junto al umbral de mi puerta vi su cara y contuve la respiración un instante: sus facciones estaban teñidas de una luz como nunca antes había visto, similar al resplandor de la luna, y de repente la marca del paso de los

años desapareció del rostro de Mahoma y me pareció más joven de lo que jamás lo había conocido: ya no era el anciano hombre de Estado sino un muchacho que desprendía vida y energía a raudales; fue como si lo estuviera viendo tal como era en los días anteriores a la Revelación, igual que Jadiya lo habría conocido en los primeros tiempos de su unión hacía ya casi cuarenta años. Me sonrió y en ese momento me volví a enamorar de él.

El Enviado se detuvo en mi puerta, se volvió hacia la agitada

muchedumbre de fieles, los miró con expresión de profundo gozo, como si todos y cada uno de ellos fueran la persona más valiosa para él sobre la faz de la tierra; luego agitó la mano en alto a modo de despedida y se volvió para reunirse conmigo en el interior.

EL Enviado se tendió con la cabeza apoyada en mi pecho y respiró hondo y muy lentamente, como si saboreara cada bocanada de aire. Alargó la mano buscando la mía y al apretársela sentí que sus dedos acariciaban los míos con delicadeza, luego por fin alzó el rostro hacia mí un instante y me miró.

Contemplé sus negros ojos que parecían más distantes que nunca: tuve la extraña sensación de que,

donde estaba, yo no podría reunirme con él y me vi reflejada en las pupilas de azabache cuya mirada no parpadeaba. ¡Qué distinta era ahora de aquella chiquilla en su noche de bodas! Ya tenía diecinueve años y era alta y esbelta, de cintura estrecha y firme que se curvaba para unirse a los músculos de mis caderas y unos pechos generosos de mujer hecha y derecha pero que no habían conocido el tacto de los labios de un bebé. Era muy raro verme como una mujer y más raro todavía sabiendo que en mi corazón seguía siendo una niña.

El Enviado se inclinó hacia mí y nos besamos; fue un beso largo y profundo y sentí que todo cuanto albergaba en mi corazón se derramaba en él, lo estreché en mis brazos deseando no tener que soltarlo nunca y, al cabo de una eternidad que duró sólo un instante, él se apartó y ladeó la cabeza para apoyar la mejilla suavemente sobre mi pecho, justo donde me latía acompasadamente el corazón.

Entonces vi que mi esposo levantaba una mano y señalaba un objeto cercano: un *misuak*, un tosco



cepillo de dientes hecho con ramitas de olivo; lo vi mirar el pequeño instrumento con increíble atención, así que mastique las cerdas al tiempo que las humedecía con mi saliva para reblandecerlas y luego se lo entregué a mi marido que comenzó a cepillarse los dientes vigorosamente.

Cuando terminó me devolvió el cepillo y volvió a recostarse en mi pecho cerrando los ojos. Su respiración se fue ralentizando y haciéndose más rítmica y supuse que se había quedado dormido.

No sé cuánto tiempo pasamos

abrazados así, como dos amantes unidos por el destino en un universo loco pero que, de alguna manera, han conseguido atravesar todo ese caos preservando intacto el vínculo de sus corazones. Después de tantos años de penalidades y lucha, por fin me sentí en paz.

Fue un momento que quise que durara para siempre y, sin embargo, como todo en este mundo pasajero, llegó a su fin.

Noté que mi esposo se movía y luego abrió los ojos pero, en vez de alzar la vista hacia mí, su mirada se

posó en un rincón vacío de la habitación y sentí que se me ponía la carne de gallina.

Entonces el Enviado habló con voz fuerte, clara y enérgica.

—No —dijo como si respondiera a una pregunta—, elijo la suprema comunión en el Paraíso... con aquellos a quienes Dios ha colmado de sus favores..., los profetas y los santos y los mártires y los justos..., pues no hay comunión mejor que la que con ellos pueda tenerse...

En ese momento recordé algo que me había dicho años atrás: en el

momento de morir, a los profetas se les daba a escoger entre permanecer en el reino de los mortales o regresar con su Creador.

El corazón empezó a latirme desbocado cuando comprendí que por fin el ángel le había preguntado qué elegía y él había optado por la eternidad.

Quería gritar pero no salió ningún sonido de mi garganta; estaba paralizada, fui incapaz de moverme cuando el horror de lo que estaba ocurriendo me golpeó el estómago.

Mahoma, el Enviado de Dios, el

hombre a quien amaba más que a nada en el mundo, estaba muriendo en mis brazos.

—Oh, Dios... —lo oí decir con voz tenue y distante—. Con la suprema comunión...

Y entonces Mahoma cerró los ojos y sentí que exhalaba su último aliento y ascendía a los cielos, igual que una paloma a la que le hubiesen abierto la jaula y volara de vuelta a la inmensidad del firmamento que era su hogar en realidad.

Su cabeza se hizo pesada sobre mi corazón y supe que se había ido.

Sostuve entre mis brazos el cuerpo sin vida de Mahoma mientras las lágrimas me rodaban por las mejillas y me balanceaba adelante y atrás igual que una madre cantándole una nana a su hijo para que se duerma.

No sé el tiempo me pasé allí sentada, pero algo en mi corazón destrozado me movió por fin a apartarlo de mi pecho y dejar que mi amor descansara en paz. Me separé y dejé su cadáver tendido sobre la manta de piel de cordero que había sido el santuario de nuestro amor.

Tenía el rostro, más bello en la muerte de lo que nunca lo vi cuando todavía estaba con vida, vuelto hacia mí y una suave sonrisa serena en los labios.

Entonces las compuertas del dolor cedieron y chillé, y el eco de mis gritos se extendió por las calles de Medina anunciando al mundo entero la trágica noticia.

Mahoma ben Abdalá, el último Profeta de Dios enviado a la humanidad, había muerto.

ABU Bakr se abrió paso entre la muchedumbre que agolpaba en la *masyid* y, más allá de sus muros, por las calles que la rodeaban. Consiguió escurrirse entre la gente hasta alcanzar el patio donde encontró a Uzman sentado en el suelo sollozando como un niño pequeño.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber mi padre con el corazón aterrado al pensar en la respuesta que se temía iba a recibir, pero



Uzman no dijo nada sino que se limitó a secarse los ojos y miró a su alrededor igual que un crío que se ha perdido y busca desesperadamente a su madre.

Dándose cuenta de que su compañero no estaba en condiciones de hablar, Abu Bakr se volvió y vio a Alí de pie muy cerca, con la mirada extrañamente ausente de lo que ocurría a su alrededor y fija más allá del horizonte. El anciano se le acercó apartando a un joven que se interponía en su camino y estaba riéndose como un lunático al tiempo

que se le llenaban los ojos de inmensas lágrimas.

Alí miraba al frente sin pestañear, como si contemplara la eternidad con aquel sentido sobrenatural de la vista que lo caracterizaba, y no pareció reparar en la presencia a su lado de mi padre hasta que por fin el anciano líder le puso una mano en el hombro y lo sacudió suavemente como para despertarlo de sus ensoñaciones a plena luz del día.

—Dímelo —se limitó a pedirle Abu Bakr.

Alí parpadeó varias veces pero en sus verdes ojos seguía brillando la confusión y, cuando habló, su voz sonaba extraña y distante.

—Dicen que el..., que Dios lo bendiga y le conceda paz, ha muerto —declaró Alí confirmando con ello los peores temores de Abu Bakr, pero luego volvió a clavar la mirada en el horizonte y añadió—: Pero es muy raro... porque yo todavía puedo verlo...

Abu Bakr sintió que un escalofrío le recorría la espalda y luego se oyó un fuerte grito que hizo que volviera

la cabeza para encontrarse con Umar de pie en el *minbar*, la pequeña plataforma desde donde el Enviado predicaba. El gigante blandía una descomunal espada sobre su cabeza y estaba llamando a los fieles que pronto se agolparon en torno a la imponente figura.

—¡Es mentira! —bramó Umar con ojos desorbitados de loco—. ¡El Enviado vive, simplemente está en presencia de su Señor, igual que ocurrió cuando subió a los cielos en el viaje nocturno de *Lailat ul Mirach*!

Las palabras de Umar provocaron los murmullos de la muchedumbre y muchos alzaron la voz dándole la razón: el Enviado de Dios no estaba muerto sino que su alma estaba viajando por las esferas celestes, como ya había hecho antes, y pronto regresaría para revivir su cuerpo.

Se trataba de un sueño y una fantasía, y eso era lo que la gente quería oír, y sin embargo Abu Bakr había aprendido hacía ya mucho tiempo la dolorosa lección de que los deseos y la realidad a menudo no

se correspondían en absoluto.

Se volvió y entró en casa de su hija para ver la terrible realidad con sus propios ojos.

Yo estaba sentada en un rincón, temblando violentamente y rodeada de las otras Madres cuyo llanto ensordecedor desgarraba aún más mi corazón destrozado. Y entonces apareció una sombra en el umbral y vi la figura encorvada de mi anciano

padre; su mirada se posó al instante en el Profeta, que estaba tendido sobre la cama cubierto con el manto verde que era su favorito.

De algún modo conseguí ponerme de pie y corrí a sus brazos; él me abrazó con fuerza mientras lloraba como una niña pequeña al tiempo que me daba suaves palmaditas en la cabeza como solía hacer cuando, de eso hacía ya una eternidad, me lastimaba las rodillas corriendo por las calles de La Meca.

Y entonces retrocedió un paso y me apartó para fijar de nuevo su

atención en la silueta del cuerpo inmóvil del Enviado. Mi padre se acercó al cadáver amortajado lentamente y luego, con gran reverencia, apartó el manto del rostro de mi esposo. Observé con la vista nublada por las lágrimas como Abu Bakr se inclinaba para comprobar el pulso en el cuello y después buscaba en el pecho un débil latido. Luego por fin acercó la oreja a los labios del Profeta buscando el menor signo de que todavía respiraba y finalmente lanzó un suspiro y levantó la cabeza para contemplar el



cuerpo del hombre que había cambiado su vida y el mundo.

Y después se agachó de nuevo y besó al Enviado en la frente. —¡Más querido que una madre o un padre!... Has saboreado la muerte que Dios había decretado para ti —dijo mientras las lágrimas le corrían por las ajadas mejillas—. Ya no volverás a sufrir otra muerte después de ésta.

Abu Bakr cubrió de nuevo el cuerpo con el manto y se volvió para marcharse sin saber qué otra cosa podía hacer y, no queriendo pasar ni

un minuto más en compañía de las otras esposas consumidas por el dolor, me cubrí el rostro con el velo y lo seguí hasta el patio.

Lo primero que vi fue a Umar agitando la espada desde el púlpito y gritando como un loco con voz que cada vez se volvía más ronca de tanto chillar.

—¡Aquellos que dicen que el Enviado de Dios ha muerto son como los Hijos de Israel que proclamaron la muerte de Moisés cuando éste subió a la montaña a hablar con su Señor y, como ocurrió a los cobardes

descreídos del Sinaí, quienes hagan correr la voz de esa mentira sobre el Profeta morirán! ¡Les cortaremos las manos y los pies como traidores que son!

Mi padre dio un paso al frente y se dirigió a su amigo que, claramente, había perdido el juicio.

—Calma, Umar, tranquilízate.

Pero Umar lo ignoró y continuó despotricando y proclamando a gritos todas las inusuales torturas que sufriría cualquiera que osase decir que Mahoma había muerto.

Mi padre sacudió la cabeza lleno

de tristeza y luego alzó la voz para hablar con palabras cuidadosamente escogidas pero cargadas de autoridad.

—Escuchadme, hermanos míos —dijo Abu Bakr y, de repente, todos tenían la atención puesta en él.

Vi a las gentes aterrorizadas y dolientes de Medina mirar a mi padre, el primer hombre adulto en convertirse al Islam, amigo de la infancia de Mahoma y su consejero de confianza, y me percaté de que le suplicaban con la mirada que acabara con su sufrimiento, que les

mostrara la luz que había de guiarlos fuera de aquella incertidumbre oscura que los envolvía.

Entonces Abu Bakr dijo las palabras por las que siempre sería recordado, palabras que había nacido para pronunciar:

—Si alguno de entre vosotros adora a Mahoma, sabed que Mahoma ha muerto. Pero si alguno de entre vosotros adora a Dios, sabed que Dios vive y no morirá jamás.

Se hizo un silencio profundo entre la multitud al escucharse al fin en voz alta la innegable y

demoledora verdad.

Luego mi padre recitó unos versos del Sagrado Corán que habían sido revelados años atrás después del desastre de Uhud donde el Enviado había estado a punto de morir en el campo de batalla. Yo los conocía de memoria pero, no sé cómo, se me habían olvidado en medio del caos de las últimas horas.

*Mahoma no es más que un Enviado.*

*Antes de él han pasado otros enviados.*

*¡Y qué! Si muriese o fuese  
matado,*

*¿os volveríais sobre vuestros  
talones?*

*Quien vuelva sobre sus talones  
no perjudicará a Dios en nada,*

*pero Dios recompensará a los  
agradecidos.*

Los musulmanes se miraron los  
unos a otros desconcertados, como si  
no hubieran oído aquellas palabras  
jamás. Vi desvanecerse la  
desesperación en sus ojos y que en su

lugar surgía una infinita tristeza que sin embargo estaba firmemente apuntalada en el poder de la fe, y entonces escuché un terrible grito, se diría que algo parecido a los aullidos de un gato que está siendo estrangulado, y me volví hacia Umar: la verdad que contenían las palabras de mi padre había conseguido abrirse paso entre las brumas de su juicio trastornado y ahora estaba allí de pie en el *minbar*, desconsolado y completamente sólo. La espada se resbaló de sus manos y fue a dar al suelo de la *masyid* con un



estruendoso ruido metálico. Umar cayó de rodillas y hundió la cara en las manos sollozando como un niño.

A medida que la verdad iba poco a poco penetrando en las almas, sentí que nuestros corazones se libraban de las garras del pánico que los atenazaban y fue entonces cuando el llanto comenzó verdaderamente: lágrimas por la pérdida, pero no de desesperación.

Ahora sabíamos que el viaje de Mahoma había llegado a su fin.

Sin embargo el viaje del Islam no había hecho más que comenzar.



# **LIBRO CUARTO**

## **EL NACIMIENTO DE UN IMPERIO**

# 1

MAHOMA estaba muerto pero la *Uma* en cambio estaba viva y bien viva y necesitaba desesperadamente un líder. Las siguientes horas fueron caóticas: se fue corriendo la voz por todo el oasis de que el Profeta había muerto y varias facciones hicieron intentos de que imperasen sus objetivos, y luego llegaron a la *masyid* noticias de que los líderes tribales de la ciudad se habían reunido en el viejo salón de

reuniones de los Bani Saida, el lugar donde habían forjado sus volubles alianzas en los días anteriores al Islam. Por lo visto los viejos clanes de Medina estaban planeando elegir a uno de los suyos para liderar la comunidad y se habían congregado sin invitar a propósito a ninguno de los inmigrantes de La Meca que habían permanecido al lado del Profeta desde el principio. Al oír aquello, Umar se enfureció y agarró a mi padre del brazo apremiándolo para que fuera hasta allí e interviniese antes de que se tomara

una decisión que podría destrozar a la *Uma*. Un compañero llamado Abu Ubaida, un respetado musulmán de la tribu quraish, se les unió para enfrentarse juntos a aquella nueva crisis y, en el momento en que mi padre y los otros hombres se alejaban apresuradamente en dirección al salón de reuniones se me pasó por la cabeza la idea de que seguramente a Alí también le habría gustado ir con ellos; se había retirado a pasar el duelo en su casa con Fátima y sus hijos, y Tallin y Zubair estaban con él. Por un

momento me pregunté si no debería enviar un mensajero a casa de Alí para informar a los otros de la reunión de las tribus que tenía lugar en esos momentos, pero luego me invadió la vieja oleada de amargura al recordar su traición y el pensamiento abandonó mi mente a toda velocidad.

Umar atravesó las pesadas puertas de bronce que se habían cerrado al comenzar la reunión en la que los

patriarcas discutían qué debía de hacerse ahora que el Enviado de Dios había muerto. La cuestión que todos habían estado evitando durante los últimos meses ya no podía eludirse y no quedaba más remedio que elegir un sucesor que ejerciera el liderazgo de la comunidad.

Y era una cuestión controvertida, siempre lo había sido. Umar frunció el ceño al ver a los jefes de las tribus discutiendo acaloradamente, todos y cada uno argumentando con total egoísmo las razones por las que él tenía derecho a acceder al poder. La



sala estaba a rebosar y los ánimos se iban caldeando cada vez más mientras las tribus rivales de aus y jazrach maniobraban tratando de sacar un cuerpo de ventaja en su favor. El Profeta se había pasado años trabajando con maestría para reunir a aquellas gentes dispares y perennemente enfrentadas y, en cuanto se había ido, ya estaban volviendo a las antiguas rencillas y la inquina entre clanes.

Mi padre contemplaba con tristeza a aquellos hombres vociferantes de pie junto a Umar, y el

colosal guerrero sabía que a su amigo se le rompía el corazón al ver resurgir las crueles divisiones del pasado. Abu Bakr siempre había adoptado para sí mismo el papel de figura paternal que se desvivía por la comunidad musulmana, y debía de resultarle insoportablemente doloroso contemplar a gente a la que amaba como si fueran sus hijos discutiendo entre ellos con tal violencia, como también debía dolerle ver las formas civilizadas de los últimos años convertidas en las mismas viejas heridas abiertas que

sólo Mahoma había sido capaz de restañar.

En la inmensa sala de piedra había una docena de pilares robustos y Abu Bakr se apoyó en uno de ellos para mantenerse en pie.

—Escuchadme, hermanos míos —trató de intervenir, pero su voz grave no consiguió hacerse oír en medio del tumulto de la discusión y las emociones acaloradas, así que el anciano respiró hondo, como si estuviera intentando hacer acopio de energía para alzar la voz por encima del desquiciante barullo y probó

suerte otra vez, pero sin el menor éxito.

Umar, oyendo ya el retumbar del bombeo de la sangre en los oídos, se adelantó unos pasos hasta colocarse en el centro de la estancia y alzó sus enormes manos por encima de la cabeza.

—¡Silencio! —rugió con tal fuerza que las ventanas temblaron.

Se hizo el más absoluto silencio entre la desconcertada multitud presente y todas las miradas se clavaron en él. Umar se daba cuenta de que a algunos de los líderes

tribales les había sorprendido — incluso irritado— comprobar que los inmigrantes de La Meca se hubieran enterado de que se estaba celebrando aquel consejo medio secreto pero, si alguno deseaba que se marchara, desde luego nadie tuvo el valor de decirlo en ese momento.

Umar se volvió hacia Abu Bakr y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza al que el anciano respondió avanzando por la sala más encorvado de lo habitual, como si sus huesos ya no pudieran soportar el peso de la responsabilidad que llevaba a

cuestas desde hacía tantos años.

—Escuchadme, hermanos míos —repitió Abu Bakr con voz ronca pero clara—, éste es un momento peligroso en el que Satanás tratará de desviarnos del camino recto y destrozar lo que Dios ha conseguido unir. Es tiempo de juicios mesurados, no de decisiones dictadas por pasiones efímeras.

Umar notó que las sensatas y muy escogidas palabras de Abu Bakr aliviaban un poco la tensión reinante y mi padre continuó con voz suave alabando a los Ansar, los oriundos

de Medina que habían acogido al Profeta y el triste puñado de refugiados que lo acompañaba, hacía ya una década; reconoció que, de no haber sido por la generosidad de hombres como los líderes tribales allí reunidos, el Islam no habría sobrevivido. En cambio la nueva religión había prosperado e incluso conquistado toda Arabia, y Medina había pasado de ser una ciudad atrasada de la que nadie se acordaba a convertirse en la capital de una nación. Y esa nación se enfrentaba ahora a nuevas amenazas debidas

tanto de los rebeldes en su propio seno como a las grandes potencias del otro lado de sus fronteras. Lo que hacía falta ahora era un líder que pudiera mantener unida aquella amalgama de tribus dispares y guiar a los musulmanes en los días inciertos que se avecinaban.

—Medina es la capital de Arabia pero su corazón sigue siendo La Meca —declaró mi padre muy lentamente mientras iba clavando la mirada en los patriarcas por turno—. Si la nación árabe quiere evitar las escisiones, su liderazgo debe



permanecer en manos de los quraish, la única tribu que posee el prestigio y los recursos necesarios para mantener a las tribus más pequeñas unidas bajo su mando.

Las palabras de Abu Bakr se recibieron con silencio en un primer momento, y luego un líder tribal llamado Sad ben Ubada dio un paso al frente: era el líder del clan de los Abu Saida, en cuya sala se celebraba la reunión, y además uno de los más firmes candidatos al liderazgo de la comunidad cuyo nombre se había barajado en el consejo antes de que

Abu Bakr hablara. Umar se puso tenso, pues le constaba que los Abu Saida tenían en sus manos el poder de destrozar o unificar la *Uma* musulmana.

Y entonces, para gran sorpresa de Umar, el jefe tribal eligió lo segundo:

—Llevas razón —intervino el líder ya entrado en años de los Abu Saida al tiempo que asentía con la cabeza en dirección a Abu Bakr—, los hombres de Medina han desempeñado su papel en el destino del Islam y sin duda es un papel

destacado por el que se les recordará siempre, pero nuestras manos son demasiado pequeñas para llevar las riendas de Arabia.

Aquella era una admisión sorprendente y una capitulación que habría sido impensable unos años atrás. En ese momento Umar se dio cuenta de que el legado del Profeta sin duda seguía vivo y de que su pueblo sobreviviría. El Islam era como un mar e, incluso cuando la superficie parecía agitada por las tormentas de los tiempos, en el fondo reinaban la calma y la serenidad.

Nadie dijo nada durante un buen rato y entonces otro jefe dio un paso al frente y asintió con la cabeza en señal de que aceptaba las palabras de Abu Bakr uniéndose a Abu Saïda en la renuncia a cualquier pretensión de poder por parte de su clan.

Y luego Umar notó que Abu Bakr le tomaba la mano y tiraba de él hacia delante, y al mirar a mi padre vio que también estaba haciendo lo mismo con el amigo de ambos Abu Ubaida.

—Os propongo a estos dos hombres de la tribu de los quraish,

hombres nobles y de carácter intachable que sabrán mantener la *Uma* unida y continuar el avance del mensaje del Islam por todo el mundo —declaró Abu Bakr sosteniendo en alto una mano de cada uno—. Jurad lealtad a cualquiera de los dos.

Umar no daba crédito a lo que oía y miró a Abu Ubaida que parecía completamente aterrado. Ninguno de los dos se podría haber imaginado que Abu Bakr los propondría para ser los líderes del Islam. Umar sintió que la lealtad de su amigo —aquel hombre amable sin la menor

ambición, sin la menor ansia de poder— y la fe que tenía en él hacían que se le llenaran los ojos de lágrimas. Aquél era un hombre de semejante honestidad e integridad que el Profeta le había dado el nombre de *As Sidiq* ('Testigo de la Verdad') y había confiado en él como su único compañero en la gruta mientras los asesinos lo buscaban por todo el desierto.

Abu Bakr: el hombre a quien el Profeta había hecho su mano derecha confiándole la administración diaria de las necesidades de la *Uma*, un

hombre que había sido rico y lo había dado todo para comprar la libertad de los esclavos y alimentar a los pobres, un hombre que vivía como un pordiosero cuando debería haber ido vestido con los ricos ropajes de los poderosos, un hombre al que todo el mundo quería y que no despertaba el odio de nadie.

Un hombre a quien el Profeta, justo antes de morir, había nombrado para dirigir la oración. Un hombre a quien el Enviado de Dios había cedido su propio puesto de imán y bajo cuya dirección él mismo había

rezado en su hora final...

Y entonces, como si le hubiera caído un rayo en pleno corazón, Umar se dio cuenta de lo que había que hacer y tras bajar su mano pronunció unas palabras que parecían surgir de algún lugar más profundo aún que su propia alma.

—¡Oh, hermanos *Ansar*! — exclamó con voz temblorosa por la emoción—, ¿acaso no sabéis que el Enviado de Dios mismo ordenó a Abu Bakr que dirigiera la oración?

Se produjo un murmullo de asentimiento y Umar vio a mi padre



arrugar la frente al tiempo que le clavaba una mirada que era una clara advertencia para que se callara. Pero Umar no habría sido capaz, incluso si hubiese querido hacerlo: algo se había apoderado de su corazón y las palabras emergían de su interior igual que los primeros brotes de una planta que despuntan en la tierra yerma después de la lluvia torrencial marcando el principio de una nueva era.

—Así pues, ¿quién de entre vosotros osaría precederlo? —preguntó Umar.

Hubo un momento de silencioso desconcierto mientras los presentes dejaban que las palabras de Umar calaran en sus almas, y luego el hijo de Al Jattab, un hombre que en otra vida había sido un monstruo y un asesino pero que ahora se había convertido en uno de los líderes musulmanes más respetados y honrados, tomó la mano derecha de Abu Bakr en la suya y declaró lleno de orgullo su lealtad a su amigo.

Mi padre se puso muy pálido y comenzó a protestar, pero ya era demasiado tarde: el gesto de Umar

había encendido las emociones de la multitud y, de repente, todos se arremolinaron en torno a Abu Bakr y el reticente anciano se vio rodeado por los líderes de Medina que le profesaban unánimemente su lealtad proclamándolo *Jalifat Rasulala*, el califa o el vicerregente del Enviado de Dios.

Yo estaba velando el cuerpo del Enviado cuando me enteré de la decisión del consejo de elegir a mi

padre como nuevo líder de la comunidad. Y lo sentí por él, pues era un anciano exhausto y cansado del mundo que no ansiaba ningún poder y al que, sin embargo, su nuevo papel de califa colocaría en el punto de mira de otros que habían visto truncadas sus ambiciones: sus rivales examinarían con mirada escrutadora todas las decisiones que tomara y siempre saldría perdiendo en las inevitables comparaciones con el Enviado, que había sido el estadista más brillante que los árabes habían visto jamás. Habría hombres

despiadados esperando a que cometiera un error para clavarle sus puñales tanto en sentido figurado como literal. En definitiva, era una posición terrible y desagradecida.

Pero, fueran cuales fueran mis dudas, los medineses no parecían compartirlas pues, en cuanto corrió la voz de que Abu Bakr había accedido al poder, una muchedumbre congregada a la puerta de la casa del nuevo líder lo rodeó llena de entusiasmo para luego aguardar en fila su turno y jurarle lealtad al hombre que el Enviado mismo había

elegido en los momentos finales de su vida.

Todos los hogares de Medina enviaron a un representante a jurar fidelidad al nuevo califa y prometerle su apoyo. Todos excepto uno.

Poco después de que Abu Bakr hubiera sido elegido, Umar y los líderes salieron del viejo salón de reuniones para dirigirse inmediatamente hacia la pequeña cabaña de piedra donde vivían Alí y Fátima con sus hijos. Umar había llamado a la sencilla puerta de

madera de palma al tiempo que le pedía a Alí que saliera a jurar lealtad a mi padre, cuyo rostro estaba ensombrecido por la vergüenza que le producía el fervor de la muchedumbre.

El yerno del Profeta salió de su casa y contempló a los musulmanes con sus inescrutables ojos verdes mientras escuchaba la noticia de labios de Umar:

—Abu Bakr ha sido elegido, dale tu mano en señal de fidelidad.

Alí se había quedado clavado en el sitio y no había hecho ni ademán

de acercarse a mi padre.

—Habéis tomado la decisión sin consultar a la Familia del Enviado —replicó en voz baja sutilmente teñida de ultraje.

El asunto que había ocupado las mentes de todos ese día —si Alí se propondría también acceder al poder — se había resuelto de la peor manera posible al haberlo excluido de las deliberaciones negándole así la oportunidad de presentar su caso.

Umar frunció el ceño al darse cuenta de que Alí tenía motivos para sentirse insultado pero negándose al



mismo tiempo a retractarse de lo que le dictaban sus convicciones:

—Aun así, se ha tomado una decisión —respondió—, júrale lealtad —insistió con un deje amenazante en la voz, pues si Alí se oponía al nombramiento de Abu Bakr por parte del consejo, la unidad de la *Uma* quedaría destrozada y el fantasma de la guerra civil no tardaría en cernirse sobre ella.

Alí contempló al colosal Umar mirándolo fijamente a los ojos. Pocos habrían sido capaces de soportar la mirada de cualquiera de

aquellos dos hombres poderosos y verlos a ambos mirándose así era como asistir a una pelea entre dos machos cabríos.

Y entonces se proyectó una sombra entre ambos y como por arte de magia apareció Fátima, la hija del Profeta; tomó la mano de su esposo en la suya y se la apretó con fuerza, y luego se volvió hacia Umar que le sacaba por lo menos una cabeza:

—¡Fuera de aquí! —le ordenó con un brillo de ira en los ojos que yo no había visto jamás reflejado en sus facciones suaves, e hizo que

Umar retrocediera igual que si le hubieran dado una puñalada en el estómago.

Mi padre se interpuso inmediatamente entre ambos para evitar que la tensión fuera a más.

—Pido perdón a la Gente de la Casa —se disculpó el nuevo califa— y pido a Dios que colme de bendiciones a la Familia del Enviado.

Fátima miró a Abu Bakr con sus negros ojos aún resplandecientes y acto seguido, sin decir una palabra, guio a su esposo de vuelta al interior

y cerró la puerta a sus espaldas.

Alí no juró lealtad a mi padre ese día, hecho que no hizo sino aumentar mi animosidad hacia él ya que, mientras Alí no desistiera de su actitud, Abu Bakr no podría reinar en paz porque la amenaza de rebelión por parte de los familiares del Profeta sobrevolaría su cabeza igual que una implacable y mortífera espada; su legitimidad permanecería en entredicho y los buitres que ya lo

rondaban se acercarían aún más, dispuestos a abalanzarse sobre él y despedazarlo.

Pero, cuando el sol ya se ponía aquel terrible día, Alí salió de su casa en dirección a mis aposentos para ayudar con los preparativos del entierro del Profeta; Fátima estaba con él, y pese a que yo me negaba ni tan siquiera a mirar a Alí, le di un gran abrazo a la hija del Enviado: por muy envenenada que estuviera mi relación con su marido, ella siempre había sido amable conmigo y no sentía más que respeto por aquella

muchacha dulce. Fátima me abrazó con fuerza mientras yo me deshacía en lágrimas por la pérdida de un hombre al que ambas habíamos amado profundamente aunque ella no sollozaba con desconsuelo como el resto de las mujeres sino que, de hecho, parecía sorprendentemente tranquila. Supuse que todavía no había asimilado la sorpresa y que las lágrimas vendrían cuando la verdad calara por fin en su corazón, pero las horas iban pasando y persistía su actitud de digna resignación hasta que al final le pregunté por qué se

contenía de aquel modo ante la muerte de su padre. Ella me dedicó una misteriosa sonrisa y respondió que no tenía motivo para lamentarse puesto que pronto se reuniría con él: un comentario extraño e inquietante de una mujer extraña e inquietante al que decidí no darle más vueltas.

La prioridad era decidir qué hacer con el cadáver del Profeta. La tradición musulmana establecía que debían realizarse unas abluciones rituales antes de amortajar el cuerpo excepto en el caso de los mártires cuya sangre se consideraba un signo

de gloria eterna. El Profeta no había muerto en el campo de batalla pero había dudas sobre si se le debía desnudar y lavar igual que a cualquier otro hombre. Ni siquiera yo lo había visto desnudo jamás pues era terriblemente pudoroso y, cuando hacíamos el amor, era siempre al abrigo de la oscuridad.

Los hombres discutían sobre qué hacer y entonces oímos retumbar a una voz que sugería: «Lavad al Enviado con la ropa puesta». Era una voz atronadora cargada de autoridad y al principio creía que había llegado



Umar mientras debatíamos cómo proceder, pero cuando me volví no vi a nadie. Los latidos de mi corazón se aceleraron y vi la expresión de terror en las caras de los demás; no obstante, las palabras se habían oído con toda claridad y Zubair salió a llenar un cubo de agua en la piscina de las abluciones que luego Alí vertió sobre el cuerpo del Enviado lavando así sus ropas por última vez. Después los hombres lo amortajaron con tres capas de tela, las dos primeras de sencillo lino blanco de Yemen y finalmente el manto de

rayas verdes que el Profeta se ponía a menudo.

Contemplé con el corazón destrozado como Alí, Talha y Zubair colocaban la suave tela sobre el rostro amable de mi esposo y sentí que las lágrimas se agolpaban en mis ojos de nuevo al darme cuenta de que nunca volvería a ver aquellas hermosas facciones, por lo menos no hasta el Día del Juicio.

Una vez estuvo amortajado el cuerpo, surgió una nueva discusión aún más acalorada sobre dónde debía enterrarse al Enviado de Dios.

Algunos proponían darle sepultura en e l *Janat al Baqi*, el principal cementerio del oasis, junto con su hijo Ibrahim. Otros sugerían que lo lleváramos de vuelta a La Meca para enterrarlo junto a Jadiya, pero los preceptos del Islam exigían que el cuerpo se enterrara en el plazo máximo de un día y el viaje a camello hasta La Meca duraba por lo menos veinte. Unos cuantos argumentaban que debía ser enterrado junto a su tío Hamza en el campo de batalla de Uhud o que se erigiera una tumba separada a las

afueras de la ciudad.

En eso oí una voz a mis espaldas, y esta vez no era la de ninguna misteriosa presencia angélica sino la de mi padre que, entrando en la abarrotada habitación, se enjugó las lágrimas al contemplar la figura amortajada que en otro tiempo había sido su mejor amigo y maestro.

—El Enviado de Dios me dijo una vez que a los profetas se los entierra donde mueren —afirmó Abu Bakr en voz baja para luego mirar a Alí que, al cabo de un instante, asintió con la cabeza.

Esa noche mis aposentos se convirtieron en una tumba. Abu Bakr reunió un pequeño grupo de musulmanes de confianza que trajeron picos y palas y cavaron una fosa debajo del lugar exacto donde el Profeta había muerto en mis brazos. No hubo grandes ceremonias y de hecho la mayoría de la ciudad ignoraba lo que estaba ocurriendo. Abu Bakr había argumentado sabiamente que las emociones estaban todavía a flor de piel y un funeral público podría desatar pasiones que serían difíciles de

contener.

El puñado de fieles que conocía el secreto rezaron la oración funeraria puestos de pie tras el cuerpo del Profeta; mi padre se negó a dirigir la plegaria de *yanaza* sobre el cuerpo, algo que le parecía presuntuoso por su parte, y se mantuvo a un lado junto a Umar, Uzman y Alí, todos ellos colocados en una línea recta tras el cuerpo amortajado.

Y entonces, cuando finalizó el ritual y ya no había nada más que hacer ni decir, Alí descendió al

interior de la fosa, cogió suavemente en brazos el cuerpo de mi marido y procedió a colocarlo sobre el hombro derecho, como era la costumbre, y con el rostro hacia el sur en dirección a La Meca.

Luego los fieles echaron tierra sobre el cuerpo hasta que quedó completamente cubierto y con eso Mahoma regresó al polvo del que nuestro padre Adán había sido formado.

## 2

EN los meses que siguieron a la muerte del Enviado, mi padre tuvo que enfrentarse al primer reto de su califato, la rebelión de las tribus beduinas: con Mahoma muerto, muchas de las tribus del sur declararon que sus tratados con el emergente estado árabe ya no eran válidos y que no se someterían a la autoridad de Medina. Algunos incluso apostataron abiertamente volviendo a la adoración de sus



viejos dioses; otros, tal vez dándose cuenta de que las prácticas ancestrales no tenían sentido ahora que La Meca misma había prohibido todos los ídolos, declararon que seguirían fieles al Islam pero que se negaban a pagar el *zakat*, el impuesto exigido a los ciudadanos para atender con lo recaudado a los pobres. Unos cuantos provocaron un problema aún mayor pues se unieron a Musailima y Saya, los dos falsos profetas que habían declarado ser ellos ahora quienes hablaban en nombre de Dios. Los dos

pretendientes al don de profecía se habían casado reuniendo así a sus seguidores en una alianza en contra de Medina.

De todos los díscolos grupúsculos que surgieron, ese último era el que suponía una amenaza más inminente puesto que el Islam se sustentaba en el pilar fundamental de que Mahoma era el último profeta de Dios y cualquiera que viniera detrás era un impostor que debía ser derrotado antes de que llevara al pueblo por el camino equivocado. Además Musailima no

era un enajenado que vagabundeara por ahí profetizando sin ton ni son: había conseguido reunir en torno suyo a las tribus rebeldes del Nachd oriental y nuestros espías creían que estaba organizando un gran ejército con casi cuarenta mil hombres de las tribus, el mayor jamás visto sobre las dunas de Arabia.

Así fue como mi padre decidió enviar a Jalid ben al Ualid, el hombre a quien mi esposo había proclamado la Espada de Alá, a enfrentarse a aquella nueva y grave amenaza para el futuro del Islam. Las

fuerzas de Jalid se enfrentaron a las de Musailima en Yamama, en el corazón de la Arabia oriental y, pese a que no ascendían a más de trece mil hombres, el ejército de Jalid estaba mejor organizado y tenía más disciplina que los guerreros de las tribus. Jalid dividió a las tropas en tres bloques y se puso él mismo al frente del central. La batalla fue encarnizada pero los musulmanes contaban con la ventaja de su extremado celo y una total ausencia de miedo cuando llegó la hora de la verdad que apabulló a los beduinos.

Los hombres de las tribus acabaron dispersándose, dejando a Musailima con tan sólo siete mil fanáticos adeptos que se hicieron fuertes tras los muros de un vergel, un error garrafal porque con ello quedaban atrapados y rodeados por todos los flancos. Los guerreros musulmanes escalaron los muros y consiguieron atravesar las puertas de la fortificación entrando en masa en el asentamiento que sería conocido para siempre a partir de ese día como el Jardín de la Muerte, pues los seguidores del falso profeta fueron

masacrados y la punta de la infame jabalina de Wahsi mató al mismo Musailima, expiando así por fin su pecado el esclavo abisinio que había dado muerte a Hamza. Saya, la esposa de Musailima y aspirante a profeta al igual que él, fue capturada y, tras convertirse rápidamente al Islam, Jalid la dejó marchar y desapareció para siempre en el desierto.

Con la muerte de Musailima, el fuego de las viejas prácticas paganas se extinguió para siempre en Arabia. Mi padre había conseguido aplastar

la revuelta de las tribus árabes ganándose, con ello la confianza y el respeto de los musulmanes, y había podido por fin centrar su atención en los asuntos de estado. Una de las cuestiones más espinosas a que se enfrentaba era qué hacer con las tierras de mi esposo pues, aunque Mahoma dejara todas sus riquezas y posesiones terrenales a los pobres, había conservado varias parcelas de terreno y pequeños huertos en Jaibar y el oasis cercano de Fadak que le habían correspondido como botín de guerra tras la derrota de los judíos de

Arabia. Mi esposo en persona se había ocupado de la administración de las tierras cuando vivía, utilizando lo que producían para alimentar a su familia y a los necesitados, y un día Fátima se presentó ante Abu Bakr y le pidió que aquellos huertos pasaran a ser de su propiedad y luego a la de sus hijos como herencia. La Gente de la Casa era muy pobre, pese a ser los únicos parientes de sangre del Profeta, y los huertos ayudarían en la lucha diaria de conseguir poner un plato de comida en la mesa.



Mi padre se encontraba en una posición delicada y le respondió con suavidad que el Enviado le había dicho en una ocasión que los profetas no dejaban ninguna herencia, que todas sus posesiones debían pasar a manos de la comunidad; yo, que también le había oído a Mahoma hacer ese comentario de pasada, salí en defensa de la decisión de mi padre. Fátima se puso lívida y, tras declarar que Abu Bakr le estaba robando su patrimonio, abandonó con paso airado la casa de mi apesadumbrado padre, que se

limitaba a actuar como creía correcto en base a lo que entendía habían sido los deseos del Profeta, pero con ello sólo había logrado acrecentar la brecha y el dolor entre él y la familia del Enviado.

Poco después Abu Bakr trató de llegar a un compromiso: se enteró que un judío de los Bani Nadir que se había convertido al Islam había muerto sin descendencia legando al Profeta siete pequeños huertos en Medina, y Abu Bakr nombró a Alí y el tío del Profeta Abbas administradores de los mismos en

nombre de los descendientes del Enviado. Aun así Fátima se negó a aceptar el gesto de reconciliación y, por más esfuerzos que hizo mi padre en numerosas ocasiones, no volvió a hablarle desde el día en que rechazó su solicitud a la herencia. Abu Bakr me dijo una vez que, de todas las cosas que había perdido a lo largo de su vida —riquezas, juventud, salud... —, nada le había apenado más que su enemistad con aquella muchacha dulce a quien siempre había querido como a su propia hija.

Una noche, seis meses después

de que muriera Mahoma, estaba tendida en la cama a punto de quedarme dormida; daba vueltas a un lado y a otro sobre el colchón forrado de piel de cordero en el que a veces todavía notaba el olor de mi marido, aquel peculiar aroma como a rosas del que siempre parecía ir dejando una estela cuando estaba vivo. Me había hecho falta un tiempo para acostumbrarme a dormir otra vez en mis aposentos sabiendo que el Enviado estaba enterrado a poca distancia, pero al final me había acostumbrado a la sensación extraña

de que nunca estaba del todo sola, de que sin duda él me acompañaba, y no sólo en sentido metafórico.

Aunque el ambiente estaba impregnado de una cierta sensación de pesadez, algo así como si el aire mismo hubiera cambiado desde el día en que mi esposo murió, acabé por aprender de nuevo a dormir en aquel lugar y empecé a tener sueños muy vividos, llenos de extrañas luces muy bellas y colores que nunca había imaginado. Solía despertarme en mitad de la noche porque me parecía oír su voz o sentir el frescor del roce

de su mano en los cabellos. Con el tiempo, esas experiencias se convirtieron en parte de mi vida diaria y acabé aceptándolas sin más, aunque sólo fuera para mantener la cordura. No obstante, al principio me había resultado difícil porque me aterraban, pues era como vivir en la puerta que separaba dos mundos y nunca estaba segura del todo en cuál de los dos estaba en cada momento.

Y entonces, aquella fría noche de invierno ocurrió algo que nunca olvidaré y que todavía me da escalofríos recordar: la sensación de

pesadez en el ambiente se había hecho intolerable y cada vez tenía que respirar más hondo para que me llegara aire a los pulmones, era como si un pesado cortinaje me aplastara y no podía moverme, tenía la impresión de que me habían atado con cuerdas invisibles.

Traté de resistirme a la presión, me parecía encontrarme a mucha profundidad bajo el agua y estar haciendo ímprobos esfuerzos por salir a la superficie para tomar aire, y entonces oí una voz de mujer: se diría que procedía del patio de la

*masyid* pero la oía cada vez más cerca y con toda claridad, y me di cuenta de que me estaba susurrando al oído. A pesar de la abrumadora carga del velo que me inmovilizaba, conseguí girar la cabeza.

Vi a Fátima de pie a poca distancia de mí: llevaba un vestido blanco que lanzaba destellos plateados y el cabello cubierto con un pañuelo en el que resplandecían un millar de estrellas; estaba de pie sobre la tumba de su padre, diciéndole palabras que yo no alcanzaba a comprender pues no



hablaba en árabe ni aquellos sonidos se parecían a ninguna de las lenguas extranjeras que había oído en el mercado —persa, griego, arameo, copto— sino que, de hecho, ni siquiera estaba segura de que lo que pronunciaba fueran palabras exactamente, pues los rítmicos sonidos cargados de lirismo que brotaban de sus labios sonaban casi como una canción en vez de lenguaje hablado.

Quise llamarla para preguntarle por qué se había presentado allí en mitad de la noche y si había algún

problema con ella o con sus hijos, pero no conseguí articular ningún sonido; simplemente me quedé mirándola, traspuesta, hasta que por fin ella se volvió hacia mí.

Entonces tuve la sensación de que había dejado de respirar porque la reconocí y no la reconocí al mismo tiempo. De algún modo me daba cuenta de que la mujer que tenía delante era Fátima, pero su rostro había sufrido una maravillosa transformación: no quedaba ni rastro del dolor que teñía sus duras facciones, de la cara alargada

perpetuamente envuelta en un halo de tristeza, sino que más bien aquél era el rostro de una nueva Fátima, una mujer de belleza y perfección tan intensas que ya no parecía ni humana. Había adoptado el aspecto que me imaginaba que debían tener los ángeles cuando era niña: su piel, que en otro tiempo había sufrido a menudo sarpullidos y granos, era ahora perfecta; los pómulos estaban tan magistralmente cincelados en su rostro que parecía una estatua viviente; las cejas, en el pasado pobladas y rebeldes, parecían

pintadas a mano; los labios ya no estaban cuarteados sino que eran gruesos y sensuales; y los desordenados cabellos le caían como un suave torrente meloso por encima de unos hombros delicados en vez hombrunos y cuadrados como antes.

Lo único que no había cambiado eran los ojos, que seguían siendo negros como los de su padre, ojos que parecían poder adentrarse a contemplar las profundidades del alma de quien contemplaban.

Me dedicó una mirada luminosa y sonrió, y luego habló con voz que

sonaba como el tintinear de unas campanas.

—Dile a tu padre que ahora lo comprendo —me dijo, y sus palabras produjeron un eco que parecía llamarme a cruzar un gran abismo—, que comprendo y perdono.

Después levantó la mano derecha como para despedirse y me dio un vuelco el corazón cuando vi en el centro de la palma lo que parecía una resplandeciente esfera de color azul con forma de ojo.

Miré fijamente a la espiral de luz que manaba de su mano y cada vez se

hacía más brillante hasta que un fulgor etéreo inundó toda la habitación disolviendo las tinieblas con una cascada de indescriptible luz azulada tan brillante como el mismo cielo raso en un día de verano.

Me desperté sobresaltada por los gritos de dolor que se oían en el patio; miré a mi alrededor, aún desorientada, esperando encontrarme a Fátima de pie en un rincón, pero estaba completamente sola. Mientras

el llanto que llegaba del exterior se iba haciendo cada vez más intenso me tapé con un manto y tras cubrirme el rostro me asomé fuera.

Había una multitud de lo que parecían dolientes congregados en el patio, rasgándose las vestiduras y sollozando desconsoladamente.

—¿Qué ha pasado? —grité—. ¿Qué ha pasado?

Una mujer de mediana edad vino hasta mí dando tumbos al tiempo que se golpeaba el pecho y se tiraba del pelo.

—¡Oh, Madre, la *Uma* ha sufrido una gran pérdida! ¡Fátima la Resplandeciente ha vuelto con nuestro Señor!

Se me doblaron las rodillas.

—Pero ¿cuándo? —conseguí preguntar con voz cascada—, ¿cuándo ha ocurrido?

Un anciano me miró con el arrugado rostro crispado por el dolor.

—Nuestro señor Alí dice que murió ayer a la caída del sol —lloró el hombre— y que la enterró en



secreto para que nadie fuera a adorar su tumba como solían hacer antaño los ignorantes.

Me dejé caer al suelo, incapaz de comprender lo que me estaba diciendo: si Fátima había muerto la tarde anterior, ¿a quién había visto yo en mi habitación esa noche?

No. Habían sido imaginaciones mías, me repetía, simple y puramente eso y nada más.

Y entonces recordé algo que Fátima me había dicho una vez cuando éramos niñas y todavía estábamos en La Meca, de eso hacía

ya toda una vida: yo le había contado que la noche anterior había tenido una pesadilla en la que me perseguía una vieja bruja con una serpiente de oro enrollada en el brazo, y Fátima se limitó a encogerse de hombros y decir que no me preocupara, que sólo era un sueño y por tanto no más real que la vida misma.

—¿Qué quieres decir? —le había preguntado yo al oír el misterioso comentario.

Y entonces Fátima me había atravesado con la poderosa mirada de sus negros ojos y había

pronunciado las palabras cuyo eco me llegaba ahora desde el otro lado del puente del tiempo.

—La vida en sí es un sueño y, cuando morimos, entonces nos despertamos.

### 3

POCO después de la muerte de Fátima, Alí visitó a mi padre y se reconcilió con él en público declarando ante Abu Bakr que no albergaba ningún rencor hacia él y que tampoco cuestionaba su derecho a ejercer la autoridad. También añadió que si no le había apoyado públicamente antes había sido porque sentía que no se había tenido en cuenta a la Familia del Profeta cuando se tomó la decisión de quién

sucedería a éste, pero ya estaba hecho y no deseaba más animosidad entre la Casa del Enviado y la Casa del Califa. Con la pérdida de Fátima, los jóvenes nietos del Profeta se habían quedado huérfanos y Alí tenía intención de dedicar su tiempo a criarlos y enseñar el Islam para que siguiera propagándose. Abu Bakr tenía por tanto su beneplácito para encargarse de los asuntos de estado en lugar de él.

Mi padre se deshizo en lágrimas y lo abrazó como a un hijo, y hasta mi corazón duro como la piedra en lo

que al yerno de Mahoma respectaba se ablandó un poco. Pese a que no era capaz de perdonarle que me hubiera traicionado, me daba pena. Allí quien, al poco de la muerte del Profeta, lo había perdido todo: mientras el Enviado estaba con vida, había sido uno de los miembros más señalados e influyentes de la comunidad, pero desde la muerte de mi marido y la controversia en torno a su negativa a jurar fidelidad a Abu Bakr, se había ido encontrando más y más aislado; su personalidad extraña e incómoda, tolerada durante los

tiempos del Enviado, ahora despertaba desconfianza entre la gente y pasaba cada vez más tiempo solo atendiendo la parcela de terreno que Abu Bakr había accedido a cederle. Alí tenía pocos amigos y sólo Talha y Zubair podían considerarse visitas regulares en su casa. Y, ahora, con la muerte de Fátima, se había quedado realmente solo.

Abu Bakr guio a Alí ante los fieles congregados en la *masyid* tras la oración del viernes y el yerno del Profeta tomó en la suya la mano

derecha del suegro del Profeta y le juró lealtad. El gesto fue recibido con suspiros de alivio y alabanzas a Dios porque la incertidumbre que había planeado sobre el mandato de mi padre, la insistente puesta en tela de juicio de su legitimidad, por fin quedaban resueltas.

Por lo menos en los corazones de la mayoría. Alí contaba con unos pocos y apasionados partidarios que continuaban refunfuñando sobre cómo se les había arrebatado su derecho a los descendientes directos de Mahoma insistiendo en que Alí



era el heredero legítimo del trono musulmán. El propio Alí no se pronunciaba a favor de aquellos comentarios en público, pero yo tenía la sospecha de que tampoco hacía lo suficiente para aplacar el descontento.

Y entonces llegaron noticias de Jalid, del este, que hicieron que todos dejáramos al lado nuestras rencillas y volviéramos la vista hacia el futuro del Islam.

La derrota de Musailima a manos de los musulmanes había colocado a nuestros ejércitos directamente en las fronteras del antiguo Imperio persa. Los reyes de la dinastía sasánida habían gobernado aquella gran nación durante casi cuatrocientos años y en el momento de máximo esplendor de su imperio sus dominios se habían extendido desde Anatolia hasta el río Indo, pero durante las últimas décadas los sah de Persia se habían embarcado en una enconada y brutal guerra con Bizancio disputándose el control de

la región.

Durante la mayor parte de mi todavía corta vida, los cristianos habían estado a la defensiva: los sasánidas habían tomado Antioquía y Alejandría y la humillación de los cristianos se hizo completa cuando los adoradores del fuego conquistaron Jerusalén y robaron las sagradas reliquias de la Iglesia, incluida la que según sus sacerdotes era la verdadera cruz de Cristo. La moral de los bizantinos permaneció por los suelos hasta que accedió al poder el emperador Heraclio, que se

había enfrentado valerosamente a los persas hasta expulsar a los invasores de la ciudad santa.

El victorioso Heraclio había logrado arengar a su pueblo para que luchara contra el enemigo y los bizantinos habían atacado el corazón mismo del Imperio persa marchando a lo largo del Tigris y saqueado el palacio de Dastugerd. Heraclio casi había logrado su objetivo de tomar la capital persa, Ctesifonte, pero los defensores destruyeron los viejos puentes sobre el Canal de Nahrauan frustrando así su avance. El

emperador bizantino volvió triunfalmente a la capital de su propio imperio pero en el fondo fue una victoria baldía pues, pese a haber conseguido que el enemigo retrocediera, su propio ejército estaba diezmado por las guerras constantes y las arcas del Imperio vacías.

Los sasánidas se encontraban en una situación aún peor y el rey persa, Cosroes, fue derrocado y asesinado por su propio hijo Kavad, que negoció una precaria tregua con los bizantinos. Recuerdo cuando me

enteré de que Cosroes había muerto por boca de un comerciante yemení en el mercado de Medina: sonreí tras el velo porque Cosroes había rechazado la llamada de mi esposo a convertirse al Islam haciendo trizas la misiva lleno de ira. Tal y como el Profeta había vaticinado entonces, su reinado había seguido la misma suerte.

Los grandes acontecimientos políticos que se producían al norte eran una fuente inagotable de interesantes cotilleos, pero en los primeros tiempos prácticamente

carecían de verdadero interés práctico para los musulmanes puesto que la supervivencia había sido nuestro objetivo prioritario. Ahora, en cambio, el Islam estaba firmemente establecido como la única potencia dominante en una Arabia unida y ya no podíamos seguir ignorando a los imperios más allá de nuestras fronteras del mismo modo que ellos tampoco podían continuar ignorándonos a nosotros. Aquellas dos naciones se habían llevado mutuamente al borde del agotamiento tras siglos de guerra

ininterrumpida y el que surgiera un nuevo estado en la zona suponía una inesperada y peligrosa amenaza para el delicado equilibrio de poder que mantenían. Ninguno de los dos imperios tenía los recursos ni la energía necesaria para enfrentarse a nosotros directamente, por muy amenazadores que sonaran los rugidos de sus emisarios, y se vieron obligados a utilizar tácticas indirectas para tratar de mantenernos a raya. Bizancio había intentado aliarse con los judíos de Jaibar obligando a mi esposo a conquistar



la ciudad y utilizarla como escudo defensivo al norte, y también se rumoreaba que el falso profeta Musailima había recibido fondos y entrenamiento de los persas al este; pero con la derrota de aquellos dos colaboracionistas cada vez se acercaba más el día en que nuestras fuerzas entrarían en combate directo con las de los imperios rivales.

Y entonces, una cálida mañana al cabo de un año de la muerte de mi esposo, llegó ese día. Cumpliendo órdenes de mi padre, Jalid había enviado desde Yamama un ejército

de dieciocho mil soldados a las llanuras del Irak persa y había conquistado el territorio para el Islam. Los persas respondieron con una fuerza de casi el doble de hombres encabezados por elefantes con armaduras de acero; el ejército sasánida era un aterrador coloso; los musulmanes nunca se habían enfrentado con nada parecido y sus espadas y lanzas parecían de juguete comparadas con los imponentes filos de las armas del viejo Imperio persa. No obstante, Jalid sabía que aquel monstruoso adversario tenía un punto

débil: la movilidad. Los caballos y elefantes fuertemente protegidos no podían marchar durante largo tiempo bajo el sol implacable del desierto sin sucumbir al agotamiento, así que utilizó la táctica de ataque y huida que el Enviado había perfeccionado en Jaibar: los musulmanes se lanzaban al campo de batalla para entablar combate con las primeras filas del ejército persa y luego escapaban de vuelta al desierto provocando que los persiguieran, y cuanto más obligaban los musulmanes a los soldados persas a

adentrarse en las arenas del desierto, más lenta y desorganizada se volvía la marcha de éstos últimos. Para cuando el general persa Hormuz se dio cuenta de su error táctico ya era demasiado tarde.

Jalid lideró a los musulmanes en un último ataque durante el que los agotados y atónitos sasánidas utilizaron la táctica defensiva habitual que les había funcionado siempre en el pasado pero que en cambio ese día los arrastraría a la tragedia. Los soldados persas se ataron con cadenas los unos a los

otros para contener el avance de la caballería de Jalid manteniéndose unidos como una roca firme frente a la embestida de los musulmanes. Esa táctica había resultado exitosa contra los guerreros de Bizancio que habían acabado decidiendo que atacar frontalmente a los encadenados era poco menos que un auténtico suicidio, pero los persas no supieron ver que la garantía de una muerte segura en el campo de batalla no disuadiría a los musulmanes sino que, muy al contrario, sólo conseguiría alentarlos con la

promesa de la Vida Eterna. Para la descomunal sorpresa de los defensores persas, los jinetes de Jalid se precipitaron contra las hileras de hombres encadenados sin el menor temor, aceptando ser sacrificados a punta de lanza y, cuando el enemigo vio que los musulmanes seguían atacando pese a encontrarse con aquel muro letal, el pánico empezó a apoderarse de las deshidratadas y exhaustas tropas sasánidas, aterrorizadas por el compromiso e intensidad de la carga del enemigo. Y cuando Jalid hirió a

su comandante Hormuz, los guerreros persas trataron de escapar pero las cadenas que supuestamente tenían que evitar el avance de los atacantes se convirtieron en grilletes que los llevarían a la muerte.

Los hombres de Jalid destruyeron al ejército persa en la que recibiría el nombre de la Batalla de las Cadenas; miles de los mejores guerreros sasánidas cayeron aquel día en que los árabes consiguieron abrir la puerta de sus fronteras orientales y las fuerzas musulmanas desbordaron los confines del

desierto para abatirse sobre la ciudad de Al Hira, capital del Irak persa bajo la administración de los cristianos árabes conocidos como los lajmid. Jalid colmó de presentes a los moradores de Al Hira y prometió a los cristianos que, tal y como establecía la ley islámica, se respetaría el derecho a profesar su fe, una garantía que jamás les habían otorgado los señores persas. Los lajmid capitularon rápidamente y, así, en una única y sorprendente ofensiva, las fronteras del Islam se extendieron más allá de de la



península de Arabia hasta alcanzar las orillas del Éufrates.

Nuestra nación acababa de convertirse en un imperio.

La tristeza siguió al júbilo con que se había celebrado en las calles de Medina la noticia de la victoria de Jalid: mi padre cayó gravemente enfermo y pronto quedó postrado en cama. Yo podía sentir la nube de la muerte sobrevolando la cabeza de

Abu Bakr pero no lograba imaginarme un mundo sin él, del mismo modo que no había podido imaginar el mundo sin mi esposo, aunque en realidad aún percibía la presencia de Mahoma en mi habitación y me consolaba hasta cierto punto intuir que todavía estaba conmigo. Mi padre en cambio era un hombre normal y, cuando se marchara, sería de forma definitiva.

Asma y yo nos quedamos a su lado día y noche para cuidarlo mientras persistía la fiebre y entonces, una mañana, vi una

expresión en su cara, una serenidad y resignación que me dijeron que había llegado su hora.

—Llama a Uzman —me susurró.

Envié un mensajero inmediatamente a buscarlo y al cabo de unos pocos minutos llegó el hijo de Afán, más viejo pero todavía apuesto y con el característico brillo de generosidad y bondad en la mirada. Uzman se arrodilló junto a mi padre:

—¿Qué puedo hacer por ti, viejo amigo? —le preguntó al tiempo que acariciaba los menguantes cabellos

blancos de mi padre.

—Quiero hacer testamento y dejar al pueblo una última orden como su califa que deberás entregarles —respondió Abu Bakr pronunciando cada palabra con sumo cuidado y respiración silbante y entrecortada.

Uzman bajó la cabeza y por un momento me pregunté si se opondría como habían hecho los compañeros durante la enfermedad de Mahoma. Me estremecí de pensar en que se desatara otra lucha caótica por la sucesión. Los musulmanes habían

conseguido que reinaran la ley y el orden únicamente gracias a las dotes de hombre de Estado de mi padre; ¿tendríamos entonces que sufrir otra tanda de maniobras e intrigas de los líderes de las tribus tratando de tomar posiciones? Con la nación árabe en plena expansión hacia el corazón del Imperio persa, con enemigos rodeándonos igual que buitres que planean sobre el campo de batalla, no nos podíamos permitir otra disputa sobre quién debía detentar la autoridad. Así que se me encogió el corazón al pensar que el

reducido pero prominente grupo que seguía defendiendo el derecho de Alí y los nietos del Profeta a la sucesión tal vez no se avendría a razones tan fácilmente como la vez anterior. Si Uzman se negaba a comunicar los deseos de mi padre, la *Uma* podía precipitarse de la noche a la mañana por una pendiente abocada a la guerra civil.

Por fin Uzman alzó la cabeza y miró a Abu Bakr a los ojos, luego apretó sus dedos nudosos y retorcidos y asintió.

—Cumpliré con tu deseo.

Mi padre dejó escapar un suspiro de evidente alivio y me lanzó una mirada que comprendí perfectamente: fui a buscar un pergamino y se lo entregué a Uzman junto con una pluma que era una de las pocas posesiones terrenales de Abu Bakr.

Mi padre comenzó a dictar su última voluntad:

—En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Ésta es una orden de Abdalá ben Abu Quhaifa, conocido entre los hombres como Abu Bakr en virtud de la

cual...

Entonces enmudeció, lo miré y, al ver que había perdido el conocimiento, me dio un vuelco el corazón: si mi padre moría antes de poder declarar cuál era su deseo, surgiría la *fitna* en el seno de la comunidad. Miré a Uzman quien, a juzgar por lo pálido que se había puesto, estaba pensando lo mismo que yo.

Recorrí la habitación con la mirada comprobando que estábamos solos: Asma había vuelto a casa para darte a ti la comida, Abdalá, y no



había nadie más en los aposentos del califa que pudiera presenciar lo que ocurrió después.

—¿Qué hacemos? —preguntó Uzman con la voz asustada de un chiquillo.

Yo oía el bombeo de la sangre en los oídos y tenía la boca seca como un bloque de sal, y entonces tomé una decisión por la que me podrían haber matado allí mismo:

—Sigue escribiendo: «Nombro a Umar ben al Jattab como mi sucesor entre vosotros» —dije tratando de ignorar el horror que me producía mi

propia osadía.

De todos los hombres de Medina, sabía que Umar era el único que despertaba el miedo y el respeto entre todas las facciones y que por tanto cabía confiar en que sería capaz de mantener al pueblo unido.

Miré a Uzman clavándole mis ojos color ámbar como los de un halcón: si objetaba y se corría la voz de que yo había usurpado el poder del califa y falsificado su mandamiento final, nada ni nadie podría salvarme de la ira de las masas. La Madre de los Creyentes

acabaría hecha pedazos por sus propios hijos en las calles.

Pero lo que salvaba a Uzman —y la debilidad que tan fatal resultaría —, era su naturaleza confiada y amable: siempre se comportaba como un niño pequeño que sólo ve lo mejor en los demás y no entendía lo más mínimo de maquinaciones políticas ni de las traiciones de que es capaz el corazón humano.

Me miró un instante y luego asintió con la cabeza y escribió las palabras en nombre de Abu Bakr.

Sentí que todo daba vueltas a mi

alrededor: ¿cómo podía haber hecho aquello?, ¿de verdad había asumido la posición de mi padre y designado, en su nombre y completamente en solitario, al próximo califa del Islam? Comencé a temblar de miedo al pensar en mi propio atrevimiento mientras me preguntaba qué clase de demencia se habría apoderado de mí.

Y entonces ocurrió el milagro: de todas las maravillas inexplicables que vi durante los años que pasé con el Enviado de Dios, ninguna fue tan increíble como oír repentinamente la voz de mi padre en ese momento.

—¿Dónde estaba? —preguntó Abu Bakr parpadeando para sacudirse el sueño que se había apoderado de él.

Me quedé lívida y clavé en Uzman una mirada de advertencia pero era demasiado tarde, el sencillo y humilde hombre ya le estaba entregando al califa la hoja en la que había escrito las palabras que yo le había dictado.

Mi padre miró el pergamino sorprendido y entornó los ojos, y luego se volvió hacia Uzman y, para mi gran sorpresa, una sonrisa cálida

le iluminó la cara.

—Me parece a mí que tenías miedo de que se desataran las luchas si moría en este estado... —comentó sin el menor atisbo de acusación en la voz.

Uzman me miró y durante un instante creí que me iba a delatar, pero sus ojos lanzaron un destello y se limitó a hacer un gesto afirmativo con la cabeza que me convenció de que mi secreto estaba a salvo con él.

Abu Bakr asintió y alabó a Dios.

—Has hecho bien —lo tranquilizó, y luego posó la mirada

en mí y alargó la mano.

Me incliné sosteniendo la mano de mi padre en la mía.

—No siento el menor apego por este mundo —murmuró—, pero me alegro de haber pasado por él por dos razones: una es que conocí y disfruté de la amistad del Enviado de Dios; y la segunda que recibí la bendición de poder llamarte hija.

Se me llenaron los ojos de lágrimas e hice esfuerzos para decir algo, pero mi padre negó con la cabeza y supe que no había nada que pudiera decir que su corazón no

supiera ya de sobra.

Su mano resbaló de la mía y se le pusieron los ojos en blanco al tiempo que lo oía musitar sus últimas palabras —«No hay otro dios sino Alá y Mahoma es Su Enviado»— y, con eso, Abu Bakr, el *Testigo de la Verdad*, el *Compañero en la gruta* y el primer califa del Islam, abandonó este mundo camino de la Eternidad.

Esa noche, los musulmanes



enterraron a mi padre en una tumba junto a la de mi esposo y así los restos mortales de Abu Bakr descansaron al lado de los de su maestro, con el rostro junto al hombro del Profeta. Alí dirigió el funeral y dedicó a mi padre una elegía llena de amabilidad y elogios.

Después, y en cumplimiento del último deseo del difunto, los musulmanes se reunieron para jurar lealtad a Umar ben al Jattab, que se convirtió en el segundo y tal vez más grande de los califas.

# 4

*26 de agosto de 636 d. C.*

Muauiya contempló el poderoso ejército bizantino al otro lado del río Yarmuk y sintió fuego en las venas: aquel día venía anunciándose desde hacía ya tiempo. Las iniciales victorias musulmanas bajo el mandato de Abu Bakr se habían producido pese a ser muy improbables, y las consiguientes conquistas bajo mandato de su

sucesor Umar deberían haber resultado poco menos que imposibles y, en definitiva, la entrada triunfal de Jalid en Irak convertía a los musulmanes en una daga que apuntaba al corazón de Bizancio: en unos meses, la Espada de Alá había cruzado el desierto hacia el oeste. Los jinetes escasamente armados y muy ligeros de Jalid descendieron sobre las llanuras de Siria sin previo aviso y los comandantes bizantinos enviaron diez mil hombres a frenar el avance de lo que consideraban un puñado de bandidos desorganizados

que no buscaban más que un buen botín. Pero lo que no esperaban era encontrarse con una eficiente fuerza árabe altamente disciplinada que los superaba en número en una proporción de dos a uno. El orgullo desmedido de Bizancio llevó a la masacre de la batalla de Achnadain y los musulmanes inundaron las colinas de Siria sin encontrar apenas resistencia hasta que no llegaron a las puertas de la vieja Damasco. Los sorprendidos comandantes bizantinos habían subestimado al enemigo y, al encontrarse de repente aislados de

los refuerzos, no les quedó más remedio que evacuar la que había sido orgullosa capital de la provincia imperial. En cuestión de semanas, Damasco cayó y los musulmanes se convirtieron de un día para otro en los gobernantes de Siria.

La inesperada pérdida de Damasco hizo que el pánico se apoderara de los generales de Bizancio destacados en la vecina Palestina que enviaron un contingente al valle del Jordán para enfrentarse a la fuerza invasora. Sin embargo Jalid había anticipado el ataque por el sur

y los musulmanes aplastaron a las tropas romanas en la aldea de Fahl y así, como una providencial lluvia caída del cielo tras una larga sequía, la Tierra Santa de Abraham, David y Salomón, la tierra de los profetas y de Jesús el hijo de María, pasó a manos del Islam. Sólo Jerusalén permanecía en poder de los desconcertados bizantinos que se hicieron fuertes en el interior preparándose para el asedio que sabían no tardaría en llegar.

Heraclio se había dado cuenta, aunque tarde, de que no estaba

tratando con un puñado de nómadas dedicados al pillaje sino con un ejército perfectamente organizado cuyo objetivo era la conquista. Los árabes, con sus armas ligeras y a lomos de camellos que se movían a vertiginosa velocidad, no se parecían a ningún otro adversario con el que se hubieran tenido que medir en décadas de guerra contra el colosal ejército persa y sus generales carecían de experiencia en el campo de batalla contra un enemigo que, además de tremendamente escurridizo, no parecía tener miedo a

la muerte, con lo cual Bizancio no daba con la estrategia para derrotar a los musulmanes. Al final el emperador decidió enviar todas las fuerzas del ejército bizantino a Siria para aplastar al invasor: se había acabado el tiempo de jugar y había llegado la hora de emplear la fuerza bruta.

Así fue como Muauiya acabó por encontrarse frente al mayor ejército que se había visto jamás en la región, más de cien mil hombres escogidos entre las élites de los guerreros romanos cuyo único objetivo era



aplastar a las fuerzas del Islam. Las tropas musulmanas estaban en una desventaja de cuatro a uno y por tanto la supervivencia —por no hablar de la victoria— de los árabes debería haber sido imposible, pero Muauiya se sentía expectante y eufórico: sus hombres habían vivido tantas victorias imposibles que hasta el más cínico de los quraish estaba convencido a esas alturas de que Dios estaba de su lado. Y si Alá, el Señor de los Cielos y la Tierra, estaba con ellos, ¿quién podría resistir contra ellos?

Los musulmanes tenían una ventaja: la caballería. Heraclio había enviado fuerzas de infantería en su mayor parte apoyadas por un pequeño pero sólido contingente de hombres a caballo; si la caballería bizantina era destruida, los musulmanes tendrían la oportunidad de enfrentarse a la inmensa fuerza de soldados de a pie contando con la ventaja de sus jinetes: era un gran riesgo que implicaba lanzarse a la carga concentrando todo ese poder en la caballería del enemigo. Un hombre a caballo siempre tendría

ventaja sobre otro a pie mientras que el combate entre dos jinetes era una lucha igualada. Si los musulmanes ganaban, cabía la posibilidad de que derrotaran a la infantería de Bizancio pero, si perdían, entonces la batalla habría terminado ya que sin la protección de la caballería los musulmanes sufrirían una terrorífica masacre.

Era jugar a todo o nada y las apuestas no podrían haber estado más altas. Antes de convertirse al Islam, Muauiya había sido un asiduo de los juegos de azar, famoso por los

riesgos no aptos para los débiles de corazón que solía correr. No obstante, si algo había aprendido el hijo de Abu Sufian durante años observando a Mahoma cosechar una victoria improbable tras otra frente a sus enemigos, era que la fortuna favorece a los osados.

Y así llegó el día en que Muauiya estaba sentado a lomos de su corcel al lado de los más legendarios guerreros del Islam, incluido Jalid ben al Ualid y el famoso espadachín Zubair ben al Auam, mirando cara a cara a la muerte. Una vez se lanzaran

a la carga contra la caballería bizantina ya no habría vuelta atrás, saldrían victoriosos o no saldrían de aquélla en absoluto.

Jalid lo miró a los ojos y Muauiya se dio cuenta de que estaban pensando lo mismo: los dos mecanos se sonrieron como niños que juegan juntos en la calle y entonces la Espada de Alá alzó su acero y lanzó el grito de guerra que había cambiado el mundo para siempre:

—*¡Alahu Akbar!*

Cuando los caballos emprendieron el galope hacía el

torbellino de muerte que los aguardaba, en medio del estruendo del entrec chocar de espadas y bajo una lluvia de flechas zumbando a su alrededor como abejas furiosas, Muaiya rio y dio gracias a Dios por haberle brindado la oportunidad de alcanzar la gloria.

Ese día la caballería musulmana destruyó a la de Bizancio poniendo punto final a la batalla: sin la protección de las fuerzas a caballo,

los soldados enemigos murieron aplastados por los cascos de ocho mil corceles árabes y las poderosas legiones de Constantinopla se dispersaron, huyendo al otro lado del río Yarmuk o escapando en dirección al desierto.

En seis días desapareció un imperio que había heredado el cetro de la misma Roma.

Mientras Muauiya contemplaba la masacre en el campo de batalla, los miles de cuerpos mutilados que cubrían la tierra, sonrió para sus adentros. Qué necios habían sido los

árabes resistiéndose a Mahoma durante todos aquellos años: les había traído la fe, luego los había convertido en una nación, y ahora les había legado un imperio. La única cuestión pendiente era si su pueblo tendría coraje y fuerza de voluntad suficientes como para mantener viva la victoria o si ellos también desaparecerían en los pergaminos de la Historia como los hombres a los que acababan de derrotar. ¿Era el Islam una moda pasajera o llegaría a convertirse en una civilización que superaría en esplendor a todas las



naciones que habían luchado por hacerse con el dominio de aquellas tierras?

Cuando ya se ponía el sol en aquel día que había cambiado el curso de la Historia, Muaiya alzó la vista al cielo y vio algo que le cortó la respiración.

La luna nueva resplandecía en lo alto por encima de su cabeza envuelta en la luz menguante del atardecer y Al Zura, la rutilante estrella que los romanos llamaban Venus, brillaba más cerca que nunca de las puntas de la media luna. Era

una visión hermosa y conmovedora, una conjunción nunca vista, y los soldados no tardaron en dejar lo que estaban haciendo y alzar los ojos al cielo llenos de sorpresa.

Muauiya se unió a ellos para contemplar el extraño fenómeno celeste y luego sintió que un escalofrío le recorría la espalda, una fascinación que era totalmente ajena a su recalcitrantemente práctico —y un tanto cínico— corazón.

Entonces lo comprendió: la media luna y la estrella eran una señal de Dios, una respuesta a los

deseos más secretos de su corazón; Dios había derramado Sus bendiciones sobre la *Uma* musulmana ese día y le había mostrado a Muaiya que Su mano estaba ciertamente moviendo los hilos de la Historia.

En ese momento, Muaiya tuvo la convicción de que el Islam triunfaría y las naciones de la tierra volverían el rostro hacia la Caaba, y supo con una certeza aún mayor que él estaba destinado a liderar a los musulmanes hacia la gloriosa victoria. Sus sueños infantiles de convertirse en rey de los

árabes se cumplirían, pero a una escala mucho mayor de lo que podría haber imaginado.

La Batalla de Yarmuk no era más que el principio.

LAS conquistas que habían dado comienzo bajo el mandato de mi padre continuaron durante el de Umar a una velocidad vertiginosa: cayó Damasco y Palestina corrió la misma suerte. La humillación de los bizantinos en Yarmuk había supuesto de hecho la destrucción del poder imperial de Roma en la región tras casi cuatro mil años de dominio, y el mandato del Profeta de mostrar clemencia a los conquistados

permitiéndoles que continuaran adorando a su dios y viviendo sus vidas siempre y cuando pagaran el *yizya* al estado fue un factor determinante de la facilidad con que se sucedieron las victorias. La generosidad musulmana hacia sus súbditos, poco frecuente en un mundo en el que se esperaba de los conquistadores que vencieran y aplastaran a sus adversarios, desempeñó un papel fundamental a la hora de garantizar la paz en los territorios que conquistamos mucho después de que la espada hubiera

vuelto a envainarse.

Todo esto fue particularmente cierto respecto de Jerusalén, que cayó tras meses de asedio. Umar en persona viajó hasta la ciudad santa para aceptar su rendición, y el patriarca cristiano en persona lo guio por las calles de la vieja ciudad por las que habían caminado los profetas de antaño hasta llegar al lugar donde se había alzado en otro tiempo el templo de Salomón. Aquél era también un lugar de profunda veneración entre los musulmanes, no sólo por haber sido en su día la Casa

de Dios sino también porque Mahoma había ascendido a los cielos desde aquellas piedras durante el Viaje Nocturno. Pero cuando Umar se encontró allí lo escandalizó descubrir que se había convertido en un basurero; en el sentido más literal de la palabra: los cristianos de la ciudad llevaban siglos tirando desperdicios en el lugar santo, guiados por la creencia errónea de que con ello honraban a Jesús que había profetizado que el Templo sería destruido: siempre y cuando la explanada continuase en aquel



deplorable estado, la profecía seguiría cumpliéndose y la veracidad de las palabras de Cristo continuaría indiscutiblemente a la vista de todos.

Furioso con los cristianos por haber profanado el Santuario de aquel modo, Umar se puso a limpiar la explanada con sus propias manos transportando la basura en los pliegues de su manto hasta que el lugar quedó limpio y pudo construirse una pequeña casa de oración. Cuando se terminó de limpiar el Santuario, Umar firmó un tratado con los derrotados cristianos

de Jerusalén garantizando que se respetarían sus vidas y propiedades así como su derecho a ejercer libremente sus creencias. El patriarca había solicitado cortésmente a los musulmanes que continuaran con la práctica bizantina de prohibir la entrada en la ciudad santa a los judíos pero Umar se negó y así, por primera vez después de largos siglos, los hijos de Israel regresaron a la Tierra Santa de la que habían sido expulsados, irónicamente, gracias a la generosidad de una religión que

habían rechazado.

De hecho, nuestra política de tolerancia religiosa pronto comenzó a despertar el apoyo voluntario a nuestra expansión. Después de la caída de Palestina, el líder mecano Amr ben al As marchó a la cabeza de un pequeño contingente de mil hombres a caballo en dirección al Sinaí para invadir Egipto, que había pasado de manos persas a manos bizantinas y viceversa en varias ocasiones durante las incombustibles guerras del siglo anterior. Ninguno de los dos contendientes se había

mostrado particularmente compasivo con los egipcios a los que los dos imperios consideraban como meros peones en aquella gran partida de ajedrez que disputaban. Los persas eran adoradores del fuego y no tenían la menor consideración para con el cristianismo imperante en Egipto y que sus misioneros y soldados llevaban siglos tratando de imponer a las creencias ancestrales del pueblo persa. En cuanto a Bizancio, consideraban a los cristianos coptos de Egipto como unos herejes que se habían desviado del camino correcto

de las enseñanzas verdaderas de Roma y Constantinopla. Ambas naciones habían sometido al pueblo egipcio a brutales persecuciones tratando de acabar con su identidad religiosa. Así pues, cuando las fuerzas de Amr aparecieron en el horizonte la población se rebeló contra el último de sus gobernantes bizantinos y ayudó a los musulmanes a apoderarse de las tierras al otro lado del Nilo. Los musulmanes no comprendíamos ni nos interesaban lo más mínimo las diferencias teológicas que diferenciaban a los

coptos de otras ramas del cristianismo pues para nosotros todos eran Gentes del Libro y, mientras pagaran sus impuestos, no nos inmiscuíamos en lo que creían ni en cómo celebraban sus ritos religiosos. Así fue como el precepto del Sagrado Corán «¡No hay apremio en la religión!» se convirtió en el grito de guerra que reunió a todos los pueblos oprimidos del norte de África en torno al Islam. La mayor ironía de todas era que el deseo de Dios hubiera resultado ser que el eco de la llamada a la oración de los

musulmanes —«No hay otro dios sino Alá»— se oyera por fin en las pirámides donde el mismo Moisés había tratado de convencer al faraón de aquella verdad hacía tanto tiempo.

Cuando los territorios del oeste cayeron bajo el poder del Islam, los del este se abrieron a nuestro avance igual que los pétalos de una flor en primavera. La onda expansiva de la derrota de los persas en Irak había sacudido todas las provincias del Imperio sasánida extendiéndose por ellas con una fuerza arrolladora y, bajo el mando de Umar, los

musulmanes se abrieron paso hasta el corazón de Persia. Los derrotamos en la Batalla de Qadisiya y luego no tardó en caer Ctesifonte, la poderosa capital del Imperio, desapareciendo así el antiguo imperio de los sah en los anales de la Historia.

A medida que las naciones se rendían a nosotros con increíble facilidad, las arcas de Medina se llenaban hasta rebosar de oro y joyas ya que los tributos llegaban de todo el mundo al nuevo imperio que había derrotado al viejo. En una ocasión oí decir que los almacenes del *Bait al*



*Mal* guardaban decenas de millones de dírham, más riquezas de las que jamás habían existido en toda Arabia junta; se trataba de un botín cuya dimensión desafiaba al entendimiento y a Umar le preocupaba, y con razón, que semejante concentración de riquezas corrompiera los corazones de los musulmanes, así que ordenó que se repartieran grandes cantidades entre los pobres y concedió a ancianos y enfermos asignaciones regulares para garantizar que tuvieran cubiertas sus necesidades. No obstante, por mucho que daba

Umar, seguía entrando más oro en las arcas del estado a medida que las fronteras del Islam se expandían desde los desiertos de África hasta las montañas del Cáucaso.

Fue emocionante vivir aquellos tiempos en los que todos los días llegaban a Medina noticias de otra sorprendente victoria de los ejércitos del Islam y, sin embargo, sólo puedo contar esas batallas tal y como otros me las relataron a mí porque, en todos esos años, no salí de Arabia. Con la muerte de mi esposo, y de mi padre después, mi papel en la vida

de la *Uma* musulmana se vio cada vez más circunscrito a los confines de Medina. Cuando el Profeta vivía, iba con él a la guerra y también lo acompañaba a menudo en misiones diplomáticas para tratar de unificar a las tribus árabes, pero después de que muriera rara vez abandonaba el oasis excepto para realizar la peregrinación a La Meca y siempre bajo la protección de un nutrido grupo de soldados de la guardia personal del califa. Ya no disfrutaba de la libertad que tanto adoraba de niña y, a todos los efectos, me había

convertido en prisionera de mi honrosa posición de Madre de los Creyentes.

Como no podía hacer nada para cambiar las cosas, decidí sacar el máximo partido del papel que se me asignaba y me centré en la enseñanza tanto de hombres y mujeres: todos los días me visitaban en mis aposentos musulmanes prominentes que acudían a mí en busca de consejo espiritual o práctico. Mi prodigiosa memoria resultó ser de gran valor para los fieles ya que no me costaba reproducir de memoria

conversaciones enteras que había tenido con mi esposo años atrás. Así fue como me convertí en una de las narradoras más fiables de los hadices, los hechos del profeta transmitidos por medio de la tradición oral en los que se recogían las enseñanzas y vida de Mahoma, y que no tardaron en llegar de boca en boca hasta los últimos confines del vasto Imperio musulmán. Cuando la gente quería saber qué había dicho mi esposo sobre cualquier tema, desde la forma correcta de limpiarse después de defecar hasta el reparto

adecuado de la heredad entre los nietos, venían a mí y yo les decía lo que sabía.

Mi reputación de erudita en lo que a la vida del Profeta respectaba llevó a Umar a buscar mis consejos muy a menudo durante su reinado, y me llenaba de orgullo pensar que una muchacha de veintitantos años como yo se había vuelto una voz influyente en la corte del califa, que a su vez iba camino de convertirse en poco tiempo en el hombre más poderoso de la Tierra. No obstante, y pese a que nadie cuestionaba su autoridad,

Umar seguía siendo un hombre profundamente humilde y austero que llevaba las ropas remendadas y todavía dormía en el suelo de su diminuta cabaña. Cuando los emisarios de las naciones conquistadas llegaban a Medina, indefectiblemente se escandalizaban al encontrar a su «emperador» viviendo como un pordiosero que ni tan siquiera contaba con la protección de una guardia personal.

Mi prestigio en la comunidad iba en aumento, pero lo mismo ocurría con mi sensación de soledad. Dios

nos había prohibido tanto a mí como al resto de las Madres volver a casarnos después de la muerte del Enviado, así que vivíamos solas en nuestros aposentos y, poco a poco, las viejas envidias se iban desvaneciendo para dejar paso al estrecho vínculo del aburrimiento compartido. La verdad era que, incluso si Dios nos hubiese permitido casarnos otra vez, ninguna lo habría hecho: nos hubiera sido imposible amar a ningún hombre que no fuera el Enviado.

La vida hubiera sido más fácil si



hubiésemos contado con la bendición de los hijos, pero ése no era el destino de ninguna de nosotras así que yo me contentaba con la compañía de los hijos de mis seres queridos: tú, Abdalá, el hijo de mi hermana, eras lo más cercano a un hijo que tenía y te quería como tal; me llenó de orgullo verte crecer pasando de ser un chiquillo despreocupado a convertirte en un joven maduro y responsable y me consta que, mientras el Islam siga en manos de líderes como tú, nuestra nación estará a salvo de las

tentaciones del poder.

También pasaba mucho tiempo con mi hermanastro pequeño, Mahoma, que había nacido durante la peregrinación del Profeta a La Meca. Cuando mi padre murió, su madre Asma ben Uníais se casó con Alí, y Mahoma se crio con Hasan y Husein que también eran como hijos para mí pues, pese a no sentir ningún afecto por su padre, los nietos del Profeta eran unos muchachos adorables e inocentes y siempre que los veía me recordaban a mi bondadoso marido. Hasan era un joven lleno de vida que

siempre estaba subiéndose a los árboles y echando carreras a los otros chicos, y su apuesto rostro — tan parecido al de su abuelo— siempre estaba iluminado por una sonrisa. Husein era el más serio de los dos, tímido y reservado, y sus ojos rezumaban una profunda compasión y una tristeza que me recordaban a su fantasmal madre. Mi hermano pequeño, Mahoma, era su inseparable compañero y protector: si algún niño travieso les jugaba una mala pasada o trataba con rudeza a los nietos del Profeta, Mahoma

siempre estaba dispuesto a enseñarles a los culpables una lección sobre buenos modales en el patio de juegos. El chiquillo había dado muestras desde muy temprano de un acusado sentido de la justicia, una cualidad que, por desgracia, un día desencadenaría la tragedia tanto para él como para toda la *Uma*.

A pesar de querer mucho a los niños de la casa de Alí, mi relación con el primo del Profeta seguía siendo tirante: siempre nos tratábamos con cordialidad en presencia de otros, pero la brecha

que nos separaba continuaba creciendo a medida que pasaban los años. Mi negativa a perdonarlo por haber sugerido al Enviado que se divorciara de mí se había convertido en una empecinada costumbre, un fallo de mi carácter motivado por el orgullo que habría de ser la causa de no pocos sufrimientos.

En cualquier caso, y pese a las fricciones sin importancia entre los miembros de la Casa del Profeta, la vida en Medina era plácida y tranquila. Las emociones y horrores de mi juventud fueron sustituidos por

una placentera monotonía de días apacibles que apenas se diferenciaban del anterior o del siguiente. Era una existencia completamente segura y completamente aburrida, con lo que mi parte aventurera anhelaba volver a los tiempos en que cada día era una cuestión de vida o muerte, el futuro se presentaba envuelto en brumas y nubarrones y mi corazón se aceleraba con la emocionante anticipación del cambio.

Y entonces, un frío día de invierno, cuando por fin había

llegado a la década de los treinta, la era dorada del Islam tocó a su fin con un único acto de violencia: Umar estaba de pie dirigiendo la oración en la *masyid* cuando un esclavo persa quiso vengar la conquista de su nación y, abalanzándose sobre el califa lo apuñaló brutalmente en el vientre antes de quitarse la vida.

Umar quedó herido de muerte pero vivió lo suficiente como para nombrar a un pequeño consejo de fieles que se encargaría de elegir un sucesor. Vi que, mientras estaba tendido en el suelo aquejado de

terribles dolores, alzaba la vista y sonreía para luego susurrar algo que no pude oír; cuando me volví hacia tu padre Zubair, que se había inclinado hacia Umar y sí había oído sus palabras, noté que se había puesto pálido.

—Dice que ve a su hijita tendiéndole la mano —dijo Zubair, y un escalofrío me recorrió la espalda al recordar la historia de la niña que había enterrado viva en sus días de pagano.

Umar alzó la mano casi sin fuerzas y contemplé como flexionaba



los dedos igual que si estuviera agarrando alguna cosa invisible, y entonces el califa del Islam, el más poderoso y noble líder que jamás haya visto a excepción de mi esposo, dejó este mundo para obtener su eterna recompensa en el Más Allá.

Esa noche se enterró a Umar junto con mi esposo y mi padre y, desde aquel día, puse una cortina en mitad de mis aposentos para separar sus tumbas del diminuto espacio en el que yo hacía vida.

El consejo de fieles no tuvo tiempo para llorar la pérdida del

califa ya que el futuro del Imperio estaba en juego y, al cabo de tres días de deliberaciones secretas, los patriarcas de Medina comparecieron ante el pueblo para declarar al bondadoso Uzman como futuro Caudillo de los Creyentes.

Era una decisión que tenía particular sentido político por ser Uzman un destacado líder quraish, lo que supuestamente le daba la capacidad de mantener a raya a los nobles del inmenso imperio, pero al final su elección resultó un error garrafal que desembocaría en un

terrorífico derramamiento de sangre  
por las calles de Medina.

# 6

*Medina, 656 d. C.*

Los primeros años del mandato de Uzman pasaron sin pena ni gloria: continuaban sucediéndose las conquistas del Islam y los ejércitos musulmanes prosiguieron su avance hacia el oeste dejando atrás Egipto para apoderarse de la mayor parte de la costa mediterránea. En el frente oriental, nuestras tropas atravesaron los vestigios del Imperio persa para

apoderarse de la provincia de Kerman donde reinaba la feroz tribu de los Baluchi. Nuestros dominios también se extendieron hacia el norte llegando a Armenia y las montañas del Cáucaso. Además, siguiendo el mandamiento de mi esposo —«Busca la sabiduría aunque para ello tengas que ir hasta China»—, Uzman envió un emisario al emperador Gaozong invitándolo a convertirse al Islam. El gobernante chino declinó amablemente la invitación pero fue lo suficientemente astuto como para abrir sus fronteras al comercio con el

Imperio musulmán y permitir que nuestra gente predicara y propagara la fe dentro de las mismas.

Tal vez el acontecimiento más destacado en lo que a relaciones internacionales se refiere fuese que Uzman supervisó la construcción de la primera armada musulmana. Su pariente Muauiya, que se había convertido en el altamente respetado gobernador de Siria, no tardó en dirigir un ataque naval contra las fuerzas bizantinas en las costas del Líbano. Los musulmanes, pletóricos de inquebrantable confianza

adquirida a lo largo de décadas de éxitos ininterrumpidos, se lanzaron contra la flota de Bizancio acercando tanto sus propios buques a los del enemigo que los mástiles casi se tocaban, y luego nuestros guerreros se lanzaron al abordaje y entablaron un feroz combate cuerpo a cuerpo con los marineros griegos en la cubierta de las naves romanas sirviéndose en el mar de las habilidades adquiridas en la lucha urbana.

La armada bizantina estaba acostumbrada a disparar al enemigo

con proyectiles de fuego lanzados desde lejos pero nunca habían luchado de aquel modo, con los barcos sirviendo de meros puentes para proporcionar acceso a los soldados de a pie, y su confusión degeneró rápidamente en caos al tiempo que el océano se teñía de rojo con la sangre de los hombres de la marina imperial. Muauiya obtuvo una victoria indiscutible y su prestigio ascendió como la espuma entre los musulmanes. Al cabo de los años se sabría que el triunfo podía haber sido aún mayor porque el emperador en



persona se encontraba en una de las naves bizantinas que abordaron las tropas de Muauiya; el soberano de Constantinopla solamente había conseguido escapar de una muerte segura disfrazándose como un simple marinero y saltando al mar, donde sus hombres lo rescataron y se apresuraron a alejarlo del peligro llevándoselo a la isla de Sicilia.

Uzman continuó y superó los éxitos militares de su predecesor pero fue en el terreno espiritual donde dejó su mayor legado. A medida que el califato continuaba su

expansión imparable y el número de fieles pasaba de los millares a los millones, la necesidad de confeccionar una versión escrita y unificada del Sagrado Corán se hizo cada vez más acuciante. El sagrado libro nunca había sido compilado en un único documento cuando el Profeta estaba vivo, eminentemente porque tanto él como la mayoría de los hombres de las tribus árabes eran analfabetos y para ellos los símbolos sobre un pergamino no tenían el menor significado. Debido a esa realidad innegable, los musulmanes

aprendieron el Corán de memoria y lo enseñaban de forma oral, y ese sistema había funcionado bien en los primeros años de la fe, pero a medida que fuimos entrando en contacto con civilizaciones altamente avanzadas en las que saber leer y escribir era la norma, la necesidad de presentar la Palabra de Dios a los fieles por escrito se convirtió en una prioridad.

Mi padre había guardado su propia copia del Corán en su estudio, una que él mismo había ido creando tras la batalla del Jardín de la Muerte

en la que cayeron muchos de los compañeros que habían memorizado todo el Corán. Antes de que Abu Bakr muriera, entregó su colección personal de versículos a Umar, quien se la dejó a su vez a su hija Hafsa, y cuando Uzman se enteró de que ésta todavía conservaba el manuscrito le pidió que se lo entregara para verificar su contenido. Luego reunió a todos los medineses que habían aprendido el Corán entero de memoria, un comité en el que participamos yo y otra esposa, Um Salama. Se nos entregó el código que

obraba en poder de Hafsa, una colección desordenada de versículos escritos en pergaminos y hojas de palma, y nos pidieron que verificásemos su fidelidad. Una vez ésta fue confirmada por todos los que sabían el Corán de memoria en la ciudad, Uzman ordenó que se hicieran copias autorizadas del texto para enviarlas a las capitales de todas las provincias del Imperio; así se garantizaba que los hombres no modificarían la Palabra de Dios en función de sus deseos, tal y como el Profeta dijo en su día que había

ocurrido con las escrituras de los judíos y los cristianos y, al hacerlo, Uzman, cumplió la profecía de Dios contenida en un verso del mismo Corán: «Hacemos descender la amonestación y somos sus custodios».

A menudo se me pasa por la cabeza el pensamiento de que Uzman habría sido verdaderamente afortunado si hubiera muerto poco después de que saliera a la luz el texto canónico escrito de la Palabra de Dios: se le habría recordado únicamente como un hombre de

inefable sabiduría y visión que prestó un gran servicio a la causa del Islam durante toda su vida.

Pero, por desgracia, no era ése su destino y su memoria se ha visto ensombrecida por las acciones de malvados y necios entre los que, me pesa terriblemente reconocerlo, me encuentro yo también.

A medida que los años del reinado de Uzman fueron acumulándose, lo

mismo ocurrió con las riquezas del Imperio musulmán y la ambición de sus líderes. Uzman habían ido confiando cada vez más en hombres de su propio clan, los omeya, para administrar unos dominios que aumentaban a velocidad vertiginosa; algunos de sus parientes —como Muauiya— se habían convertido en gobernadores eficientes y respetados a los que sus súbditos apreciaban, pero a medida que el Imperio se extendía más y más y la supervisión de Medina se hacía más difícil, los políticos locales quraish, muchos de



los cuales sólo se habían convertido al Islam cuando tras la caída de La Meca no les quedó más remedio, disfrutaban de una creciente libertad para gobernar a su manera. En un mundo donde corrían ríos de oro, comenzaron a darse casos de corrupción y sobornos y no tardaron en surgir las quejas denunciando las malas prácticas en beneficio propio y la brutalidad de algunos gobernadores omeya, pero el califa mismo no tuvo noticia del creciente malestar hasta que las chispas de descontento no se habían convertido

en un fuego incontrolable. La razón fue que Uzman había cometido un terrible error a la hora de elegir a sus más estrechos colaboradores al nombrar asesor a un joven primo suyo llamado Maruan ben al Hakam. Tanto Manían como su padre ostentaban el dudoso honor de haber sido maldecidos por mi esposo, que los había expulsado de Arabia cuando vio la terrible traición que escondía sus corazones; y exiliados permanecieron hasta que Uzman ascendió al poder. El anciano califa, profundamente apenado por la suerte

de sus parientes, los perdonó y llamó de vuelta a Medina con la esperanza de redimirlos. Fue un error imperdonable cometido por culpa de su buen corazón porque, en el momento en que el joven regresó, se dispuso a hacer cuanto estuviera en su mano para conseguir todo el poder posible sobre quienes lo habían humillado y, por medio de palabras almibaradas y falsa humildad, consiguió su objetivo al acceder al cargo de escriba personal de Uzman, convirtiéndose en responsable de escribir —y leer— toda la

correspondencia del califa. Sirviéndose de su poder recién adquirido, Maruan comenzó a enviar órdenes con el sello del califa a espaldas de éste y así consiguió beneficiar los intereses de los miembros más corruptos del clan de los omeya mientras que por otro lado le ocultaba las noticias del creciente malestar que iba extendiéndose por todo el Imperio.

A pesar de que Uzman seguía ajeno al clamor de descontento que se alzaban por todas partes, en Medina la situación llegó

rápidamente a oídos de otros y creció nuestra alarma al conocer el deterioro progresivo de la situación. Mi hermano Mahoma, que para entonces ya era un apuesto y apasionado joven, había emigrado a Egipto y allí se había metido en política. Mahoma era un muchacho idealista dispuesto a luchar contra toda injusticia y su condición de hijo de Abu Bakr le proporcionaba autoridad a los ojos de los egipcios de forma inmediata así que, al cabo de poco tiempo, se había convertido en el líder visible de la oposición,

granjeándose además el apoyo de Amr ben al As, el legendario conquistador de Egipto que había sido desplazado por Uzman del cargo de gobernador en favor de los parientes del califa.

En Egipto, el descontento pronto derivó en disturbios en las calles que los gobernadores omeya reprimieron con brutalidad. Aunque Mahoma envió varias cartas a Uzman exigiendo que diera respuesta a los agravios que denunciaban los egipcios, éstas desaparecieron rápidamente en el vacío de las

maquinaciones de Maruan y, convencido de que el califa mismo se había corrompido, mi joven e idealista hermano capitaneó un grupo de rebeldes que se desplazaron a Medina para exigir la dimisión de Uzman.

Fue una estupidez, la táctica de un muchacho joven y errado que sólo quería hacer lo correcto y, sólo por eso, confío en que un día se le perdonará; pero la persona a la que no soy capaz de perdonar en toda la tragedia que se desencadenó después es a mí misma.

Por aquel entonces yo ya tenía cuarenta y tantos años y había adquirido la sabiduría necesaria como para intervenir en aquellos complejos asuntos de estado, así que cuando me llegaron noticias de mi hermano sobre la revuelta en Egipto fui a ver a Uzman para rogarle que sustituyera a los gobernadores corruptos que no hacían sino fomentar el caos. Maruan trató de negarme la audiencia con el califa



pero cuando aun así irrumpí con paso decidido en el palacio del califa, sus guardas se hicieron a un lado, temerosos de poner la mano encima a la Madre de los Creyentes.

Encontré a Uzman envejecido y con aspecto agotado, y además detecté un ápice de confusión en su mirada cuando se quedó contemplándome un largo rato: fue como si no me reconociera, a mí, una mujer a la que conocía desde que había nacido por no mencionar que, a pesar de llevar el rostro oculto tras el velo, mis ojos color ámbar

mantenían su brillo característico. Al final, su mente se despejó al cabo de unos momentos y una sonrisa iluminó su rostro aún bello pese a los estragos del tiempo. Me escuchó pacientemente durante un buen rato pero me daba cuenta de que no entendía lo que le estaba diciendo y entonces me horroricé al reparar en que Uzman no tenía la menor idea de que la situación en Egipto había evolucionado para peor y había hombres marchando por las calles de las ciudades de la provincia con antorchas encendidas pidiendo la

destitución de los enviados que él había nombrado. Uzman miraba constantemente a Maruan buscando confirmación de mis palabras pero aquella alimaña astuta se encogió de hombros como si fuera la primera noticia que tenía de todo aquello. Cuando acabó la audiencia, Uzman se levantó cortésmente y me pidió que le diera recuerdos a mi madre Um Ruman haciéndome palidecer inmediatamente.

Mi madre había muerto hacía más de veinte años.

Me marché de la casa del califa

con una sensación de vacío en el estómago: no era sólo que Uzman estuviera siendo manipulado por funcionarios corruptos sino que además parecía mostrar claros síntomas de demencia incipiente. El futuro del Imperio estaba en juego y yo tenía que actuar rápidamente.

Comencé por hablar con los líderes más antiguos de entre los compañeros, Talha y Zubair, a quienes toda la comunidad

reverenciaba como dos de sus mayores héroes de guerra y que se mostraron muy comprensivos pero dudaban de que oponerse abiertamente al califa fuera lo correcto. Al final recurrí a Alí en mi desesperación y éste me advirtió con voz acerada de que no debía inmiscuirme en política.

—Estás jugando con una peligrosa arma de doble filo, querida Madre —me recriminó—, y podría acabar cortándote a ti.

Mi rostro se tiñó de rojo al percibir lo que me pareció

condescendencia en su voz y me apresuré a salir a grandes zancadas de su casa; volví a la *masyid* y compartí mis preocupaciones con las otras Madres, pero todas se pusieron del lado de Alí y el resto de los patriarcas líderes y me advirtieron que lo mejor era no inmiscuirme. Las palabras de Ramla fueron particularmente hirientes, lo cual no era ninguna sorpresa si se tenía en cuenta que era la hija de Abu Sufian y por tanto pariente de Uzman. Um Salama se mostró amable pero firme, argumentando que el papel de las

Madres de los Creyentes era enseñar y cuidar a los musulmanes mientras que la política era cosa de hombres. Hasta Hafsa, que con los años había pasado de ser mi encarnizada rival a convertirse en una de mis mejores amigas, parecía nerviosa y se negó a prometerme su respaldo en contra del califa.

Furiosa con mi intento fallido de recabar apoyos entre mis amistades, decidí recurrir a las masas y comencé a dejarme ver con frecuencia por el mercado, cubierta con el velo pero con aire orgulloso e

instando a los hombres a que presionaran a Uzman para que abandonase el cargo: aquello era un peligroso acto de rebelión en pleno corazón de la ciudad y sólo mi honorable posición de esposa del Profeta evitó que los hombres del califa me arrestaran. Al compartir mis temores con las gentes de la ciudad estaba encendiendo un fuego con la esperanza de que el humo abriera los ojos del anciano califa y lo obligara a salir de su casa y enfrentarse a la realidad del mundo, pero acabó por convertirse en un



incendio que amenazaba con arrasar cuanto encontrara a su paso, todo aquello por lo que yo llevaba peleando toda la vida.

Al poco tiempo llegó de Egipto mi hermano Mahoma acompañado por cientos de furiosos jóvenes armados y la rebelión que me había empeñado en provocar se volvió súbitamente una realidad aterradora.

Mahoma se reunió conmigo para

explicarme que no pretendía hacer uso de la fuerza pero sí estaba dispuesto a defenderse a sí mismo y a sus hombres. Yo, al darme cuenta de que en la sangre que corría por las venas de mi joven hermano ardía el fuego de la justicia y que las emociones le nublaban el juicio, traté de servir de mediadora: organicé una reunión privada con el califa que escuchó con infinita paciencia la letanía de quejas que le presentaron los egipcios sobre cómo los funcionarios omeya robaban de las arcas del gobierno local, y a

criminales ricos y bien relacionados se les perdonaban sus delitos a cambio de sobornos mientras que los pobres sufrían el castigo del látigo y se imponían a la población impuestos injustos sin su consentimiento. Aquel comportamiento podía ser moneda corriente en otras naciones — argumentó Mahoma con pasión— pero nosotros éramos siervos de Dios y, si la *Uma* hacía caso omiso de las injusticias, el Señor nos arrebataría la increíble riqueza y poder que nos había concedido.

Uzman fue asintiendo durante

toda la intervención de mi hermano pero tenía la mirada vidriosa y me pregunté cuánto de la misma habría asimilado o entendido verdaderamente; sin embargo, al final, el califa me sorprendió accediendo a la petición de Mahoma de que los funcionarios omeya de Egipto fueran sustituidos y, acto seguido, hizo llamar al despreciable Maruan para dictarle una carta a tal efecto en virtud de la cual destituía al gobernador omeya y nombraba a mi hermano como su sucesor. Vi que Maruan entornaba los ojos, pero

obedeció sin decir palabra y yo misma me cercioré leyendo por encima de su hombro de que efectivamente había escrito al pie de la letra lo que le ordenaba el califa. Por fin el pergamino fue firmado por Uzman y sellado con su insignia y Mahoma no cabía en sí de gozo: había venido a Medina dispuesto a luchar y el califa en cambio le había concedido cuanto pedía.

Yo estaba encantada pero no del todo sorprendida, pues Uzman siempre había sido un hombre extremadamente amable y generoso,

y la verdad era que no podía recordar que le hubiera negado nada a nadie jamás. De hecho, aquella actitud completamente abierta era la causa del presente escándalo porque no le había negado nada a nadie, incluidos los que perseguían aprovecharse de él en su propio beneficio.

Abracé a mi hermano y lo acompañé a reunirse con sus hombres, y cuando éstos se enteraron de que el califa había accedido a sus peticiones hubo un gran regocijo entre ellos y algunos incluso se

pusieron a bailar de alegría hasta que las miradas recriminatorias de otros fieles más piadosos los apaciguaron de golpe.

Mientras Mahoma cabalgaba por el desierto de vuelta al lejano Egipto, la nación que ahora gobernaba, yo decidí peregrinar a La Meca para agradecer a Dios que la preocupante crisis se hubiera resuelto pacíficamente al final y, en el momento en que emprendía viaje en mi *haudach* bajo la protección de los mejores hombres de la guardia del califa, no reparé en un jinete solitario

que salía de los establos en dirección al norte llevando consigo una misiva secreta que portaba el sello de Uzman.

Los hombres de mi hermano interceptaron al emisario después de que un intrépido centinela se diera cuenta de que los seguían; atraparon al jinete y lo registraron encontrando en su poder la carta con el sello del califa. Cuando mi hermano leyó el correo secreto se puso rojo de ira



porque se trataba de una carta, supuestamente escrita por Uzman, ordenando al gobernador de Egipto que arrestara a Mahoma y lo ejecutara como culpable de rebelión en cuanto volviera.

Los hombres de Mahoma volvieron a Medina en el menor tiempo posible e inmediatamente se lanzaron al asedio de la residencia del califa. Yo ya iba camino de La Meca y no tenía ni idea del horrible quiebro que había sufrido la situación. A menudo he pensado que hoy el mundo sería diferente si me

hubiera quedado en casa unos cuantos días más, pero no son más que cavilaciones inútiles nacidas del remordimiento.

En el preciso momento en que me dirigía a la ciudad santa de mi nacimiento, feliz en mi ignorancia de que una terrible espada se cernía ahora sobre la nación musulmana, los hombres de mi hermano tomaban Medina y entraban a la fuerza en los hogares de la gente y se llevaba cuantas provisiones estimaron necesarias para apoyar la «sagrada causa». Cuando otras naciones

tuvieron noticia de los acontecimientos que se estaban produciendo en la capital musulmana, seguramente debieron de sorprenderse mucho al oír que un reducido grupo de rebeldes había sido capaz de hacerse con el control de la ciudad en tan poco tiempo, pero el caso era que no había ningún ejército destacado en Medina puesto que jamás había sido necesario en los últimos veinte años: los musulmanes dominaban el mundo de punta a punta y la noción de que Medina pudiera ser atacada habría

resultado cómica.

Ahora nadie se reía: mi hermano se enfrentó a Uzman exigiéndole explicaciones sobre el correo secreto y el anciano negó tener la menor noticia de su existencia pese a que el pergamino llevaba el sello del califa, pero Mahoma no se dio por satisfecho.

—O bien eres un mentiroso o una marioneta en manos de otros —le respondió— y, en cualquier caso, no eres digno de estar al frente del Islam.

El bondadoso Uzman se

entristeció mucho al oír aquellas palabras, tal vez porque reconoció en ellas la verdad. Por supuesto yo nunca he creído que el califa ordenara la muerte de mi hermano — sin duda fue el monstruoso Maruan el que redactó aquella carta— pero ahora sería al anciano a quien se haría responsable. Puede que al final Uzman se diera cuenta de lo que estaba pasando en realidad y su corazón se rompiera en mil pedazos al descubrir que aquel joven al que quería como a un hermano lo había engañado. El hecho es que se retiró a

sus aposentos y no volvió a salir de ellos, dejando su suerte en manos de Dios.

Los rebeldes se fueron impacientando cada vez más a medida que pasaban los días y Uzman no ponía fin al confinamiento que se había impuesto a sí mismo ni respondía a sus exigencias de renunciar al poder. Pronto se hizo evidente que los nervios estaban a flor de piel y las amenazas de violencia se convirtieron en algo más que una desafortunada posibilidad. Allí envió a sus hijos Hasan y Husein,

que ya eran un par de jóvenes fantásticos, a vigilar la puerta del califa y la presencia de los nietos del Profeta consiguió contener el avance de la oleada de anarquía durante un tiempo.

Pero al ver que transcurrían las semanas y el asunto no se resolvía, los rebeldes egipcios decidieron forzar la situación y cortaron el suministro de agua y comida del anciano Uzman que se había convertido en prisionero en su propia casa. La judía Safiya, otra de las madres, intentó salvar al asediado

califa: era propietaria de una casa vecina a la de éste y colocó un tablón en su tejado para poder hacer llegar por esa vía alimentos y agua a la hermosa y joven esposa de Uzman, Naila.

Cuando se cumplía el cuadragésimo noveno día del asedio, un grupo de hombres capitaneados por mi hermano irrumpió en el tejado de la casa de Uzman y se abrieron paso hasta el interior. El amable anciano estaba sentado en su estudio leyendo el Sagrado Corán y parecía no temer en absoluto a los rebeldes



que estaban saqueando su casa, como tampoco dio muestras de que lo perturbaran los gritos de sus criados mientras los atacantes se abalanzaban sobre ellos con las espadas desenvainadas.

Mi hermano Mahoma, poseído por el fuego del idealismo y el orgullo, fue hasta Uzman y alzó su brazo preparándose para asestar el golpe letal; agarró al califa por la barba y en ese momento el anciano alzó por fin la vista y le sonrió dulcemente.

—Hijo de mi hermano —le dijo

con una mirada cálida que penetró hasta el alma de mi hermano—, suéltame la barba. Tu padre no se habría comportado de este modo.

Era una afirmación sencilla pronunciada sin la menor malicia ni tono acusatorio pero, en ese preciso instante, las palabras se abrieron paso hasta el corazón de mi hermano y Mahoma retrocedió con paso vacilante, como si acabara de despertarse de un sueño, y la vergüenza y el horror lo invadieron al darse cuenta de lo bajo que había caído.

Cuando mi hermano giro sobre sus talones dispuesto a ordenar que cesara el ataque ya era demasiado tarde: varios de sus hombres irrumpieron en la habitación con el fulgor salvaje de la sed de sangre resplandeciendo en sus ojos y, al ver al califa solo y desarmado, se abalanzaron sobre él con las espadas en alto.

—¡No! —gritó Mahoma ben Abu Bakr, pero los rebeldes lo ignoraron y lo empujaron a un lado para abatirse sobre el afable Uzman, que amaba la paz y era incapaz de hacer

daño ni tan siquiera a sus enemigos.

Su esposa Naila se abalanzó también sobre él para protegerlo con su propio cuerpo pero los atacantes le cortaron los dedos de una mano y la lanzaron a un lado igual que una muñeca de trapo y luego apuñalaron al califa nueve veces hundiéndole el filo de sus armas en el cuello, el corazón y la cabeza con una brutalidad monstruosa. Uzman cayó muerto sobre las páginas manchadas de sangre del Corán que con tanto esmero había compilado.

Incluso escribiendo esto ahora,

querido Abdalá, las lágrimas  
descienden por mis mejillas hasta  
caer sobre la página. Aquello fue el  
asesinato salvaje de un buen hombre  
y no puedo ocultar a Dios la realidad  
de que yo tuve parte de culpa pues, si  
no hubiera hablado en contra de  
Uzman en público, si hubiese  
utilizado mi influencia para aplacar  
las llamas que abrasaban el alma de  
mi joven hermano, quizá el califa no  
habría muerto. Me estremezco de  
pensar en las palabras terribles de mi  
esposo, hace ya tanto tiempo, cuando  
advirtió que la espada del Señor, una

espada que habría de consumir a nuestra nación hasta el Día del Juicio, se alzaría contra los musulmanes si Uzman sufría el menor daño.

Dios me perdone por lo que hice, pues actué guiada por la pasión por la justicia, por más que me equivocara completamente. Ahora bien, por mis acciones posteriores, Abdalá, no sé si el perdón será posible. Lo que hice tras el asesinato de Uzman surgió del rincón más negro de mi alma y fue un crimen que nunca me perdonaré, incluso si Dios

y los ángeles me conceden el indulto  
algún día.

ME encontraba en La Meca cuando me enteré del asedio a la casa de Uzman. Acababa de terminar la peregrinación junto con otra madre, Um Salama, que me había acompañado, y estábamos planeando la vuelta después de haber completado los rituales preceptivos en la Casa de Dios cuando llegaron los emisarios de Zubair con el consejo de que nos quedásemos en La Meca hasta que se sofocara la



rebelión. Se me encogió el corazón al oír lo que había hecho mi hermano e intenté por todos los medios volver para calmarlo y facilitar algún tipo de reconciliación, pero Um Salama me suplicó que nos mantuviéramos alejadas del caos y los guardias que nos acompañaban de hecho se negaron a permitir mi regreso hasta que no se hubiera restablecido la paz en la capital.

Las semanas se iban sucediendo con una lentitud penosa sin que recibiéramos noticias y empecé a tener el terrible presentimiento de

que todo había ido espantosamente mal. Un buen día por fin, llegaron del desierto dos hombres a caballo portando noticias que me espantaron además de hacer que me hirviera la sangre. No se trataba de emisarios porque el asunto era demasiado urgente como para mandar correos, sino de dos de mis mejores amigos, mi querido primo Talha y mi cuñado Zubair. Me bastó una mirada a sus rostros macilentos para comprender que mis peores temores se habían confirmado.

Nos reunimos en la vieja Cámara

de la Asamblea donde yo había espiado las deliberaciones de Hind y el consejo de La Meca hacía ya una eternidad: los muros de piedra tenían el mismo aspecto que cuarenta años atrás: fríos, imponentes y ajenos a los caprichos del tiempo. Nos sentamos en el salón del trono que había sido en otro tiempo el centro de poder de nuestros enemigos y Zubair relató lo ocurrido. Su hermoso rostro de antaño estaba ahora surcado por las arrugas y una impresionante cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha de lado a lado; tu

padre había luchado en tantas batallas que yo ya había perdido la cuenta de dónde había recibido aquella marca de su heroísmo.

En cuanto a Talha, no había podido participar en las últimas guerras de conquista por causa de su mano tullida y se había dedicado al comercio; sus increíbles habilidades de comerciante unidas al talento para aprender los idiomas de los territorios conquistados le habían permitido crear un vasto imperio comercial, y con los años había pasado de ser un paupérrimo

mutilado de guerra a convertirse en uno de los hombres más ricos del Imperio. Gran parte de su fortuna la había dedicado a colmar de caprichos a su preciosa hija a la que, tal vez de manera poco sorprendente, había puesto por nombre Aisha. La muchacha era ya una mujercita llena de vida que tenía enamorado a más de un joven medinés, pero la precedía una terrible reputación de coqueta que disfrutaba dando falsas esperanzas a los hombres. Cuando yo la había reñido en varias ocasiones insistiendo en la importancia de

seguir las normas de comportamiento impuestas por la sociedad, ella se había echado a reír y me había respondido que yo habría sido todavía peor si no me hubieran casado cuando todavía era una niña para luego ocultarme tras un velo. Siempre le echaba tremendas regañinas condenando su descaro pero, en el fondo de mi corazón, la quería como a una hermana pequeña y sabía que había más que un poco de verdad en lo que decía.

Aisha ben Talha fue una de las primeras personas en quien pensé

cuando mis amigos me informaron de la escandalosa noticia del asesinato de Uzman. Me apenó profundamente la suerte que había corrido aquel pobre anciano víctima de su propia bondad y además temía por las gentes de Medina ahora que se había derramado la sangre del califa. Según Zubair, el primo de Uzman, Muauiya se preparaba para enviar lo antes posible un contingente de tropas sirias con el objetivo de vengar la muerte del soberano. Por lo visto Maruan se las había ingeniado para informar al líder omeya del

asedio, y cuando Uzman fue asesinado envió a Damasco su túnica empapada de sangre junto con los dedos mutilados de la pobre Naila. Un furibundo Muaiya había sostenido aquellas espantosas reliquias en alto en medio de la recién construida *masyid* de Damasco —erigida justo al lado de la iglesia donde estaba enterrado Juan el Bautista— y, con su brillante oratoria, había despertado las pasiones de la multitud y los gritos clamando venganza se habían extendido rápidamente por todo el



Imperio, en particular después de que se supiera el trato que habían dado los rebeldes al cadáver de Uzman.

—¿Qué pasó con el cuerpo de Uzman? —quise saber yo provocando con la pregunta una mueca de dolor de Zubair.

—Arrojaron su cuerpo en una montaña de basura y se negaron a permitir que se enterrara —respondió tu padre con horror en la mirada—. Safiya intervino y los convenció para que nos dejaran darle sepultura, pero no permitieron que lo enterrásemos junto al Profeta ni

ninguno de los creyentes que reposan en el cementerio de *Yanat al Baqi*, así que Safiya dispuso todo para que se depositaran los restos del califa en el cementerio judío junto a sus antepasados.

Bajé la cabeza, aturdida por el dolor. Tenía una pregunta más pero me daba miedo hacerla, y entonces Um Salama tomó la palabra y dijo con voz suave que era casi un susurro:

—¿Quién está al mando ahora?

Era una pregunta sencilla pero en torno a ella giraba la suerte de un

imperio que dominaba la mitad del mundo conocido.

Se hizo un largo silencio y luego por fin Talha respondió con voz ligeramente teñida de amargura:

—Tras la muerte del califa se desató el caos en las calles. Allí, Zubair y yo mismo fuimos hasta la plaza del mercado para intentar calmar los ánimos y entonces aparecieron los rebeldes con las espadas desenvainadas y tu hermano declaró que no reconocería a ningún hombre como su señor excepto a su padrastro Alí. —Tuve la sensación

de que me habían dado un puñetazo en el estómago y, al ver el estupor reflejado en mi cara, Talha asintió dando a entender que me comprendía —. Los tres habíamos ido hasta el mercado con la idea en mente de convocar un consejo que eligiese al sucesor —prosiguió alzando la voz —, pero los rebeldes rodearon a la muchedumbre al tiempo que blandían sus armas y por supuesto eso influyó en que se eligiera a Alí por unanimidad. Hasta Zubair y yo mismo le juramos lealtad. No teníamos elección.

Yo me daba perfecta cuenta de que la forma brutal en que mi hermano y sus hombres se habían asegurado de que Alí resultase elegido atormentaba a Talha y Zubair. Los tres eran amigos desde hacía años, pero quedaba claro que ese incidente había provocado mucha animosidad. Ellos, al igual que Alí, eran dos de los líderes más aclamados del Islam, hombres que habían luchado junto al Profeta y cuyos nombres se habían barajado muy seriamente como candidatos al título de califa cuando Umar fue

asesinado. Habían aceptado la elección de Uzman y lo habían apoyado fielmente pero ahora, tras el asesinato de éste, los asesinos mismos les habían negado la oportunidad de optar al trono del Islam. Aquel golpe no resultaba nada fácil de asimilar y yo percibía claramente que estaban furiosos con Alí por haberse prestado a aquella elección fraudulenta.

Y entonces surgió un sentimiento en mi interior, algo frío y desagradable; las viejas heridas volvieron a abrirse de golpe y noté

cómo fluía el veneno por mis venas al recordar como Alí había tenido la desfachatez de sugerir alegremente al Enviado que se casara con Zainab ben Juzaima para consolidar una alianza política ofreciendo así la mano de mi esposo a otra mujer en mi presencia, como si mis sentimientos no importaran nada. Recordé también cómo había llevado hasta el cadalso a aquella muchacha de los Bani Quraiza que tanto se parecía a mí y cuya risa enloquecida todavía me atormentaba en sueños. Y por fin me acordé con todo lujo de

detalles de que había intentado convencer a Mahoma para que se divorciara de mí cuando se me acusó injustamente de un vergonzoso crimen que no había cometido.

—Ahora que ha conseguido por fin lo que llevaba deseando toda la vida y se le ha coronado como califa, ¿qué ha hecho Alí para castigar a los asesinos? —pregunté entre dientes.

Mis dos amigos se miraron dubitativos.

—Nada —contestó por fin Talha con frialdad.

Fue como si el mundo a mi



alrededor cambiara de color y de pronto lo vi todo a través de un velo rojo.

—En ese caso Alí ha fracasado en su tarea fundamental como califa: impartir justicia.

Vi que los dos me miraban con incertidumbre y miedo en los ojos.

—¿Qué quieres decir? —intervino Zubair hablando muy lentamente.

—¡Lo que estoy diciendo es que Alí no puede ser nombrado califa de los musulmanes por los asesinos de

su predecesor! —Sentí que todo mi cuerpo temblaba a medida que me iba convenciendo a mí misma de que llevaba toda la razón—. Más aún: incluso si su elección fuera legítima, no puede acceder al cargo hasta que no haya castigado a quienes cometieron el espantoso crimen, de otro modo el califa se convertiría en cómplice del asesinato del anterior soberano y ¡Dios se apiade de los musulmanes si caemos tan bajo como para aceptar a un hombre semejante como nuestro señor!

Las palabras brotaron de mis

labios con tal ferocidad que tanto Talha como Zubair se inclinaron hacia atrás en el asiento como si los hubiera abofeteado. En eso la otra Madre, Um Salama, se puso de pie con los ojos resplandecientes de ira.

—¡Basta! ¡Deja de decir locuras ahora mismo!

—¿Qué locuras? ¿Acaso hay locura mayor que permitir que un criminal gobierne a los creyentes?

A cualquier otra mujer —o para lo que es el caso, a cualquier otro hombre— le habría aterrorizado el peligroso brillo de mi mirada, pero

Um Salama se negó a ceder.

—No te olvides de quién eres, Aisha —continuo con voz dura—, eres la Madre de los Creyentes, se supone que debes guiar a los musulmanes y restañar sus heridas, no infligir otras nuevas. No sigas por ese camino o la ira de Dios se desatará sobre toda la *Uma*.

Nunca había oído a aquella cariñosa mujer de aspecto maternal hablar en un tono tan ofendido y me habría hecho daño que lo estuviera empleando conmigo si hubiera quedado en mi interior algún

sentimiento aparte de la ira.

—Es Alí quien hará descender sobre nosotros la ira de Dios si se obstina en aferrarse a su trono manchado de sangre —repliqué en voz baja pero amenazante.

Um Salama se volvió hacia Talha y Zubair pero al ver que mis palabras los habían conmovido negó con la cabeza dando muestras de su desesperación y salió a grandes zancadas de la Cámara de la Asamblea.

Mientras estaba allí sentada saboreando mi triunfo me vino a la

cabeza la última ocasión en la que una mujer había convencido a los hombres presentes en aquella misma sala de que la justicia avalaba sus argumentos: había sido Hind proponiendo el asesinato de Mahoma. Aquel pensamiento me inquietaba, así que lo aparté enseguida de mi mente.

Durante las semanas que siguieron convencí a Talha y Zubair, junto con muchos otros musulmanes de La

Meca, de que teníamos la responsabilidad moral de cuestionar la autoridad de Alí. Mi grito pidiendo justicia en nombre del difunto Uzman caló hondo en los corazones de las gentes de la ciudad que se habían beneficiado grandemente de la generosidad del anciano y, a medida que el número de hombres que se unían a nuestra causa iba en aumento se hizo evidente que éramos suficientes como para formar un ejército, uno con la suficiente fuerza como para retar al nuevo califa y obligarlo a

abdicar.

Y entonces nos llegaron noticias de que Alí había organizado sus propias tropas en un intento de imponer la paz en el agitado Imperio. A pesar de que muchos gobernadores musulmanes en Yemen y las provincias orientales de Persia aceptaron su autoridad, Muauiya se negó a reconocerlo como califa. Entre las legiones de partidarios de Alí se encontraban, por un lado, muchos creyentes devotos que lo reverenciaban por su reputación de gran sabiduría y estatura moral y, por



otro lado, quienes siempre habían creído que él era el que tenía más derecho que ningún otro a ser el líder de los musulmanes en atención a su linaje. También se contaba entre sus partidarios otro grupo de dudosa reputación formado por los rebeldes egipcios, que tenían un interés particular en asegurarse de que los hombres del clan de Uzman no tuvieran oportunidad de vengar la muerte del califa.

Mientras Muauiya reunía a sus tropas en Siria, Alí decidió dejar Medina y trasladarse al norte, a los

verdes campos de Irak. Con ello se proponía librar a la ciudad santa del horror de más derramamientos de sangre y, además, recabar el apoyo de las provincias iraquíes para la que con toda probabilidad sería una guerra larga con Muaiya.

Cuando nos llegaron noticias de que el ejército de Alí se movilizaba, Talha, Zubair y yo misma vimos claro que había llegado el momento de actuar. Para entonces nuestras exigencias de que se hiciera justicia había atraído a muchos de los musulmanes más prominentes de La

Meca y recuerdo en particular la alegría del día en que te vi llegar a ti a caballo procedente de Medina, Abdalá: te habías convertido en un apuesto joven muy parecido a tu padre pero, aun así, cuando te miraba al que veía era al niño que solía jugar en el regazo de mi hermana. Tu apoyo significó más para mí que el de todos los nobles de las tribus, en muchos de los cuales no confiaba pero cuya ayuda necesitaba desesperadamente.

Lo peor de toda aquella pesadilla era aquella alimaña llamada Maruan

ben Hakam, cuyas maquinaciones habían sido la causa de todas las desgracias que nos aquejaban. Tal y como cabía esperar, había huido de Medina después de que los rebeldes asesinaran a su protector Uzman, y había buscado refugio en La Meca en la que todavía gobernaba uno de los virreyes nombrados por el califa asesinado. Yo sentía algo peor que desprecio por Maruan, pero mantuve mis emociones bajo control porque los omeya todavía le guardaban lealtad y yo necesitaba el apoyo de éstos para derrocar a Alí. Por

desgracia, Talha no fue capaz de ocultar sus sentimientos igual de bien y acabó por insultar públicamente al joven manipulador humillándolo enfrente de todos al recordar a los nobles de La Meca que Maruan había sido maldecido por el Enviado de Dios en persona. Maruan nunca le perdonó aquella afrenta que al final le traería la desgracia a mi querido primo.

Las otras madres llegaron de Medina durante las semanas que pasamos planeando la revuelta contra Alí: las había enviado el califa para

disuadirnos de tomar ninguna decisión precipitada. Um Salama reunió a todas las otras esposas en un intento de hacerme cambiar de opinión pero sus consejos cayeron en saco roto, pues me había convencido a mí misma de lo justificadas que estaban mis acciones y realicé una defensa tan apasionada de mi causa que estuve a punto de convencer a Hafsa de que se uniera a nosotros; pero su hermano Abdalá ben Umar, un hombre adusto y temible como su padre, la convenció para que se mantuviera al margen de mis

ambiciosos y disparatados planes.

Y por fin llegó el día en que el ejército se dispuso a emprender la marcha hacia el norte camino de Irak con el objetivo de interceptar a Alí. Yo era la única Madre de los Creyentes que los acompañaba y me habían preparado una *haudach* acorazada. A menudo pienso en aquel Día de las Lágrimas como yo lo llamo, porque recuerdo cómo lloraban las otras esposas suplicándome que me quedara. Y sin embargo el odio que sentía hacia Alí había vuelto mi corazón de piedra y

sus palabras no me llegaron al alma.

Talha, Zubair y yo salimos de La Meca con un ejército de tres mil y comenzamos la marcha que cambiaría para siempre el destino del Islam y del mundo.

A medida que íbamos dejando atrás el desierto de Arabia para adentrarnos en las suaves colinas de Irak me asomé fuera de la *haudach* para contemplar el impresionante



paisaje de verdes planicies que me rodeaba y se me llenaron los ojos de lágrimas al darme cuenta de que era la primera vez que había salido de la península: era una mujer de más de cuarenta años y la reina madre del mayor imperio de la Historia pero nunca había ido más allá del minúsculo retazo de arena donde había nacido. Me pregunté qué pasaría cuando derrotáramos a Alí, si el nuevo califa (que con toda probabilidad sería Talha o Zubair) me permitiría por fin cumplir el sueño que albergaba desde niña:

vagar libremente y ver mundo, ese mundo que sólo conocía a través de los relatos de los viajeros y los comerciantes del mercado. Me imaginé a mí misma en los jardines de Damasco recostada a la sombra de cerezos cuajados de flores color rosa, o escalando los picos nevados de Persia, o tal vez contemplando las viejas pirámides egipcias y las misteriosas cabezas de león que emergían de las arenas en Gizé según me había contado mi hermano Mahoma. Mi pobre hermano lleno de idealismo cuyo grito pidiendo

justicia había desencadenado la serie de terribles acontecimientos que me había llevado hasta allí.

En ese momento los ladridos de un perro me sacaron de mi ensimismamiento; asomé la cabeza a través de los gruesos anillos de metal de las cortinas de cota de malla y vi que nuestra caravana había entrado en un valle. El sol ya se había puesto tras las montañas y la tierra estaba envuelta en tinieblas.

Fue en ese momento cuando oí un espeluznante aullido, y luego otro. Volví a asomarme para comprobar

que docenas de perros enfurecidos habían emergido de entre las rocas y grietas del terreno para rodear mi camello mientras ladraban salvajemente. Aquellos animales tenían algo de sobrenatural y aterrador que me heló la sangre; y entonces comencé a hacer memoria y me puse pálida como una sábana al recordar: «Los perros de Al Hauab... sus ladridos son tan feroces...—había dicho mi esposo—. Le ladran al ángel de la muerte... que sigue la estela de sus faldas... hay tanta muerte allá por donde

pasa... —Luego se había vuelto hacia mí con el miedo escrito en sus negros ojos—. Te lo ruego, *Humaira*, no dejes que los perros te ladren».

En ese preciso instante, el demonio que se había apoderado de mi alma se desvaneció y volví a ser la Madre de los Creyentes.

Llamé desesperada a Talha que acudió inmediatamente al oír que pedía ayuda:

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Me asomé tan precipitadamente que se me olvidó ponerme el velo; vi

que me miraba a la cara lleno de sorpresa y entonces me di cuenta de que no había vuelto a ver mi rostro desde que era una adolescente. Talha se apresuró a apartar la mirada y sentí que me ruborizaba de apuro y vergüenza al tiempo que me cubría la cara rápidamente con el *niqab*. Una pequeña parte de mí se preguntó si, ahora que me había convertido en una cuarentona carente de la vibrante energía de la juventud que él recordaba, le habría parecido que estaba fea. Pero entonces el recuerdo de la lúgubre profecía volvió a mi

mente y se esfumaron mis vanos pensamientos.

—Tenemos que dar la vuelta —  
le supliqué.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¡Que éste es el valle de Hauab!  
—le grité—. ¡El Enviado me advirtió  
de esto! ¡Por favor, por favor, la  
misión está maldita, tenemos que  
abandonar ahora!

Talha me miró confundido y  
luego apareció ante mí la odiosa cara  
de Maruan cuando se acercó  
cabalgando hasta colocarse junto a  
mi camello.

—Estás en un error, Madre mía —me dijo—, esto no es Hauab, este valle está muy lejos hacia el oeste.

—¡Estás mintiendo! —le chillé, pero Maruan se limitó a sonreírme y alejarse al galope para reunirse con los otros señores omeya que habían sufragado la expedición y ahora nos acompañaban.

Por más que yo quisiera que diéramos la vuelta, los hombres cuyo oro nos había traído hasta allí desearían continuar, pues la voz de la conciencia de una mujer no tenía ningún peso en la balanza del poder.



Talha se lo quedó mirando y vi una fugaz expresión de derrota en su rostro.

—Lo siento —dijo, y luego se alejó para seguir camino al lado de Zubair.

Sentí como si unas garras de acero me atenazaran la garganta y comencé a rezar a Alá rogándole que me protegiera de la oscuridad de mi propio corazón.

Y así fue como por fin llegamos hasta las inmediaciones del campamento de Alí en el corazón del sur de Irak, en una ciudad llamada Basora. A medida que avanzábamos habíamos ido reclutando simpatizantes entre las tribus beduinas y algunos iraquíes descontentos, y ahora contábamos con unos diez mil hombres, casi tantos como los del ejército del califa.

Después del incidente de los perros de Al Hauab había dejado de correr por mis venas la sed de matar

y ya no tenía el menor deseo de que entráramos en combate, y me daba cuenta de que Talha y Zubair sentían lo mismo: al contemplar al ejército enemigo de hermanos musulmanes se nos revolvió el estómago de pensar en derramar su sangre. Y entonces llegó un emisario de Alí solicitando una reunión privada conmigo y los dos compañeros que lideraban el ejército de La Meca.

Pasamos las horas que siguieron

reunidos con Alí en la sencilla tienda que hacía las veces de su puesto mando, no como adversarios sino como viejos amigos sorprendidos de cómo era posible que las cosas se hubieran torcido tanto entre nosotros. Alí se disculpó ante Talha y Zubair por la forma poco considerada en que había asumido el poder pero argumentó de manera bastante convincente que no había tenido otra opción: tras la muerte de Uzman reinaba el caos y lo único que había pretendido era restablecer el orden y la justicia en el califato.

—Si era justicia lo que buscabas ¿por qué no castigaste a los asesinos? —fue la pregunta que brotó de mis labios sin que pudiera evitarlo, y noté el alivio de Talha y Zubair al oírme plantear en voz alta la cuestión que ellos habían sido demasiado diplomáticos para abordar.

Alí suspiró con gesto de cansancio.

—Tengo muy presente que los asesinos aún siguen con vida, algunos incluso se han unido a mi ejército pensando que soy su

protector cuando en realidad no siento por ellos más que desprecio. —Hizo una pausa y luego clavó en mí su fulminante mirada verde ámbar, mirándome directamente a los ojos—. Pero ¿qué queríais que hiciera? No tenía soldados en Medina... ¿Cómo podría haber hecho cumplir la ley y que esos asesinos pagaran por su crimen si tenían bajo su control toda la ciudad? Necesitaba reunir a los ejércitos de la *Uma* antes de poder contar con el poder suficiente como para vengar la muerte de Uzman.

Era una sencilla descripción de los hechos tal y como eran, hecha con tal claridad que vimos de inmediato de que llevaba razón, y entonces bajé la cabeza avergonzada al darme cuenta de que me había estado equivocando desde el principio.

Pero en ese instante me vino a la cabeza una idea que hizo que se me acelerara el corazón:

—Ahora sí tienes suficiente poder —respondí al tiempo que mis labios esbozaban una sonrisa tras el velo—, nosotros contamos con diez mil hombres deseosos de llevar ante

la justicia a los asesinos y, de todo el ejército que has reunido, los rebeldes no pueden suponer más que unos cuantos cientos. Si unimos nuestras fuerzas podemos arrestarlos fácilmente con muy poco derramamiento de sangre.

Alí me miró un largo rato y luego sonrió al tiempo que sus misteriosos ojos lanzaban un destello.

—Tal vez, al final, todo lo ocurrido haya sido para bien —respondió— y, aunque Satanás ha intentado dividirnos, Dios nos ha unido de nuevo.



Así fue como ese día decidimos que uniríamos nuestros ejércitos para vengar la muerte de Uzman. Los omeya se darían por satisfechos si se juzgaba y ajusticiaba a los rebeldes (mi hermano había recibido el perdón de Alí pues no había tomado parte directa en el asesinato) y el nuevo califa podría por fin gobernar legítimamente un imperio unido. Aquel terrible momento de *fitna* se acabaría y los musulmanes continuarían expandiendo sus dominios y creciendo como una única comunidad, llevando hasta el

último rincón de la Tierra su mensaje de unidad: «No hay otro dios sino Alá».

Esa noche nos retiramos a nuestros respectivos campamentos alabando a Dios por habernos salvado de la locura de nuestras pasiones, pero mientras dormíamos plácidamente, convencidos de que se había evitado una guerra civil, Satanás había hecho otros planes.

Al día siguiente me despertaron los gritos de horror al amanecer. Salté de la cama, me cubrí a toda velocidad con el velo para asomarme fuera de la sencilla tienda en que dormía en medio de las planicies de Basora, y no pude evitar llevarme la mano a la boca en un gesto de horror cuando vi lo que ocurría fuera.

Un contingente de los hombres de Alí había asaltado el campamento prendiendo fuego a las tiendas y matando a los hombres mientras dormían, y los soldados de La Meca respondieron a la traición

poniéndose a toda prisa las armaduras para entrar en combate. Por un momento pensé que Alí nos había traicionado, pero entonces los rostros de los atacantes quedaron a la vista al salir el sol y reconocí a los malditos rebeldes egipcios cuyo gusto por la violencia nos había arrastrado a todos a aquella horrible situación. Me di cuenta de que debían haberse enterado de nuestros planes de entregarlos y habían decidido lanzar un ataque preventivo con intención de enfrentar a los dos ejércitos antes de que

consiguiéramos unirlos.

Salí corriendo fuera gritando a los hombres que dejaran de luchar pero ya era demasiado tarde: había comenzado a correr la sangre y, con ella, la locura delirante de la guerra por sus venas. Nuestros hombres avanzaban velozmente por el campo de batalla en pos de los de Alí y la pesadilla que habíamos tratado de conjurar era ya inevitable.

La guerra civil.

Cuando las flechas comenzaron a volar a mi alrededor corrí a refugiarme en la *haudach*. Mi

valeroso camello se levantó y trató de alejarse hacia un lugar seguro pero no había donde ir. La batalla había comenzado de veras produciéndose un violento choque frontal entre los dos ejércitos musulmanes, ambos consumidos por el odio mientras luchaban contra sus propios hermanos como fieras salvajes.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, que luego me corrían por las mejillas, al contemplar el horrible entrechocar de las espadas y cómo la hermosa hierba color

esmeralda se iba tiñendo de rojo con la sangre de los creyentes. Aquélla era sangre derramada por hermanos musulmanes, no por idólatras ni grandes potencias extranjeras. Grité con todas mis fuerzas instando a los hombres que llamaba mis hijos a que se detuvieran pero mi voz se perdió en medio del fragor de la batalla.

La demencial lucha proseguía y al cabo de poco rato mi camello se encontraba ya en medio de un mar de cadáveres mientras veinte mil hombres se mataban los unos a los otros despiadadamente. Flechas de

todas direcciones venían a clavarse en mi silla acorazada pero las múltiples capas de cota de malla me protegieron por más que la *haudach* estaba adquiriendo el aspecto de un puercoespín.

Logré seguir el desarrollo de la batalla a través de un pequeño agujero en la cortina pero era todo una imagen borrosa de sangre y muerte y el pavoroso hedor a excrementos y putrefacción me revolvió el estómago.

Aunque mi camello intentó alejarse de la masacre, fuera donde



fuera se abalanzaban sobre nosotros oleadas de soldados enemigos. Entonces me di cuenta con espanto de que me estaban persiguiendo: los hombres de Alí me atacaban. En cierto modo yo me había convertido en el símbolo de la revuelta y eso hacía que me vieran como un preciado trofeo y por tanto el blanco de la sed de matar que se había apoderado de ellos.

Me había convertido en el ojo de un huracán de muerte.

Y en ese momento oí una espeluznante risa gélida y sentí que

algo me quemaba el antebrazo; bajé la cabeza y contemplé con horror de qué se trataba: llevaba puesto el brazalete de Hind.

Ella me lo había dado tras la caída de La Meca, la última vez que la vi y, pese a que había sido mi intención deshacerme de él, una pequeña parte de mí no podía resistirse a la fascinación de la oscura belleza de las serpientes entrelazadas unidas en las fauces por un rubí. Así que me había convencido a mí misma que no era más que una baratija sin importancia

y la guardé bajo llave en el baúl de madera de acacia que contenía mis escasas posesiones, incluido el collar de ónice que a punto había estado de destruir mi vida. A lo largo de los años, de vez en cuando había sacado el brazalete para admirar su exquisita manufactura pero nunca me lo había puesto.

Y ahora, de algún modo, había llegado hasta mi brazo y ardía igual que una tea encendida sobre mi piel, era como si el rubí se hubiera convertido en una ardiente brasa. Presa del horror, traté de quitármelo

pero estaba soldado a mi carne.

La risa que oía en mi cabeza se transformó en una voz, la voz clara y perfectamente inteligible de Hind.

«Siempre te tuve aprecio, pequeña, me recuerdas tanto a mí...».

—¡No soy como tú! —grité enfurecida.

La risa se hizo más fuerte y creí que me iba a volver loca; trataba de luchar contra el monstruo que habitaba en mi interior pero me estaba derrotando.

Y entonces oí otra voz, una que era suave y delicada, y familiar: la Voz del Enviado.

«No te resistas más, ríndete».

Cerré los ojos y me abandoné al torbellino de sentimientos agolpados en mi interior: la furia, la culpa y el horror me inundaron como un aluvión de agua de lluvia corriendo por un barranco en la ladera de una montaña. Sentí que caía, igual que en aquella noche inolvidable en el monte donde Mahoma y mi padre se habían escondido de los asesinos que los perseguían. Caí más y más

profundo al tiempo que la vergüenza y la angustia me destrozaban por dentro y, sin embargo, no me resistí sino que dejé que toda la ira y las dudas y el dolor y la soledad y el remordimiento que llevaba dentro me llenaran el corazón hasta que sentí que la bilis se desbordaba.

Y luego pronuncié en voz alta las palabras de Adán tras ser expulsado del Paraíso, las palabras que lo habían reconciliado con Dios, las palabras que incluso ahora podrían librarme del peso de los millones de pecados que me envenenaban el

alma, las palabras que mi esposo había venido a recordar a la humanidad por última vez:

—Perdóname, Señor, porque he pecado.

Me envolvió la oscuridad y perdí la consciencia.

# Epílogo

El final del principio

*Medina, 678 d. C.*

¿Qué es la fe?

Es una pregunta que me hice al principio del final y que me vuelvo a hacer ahora, al final del principio, cuando se avecinan el crepúsculo de un mundo y los albores de otro.



Tal vez la razón por la que he escrito este relato, este compendio de recuerdos, no es otra que responder a esta pregunta que me persigue desde hace años.

Han pasado casi dos décadas desde aquel fatídico día en Basora y el mundo ha ido por unos derroteros que ninguno de nosotros habríamos sido capaces de anticipar.

Alí ha muerto y Muaiya reina como califa indiscutible de todo el Imperio musulmán, algo que ninguno habríamos podido predecir en aquel campo de batalla empapado de

sangre en el corazón de Irak.

Alí salió victorioso de una batalla que nunca había deseado iniciar; los combates más cruentos fueron los que se libraron en torno a mi camello, pues los hombres de Alí se habían propuesto destruir la insignia más prominente del enemigo mientras que los soldados de nuestro ejército habían defendido con sus vidas a la Madre de los Creyentes. Al final cayó el último de mis defensores, al pobre camello le cortaron las patas y, cuando mi *haudach* se estrelló contra el suelo,

la defensa mecana cedió y los guerreros de Alí se hicieron con el control del campo de batalla.

Permanecí caída en el interior de la silla volcada, paralizada por la sorpresa y con una flecha clavada en el hombro. Todavía flotaban en mi mente imágenes de aquella extraña visión que había experimentado durante los momentos álgidos de la lucha pero ya no sentía miedo, pese a enfrentarme a una muerte casi segura a manos del enemigo; estaba tranquila, serena, porque había dejado mi destino en manos de Dios:

me había convertido en una verdadera musulmana.

En ese momento se abrieron las cortinas de acero y alguien alargó la mano suavemente hacia el interior para comprobar si todavía seguía con vida: mi hermano Mahoma había galopado por el campo de batalla cuando vio caer la *haudach* y sólo él había tenido el valor de asomarse al interior de mi refugio para ver si la esposa más querida del Profeta aún vivía. Lo abracé con fuerza, hecha un mar de lágrimas, y el llanto limpió mi corazón como la lluvia haría con

la sangre derramada sobre los campos de Basora.

Después de sacar la flecha que tenía clavada en el hombro y vendarme la herida, Mahoma me llevó en brazos, igual que a una niña pequeña, hasta la tienda de Alí. El califa me miró con gran pesar y vi que sus verdes ojos estaban ahora enrojecidos por el sufrimiento.

—Zubair ha muerto —se limitó a decir, y mi corazón se rompió en pedazos al oírlo porque había sido su mejor amigo, había luchado codo con codo junto a él en mil batallas, y

ahora se había marchado para siempre.

De alguna manera, conseguí articular palabra.

—¿Y Talha?

Alí me dio la espalda, incapaz de responder. Mahoma me tomó la mano al tiempo que negaba con la cabeza y surgió un grito en mi garganta.

—¿Cómo? —fue todo lo que pude balbucir.

No importaba, pero necesitaba saberlo.

—No fue uno de nuestros

hombres —respondió mi hermano con suavidad—. Un soldado de los Bani Tamim que luchaba en nuestras filas vio como Maruan lo traicionaba atacándolo por la espalda en medio del combate.

El mundo se nubló ante mí tras un velo de lágrimas.

Y entonces Mahoma se inclinó para acercarse más y me susurró al oído.

—El testigo también ha contado que Talha dijo algo antes de morir pero que no le encontró el menor sentido a sus palabras —prosiguió

mi hermano.

—¿Qué... qué dijo?

—Sigue siendo tan bella.

Alí me perdonó públicamente declarando que no sentía sino respeto por la Madre de los Creyentes, la esposa de Mahoma en este mundo y el siguiente, y luego dirigió la oración por los muertos de ambos bandos para por fin enviarme de vuelta a Medina escoltada por una



guardia de honor.

Regresé a mi casa en silencio, incapaz de compartir con nadie el dolor tan profundo que sentía. Las otras Madres me evitaron durante algún tiempo y la única a la que podía recurrir era mi hermana Asma, que me trató con cariño aunque yo notaba una distancia entre nosotras: nunca lo dijo, pero siempre he creído que nunca llegó a perdonarme del todo por haber arrastrado a su adorado marido Zubair a la muerte.

Aislada como estaba de familiares y amigos, puse todo mi

empeño en hacer lo que estuviera en mi mano para reparar el daño que había infligido a nuestra fe y volví a dedicarme a la enseñanza y a divulgar los hadices que rememoraban las palabras de mi amado esposo, pero renuncié totalmente a involucrarme en política.

La Batalla del Camello no fue el fin de la guerra civil sino tan sólo el comienzo porque Muauiya se negó a firmar la paz con Alí y su enfrentamiento degeneró en una guerra abierta en las llanuras de

Sifin, cerca del Éufrates. La encarnizada contienda entre los dos bandos musulmanes produjo miles de bajas en ambos campos y entonces cayó Amar, uno de los soldados de Alí al que yo recordaba de la infancia y que murió en el campo de batalla: sí, el Amar cuya madre, Sumaya, había sido la primera mártir, el joven a quien Hamza y yo habíamos rescatado en medio del desierto. El Enviado había profetizado una vez que Amar también moriría mártir a manos de malhechores y, al correr la voz de

que los soldados de Muauiya lo habían matado, el desánimo caló hondo entre algunos de los rebeldes que temieron que las palabras del Profeta los señalaran ahora como el bando que merecía la derrota.

Alí volvía a llevar ventaja pero, cuando sus ejércitos estaban ya posicionados para asestar el golpe definitivo a los regimientos de Muauiya, el astuto político solicitó firmar la paz enviando a sus tropas con páginas del Sagrado Corán ensartadas en las lanzas. Alí estaba agotado de la guerra entre hermanos

y aceptó la propuesta de Muauiya de que se arbitrara entre ellos para decidir quién tenía derecho a gobernar.

Fue una decisión surgida de la visión de hombre de Estado y la compasión, pero los partidarios de Alí se escandalizaron al enterarse de que estaba dispuesto a someter a negociación lo que ellos consideraban su derecho divino al liderazgo. Pese a que Alí mismo nunca había reclamado públicamente tal derecho ni para sí ni para sus herederos, algunos de sus seguidores

se volvieron contra él como amantes despechados, tachándolo de traidor y abjurando de la lealtad que le profesaban. Aquellos fanáticos decidieron que eran los únicos que realmente comprendían el Islam que hombres como Alí y Muauiya habían corrompido. Los autoproclamados únicos verdaderos creyentes conocidos como *jauarich* se dedicaron entonces a la tarea de purificar el Islam destruyendo a cualquiera que no se uniese a su intransigente postura. Los *jauarich* enviaron espías con dagas

envenenadas para librar al mundo musulmán de cualquiera que compitiese con ellos por el trono y atacaron a Muauiya en su palacio de Damasco pero, pese a resultar gravemente herido, el hijo de Abu Sufian sobrevivió.

Alí no tuvo tanta suerte: un asesino *jauarich* llamado Ben Mulyam lo apuñaló en la cabeza mientras dirigía la oración en Kufa, en el sur de Irak. Alí vivió dos días más entre horribles dolores antes de morir como un mártir. Su último deseo había sido que se concediera

un juicio justo a su asesino y que los musulmanes no torturaran al agresor, pero esa última petición fue ignorada y sus seguidores se aseguraron de que las últimas horas de vida de Ben Mulyam fueran terriblemente dolorosas.

Tras la muerte de Alí, su hijo Hasan fue nombrado califa en Kufa pero abdicó al poco tiempo ante la amenaza de ser atacado por Muauiya. El gobernador de Siria se autoproclamó califa rápidamente y la Familia del Profeta no se opuso. Muauiya se mostró clemente en la



victoria y trató a la Gente de la Casa con magnanimidad, concediéndoles grandes riquezas y pensiones generosas a condición de que no se inmiscuyeran en política ni cuestionasen su autoridad. Los nietos del Profeta, Hasan y Husein, aceptaron las condiciones y se retiraron de la vida pública a la apacible santidad de Medina donde vivieron tranquilamente desde entonces; yo los veía a menudo y siempre los traté como si fueran mis hijos.

Y entonces, hace unos cuantos

años, Hasan cayó enfermo repentinamente y murió. Todo Medina lloró amargamente la muerte del hijo de Fátima y Alí y corrieron rumores de que lo había envenenado el corrupto hijo de Muauiya, Yazid, que temía que Hasan cuestionara el poder de Damasco cuando muriera el califa. A mí no me consta que haya algo de cierto en esas habladurías pero lo que sí sé por experiencia es que los Omeyas son un clan cruel y despiadado pues, en medio de toda aquella locura, tuve que enfrentarme a mi propia tragedia a manos de los

Bani Omeya.

Mi fugitivo hermano Mahoma fue por fin capturado por los hombres de Muauiya y el señor de Damasco quería que lo llevaran ante él para ser juzgado por su participación en los hechos que llevaron a la muerte de Uzman, pero mi temperamental y orgulloso hermano se enfrentó a sus captores con tal intensidad que éstos desobedecieron las órdenes del califa y le dieron muerte allí mismo. Incluso ahora, me tiembla la mano al recordar con horror las circunstancias de su muerte, ya que el

comandante omeya que le dio muerte no sólo cometió un asesinato sino que a eso hay que añadir el crimen de la profanación: aquel hombre abominable tomó el cuerpo sin vida de Mahoma y tras meterlo en el de una mula muerta le prendió fuego.

Estuve varios días llorando cuando me enteré de la terrible noticia y como colofón, en medio de aquel sufrimiento insoportable, Ramla, la hija de Abu Sufian que se había casado con mi marido, echó más leña al fuego: ordenó a sus sirvientes que prepararan un cordero

y dejaran la carne en mi puerta junto con una nota que decía que la había asado igual que a mi hermano.

No he vuelto a comer carne desde ese día y nunca le perdoné a Ramla aquel gesto cruel ni volveré a mirarla a la cara, ni tan siquiera cuando nos volvamos a reunir como Madres de los Creyentes el Día del Juicio Final.

La pasada noche el Enviado de Dios

se me apareció en sueños. Iba vestido de verde y lo envolvía un aura de luz dorada. Bajé la cabeza, demasiado avergonzada como para mirarlo a los ojos, pero me tomó el rostro entre las manos y me obligó a alzar la vista.

—¿Qué será de mí, amor mío? —le pregunté—. Temo que cuando me llegue la hora mis pecados se apoderarán de mi alma y la arrastrarán a las tinieblas.

Mahoma me sonrió con un radiante brillo etéreo en la mirada y acto seguido me recitó unas palabras

del Sagrado Corán que yo ya había oído antes, en un tiempo en que la esperanza había quedado oculta tras negros nubarrones de miedo y muerte.

*Dios es amigo de quienes creen:  
los saca de las tinieblas a la luz...*

Luego desapareció y me desperté con la certeza de que el día de mi muerte estaba muy cerca.

Así pues, volvemos por fin a esta

cuestión, mi querido Abdalá, hijo de mi hermana:

¿Qué es la fe?

Es un recuerdo. Un recuerdo de un tiempo en que todo era perfección en el mundo y no existían ni miedo ni juicio ni muerte.

Es un recuerdo de un tiempo anterior a nuestro propio nacimiento, un faro de luz que nos guía de vuelta al final del principio, al recuerdo del lugar del que venimos.

Es un recuerdo de una promesa hecha antes de que la tierra se formara, antes de que las estrellas



resplandecieran en el mar  
primigenio.

Una promesa de que  
recordaremos lo que hemos  
aprendido en este viaje para regresar  
y completar el círculo siendo los  
mismos pero distintos.

Más viejos. Más sabios. Llenos  
de compasión por los demás; y por  
nosotros mismos.

¿Qué es la fe?

El recuerdo del amor.

# Nota Final

*En el nombre de Dios, el Clemente,  
el Misericordioso*

Yo, Abdalá ben al Zubair, añado estas palabras finales al relato de la vida de mi querida tía. Hace ya más de una década de la muerte de Aisha ben Abu Bakr pero aún recuerdo sus últimos momentos como si fuera ayer. Como pariente suyo, era uno de los pocos hombres vivos que podía verle el rostro, que continuaba

siendo increíblemente hermoso y el paso del tiempo prácticamente no había alterado: seguía teniendo la piel pálida y suave como la de un bebé y tan sólo unas cuantas arrugas surcaban sus facciones perfectas como las de una estatua; pese a tener casi setenta años, sus ojos color ámbar todavía eran muy vivos y resplandecían rebosando vibrante energía además de un poso del dolor que llevaba consigo desde la Batalla del Camello.

La enfermedad se había ensañado con ella y sufría indecibles dolores

en los dedos de las manos, pero aun así logró de alguna manera terminar su relato, como alentada por la necesidad surgida en lo más profundo de su ser de contar su historia antes de que otros lo hicieran por ella. Cuando terminó el manuscrito, me lo entregó y luego se retiró a sus aposentos de los que no volvió a salir jamás. A medida que la enfermedad la iba debilitando, mi madre Asma y yo pasábamos cada vez más tiempo a su lado y miles de fieles —hombres y mujeres— se congregaban a las puertas de la

*masyid* para rezar por su recuperación.

Recuerdo lo asustada que parecía cuando por fin le llegó el momento de la muerte y el dolor que me produjo ver a aquella mujer que siempre había sido tan fuerte acurrucarse hecha un ovillo, igual que una chiquilla aterrorizada. Le recordé que no tenía nada que temer, que había sido amada por el Bien Amado de Dios y se le perdonaría cualquier error que hubiera cometido, pero parecía no escuchar mis palabras mientras repetía una y

otra vez «*Astagfirula*» ('Ruego a Dios que me perdone').

Y entonces, cuando el sol ya adquiría en el cielo una tonalidad rojiza similar a la que habían tenido en otro tiempo sus cabellos, vi que la respiración de Aisha se ralentizaba y supe que había llegado el fin. Mi madre Asma, su hermana mayor, le tomó la mano y se la apretó para tranquilizarla.

Y luego oí que se levantaba viento provocando el balanceo susurrante de las pesadas cortinas que colgaban a la puerta de la

habitación de mi tía y, por un instante, juraría que oí una voz cantarina a través de los cortinajes, una voz amable que llamaba a Aisha con el nombre que le había dado el Profeta.

*Humaira.*

Nadie había pronunciado aquel nombre en voz alta desde la muerte de Mahoma, Dios lo bendiga y le conceda paz. Tal vez me lo imaginé, pero de ser así no fui el único, porque mi tía se rebulló ligeramente al oír la voz en el viento y fue como si recuperara el recuerdo de lo que

era la felicidad porque interrumpió sus aterrorizados rezos y miró al otro lado de la estancia, hacia la cortina que separaba la parte de la habitación donde vivía de la otra mitad donde estaban enterrados el Profeta, mi abuelo Abu Bakr y el califa Umar.

Y entonces la vi sonreír con el rostro tan radiante como el de una muchacha en su noche de bodas y se puso a hablar con alguien que ni mi madre ni yo podíamos ver.

—Mi amor... —musitó Aisha.

Y acto seguido nos dejó.



La enterramos en *Yanat al Baqi*, el cementerio en el que descansan ahora la mayoría de los que conocieron al Enviado de Dios. Tras la muerte de Aisha, cada vez había menos gente con vida que hubiera visto y hablado con nuestro amado Profeta y sólo nos quedaban los relatos sobre su vida, los hadices, que tan meticulosamente había recopilado ella pensando en las generaciones futuras.

Han cambiado muchas cosas durante la última década, y no para bien. Con la gracia de Dios, el

Imperio musulmán ha seguido expandiéndose y ahora se extiende desde Kairuán en el norte de África hasta el río Indo. Constantinopla todavía resiste pero los musulmanes no cejan en su empeño de conquistar el corazón de la cristiandad y, por el momento, nos contentamos con retener el control de las islas de Rodas y Creta desde las que los fieles se adentrarán en los territorios septentrionales de los romanos, *inshalá*, si Dios quiere.

Pero incluso ahora que nuestro imperio hace palidecer a los de

Alejandro y César en comparación, una enfermedad creciente aqueja su alma, pues desde que murió Alí, contra quien me avergüenza reconocer que luché en mi juventud, el núcleo espiritual del liderazgo musulmán ha sido sustituido por la astucia y el celo de hombres de dudosa moral. El califa Muauiya logró establecer el orden y la prosperidad tras años de guerra civil y se caracterizó por su sabiduría y bondad durante la mayor parte de su reinado pero, también bajo su mandato, el sentido práctico y el

oportunismo se convirtieron en componente fundamental de los asuntos de estado y los ideales del Santo Profeta quedaron reducidos a tópicos en labios de gobernadores corruptos. Me apena reconocer que los musulmanes luchan ahora por la riqueza y la gloria y no en pos de la justicia y un mundo mejor para la humanidad.

No me opuse a la autoridad de Muauiya mientras estuvo con vida y recé por él cuando murió, pero aun así fue también Muauiya, tan aclamado como el gran unificador de

la nación musulmana, quien cometió el terrible error que sumiría a nuestra *Uma* en una segunda guerra civil: en sus últimos años, su amor de padre se impuso a la sabiduría y el califa nombró a su odioso hijo Yazid —un joven más conocido por las juergas y las borracheras que por sus dotes de estadista— como sucesor. La decisión causó horror a muchos musulmanes y pese a que, como líder, Muauiya había extremado el cuidado en mantener las leyes del Islam y el respeto al Profeta, su inútil hijo en cambio utilizó abiertamente

el trono heredado para dedicarse al libertinaje, y hasta compuso unos poemas blasfemos negando las verdades del Sagrado Corán.

Llegados a ese punto, mi amigo y señor Husein, el último nieto con vida del Enviado de Dios, se reveló contra la tiranía de Yazid. El más querido miembro de la Casa del Profeta abandonó la seguridad de Medina y se dirigió a Irak, tal y como su padre Alí había hecho años atrás, con la esperanza de conseguir el apoyo del pueblo para enfrentarse a los negros nubarrones de tormenta

que amenazaban con privar a la *Uma* de la radiante luz de Dios. Y entonces se produjo la mayor de las tragedias cuando, en una pequeña aldea llamada Kerbala, las fuerzas de Yazid atacaron al reducido grupo de setenta y dos fieles que acompañaba al nieto del Profeta y masacraron a aquellos hombres santos que sólo pretendían recordar a los musulmanes que ostentar el poder sin fe acabaría por corrompernos y destruirnos igual que había ocurrido con todos los imperios a lo largo de la Historia.

Mi señor Husein fue decapitado y asesinaron a casi toda su familia, incluido su hijito Abdalá. Incluso ahora, las lágrimas mojan el papel mientras escribo estas palabras ya que nunca podría haberme imaginado que unos hombres que se llaman a sí mismos musulmanes pudieran ser capaces de atacar a Husein, el muchacho que el Profeta había llevado sobre sus hombros, el hombre por cuyas venas aún fluía la bendición de la Revelación.

La trágica muerte de Husein prendió un fuego que todavía sigue



ardiendo hoy. Cuando vi cómo había tratado el depravado Yazid al nieto del Enviado alcé mi voz en La Meca en oposición a su régimen. Ahora que ya no quedaba ningún descendiente directo del Profeta que pudiese asumir el poder y el único hijo de Husein que había sobrevivido, Alí Zain al Abidin, había sido hecho prisionero en Damasco y obligado a renunciar a cualquier pretensión política, proclamé un nuevo califato que traería de vuelta la moral ejemplar establecida por el Enviado y sus cuatro primeros sucesores, a

los que ahora se llamaba los Califas Bien Guiados.

    Mi rebelión en La Meca ha desatado las iras del ejército omeya y, pese a que mis hombres han resistido valerosamente durante siete meses, temo que la ciudad pronto será conquistada por las fuerzas de Yazid que, capitaneadas por el monstruoso general Al Hayach ben Yusuf, han penetrado salvajemente en el perímetro de la ciudad santa atacando incluso el Santuario con sus catapultas. No han dado la menor muestra ni de compasión por el

pueblo ni de reverencia por los santos lugares, y me parte el corazón escribir que esta mañana han lanzado proyectiles de fuego sobre el centro de la ciudad y hasta la Sagrada Caaba misma ha sido incendiada.

Es evidente que las fuerzas de Yazid tomarán La Meca antes de que se ponga el sol y a mí me matarán inmediatamente. Con mi muerte, la única superviviente de la generación de los *sahaba*, los compañeros que vivieron en tiempo del Enviado de Dios, será mi madre, Asma: tiene casi noventa años pero se obstina en

aferrarse a la vida de igual modo que se obstinó en permanecer al lado del Profeta, su padre Abu Bakr y su hermana Aisha para defender la causa de la justicia, hace ya tanto tiempo.

Hoy se perderá la batalla, pero al contemplar las ruinas en llamas de la Santa Casa me doy cuenta de que la guerra continuará después de que yo y todos los que conocieron al Enviado ya no sigamos aquí, pues la lucha ya no es entre paganos y siervos del Único Dios —esa disputa ha quedado zanjada para siempre—,

sino que la nueva guerra es la que libran los que luchan por la religión del amor y la justicia que enseñó Mahoma en contra de quienes se esconden tras los símbolos del Islam para cometer asesinatos y atrocidades.

Y, pese a que me lamento de que siempre habrá quienes retuerzan la Palabra de Dios para justificar sus crímenes, no puedo considerarme mejor que ellos porque incluso los justos pueden caer en la tentación. Mi tía Aisha dejó que las pasiones de su corazón la consumieran

arrastrándola al conflicto con Alí, y lo mismo les ocurrió a hombres buenos como Talha y mi padre Zubair, y a mí en los trágicos campos de Basora. No obstante, a diferencia de estos maleantes que se apropian el nombre del Islam hoy, nosotros tuvimos la inteligencia de reconocer nuestros errores y arrepentimos de la *fitna*, el caos, que provocamos.

Si hay algo que he aprendido en el Islam, un principio que me da esperanzas en este día triste mientras la ciudad santa arde a mi alrededor, es esto: que Dios es Clemente y

Misericordioso y acepta el arrepentimiento sincero de Sus siervos; que, por muy profundamente que caigan en las tinieblas, Él siempre está dispuesto a guiarlos de vuelta hacia la luz.

Y saber eso es lo que me da esperanzas para mi pueblo porque, por muchos falsos profetas que surjan extendiendo la muerte y la corrupción en nombre del Islam, el verdadero mensaje de nuestro querido maestro Mahoma ben Abdalá, el Profeta de Dios, no se perderá jamás: el mensaje de unidad

y amor para toda la humanidad.

Y así, ahora que mi vida toca ya a su fin, tomaré estos escritos de mi adorada tía Aisha, Madre de los Creyentes, y los enterraré bajo las arenas de La Meca con la esperanza de que se descubran algún día cuando su mensaje sea más necesario.

Si los has encontrado, querido lector, eso significa que hoy es ese día.

Que la paz sea contigo y que Dios bendiga a nuestro santo Profeta Mahoma y a su Familia y sus



compañeros.

Amén.

# Agradecimientos

**P**UBLICAR la primera novela es un acto de fe y, en el caso de este proyecto, han sido muchas las personas que han trabajado conjuntamente y puesto grandes cantidades de tiempo y esfuerzo en el mismo, única y exclusivamente porque creían en mí y en mi libro. Quisiera por tanto dedicar un momento a expresar mi especial agradecimiento a unas cuantas de ellas cuyo papel ha sido fundamental

en esta aventura.

En primer lugar y la más importante, debo mencionar a Rebecca Oliver, la mejor agente literaria que cualquier autor pudiera desear. Sólo hay un puñado de personas que hayan logrado por sí solas cambiar mi vida y tú estás de las primeras de la lista.

Quisiera dar las gracias también a Judith Curr y el fantástico equipo de Atria Books por apoyar mi trabajo. En vista del actual clima político, muchas editoriales no se habrían sentido demasiado cómodas

promocionando una obra de ficción sobre el nacimiento del Islam, pero Judith ha demostrado una vez más que es una visionaria cuyo coraje hace honor a sus convicciones.

Mi más sincero agradecimiento también a Peter Borland, mi editor y amigo, que ha guiado con paciencia y entusiasmo la gestación de esta novela hasta su publicación; a Rosemary Ahern, cuyos detallados consejos me han ayudado a dar forma final al libro; y a Suzanne O'Neill, que fue la primera en enamorarse de la idea de una novela sobre Aisha y

puso la maquinaria en funcionamiento.

Merece asimismo mi gratitud Scott Seidel, mi agente de televisión, por haber hecho llegar el manuscrito inicial a sus colegas de Nueva York. Cuando le conté a Scott que quería publicar mi novela, me respondió que haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarme a conseguirlo y ha demostrado ser un hombre de palabra, una rara cualidad en Hollywood.

Todo mi agradecimiento va también para mis managers Jennifer

Levine y Jason Newman, que me apoyaron durante el largo y arduo proceso de escribir este libro compaginándolo con una ajetreada carrera en cine y televisión; y a todos mis agentes de Endeavor, que me han abierto tantas puertas como escritor: Tom Strickler, Ari Greenburg, Bryan Besser, Tom Wellington, Hugh Fitz Patrick y muchos otros. Gracias por tomarme en serio cada vez que os proponía una idea descabellada.

Tampoco puedo dejar de dar las gracias a mi hermana mayor Nauseen Pasa-AIDI, la primera autora

publicada de mi familia, cuya hermosa novela *The Color of Mundi* me animó a dejar de retrasarlo y ponerme a escribir de una vez, y a mi hermana pequeña y mejor amiga Aseen, que tuvo la paciencia de leer cada página a medida que las iba escribiendo y nunca tuvo miedo a hacer críticas constructivas.

Y, por último, gracias por supuesto a mis padres, por animarme a soñar.